

EDITORIAL UNILIT

FUNDAMENTOS DE LA FE CRISTIANA

JAMES M. BOICE

1AMSS MONKL.OMEKV BOLCh:

LOS FUNDAMENTOS DE LA FE CRISTIANA



UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

JUTI-TS^In--4I^3TEI?^VC>t-L&-fETW

CAPITULO 1: CONOCER A DIOS

UNA CALUROSA NOCHE EN LOS ALBORES DE LA ERA CRISTIANA un hombre sofisticado y educado, llamado Nicodemo, vino a ver a un joven rabí, a Jesús de Nazaret. El hombre quería discutir la realidad. Así fue que comenzó la conversación con una afirmación sobre hacia dónde su propia búsqueda personal de la verdad lo había conducido. Le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él" (Jn. 3:2).

Con excepción de la palabra Rabí, que es sólo una forma educada de dirigirse a alguien, las primeras palabras demuestran un conocimiento considerable. Nicodemo dijo: "Sabemos". Luego comenzó a ensayar las cosas que sabía (o que creía saber) y con las que quería comenzar la discusión: (1) que Jesús continuaba realizando muchos milagros; (2) que estos milagros buscaban autenticarlo cómo un maestro enviado por Dios; y que, por lo tanto, (3) Jesús era alguien a quien él debía escuchar. Desafortunadamente para Nicodemo, Jesús le contestó que esa forma de encarar el conocimiento era errada y que Nicodemo por consiguiente no podía conocer nada hasta que no hubiera experimentado una transformación espiritual interior. "No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (Jn. 3:7).

Los comentarios subsiguientes de Nicodemo demuestran al menos un reconocimiento implícito de su falta de conocimiento sobre los temas importantes, ya que comenzó a realizar preguntas: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Cómo puede hacerse esto?" (vs. 4, 9). Jesús le enseñó que el verdadero conocimiento comienza con el conocimiento espiritual, el conocimiento de Dios, y que éste se encuentra en la revelación que Dios hace de sí en la Biblia y en la propia vida y obra de Jesús, en la obra del Salvador.

LA CRISIS CONTEMPORÁNEA

Esta conversación resulta relevante hoy en día. Los problemas y frustraciones que Nicodemo tuvo que enfrentar hace casi dos mil años también están presentes en nuestro tiempo. Nicodemo poseía el conocimiento, pero no tenía la clave para ese conocimiento, el elemento integrador. Sabía algunas cosas, pero su búsqueda de la verdad lo había conducido al extremo de una crisis personal. Del mismo modo, mucho sabemos en nuestros días. Con respecto a la información y el conocimiento técnico, hoy sabemos más que en ningún período histórico anterior. Sin embargo, el tipo de conocimiento integrador de toda esta información, que consiguientemente le dará significado a la vida, está extrañamente ausente.

La naturaleza del problema puede verse al examinar los dos casi exclusivos enfoques que existen hoy. Por un lado existe la idea que la realidad puede ser comprendida sólo con la razón. Este enfoque no es nuevo, por supuesto. Es el enfoque desarrollado por Platón y, por lo tanto, asumido por mucho del pensamiento griego y romano con posterioridad a él. En la filosofía de Platón, el conocimiento verdadero es el conocimiento de la esencia eterna e inalterable de las cosas, no el mero conocimiento de los fenómenos cambiantes. Es decir, es el conocimiento de las formas, las ideas o los ideales. El equivalente más cercano en el presente sería las así llamadas leyes científicas.

Superficialmente, este enfoque del conocimiento mediante el ejercicio de una razón supuestamente imparcial parecería ser deseable, ya que es productivo -como lo señalan los avances técnicos del presente. Pero no está libre de problemas. Por un lado, es un conocimiento muy impersonal y, como algunos podrían señalar, muy despersonalizado. Según este enfoque, la realidad se convierte en una cosa (una ecuación, una ley, o, peor aún, un simple dato), y los hombres y las mujeres también se convierten en cosas, con el resultado inevitable que pueden ser entonces manipulados como cualquier otra materia prima para cualquier fin.

Un ejemplo es la manipulación que sufren las naciones pobres por parte de las naciones ricas para poder expandir la economía de estas naciones ricas; es decir, la injusticia analizada y justamente condenada por Karl Marx en *El manifiesto comunista*, *El capital*, y otros escritos. Otro ejemplo es el propio comunismo, que a pesar de sus intenciones por mejorar la suerte de las masas, en realidad las manipula con fines ideológicos. Aun nivel personal existe la ciencia de la terapia del comportamiento y las enseñanzas espeluznantes de un hombre como B. F Skinner de la Universidad de Harvard quien afirma que los individuos debieran ser condicionados científicamente para el bien de la sociedad.

Existe otro problema con el intento de comprender la realidad mediante sólo la razón. Este enfoque no presta una base adecuada para la ética. Puede decirnos lo que es, pero no lo que debería ser. En consecuencia, los extraordinarios avances técnicos del presente vienen acompañados de una permisividad moral extrema y debilitadora que apunta con el tiempo a derribar aun los valores y el sistema que posibilitaron tanto estos avances como esta permisividad. Es interesante notar que lo mismo ocurrió también con los filósofos griegos, quienes en ocasiones llevaron vidas depravadas aunque eran hombres de gran intelecto.

En años recientes las fallas del sistema racionalista se han impreso sobre una nueva generación con el resultado de que muchos en el mundo occidental han abandonado la razón en búsqueda de la realidad mediante la experiencia emocional. En el mundo antiguo, como reacción a la impersonalidad de la filosofía griega se hacía lo mismo mediante la participación intensa en los ritos de las religiones de misterio. Estas prometían una unión

emocional con algún dios, inducida por las luces, la música, el incienso y posiblemente las drogas. En el presente, el mismo enfoque ha aflorado en el culto a las drogas, el redes cubrimiento de las religiones orientales, la meditación trascendental, el movimiento del potencial humano y otras prácticas que supuestamente "expanden la mente".

Este enfoque moderno también presenta varios problemas. En primer lugar, la experiencia no es duradera. Es pasajera. Cada intento de comprender la realidad mediante experiencias emocionales promete alguna clase de "éxtasis". Pero este "éxtasis" va seguido inevitablemente de una "depresión", con el problema adicional de que se requiere de un estímulo cada vez más intenso para que se repita la experiencia. Finalmente esto acaba en la autodestrucción o en una desilusión aguda. Otro problema es que enfocar la realidad a través de las emociones no satisface la mente. Los promotores de este tipo de experiencias, en particular las vinculadas a las drogas, hablan de una percepción más intensa de la realidad como resultado de su empleo. Pero su experiencia carece de un contenido racional. La parte del ser humano que desea pensar sobre ellas y comprenderlas permanece insatisfecha.

El resultado de esta situación es la actual crisis en el área del conocimiento, como ya sucedió en la antigüedad. Muchas personas que piensan por sí mismas no saben con honestidad dónde recurrir. El enfoque racionalista es impersonal y amoral. El enfoque emocionalista carece de contenido, es pasajero y también con frecuencia inmoral. "¿Es este el final?" -muchos se preguntan. "¿No existen otras posibilidades? ¿No hay un tercer camino?"

UN TERCER CAMINO

A esta altura el cristianismo propone que hay un tercer camino, que justamente es firme precisamente en aquellos puntos donde los otros enfoques son débiles. La base de este tercer camino está en que existe un Dios que ha creado todas las cosas y que da significado a su creación. Es más, podemos conocerle. Esta es una posibilidad excitante y que satisface. Es excitante porque implica la posibilidad de un contacto entre el individuo y Dios, no importa lo insignificante que el individuo pueda aparecerse frente a sus ojos o a los ojos de los demás. Satisface porque es el conocimiento no de una idea o cosa, sino del supremo Ser personal, y porque surge de un profundo cambio de conducta. Esto es lo que la Biblia quiere decir cuando expresa: "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Pr. 1:7), y "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia" (Pr. 9:10).

Aquí, sin embargo debemos tener claro que queremos decir cuando hablamos de "conocer a Dios", porque muchos usos comunes de la palabra conocer son inapropiados para transmitir el conocimiento bíblico. Existe un uso de la palabra conocer que significa "conciencia de un hecho". La usamos con este sentido cuando decimos que conocemos dónde vive alguien o

que sabemos que están ocurriendo determinados acontecimientos en algún lugar del mundo. Es una clase de conocimiento que no nos involucra personalmente. Tiene poco peso en nuestras vidas. La Biblia, cuando habla de conocer a Dios, no la usa en este sentido.

Otro uso de la palabra conocer significa "conocer sobre" algo o alguien. Es conocimiento por descripción. Por ejemplo, podemos decir que conocemos la ciudad de Nueva York o Londres o Moscú. Significa que somos conscientes de la geografía de la ciudad; que conocemos los nombres de sus calles, dónde se encuentran las tiendas más importantes, y otros detalles. Podemos tener este conocimiento de la ciudad por haber vivido en ella. Pero también es posible que tengamos dicho conocimiento por haber leído libros. En el plano religioso este tipo de conocimiento sería aplicable a la teología que, aunque importante, no es la totalidad ni el corazón de la religión. La Biblia nos enseña muchas cosas que deberíamos saber sobre Dios. (Es más, mucho de lo que sigue a continuación en este libro está dirigido a satisfacer nuestra necesidad de ese tipo de conocimiento.) Pero no es suficiente. Aun los más encumbrados teólogos pueden ser confundidos y encontrar la vida carente de significado.

El verdadero conocimiento de Dios es también más que el conocimiento por experiencia. Para volver a un ejemplo anterior, podría ser posible que alguien que ha vivido en una determinada ciudad dijera: "Pero mi conocimiento no es conocimiento de libro. Yo he vivido realmente allí. He caminado por sus calles, comprado en sus tiendas, ido a sus teatros. Yo he experimentado la ciudad. La conozco verdaderamente." A esto deberíamos responder que el conocimiento involucrado es sin duda algo más de lo que hemos estado hablando hasta ahora, pero todavía no expresa el significado cabal del conocimiento en el sentido cristiano.

Supongamos, a modo de ejemplo, que una persona saliera en una tibia noche de verano al campo y mirara hacia arriba, al cielo estrellado, y volviera diciendo que en ese campo conoció a Dios. ¿Qué le decimos a esa persona? Hasta cierto punto el cristiano no tiene por qué negar la validez de esa experiencia. Es evidente que se trata de un conocimiento más profundo que la mera conciencia de Dios ("Dios existe") o el mero conocimiento de él ("Dios es poderoso y es el Creador de todo lo que vemos y conocemos"). Pero, como cristianos insistimos que todavía es menos de lo que la Biblia quiere significar por un conocimiento verdadero. Porque cuando la Biblia habla de conocer a Dios quiere decir que Dios nos hace vivir en un nuevo sentido (somos "nacidos de nuevo"), conversamos con Dios (de modo que él se convierte en algo más que "Algo" que está en algún lado, se convierte en un amigo), y sufrimos profundos cambios en el proceso.

Todo esto nos lleva, paso a paso, a una mejor comprensión del término conocimiento. Pero falta todavía precisarlo aún más. De acuerdo con la Biblia, aun cuando podamos asignarle el significado más exacto a la palabra conocer, conocer a Dios no es meramente conocer a Dios. No se puede conocer a Dios en forma aislada. Siempre conocemos a Dios en su relación con

nosotros. Por lo tanto, de acuerdo con la Biblia, el conocimiento de Dios sólo tiene lugar cuando también tenemos conocimiento de nosotros mismos y de nuestra profunda necesidad espiritual, y cuando va acompañado de la aceptación de la gracia divina para suplir nuestra necesidad mediante la obra de Cristo y la aplicación de dicha obra en nosotros por el Espíritu de Dios. El conocimiento de Dios tiene lugar en un contexto de piedad, adoración y devoción cristianas. La Biblia nos enseña que el conocimiento de Dios tiene lugar (cuando tiene lugar) no tanto porque nosotros busquemos a Dios, porque no lo busquemos, sino porque Dios se revela a sí mismo a través de Cristo y de las Escrituras.

J. I. Packer escribe con respecto a este conocimiento que "conocer a Dios implica, primero, escuchar la Palabra de Dios y recibirla según la interpretación del Espíritu Santo, para poder aplicarla en nuestras vidas; segundo, aprender sobre la naturaleza y el carácter de Dios, como revelado en su Palabra y en sus obras; tercero, aceptar sus invitaciones, y hacer lo que él ordena; cuarto, reconocer y regocijarse en el amor que él ha demostrado al acercarse a nosotros y atraernos a su comunión divina".¹

¿POR QUÉ CONOCER A DIOS?

"Un momento", puede decir alguien. "Todo eso suena complicado y difícil. Es más, parece ser demasiado difícil. Si eso es lo que implica, yo no deseo saber nada de eso. Quiero una buena razón por la que debiera interesarme".

Es una objeción razonable, pero se la puede contestar con una respuesta adecuada. Es más, hay varias respuestas.

Primero: El conocimiento de Dios es importante, porque sólo a través del conocimiento de Dios una persona puede acceder a lo que la Biblia denomina la vida eterna. Jesús señaló esto cuando oró: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn. 17:3). A simple vista, tampoco esto resulta lo suficientemente importante para el "hombre natural" para que él desee conocer a Dios a todo precio. Pero esto se debe a que, como no tiene vida eterna, no puede comprender aquello que carece. Es como una persona que dice que no le gusta la buena música. Que no la pueda apreciar no le quita ningún mérito a la música; sólo nos indica que esa persona no tiene sentido de apreciación. Del mismo modo aquel que no aprecian el don de vida divino nos indica que no tienen la capacidad de comprender o valorar lo que no tienen. La Biblia nos dice: "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). Puede ser de ayuda decirle a esa persona que la promesa de vida eterna es también la promesa

¹ J. I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove, III: Intervarsity Press, 1973), P. 32.

de poder vivir plenamente como un auténtico ser humano. Esto es cierto, pero también es cierto que la vida eterna es más que esto. Significa revivir, no sólo en un sentido nuevo sino también en un sentido eterno. Es lo que Jesús quiso decir cuando dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Jn. 11:25->26).

Segundo: El conocimiento de Dios es importante porque, como ya lo señalamos, también implica un conocimiento de nosotros mismos. El presente es el presente de la psiquiatría y la psicología. Los hombres y las mujeres gastan miles de millones de dólares para conocerse a sí mismos, para comprender su psique. Es cierto que hay una necesidad de la psiquiatría, en particular de la psiquiatría cristiana. Pero esto por sí solo no es cabalmente suficiente si no lleva a los individuos a un conocimiento de Dios contra el cual medir su propia valía y sus limitaciones.

Por un lado, el conocimiento que podemos tener de nosotros mismos mediante el conocimiento de Dios implica tener humildad. No somos Dios, no nos parecemos a él. El es santo; nosotros no somos santos. El es bondad; nosotros no somos bondad. El es sabio; nosotros somos necios. El es poderoso; nosotros somos débiles. El está lleno de amor y de gracia; nosotros estamos llenos de odio y de egoísmo. Por lo tanto, conocer a Dios es vernos como se vio Isaías cuando dijo: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio del pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos" (Is. 6:5). O como Simón Pedro cuando dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Le. 5:8). Por otro lado, el conocimiento que tenemos de nosotros mismos mediante el conocimiento de Dios nos reafirma y nos satisface. Porque a pesar de lo que nos hemos convertido, todavía somos criaturas de Dios y él nos ama. No existe una dignidad más alta que haya sido otorgada al hombre y a la mujer que la dignidad que la Biblia les otorga.

Tercero: El conocimiento de Dios también nos brinda un conocimiento del mundo: lo bueno y lo malo que hay en él, su pasado y su futuro, su propósito y el juicio venidero que pende sobre él en mano de Dios. En un sentido, este es un corolario de lo que acabamos de señalar. Si el conocimiento de Dios nos da un conocimiento de nosotros mismos, inevitablemente debe darnos también un conocimiento del mundo; ya que el mundo está conformado en gran parte por los individuos que lo componen. Por otro lado, el mundo tiene una relación especial con Dios, tanto con respecto a su pecado y rebeldía como a su valor como vehículo para los propósitos divinos. Es un lugar confuso hasta que conocemos al Dios que lo creó, y aprendemos por qué lo creó y qué es lo que le sucederá.

Cuarto: El conocimiento de Dios es importante porque es el único camino para la santidad personal. Este es un propósito que el hombre natural no desea. Pero, de todos modos, es

esencial. Nuestros problemas derivan no del hecho que somos ignorantes de Dios sino del hecho que somos pecaminosos. No queremos el bien. A veces lo odiamos, aun cuando el bien obra en nuestro beneficio.

El conocimiento de Dios conduce a la santidad. Conocer a Dios tal como es, es amarlo como es y desear ser como él es. Este es el mensaje de uno de los versículos bíblicos sobre el conocimiento de Dios más importantes. Jeremías, el antiguo profeta de Israel, escribió: "No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová" (Jer. 9:23-24). Jeremías también escribió acerca de un día en el que aquellos que no conocen a Dios llegarían a conocerle. "Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado" (Jer. 31:34)

Por último, el conocimiento de Dios es importante en el sentido que es sólo mediante el conocimiento de Dios que la iglesia y aquellos que la componen pueden tener poder. Nosotros somos débiles, pero como escribió Daniel: "el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará" (Dn. 11:32). La iglesia de hoy en día no es poderosa, tampoco tenemos muchos cristianos poderosos. Podemos encontrar la causa en la ausencia de un conocimiento espiritual serio. ¿Por qué la iglesia es débil? ¿Por qué las personas cristianas son débiles? Es porque han permitido que sus mentes se conformen al "espíritu de la época", con su pensamiento mecanicista y ajeno a Dios. Se han olvidado cómo es Dios y lo que ha prometido a aquellos que confían en él. Pidámosle al cristiano promedio que hable de Dios. Después de las primeras respuestas de rigor veremos que su dios es un pequeño dios de sentimientos vacilantes. Es un dios que le gustaría salvar al mundo, pero que no puede. Que le gustaría evitar la maldad, pero de alguna manera eso está fuera de su poder. Es así que se ha confinado en una especie de retiro, dispuesto a dar buenos consejos como un abuelo cariñoso, pero que la mayor parte del tiempo ha dejado que sus hijos se las arreglen por sí solos en un medio ambiente peligroso.

Este dios no es el Dios de la Biblia. Aquellos que conocen a su Dios perciben el error en esta clase de razonamiento y actúan de conformidad. El Dios de la Biblia no es débil; es poderoso. Es todopoderoso. Nada ocurre sin su permiso o fuera de sus propósitos -ni siquiera la maldad. No hay nada que lo perturbe o que no pueda comprender. Sus propósitos siempre son logrados. Por lo tanto, aquellos que le conocen verdaderamente actúan con firmeza, en la seguridad de que Dios está con ellos para cumplir su propósito en sus vidas.

¿Deseamos un ejemplo? No hay ejemplo mejor que el de Daniel. Daniel y sus amigos eran hombres temerosos de Dios en el medio hostil de la antigua Babilonia. Eran esclavos, buenos esclavos. Servían en la corte. Pero las dificultades comenzaron cuando se negaron a obedecer las órdenes que fueran contrarias a las del Dios verdadero a quien conocían y adoraban. Cuando Nabucodonosor obligó a todos a adorarlo y postrarse delante de la estatua que él había levantado, Daniel y sus amigos se negaron. Cuando durante treinta días se abolieron las oraciones a cualquiera que no fuera el rey Darío, Daniel siguió haciendo como había hecho hasta entonces: oraba a Dios tres veces al día frente a su ventana.

¿Qué les pasaba a estos hombres? ¿No sabían prever cuáles serían las consecuencias? ¿Creían que su desacato sería pasado por alto? De ningún modo. Conocían las consecuencias, pero también conocían a Dios. Podían ser poderosos, confiando en que Dios haría con ellos su voluntad, la salvación o la destrucción en el foso de los leones o en el horno de fuego ardiendo. Estos hombres dijeron: "He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos libraré. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado" (Dn. 3:17-18).

Un dios débil no puede producir hombres poderosos, ni tampoco merece ser adorado. Un Dios poderoso, como el Dios de la Biblia, es una fuente de poder para aquellos que le conocen.

LA CIENCIA MÁS ELEVADA

Por lo tanto, aprendamos sobre Dios y conozcamos a Dios en el sentido bíblico más... completo. Jesús nos animó a hacer esto cuando dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11:28-29). Esta es la verdadera sabiduría. Para el cristiano es un privilegio y una obligación especial. ¿Cuál será el mejor curso de estudio para una persona que es un hijo de Dios? ¿No será el propio Dios? Si bien es cierto que existen otras áreas de estudio también valedero, la ciencia más elevada, el área que más abrirá nuestras mentes, será el estudio de la naturaleza divina de Dios. Spurgeon una vez escribió:

Existe en la contemplación de la Divinidad algo que perfecciona la mente. El tema es tan vasto, que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; es tan profundo, que nuestro orgullo se ahoga en su infinita profundidad. Hay otros temas que podemos comprender y entender; cuando nos ocupamos de ellos sentimos una especie de autosatisfacción, y podemos seguir nuestro camino pensando: "¡Qué sabio soy!" Pero cuando nos encontramos con esta ciencia maestra, y vemos que no podemos sondear su profundidad, y que nuestra vista de águila no puede apreciar su altura, nos damos vuelta con la... solemne

exclamación: "Soy sólo de ayer, y nada conozco "...Pero mientras el tema humilla la mente, también la expande... No existe nada que pueda ampliar el intelecto de esta manera, nada que pueda magnificar el alma del hombre, como la investigación devota, aplicada y continua del gran tema de la Deidad.²

Todo cristiano debería confiadamente perseguir esta meta. Dios ha prometido que todos los que lo buscan lo encontrarán. Si llama, la puerta se abrirá.

CAPITULO 2: EL DIOS DESCONOCIDO

"CASI TODA LA SABIDURÍA QUE POSEEMOS, ES DECIR, LA SABIDURÍA que es verdadera y confiable, puede reducirse a dos cosas: el conocimiento de Dios y de nosotros mismos."³ Estas palabras, del primer párrafo del libro Institución de la religión cristiana de Juan Calvino, señalan el punto al que hemos llegado luego del capítulo anterior, pero también introducen un nuevo problema. Si es cierto que la sabiduría consiste en "el conocimiento de Dios y de nosotros mismos", esto nos lleva a preguntarnos: "¿Pero quién tiene dicho conocimiento? ¿Quién puede verdaderamente conocer a Dios y conocerse a sí mismo?" Si somos sinceros, debemos admitir que librados a nosotros mismos y a nuestras habilidades, la única respuesta posible es: "Nadie". Librados a nosotros mismos, nadie puede conocer verdaderamente a Dios. Tampoco nos podemos conocer a nosotros mismos en forma adecuada.

¿Cuál es el inconveniente? Desde luego, no nos conocemos a nosotros mismos porque no hemos conocido a Dios en primer lugar. Pero, ¿por qué no conocemos a Dios? ¿Es incognoscible? ¿Acaso es su culpa, o la nuestra? Naturalmente, nos resulta más grato culparlo a él. Pero antes de saltar a esta conclusión deberíamos tomar conciencia de lo que implica. Si la culpa es nuestra, aunque este hecho en sí pueda no ser reconfortante al menos podrá ser subsanado, porque Dios puede hacer cualquier cosa. Él puede intervenir. Por otro lado, si la culpa es de Dios (o, como podríamos preferir decir, si la culpa está en la naturaleza de las cosas), entonces no hay nada que pueda hacerse. La clave al conocimiento inevitablemente nos eludirá, y la vida es absurda.

Os Guinness en *The Dust of Death* aclara este punto al describir un "sketch" realizado por el comediante alemán Karl Valentín. El cómico entraba al escenario que estaba sólo iluminado por un pequeño círculo de luz. Caminaba dando vueltas alrededor de ese círculo con cara de

² Charles Haddon Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol. 1, 1855 (Pasadena, Tex.: Pilgrim Publications, 1975), P. 1.

³ Calvino, Juan, *Institución De La Religión Cristiana*. Países Bajos: Fundación Editorial De Literatura Reformada, 1967.

preocupación. Buscaba algo. Al cabo de un tiempo un policía se le acercaba y le preguntaba qué había perdido. "He perdido las llaves de mi casa", respondía Valentín. El policía se le unía en la búsqueda, pero ésta parecía resultar infructuosa.

"¿Está usted seguro de que la perdió aquí?", preguntaba el policía. "¡No!", le decía Valentín, señalando una esquina en la oscuridad. "Fue allí". "Y entonces, ¿por qué no está buscando allí?" "No hay luz allí", contestaba el cómico.⁴

Si no existe Dios o si existe Dios pero no lo podemos conocer por su culpa, entonces la búsqueda del conocimiento se asemeja a la búsqueda del comediante alemán. Donde debería realizarse la búsqueda, no hay luz; y donde hay luz, la búsqueda no tiene sentido. Pero, ¿es este el caso? La Biblia afirma que el problema no es de Dios sino nuestro. Por lo tanto, el problema tiene solución. Tiene solución porque Dios puede tomar, y en realidad ha tomado, la iniciativa de revelarse a nosotros, y así proveernos con la llave que nos faltaba para el conocimiento.

SER CONSCIENTES DE DIOS

Debemos enfrentar el problema, sin embargo: aunque resulte extraño, la persona que no conoce a Dios, en un cierto sentido pero igualmente válido, le conoce pero reprime ese conocimiento.

Aquí debemos volver a recordar la diferencia entre "ser conscientes" de Dios y verdaderamente "conocer a Dios". Conocer a Dios significa tomar conciencia de nuestra profunda necesidad espiritual y de cómo Dios puede suplir dicha necesidad, para luego confiar en Dios y reverenciarlo. Ser conscientes de Dios es sólo saber que Dios existe y que merece ser obedecido y adorado. Los hombres y las mujeres no conocen, ni obedecen, ni adoran a Dios en forma natural. Sin embargo, son conscientes de Dios.

Esto nos lleva a una de las afirmaciones más importantes que han sido registradas para beneficio de la humanidad -en la carta del apóstol Pablo a la iglesia recién establecida en Roma-. Contienen la primera tesis del apóstol en su exposición de la doctrina cristiana.

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio

corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible, en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. (Ro. 1:18-23)

Vemos aquí tres ideas fundamentales. Primero, la ira de Dios se despliega contra el hombre natural. Segundo, el hombre ha rechazado a Dios deliberadamente. Tercero, este rechazo ha tenido lugar a pesar de la conciencia de Dios que posee toda persona naturalmente.

LOS DOS ASPECTOS DE LA REVELACIÓN

Nuestro punto de partida será el tercer punto: la conciencia de Dios que toda persona posee naturalmente. Porque es aquí donde vemos que, aunque nadie conoce a Dios naturalmente, nuestro fracaso en conocer a Dios no es culpa de Dios. Él se ha revelado a sí mismo en dos aspectos, y todos tenemos esta revelación.

El primer aspecto es la revelación de Dios en la naturaleza. Podemos parafrasear el argumento de Pablo diciendo que todo lo que el hombre natural puede conocer sobre Dios ha sido revelado en la naturaleza. Por supuesto, debemos admitir que este conocimiento es limitado. Pablo lo define como consistiendo sólo de dos cosas: el eterno poder de Dios y su deidad. Pero aunque dicho conocimiento es limitado, es suficiente para que nadie pueda usarlo como excusa para no seguir de ahí en adelante buscando a Dios en su plenitud. En un lenguaje contemporáneo la frase "eterno poder" puede entenderse cómo la palabra supremacía, y "deidad" podría ser sustituida por ser. Pablo nos está diciendo que la evidencia proporcionada por la naturaleza acerca de la naturaleza de un Ser Supremo es amplia y enteramente convincente. Dios existe, y los seres humanos lo saben. Este es el argumento. Cuando los hombres y las mujeres luego se niegan a reconocer y adorar a Dios, como lo hacen, la culpa no está en la falta de evidencia sino en su determinación irracional y resuelta de no conocerle.

El Antiguo Testamento nos habla de la clara revelación de Dios en la naturaleza. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras" (Sal 19:1-4). El asunto es que la revelación de Dios en la naturaleza es suficiente para convencer a cualquiera de la existencia y el poder de Dios, si la persona la acepta.

Pero hay un segundo aspecto a tomar en cuenta en la revelación que Dios hace de sí mismo. Podríamos llamarla una revelación interior o, al menos, la capacidad interior de recibirla. Ninguna persona en su estado natural ha llegado realmente a conocer a Dios en el sentido bíblico más cabal. Pero todas las personas tienen la capacidad de recibir la revelación natural.

Pablo se refiere a esta capacidad cuando dice que "lo que de Dios se conoce les es manifiesto" (Ro. 1:19).

Supongamos que venimos manejando por una calle y vemos una señalización que dice: "Desvío-Girar a la izquierda". Pero ignoramos esa advertencia y continuamos conduciendo. Sucede que hay un oficial de policía cerca que entonces nos hace detener y nos impone una multa. ¿Qué excusa podríamos tener? Podríamos decir que no vimos la señalización. Pero no hará ninguna diferencia. Mientras estemos conduciendo el automóvil la responsabilidad de ver la señalización y obedecer lo que dice es nuestra. Aun más, seremos responsables si, por haber ignorado la señalización, nos caemos por un barranco destruyéndonos a nosotros y a nuestros pasajeros.

Pablo nos está diciendo, primero, que hay una señalización. Es la revelación de Dios en la naturaleza. Segundo, tenemos "visión". Si elegimos ignorar la señalización, y arriesgarnos a un desastre, la responsabilidad será nuestra. El juicio de Dios (como el del oficial de policía) se debe a que siendo conscientes de Dios nos negamos a reconocerle como Dios, no a que no le hayamos o no hayamos podido conocerle. Pablo escribe: "de modo que no tienen excusa; pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios" (Ro. 1:20-21).

Pablo no está diciendo que hay suficiente evidencia sobre Dios en la naturaleza de modo que el científico, que detenidamente sondea los misterios de la naturaleza, puede ser consciente de Dios. No está diciendo que la señalización está ahí pero que está oculta, que sólo la podremos ver si miramos detenidamente. Pablo está diciendo que la señalización es bien clara. Es como un anuncio publicitario. No hay nadie, no importa lo tonto o insignificante que sea, que pueda tener como excusa no haberla visto. Hay suficiente evidencia de Dios en una flor de forma tal que tanto un niño como un científico pueden ser conducidos a adorar a Dios. Hay suficiente evidencia en un árbol, un canto rodado, un grano de arena, una huella dactilar, para hacernos glorificar a Dios y agradecerle. Este es el camino del conocimiento. Pero las personas no lo tomarán. Pondrán a la naturaleza o a partes de la naturaleza en lugar de Dios y se encontrarán con sus corazones entenebrecidos.

Calvino llega a esta conclusión: "Pero aunque no tenemos la posibilidad natural de alcanzar el conocimiento puro y claro de Dios, no tenemos excusa, ya que la torpeza es nuestra culpa. Y tampoco podemos pretender ser ignorantes sin que nuestra conciencia nos acuse de bajeza e ingratitud".⁵

EL RECHAZO DE DIOS

⁵ Calvino, Juan, Institución De La Religión Cristiana. Países Bajos: Fundación Editorial De Literatura Reformada, 1967, Pp. 68-69.

Cuando Cal vino habla de la bajeza y la ingratitud nos trae al segundo punto en el argumento de Pablo a los Romanos: el hecho de que todos han rechazado a Dios a pesar de la revelación que Dios hace de sí mismo en la naturaleza. Sin embargo, cuando Pablo desarrolla este punto en Romanos (vs. 18), también nos muestra la naturaleza de nuestro rechazo y por qué éste tiene lugar.

La clave a este rechazo universal a Dios se encuentra en la frase "que detienen con injusticia la verdad". En griego, la palabra traducida "detienen" es *katechein*, que significa "sostener", "sujetar", "mantener", "coger", "contener", "restringir", "reprimir". En un sentido positivo, el término se utiliza para significar estar sujetos a algo que es bueno. Pablo nos habla de "estar asidos a la palabra de vida" (Fil. 2:16). En un sentido negativo, se utiliza para significar cuando equivocadamente se restringe o impide algo. Es así como las nuevas traducciones de la Biblia en Romanos 1:18 hablan de los que "de tienen la verdad con su maldad" (NIV), "detienen la verdad con injusticia" (NASB), y "mantienen la verdad encarcelada en su maldad" (JB). La New English Bible dice que esas personas están "sofocando" la verdad. Esta es, entonces, la naturaleza del problema. La ira de Dios se revela desde los cielos contra los seres humanos, no porque simplemente o por descuido no se han percatado de la verdad, sino más bien porque en lo profundo de sus corazones, con maldad y deliberadamente, han reprimido lo que sabían sobre Dios.

R. C. Sproul ha llamado a este argumento "el corazón de la psicología paulina del ateísmo"⁶ señalando que es aquí donde radica la culpa humana. Las personas tienen el conocimiento suficiente para volverse de su forma de vida hacia Dios y así, por lo menos, comenzar a buscarle. Pero este conocimiento, como si fuera un enorme resorte, ha sido sujetado. Ahora el resorte amenaza con soltarse y demoler el punto de vista y el estilo de vida del que lo está sujetando. Entonces esa persona lo oprime aún más, deteniendo la verdad.

¿Por qué hacemos esto? Si es cierto que, como señalamos en el capítulo anterior, el conocimiento de Dios obra siempre en nuestro beneficio y si, como acabamos de decir, el principio de dicho conocimiento ya se halla presente en nosotros, entonces, ¿por qué lo reprimimos? ¿No tendríamos que recibir esa verdad con los brazos abiertos e intentar tomar más de ella? ¿Acaso las personas son simplemente irracionales en este asunto? ¿O será que el argumento de Pablo es erróneo?

Pablo no está equivocado. Los hombres y las mujeres detienen la verdad. Pero el motivo por el cual lo hacen es que no les gusta la verdad sobre Dios. No les gusta el Dios a quien esa verdad los conduce. Notemos que Pablo comienza estos versículos de Romanos diciendo que la ira de Dios se revela desde el cielo contra "toda impiedad e injusticia de los hombres". La impiedad tiene varios significados. En esta ocasión no significa que los seres humanos no son

como Dios (si bien esto es cierto), sino que además están en un estado de oposición a la naturaleza divina de Dios. Dios es soberano, pero a las personas no les gusta su soberanía. No desean reconocer que hay Uno que con rectitud los gobierna. Dios es santo, pero a los hombres y las mujeres no les gusta su santidad. Su santidad pone nuestra propia pecaminosidad sobre el tapete. No nos gusta un Dios que ve hasta en lo más recóndito de nuestros corazones y que nos conoce íntimamente. Casi todo lo que puede ser conocido sobre Dios le resulta, de algún modo u otro, repulsivo al hombre natural. Entonces reprime la evidencia que lo podría conducir en la dirección del verdadero conocimiento de Dios.

La segunda palabra es "injusticia". Al hombre natural todo lo que sea de Dios le resulta repugnante, pero el motivo sustancial de esta repugnancia es la justicia divina. Dios es santo, pero las personas no son santas. Las personas no son rectas, y están conformes con su falta de rectitud. En consecuencia, no desean conocer a un Dios que les demandaría imposiciones morales. Conocer a Dios requeriría un cambio. En otras palabras, el rechazo a conocer a Dios se basa en causas morales y no intelectuales.

RECHAZANDO EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Hemos llegado a esta altura a la verdadera fuente del problema humano. Los hombres y las mujeres han rechazado el principio del conocimiento de Dios por razones morales y psicológicas. Pero les resulta imposible detenerse ahí. Han rechazado a Dios; pero todavía son criaturas divinas y en su carácter intelectual y moral tienen necesidad de Dios (o de algo que se le asemeje). Al ser reacias y conocer el verdadero Dios y al no poder vivir sin él, se inventan dioses sustitutos para ocupar su lugar. Estos dioses pueden ser las leyes científicas sofisticadas de nuestra cultura, los dioses y las diosas del mundo griego y romano, o las imágenes bestiales y depravadas del paganismo.

La universalidad de la religión en este planeta no se debe a que los hombres y las mujeres estén buscando a Dios, como algunos han argumentado. En realidad, se debe a que no desean aceptar a Dios, y sin embargo, necesitan algo que ocupe el lugar de Dios.

El proceso de rechazo es un proceso de tres etapas, bien conocido por los psicólogos contemporáneos: el trauma, la represión y la sustitución. En su análisis del ateísmo, Sproul demuestra que la confrontación con el Dios verdadero choca y lastima a las personas. Es traumática. Como consecuencia, reprimimos lo que sabemos. "No hay ningún trauma si los ojos permanecen siempre cerrados y la luz no puede penetrar. Pero los ojos se cierran como reacción al choque provocado por la luz -luego de haber experimentado el dolor".⁷ El punto importante es que el conocimiento de Dios, aunque reprimido, no puede ser destruido.

⁷ Ibid, P. 75.

Permanece intacto, aunque profundamente enterrado en el subconsciente. Su ausencia es sentida, y el Dios verdadero es sustituido por "lo que no es Dios".

LA IRA DE DIOS

Llegamos así a la primera afirmación de Pablo, habiendo tomado los tres puntos principales de la porción en el sentido inverso: la ira de Dios se rebela contra los seres humanos porque han reprimido lo que comprendían del conocimiento de Dios.

Algunas personas se sienten profundamente incómodas por la enseñanza de que el Dios del universo manifiesta ira. Entienden que Dios es un Dios de amor, como sin duda lo es, y no pueden comprender cómo Dios puede poseer ambas características. En este punto, o no comprenden, o no conocen a Dios. Un Dios que no manifiesta ira contra el pecado es un Dios deforme o mutilado. Le falta algo. Dios es perfecto en su amor. Eso es verdad. Pero Dios también es perfecto en su ira que, como Pablo nos dice en Romanos, "se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres".

En cualquier presentación lógica de la doctrina, la ira de Dios es la primera verdad que debemos aprender sobre él. ¿Por qué no comenzó Pablo diciéndonos que el amor de Dios se revela desde el cielo? No lo hizo porque Dios no sea amor, porque sí lo es, como Pablo nos demostrará más adelante. Es para que reconozcamos nuestra profunda necesidad espiritual y que estemos preparados para recibir el conocimiento de Dios a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, porque sólo así podremos recibirlo. Cuando los hombres y las mujeres se acercan a Dios jactándose de su supuesto conocimiento espiritual, Dios los declara ignorantes. Si se acercan a Dios jactándose de sus propios logros, Dios no puede y no los recibirá. Pero si, con humildad, reconocen que han rechazado lo que Dios con claridad reveló en la naturaleza, que no tienen excusa, que la ira de Dios justamente está suspendida sobre ellos, entonces Dios obrará en sus vidas. Les mostrará que ya abrió un camino para que la ira de Dios no caiga sobre ellos, que Jesús lo tomó, y que ahora el camino está libre para que crezcan en el amor y el conocimiento de Dios que es la salvación.

CAPITULO 3: LA BIBLIA

EN NUESTRO ESTUDIO SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA HEMOS ARRIBADO A TRES VERDADES FUNDAMENTALES: primero, el conocimiento de Dios obra en nuestro beneficio; segundo, Dios ha revelado a todos algunas verdades sobre sí en la naturaleza; pero, tercero, las personas han rechazado esta revelación y han sustituido al Creador por dioses falsos. La conciencia del Dios verdadero la tenemos en forma exterior, en

todo lo que vemos, y en forma interior, a través del proceso de nuestras mentes y nuestros corazones. Pero hemos negado nuestra conciencia de Dios, cambiando el conocimiento que tenemos en superstición. Como resultado, el mundo, a pesar de toda su sabiduría, no conoce a Dios y tampoco puede conocerse a sí mismo.

¿Qué se deberá hacer? Resulta obvio, después de lo que ya hemos dicho, que los hombres y las mujeres no pueden hacer nada por sí solos. Pero las buenas nuevas de la religión cristiana es que aunque no podemos hacer nada, Dios ya ha hecho algo. Ha hecho lo que había de hacerse. Se ha comunicado con nosotros. En otras palabras, además de la revelación general pero limitada en la naturaleza, Dios ha provisto una revelación especial con el propósito de conducir a los que no conocían a Dios, y no querían conocer a Dios, a un conocimiento salvador. Esta revelación especial tiene tres etapas. Primero, existe la revelación en la historia. Ésta se centra en la obra del Señor Jesucristo. Él murió tomando el lugar de los pecadores y resucitó como prueba de su justificación divina. Segundo, existe una revelación escrita. Ésta es la Biblia. Dios ha provisto un registro interpretativo de lo que Él hizo por nuestra redención. Finalmente, existe la aplicación práctica de estas verdades en la mente y el corazón del individuo por obra del Espíritu Santo. Como resultado de esto el individuo nace de nuevo, recibe al Señor Jesucristo como su Salvador, y puede seguirle fielmente hasta el final de su vida.

Resulta evidente, sin embargo, la importancia crítica de la Biblia en esta revelación especial en tres etapas. Sólo en la Biblia podemos aprender sobre la redención divina de los pecadores; a través de la Biblia el Espíritu habla a los individuos. Por lo tanto, como dice Calvino, "Nuestra sabiduría debería consistir únicamente en abrazar con humildad, y sin encontrarles ninguna falta, las enseñanzas de las Sagradas Escrituras."⁸

Sin las Escrituras nuestra sabiduría es imaginaria y se convierte en necesidad. Con las Escrituras, y bajo la guía del Espíritu Santo podemos aprender lo que Dios es, lo que ha hecho por nosotros, y cómo podemos responderle y vivir nuestras vidas en comunión con Él.

DIOS HA HABLADO

La importancia de la Biblia radica en que es la Palabra de Dios escrita. Y la primera razón para creer que la Biblia es esto se encuentra en las propias enseñanzas bíblicas sobre la Biblia. Es allí donde todas las personas y en especial los cristianos deberían comenzar. Muchos apelan a las Escrituras para defender doctrinas básicas: la doctrina de Dios, la deidad de Cristo, la expiación, la resurrección, la naturaleza de la iglesia, la obra del Espíritu Santo, el juicio final y muchos otros puntos teológicos. Y está bien que así lo hagan. Pero si la Biblia



tiene autoridad y exactitud en estos temas no existe ningún motivo por el cual no tendría autoridad y exactitud cuando habla sobre sí misma.

Si encaramos el tema de esta manera, el primer versículo que estudiaremos será 2a Timoteo 3:16. Aquí el Nuevo Testamento se refiere al Antiguo Testamento y señala que "toda Escritura es inspirada por Dios". La frase en inglés "es inspirada por" (RSV) o "es dada por inspiración de" (KJV) es una traducción de una sola palabra griega. Esta palabra, como lo señalaron B. B. Warfield en los albores de este siglo, "muy claramente no significa 'inspirada de Dios'.⁹ La frase en inglés proviene de la Latina Vulgata (*divinitus inspirata*) que fuera traducida por Wycliffe ("Toda Escritura de Dios inspirada es...") y en otras versiones inglesas tempranas. Pero la palabra griega no significa "inspirada". Literalmente significa "exhalada por Dios". Esta palabra nunca ha sido correctamente traducida por ninguna versión en inglés hasta la publicación en 1973 de la New International Versión: New Testament.

El término griego *theopneustos* combina la palabra "Dios" (*theos*) y la palabra "aliento" o "espíritu" (*pneustos*). En español la palabra Dios la encontramos en los términos teología, teofanía, monoteísmo, ateísmo, y en los nombres Dorotea, Teodoro y otros. *Pneuma* se preserva en las palabras neumático y neumonía. Juntas, estas palabras nos enseñan que las Escrituras son el resultado directo de la exhalación de Dios. Warfield escribe:

El término griego... nada nos dice sobre inspirar o sobre inspiración: habla sólo sobre "spirar" o "spiración". Lo que nos dice de las Escrituras no es que "Dios ha exhalado en ellas" o que son producto de un "soplo" divino en los autores humanos, sino que han sido exhaladas por Dios. Cuando Pablo afirma, entonces, que "toda Escritura" o "todas las Escrituras" son producto del aliento divino, "son exhaladas por Dios", está afirmando con toda la fuerza posible que las Escrituras son producto de una operación específicamente divina.¹⁰

Algunas cosas registradas en la Biblia son, por supuesto, sólo las palabras de hombres débiles y errados. Pero cuando ese es el caso, las palabras son identificadas como tales, y la enseñanza divina en esos pasajes es tal que esos puntos de vista son evidentemente débiles y errados. Para dar un ejemplo bien extremo, en los capítulos iniciales del libro de Job leemos: "Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida" (Job 2:4). Pero esto no es cierto, al menos no en todos los casos. ¿Cómo podemos explicarlo? Si leemos el capítulo con detenimiento veremos que estas palabras fueron dichas por el diablo, quien es descrito en otras ocasiones como el padre de mentira (Jn. 8:44). De manera similar, en el resto del libro nos encontramos con largos capítulos repletos con el consejo en vano y a veces equivocado de los amigos de Job. Pero sus palabras no son toda la verdad, y de pronto Dios irrumpe en

⁹ Benjamín Breckinridge Warfield, *The Inspiration And Authority Of The Bible*, Ed. Samuel G. Craig (London: Marshall, Morgan & Scott, 1959), P. 132.

¹⁰ *Ibíd.* P. 133.

este desatino para preguntar: "¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?" (Job 38:2). Aquí Dios específicamente expone las opiniones falsas de los consejeros de Job.

La Biblia tiene una autoridad absoluta con respecto a los acontecimientos narrados en sus relatos, y siempre que Dios habla, ya sea directamente o por intermedio de alguno de sus profetas, tenemos no sólo una precisión perfecta sino una autoridad absoluta. Se ha señalado que sólo tomando en cuenta el Pentateuco la frase "Jehová habló, diciendo" aparece unas ochocientas veces y que la frase "Así dijo Jehová" es un estribillo recurrente en los profetas.

"DICE"/"DIOSDICE"

Podemos colocar una serie doble de pasajes, seleccionada por Warfield, al lado del versículo de 2a Timoteo, que demuestran a las claras que los autores del Nuevo Testamento identificaban a la Biblia que poseían, el Antiguo Testamento, con la voz viviente de Dios. "En una de esta clase de pasajes", escribe Warfield "se habla de las Escrituras como si estas fueran Dios; en la otra clase, se habla de Dios como si Él fuera las Escrituras: en ambas oportunidades, Dios y las Escrituras están en tal conjunción que es evidente que no se distingue ninguna diferencia en cuanto a la autoridad".¹¹ El lector sensible, al leer la Biblia, sólo puede concluir que el carácter exclusivo y divino de los libros sagrados no fue una afirmación abstracta o inventada por los autores bíblicos sino el supuesto básico sobre el que fundaban todo lo que enseñaban o escribían.

Como ejemplo de la primera clase de pasajes tenemos los siguientes: Gálatas 3:8, "Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones" (Gn. 12:1-3); Romanos 9:17, "Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado" (Ex. 9:16). No fue la Escritura, sin embargo (ya que ésta no existía en ese tiempo), la que previendo los propósitos divinos de gracia en el futuro, habló estas preciosas palabras a Abraham, sino Dios mismo en persona: no fue la Escritura todavía no existente la que hizo ese anuncio a Faraón, sino Dios mismo hablando por boca de Moisés su profeta. Estos hechos pueden ser atribuidos a la "Escritura" porque en la mente del escritor se identificaba en forma habitual el texto de la Escritura con Dios cuando hablaba, una identificación que hizo que el uso de la frase "La Escritura dice" se volviera natural, cuando lo que se quería decir era "Dios, como lo registra la Escritura, dijo".

Ejemplos de la otra clase de pasajes son los siguientes: Mateo 19:4-5, "Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por

¹¹ *Ibíd.*, P. 299.

esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?" (Gn. 2:24); Hebreos 3:7, "Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz", etc. (Sal 95:7); Hechos 4:24, "tú eres el Dios... que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?" (Sa. 2:1); Hechos 13:34-35, "Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David" (Is. 55:3); "Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción" (Sal 16:10); Hebreos 1:6 "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios" (Dt. 32:43); "Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego" (Sal 104:4); "Mas del Hijo él dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo", etc. (Sal 45:6) y "Tú, o Señor, en el principio", etc. (Sal 102:25). No es en boca de Dios, sin embargo, en que se ponen estos dichos en el texto del Antiguo Testamento: son las palabras de otros, registradas en el texto de la Escritura como habladas por o de parte de Dios. Pueden ser atribuidas a Dios porque en las mentes de los escritores, se identificaba habitualmente el texto de la Escritura con los dichos de Dios, de forma que les resultaba natural usar la frase "Dios dice" cuando lo que querían decir era "la Escritura, la palabra de Dios, dice".

Estas dos series de pasajes, tomados conjuntamente, nos demuestran cómo en la mente de los escritores había una identificación absoluta de la "Escritura" con los dichos de Dios.¹²

IMPULSADOS POR DIOS

Nada en la discusión que precede es para negar el elemento humano genuino en la Escritura. En 2a Pedro 1:21, Pedro escribe: "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios, hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". No podemos enfatizar demasiado, a la luz de algunos malentendidos comunes, que Pedro reconoce que los hombres han participado en la escritura de la Escritura. Dice que "los hombres... hablaron". Pero lo que hace que la Biblia sea distinta a otros libros es que cuando hablaban (o escribían) los autores bíblicos eran impulsados por Dios. Los autores bíblicos escribieron a partir de su propia experiencia. Usaron su vocabulario. El valor literario de los escritos varía. En ocasiones usan fuente: seculares. Son selectivos. De muchas maneras los libros de la Biblia muestran evidencia de haber sido escritos por personas que eran muy humanas y muy de su tiempo.

Sin embargo, los libros del Antiguo y Nuevo Testamento muestran evidencia, de ser algo más que meramente humanos. Pedro dice que estos escritores: "hablaron de parte de Dios" o que "fueron inspirados por el Espíritu Santo". La palabra que aquí se traduce "inspirado" es *significante*. Es usada por Lucas, para describir la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés

como "un estruendo de un viento recio" (Hch. 2:2). Más adelante Lucas vuelve a utilizar esta palabra en la narración dramática de la tormenta mediterránea que finalmente destruye la nave que llevaba a Pablo a Roma. Lucas señala que la nave fue arrastrada por el viento. "Y siendo arrebatada la nave, y no pudiendo poner proa al viento, no: abandonamos a Él y nos dejamos llevar" (Hch. 27:15); "arriaron las velas 3 quedaron a la deriva" (vs. 17). Lucas estaba diciendo que la nave estaba a la merced de la tormenta. No dejaba de ser una nave, pero sí dejaba de tener control sobre su rumbo y su destino.

De manera similar, Pedro nos enseña que los escritores de la Biblia se dejaron llevar en sus escritos para producir las palabras que Dios quería que fueran registradas. Escribieron como personas, pero como personas impulsadas por el Espíritu Santo. El resultado fue la revelación de Dios.

No hay nada en el versículo de 2' Pedro que implique un método particular por el cual los escritores bíblicos tomaban conciencia de la palabra de Dios y la transcribían. Los métodos que Dios usó para comunicar su revelación a los escritores bíblicos difieren entre sí. Algunos escribieron como cualquier persona podría escribir hoy en día, recopilando material y organizándolo para mostrar los hechos más significativos. Es este el caso de Juan, el autor del cuarto evangelio, y de Lucas, el autor del tercer evangelio y de los Hechos de los Apóstoles (Jn. 20:30; Le. 1:1-4; Hch. 1:1-2). Dios no les dictó estos libros. Moisés recibió la revelación de la ley en el Monte Sinaí en medio del fuego, el humo y los truenos (Ex. 19:18-19). Dios se le apareció a Daniel en una visión (Dn. 2:19). Isaías nos dice que escuchó la voz del Señor como si hubiera escuchado la voz de una persona. "Esto fue revelado a mis oídos de parte de Jehová de los ejércitos" (Is. 22:14). Los métodos fueron diversos, pero el resultado fue siempre el mismo. El producto final es la revelación específica de Dios.

Muchos de los textos mencionados hasta ahora tienen que ver con el Antiguo Testamento. Pero también hay textos que señalan que la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el Antiguo Testamento también es aplicable a los escritos del Nuevo Testamento. Así, Pablo habla del evangelio que ha predicado: "Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes" (1 Ts. 2:13; comparar con Gá. 1:11-12). Pedro, de manera similar, está colocando las cartas paulinas en la misma categoría que el Antiguo Testamento: "como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición" (2 P 3:15-16).

Por supuesto, el Nuevo Testamento no habla de sí mismo con la misma frecuencia y exactamente del mismo modo que lo hace sobre el Antiguo Testamento, ya que los libros del Nuevo Testamento aún no habían sido recogidos en un volumen autorizado en vida de sus escritores. A pesar de ello, en varias ocasiones los escritores del Nuevo Testamento hablan de sus escritos como las palabras de Dios. En algunos casos, cuándo un libro del Nuevo Testamento fue escrito con posterioridad a otros escritos del Nuevo Testamento, este libro posterior se refiere a los anteriores en los mismos términos que los cristianos y judíos usaban para referirse al Antiguo Testamento.

EL TESTIMONIO DE JESUCRISTO

La razón más importante para creer que la Biblia es la Palabra de Dios escrita y, por ende, la única autoridad para los cristianos en cuanto a su fe y su conducta es la enseñanza de Jesucristo. En la actualidad es común que algunos contrapongan la autoridad de la Biblia en forma desfavorable con la autoridad de Cristo. Pero dicha contraposición no tiene justificativo. Jesús de tal forma se identificó a sí mismo con la Escritura e interpretó su ministerio a la luz de la Escritura que es imposible debilitar la autoridad de una sin debilitar concomitantemente la autoridad del otro.

Jesús tenía en muy alta estima al Antiguo Testamento como lo atestigua, en primer lugar, el hecho de que siempre apelaba a Él como la autoridad infalible. Cuando fue tentado por el diablo en el desierto, Jesús respondió tres veces con citas de Deuteronomio (Mt. 4:1-11). A la pregunta de los Saduceos sobre el casamiento en el cielo y la realidad de la resurrección (Le. 20:27-40), primero les reprendió por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios y luego citó directamente de Éxodo 3:6, "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob". En muchas otras oportunidades Jesús apeló a la Escritura para sustentar sus acciones, como cuando defendió la limpieza del templo (Mr. 11:15-17) o con referencia a su sumisión frente a la cruz (Mt. 26:53-54). Enseñó que "la Escritura no puede ser quebrantada" (Jn. 10:35). Declaró "que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18).

Con respecto a Mateo 5:18 debemos hacer una consideración adicional. Es evidente, incluso cuando leemos la frase luego de un espacio de unos dos mil años, que la expresión "ni una jota ni una tilde" era una expresión que se refería a las partes más diminutas de la ley mosaica. La jota era la letra más pequeña del alfabeto hebreo, la letra que podríamos transliterar como una i o una y. En el hebreo escrito se parecía a una coma, aunque se escribía casi arriba de las letras y no en la parte inferior. La tilde (o ápice, KJV) era lo que podríamos llamar a esas virgulillas que se proyectan de letras y que sirven para diferenciar un tipo de letra romano de uno moderno. En muchas Biblias el Salmo 119 se divide en veintidós

secciones, cada una comenzando con una letra distinta del alfabeto hebreo. Si la Biblia que uno está usando ha sido bien impresa, el lector puede ver lo que es una tilde comparando la letra hebrea delante del versículo 9 con la letra hebrea delante del versículo 81. La primera letra es una beth. La segunda es una kaph. La única diferencia es la virgulilla. Esta misma característica es la que distingue a dalet de resh, y vau de zayin. De acuerdo con Jesús, entonces, ni una "i" ni una "virgulilla" de la ley se perderían hasta tanto no se cumpliera toda la ley.

¿Qué es lo que le da a la ley tal carácter de permanencia? Obviamente no se trata de nada de origen humano, porque todas las cosas humanas pasan. La única base para la calidad indestructible de la ley es que realmente es divina. No perecerá porque es la palabra del Dios verdadero, vivo y eterno. Esa es la parte medular de la enseñanza de Cristo.

En segundo lugar, Jesús contempló su vida como la consumación de la Escritura. Conscientemente se sujetó a ella. Comenzó su ministerio con una cita de Isaías 61:1-2.

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Le. 4:18-19). Cuando acabó de leer, enrolló el libro y dijo: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros" (vs.21). Jesús afirmaba ser el Mesías de quien había escrito Isaías. Estaba identificando su futuro ministerio con las pautas de la Escritura.

Más adelante en su ministerio nos encontramos con los discípulos de Juan el Bautista que se acercan a Jesús con la pregunta de Juan: "¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?" (Mt. 11:3). Jesús les respondió con una segunda referencia a esta sección de la profecía de Isaías. Les dijo, en efecto: "No tomen mi palabra sobre lo que yo digo sobre mí. Miren lo que Isaías predijo sobre el Mesías. Y entonces vean si lo estoy cumpliendo". Jesús desafió a las personas a que evaluaran su ministerio a la luz de la palabra de Dios.

El evangelio de Juan nos muestra a Jesús hablando con los gobernantes judíos sobre la autoridad, y el punto crítico de lo que dice tiene que ver con la Escritura. Les dice que nadie podrá creer en Él si no ha creído primero en lo que escribió Moisés, porque Moisés escribió sobre Él. "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí... No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Jn. 5:39, 45-47).

Al final de su vida, cuando Jesús cuelga de la cruz, otra vez está pensando en la Escritura. Dice "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (una cita de Sal 22:1).

Dice que tiene sed. Le dan un hisopo mojado en vinagre para que el Salmo 69:21 se cumpla. Tres días más tarde, luego de la resurrección, está camino a Emaús con dos de sus discípulos, regañándolos por no haber usado la Escritura para entender la necesidad de su sufrimiento. Les dice: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían" (Le. 24:25-27).

Basado en estos y muchos otros pasajes no cabe duda que Jesús tenía en muy alta estima al Antiguo Testamento y siempre se sometía a él como la revelación autorizada. Enseñó que las Escrituras daban testimonio de Él, del mismo modo que Él daba testimonio de ellas. Como eran las palabras de Dios, Jesús las consideraba totalmente confiables, en su conjunto y hasta en los más pequeños detalles.

Jesús también suscribió el Nuevo Testamento, aunque de manera diferente al Antiguo Testamento (porque, por supuesto, el Nuevo Testamento aún no había sido escrito). Pero Él previó que el Nuevo Testamento había de ser escrito y entonces eligió a los apóstoles para que fueran los depositarios de la nueva revelación.

Había dos requisitos para un apóstol, como se señala en Hechos 1:21-26 y en otros pasajes. Primero, el apóstol debía ser alguien que hubiera conocido a Jesús durante los días de su ministerio en esta tierra y que hubiera sido testigo de su resurrección en particular (vs. 21-22). El apostolado de Pablo estaba en tela de juicio en este punto, ya que se convirtió al cristianismo luego de la ascensión y por lo tanto nunca lo conoció en la carne. Pero Pablo cita su visión de Cristo resucitado en el camino a Damasco como prueba de haber cumplido con este requisito. "¿No soy yo apóstol?... ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?" (1 Co. 9:1).

El segundo requisito era que Jesús debía haber elegido al apóstol para esa tarea y ese papel exclusivo. Como parte de esto les prometió un otorgamiento único del Espíritu Santo para que pudieran recordar, comprender y registrar las verdades concernientes a su ministerio. "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn. 14:26). De manera similar, "Aún tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrá de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Jn. 16:12-14).

¿Cumplieron los apóstoles con la comisión? Sí, lo hicieron. El Nuevo Testamento es el resultado. Lo que es más, la iglesia primitiva reconoció su papel. Porque llegado el momento de decidir oficialmente cuáles serían los libros a incluirse en el canon del Nuevo Testamento, el factor decisivo fue percibido como siendo si habían sido o no escritos por los apóstoles o si

tenían el respaldo apostólico. La iglesia no creó el canon. Si así lo hubiera hecho el canon estaría por encima de las Escrituras. En cambio, la iglesia se sujetó a las Escrituras como a una autoridad superior.

CREYENDO EN LA BIBLIA

Termino este capítulo con una pregunta que es obvia. ¿Creemos en estas enseñanzas? ¿Creemos que la Biblia es sin duda la Palabra de Dios escrita, según su propia enseñanza y la del Señor Jesucristo?

En la actualidad se ha vuelto popular dudar de esta enseñanza. Esto ha causado mucha confusión en la teología y en la iglesia cristiana. Pero la duda no es nueva. Es la más fundamental y original de todas las dudas. Aparece en los labios de Satanás, en los primeros capítulos de la Biblia. "La (serpiente) dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (Gn. 3:1). La pregunta es: ¿Podemos confiar en Dios? ¿Es la Biblia verdaderamente su Palabra? ¿Creemos esto sin ninguna reserva mental? Si cuestionamos la Palabra de Dios o si tenemos alguna reserva mental respecto a su autoridad, nunca podremos interesarnos en el verdadero estudio de la Biblia, ni tampoco alcanzaremos la plenitud de la sabiduría sobre Dios y sobre nosotros mismos, que es lo que Él desea para nosotros. Por otro lado, si aceptamos estas verdades, desearemos estudiar la Biblia, y creceremos en conocimiento y devoción. El estudio de las Escrituras nos bendecirá. El texto con que comenzamos este capítulo termina diciendo: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra." (2 Ti. 3:16-17).

CAPITULO 4: LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS

LA CAUSA PRIMARIA DE LA CONFUSIÓN EXISTENTE DENTRO DE LA iglesia cristiana del presente es la ausencia de una autoridad válida. Ha habido intentos de proveer esta autoridad mediante la realización de pronunciamientos por parte de concilios eclesiales, encuentros existenciales con una "palabra" de Dios intangible y por otros medios. Pero ninguno de estos enfoques puede afirmar que ha sido muy exitoso. ¿Qué es lo que está mal? ¿Cuál es la fuente de la autoridad cristiana?

La respuesta protestante clásica a esta pregunta es la Palabra de Dios revelada, la Biblia. La Biblia tiene autoridad porque no son solamente las palabras de unos simples humanos, aunque humanos fueron los canales a través de los que nos llegó, sino que es el resultado de

la "exhalación" de Dios. Es su producto. Pero existe otro nivel donde puede surgir la cuestión de la autoridad. Este tiene que ver con la forma en que nos convencemos de la autoridad de la Biblia. ¿Qué es lo que tiene la Biblia o el estudio de la Biblia que debería convencernos que se trata en realidad de la Palabra de Dios?

El aspecto humano de esta cuestión de la autoridad nos lleva un poco más a fondo en lo que queremos significar cuando decimos que la Biblia es la Palabra de Dios; porque el significado cabal de dicha afirmación no es sólo que Dios ha hablado al darnos la Biblia, sino que también continúa hablando a través de ella a cada individuo. En otras palabras, cuando como individuos estudiamos la Biblia, Dios nos habla en nuestro estudio y las verdades que allí encontramos nos transforman. Se da un encuentro directo entre el creyente individual y Dios. Es a lo que Lutero se refería cuando declaró en la Dieta de Worms: "Mi conciencia ha sido cautivada por la palabra de Dios". Es a lo que Calvino se refería cuando declaró que "la Escritura se auto auténtica"¹³

Sólo la experiencia directa convencerá a alguien que las palabras de la Biblia son auténticas y que son las únicas palabras de Dios que tienen autoridad. Como dijo Calvino: "El mismo espíritu, entonces, que habló por boca de los profetas debe introducirse en nuestros corazones para persuadirnos que ellos proclamaron con fidelidad lo que se les había encomendado."¹⁴

La Biblia es algo más que un cuerpo de verdades reveladas, una colección de libros verbalmente inspirados por Dios. Se trata también de la voz viviente de Dios. El Dios vivo nos habla en sus páginas. Por lo tanto, no debe ser valorada como un objeto sagrado para ser colocado en una repisa y olvidado, sino como un lugar santo, donde los corazones y las mentes de las personas puedan entrar en un contacto vital con el Dios vivo, lleno de gracia y perturbador. Para poder tener una perspectiva adecuada de las Escrituras y una comprensión válida de la revelación deben conjugarse constantemente tres factores: una Palabra infalible y con autoridad, la obra del Espíritu Santo interpretando y aplicando esa Palabra, y un corazón humano receptivo. El conocimiento verdadero de Dios no podrá tener lugar si no se dan estos tres elementos.

SOLA SCRIPTURA

Fue la seguridad de que Dios les había hablado directamente a través de su santa Escritura lo que les dio a los reformadores su osadía. La creación de esa verdad teológica fue el elemento nuevo fundamental en la Reforma.

¹³ Calvin, Institutos, P. 80.

¹⁴ *Ibíd.* P. 79.

El grito de batalla de la Reforma fue sola Scriptura, "sólo la Escritura". Pero para los reformadores sola Scriptura significaba algo más que el hecho que Dios se hubiera revelado a sí mismo en las proposiciones de la Biblia. El elemento nuevo no era que la Biblia, al haber sido dada por Dios, hablaba con autoridad divina. La Iglesia Católica se adhería a esa proposición tanto como los reformadores. El elemento nuevo, como lo señala Packer, era la creencia, a la que habían arribado los reformadores por su propia experiencia del estudio de la Biblia, que los fieles pueden interpretar la Escritura desde su interior -la Escritura es su propio intérprete, Scriptura sui ipsius interpres, en las palabras de Lutero-; por lo cual no son necesarios ni los Papas, ni los Concilios, para decirnos, como viniendo de Dios, lo que ella significa; en realidad puede oponerse a los pronunciamientos papales y conciliares, convencerlos de que no son ni divinos, ni verdaderos, y requerir de los fieles que se aparten de su compañía... Como la Escritura era la única fuente donde los pecadores podían obtener el conocimiento verdadero de Dios y la santidad, la Escritura era el único juez de lo que la iglesia se había aventurado a pronunciar en el nombre de su Señor.¹⁵

En la época de Lutero, la Iglesia Romana había debilitado la autoridad de la Biblia elevando las tradiciones humanas a la altura de la Escritura e insistiendo en que la enseñanza de la enseñanza de la Biblia sólo podía ser comunicada a los cristianos por intermedio de los papas, los concilios y los sacerdotes. Los reformadores restauraron la autoridad bíblica al sostener que el Dios vivo le habla a su pueblo en las páginas de la Biblia, directamente y con autoridad.

Los reformadores llamaron a la operación de Dios, mediante la cual la verdad de su palabra se graba en las mentes y las conciencias de su pueblo, "el testimonio interior del Espíritu Santo". Enfatizaron el hecho de que dicha operación era la contraparte subjetiva e interior de la revelación objetiva y exterior, y se refirieron en varias ocasiones a los escritos de Juan. "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Jn 3:8). "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él" (1 Jn. 2:20,27). "Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad" (1 Jn. 5:6).

La misma idea también está presente en los escritos de Pablo. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y

¹⁵ J. I. Packer, "'Sola Scriptura' In History And Today", En God's Inerrant Word, Of John Warwick Montgomery (Minneapolis: Bethany Fellowship, 1975), Pp. 44-45

no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. (1 Co. 2:12-15) No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos -y sentándole a su diestra en los lugares celestiales. (Ef. 1:16-20)

Estos dos pasajes tomados conjuntamente nos enseñan que no sólo el nuevo nacimiento sino todo nuestro crecimiento en la sabiduría espiritual y el conocimiento de Dios son el resultado de la operación del Espíritu divino en nuestras vidas y mentes, mediante la Escritura, y que no hay un entendimiento espiritual posible fuera de esta operación. El testimonio del Espíritu Santo es, entonces, la razón eficaz por la cual la Biblia es recibida por quienes son hijos de Dios como la autoridad final en todos los asuntos concernientes a la fe y la práctica cristiana.

EL LIBRO QUE ME COMPRENDE

Cuando comenzamos a leer la Biblia, y el Espíritu Santo nos habla mientras la leemos, suceden varias cosas. Primero, la lectura nos afecta como no lo hace ninguna otra lectura. El doctor Emile Cailliet fue un filósofo francés que finalmente se radicó en los Estados Unidos de América y trabajó como profesor en el Princeton Theological Seminary de Nueva Jersey. Había recibido una educación naturalista. Nunca había demostrado el más mínimo interés en las cosas espirituales. Nunca había visto una Biblia. Pero llegó la Primera Guerra Mundial, y mientras estaba sentado en las trincheras se encontró reflexionando sobre lo inapropiada que resultaba su visión del mundo y la vida. Se encontró realizándose las mismas preguntas que Levin se hizo mientras estaba sentado junto a la cama de su hermano moribundo, en Anna Karenina de León Tolstoi. ¿De dónde proviene la vida? ¿Qué sentido tiene, si es que tiene algún sentido? ¿Cuál es el valor de las teorías y las leyes científicas frente a la realidad? Más adelante, Cailliet escribió: "Como Levin, yo también sentí, no con mi razón sino con todo mi ser, que mi destino era perecer miserablemente cuando llegara mi hora".

Durante las largas guardias nocturnas, Cailliet comenzó a añorar lo que llegó a llamar "un libro que pudiera comprenderme". Había recibido una muy buena educación, pero no conocía un libro con tales características. Así fue que, cuando fue dado de baja del ejército por haber sido herido y volvió a sus estudios, se propuso preparar secretamente ese libro para su propio uso. Mientras estudiaba para sus cursos, compilaba aquellos pasajes que parecían referirse a su condición. Luego los copiaba en otro libro encuadernado en cuero. Confiaba en

que las citas, que había numerado e indexado cuidadosamente, lo conducirían del temor y la angustia a la libertad y el júbilo.

Finalmente llegó el día cuando le estaba dando los toques finales a su libro, "el libro que lo comprendería". Salió y se sentó debajo de un árbol y abrió la antología. Comenzó a leer, pero en lugar de libertad y júbilo, una desilusión cada vez más intensa comenzó a tomar cuerpo sobre él mientras percibía que en lugar de hablarle a su condición, los pasajes sólo servían para recordarle el contexto del que habían sido extraídos y de su propio trabajo de búsqueda y registro. Percibió que simplemente todo el trabajo que se había tomado sería inservible, porque el libro era sólo un libro creado por él. No tenía ninguna fuerza de persuasión. Frustrado, lo volvió a poner en uno de sus bolsillos.

En ese mismo instante, su esposa (que no sabía nada de su emprendimiento) vino con una historia interesante. Caminando esa tarde por el pequeño poblado francés, había encontrado una pequeña capilla hugonote. Nunca la había visto, pero había entrado y, muy sorprendida por lo que estaba haciendo, había pedido una Biblia. El anciano pastor le había dado una. Comenzó pidiéndole perdón a su marido, porque conocía sus sentimientos con respecto a la fe cristiana. Pero él no la escuchó mientras se disculpaba. "¿Una Biblia, dices? ¿Dónde está? Muéstramela", le dijo. "Nunca he visto una Ella se la dio y él corrió a su estudio y comenzó a leerla. En sus propias palabras:

La abrí "por casualidad" en las Bienaventuranzas. Y leí, y leí, y leí -ahora en voz alta, con un calor surgiendo dentro de mí... imposible de describir no podía encontrar las palabras para expresar mi asombro y lo maravillado que estaba. Y de pronto tuve una iluminación: ¡este era el Libro que me comprendería! Lo necesitaba tanto y, sin embargo, había intentado escribirlo yo mismo -en vano. Continué leyendo hasta entrada la noche, principalmente de los evangelios. Y he aquí que mientras los leía, Él, de quien hablaban, El que hablaba y actuaba en ellos, se me hizo realidad. Esta experiencia tan vivida marcó el comienzo de mi entendimiento de la oración. También fue mi iniciación en la noción de la Presencia que más tarde sería tan crucial en mi pensamiento teológico.

Las circunstancias tan providenciales que habían hecho que el Libro me encontrara mostraban claramente que, aunque pareciera absurdo hablar de un libro que comprendiera a un hombre, esto se podía decir de la Biblia porque sus páginas estaban animadas por la Presencia del Dios Vivo y el Poder de Sus hechos poderosos. A ese Dios oré esa noche, y el Dios que me contestó fue el mismo Dios del cual el Libro hablaba.¹⁶

En todas las épocas el pueblo de Dios ha descubierto esta percepción que tuvo la Reforma. A continuación, veamos cómo expresa Calvino esta misma verdad: Este poder, tan peculiar a

las Escrituras, resulta evidente cuando las comparamos con otros escritos humanos, no importa cuan artísticamente acabados estén; ninguno puede afectarnos de manera similar. Leamos a Demóstenes o a Cicerón; leamos a Platón, Aristóteles, o a algún otro. Debo admitir que nos encantarán, nos moverán, nos atraparán en una maravillosa medida. Pero dejémoslos a un lado, y retornemos a la lectura sagrada. A pesar de uno mismo, tan profundamente nos afectará, penetrará nuestro corazón, y se fijará en nuestra médula, que su profunda impresión hará que el vigor de los oradores y filósofos casi se desvanezca. Es fácil ver que las Sagradas Escrituras, que sobrepasan todos los dones y gracias de cualquier emprendimiento humano, exhalan algo divino.¹⁷

Hacia el final del evangelio de Lucas tenemos registrado otro ejemplo. Jesús acababa de resucitar de entre los muertos y había comenzado a aparecerse a sus discípulos. Dos de ellos, Cleofás y posiblemente su esposa, estaban regresando a su aldea, Emaús, cuando Jesús se les acercó en el camino. No lo reconocieron. Cuando les preguntó por qué estaban tan apesadumbrados, le contestaron explicándole lo que había acontecido en Jerusalén durante la Pascua. Le contaron sobre Jesús, "que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo". Le contaron cómo los principales sacerdotes y los gobernantes "le entregaron a sentencia de muerte, y le crucificaron". Ellos habían estado en Jerusalén esa misma mañana y habían oído rumores de las mujeres que habían ido al sepulcro y habían dicho que el cuerpo no estaba y que unos ángeles se les habían aparecido proclamando que Jesús había resucitado. Pero ellos no creían en resurrecciones. Ni siquiera se habían tomado la molestia de ir ellos en persona al sepulcro, aunque estaba bien cercano. El sueño había acabado. Jesús había muerto. Se volvían a su aldea.

Pero Jesús les comenzó a hablar y a explicarles la misión de Cristo, enseñándoles de las Escrituras. Les dijo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciere estas cosas, y que entrara en su gloria?" Y luego, comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que las Escrituras decían acerca de él.

Finalmente llegaron a donde vivían los discípulos. Invitaron a Jesús a entrar y él se les reveló mientras comían. Jesús se les desapareció de su vista y volvieron a Jerusalén para contarles a los demás discípulos lo que les había sucedido. Su propio testimonio era el siguiente: "¿No ardía nuestro corazón el nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" (L c. 24:13-32). Fueron cautivados por la palabra de Dios. En esta instancia, Jesús en persona cumplió con el papel del Espíritu Santo al interpretar la Biblia a sus discípulos y aplicar sus verdades a ellos.

¹⁷ Calvin, Institutes, P; 82

La Biblia también nos cambia. Nos convertimos en hombres y mujeres; distintos como resultado de encontrarla. Una porción del capítulo trece a los Romanos cambió la vida de San Agustín cuando leyó la Biblia mientras se encontraba en el jardín de la propiedad de un amigo, cerca de Milán, en Italia. Lutero nos cuenta cómo, mientras estaba meditando en las Escrituras, recluido en el castillo de Wartburg, se sintió "renacer", y nos dice como Romanos 1:17 fue su "puerta al cielo". La meditación sobre la Escritura de Juan Wesley lo condujo a su conversión en la pequeña congregación de Aldersgate. J. B. Phillip escribe:

Unos años antes de la publicación de la New English Bible, fui invitado por la BBC para conversar sobre los problemas de la traducción con el doctor E. V. Rieu, quien había recientemente producido una traducción de los cuatro evangelios para los Penguin Classics. Hacia el final de la conversación, se le preguntó al doctor Rieu sobre cómo había encarado la tarea, y su respuesta, fue la siguiente:

"Mi propósito personal para llevar a cabo esta tarea fue mi intenso deseo por convencerme acerca de la autenticidad y el contenido espiritual de los evangelios. Y, si recibía un nuevo entendimiento al estudiar detenidamente los originales griegos, transmitírselo a otros. Me enfrenté a ellos con el mismo espíritu con que lo hubiera hecho si me hubieran dicho que eran uno manuscritos griegos recién descubiertos".

Unos minutos más tarde le pregunté: "¿Tuvo usted la sensación de que todo el material estaba extraordinariamente lleno de vida? ...Yo tuve la sensación que todo estaba lleno de vida, aun cuando los estaba traduciendo. Aunque uno hiciera una docena de versiones para un pasaje en particular, todavía era viviente. ¿Tuvo usted esa sensación?".

El doctor Rieu contestó: "Tuve el sentimiento más profundo que podía haber experimentado. Me cambió; mi trabajo me cambió. Y llegué a la conclusión de que estas palabras tienen el sello del Hijo del Hombre y de Dios. Son la Carta Magna del espíritu humano".

Phillips concluye diciendo: "Me resultó particularmente excitante oír a un hombre que es un erudito de primer nivel, y un hombre de sabiduría y experiencia, admitir abiertamente que estas palabras que habían sido escritas hace tantos años estaban llenas de poder. Tanto para él como para mí, sonaban verdaderas".¹⁸

UN ÚNICO TEMA

Otro resultado de leer de la Biblia es que el Espíritu Santo que habla en sus páginas dirigirá al estudiante a Jesús. La Biblia contiene diversos tipos de material. Cubre cientos de años de historia. Sin embargo, el propósito de cada una de las partes de la Biblia es señalar a Jesús, y

esta obra a nivel subjetivo la lleva a cabo el Espíritu de Cristo. Jesús dijo: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí (Jn. 15:26). Como el papel del Espíritu Santo es señalar a Jesús en las Escrituras, podremos estar seguros de escuchar la voz del Espíritu Santo cuando esto suceda.

"¿No es la Biblia fundamentalmente historia?", puede preguntar una persona. "¿Cómo puede Jesús ser el tema en el Antiguo Testamento? ¿Cómo puede señalarnos a Jesús el Espíritu Santo?" Jesús es el tema del Antiguo Testamento de dos maneras: (1) al integrarse en todos sus temas generales, y (2) al cumplir algunas de las profecías específicas que allí encontramos.

Uno de los temas principales en el Antiguo Testamento es el pecado humano y nuestra consiguiente necesidad. La Biblia comienza con la historia de la creación. Pero no ha terminado de narrar esta historia (en el primer

capítulo de Génesis) cuando también nos narra la Caída de la raza humana. En lugar de ser humildes y agradecidos a nuestro Creador, como deberíamos ser, caemos en un estado de rebeldía contra nuestro Dios. Seguimos nuestro camino, en lugar del camino divino. Y así caen sobre nosotros las consecuencias del pecado (en último término, la muerte).

En el resto del Antiguo Testamento vemos cómo estas consecuencias se desarrollan: el asesinato de Abel, la corrupción que lleva al diluvio, el satanismo, las perversiones sexuales, y, por último, a pesar de todas sus grandes bendiciones, hasta la tragedia para la nación escogida de Israel. El Antiguo Testamento está resumido en el salmo de arrepentimiento de David, un salmo que debería ser el salmo de toda la raza humana. "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí... He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:1-3,5).

Tenemos aquí una doctrina bíblica muy importante. Pero si la entendemos correctamente tampoco esta doctrina es un fin en sí misma. La verdad sobre nuestro pecado y necesidad está expuesta en la Biblia porque la Biblia puede también apuntar a Cristo como la solución al dilema. Un segundo tema en el Antiguo Testamento es la existencia de un Dios que obra en amor para redimir a los pecadores. Dios el Padre hizo esto durante todo el período del Antiguo Testamento. Mientras lo hacía, estaba apuntando a la venida de su Hijo quien habría de redimir a los hombres y las mujeres perfectamente y para siempre.

Cuando Adán y Eva pecaron, el pecado los separó de su Creador. Intentaron esconderse. Dios, sin embargo, vino a ellos en la frescura de la tarde, llamándolos. Es cierto que Dios los

enjuició, como tenía que hacer. Les reveló las consecuencias de su pecado. Pero también mató unos animales, vistió al hombre y a la mujer con sus pieles, cubrió su vergüenza, y comenzó la enseñanza del camino de salvación mediante el sacrificio. En la misma historia, se dirigió a Satanás revelándole la venida de Uno que un día lo derrotaría para siempre: "te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Gn. 3:15).

Nueve capítulos más adelante nos encontramos con otra referencia, un tanto velada, a la "simiente" que aplastará a Satanás. Es la gran promesa de Dios a Abraham, cuando le dice que en él serán benditas todas las naciones (Gn. 12:3; 22:18). La bendición a que hace referencia no es una bendición que a través de Abraham alcance a todos los seres personalmente. Tampoco es una bendición que se cumplirá por intermedio de todos los judíos sin discriminación, ya que no todos los judíos son siquiera teístas. Esta bendición iba a venir a través de la simiente de Abraham, la simiente prometida, el Mesías. Es así que muchos años más tarde, el apóstol Pablo, que conocía este texto, lo usó para demostrar que: (1) la simiente era el Señor Jesús, (2) la promesa a Abraham era una bendición por su intermedio, y (3) la bendición iba a venir mediante la obra redentora de Cristo (Gá. 3:13—«16).

Hay una profecía interesante que el Señor habló por boca de Balaam, un profeta de los días de Moisés, un tanto mañoso y de poco entusiasmo. Balac, un rey que era hostil a Israel, le había encargado a Balaam que maldijera al pueblo judío. Pero cada vez que Balaam abría su boca, lo bendecía en vez de maldecirlo. En una ocasión dijo: "Saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel... de Jacob saldrá el dominador" (Nm. 24:17,19).

Cuando se estaba muriendo, el patriarca Jacob dijo: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos" (Gn. 49:10).

Moisés también habló de Él que había de venir: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Dt. 18:15). Y otra vez, Dios habla diciendo: "y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare" (vs. 18).

El libro de los Salmos contiene grandes profecías. El segundo salmo nos cuenta de la victoria de Cristo y su reino sobre todas las naciones de la tierra. Este salmo era muy popular entre los cristianos primitivos (ver Hechos 4). El Salmo 16 predice la resurrección (vs. 10; ver Hechos 2:31). Los Salmos 22, 23 y 24 son tres retratos del Señor Jesús: el Salvador sufriendo, el Pastor compasivo y el Rey. Otros salmos nos hablan de otros aspectos de su vida y su ministerio. El Salmo 110 vuelve al tema de su reinado, esperando el día cuando Jesús se siente a la diestra del Padre y sus enemigos le sirvan como "estrado de sus pies".

Hay detalles de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo en los libros de los profetas -en Isaías, Daniel, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Zacarías y otros. Los temas cruciales de la Biblia son el Señor Jesucristo y su obra. La obra del Espíritu Santo es revelarlo. Cuando tiene lugar esta revelación la Biblia se torna comprensible, la Escritura testimonia sobre la Escritura, y sentimos cómo el poder del Dios viviente surge a través de sus páginas.

PALABRA Y ESPÍRITU

La clave para la doctrina cristiana del conocimiento de Dios está en la combinación de esta revelación, escrita y objetiva, con la interpretación subjetiva que el Espíritu Santo realiza en el individuo. Esta combinación nos evita caer en dos errores.

El primer error es sobre espiritualizar la revelación. Este fue el error que enredó a los "entusiastas" anabaptistas en los días de Calvino y que ha continuado atrapando a muchos de sus seguidores. Los entusiastas justificaban sus decisiones y conductas apelando a las revelaciones privadas, dadas por el Espíritu. Pero estas revelaciones fueron varias veces contrarias a la enseñanza expresa de la palabra de Dios, como, por ejemplo, cuando decidían ocasionalmente dejar de trabajar para reunirse para la venida anticipada del Señor. Sin la revelación objetiva no había manera de juzgar dichas "revelaciones" o mantener a los individuos libres de ser atrapados en este error. Calvino escribió con referencia a este dilema:

El Espíritu Santo es tan inherente a su verdad, como la expresa en la Escritura, que sólo cuando la Palabra recibe la reverencia y dignidad debida, puede el Espíritu Santo mostrar su poder... Los hijos de Dios... sin el Espíritu Santo, se ven a sí mismos, dejados sin la iluminación de la verdad; y por lo tanto, saben que la Palabra es el instrumento por el cual el Señor ilumina con su Espíritu a los fieles. Porque ellos saben que no hay otro Espíritu que aquel que moró y habló por los apóstoles, y cuyo oráculo constantemente les recuerda escuchar la Palabra.¹⁹

Por otro lado, la combinación de una Escritura objetiva y la aplicación subjetiva de esa palabra por medio del Espíritu Santo nos libra del error de sobre intelectualizar la verdad divina. Este error era evidente en los hábitos diligentes de estudio bíblico de los escribas y fariseos durante el tiempo de Jesús. Los escribas y los fariseos no eran estudiantes flojos. Eran meticulosos cuando perseguían el conocimiento bíblico, hasta el punto de contar cada una de las letras de los libros de la Biblia. Sin embargo, Jesús les reprendió, diciéndoles: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39).

Para conocer a Dios, el Espíritu Santo nos tiene que enseñar por medio de la Biblia. Sólo entonces tendremos una conciencia plena de la naturaleza de la Biblia y tendremos la certeza

de su autoridad en nuestras mentes y corazones; y nosotros nos encontramos ahora afirmando con resolución esa revelación tan apreciada.

CAPITULO 5: LA PRUEBA DE LAS ESCRITURAS

LA EVIDENCIA MAYOR DE QUE LA BIBLIA ES LA PALABRA DE DIOS está dada por el testimonio interno del Espíritu Santo que así lo afirma. Sin dicho testimonio, la veracidad de la Escritura nunca podrá registrarse satisfactoriamente en el lector. Tanto el cristiano maduro como cualquiera que recién comienza a estudiar las aseveraciones del cristianismo deberían conocer los argumentos racionales.

¿Cuáles son estos argumentos? Algunos ya han sido sugeridos. Primero, están las aseveraciones que las Escrituras hacen de sí mismas. Los libros de la Biblia afirman ser la Palabra de Dios, y, mientras esto por sí solo no prueba que lo son, sin embargo es un hecho a tener en cuenta. Debemos preguntarnos cómo es posible que los libros que parecen ser tan ciertos en otros aspectos puedan estar equivocados con respecto al punto crucial sobre sí mismos. Segundo, está el testimonio de Jesús. Su testimonio es el argumento fundamental. Porque aun si Jesús hubiera sido sólo un gran maestro, no podríamos dejar de ver que Él consideraba la Biblia como la autoridad final en la vida. Tercero, está la superioridad doctrinal y ética de la Biblia frente a todos los demás libros. La superioridad de la Biblia ha sido reconocida en varias oportunidades aun por los no creyentes y sólo es negada por muy pocos de los que realmente han leído y estudiado sus páginas. Cuarto, está el poder de la Biblia que nos afecta mientras la leemos. ¿Qué puede producir tales resultados si la Biblia no es divina, tanto en su origen como en su operación en las vidas humanas?

Thomas Watson, uno de los grandes puritanos ingleses, escribió: Me pregunto de dónde podría provenir la Biblia si no proviene de Dios. Los hombres malvados no podrían ser sus autores. ¿Cómo podrían sus mentes redactar tales líneas santas? ¿Podrían condenar tan fieramente al pecado? Los hombres buenos tampoco podrían ser los autores. ¿Podrían escribir bajo tanta tensión? ¿Podrían plagiar el nombre de Dios y escribir así dice el Señor, en un libro que ellos están componiendo?²⁰ Tenemos aquí cuatro buenas razones para considerar la Biblia como la revelación de la Palabra de Dios; y otra quinta razón que surge del argumento de Watson: los escritores bíblicos no podrían haber alegado un origen divino para un libro que ellos consideraban propio. A continuación tenemos otras cinco bases para la misma conclusión.

²⁰ Thomas Watson, *A Body Of Divinity: Contained In Sermons Upon The Westminster Assembly's Catechism* (1692; Reprint Ed., London: The Banner Of Truth Trust, 1970), P. 26.

LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

Una sexta razón para considerar la Biblia como la revelación de la Palabra de Dios es la asombrosa unidad del libro. Este argumento no es nuevo, pero sin duda es bueno. Es un argumento que se toma más fuerte en la medida que más se estudian los documentos. La Biblia está compuesta por sesenta y seis partes, o libros, escritos en un período que abarca alrededor de mil quinientos años (entre aproximadamente 1450 a.C. hasta alrededor del año 90 d.C), por más de cuarenta personas distintas. Estas personas no se parecían entre sí. Provenían de distintas clases sociales y las circunstancias que las rodeaban eran diferentes. Algunas fueron reyes. Otras fueron estadistas, sacerdotes, profetas, un recaudador de impuestos, un médico, un confeccionador de carpas, pescadores. Si se les hubiera preguntado sobre cualquier tema, habrían tenido puntos de vista tan dispares como las opiniones de las personas contemporáneas. Pero juntos produjeron un volumen de una unidad maravillosa en cuanto a su doctrina, su perspectiva histórica, su ética y sus expectativas. En resumen, se trata de una sola historia de la redención divina que comenzó con Israel, se centró en Jesucristo y culminará con el fin de la historia. La naturaleza de esta unidad es importante. Para comenzar, R. A. Torrey señala:

No se trata de una unidad superficial sino profunda. Superficialmente, a veces nos encontramos con aparentes discrepancias y contradicciones; pero, en la medida que la estudiamos, estas aparentes discrepancias y contradicciones desaparecen, y aflora la profunda unidad subyacente. Cuanto más a fondo estudiamos, más completa se nos presenta esta unidad. Además, esta unidad es orgánica -es decir, no se trata de la unidad de algo muerto, como una piedra, sino de algo que está vivo, como una planta. En los primeros libros de la Biblia, tenemos el pensamiento germinante; a medida que avanzamos, tenemos la planta; y luego, el pimpollo; y luego, la flor; y por último, la fruta madura. En la

Revelación tenemos la fruta madura del Génesis.²¹ ¿Cómo es posible explicar esta unidad? Existe una sola explicación posible: detrás de los esfuerzos de más de cuarenta autores humanos está la perfecta, soberana y conductora mente de Dios.

UNA EXACTITUD INUSUAL

Una séptima razón para creer que la Biblia es la Palabra de Dios es su exactitud inusual. Para ser precisos, esta exactitud no prueba que la Biblia sea divina -los seres humanos pueden ser en ocasiones bastante exactos pero es lo que deberíamos esperar que sucediera si la Biblia es el resultado del esfuerzo de Dios. Por otro lado, si la exactitud de la Biblia implica también su

²¹ R. A. Torrey, *The Bible And Its Christ* (New York: Fleming H. Revell, 1904-6), P. 26.

infallibilidad (que consideraremos en el capítulo siguiente), entonces esto sí sería una prueba directa de su divinidad. Porque, si bien el error es humano, la infalibilidad es divina.

En algunas partes la exactitud de la Biblia puede ser probada externamente, como en las porciones históricas del Nuevo Testamento. Podemos tomar como ejemplos al evangelio de Lucas o el libro de Hechos. Lucas y Hechos son un intento de "poner en orden la historia" sobre la vida de Jesús y la rápida expansión de la iglesia cristiana primitiva (Le. 1:1-4; Hch. 1:1-2). Esto sería un enorme emprendimiento aún en la actualidad. Más aún lo era en la antigüedad, cuando no había ni diarios ni libros de referencia. En realidad había muy pocos documentos escritos. Pero, a pesar de ellos, Lucas ilustró el crecimiento de lo que comenzó como un movimiento religioso insignificante en un rincón recóndito del imperio romano, un movimiento que progresó calladamente y sin la sanción oficial pero que cuarenta años después de la muerte y resurrección de Jesucristo ya tenía congregaciones cristianas en casi todas de las grandes ciudades del imperio. ¿Fue la labor de Lucas exitosa? Sí, lo fue; y exacta de principio a fin.

En primer lugar, ambos libros muestran una exactitud asombrosa cuando mencionan títulos oficiales y las correspondientes esferas de influencia. Esto ha sido documentado por F. F. Bruce de la Universidad de Manchester, en Inglaterra, en un pequeño libro titulado *The New Testament Documents: Are They Reliable?* Bruce escribe:

Una de las muestras más notorias de su exactitud (con respecto a Lucas) es su familiaridad con los títulos que les corresponden a todas las personas notables que figuran en sus páginas. Esto no era una proeza tan fácil en sus días como lo es en los nuestros, cuando es muy sencillo consultar un libro de referencias. Se ha comparado el uso que Lucas hace de los distintos títulos existentes en el imperio romano con la manera suelta y confiada con que un hombre de Oxford, en una conversación, puede referirse a los directores de los distintos colegios: el Provost de Oriel, el Master de Balliol, el Rector de Exeter, el Presidente de Magdalen, y así sucesivamente. Uno que no vive en Oxford, como este autor, nunca se siente como en su casa con la multiplicidad de títulos de Oxford.²²

Obviamente, Lucas sí se sentía como en su casa con los títulos romanos; nunca se equivoca al utilizarlos.

Bruce agrega que Lucas tenía otra dificultad, en cuanto los títulos no eran siempre los mismos, sino que se modificaban con el tiempo. Por ejemplo, la administración de una provincia podía pasar de un representante directo del emperador a un gobierno senatorial, para ser gobernada por un procónsul en lugar de un delegado imperial (*legatus pro praetore*).

²² E E Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* (Downers Grove, ILL: Intervarsity Press, 1974), P. 82.

Chipre, una provincia imperial hasta el año 22 a.C, se convirtió en una provincia senatorial en ese año y fue gobernada por un procónsul en vez de un delegado imperial. Fue así que cuando Pablo y Bernabé arriban a Chipre alrededor del año 47 d.C, es el procónsul Sergio Pablo quien les da la bienvenida (Hch. 13:7).

También Acaya era una provincia senatorial desde el año 27 a.C. hasta el año 15 d.C, y luego con posterioridad al año 44 d.C. Por eso Lucas se refiere a talión, el gobernante romano en Grecia, como el "procónsul de Acaya" (Hch. 18:12), el título del representante romano durante la visita de Pablo a Corinto, pero no durante los veintinueve años con anterioridad al año 44 d.C.²³

Este tipo de exactitud por parte de uno de los escritores bíblicos es un testimonio que puede multiplicarse casi indefinidamente. Por ejemplo, en Hechos 19:38, el escribano de Éfeso trata de apaciguar a los ciudadanos alborotados refiriéndoles a las autoridades romanas: "Y procónsules hay", dice, usando el plural. A primera vista, el escritor parece haber cometido un error, ya que había sólo un procónsul romano para cada región determinada. Pero si lo examinamos vemos que poco tiempo antes del alboroto en Éfeso, Junio Silano, el procónsul, había sido asesinado por los mensajeros de Agripina, la madre del adolescente Nerón. Como el nuevo procónsul aún no había llegado a Éfeso, la expresión vaga del escribano puede ser intencional o puede estar referida a los dos emisarios, Helio y Celer, quienes eran los sucesores aparentes de Silano. Lucas captura el clima de la ciudad en un momento de disturbios internos, del mismo modo que también captura el clima de Antioquía, Jerusalén, Roma y otras ciudades, cada una con sus características exclusivas.

La arqueología ha constatado la extraordinaria confiabilidad de los escritos de Lucas y de otros documentos bíblicos. Una placa fue descubierta en Delfos identificando a Galión como el procónsul de Corinto cuando Pablo visitó la ciudad. El estanque de Betesda, con sus cinco pórticos, fue encontrado a unos setenta pies por debajo del presente nivel de la ciudad de Jerusalén. Se lo menciona en Juan 5:2, pero se había perdido de vista luego de la destrucción de la ciudad por los ejércitos de Tito en el año 70 d.C. También se ha descubierto el Enlosado, Gabata, que se menciona en Juan 19:13.

Documentos antiguos -de Dura, Ras Shamra, Egipto y el Mar Muerto- han echado luz sobre la confiabilidad bíblica. Se han recibido informes sobre hallazgos en Tell Mardikh, en el noroeste de Siria, el sitio de la antigua Ebla. Hasta el momento, mil quinientas tabletas que datan de alrededor de 2300 a.C. (unos doscientos a quinientos años antes de Abraham) han sido descubiertas. En ellas aparecen nombres como los de Abram, Israel, Esaú, David, Jahvé, y Jerusalén, lo que nos está indicando que estos eran nombres comunes antes de aparecer en los relatos bíblicos. Al ser estudiadas cuidadosamente, estas tabletas indudablemente habrán

de aclarar muchas de las costumbres de la época subsiguiente, de los patriarcas del Antiguo Testamento, Moisés, David, y otros. Su sola existencia ya tiende a verificar los relatos del Antiguo Testamento.

También está disponible la evidencia interna de la exactitud de la Biblia, en especial cuando tenemos relatos paralelos del mismo acontecimiento. Un ejemplo lo constituyen los relatos de las apariciones del Señor Jesucristo luego de su resurrección. Son cuatro relatos independientes y escritos por separado; de otro modo no habría aparentes discrepancias. Si los escritores hubieran trabajado conjuntamente habrían aclarado cualquier dificultad. Sin embargo, los evangelios no se contradicen realmente. Se complementan mutuamente. Aun más, un pequeño detalle en uno de ellos, puede servir para aclarar lo que parecía ser una contradicción entre otros dos.

Mateo nos dice que María Magdalena y la "otra" María habían ido al sepulcro en la primera mañana de Pascua. Marcos menciona a María Magdalena, María la madre de Jacobo (y así identificamos a la "otra" María de Mateo), y Salomé. Lucas menciona a dos Marías, Juana, "y las demás con ellas". Juan menciona sólo a María Magdalena. A simple vista estos relatos son diferentes, pero cuando los analizamos en detalle, revelan una notable armonía. Resulta claro que un grupo de mujeres, incluyendo todas las anteriormente mencionadas, fueron al sepulcro. Al encontrarse con que la piedra había sido removida, las mujeres más ancianas enviaron a María Magdalena a decirles a los apóstoles lo que había sucedido y a pedirles consejo. Mientras ella iba, las restantes mujeres vieron a los ángeles (como lo relatan Mateo, Marcos y Lucas) pero no al Señor resucitado, al menos no hasta más tarde. Por otro lado, María, volviendo más tarde y sola, lo vio (como nos informa Juan). De la misma manera, cuando Juan menciona a "el otro discípulo" que acompañó a Pedro al sepulcro, nos está aclarando el versículo de Lucas 24:24 que dice que "fueron algunos de los nuestros al sepulcro", después de las mujeres, aunque Lucas había mencionado sólo a Pedro (un individuo singular) en su relato. Todos estos son pequeños detalles, es cierto. Pero porque son pequeños le dan más peso a la exactitud total de los evangelios.

LA PROFECÍA

Una octava razón para creer que la Biblia es la Palabra de Dios la brinda la profecía. También este se trata de un gran tema, que escapa a los alcances de este capítulo. Sin embargo, es posible demostrar brevemente el impacto de este argumento.

Primero; están las profecías explícitas. Estas conciernen al futuro del pueblo judío (incluyen algunas cosas que ya han ocurrido y otras que todavía no han tenido lugar) y el futuro de las naciones gentiles. Por encima de todo, muchas describen la venida del Señor Jesucristo, primero para morir y luego para volver con poder y gran gloria. Toney cita cinco pasajes

-Isaías 53 (todo el capítulo); Miqueas 5:2; Daniel 9:25-27; Jeremías 23:5-6; y el Salmo 16:8-11 -y comenta:

En los pasajes citados tenemos predicciones sobre un Rey de Israel venidero. Se nos dice el tiempo exacto de su manifestación a su pueblo, el lugar exacto de su nacimiento, la familia en que habría de nacer, las circunstancias de su familia en oportunidad de su nacimiento (unas circunstancias totalmente diferentes de las existentes cuando se escribió la profecía, y contraria a todas las probabilidades), cómo habría de ser recibido por su pueblo (una recepción totalmente distinta a la que sería naturalmente previsible), el hecho, el medio y los detalles en torno a su muerte, con las circunstancias específicas en cuanto a su sepultura, su resurrección, y la victoria luego de su resurrección. Estas predicciones fueron cumplidas con la más exacta precisión por Jesús de Nazaret.²⁴

Otro escritor, E. Schuyler English, que fuera presidente de la comisión editorial de The New Scofield Referente Bible (1967) y editor en jefe de The Pilgrim Bible (1948), observó que más de veinte de las predicciones del Antiguo Testamento relacionadas con eventos que rodearían la muerte de Cristo, palabras escritas siglos antes de su primera venida, se cumplieron con precisión en un período de veinticuatro horas durante su crucifixión. Por ejemplo, en Mateo 27:35 está escrito: "Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes." Este era el cumplimiento del Salmo 22:18, que afirmaba: "Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes."²⁵

Muchas de estas profecías han sido cuestionadas y se han hecho intentos de datar los libros del Antiguo Testamento en fechas más cercanas al tiempo de Cristo. Pero aunque traigamos las fechas de algunas profecías lo más tarde en el tiempo como lo sugieren los críticos más radicales y destructivos, todavía estarán cientos de años antes del nacimiento de Cristo. Más aún, el testimonio acumulado de ellas es devastador. Estos son hechos, y exigen una explicación. ¿Cómo puede ser explicado? Esta evidencia sólo puede ser explicada por la existencia de un Dios soberano. Él reveló con anticipación lo que había de suceder cuando enviara a Jesús para redimir nuestra raza, y luego se encargó que dichos sucesos tuvieran lugar.

²⁴ Torrey, The Bible And Its Christ, P. 19.

²⁵ E. Schuyler English, A Companion To The New Scofield Referente Bible (New York: Oxford University Press, 1972), P. 26. El autor invita al lector a comparar también los siguientes versículos: Mt. 26:21-25 Con Sal. 41:9. Mt. 26:31, 56; Mr. 14:50 Con Zac. 13:7. Mt. 26:59 Con Sal. 35:11. Mt. 26:63; 27:12, 14; Mr. 14:61 Con Ls. 53:7. Mt. 26:67 Con Ls. 50:6; 52:14; Mi. 5:1; Zac. 13:7. Mt. 27:9 Con Zac. 11:12-13. Mt. 27:27 Con Ls. 53:8. Mt. 27:34, Mr. 15:36; Jn. 19:29 Con Sal. 69:21. Mt. 27:38; Mr. 15:27-28; Le. 22:37; 23:32 Con Is. 53:12. Mt. 27:46; Mr. 15:34 Con Sal. 22:1. Mt. 27:60; Mr. 15:46; Le. 23:53; Jn. 19:41 Con Is. 53:9. Le. 23:34 Con Is. 53:12. Jn. 19:28 Con Sal. 69:21. Jn. 19:33, 36 Con Sal. 34:20. Jn. 19:34, 37 Con Zac. 12:10.

Todavía se puede decir mucho más con respecto a la profecía. Este material que hemos visto se refiere únicamente a la venida de Cristo. También hay profecías referidas a la dispersión y la reunificación de Israel, como también profecías generales y específicas concernientes a las naciones gentiles y a las capitales de dichas naciones, muchas de las cuales han sido destruidas de la forma indicada por la Biblia, generaciones y hasta siglos antes. Las instituciones, las ceremonias, los sacrificios y las fiestas de Israel también son profecías de la vida y el ministerio de Jesús.²⁶

LA CONSERVACIÓN DE LA BIBLIA

Una novena razón para creer que la Biblia es la Palabra de Dios es su asombroso estado de conservación a través de los siglos del Antiguo Testamento y la historia de la iglesia. Hoy, luego de que la Biblia ha sido traducida en parte o en su totalidad a cientos de idiomas, y en algunos idiomas en varias versiones, y luego de que millones de copias del texto sagrado han sido publicadas y distribuidas, sería casi imposible destruir la Biblia. Pero estas no siempre fueron las condiciones reinantes.

Hasta la Reforma, el texto bíblico se preservaba por un proceso largo y laborioso de copiado a mano, una y otra vez; al principio sobre papiro, y luego sobre pergaminos. Durante ese tiempo la Biblia fue en varias oportunidades objeto de un odio extremo por muchos de los que estaban en el poder. Trataron de acabar con ella. En los inicios de la iglesia, Celso, Porfirio y Luciano trataron de destruirla con argumentos. Luego, los emperadores Diocleciano y Juliano trataron de destruirla con la fuerza. En varias instancias fue una ofensa capital el poseer una copia de alguna parte del Texto Sagrado. Sin embargo, el texto sobrevivió.

Si la Biblia hubiera sido sólo los pensamientos y la obra de seres humanos, habría sido eliminada hace mucho tiempo frente a tal oposición, como le sucedió a otros libros. Pero ha resistido, cumpliendo así las palabras de Jesús cuando dijo: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt. 24:35).

VIDAS TRANSFORMADAS

La décima razón para creer que la Biblia es la palabra de Dios es su habilidad comprobada de transformar hasta los peores hombres y mujeres, convirtiéndolos en bendición para sus familias, sus amigos y su comunidad. La Biblia habla de este poder: "La ley de Jehová es

²⁶ Para una discusión más completa sobre esta área de estudio del Antiguo Testamento, Ver Víctor Buksbazen, *The Gospel In The Feasts Of Israel* (Fort Washington, Pa.: Christian Literature Crusade, 1954) Y Norman L. Geisler, *Christ: The Theme Of The Bible* (Chicago: Moody Press, 1968), Pp. 31-68.

perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos" (Sal. 19:7-9). Como vimos en el capítulo anterior, esta transformación tiene lugar por el poder del Espíritu Santo que obra a través de la Palabra.

¿La Biblia transforma en realidad a los hombres y las mujeres, convirtiéndolos en personas santas? Sí, lo hace. Hay prostitutas que han sido reformadas; borrachos que se han vuelto sobrios; arrogantes que se han vuelto humildes; personas deshonestas que se han vuelto personas íntegras; mujeres y hombres débiles que se han vuelto fuertes; y todo por la transformación que Dios ha obrado en ellos mientras escuchaban y estudiaban las Escrituras.

Tenemos una ilustración muy notoria sacada de la vida del doctor Harry A. Ironside. Cuando comenzó su ministerio este gran evangelista y expositor bíblico vivía en el barrio de la Bahía de San Francisco y trabajaba con un grupo de creyentes llamados "Hermanos". Un domingo, caminando por la ciudad, se encontró con unos trabajadores del Ejército de Salvación que estaban teniendo una reunión en la esquina de las avenidas Market y Grant. Serían unos sesenta. Cuando reconocieron a Ironside, inmediatamente le pidieron que diera su testimonio. Y así lo hizo, hablando sobre cómo Dios lo había salvado mediante la fe en la muerte corporal y la resurrección literal de Jesús.

Mientras hablaba, Ironside se había percatado de un hombre, bien vestido, al borde de la multitud, que había tomado una tarjeta de su bolsillo y había escrito algo en ella. Cuando Ironside terminó de hablar, el hombre se adelantó, lo saludó levantando el sombrero, y amablemente le entregó la tarjeta. En un lado estaba su nombre, que Ironside inmediatamente reconoció. Se trataba de uno de los primeros socialistas que se había hecho famoso disertando no sólo a favor del socialismo sino también en contra del cristianismo. Al mirar la tarjeta del otro lado, Ironside leyó: "Señor: Lo desafío a debatir conmigo la cuestión "El gnosticismo versus el cristianismo en la Sala de la Academia de Ciencias, el próximo domingo a las cuatro de la tarde. Pagaré todos los gastos".

"Estoy muy interesado en este desafío...", contestó Ironside, luego de releer la tarjeta en voz alta. Y siguió diciendo algo según este tenor: "Por lo tanto, estoy de acuerdo en tener este debate si se dan las siguientes condiciones: el señor _____, para comprobar que está luchando por algo valedero y por algo que vale la pena debatir, se compromete a llevar a la Academia el próximo domingo a dos personas, cuyos requisitos ya le daré, como prueba de que el gnosticismo es de real valor para cambiar las vidas humanas y para forjar un verdadero carácter.

"Primero, debe prometerme llevar un hombre que haya sido por años lo que comúnmente llamamos un "pordiosero". No me interesa demasiado la naturaleza exacta de los pecados

que arruinaron su vida y lo convirtieron en un marginado de la sociedad -ya sea un borracho, o un criminal, o una víctima de su apetito sexual-, pero un hombre que por años haya estado bajo el poder de esas costumbres sin poder librarse de ellas; y que en alguna ocasión haya ido a alguna de las reuniones del señor _____, y haya escuchado las loas al gnosticismo y las denuncias de la Biblia y el cristianismo, y que mientras escuchaba la disertación su mente y su corazón hayan sido movidos de tal manera que haya salido de la reunión exclamando: "¡He aquí, yo también soy un agnóstico!", y como resultado de haberse permeado con esa filosofía en particular, haya encontrado un nuevo poder en su vida. Que los pecados que antes amaba, ahora los odia, y que la rectitud y la honradez son ahora los ideales de su vida. Es ahora una nueva persona, un crédito para sí y un activo para la sociedad -todo porque es un agnóstico "Segundo, me gustaría que el señor _____, me prometiera llevar una mujer -y creo que tendrá más dificultad en encontrar a la mujer que al hombre- que haya sido una pobre y desamparada marginada, una esclava de viles pasiones, una víctima de la vida corrupta de los hombres... quizás una que haya vivido por años en un antro de maldad... completamente perdida, arruinada y desdichada por su vida de pecado. Pero que esta mujer también haya entrado a una sala donde el señor _____ estaba proclamando su gnosticismo y ridiculizando el mensaje de las Santas Escrituras. Y que mientras escuchaba, la esperanza haya brotado en su corazón, y haya dicho: "¡Esto es justamente lo que necesitaba para librarme de la esclavitud del pecado!" Siguió las enseñanzas y se convirtió en una inteligente agnóstica o librepensadora. Como resultado, todo su ser se sublevó contra la degradación de la vida que había llevado hasta ese momento. Huyó del antro de iniquidad donde había estado cautiva tanto tiempo; y hoy, rehabilitada, se ha ganado una posición venerada en la sociedad y lleva una vida feliz, limpia y virtuosa -todo porque es una agnóstica.

"Ahora bien", dijo, dirigiéndose al caballero que le había presentado la tarjeta y el desafío, "si me promete llevar estas dos personas como ejemplos de lo que puede hacer el gnosticismo, yo le prometo encontrarme con usted en la Sala de Ciencias el próximo domingo a las cuatro de la tarde, y yo traeré conmigo unos cien hombres y mujeres que por años han vivido en tal degradación pecaminosa como he tratado de describir, pero que han sido gloriosamente salvados al creer en el evangelio que usted ridiculiza. Estos hombres y mujeres estarán conmigo en la plataforma, como testigos del poder salvador milagroso de Jesucristo y como prueba actualizada de la verdad de la Biblia".

"Capitán", dijo entonces el doctor Ironside, dirigiéndose a la capitana del Ejército de Salvación, "¿con cuántos podría contar para acompañarme a esa reunión?". "Habría cuarenta sólo de este cuerpo", contestó con entusiasmo la Capitana, "y ¡podríamos darle una banda de vientos para liderar la procesión!"

"Perfecto", contestó el doctor Ironside. "Ahora bien, señor _____ no tendré ningún inconveniente en conseguir otros sesenta de las distintas misiones, salas evangélicas e iglesias de esta ciudad; y si usted me promete llevar dos casos como le he descrito, yo entraré marchando al frente de dicha procesión, con la banda tocando "Firmes y adelante huestes de la fe", y estaré pronto para el debate".

Parece ser que el hombre que había realizado el desafío tenía algo de sentido del humor, porque se sonrió y agitando su mano, como queriendo decir: "¡Así no hay trato!" se retiró, mientras los demás aplaudían a Ironside.²⁷

El poder del Cristo vivo operando por medio del Espíritu Santo a través de la Palabra escrita transforma las vidas. Esto ha sido cierto en el transcurso de toda la historia. Es una prueba poderosa de que la Biblia indudablemente es la Palabra de Dios.

CAPITULO 6: LA BIBLIA ES VERDADERA

DESDE LOS INICIOS DE LA IGLESIA CRISTIANA HASTA BIEN ENTRADO el siglo dieciocho, la gran mayoría de los cristianos de todas las denominaciones reconocieron las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento como la Palabra de Dios. Dios hablaba en estos libros. Y porque Dios hablaba en las Escrituras -como no lo hacía en ningún otro lado de la misma forma- todos los que decían ser cristianos reconocían la Biblia como la autoridad divina integradora, un cuerpo de verdad objetiva que trascendía el entendimiento subjetivo. En estos libros, los actos salvíficos de Dios en la historia son relatados por seres humanos para que podamos creer. Y todos los acontecimientos que tienen lugar en esa historia son divinamente interpretados para que los hombres y las mujeres puedan entender el evangelio y responder a él con inteligencia, tanto en el pensamiento como en la acción. La Biblia es la Palabra de Dios escrita. Como la Biblia es la Palabra de Dios, las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento tienen autoridad y son infalibles.

LA PERSPECTIVA DE LOS PRIMEROS DIECISÉIS SIGLOS

En los documentos de la iglesia primitiva encontramos varias afirmaciones que sustentan la existencia de este concepto tan elevado sobre las Escrituras. Ireneo, que vivió y escribió en

²⁷ H. A. Ironsides, *Random Reminiscences From Fifty Years Of Ministry* (New York: Loizeaux Brothers, 1939), Pp. 99-107. Ya había contado esta historia en *the gospel of John*, vol. 1 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1975), Pp. 226-28.

Lyon, a principio del siglo segundo, escribió que debíamos estar "convencidos que las Escritura son perfectas, ya que fueron habladas por la Palabra de Dios y su Espíritu."²⁸

Cirilo de Jerusalén, en el siglo cuarto, dijo que "no debemos pronunciar ni la afirmación más casual sin las Sagradas Escrituras; ni nos debemos dejar desviar por ninguna probabilidad o artificio oral... Porque la salvación en la que creemos no depende de un razonamiento ingenioso, sino de la demostración de las Sagradas Escrituras"²⁹

Agustín, en una carta a Jerónimo, el traductor de la Vulgata Latina, dice: "Yo... creo con certeza que ninguno de los autores se ha equivocado al escribirlos. Cuando encuentro algo en los libros que parece contradecir la verdad, concluyo que los textos son corruptos o que el traductor no tradujo fielmente lo que decía, o que yo no he podido comprenderlo..."

Los libros canónicos están libres de cualquier falsedad.³⁰ Y en su tratado "Sobre la Trinidad" nos advierte: "No debéis estar dispuestos a acatar mis escritos como lo haríais si fueran las Escrituras canónicas; porque en éstas, cuando descubráis hasta lo que antes no creáis, creedlo sin titubear."³¹ Lo mismo sucede con Lutero. Algunas personas sostienen que Lutero al referirse a la Biblia como "la cuna de Cristo" quería decir que creía en una revelación dentro de la Biblia (no en una que era idéntica a ella) y que tenía a las Escrituras en menor estima que el Cristo del que hablaban.

Es por esto que algunos entienden que no toda la Biblia es la Palabra de Dios. Pero esto es un error. La frase de Lutero, "la cuna de Cristo", ocurre al final del tercer párrafo en su "Prefacio al Antiguo Testamento". Como ha demostrado el fallecido académico luterano J. Teodoro Mueller, Lutero está en realidad defendiendo el valor del Antiguo Testamento para los cristianos. Lejos de estar despreciando las Escrituras, Lutero lo que intenta es "expresar su más reverente estima hacia las Sagradas Escrituras, que le ofrecen al hombre la bendición suprema de la salvación eterna en Cristo".³²

El mismo Lutero dice: "Ruego y advierto a cada cristiano piadoso que no se deje ofender por la sencillez del lenguaje y algunas historias que hallará aquí (en el Antiguo Testamento). Que

²⁸ Irenaeus, *Against Heresies*, li, Xxvii, 2. *The Ante-Nicene Fathers*, Vol. 1, Ed. Alexander Roberts And James Donaldson (1885; Reimpreso Ed., Grand Rapids, Mich, Eerdmans, N. D.), P. 399.

²⁹ Cyril Of Jerusalem, *Pathetical Lectures*, Iv, 17. *The Nicene And Post-Nicene Fathers*, Series 2, Vol. 7, Ed. Philip Schaff And Henry Wace (1893; Reimpreso Ed., Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, N. D.), P. 23.

³⁰ Augustine, *Epistles*, 82. *The Fathers Of The Church*, Vol. 12, "St. Augustine: Letters 1-82", Trad. Wilfred Parsons (Washington, D. C.: The Catholic University Of America Press, 1951), Pp. 392, 409.

³¹ Augustine, "On The Trinity". *Prefacio Al Cap. 3, The Nicene And Post-Nicene Fathers*, Series L, Vol. 3, Ed. Philip Schaff (Buffalo: The Christian Literature Company, 1887), P. 56.

J. Theodore Mueller, "Luther's Cradle Of Christ" *Christianity Today*, October 24, 1960, P. 11.

nunca dude, por más sencillas que parezcan ser, que son las mismas palabras, obras, juicios, y hechos de la gran majestad, poder, y sabiduría de Dios."³³

Y en otro lugar Lutero dice que "las Escrituras, aunque también fueron escritas por hombres, no son de los hombres ni provienen de los hombres, sino de Dios".³⁴ Y otra vez, "Debemos diferenciar entre la Palabra de Dios y la palabra de los hombres. La palabra de los hombres es poco sólida, flota en el aire y pronto se desvanece; pero la Palabra de Dios es más grande que el cielo y la tierra, más grande que la muerte y el infierno, porque forma parte del poder de Dios, y permanece para siempre".³⁵

Y en algunas ocasiones Calvino es aun más explícito. Al hacer un comentario sobre 2' Timoteo 3:16, el reformador genovés sustenta esta posición: Este es el principio que distingue nuestra religión de las otras, que sabemos que Dios nos ha hablado y estamos plenamente convencidos que los profetas no hablaron de sí sino, como órganos del Espíritu Santo profirieron sólo lo que les había sido comisionado desde el cielo.

Todo aquel que desee beneficiarse de las Escrituras debe aceptar primeramente este principio: que la Ley y los profetas no son enseñanzas dadas por los hombres según les plazca, o producidas por las mentes de los hombres, sino que fueron dictadas por el Espíritu Santo. Y concluye: "Le debemos a la Escritura la misma reverencia que le debemos a Dios, ya que Él es su única fuente y no hay nada de origen humano mezclado en esta fuente."³⁶

En su comentario de los Salmos, se refiere a la Biblia como "la regla segura e inequívoca" (Sal 5:11). Juan Wesley dice lo mismo. "La Escritura, entonces, es una regla suficiente en sí misma, entregada al mundo por hombres divinamente inspirados".³⁷ "Si llegaran a haber errores en la Biblia, podrían haber miles. Si hubiera una falsedad en ese libro, no provino de la verdad de Dios".³⁸

³³ Martin Luther, "Preface To The Old Testament", What Luther Says: An Anthology, Ed. Edward M. Plass, Vol. 1 (St. Louis: Concordia, 1959), P. 71. Este pasaje fue citado, en una traducción un poco distinta, por Mueller En "Luther's 'Cradle Of Christ'".

³⁴ Martin Luther, "That Doctrines Of Men Are To Be Rejected", What Luther Says: An Anthology, Vol. 1, P. 63.

³⁵ Martin Luther, Table Talk, 44, A Compend Of Luther's Theology, Ed. Hugh Thomson Kerr (Philadelphia: Westminster, 1943), P. 10.

³⁶ John Calvin, Calvin's New Testament Commentaries, Vol. 10, "The Second Epistle Of Paul The Apostle To The Corinthians And The Epistles To Timothy, Titus And Philemon", Trad. T. A. Small (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964), P. 330.

³⁷ John Wesley, A Roman Catechism, Pregunta 5, The Works Of John Wesley, Vol. 10 (1872; Reimpreso Ed., Grand Rapids, Mich.: Zondervan, N. D.), P. 90.

³⁸ John Wesley, The Works Of John Wesley, 4:82.

Es una gloria de la iglesia de los primeros dieciséis o diecisiete siglos que los cristianos de todo lugar, por encima de sus diferencias de opinión sobre teología o en cuestiones relativas al orden eclesial, exhibieron al menos una alianza mental con la Biblia como la autoridad suprema e infalible para el cristiano. Podría ser descuidada; podría haber desacuerdos sobre sus enseñanzas; hasta podría ser contradicha; pero era la Palabra de Dios.

Era la única regla infalible en cuanto a la fe y la práctica.

LAS PERSPECTIVAS LUEGO DE LA REFORMA

Luego del período de la Reforma la perspectiva ortodoxa de la Escritura sufrió crecientes ataques devastadores. En la Iglesia Católica Romana, los ataques provinieron de las tradiciones establecidas. Después de haberse debilitado por siglos, apelando a los padres de la iglesia en lugar de apelar a las Escrituras para dilucidar algún punto doctrinal, y como una reacción violenta a la Reforma Protestante, en 1546 la Iglesia Católica Romana colocó la tradición de la iglesia en el mismo nivel que las Escrituras como fuente de revelación. Sin duda en el Concilio de Trento no se consideraron todas las consecuencias de esta decisión, pero fueron monumentales. Este acto tuvo consecuencias trágicas para la Iglesia Católica Romana, como lo indica el desarrollo de doctrinas debilitadoras, el culto a María y la veneración de los santos. En teoría, la Biblia seguía siendo infalible, al menos para grandes sectores del catolicismo. Pero la profunda preferencia humana por las tradiciones en desmedro de la Palabra absoluta e infalible hizo que la autoridad de la Palabra de Dios cada vez pesara menos.

En el protestantismo el ataque provino de la llamada alta crítica. Por un tiempo, como resultado de su herencia y de la aguda polémica con el catolicismo, las iglesias Protestantes se mantuvieron firmes en la noción de una Biblia infalible. Pero durante el siglo dieciocho, y en particular el siglo diecinueve, la crítica de las Escrituras, respaldada por un naturalismo racionalista, logró desalojar la Biblia del lugar que había ocupado hasta ese entonces. Para la iglesia en la era del racionalismo la Biblia se convirtió en la palabra del hombre sobre Dios y el hombre; en lugar de ser la palabra de Dios al hombre. Finalmente, habiendo rechazado el carácter divino y único de la Biblia, muchos críticos rechazaron también su autoridad.

La Iglesia Católica debilitó la perspectiva ortodoxa de la Biblia al elevar las tradiciones humanas a la altura de las Escrituras. El protestantismo debilitó la perspectiva ortodoxa de las Escrituras bajando la Biblia al nivel de las tradiciones. Hay grandes diferencias, pero el resultado fue el mismo. Ninguno de estos grupos negó la calidad revelacional de las Escrituras, pero en ambos casos el carácter único de las Escrituras se perdió, su autoridad fue invalidada, y la voz reformadora de Dios dentro de su iglesia fue olvidada.

El hecho de que ninguna de estas posiciones puede ser defendida resulta evidente para cualquiera, y debería impulsar a la iglesia a regresar a su postura original. Sin embargo, esto no parece estar sucediendo. Por el contrario, algunos evangélicos que tradicionalmente han insistido en la inerrancia de la Palabra parecen moverse en una dirección más liberal, desplegando una actitud ambivalente con respecto a la infalibilidad.

Debemos ser extremadamente cuidadosos en este punto. Existe la posibilidad de cuestionar lo que significa "inerrancia", que no es lo mismo que rechazarla peligrosamente y sin ambages. Por ejemplo, algunos académicos muy conservadores se han preguntado si inerrancia es el mejor término para usar con referencia a la Biblia, ya que demandaría una precisión de detalles tan estricta que debería incluir hasta una gramática perfecta, la que no existe. Han preferido el término infalibilidad. Otros no prefieren el término inerrancia porque este requiere unos estándares de exactitud modernos y científicos que los autores antiguos no poseían. Dichos académicos han preferido referirse a la Biblia como confiable o verdadera. Pero estas áreas no son tan importantes. Puede no haber acuerdo en estas áreas, ya que sabemos que no hay ningún término que describa a la perfección lo que queremos significar -inerrancia, infalibilidad, confiabilidad, carácter de fidedigna, veracidad, y otros. De donde no debemos movernos es de sostener el carácter único y la autoridad de la Biblia como la Palabra de Dios, en su totalidad y en parte. La palabra infalibilidad, con sus limitaciones, preserva este énfasis.

LA FILOSOFÍA DE LA CRÍTICA MODERNA

A la crítica bíblica moderna se le suele adjudicar el papel de haber derrumbado la vieja postura de la inerrancia. Se sostiene que la inerrancia era una opción posible cuando los hombres y mujeres conocían muy poco sobre los textos bíblicos y sobre la historia bíblica. Pero los descubrimientos modernos han cambiado la situación. Hoy sabemos que la Biblia tiene errores, así se nos dice, y por lo tanto el derrumbe de la infalibilidad es fait accompli.

Por ejemplo, Cirenio, "no era estrictamente" el gobernador de Siria durante el tiempo del nacimiento de Cristo (Le. 2:2). Moisés "no escribió" el Pentateuco. Un académico escribió que "el desarrollo científico del siglo pasado ha vuelto insostenible el concepto de la Biblia como el libro verbalmente inspirado al que podemos recurrir con absoluta certeza para la guía infalible en todas las cuestiones de fe y de conducta"³⁹

Pero, ¿la crítica moderna nos impone cambiar radicalmente nuestro concepto de las Escrituras? Comienzan a surgir las dudas cuando tomamos conciencia que muchos de estos

³⁹ W. L. Knox, *Essays Catholic And Critical* (London: Society For Promoting Christian Knowledge, 1931), P. 99.

supuestos errores de la Biblia no son descubrimientos recientes debido a la crítica científica, sino dificultades conocidas por los estudiosos bíblicos desde hace siglos.

Orígenes, Agustín, Lutero, Calvino y muchísimos otros estaban conscientes de estos problemas. Sabían que los distintos períodos bíblicos son relatados en forma distinta por los diferentes autores. (Por ejemplo, en Génesis 15:13 se nos dice que la duración de la esclavitud de Israel en Egipto fue de cuatrocientos años, mientras que según Éxodo 12:41, fue de cuatrocientos treinta años.)

Sabían que algunos detalles en los relatos paralelos a veces discrepaban (como en el número de ángeles en el sepulcro de Cristo luego de su resurrección). Pero entendían que estos eran sólo el resultado de los distintos enfoques de los autores o de un intento específico al escribirlos. No se sentían obligados a tirar fuera de borda el concepto que tenían de las Escrituras por causa de estos problemas. El problema verdadero con la inerrancia va más allá de la información producida por la crítica científica, se remonta a la filosofía que sustenta la crítica moderna.

Esa filosofía es el naturalismo. La perspectiva mundana niega lo sobrenatural, o busca colocarlo fuera de la investigación científica. Lo sobrenatural, por lo tanto, no tiene ninguna correlación directa con las palabras específicas del texto bíblico. Para usar el término de Francis Schaeffer, es una realidad de "estrato superior", más allá de toda prueba o confirmación.

Así escribe Pinnock: La crítica negativa es la herramienta de la nueva teología. No se la utiliza ahora para aclarar de forma rápida las características de las enseñanzas bíblicas que pueden estar sujetas a objeción. Sirve ahora para desacreditar toda la noción en el corazón del cristianismo: que hay un cuerpo de información revelada, normativo para la teología cristiana.

En el interés moderno de la hermenéutica no vemos resurgir la preocupación por tomar la verdad de la Escritura seriamente, sino sólo un intento de usar la Biblia de una manera nueva, no literal, y existencial.⁴⁰ Un ejemplo supremo de esto es la teología de Rudolf Bultmann, quien escribe volúmenes de exposición teológica pero que niega que la revelación cristiana posea algún tipo de contenido proposicional.

Si este es el meollo de todo el debate sobre la inerrancia, entonces, es obvio que el debate es más serio que si sólo se tratara de la posibilidad de demostrar que existe unos pocos errores insignificantes en las Escrituras. Lo que está en juego es todo el tema de la revelación.

⁴⁰ Clark's H. Pinnock, A Defense Of Biblical Infallibility (Philadelphia: Presbyterian And Reformed, 1967), P. 4.

¿Puede Dios revelarse a la humanidad? Y para ser más específicos, ¿puede revelarse a través del lenguaje, que se torna normativo para la fe y la acción cristiana?

Con la Biblia inerrante estas cosas son posibles. Sin la inerrancia, la teología entra en el páramo de la especulación humana. La iglesia, que necesita de una Palabra de Dios firme, flaquea. Sin una revelación inerrante, la teología no sólo está a la deriva: carece de sentido. Si repudia su derecho a hablar de las Escrituras en base a la Escritura, desiste de su derecho a hablar sobre cualquier otro tema.

EN DEFENSA DE LA INERRANCIA

Debajo de cualquier defensa de las Escrituras como la Palabra de Dios fidedigna y con autoridad, está la roca firme de la veracidad divina. Los pasos a seguir en esta defensa son los siguientes:

1. La Biblia es un documento fidedigno. Podemos establecer que es fidedigna si la tratamos como si fuera cualquier otro documento histórico, como, por ejemplo, las obras de Josefo y los informes de guerra de Julio César.
2. Basado en la historia registrada en la Biblia tenemos suficientes razones para creer que el carácter central de la Biblia, Jesucristo, hizo lo que dice haber hecho y por lo tanto es quien dice ser: el único Hijo de Dios.
3. Siendo el único Hijo de Dios, el Señor Jesucristo es una autoridad infalible.
4. Jesucristo no sólo asumió la autoridad de la Biblia; la enseñó, hasta el extremo de enseñar que está libre de error y es eternal, por ser la Palabra de Dios. "Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18). Si la Biblia es la Palabra de Dios, como Jesús enseñó, entonces debe ser enteramente fidedigna e infalible, porque Dios es un Dios de verdad.
5. Por lo tanto, basado en las enseñanzas de Jesucristo, el infalible Hijo de Dios, la iglesia cree que la Biblia también es infalible.⁴¹

En otras palabras, la defensa de la inerrancia descansa en, y es una consecuencia de, el tipo de material presentado en los Capítulos 3 y 4. La Biblia como documento histórico nos da información fidedigna de un Cristo infalible. Cristo tiene a las Escrituras en gran estima. En consecuencia, las doctrinas de Cristo deberían, y deben, ser las doctrinas de sus seguidores.

⁴¹ Esta manera clásica de encarar la defensa de las escrituras ha sido desarrollada en toda su extensión Por R. C. Sproul En Su Ensayo "The Case For Inerrancy: A Methodological Analysis", En God's Inerrant Word, Pp. 248-60.

EN CONTRA DE LA INERRANCIA

Muchos de los que siguen la lógica de la defensa tradicional de la inerrancia de las Escrituras, se sienten de todos modos incómodos frente a lo que parecen ser objeciones insuperables. Veamos cuáles son estas objeciones y veamos si son tan insuperables como parecen ser.

La primera objeción se basa en el carácter de los textos bíblicos. Alguien podría decir: "Supongamos que se trata de documentos históricos fidedignos, ¿no será justamente ese uno de los problemas? Si es evidente que son documentos históricos, entonces son documentos humanos. Son selectivos con respecto a su contenido. Usan el lenguaje limitado, y a veces figurativo de la época en que fueron escritos. Los relatos paralelos revelan distintos puntos de vista sostenidos por diferentes autores. La terminación literaria del material varía. ¿Eso es lo que habría de esperar de una revelación divina? ¿No prueba esto que lo que en realidad tenemos entre manos es simplemente un libro humano?"

No nos incumbe a nosotros, sin embargo, decir de qué forma tendría que ser dada la revelación divina, ni insistir que la revelación no puede ser divina porque tiene determinadas características. Es evidente que nada humano puede ser un vehículo apropiado para la verdad de Dios. Pero Dios no está impedido de rebajarse al lenguaje humano para transmitir su verdad infalible. Calvino comparó las acciones de Dios a las de una madre que usa un lenguaje infantil para comunicarse con su hijo. Se trata de una conversación limitada, ya que el niño no puede conversar al nivel de la madre. Pero, sin embargo, es una comunicación verdadera. Por lo tanto, el carácter de los documentos en sí no tiene importancia con respecto a la cuestión de la inerrancia.

Una segunda objeción a la inerrancia surge a partir de la primera. No se basa tanto en el carácter de los libros bíblicos sino en el hecho de que es evidente que son producciones humanas. "Errar es humano", sostienen estos críticos, "por lo tanto, la Biblia, al ser un libro humano, debe contener errores".

A simple vista este argumento parece resultar lógico, pero si lo examinamos más detenidamente, veremos que no necesariamente lo es. Si bien los seres humanos cometemos errores, no es necesariamente cierto que un individuo dado cometerá errores a toda hora y en todo lugar. Por ejemplo, el desarrollo de una ecuación científica para el propósito para el que es válida, es literalmente infalible. Lo mismo puede decirse de un aviso correctamente impreso que anuncia una reunión, las instrucciones para operar un automóvil y otras cosas. John Warwick Montgomery señala, al desarrollar este argumento: "Si bien es cierto que la producción de sesenta y seis libros que son inerrantes: y complementarios, a lo largo de los siglos, y por parte de diferentes autores, es un emprendimiento de gran envergadura -a tal punto que apelamos con gozo al Espíritu de Dios para realizarlo-, no hay nada

metafísicamente inhumano o contra la naturaleza humana en la realización de dicho emprendimiento".⁴²

Puede resultar instructiva la analogía entre la concepción y el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y como nos llegó la Biblia. Leemos que cuando el Señor fue concebido en el vientre de la virgen María, el Espíritu Santo la cubrió con su sombra para que el hijo que iba a nacer fuera llamado "el Hijo de Dios" (Le. 1:35). Lo divino y lo humano se encontraron en la concepción de Cristo, y el resultado fue humano y divino a la vez. Cristo fue un hombre real. Fue una persona en particular, un judío. Tenía un físico que podía pesarse y una apariencia que podía ser reconocida. Se le podría haber sacado una fotografía. Empero, también era el Dios Todopoderoso y sin pecado.

Podemos comparar la manera como el Espíritu Santo cubrió a la virgen María para que concibiera al Hijo de Dios humano en su vientre, con la forma como el Espíritu Santo cubrió las células cerebrales de Moisés, David, los profetas, los evangelistas, Pablo y otros escritores bíblicos, para que de sus mentes emanaran los libros que constituyen la Biblia. Sus escritos llevan las marcas de la personalidad humana. Varían en su estilo. Sin embargo, la fuente primaria es divina, y el toque humano no las tiñe de errores del mismo modo que el vientre de María no manchó de pecado al Salvador.

Una tercera objeción a la inerrancia se basa en el hecho de que se afirma que sólo los escritos originales son inerrantes, no así las copias que fueron hechas de los mismos con posterioridad, y en las que se basan nuestras traducciones contemporáneas. Como ningún ser vivo ha visto alguna vez estos escritos originales, y por lo tanto no podemos ni verificar ni desacreditar esta afirmación, ¿no se trata de un epistemológico sin sentido apelar a ellos? "¿Qué si existe un original inerrante?", podría argumentar alguien. "Como no lo tenemos, no tiene sentido afirmar que la Biblia es inerrante".

Pero, ¿acaso no tiene sentido hacerlo? No tendría sentido si las siguientes dos condiciones fuesen ciertas: (1) si el número de supuestos errores permaneciera constante cuando nos remontamos en el tiempo de copia en copia hacia los escritos originales, y (2) si los que creen en la infalibilidad apelaran a un original que difiere sustancialmente de las mejores copias de manuscritos en existencia. Pero ninguna de estas condiciones se cumple. Por el contrario, cuando se examinan las copias que se remontan en la dirección de los escritos perdidos, el número de errores textuales disminuye, lo que anima a suponer que si se pudiera llenar el intervalo entre los originales y el primero textos y fragmentos (algunos papiros del Nuevo Testamento se remontan al primer siglo), todos los supuestos errores desaparecerían... El evangélico conservador sólo apela a los escritos ausentes como autoridad por encima de los mejores textos existentes en aquellas instancias, limitadas y específicas (como el registro de

numerales), donde la evidencia independiente muestra que desde el principio pudo haber una alta probabilidad de errores transcripcionales.⁴³

Los que creen en la infalibilidad tratan los problemas textuales de la misma manera que un académico secular trata los problemas relacionados con cualquier documento antiguo. Sin embargo, debido al número y la variedad extraordinaria de los manuscritos bíblicos, no hay ningún motivo para dudar que los textos contemporáneos no son idénticos a los textos originales, excepto en muy pocos lugares. Y estas áreas problemáticas son conocidas por los comentaristas bíblicos.

Una cuarta objeción a la doctrina de la inerrancia tiene que ver con la función del lenguaje como vehículo de la verdad. Algunos académicos sostienen que la verdad trasciende el lenguaje, de modo que la verdad de las Escrituras sólo puede hallarse en los pensamientos de las Escrituras más que en sus palabras. Pero, ¿esto tiene algún sentido? "Aceptar la inspiración de los pensamientos pero no de las palabras de los escritores bíblicos contradice las afirmaciones de las Escrituras, y además carece intrínsecamente de sentido. ¿Qué es un pensamiento inspirado expresado en un lenguaje no inspirado?"⁴⁴, plantea Pinnock. Si la Biblia ha sido inspirada, debe haber sido verbalmente inspirada. Y una inspiración verbal es sinónimo de infalibilidad.

Para ser precisos, existen algunas partes en las Escrituras donde la elección de una palabra puede no hacer mucha diferencia para registrar un hecho o una doctrina. La manera como están expresados algunos versículos puede ser cambiada, como lo hacen los traductores para poder transmitir el significado real a una determinada cultura. Pero también existen otros lugares donde las palabras son cruciales, y una doctrina se verá afectada si no tomamos las palabras con la seriedad que ellas se merecen. Para poder tener una Biblia que tenga autoridad, es necesario que también tengamos una Biblia verbalmente inspirada y, en consecuencia, infalible; una Biblia que sea infalible en esta cuestión como también en otras. Esta opinión está de acuerdo con las propias enseñanzas de la Biblia y con la naturaleza del lenguaje.

LA CUESTIÓN DE LOS ERRORES

Para terminar, tenemos los que pueden seguir el argumento hasta aquí, y aun estar en parte de acuerdo con las conclusiones, pero que, sin embargo, sienten que algunos "errores" han sido sacados a la luz por los "resultados irrefutables" de los académicos bíblicos. ¿Existen errores comprobados? En algunos lugares hay dificultades. Nadie cuestiona eso. Pero, ¿los

⁴³ John Warwick Montgomery, "Biblical Inerrancy: What Is At Stake?" En God's Inerrant Word, P.33.

⁴⁴ Pinnock, Biblical Infallibility, P. 8.

académicos han podido realmente demostrar que los libros de la Biblia son falibles y que por ende fueron escritos sólo por hombres?

Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando afirmaciones tales como esta eran expresadas por personas influyentes, sin ningún tapujo. Hace unos años casi todos los académicos y teólogos bíblicos hablaban de determinados resultados o hallazgos que se suponía habrían de acabar con el concepto ortodoxo de la Biblia para siempre. Hoy, sin embargo, como cualquiera que haya tenido la oportunidad de analizar en profundidad estas cuestiones lo sabe, estas aseveraciones no ocurren con tanta frecuencia. En realidad, casi no ocurren en absoluto. ¿Por qué? Sencillamente porque, como resultado de los avances de las investigaciones arqueológicas y bíblicas, dichos resultados que se decían ser irrefutables han sido destruidos en las propias narices de quienes los sostenían.

En 2a Reyes 15:29 hay una referencia a un rey de Asiría llamado Tiglat-pileser. Se nos dice que había conquistado a los israelitas del reino del norte y había llevado a muchos cautivos. Hace sólo una generación, los académicos nos decían -todavía tenemos sus libros en nuestras bibliotecas- que este rey nunca había existido y que el relato de la derrota de Israel por parte de Asiría lindaba con la mitología. En la actualidad, sin embargo, los arqueólogos han excavado la capital de Tiglat-pileser y conocemos su historia. Se han encontrado bloques de ladrillo con su nombre grabado que rezan: "Yo, Tiglat-Pileser, rey de las tierras al occidente, rey de la tierra, cuyo reino se extiende hasta el gran mar..." El lector puede encontrar relatos de sus batallas con Israel en el libro *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* de James B. Pritchard. Por ese mismo entonces, algunos académicos negaban que Moisés pudiera haber escrito los primeros cinco libros de la Biblia, alegando que la escritura aún no había sido inventada en sus días, un argumento que parecía irrefutable. Desde ese entonces, sin embargo, los arqueólogos han desenterrado miles de tabletas e inscripciones escritas cientos de años antes de Moisés y aun antes de Abraham. Se conocen, en realidad, seis diferentes idiomas anteriores al período de Moisés.

En tiempos recientes también podíamos encontrar muchos que negaban que los libros históricos del Nuevo Testamento hubiesen sido escritos lo suficientemente cerca en el tiempo a los acontecimientos que relatan para ser confiables. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) en particular se fechaban tardíamente; y Juan, que parecía tener mucha influencia griega, se llevaba al siglo segundo de la era cristiana, y algunos académicos lo llevaban hasta el siglo tercero. Con el tiempo, sin embargo, se descubrió en Egipto un papiro que obligó a los académicos a fechar el cuarto evangelio con anterioridad al año 125 d.C, y posiblemente con bastante anterioridad a esa fecha.

Los resultados de la erudición, en lugar de desacreditar la Biblia, cada vez más confirman sus afirmaciones. No son prueba de su infalibilidad -ni toda la información podría ser capaz de

hacer eso-, pero sí contribuyen a la confiabilidad de la Biblia. No revelan nada que sea incompatible con las afirmaciones de las Escrituras. La revista Time, en una cobertura que hizo sobre la Biblia en 1974, reconoció que,

La amplitud, sofisticación y diversidad de todas estas investigaciones bíblicas es asombrosa, pero plantea una interrogante: ¿ha convertido la Biblia en algo más creíble o menos creíble? Los que la leen de manera literal, que sienten que el piso se les mueve cada vez que un versículo es cuestionado, dirán que la credibilidad ha sufrido un golpe. Se ha sembrado la duda, la fe corre peligro.

Pero los creyentes que esperan algo distinto de la Biblia, podrán bien concluir que su credibilidad ha sido fortalecida. Después de dos siglos de enfrentarse a las armas científicas más potentes, la Biblia ha sobrevivido -y posiblemente esté en una mejor posición después de haber sido sitiada-. Aun en el campo de los críticos -los hechos históricos- las Escrituras parecen ser más aceptables ahora que cuando los racionalistas comenzaron sus ataques.⁴⁵

El cristiano no debe sentir ningún temor de basarse en la Palabra de Dios, reconociéndole su autoridad del mismo modo que lo hizo el Señor Jesucristo. Podrá haber períodos en que las teorías críticas la contradicen. Los argumentos pueden parecer irrefutables, hasta tal extremo que si uno se enfrenta a ellos puede ser tildado de oscurantismo. Los sabios de este mundo dirán: "Puedes creer eso si lo deseas, pero los resultados de la crítica científica nos enseñan otra cosa". Estas cosas ya han sucedido y seguirán sucediendo. Pero los cristianos que se basan en las Escrituras verán aun durante su vida cómo se desmoronan a los pies de los académicos los resultados que se decían irrefutables, y cómo las afirmaciones de la Biblia sustentadas por el Señor Jesucristo, las creencias históricas de la iglesia, prevalecen. Hace unos años el líder de la Iglesia Anglicana, el Obispo Ryle de Liverpool, escribió: "Prefiero la teoría verbal absoluta sobre la inspiración de la Biblia, con todas las dificultades que conlleva, antes que la duda. Acepto las dificultades, y humildemente espero que se diluciden. Pero mientras espero, estoy firme sobre la roca".

CAPITULO 7: LA CRÍTICA BÍBLICA MODERNA

HA SIDO LA CRITICA BÍBLICA MODERNA, MAS QUE NINGUNA OTRA cosa, lo que ha debilitado y casi destruido el alto concepto que la cristiandad tenía sobre la Biblia. Se hace por lo tanto necesario que consideremos las líneas principales de esta crítica en el transcurso de los últimos dos siglos, y que luego reflexionemos sobre ella desde una perspectiva evangélica.

⁴⁵ "The Bible: The Believers Gain", Time, Diciembre 30, 1974, P. 41.

LAS RAÍCES DEL CRITICISMO

El método crítico del Antiguo y el Nuevo Testamento desde un punto de vista literario no es privativo de los siglos diecinueve y veinte. Teodoro de Mopsuestia, uno de los teólogos más salientes de la escuela de Antioquía, relegó algunos salmos (como el 51, el 65 y el 127) a la época del Exilio. Durante la Edad Media, Ibn Ezra, un académico judío, declaró haber descubierto varios anacronismos en el Pentateuco. Hasta Martín Lutero aplicó una forma de crítica literaria cuando ocasionalmente se pronunció sobre la autenticidad y el valor relativo de los libros bíblicos. Pero no fue hasta entrado el siglo dieciocho, 1753, para ser exactos, cuando la alta crítica se introdujo en la escala y con el propósito como la entendemos hoy en día.

En ese año un científico y médico de la corte francesa, Jean Astruc, publicó una obra sobre las fuentes literarias del Génesis dejando establecido un método de estudio bíblico que fue masivamente aceptado, primero en Alemania, y luego por toda Europa y los Estados Unidos. Astruc observó que en el texto hebreo del Génesis se le asignan a Dios dos nombres distintos. El primero es Elohim, que aunque este nombre tiene otros significados en hebreo, se lo aplica especialmente al Ser Supremo. El otro es Jehová... el gran nombre de Dios, que expresa su esencia. Ahora bien, uno podría suponer que ambos nombres son usados indiscriminadamente como sinónimos, como un mero recurso estilístico. Esto, sin embargo, sería un error. Los nombres nunca son entremezclados; hay capítulos enteros, o partes largas dentro de un capítulo, donde siempre se usa Elohim para referirse a Dios, y otras partes igualmente numerosas, donde siempre se lo llama Jehová. Si Moisés fuera el autor del Génesis, deberíamos otorgarle esta tan extraña y rigurosa variación. Pero, ¿es posible concebir dicha negligencia en la composición de un libro tan corto como el Génesis? ¿Le impondremos a Moisés este error que ningún otro autor ha cometido? ¿No resultaría más natural explicar esta variación si suponemos que el Génesis está compuesto por dos o tres memorias, cuyos autores asignaron diferentes nombres a Dios, uno usó Elohim, el otro Jehová, y el otro Jehová Elohim?⁴⁶

La observación de Astruc es la expresión primitiva del espíritu crítico, y ya exhibe características que pronto se convertirían en representativas de la crítica literaria. Primero, está revelando una fractura con la concepción tradicional, según la cual Moisés fue el autor del Pentateuco. Segundo, manifiesta un cambio en el objeto de estudio, del simple significado de las palabras a cuestiones tales como la autenticidad y la integridad de los libros bíblicos. Tercero, demuestra un nuevo método para proceder. Al dejar de lado el testimonio

⁴⁶ Encyclopedia Of Religion And Ethics, Vol. 4, Ed. James Hastings (New York: Charles Scribner's Sons, 1912), P. 315.

de la historia y la tradición, al menos temporalmente, esta crítica se concentra en el estilo, el vocabulario, la sintaxis, las ideas y las características de los documentos como la única base sobre la cual responder a las cuestiones de la autenticidad y la integridad.

En un principio, la obra de Astruc pasó desapercibida. Pero pocos años más tarde fue recogida por algunos académicos alemanes y fue ampliada para incluir todo el Antiguo Testamento. Johann Eichhom aplicó el enfoque de Astruc a todo el Pentateuco. Wilhelm De Wette y Edward Reuss intentaron hacer concordar estos resultados con la historia judía. Reuss concluyó que en una secuencia histórica correcta, los profetas son anteriores a la ley, y los salmos son posteriores a ambos. La obra más popular, y en cierto sentido, la obra culminante en este campo, fue la Prolegomena de Julius Wellhausen, publicada en 1878. Esta obra diseminó la hipótesis de las cuatro etapas documentarias, conocidas como la JESD (J para la fuente de Jehová, E para la fuente de Elohim, S para el código y los documentos sacerdotales, y D para el ulterior trabajo editorial de la escuela deuteronomista o deuteronomica). Wellhausen fechó la escritura de la ley con posterioridad al exilio babilónico y sólo colocó el Libro del Pacto y las más antiguas ediciones de las secciones narrativas J y E con anterioridad al siglo octavo a.C.

El cambio profundo que esto implicó está claro en las palabras de E. C. Blackman, quien encomió el logro de Wellhausen por hacer posible "el entendimiento del Antiguo Testamento en términos de una revelación progresiva... una verdadera liberación"⁴⁷. Emil G. Kraaling Señala que también "marcó el comienzo de un estudio secular y evolucionista de las fuentes del Antiguo Testamento".⁴⁸

EL JESÚS DE LA HISTORIA

En los estudios del Nuevo Testamento las energías de los críticos se han dirigido en una dirección un poco distinta: recuperar al "Jesús histórico" mediante el estudio de los orígenes de los relatos de los evangelios y el desarrollo de la teología neotestamentaria como se conserva en las epístolas paulinas y pastorales, la literatura juanina y el Apocalipsis. Pero se basan en los mismos principios, los que han sido aplicados en los estudios del Nuevo Testamento aun con mayor radicalidad que la aplicada en las investigaciones del siglo diecinueve sobre el Pentateuco.

El origen de los estudios del Nuevo Testamento según los principios del criticismo se suele adjudicar a Ferdinand Christian Baur (1792-1860), quien probó organizar el material

⁴⁷ E. C. Blackman, *Biblical Interpretation* (Philadelphia: Westminster, 1957), P. 141.

⁴⁸ Emil G. Kraaling, *The Old Testament Since The Reformation* (New York: Harper And Brothers, 1955), P. 94.

^M

históricamente. Hegel había desarrollado la teoría que la historia se desenvuelve pasando por la tesis, la antítesis y la síntesis. Baur aplicó los principios hegelianos a la historia bíblica, citando el supuesto conflicto entre la teología de Pedro y la de Pablo como evidencia de una tesis y antítesis doctrinal dentro de la iglesia primitiva. Desde el punto de vista de Baur, esto condujo a la síntesis del catolicismo primitivo. Hoy la tesis general de Baur es rechazada. Empero, logró sacudir las concepciones tradicionales con respecto a la autoría y la composición de los libros del Nuevo Testamento y llamó la atención del mundo académico hacia el redescubrimiento del Cristo histórico como el problema clave del Nuevo Testamento.

La llamada búsqueda del Jesús histórico se remonta a 1768 cuando muere Hermann Samuel Reimarus, el historiador con quien Albert Schweitzer comienza su estudio de la investigación en el siglo diecinueve. Reimarus no era un experto en el Nuevo Testamento, pero a su muerte dejó un manuscrito que iba a tener mucha repercusión. Argumentaba que los historiadores debían distinguir entre los "propósitos" de Jesús y los "propósitos" de sus discípulos; es decir, entre el Jesús de la historia y el Cristo de la predicación cristiana primitiva. Puesto a elegir entre lo que consideraba dos propósitos mutuamente excluyentes, Reimarus optó por el primero, postulando la existencia de un Jesús no sobrenatural. De acuerdo con él, Jesús predicó la venida del Reino de Dios, pero murió abandonado por Dios y desilusionado. El cristianismo era visto como el producto de los discípulos que robaron el cuerpo, proclamaron una resurrección corporal y consiguieron seguidores.

Reimarus fue un extremista y su obra muy polémica. Pero su concepción sobre el origen del cristianismo marcó las pautas para un siglo de investigaciones sobre el Jesús histórico. Al rechazar el elemento sobrenatural de los evangelios y buscar los medios para elaborarse un Jesús a su imagen, los idealistas encontraron en Jesús al hombre ideal; los racionalistas lo vieron como un gran maestro de moral; los socialistas lo consideraron como un amigo de los pobres y un revolucionario. Las más populares "vidas de Jesús", ambas por David Friedrich Strauss, rechazaban la mayor parte del material de los evangelios por considerarlos mitología; y Bruno Bauer acabó su búsqueda negando que haya existido alguna vez un Jesús histórico. Bauer explicaba todas las historias sobre Jesús como el producto de la imaginación de la comunidad cristiana primitiva.

No podemos menos que quedar impresionados aun hoy en día por la inmensa energía y talento que los académicos alemanes volcaron en su búsqueda del Jesús "original", pero los resultados fueron magros y las conclusiones a las que arribaron, equivocadas, como lo probó Schweitzer en su estudio. Los académicos habían intentado modernizar a Jesús, pero el Jesús que produjeron no era ni el Jesús histórico ni el Cristo de la Escritura.

BULTMANN Y LA MITOLOGÍA

En años más recientes, el criticismo del Nuevo Testamento se ha centrado alrededor de la obra de Rudolf Bultmann, que fuera profesor de la Universidad de Marburg, en Alemania y a quien se lo reconoce como el padre de la crítica de las formas, o la crítica formal. Mucha de las energías de Bultmann se gastaron en despojar lo que él sentía que era la "mitología" de los escritores del Nuevo Testamento: el cielo, el infierno, los milagros. Pero no estaremos comprendiendo correctamente los puntos de vista de Bultmann si nos imaginamos que el Jesús histórico real yacía debajo de la capa mitológica. De acuerdo con Bultmann lo que subyace debajo de la mitología es el entendimiento más profundo que tiene la iglesia sobre la vida, surgido de su experiencia con el Señor resucitado. Consecuentemente, no es posible saber nada de Jesús en términos históricos excepto el hecho de que existió. Bultmann, en su libro *Jesús and the Word*, afirma: "Sabemos prácticamente poco y nada con respecto a la vida y la personalidad de Jesús".⁴⁹

Basado en el supuesto que existió un período de transmisión oral entre los años del ministerio de Cristo en la tierra y la transcripción de las tradiciones sobre él en los evangelios, Bultmann contempla una iglesia creativa, que gradualmente sobre impone su propia idea de mundo sobre lo que recibió de los tiempos y las enseñanzas de Jesús. Esta creatividad de la iglesia tuvo lugar durante una "etapa oral" en el desarrollo de la tradición. Durante este período, gran parte del material de los evangelios circuló bajo la forma de unidades orales separadas, que hoy podemos clasificar y ordenar en una secuencia temporal basado en sus formas. Bultmann, y otros de su escuela, creen que podemos inferir mucho sobre la situación de la iglesia si partimos desde estas "unidades" de evangelio. Pero no podemos aprender casi nada sobre el Jesús real e histórico. Las expresiones de fe de la iglesia primitiva, conservadas para nosotros en el Nuevo Testamento, deben ser reinterpretadas en términos existenciales si es que tienen que tener algún significado para nuestra era moderna.

Al rechazar la supuesta mitología del Nuevo Testamento, Bultmann rechaza una preexistencia literal de Cristo, su nacimiento virginal, su ser libre de pecado y su deidad, el valor de su muerte expiatoria, una resurrección y ascensión literal, y el futuro juicio de todos los pueblos. Se habla más bien de una nueva "posibilidad de existencia", queriendo significar la posibilidad de desligarse del pasado (morir con Cristo) y abrirse al futuro (resucitar con Cristo). El abrazar esta posibilidad trae consigo una liberación interior y una libertad arrolladora (la salvación).

El estudioso luterano Edgar Krentz comenta sobre las conclusiones de Bultmann:

Por un lado las Escrituras se asemejan a cualquier otro libro, un objeto de investigación histórica, que busca conocer los hechos. Pero no es posible encontrar ningún significado absoluto en los hechos. El significado sólo es posible hallarlo cuando el hombre personalmente se enfrenta a la historia y halla el significado para su propia existencia (interpretaciones existenciales). Sólo cuando el hombre no se sujeta a una concepción extraña del mundo podrá ser libre para creer. El trabajo de interpretación está determinado por esta auto comprensión, ya que la interpretación debe dar rienda libre a la fe, creación de Dios.⁵⁰

En resumen, de acuerdo con la escuela de Bultmann: (1) las fuentes cristianas más tempranas no muestran interés alguno en la historia y personalidad real de Jesús, (2) los documentos bíblicos son fragmentarios y legendarios, (3) no existen otras fuentes con las cuales verificar la información aportada por los escritores bíblicos, y (4) la preocupación con el Jesús histórico es en realidad destructiva para el cristianismo, ya que en lugar de conducir a la fe en Jesús como Dios, conduce al culto de Jesús, cuyos efectos se ven claramente en el pietismo.

Los puntos débiles de algunas de estas concepciones están apareciendo a la vista en algunos ámbitos. En consecuencia, el liderazgo teológico está pasando a otras manos.⁵¹

LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS

Si bien escueta, nuestra reseña del criticismo revela gran diversidad. Los puntos de vista están en constante cambio, y aun en un mismo período, los que están trabajando en áreas similares pueden contradecirse. Sin embargo, a pesar de la diversidad, existen algunas características comunes a las expresiones del criticismo. Primero tenemos el humanismo. En casi todas las formas que asume el debate moderno, las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento son tratadas como la palabra del hombre sobre Dios, más que la Palabra de Dios al hombre. Pero esto, como bien lo señala J. I. Packer, es simplemente la filosofía romántica de la religión como la presenta Friedrich Schleiermacher (1768-1834), "que el tema real de la teología no son las verdades reveladas, sino la experiencia religiosa".⁵² Dentro de este marco la Biblia es sólo el registro de la reflexión y acción humana en el campo de la religión. La tarea del intérprete es la de tamizar esa experiencia y evaluarla para ver la posible utilidad que pueda tener en nuestra época.

⁵⁰ Edgar Krentz, *Biblical Studies Today: A Guide To Current. Issues And Trends* (St. Louis: Concordia, 1966), P. 16.

⁵¹ Partes de este material sobre la búsqueda del Jesús histórico y sobre bultmann ya aparecieron en un artículo del autor titulado "New Vistas In Historical Jesús Research", *Christianity Today*, Marzo 15, 1968, Pp. 3-6.

⁵² J. I. Packer, "Fundamentalism" And The Word Of God (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1960), P. 148.

Debe reconocerse, por supuesto, como ya lo señalamos en capítulos anteriores, que la Biblia tiene un componente humano genuino. Por otro lado, debemos oponernos a cualquier intento por convertirla en humana en desmedro de su carácter divino. Como bien agrega Packer:

Si es necesario enfatizar una de las características en desmedro de la otra, se pierde menos si se trata a las Escrituras simplemente como los oráculos escritos de Dios que como una mera colección de las ideas judías sobre Dios. Porque no existe ninguna razón para considerar las palabras humanas como inerrantes y con autoridad; si adoptamos el punto de vista liberal, lo que tendrá autoridad será nuestro propio juicio con respecto hasta dónde podemos confiar en ellas y hasta dónde no. Aterrizamos, sin ton ni son, en el subjetivismo.⁵³

Un ejemplo muy claro de dicho subjetivismo lo constituye la sección sobre "Las Escrituras" del The Common Catechism, una afirmación de fe moderna que ha recibido bastante publicidad, realizada por un grupo considerable de teólogos católicos y protestantes contemporáneos. Dice:

Todo lo que tenemos que discutir... se basa ahora en esta suposición no cuestionable de que la evidencia de la Biblia puede y debe ser examinada como la evidencia de la fe de un número de hombres y un número de generaciones... En el futuro no podemos decir: "La Biblia es la palabra de Dios". Aun decir que "la palabra de Dios está en la Biblia" sería erróneo, si con esto queremos significar que un conjunto de afirmaciones de la Biblia son puramente humanas y el resto son la palabra de Dios. Debemos decir algo según estas líneas: "La Biblia no es la palabra de Dios, sino que se convierte en la palabra de Dios para quienquiera que cree en ella como la palabra de Dios". Esto suena peligroso...⁵⁴

Y llegado este punto, realmente debemos decir que sí suena peligroso. La segunda característica común al criticismo es su naturalismo, expresado en la creencia de que la Biblia es el resultado de un proceso evolutivo. Tenemos evidencia de esta creencia en los estudios del Antiguo Testamento, en la forma como se desarrolló la teoría documentaria del Pentateuco. Esta creencia también resulta evidente en la crítica de las formas, de Bultmann, ya que todo depende del desarrollo gradual que la iglesia primitiva tuvo de su comprensión de la realidad y de cómo conservó este desarrollo en diversas etapas mediante las tradiciones escritas. Se presupone que el entendimiento primitivo y temprano de Dios y la realidad dieron lugar más tarde a concepciones más desarrolladas. Estas ideas llamadas primitivas pueden ser rechazadas a favor de ideas más modernas. Así es que podemos desestimar los milagros. También, de acuerdo con este punto de vista, podemos excluir de la religión del

⁵³ Ibid.

⁵⁴ The Common Catechism: A Book Of Christian Faith, Eds. Johannes Feiner And Lukas Vischer (New York: The Seabury Press, 1975), P. 101.

Nuevo Testamento conceptos tan crudos como son la ira de Dios, el sacrificio, y la Segunda Venida del Señor.

La tercera característica común del criticismo se basa en las primeras dos. Si las personas y sus ideas cambian, como especulan las hipótesis evolutivas, entonces seguirán cambiando; y han cambiado desde que se escribieron los últimos libros de la Biblia; en consecuencia, debemos ir más allá de las Escrituras para comprender la humanidad y la verdadera religión. Hay muchos ejemplos de esta actitud, particularmente en algunos sermones muy populares donde se presentan abiertamente los puntos de vista de pensadores seculares y se dejan en el olvido los puntos de vista opuestos de los escritores bíblicos.

UNA RESPUESTA AL CRITICISMO

¿Qué podemos decir en respuesta a este enfoque popular y generalizado? Hay dos perspectivas. Por un lado, hay un área neutral en donde cualquiera puede hacer uso al menos de algunas partes del método crítico. Puede usarse para iluminar el elemento humano en los escritos bíblicos. Podemos concentrarnos en las palabras y los distintos usos que éstas tienen, la situación histórica en que ocurrieron los escritos, y las características particulares que tienen los distintos libros de la Biblia. Tenemos, además, la arqueología y la historia secular paralela que pueden servir para aclarar los textos. El uso del método crítico en estas áreas y de esta manera puede resultar muy valioso. Por otro lado, los más conocidos exponentes del método crítico han procedido basados en presuposiciones inaceptables para cualquier teólogo bíblico verdadero, y por lo tanto podemos considerar que el método en sus manos ha sido un rotundo fracaso.

Primero, los usuarios del método crítico reclaman el derecho a realizar un análisis científico de la información bíblica. Pero se toman vulnerables, no cuando trabajan científicamente, sino cuando no trabajan en forma lo suficientemente científica. Los críticos literarios negativos parten de la base que tienen derecho a examinar la Biblia de manera idéntica como lo harían con cualquier otra literatura secular. Pero, ¿es válido enfocar las Escrituras como nada más que una colección de escritos seculares? ¿Acaso es científico o inteligente desestimar el hecho de que los libros declaran ser el resultado de "la exhalación" de Dios? ¿Se puede posponer tomar una decisión sobre este asunto mientras se emprende el examen de los libros? Si los libros realmente provienen de Dios, ¿la naturaleza misma de ellos no limitará las opciones críticas? Resulta tanto fútil como erróneo negarles a los críticos el derecho a examinar los textos bíblicos. Lo harán de cualquier modo, se les pida o no. Además, si las Escrituras son la verdad, deben permanecer firmes frente a los embates de cualquier método crítico; no debemos cometer el error de los fundamentalistas del siglo diecinueve que reclamaban una exención para la Biblia. Por otro lado, debemos sostener que



cualquier método crítico también tiene que tomar en consideración la naturaleza del material a su disposición. En el caso de la Biblia, la crítica debe aceptar su premisa de ser la Palabra de Dios o, de lo contrario, ofrecer razones satisfactorias para rechazarla. Si la Biblia es la Palabra de Dios, como dice serlo, entonces la crítica debe incluir un entendimiento de la revelación en su proceder metodológico.

El fracaso de la crítica para entender esto resulta evidente en su intento por divorciar el Jesús de la historia del Jesús de la fe. Si Jesús fuera sólo un ser humano y la Biblia no fuera más que un libro humano, esto sería posible. Pero si Cristo es divino y la Biblia es la Palabra del Padre sobre él, entonces la crítica tiene la obligación de reconocer que la naturaleza de los Evangelios implica una interpretación divina y segura de la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. Con una firme apreciación de la Biblia como revelación, la crítica literaria estaría libre, por un lado, de cualquier acusación de irreverencia y abuso; y, por otro lado, de un optimismo gratuito e infundado que colocaría la solución a todos los problemas bíblicos al alcance de la mano.

Este mismo fracaso también resulta evidente en el tratamiento crítico de la Biblia como el resultado de un proceso humano evolutivo, según el cual una parte de las Escrituras puede fácilmente contradecir a otra. Si la Biblia realmente procede de Dios, éstas no serán contradicciones sino revelaciones complementarias y progresivas de una verdad.

Segundo, al no haber podido aceptar la Biblia por lo que verdaderamente es, los críticos negativos inevitablemente caen en el error cuando prosiguen basándose en las otras premisas. Es así como, finalmente, salen a relucir sus propias debilidades inherentes. Un ejemplo claro de esto es la vieja búsqueda por el Jesús histórico que, como ya lo señalamos, simplemente hizo que el intérprete moldeara al Jesús histórico a su imagen. Otro ejemplo lo constituye Bultmann quien, aunque una vez supo gozar de un renombre casi legendario, hoy ha sido abandonado por sus seguidores.

Ellos preguntan: Si, -como dice Bultmann-, lo único que necesitamos saber de la historicidad de la fe cristiana es sólo que Jesucristo fue "algo", su mera existencia, entonces, ¿por qué necesitamos saber siquiera eso? ¿Por qué fue necesaria la Encarnación? Y si no fue realmente necesaria, o si es imposible demostrar por qué fue necesaria, ¿qué impide que la fe cristiana se degenera y confunda con el reino de las ideas abstractas? Y, en dicho caso, ¿qué será lo que diferenciará su concepto de Encarnación del docetismo o de un mito de redención gnóstico? Ernst Kaesemann de Marburg, contra quien arremetía Bultmann, planteó estas tres preguntas en una ya famosa ponencia a los ex estudiantes de Marburg en 1953. El razonaba: "No podemos desterrar la identidad entre el Señor exaltado y el Señor terrenal sin caer en el docetismo y privándonos de la posibilidad de trazar una línea entre la fe pascual de la

comunidad y el mito".⁵⁵ Unos años más tarde Joachim Jeremías expresó una advertencia similar. "Corremos el riesgo de renunciar a la afirmación 'la Palabra se hizo carne' y abandonar la historia de la salvación, la actividad de Dios en el Hombre Jesús de Nazaret y en Su Mensaje; corremos el peligro de acercarnos al docetismo, en el que Cristo se convierte en una idea".⁵⁶

Aun los partidarios de Bultmann deben hallar algo incongruente en que su *Theology of the New Testament* asigne únicamente treinta páginas a las enseñanzas de Jesús, mientras le dedica más de cien páginas a un relato imaginario de la teología de las así llamadas comunidades helénicas, de las que nada sabemos.

Bultmann ha minimizado tanto la dependencia que la iglesia primitiva sentía hacia Jesús como maestro, como el interés por los hechos de la vida de Jesús. Si bien es cierto, como razona Bultmann, que los documentos bíblicos se centran principalmente en la identidad de Jesús como el Mesías y en la revelación que él trae del Padre, no es menos importante notar que este entendimiento toma cuerpo en los evangelios, y no en tratados teológicos o mitologías cósmicas (tal el caso del gnosticismo). Su estructura es histórica. Es más, cada versículo de los evangelios parece declarar a voz en cuello que el origen de la fe cristiana yace, no en una iluminación repentina de los primitivos cristianos o en una experiencia religiosa evolutiva sino, en los hechos relativos a Jesucristo: su vida, su muerte, y, en especial, su resurrección. Incluso el querigma declara los acontecimientos históricos, ya que fue Jesús de Nazaret quien murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con las Escrituras (1 Co. 15:3-4).⁵⁷

Una tercera objeción a este tipo de criticismo, y la más importante, es que estos críticos tienen un dios muy pequeño. No niegan la existencia de Dios, pero minimizan su habilidad y su presencia. Puede hablar a los individuos, pero no puede garantizar el contenido de esa revelación o preservarla en una forma escrita y fidedigna. Puede intervenir en la historia, pero no puede actuar milagrosamente. ¿Pueden ocurrir los milagros? Si pueden ocurrir, entonces gran parte de lo que los críticos tildan de mitológico puede haber sido histórico. Si pueden ocurrir, el Dios de los milagros es capaz de brindarnos una revelación con autoridad e infalible.

A pesar de toda su pretendida objetividad, la crítica moderna no puede eludir las preguntas más importantes: ¿Existe Dios? ¿El Dios de la Biblia es el Dios verdadero? ¿Se reveló Dios en la Biblia, y en Jesús de Nazaret como el punto focal de la revelación escrita? Si, como ha

⁵⁵ Ernst Kaesemann, *Essays On New Testament Themes* (London: SCM Press, 1964), P.34

⁵⁶ Joachim Jeremías, "The Present Position In The Controversy Concerning The Problem Of The Historical Jesús", *The Expository Times*, Vol. 69, 1957-58, P. 335.

⁵⁷ Parte De Esta Crítica Sobre Bultmann Apareció En "New Vistas In Historical Jesús Research", Pp. 3-6.

sido sugerido, es necesario que la crítica estudie la naturaleza del material, y que particularmente analice las afirmaciones de la Biblia cuando dice ser la Palabra de Dios, así como las palabras escritas por distintas personas, entonces también debe responder a la pregunta que involucra rechazar o responder a la fe.

Cuando la crítica se enfrenta al hecho que el retrato de Jesús que aparece en los evangelios convierte al hombre humilde de Nazaret en el Hijo de Dios, debe entonces preguntarse si esta interpretación es la correcta, y si lo es, debe aceptar sus enseñanzas. Cuando se enfrenta con las afirmaciones que la Biblia hace con respecto a su propia naturaleza, debe preguntarse y responder si la Biblia constituye la revelación expresa de Dios. Si la respuesta a estas preguntas es "Sí", entonces surgirá un nuevo tipo de crítica. Esta nueva crítica analizará las afirmaciones bíblicas partiendo de la base que son ciertas y no equivocadas, buscará afirmaciones complementarias en lugar de contradicciones, y percibirá la voz de Dios (como también la voz de las personas) de principio a fin. Dicha crítica será juzgada por las Escrituras y no las Escrituras por la crítica. .

CAPITULO 8: CÓMO INTERPRETAR LA BIBLIA

"ALGUNOS LIBROS SON PARA SER PROBADOS, OTROS PARA SER tragados, y algunos pocos para ser masticados y digeridos; o sea, algunos son para ser leídos sólo en partes; otros son para ser leídos, pero no por mera curiosidad; y algunos pocos para ser leídos en su totalidad, con diligencia y atención".⁵⁸

Cuando el ensayista inglés del siglo diecisiete, Sir Francis Bacon, escribió estas palabras no estaba pensando sólo en la Biblia. Pero de lo que no queda ninguna duda es que si la amonestación "para ser leído con diligencia y atención" debe ser aplicada a algún libro, este es la Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento, que es la Palabra de Dios. La Biblia es una forma de la revelación que Dios, en su gracia, realiza de sí mismo a los hombres y las mujeres. Debemos tratarla con cariño. Lo que nos impulsa a estudiarla con diligencia será nuestro amor a Dios más un deseo por conocerle mejor para poder obedecer sus órdenes expresas.

Pero aquí se plantea un problema. Si la Biblia es el libro de Dios, que nos fue entregado durante un período de cerca de mil quinientos años por más de cuarenta autores humanos, se trata de algo completamente distinto a cualquier otro libro que alguna vez hayamos visto. Los

⁵⁸ Francis Bacon, "Of Studies," Essays Or Counsels Civil And Moral En Selected Writings Of Francis Bacon, Ed. Hugh G. Dick (New York: Modern Library, 1955), P. 129.

principios de estudio a seguir, por lo tanto, debieran ser diferentes. ¿Deberán ser diferentes? Si es así, ¿cómo deberán ser? ¿Deberíamos considerar a la Biblia espiritualmente -es decir, en un sentido místico o mágico? Los que encaran la Biblia de esta manera suelen acabar persuadidos de forma extraña e irracional. ¿O, más bien, deberíamos leerla de una manera puramente natural -es decir, como leeríamos cualquier otro libro? Este último curso parece ser el apropiado, pero es también el propósito del criticismo naturalista que hemos criticado tan enfáticamente. ¿Cuál debería ser el enfoque del lector cristiano o del académico cristiano?

Las respuestas las encontramos en las cuatro verdades más fundamentales sobre la Biblia, las que ya hemos cubierto en los capítulos anteriores: (1) la Biblia tiene un verdadero autor, Dios; (2) la Biblia nos fue entregada por canales humanos; (3) la Biblia tiene un propósito unificador, el llevarnos a un conocimiento obediente y reverente del verdadero Dios; y, (4) para entender la Biblia necesitamos de la actividad sobrenatural del Espíritu Santo, cuya tarea consiste en interpretar las Escrituras. Los principios esenciales para estudiar la Palabra de Dios están implícitos en estas cuatro proposiciones.

UN LIBRO, UN AUTOR, UN TEMA

Primero, la Escritura tiene un solo autor, Dios. Si bien es cierto que la Biblia llegó a nosotros por medio de canales humanos, más importante resulta el hecho que la Biblia en su totalidad y en cada una de sus partes proviene de Dios. Superficialmente, una persona puede considerar a la Biblia como una colección miscelánea de escritos, en cierto modo encadenados por los accidentes de la historia. Pero la Biblia no es sólo una colección. Como lo afirma J. I. Packer es "un solo libro con un solo autor -Dios el Espíritu, y un solo tema -Dios el Hijo, y los propósitos salvíficos del Padre, que giran en torno a él".⁵⁹

La autoría de la Biblia nos conduce a dos principios de interpretación: el principio de la unidad y el principio de la no contradicción. Juntos significan que si la Biblia es verdaderamente de Dios y si Dios es un Dios de verdad (como lo es), entonces, (1) las distintas partes del libro deben complementarse mutuamente para contar una historia, y (2) si dos partes parecen estar en oposición o ser contradictorias, nuestra interpretación de una de esas partes o de ambas debe ser errónea. Podemos hasta decir que si un académico está malgastando sus esfuerzos para remarcar las contradicciones del texto bíblico y no las trasciende para demostrar cómo pueden ser resueltas, no está demostrando ni su sabiduría ni su honestidad, sino más bien su fracaso como intérprete de la Palabra de Dios.

Muchos podrán afirmar que intentar encontrar unidad donde, según ellos dicen, no hay unidad es ser deshonestos. Pero el problema es en realidad uno de interpretación y presuposiciones.

Podemos tomar el tema de los sacrificios como un ejemplo. Todos reconocen que aunque los sacrificios juegan un papel importante en el Antiguo Testamento, luego no son enfatizados en el Nuevo Testamento. ¿Por qué es esto? ¿Cómo debemos considerarlos? Y aquí alguien propone su idea de una conciencia religiosa evolutiva. Presupone que los sacrificios fueron importantes en las formas religiosas más primitivas; que deben ser explicados por el temor que los individuos sentían hacia los dioses o hacia Dios. Dios es imaginado como un ser caprichoso, una deidad vengativa, a quien los adoradores buscan aplacar con un sacrificio. Esto parece ser la idea general del sacrificio en las religiones paganas de la antigüedad. Se supone que también es así para la religión de los antiguos pueblos semitas.

Con el tiempo, sin embargo, dicha concepción primitiva de Dios da lugar a un concepto más evolucionado sobre él. Dios es visto ahora no tanto como un Dios de ira y de antojos caprichosos, sino como un Dios de justicia. Y entonces la ley comienza a tener un sitio más prominente, para finalmente acabar reemplazando el sacrificio del centro de la religión. Por último, los adoradores alcanzan el concepto de Dios como un Dios de amor y, llegado este punto, el sacrificio desaparece por completo. Quienquiera que piense de esta manera podría fijar el punto de giro en la venida de Jesucristo y sus enseñanzas. Por lo tanto, hoy en día consideraría que tanto los sacrificios, como la idea de la ira de Dios, son conceptos anticuados, ya superados.

Por el contrario, otra persona (un evangélico estaría dentro de esta categoría) podría acercarse al material con unas presuposiciones completamente distintas y, por lo tanto, produciría una interpretación completamente diferente. El, o ella, comenzaría tomando nota que el Antiguo Testamento realmente nos dice bastante sobre la ira de Dios. Pero se daría cuenta que este elemento apenas es eliminado en la medida que se recorre la Biblia, y ciertamente no es eliminado en el Nuevo Testamento. Es uno de los temas importantes de Pablo, por ejemplo. Surge con claridad en el libro de Apocalipsis, donde leemos sobre la justa ira de Dios que finalmente se derrama contra los pecados de una raza rebelde e incrédula. Con respecto propiamente a los sacrificios, es cierto que las iglesias del Nuevo Testamento no realizan más los sacrificios detallados del sistema del Antiguo Testamento. Pero su desaparición no es porque una concepción primitiva de Dios haya evolucionado para convertirse en una concepción más avanzada, sino porque el gran sacrificio de Jesucristo completó y puso fin a todos los sacrificios, como sostiene la epístola a los Hebreos.

Para dicha persona la solución no se encontrará en una concepción evolutiva de Dios; para dicha persona, Dios es siempre el mismo -un Dios de ira hacia el pecado, un Dios de amor

hacia el pecador. La solución se hallará en la revelación progresiva que Dios hace de sí mismo a la humanidad, una revelación en la cual el propósito de los sacrificios (para los cuales Dios da instrucciones explícitas) es enseñar la naturaleza grave del pecado y la manera en que Dios siempre se propuso salvar a los pecadores. Los sacrificios del Antiguo Testamento señalan a Cristo. Juan el Bautista puede decir, refiriéndose a una parte del sistema de sacrificios de la vida antigua judía que todos podían comprender: "¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Jn. 1:29). Y Pedro puede escribir: "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P. 1:18-19).

En este ejemplo, como en todos los demás casos de interpretación bíblica, la información es la misma. La única diferencia es que una interpretación se acerca a las Escrituras buscando contradicciones y desarrollo; la otra interpretación, en cambio, se acerca a las Escrituras creyendo que Dios las ha escrito y por lo tanto en busca de unidad, permitiendo que un pasaje ilumine a otro pasaje. La Confesión de Fe de Westminster afirma: "La regla infalible para la interpretación de la Escritura es la Escritura misma: y por lo tanto, cuando hay alguna incógnita sobre el verdadero y cabal sentido de una parte de la Escritura (que no son varias sino una sola) debe buscarse y ser comprendida mediante otras partes que hablan con más claridad"(I, ix).

EL FACTOR HUMANO

Una segunda verdad sobre la Biblia es que nos ha sido legada mediante canales humanos, si bien Dios es la fuente originaria de las Escrituras. Este factor humano no significa que la Biblia entonces está sujeta a error, como casi todos los libros humanos lo están. Significa, empero, que todos los principios fundados de interpretación deben ser usados para estudiar la Biblia, de la misma manera que se usarían para estudiar cualquier otro documento antiguo. El camino a la mente de Dios es mediante la mente del autor humano, a quien él utilizó como canal. En consecuencia, la única manera apropiada para interpretar la Biblia es descubrir lo que los portavoces humanos de Dios querían expresar.

Es necesario que cualquier interpretación considere cada afirmación bíblica en su contexto; o sea, dentro del contexto del capítulo, del libro y, por último, de toda la Palabra de Dios. Entender el contexto es una necesidad obvia para la interpretación de cualquier documento. Una afirmación expresada fuera de su contexto suele ser equivocada. Pero en especial, debemos estar en guardia de no caer en este error al interpretar la Biblia; ya que las personas que creen en la Biblia tienen las palabras de las Escrituras en tan alta estima que algunas



veces las elevan en detrimento del contexto. Frank E. Gaebelein, el autor de un valioso libro de interpretación bíblica, dice:

Al reconocer que la Biblia es la Palabra inspirada por Dios, el lector devoto le asigna una importancia peculiar a cada una de sus afirmaciones. Esta reverencia es digna de encomio, pero cuando se reduce a la práctica de tomar versículos aislados como prueba de cualquier cosa, se convierte entonces en algo positivamente peligroso. Si este fuera un método serio de interpretación, sería posible encontrar apoyo bíblico para casi todos los crímenes habidos y por haber, para las borracheras y los asesinatos, para la mentira y el engaño.⁶⁰

La Biblia misma nos habla de la necesidad de una interpretación adecuada. "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Ti. 2:15). En este versículo la palabra traducida "que usa bien" significa literalmente "que corta derecho" o "que usa correctamente".

También tenemos necesidad de considerar el estilo del material y luego interpretarlo dentro de ese marco. Las consideraciones de estilo son de particular importancia al estudiar la literatura poética, como el libro de los Salmos, el de Proverbios, Job y aun partes del material profético. Los libros poéticos suelen emplear con frecuencia símbolos o imágenes; estas metáforas pueden malinterpretarse si son tomadas literalmente. El Apocalipsis no debe ser tomado literalmente en todas sus partes como, por ejemplo, la visión de Jesús en los versículos iniciales. El resultado de una interpretación literal es una monstruosidad; tendríamos una figura que es completamente blanca, que tiene cabello como la lana, los ojos como fuego, los pies como bronce caliente y refulgente, una espada que sale de su boca, con siete estrellas en su mano derecha. Por otro lado, cuando descubrimos que cada uno de estos elementos tiene una imagen asociada con Dios en el Antiguo Testamento, entonces la visión nos brinda un retrato de Jesús como siendo uno con Dios el Padre en todos sus atributos: santo, eterno, omnisciente, omnipresente, revelador y soberano.

El estilo también es significativo en las parábolas del Nuevo Testamento. El uso de las parábolas era un método especial de enseñanza y así es como debe ser reconocido. Una parábola suele servir para ilustrar uno, o como mucho, unos pocos puntos principales. En consecuencia, es un error encontrar una aplicación para cada detalle de la historia. Por ejemplo, resulta ridículo intentar asignarle un significado a las algarrobas, los cerdos y otros detalles de la historia del hijo pródigo.

En tercer lugar tenemos necesidad de considerar el propósito para el cual un pasaje en particular fue escrito.

En otras palabras, debemos considerar su alcance. Gaebelein escribe: La Biblia tiene un único gran propósito. Nos fue entregada para revelar el amor de Dios manifestado en la provisión divina de la salvación mediante nuestro Señor Jesucristo. Este es su objetivo, y una interpretación sería nunca debe perder de vista este objetivo. En consecuencia, es un error serio y equívoco considerar la Biblia como una fuente de estudio para la ciencia, la filosofía, o cualquier otro tema que no sea el tema central de la Deidad en relación con la humanidad. Después de todo, la Escritura tiene su propio alcance, un alcance que está determinado no por los escritores individuales, aunque fueron inspirados, sino por el Autor divino de todo el libro. No se puede pretender que la Biblia se expida en todos los campos del conocimiento fuera del alcance delineado por el propósito divino del libro.⁶¹

Esto se puede aplicar obviamente a las referencias que parecen haber molestado tanto a Rudolf Bultmann, donde se supone que el cielo está "allá arriba" y el infierno "debajo" de nuestros pies. Nuevamente aquí, debemos considerar el propósito y el alcance de la Biblia en aquellos pasajes sobre los huesos que gimen, las entrañas que añoran, los riñones que instruyen y los oídos que juzgan. Se suele decir que estas referencias revelan una noción equivocada del universo y de la fisiología humana, pero esto es absurdo. Lo único que muestran es que los escritores bíblicos escribieron en el lenguaje de su época, para poder ser entendidos. Su uso de tales expresiones no es menos científico que expresiones tales como "flotar en el aire", "tengo un nudo en mi garganta", "en lo profundo de mi corazón" y otras.

No siempre es fácil determinar cuando un pasaje está usando un lenguaje literal y cuando está utilizando un lenguaje figurativo, por supuesto; entonces, debemos ser muy cuidadosos. Lo primordial es ser conscientes del problema y buscar conscientemente el verdadero alcance del pasaje. Al seguir este propósito podemos hacernos preguntas tales como las siguientes: ¿para quién fue escrito? ¿Quién lo escribió? ¿Cuándo fue escrito? ¿Qué es lo que dice?

Una cuarta necesidad la constituye el prestar toda la atención posible al significado de las palabras individuales. Es posible que Dios pueda pensar sin palabras u otros símbolos, pero es bien cierto que no es así en nuestro caso. Como consecuencia, el significado de las palabras y el uso individual de ellas es de suma importancia. Cuando no las tomamos en consideración, inevitablemente malinterpretamos.

Es obvio que los estudiantes de la Biblia no deben dejar de prestar atención al significado preciso de las palabras bíblicas. Los estudios de las palabras mismas pueden ser muy gratificadores; palabras como "fe", "salvación", "justicia", "amor", "espíritu", "gloria", "iglesia", y muchas otras son fascinantes.

Estos puntos pueden ser resumidos en lo que se ha venido a llamar el método histórico-literario de interpretación bíblica. Este método significa simplemente, en las palabras de Packer, que "el sentido natural y propio de cada pasaje (es decir, el sentido intencionado del escritor) debe ser considerado fundamental". El punto de partida es el significado intencionado de las palabras en su propio contexto y en el habla del autor u orador original.

En otras palabras, las afirmaciones de las Escrituras deben ser interpretadas a la luz de las reglas de la gramática y el discurso, por un lado; y de su propio lugar en la historia, por el otro. Esto es lo que sería de esperar según la naturaleza del caso, sabiendo que los libros bíblicos se originaron como documentos ocasionales, dirigidos a un público contemporáneo; y está ejemplificado en la exposición que el Nuevo Testamento hace del Antiguo Testamento, donde brilla por su ausencia la alegorización antojadiza practicada por los filisteos y los rabinos.⁶²

El principio se basa en el hecho de que la Biblia es la Palabra de Dios en lenguaje humano. Significa que las Escrituras deben interpretarse en un sentido natural, y que no debe permitirse que las preferencias teológicas y culturales oculten el significado fundamental.

RESPONDIENDO A LA PALABRA

Tercero, la Biblia nos fue entregada por Dios para provocar una respuesta personal en nosotros. Si no permitimos que esto suceda, inevitablemente la estaremos usando mal (aun cuando la estudiamos) y podremos malinterpretarla.

En cierta oportunidad Cristo le dijo a los líderes judíos de su día: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. Gloria de los hombres no recibo. Más yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. ...Cómo o podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? (Jn. 5:39-42,44).

Nadie podría acusar a los judíos de la época de Cristo de tener una baja opinión sobre las Escrituras, ya que las tenían en muy alta estima. Tampoco se les podría inculpar de una falta de estudio meticuloso. Los judíos estudiaban las Escrituras. Las apreciaban. Sin embargo, su alto aprecio por las Escrituras había pasado por alto la intención de las Escrituras: sus vidas no habían sido transformadas. Si bien gozaban del aplauso humano por su conocimiento detallista de la Biblia, no habían obtenido la salvación.

En el evangelio de Juan se nos narra sobre la curación de un hombre que había nacido ciego. La historia gira sobre el hecho de que, como todos, también estaba espiritualmente ciego antes que Cristo lo tocara. Después, adquirió la vista espiritual.

Cuando el hombre fue sanado, tuvo un conflicto con las autoridades judías. Estas conocían a Jesús, pero no le creían. Es más, no creían en él por su actitud hacia las Escrituras. Para ellos, la revelación registrada en el Antiguo Testamento era un fin en sí misma. Nada podía ser agregado y nada era necesario. Ellos decían: "Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea" (Jn. 9:29). El hombre que había sido sanado no intentó competir con ellos en materia de dominio del Antiguo Testamento, pero les señaló el hecho incuestionable de su curación, y concluyó diciéndoles que "si éste no viniera de Dios, nada podría hacer" (vs. 33). Al tratar al Antiguo Testamento como un fin en sí mismo, los judíos lo estaban pervirtiendo en realidad y el verdadero significado se les escapaba. No podían entender que la ley del Antiguo Testamento (que vino por intermedio de Moisés) estaba testificando precisamente sobre Jesús.

Lo mismo vuelve a suceder cuando una persona compra una hermosa Biblia para colocarla en un sitio de honor en su casa pero no la lee. ¿Por qué hacen tales cosas las personas? En sus mentes, la Biblia es algo especial. Tienen reverencia por la Biblia. Pero su creencia no es más que superstición. Como resultado, nunca la leen y nunca entran en contacto con su Autor.

Jesús dijo que conoceríamos la verdad sobre él sólo si hacemos su voluntad, si permitimos que las verdades que encontramos en las Escrituras nos transformen. Él dijo: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Jn. 7:17). No podemos suponer que seremos capaces de comprender en su totalidad un pasaje de las Escrituras si no estamos dispuestos a ser transformados por él.

EL TESTIMONIO INTERIOR DEL ESPÍRITU

Por último, tenemos el testimonio interior del Espíritu que nos testifica sobre la verdad de la Palabra de Dios. En este punto las Escrituras hablan de forma sucinta. No sólo el Espíritu Santo intervino activamente en la redacción de los libros bíblicos, sino que también participa activamente en transmitir la verdad de la Biblia a las mentes de los que la leen. Pablo escribe: "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual" (1 Co. 2:12-13). La Biblia trata temas espirituales, y por lo tanto, se requiere de la actividad del Espíritu Santo para poder entenderlos. El Espíritu Santo es el maestro de los cristianos. Él es quien hace brotar la nueva vida en los que escuchan el evangelio.

Debemos orar cuando estudiamos las Escrituras, y debemos pedirle al Espíritu Santo que ilumine nuestros corazones. La presencia del Espíritu no está para que un estudio cuidadoso y diligente de la Palabra de Dios sea innecesario. Está para que nuestro estudio sea efectivo. Dios habla en la Biblia. Debemos permitirle hablar, y debemos escuchar lo que nos dice. Un día, en plena Reforma, a Martín Lutero se le solicitó un autógrafo en la contratapa de una Biblia, como solía suceder luego de la publicación de su traducción. Tomó la Biblia y escribió la cita de Juan 8:25. "¿Tú quién eres? .. Lo que desde el principio os he dicho". Y Lutero agregó:

Ellos.., desean saber quién es él y no considerar lo que tiene para decir, mientras que él desea que ellos primero le escuchen; y luego sabrán quién él es. La regla es: Escuchar y permitir que la Palabra sea quien comience; luego vendrá el conocimiento. Sin embargo, si no escuchamos, nunca conoceremos nada. Ha sido decretado: Dios no puede ser visto, conocido o entendido sino sólo mediante su Palabra. Por lo tanto, cualquier cosa que uno tome por salvación fuera de la Palabra de Dios es en vano. Dios no responderá a eso. No lo aceptará. No lo tolerará de ninguna manera. Por lo tanto, encomiendo este Libro, en el que él habla con nosotros; ya que él no permitió que fuera escrito sin ningún propósito. No quería que lo dejáramos descansando en el olvido, como si estuviera hablando con los ratones debajo del banco o con las moscas en el pulpito. Debemos leerlo, meditar, hablar sobre él, y estudiarlo, convencidos de que él mismo (no un ángel o una criatura) está hablando con nosotros.⁶³

Aquel que lee la Biblia en oración, con meditación y con el corazón abierto, descubrirá que es la Palabra de Dios y que es "útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Ti. 3:16-17).

CAPITULO 9: EL DIOS VERDADERO

ESTA CLARO QUE NECESITAMOS ALGO MAS QUE UN CONOCIMIENTO teórico de Dios. Sólo podemos conocer a Dios en la medida en que él se nos revela en las Escrituras, y no podemos conocer las Escrituras hasta que estemos dispuestos a ser transformados por ellas. El conocimiento de Dios sólo tiene lugar cuando también reconocemos nuestra profunda necesidad espiritual y cuando somos receptivos a lo que Dios ha provisto para nuestra necesidad mediante la obra de Cristo y la aplicación de esa obra en nosotros por el Espíritu de Dios.

Una vez que hemos establecido esta base, retornamos a la cuestión de Dios mismo y nos preguntamos: "¿Pero quién es Dios? ¿Quién es el que se revela a sí mismo en las Escrituras,

en la persona de Jesucristo y por el Espíritu Santo?" Podemos admitir que el verdadero conocimiento de Dios debe transformarnos. Podemos estar dispuestos a ser transformados. Pero, ¿dónde comenzamos?

AUTO EXISTENTE

Como la Biblia es una unidad, podríamos contestar estas interrogantes comenzando en cualquier lugar de la revelación bíblica. Podríamos comenzar con Apocalipsis 22:21 como con Génesis 1:1. Pero no hay mejor punto de partida que la revelación que Dios hace de sí mismo a Moisés en la zarza que ardía en fuego. Moisés, el gran líder de Israel, hacía tiempo que era consciente del Dios verdadero, porque había nacido en el seno de una familia temerosa de Dios. Pero, a pesar de ello, cuando Dios le dijo que lo iba a enviar a Egipto para que liberara al pueblo de Israel, Moisés respondió: "He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?" Y se nos dice que Dios entonces le contestó a Moisés diciendo: "YO SOY EL QUE SOY.... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros" (Ex. 3:13-14).

"YO SOY EL QUE SOY". El nombre está relacionado con el antiguo nombre de Dios, Jehová. Pero es algo más que un nombre. Es un nombre descriptivo, que nos señala todo lo que Dios es en sí mismo. Particularmente, nos está mostrando que es un Ser completamente auto existente, autosuficiente, y eterno. Estos conceptos son abstractos, por supuesto. Pero son importantes, porque estos atributos más que ninguno de sus otros atributos son los que distinguen a Dios de su creación y nos revelan la esencia de Dios. Dios es perfecto en todos sus atributos. Pero, existen algunos atributos que nosotros, sus criaturas, también compartimos. Por ejemplo, Dios es perfecto en su amor; sin embargo, por su gracia, nosotros también amamos. Él es todo sabiduría; pero nosotros también poseemos una medida de sabiduría. Él es todopoderoso; y nosotros ejercemos un poder limitado. Esto mismo no sucede cuando consideramos la auto existencia, la autosuficiencia y la eternidad de Dios. Solo él posee estas características. Él existe en sí mismo y de sí mismo; no así nosotros. Él es completamente autosuficiente; nosotros no lo somos. Él es eterno, nosotros acabamos de entrar en escena.

La auto existencia significa que Dios no tiene ningún origen y, en consecuencia, no es responsable frente a nadie. Mathew Henry dice: "El hombre más importante y el mejor en el mundo puede decir: Por la gracia de Dios yo soy lo que soy; pero Dios en forma absoluta nos

dice -y es más que lo que ninguna otra criatura, hombre o ángel puede decir- que Yo soy el que soy"⁶⁴. Dios no tiene origen, su existencia no depende de nadie.

La auto existencia es un concepto difícil de aprehender, ya que implica que Dios en su esencia es incognoscible. Todo lo que vemos, olemos, oímos, saboreamos y tocamos tiene un origen. Casi no podemos pensar en otra categoría. Cualquier cosa que observemos debe tener una causa adecuada que explique su existencia. Buscamos esas causas. Esta relación de causa y efecto es la base de la creencia en Dios, y la poseen aun aquellos que no lo conocen verdaderamente. Estos individuos creen en Dios, no porque hayan tenido una experiencia personal con él o porque han descubierto a Dios en las Escrituras, sino sólo porque infieren su existencia. "Todo proviene de algo; como consecuencia, debe haber algo muy grande detrás de todo". Esta relación de causa y efecto nos está señalando la existencia de Dios pero -y este es el punto clave nos está apuntando a un Dios que supera nuestro entendimiento, un Dios que nos trasciende desde todo punto de vista. Nos está indicando que Dios no puede ser conocido y evaluado de la misma manera que el resto de las cosas.

A. W. Tozer ha señalado que esta es una de las razones por la que la filosofía y la ciencia no han visto siempre con buenos ojos la idea de Dios. Estas disciplinas se dedican a la tarea de explicar las cosas tal como las conocemos y por lo tanto se impacientan con cualquier cosa que se niegue a presentarse tal como es. Los filósofos y los científicos admitirán que hay mucho que no conocen. Pero otra cosa será admitir que hay algo que nunca podrán conocer completamente y que ni siquiera cuentan con las técnicas para descubrirlo. Para descubrir a Dios, los científicos pueden intentar rebajar a Dios a su nivel, definiéndolo como "la ley natural", "la evolución", o algún otro principio similar. Pero Dios todavía los elude. Dios es todavía más que lo que abarca cualquiera de estos conceptos.

Posiblemente sea ésta la razón por la que aun la personas que creen en la Biblia parecen dedicarle tan poco tiempo a pensar sobre la persona y el carácter de Dios. Tozer escribe: Muy pocos de nosotros hemos dejado que nuestros corazones admiren el YO SOY, el Ser auto existente antes del cual nada es pensable. Dichos pensamientos nos resultan demasiado dolorosos. Preferimos pensar sobre algo que nos resulte más beneficioso -cómo construir una mejor trampa para ratones, por ejemplo, o cómo hacer que el pasto crezca más tupido donde antes crecía ralo-. Y es por esto que ahora estamos pagando un precio demasiado alto en la secularización de nuestra religión y la miseria de nuestras vidas interiores.⁶⁵

La auto existencia de Dios significa que él no es responsable frente a nosotros ni frente a nadie, y eso no nos gusta nada. Queremos que Dios se explique, que defienda sus acciones.

⁶⁴ Matthew Henry, Commentary On The Whole Bible, Vol. 1 (New York: Fleming H. Revell, N. D.), P. 284.

⁶⁵ A. W. Tozer, The Knowledge Of The Holy (New York: Harper & Row), P. 34.

Aún cuando a veces Dios nos explica las cosas, no tiene por qué hacerlo y muchas otras veces no lo hace. Dios no tiene por qué dar explicaciones de sí mismo a nadie.

AUTOSUFICIENTE

El segundo atributo de Dios que se nos comunica en el nombre "YO SOY EL QUE SOY" es la autosuficiencia. Nuevamente, es posible al menos tener un sentido del significado de este término abstracto. La autosuficiencia significa que Dios no tiene necesidades y por lo tanto no depende de nadie.

Aquí estamos yendo en contra de una idea popular y arraigada: Dios coopera con los seres humanos, cada uno proveyendo lo que el otro carece. Se supone, por ejemplo, que Dios carece de gloria y por lo tanto crea a los hombres y las mujeres para que la provean. Como recompensa, él los cuida. O se supone que Dios necesita amor y por lo tanto crea a los hombres y las mujeres para que le amen. Algunos hablan de la creación como si Dios se hubiera sentido solo y por lo tanto nos hubiera creado para hacerle compañía. En un nivel práctico vemos la misma idea en los que se imaginan que Dios necesita de hombres y mujeres, como testigos y defensores de la fe, para llevar a cabo su obra de salvación, y se olvidan que Jesús mismo declaró que "Dios mismo puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras" (Le. 3:8).

Dios no necesita adoradores. Arthur W. Pink escribiendo sobre este tema en su libro *The Attributes of God*, dice: Dios no creó porque estuviera bajo ninguna obligación, ni coacción, ni necesidad. Su opción por hacerlo fue exclusivamente un acto soberano de su parte, no hubo ninguna causa exterior a él, no fue determinado por nada sino su propio placer; ya que "hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Ef. 1:11). Creó sencillamente para manifestar su gloria... Dios no gana nada ni siquiera de nuestra adoración. No tiene necesidad de esa gloria exterior de su gracia que surge de sus redimidos, ya que es lo suficientemente glorioso en sí mismo. ¿Qué fue lo que lo instó a predestinar a sus elegidos para alabanza de la gloria de su gracia? Efesios 1:5 nos responde: "según el puro afecto de su voluntad". ...La fuerza de este argumento es que es imposible sujetar al Todopoderoso a cualquier obligación frente a sus criaturas; Dios no tiene nada que ganar de nosotros.⁶⁶

Tozer hace la misma puntualización. "Si todos los seres humanos de pronto se volvieran ciegos, el sol seguiría iluminándolos de día y las estrellas de noche, ya que ni el sol ni las estrellas se deben a los millones que se benefician de su luz. De la misma manera, si todos los hombres de la tierra se hicieran ateos, esto no lo afectaría a Dios en absoluto. Él es como es

independientemente de toda otra cosa. Creer en él, no agrega nada a su perfección; dudar de él, no le quita nada".⁶⁷

Tampoco necesita Dios de colaboradores. Esta verdad es, quizás, la que nos resulta más difícil de aceptar. Nos imaginamos a Dios como un abuelo cariñoso, si bien algo patético, inquieto por encontrar alguien que lo pueda ayudar a administrar el mundo y salvar la raza humana. ¡Qué parodia! Dejemos claro una cosa, Dios nos ha confiado una labor de administración. A la pareja original en el Edén les dijo: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Gn. 1:28). Dios también ha encomendado a todos los que creen en él, "id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Mr. 16:15). Pero ningún aspecto del orden de la creación de Dios obedece a ninguna necesidad de Dios. Dios ha optado por realizar las cosas de esta forma. No necesitaba hacerlo así. Es más, podría haberlo hecho de millones de formas distintas. El hecho de que haya elegido hacer las cosas de esta forma depende, por lo tanto, del ejercicio libre y soberano de su voluntad y no nos otorga ningún valor inherente a nosotros.

Cuando decimos que Dios es autosuficiente también queremos significar que Dios no necesita defensores. Está claro que tenemos oportunidad de hablar en nombre de Dios frente a los que deshonran su nombre y difaman su carácter. Debemos hacerlo. Pero aun en el caso de que no lo hiciéramos, no debemos pensar que esto resulta un impedimento para Dios. Dios no necesita ser defendido, porque él es como es y seguirá siéndolo, sordo a los ataques arrogantes y pecaminosos de los individuos malvados. Un Dios que necesita ser defendido no es un Dios. Por el contrario, el Dios de la Biblia es un Ser auto existente que es el verdadero defensor de su pueblo.

Cuando tomamos conciencia que Dios es el único verdaderamente autosuficiente, comenzamos a entender por qué la Biblia tiene tanto para decir sobre la necesidad de poner nuestra fe únicamente en Dios y por qué la incredulidad en Dios es un pecado. Tozer escribe: "Entre todos los seres creados, ninguno puede atreverse a confiar en sí mismo. Solo Dios confía en sí mismo; todos los demás seres deben confiar en él. La incredulidad es en realidad la fe pervertida, porque deposita su confianza no en el Dios vivo sino en los hombres mortales".⁶⁸ Si nos negamos a confiar en Dios, lo que realmente estamos diciendo es que nosotros, o alguna otra persona o cosa es más digna de confianza. Y esto es una calumnia contra el carácter de Dios, y es una necedad. No hay nada que sea todo-suficiente. Por otro lado, si comenzamos por confiar en Dios (por creer en él), tenemos un fundamento firme para nuestra vida. Dios es suficiente, y podemos confiar en su Palabra dada a sus criaturas.

⁶⁷ Tozer, *The Knowledge Of The Holy*, P. 40.

⁶⁸ Tozer, *The Knowledge Of The Holy*, *Ibid.*, P. 42

Porque Dios es suficiente es que podemos descansar en esa suficiencia y trabajar efectivamente para él. Dios no necesita de nosotros para nada. Pero el gozo de llegar a conocerle radica en que, sin embargo, él se inclina para trabajar en, y por intermedio de, sus hijos obedientes y fieles.

ETERNO

Un tercer atributo inherente en el nombre con que Dios se presentó a Moisés ("YO SOY EL QUE SOY") es su calidad de eterno, perpetuo, que nunca termina. Es difícil encontrar una sola palabra que englobe este atributo, pero se trata sencillamente de que Dios es, siempre ha sido y siempre será, y que es siempre el mismo en su ser eterno. Encontramos este atributo de Dios en toda la Biblia. Abraham llamó a Jehová el "Dios Eterno" (Gn. 21:33). Moisés escribió: "Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que naciesen los montes, y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios" (Sal. 90:1-2). El libro de Apocalipsis nos describe a Dios como "el Alfa y la Omega, principio y fin" (Ap. 1:8; 21:6; 22:13). Los seres delante del trono decían: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8).

El hecho de que Dios sea eterno tiene dos consecuencias para nosotros. La primera es que podemos confiar que él permanecerá como se nos revela. La palabra utilizada para describir esta propiedad es inmutabilidad, que significa la propiedad de no cambiar. "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17).

Los atributos de Dios no cambian. Entonces, no tenemos por qué temer a que, por ejemplo, el Dios que alguna vez nos amó en Cristo de alguna manera cambie su parecer y deje de amarnos en el futuro. Dios siempre amará a su pueblo. De igual modo, no podemos pensar que quizás modifique su actitud hacia el pecado, y que comience a calificar de "permisible" algo que antes estaba prohibido. El pecado siempre será pecado ya que se lo define como cualquier transgresión o no conformidad a la ley de Dios, que no cambia. Dios siempre será santo, sabio, lleno de gracia, justo y todo lo demás que él se revela ser. Nada de lo que hagamos podrá cambiar al Dios eterno.

Los consejos de Dios y su voluntad también son inmutables. Él hace lo que de antemano se ha propuesto realizar y su voluntad nunca varía. Algunos pueden señalar ciertos versículos de la Biblia que nos dicen que Dios se arrepintió de alguna acción -como en Génesis 6:6, "Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra". En este ejemplo, lo que se usa es una palabra humana para explicar la profunda insatisfacción que Dios sentía por las actividades humanas. Más claro resultan versículos tales como el de Números 23:19 ("Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará?

Habló, ¿y no lo ejecutará?"), el de la Samuel 15:29 ("el que es la Gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá, porque no es hombre para se arrepienta"), el de Romanos 11:29 ("Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios"), o el del Salmo 33:11 ("El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones").

Estas afirmaciones son fuente de gran consuelo para el pueblo de Dios. Si Dios fuera como nosotros, no podríamos confiar en él. Él cambiaría, y como resultado, su voluntad y sus promesas cambiarían. No podríamos depender de él. Pero Dios no es como nosotros. Él no cambia. En consecuencia, sus propósitos permanecen fijos de generación en generación. Pink nos dice que "Aquí tenemos entonces una roca donde afirmar nuestros pies, mientras que un torrente poderoso arrasa con todo a nuestro alrededor. El carácter permanente de Dios está garantizando el cumplimiento de sus promesas".⁶⁹

Una segunda consecuencia de la inmutabilidad de Dios es que él es ineludible. Si fuera un mero ser humano y, él o lo que él está realizando, no nos gustara, podríamos ignorarlo, sabiendo que siempre estaría presente la posibilidad de que cambiara de parecer, se fuera a otro lado o se muriera. Pero Dios no cambia de parecer. Dios no se va para otro lado. Dios no morirá. Como consecuencia, no lo podemos eludir. Incluso si lo ignoramos ahora, tendremos que encararlo en el porvenir. Si lo rechazamos ahora, eventualmente tendremos que enfrentarnos con un Ser que rechazamos y experimentar su eterno rechazo.

NO HAY OTROS DIOSES

Llegamos así a una conclusión natural: que debemos buscar y adorar al Dios verdadero. Este capítulo se basó en su mayor parte en Éxodo 3:14, donde Dios revela a Moisés el nombre con que desea ser conocido. Esta revelación vino en el albor de la liberación del pueblo de Israel de Egipto. En su revelación en el Monte de Sinaí, después del éxodo, Dios aplicó su revelación previa como el Dios verdadero a la vida religiosa y la adoración de la nación liberada.

Dios dijo: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis

mandamientos" (Ex. 20:2-6). Estos versículos plantean tres puntos, todos basados en la premisa de que el Dios que se revela a sí mismo en la Biblia es el Dios verdadero:

1. Debemos adorar a Dios y obedecerle.
2. Debemos rechazar la adoración de cualquier otro dios.
3. Debemos rechazar la adoración del Dios verdadero por cualquier medio que no sea digno de él, como el uso de láminas o imágenes.

A primera vista, resulta bastante extraño que aparezca tan al comienzo de los Diez Mandamientos, los diez principios básicos de la religión bíblica, una prohibición sobre el uso de imágenes en la adoración. Pero esto no resulta tan extraño cuando recordamos que las características de una religión son un reflejo de la naturaleza del dios de esa religión. Si el dios no es digno, la religión tampoco será digna. Si el concepto de Dios es del orden más elevado, la religión también será del orden más elevado. Lo que Dios nos está diciendo en estos versículos es que cualquier representación física de él lo está deshonrando. ¿Por qué? Por dos razones. Primero, su gloria se oscurece, porque no hay nada visible que la pueda representar. Segundo, puede desviar a los que les adoran.

Estos dos errores fueron ejemplificados por Aarón cuando construyó el becerro de oro, como lo menciona Packer en su discusión de la idolatría. En la mente de Aarón, al menos, aunque posiblemente no en las mentes del pueblo, el becerro era una intención de representar a Jehová. Él pensó, sin duda, que la figura de un becerro (aunque pequeña) podía comunicar la idea de la fuerza de Dios. Pero, por supuesto, no lo hacía de manera total. Y tampoco transmitía de ningún modo el resto de sus atributos: su soberanía, su equidad, su misericordia, su amor y su justicia. Por el contrario, los oscurecía.

Y todavía más, la figura del becerro confundía a los adoradores. Muy fácilmente la asociaron con los dioses y las diosas egipcias de la fertilidad y su adoración se convirtió en una orgía. Packer concluye diciendo:

Con toda seguridad, si nos creamos el hábito de concentrar nuestros pensamientos en una imagen o en una lámina de Aquél a quien vamos a orar, lo concebiremos y le estaremos orando según la representación de la imagen que nos hemos hecho. De alguna manera nos estaremos "inclinando" y estaremos "adorando" nuestra imagen; y como la imagen no puede transmitir toda la verdad sobre Dios, no estaremos adorando a Dios en verdad. Es por esta razón que Dios prohíbe que tú o yo hagamos uso de imágenes o láminas en nuestra adoración.⁷⁰

LA ADORACIÓN DE DIOS

Sin embargo, no adorar imágenes y no utilizar imágenes en la adoración del Dios verdadero no constituye por sí solo la adoración. Debemos reconocer que el Dios verdadero es el Ser eterno, auto existente y autosuficiente, el Ser inconmensurable que trasciende nuestros más elevados pensamientos. Debemos humillarnos delante de él y aprender de él, permitiéndole que él se nos enseñe tal como es y nos muestre lo que ha hecho por nuestra salvación. ¿Hacemos lo que él nos ordena? ¿Estamos seguros que en nuestra adoración estamos realmente adorando al Dios verdadero que se reveló en la Biblia?

Hay sólo una manera de contestar esta pregunta con sinceridad. Debemos preguntarnos: ¿Conozco la Biblia con certeza, y adoro a Dios basado en las verdades que encuentro en ella? Esta verdad gira en torno al Señor Jesucristo. Allí el Dios invisible se hace visible, lo inescrutable se hace cognoscible, el Dios eterno se manifiesta en el espacio y el tiempo. ¿Contemplo a Jesús para conocer a Dios? ¿Pienso en los atributos de Dios cuando veo lo que Jesús me manifiesta de ellos? Si no hago esto, estoy adorando una imagen de Dios, una imagen según mi propio diseño. Si contemplo a Jesús, entonces puedo saber que estoy adorando al Dios verdadero, como él se reveló a sí mismo. Pablo nos dice que aunque algunos conocieron a Dios, "no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias" (Ro. 1:21). Nos debemos proponer que esto mismo no nos suceda a nosotros.

CAPITULO 10: DIOS EN TRES PERSONAS

EN EL CAPITULO ANTERIOR DISTINGUÍ ENTRE LOS ATRIBUTOS DE Dios que nosotros en parte compartimos entre los que están el amor, la sabiduría, el poder, y aquellos que son privativos de él. Los primeros los podemos comprender; los segundos, no podemos comprenderlos. Hasta cierto punto podemos entender lo que significa la auto existencia, la autosuficiencia y la eternidad de Dios. Podemos expresarlos negativamente, diciendo que Dios no tiene origen, no necesita de nada ni de nadie, que nunca cesará de existir y que no cambia. Pero no podemos comprender lo que significan en sí y de por sí. Por lo tanto, ya nos mueven a la humildad las primeras respuestas a quién es Dios y cómo es.

El Capítulo once estudiará los atributos que son más fáciles de comprender. Pero primero, vamos a considerar otra área problemática: La Trinidad -Dios, aunque es uno, existe sin embargo en tres personas, Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. La palabra Trinidad no figura en la Biblia. Viene de la palabra latina trinitas que significa "triplicidad". Pero aunque la palabra no figura en la Biblia, la idea trinitaria se encuentra allí, y es muy importante. Es importante porque no puede haber ninguna bendición verdadera sobre

nosotros o sobre nuestra tarea si nos desinteresamos de alguna de las personas de la Divinidad.

Para las mentes de algunas personas, la dificultad de comprender cómo Dios puede ser uno y tres al mismo tiempo es razón suficiente para rechazar la doctrina de plano. Dichas personas no pueden comprender la doctrina de la Trinidad y por lo tanto la niegan. Muchas veces argumentan que la teología debe ser "sencilla", porque lo sencillo es hermoso. Dios es hermoso y por lo tanto debe ser sencillo, y así continúan con su argumento. Pero esto no es comprender ni la realidad ni la naturaleza de Dios como se nos revela en la Biblia.

¿Por qué tiene que ser sencilla la realidad? C. S. Lewis ha señalado acertadamente en *Mere Christianity* que la realidad, por el contrario, suele ser extraña. "No es ordenada, ni obvia, ni lo que cabría esperar.... La realidad suele ser por lo general algo que uno nunca se hubiera imaginado".⁷¹ Esto es cierto para las cosas más comunes, como una mesa o una silla. A simple vista parecen sencillas, pero si nos ponemos a hablar sobre los átomos que las componen y las fuerzas que mantienen a esos átomos unidos, aun estas cosas tan "sencillas" resultan muy difíciles de comprender. Y hay cosas mucho más complejas que resultan incluso más difíciles de comprender. Así, el carpintero que construyó la silla es más complicado que el objeto que ha construido, y Dios, que hizo al carpintero, debería ser lo más complejo e incomprensible de todo lo que hay.

TRES PERSONAS

Dios nos ha revelado algo de su complejidad en la doctrina de la Trinidad. Todo lo que conocemos sobre la Trinidad lo sabemos sólo a través de la revelación que Dios realiza en la Biblia, y aun así no la conocemos bien. Además, tenemos tanta facilidad para equivocarnos en esta materia que debemos ser extremadamente cuidadosos de no exceder ni malinterpretar lo que encontramos en las Escrituras.

Lo primero que debemos decir es que los cristianos creen, al igual que los judíos, que Dios es uno. Como los cristianos también creen en la Trinidad han sido equivocadamente acusados de creer en tres dioses, a manera de un politeísmo. Es verdad que los cristianos ven una pluralidad en la Divinidad, porque Dios mismo nos revela que esta pluralidad existe. Pero esto no es politeísmo. Los cristianos, como los judíos creyentes, son monoteístas. Es decir, creemos en un Dios. Podemos recitar al unísono con los judíos:

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tú Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy,

⁷¹ C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: The Macmillan Company, 1958), P. 33.

estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas. (Dt. 6:4-9)

Aquí, en este lenguaje tan claro, tenemos la enseñanza de que Dios es uno y que esta enseñanza debe ser conocida por el pueblo de Dios, que debe hablar sobre ella, y enseñársela a sus hijos.

Esta misma verdad aparece en el Nuevo Testamento, que es exclusivamente cristiano. Allí leemos que "un ídolo nada es en mundo" y que "no hay más que un Dios" (1 Co. 8:4). Se nos recuerda el hecho de que hay "un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos" (Ef. 4:6). Santiago nos dice: "Tú crees que Dios es uno; bien haces" (Stg. 2:19).

Se ha argumentado que no hay lugar para la Trinidad porque el versículo que citamos de Deuteronomio comienza diciendo: "Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es". Pero en este mismo versículo la palabra que se traduce "uno" es echad que significa no uno aislado sino uno en unidad. Es más, en la Biblia hebrea no se usa nunca una palabra que signifique una entidad singular y aislada. Se trata más bien de la palabra que se usa para hablar de un racimo de uvas, por ejemplo, o cuando se nos dice que los individuos de Israel respondieron como un pueblo.

Después que Dios le ha traído su esposa, Adán dice: "Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del Varón fue tomada". Y el texto añade: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (Gn. 2:23-24). Otra vez la palabra es echad. No se está sugiriendo que el hombre y la mujer se conviertan en una sola persona, sino que de una manera divina se conviertan en uno. De una manera similar, pero no idéntica, Dios es un Dios pero existe en tres "personas".

Una de las dificultades a esta altura es que no tenemos una palabra adecuada en español, ni en ningún otro idioma, para expresar la naturaleza de las distintas existencias dentro de la Divinidad. La mejor palabra que tenemos es persona, que viene de la palabra persona en latín -y que significaba la máscara que un actor usaba cuando representaba un personaje en una obra teatral griega. Pero cuando hablamos de una máscara ya nos estamos desviando del verdadero significado. Porque no debemos imaginarnos a las personas de Dios como siendo meramente la manera como Dios de tiempo en tiempo se manifiesta a los seres humanos. Este error se conoce como modalismo o sabelianismo, palabra proveniente del nombre del primer hombre que popularizó esta idea en la historia de la iglesia (a mediados del siglo tercero).

La palabra griega más comúnmente usada era homoousios, que literalmente significa "un ser". Pero nuevamente, este nombre es equívoco si por ello comenzamos a entender que tenemos tres seres distintos con tres naturalezas diferentes dentro de la Divinidad. Calvino no estaba satisfecho con ninguna de estas palabras. Prefería la palabra subsistencia. Sin embargo, esta palabra, si bien puede ser muy acertada, no transmite mucho significado a la mayoría de los lectores contemporáneos.

En realidad, la palabra persona es la mejor elección, siempre y cuando tengamos presente lo que entendemos por una persona. En el lenguaje cotidiano suele denotar un ser humano y, por ende, alguien que es exclusivamente un individuo. Es el concepto que tenemos presente cuando hablamos de despersonalizar a alguien. Pero no es ese el significado que la teología le asigna a esta palabra. Es posible ser una persona completamente disgregada de una existencia corporal. Podemos, a modo de ejemplo, perder un brazo o una pierna en un accidente, pero todavía seguiremos siendo una persona con todas las marcas de nuestra personalidad. Además, de acuerdo con las enseñanzas cristianas, aun cuando hayamos muerto y nuestros cuerpos entren en descomposición, todavía seguiremos siendo personas. Lo que queremos significar, entonces, es un sentido de existencia que se expresa en conocimiento, sentimientos, y voluntad.

Tenemos así tres personas o subsistencias dentro de Dios, cada una con conocimiento, sentimientos y voluntad. Y sin embargo, aun después de estas precisiones, todavía no hemos podido abarcar todo el significado. En el caso de Dios, el conocimiento, los sentimientos y la voluntad de cada persona dentro de la Divinidad -el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son idénticos.

LA LUZ, EL CALOR, EL AIRE

¿Cómo es posible ilustrar que Dios es un Dios pero que existe en tres personas? Es prácticamente imposible encontrar una buena ilustración, aunque muchas han sido sugeridas. Algunos han sugerido la idea de una torta que puede estar compuesta al mismo tiempo por capas, porciones e ingredientes. Se lo podría comparar al Padre con los ingredientes, al Hijo con las capas (como Dios desciende hacia nosotros) y al Espíritu Santo con las porciones (como es compartido entre todos). Otra ilustración consiste en un hombre que en un mismo momento es padre, hijo y esposo. Pero el problema de esta ilustración es que este hombre sólo puede ser una de estas cosas con respecto a un individuo (o, en el caso de ser un padre, para un grupo reducido de individuos), mientras que en el caso de Dios, él es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todos.

Posiblemente una ilustración más clara de la Trinidad es la ilustración de la luz, el calor y el aire. Si extendemos nuestra mano y la observamos, veremos que cada uno de estos elementos



está presente. Hay luz, porque sólo cuando tenemos luz podemos observar nuestra mano. Podría haber luz infrarroja. Pero aún en este caso, si bien nosotros no la podríamos ver, podría ser captada por instrumentos especiales. También hay calor entre nuestra cabeza y nuestra mano. Es fácil de comprobar sosteniendo un termómetro. La temperatura variará mientras caminamos de una habitación fría a una más cálida, o desde el exterior al interior de una casa. Y por último, hay aire. Podemos soplar nuestras manos y lo sentiremos. Podemos sacudir nuestra mano y abanicamos la cara.

Lo importante es que cada uno de estos tres elementos -la luz, el calor, y el aire- son distintos. Cada uno tiene sus propias leyes y puede ser estudiado por separado. Y sin embargo, (al menos lo es en las circunstancias terrenales normales) es imposible que se dé uno de ellos sin la presencia de los otros. Son tres y, sin embargo, son uno. Juntos constituyen el medio ambiente en el que nos desenvolvemos.

Lo que esta ilustración tiene de interesante además es que la Biblia habla de cada uno de estos elementos con relación a Dios.

La luz: "Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Jn. 1:5). El calor: "porque nuestro Dios es fuego consumidor" (He. 12:29). El aire, el aliento o el viento: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Jn. 3:8).⁷²

LA ENSEÑANZA DE LA BIBLIA

El punto clave, sin embargo, no es si podemos entender la Trinidad, incluso mediante la utilización de ilustraciones; sino si hemos de creer lo que la Biblia tiene para enseñarnos sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y sobre la relación que existe entre ellos. Lo que la Biblia dice puede ser resumido en las siguientes cinco proposiciones:

1. Hay solamente un Dios vivo y verdadero que existe en tres personas:

Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Ya hemos considerado esta verdad en forma general. La analizaremos con más detención cuando tratemos el tema de la deidad del Hijo y el Espíritu Santo en el tomo dos y tres de este volumen. Notamos aquí una pluralidad dentro de la Divinidad que ya está sugerida en las páginas del Antiguo Testamento, antes de

⁷² Esta ilustración de la trinidad, comparándola con la luz, el calor y el aire, no es nueva; pero en este caso es tomado prestada esta presentación de Donald Grey, Barnhouse, *Man's Ruin* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1952), Pp. 64-65.

la Encarnación del Señor Jesucristo y antes de la venida del Espíritu Santo sobre el pueblo de Dios.

Esta pluralidad la podemos ver, en primera instancia, en aquellos pasajes en los que Dios se refiere a sí mismo en el plural. Un ejemplo lo constituye Génesis 1:26. "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". Otro ejemplo es Génesis 11:7. "Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua".

Un tercer ejemplo lo tenemos en Isaías 6:8. "Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" En otros pasajes nos encontramos con un ser celestial llamado "el ángel del Jehová" que, por un lado se lo identifica con Dios y sin embargo, en otras ocasiones, se lo distingue de Dios. Es así como leemos: "Y la halló (a Agar) el ángel de Jehová junto a una fuente de agua en el desierto.... Le dijo también el ángel de Jehová: Multiplicaré tanto tu descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud.... Entonces llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres Dios que ve" (Gn. 16: 7, 10, 13).

Un caso aún más extraño es la aparición de los tres varones a Abraham y a Lot. Los ángeles son referidos a veces como tres, y otras veces como uno. Además, cuando hablan, se nos dice que es Jehová el que habla (Gn. 18). Por último, el pasaje más asombroso es el de Proverbios 30:4. El profeta Agur está hablando sobre la naturaleza del Dios Todopoderoso, confesando su propia ignorancia.

"¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra?" Y entonces agrega: "¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?" En aquellos días, el profeta sólo conocía el nombre del Padre, el nombre de Jehová. Hoy también conocemos el nombre del Hijo, que es el nombre del Señor Jesucristo.

2. El Señor Jesucristo es completamente divino, siendo la segunda persona de la Divinidad y habiéndose hecho hombre.

Es aquí donde radica el punto crucial de la polémica sobre la Trinidad; aquellos a quienes no les gusta la doctrina de la Trinidad la rechazan principalmente porque no están dispuestos a otorgar al "hombre" Jesús esta posición tan exaltada. Esta renuencia se ve por primera vez en las enseñanzas de Arrio de Alexandria (que murió en el año 336 a.C.).

Sabelio, a quien ya hemos mencionado, tendía a integrar a las personas de la Trinidad de manera tal que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, fueran sólo manifestaciones de un único Dios con el propósito de nuestra redención. Arrio, cuya obra principal fue producida inmediatamente después de la de Sabelio, se fue al otro extremo. Dividió a las personas de la Trinidad de tal forma que el Hijo y el Espíritu se convertían en algo menos que Dios el Padre.

De acuerdo con Arrio, el Hijo y el Espíritu eran seres que Dios por su voluntad había hecho existir para que actuaran como sus agentes en la redención. Por lo tanto no eran eternos (como Dios sí lo es), y no eran completamente divinos. Arrio utilizó la palabra divino para describirlos pero con un sentido inferior al que le asignaba cuando la empleaba para referirse al Padre.

En siglos más recientes este mismo error ha sido expuesto por los unitarios y por algunos otros cultos modernos. Pero se trata de un error muy importante. Porque si Cristo no es completamente divino, entonces nuestra salvación no ha sido ni lograda ni asegurada. Ningún ser que sea inferior a Dios mismo, no importa lo exaltado que esté, puede llevar sobre sí todo el castigo por los pecados del mundo.

Hay muchos pasajes claves que nos enseñan sobre la deidad del Señor Jesucristo. Leemos que "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios" (Jn. 1:1-2). Que este pasaje de Juan está haciendo referencia al Señor Jesucristo surge con claridad al leer Juan 1:14, donde se nos dice que el "Verbo" mencionado en el versículo 1 "fue hecho carne, y habitó entre nosotros".

De manera similar, Pablo escribe: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:5-8).

La expresión "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo" no significan que Jesús dejó de ser completamente Dios durante su encarnación, como algunos han sostenido, sino más bien que temporalmente dejó de lado su gloria divina y su dignidad para poder convivir entre nosotros. Debemos recordar que fue durante los días de su vida aquí que Jesús afirmó: "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30), y "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14:9).⁷³

3. El Espíritu Santo es completamente divino.

Es el propio Señor Jesucristo el que con más claridad nos enseña sobre la naturaleza del Espíritu Santo. En el evangelio de Juan, Jesús compara el ministerio del Espíritu Santo que había de venir con su propio ministerio. "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:16-17).

⁷³ Packer desarrolla con más detalle la manera en que Jesús se "despojó así mismo", *Knowing God*, Pp. 51-55.

Esta enseñanza sobre la naturaleza del Espíritu Santo está sustentada por el hecho que se le asignan atributos que son distintivos de Dios: su eternidad (Heb. 9:14), su omnipresencia (Sal. 139:7-10), su omnisciencia (1 Co. 2:10-11), su omnipotencia (Le. 1:35) y otros.

4. Si bien cada uno es completamente divino, las tres personas de la Divinidad están relacionadas entre sí de un modo que implica algunas diferencias.

Es así que en las Escrituras se nos dice que fue el Padre (y no el Espíritu) quien envió a su Hijo al mundo (Mr. 9:37; Mt. 10:40; Gá. 4:4), pero que el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu (Jn. 14:26; 15:26; 16:7). No sabemos cabalmente lo que significa esta descripción de relaciones dentro de la Trinidad. Lo que se suele decir es que el Hijo está sujeto al Padre, porque el Padre lo envió; y que el Espíritu está sujeto tanto al Padre como al Hijo, porque fue enviado al mundo por el Padre y el Hijo.

Sin embargo, debemos recordar que cuando hablamos de sujeción no queremos significar desigualdad. Si bien esta es la manera como están relacionados entre sí, los miembros de la Divinidad son "lo mismo en sustancia, iguales en poder y en gloria", como lo afirma el Westminster Shorter Catechism (Pregunta 6).

5. En la obra de Dios, los miembros de la Divinidad trabajan conjuntamente.

Es una práctica común entre los cristianos que se divida la obra de Dios entre las tres personas, adjudicándole al Padre la obra de la creación, al Hijo la obra de la redención y al Espíritu la obra de la santificación. Una manera más correcta de hablar sería decir que cada miembro de la Trinidad coopera en cada una de estas obras. Tomemos por ejemplo la obra de la creación.

De Dios el Padre se nos dice que "Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos" (Sal. 102:25); y que "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1:1). Del Hijo está escrito: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles" (Col. 1:16); y que "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:3).

Del Espíritu Santo está escrito: "El espíritu de Dios me hizo" (Job 33:4). De la misma manera podemos aprender cómo las tres personas de la Divinidad intervinieron en la obra de la encarnación trabajando en unidad, aunque sólo el Hijo fue hecho carne (Le. 1:35). Las tres personas estuvieron presentes en ocasión del bautismo del Señor: el Hijo subió del agua, el Espíritu descendió como paloma y la voz del Padre se escuchó de los cielos, "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mt. 3:16-17).

Las tres personas intervinieron en la expiación, como lo expresa Hebreos 9:14, "Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios". La resurrección de

Cristo, de manera similar, es atribuida en algunos pasajes al Padre (Hch. 2:32), en otros al Hijo (Jn. 10:17-18), y en otros al Espíritu Santo (Ro. 1:4). No debemos sorprendernos entonces que nuestra salvación también esté atribuida a cada una de las tres personas: "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P. 1:2).

Y tampoco debemos sorprendernos por haber sido enviados al mundo para hacer "discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mt. 28:19).

UNA TRIPLE REDENCIÓN

Para terminar este capítulo es necesario volver a señalar que aunque podemos decir cosas valederas sobre la Trinidad (basado en la revelación de Dios sobre este tema), la Trinidad es todavía insondable. Debemos humillarnos frente a la Trinidad. Alguien en cierta ocasión le preguntó a Daniel Webster, el orador, cómo un hombre de su inteligencia podía creer en la Trinidad. "¿Cómo puede un hombre de su calibre mental creer que tres es equivalente a uno?", le interrogaron. Webster contestó: "No pretendo conocer completamente la aritmética celestial ahora". La doctrina de la Trinidad no significa que tres es equivalente a uno, como bien lo sabía Webster. Más bien significa que Dios es tres en un sentido, y uno en otro sentido. Sin embargo, la respuesta de Webster demuestra el grado de humildad que una criatura debe tener. Creemos en la doctrina de la Trinidad no porque la podamos entender, sino porque así la Biblia nos enseña sobre ella, y porque el Espíritu mismo da testimonio en nuestros corazones que es así.

CAPITULO 11: NUESTRO DIOS SOBERANO

HAY ALGUNOS ATRIBUTOS DE DIOS QUE NUNCA ALCANZAREMOS a comprender. Podemos hablar de la auto existencia de Dios, de su autosuficiencia, de su eternidad y de su naturaleza trinitaria. Sin embargo, siempre debemos reconocer que no los comprendemos completamente, porque no nos asemejamos a Dios en ninguno de estos atributos. Sencillamente, debemos confesar que él es Dios y nosotros somos sus criaturas. El infinito trasciende nuestro entendimiento. Por otro lado, existen otros atributos de Dios que sí podemos comprender, porque en menor grado nosotros también los compartimos. Esto es cierto en el caso de varios atributos de Dios: su sabiduría, su verdad, su misericordia, su gracia, su justicia, su ira, su bondad, su fidelidad, y otros más. De estos atributos nos ocuparemos ahora.

Vamos a comenzar con la soberanía de Dios. Él tiene el gobierno y la autoridad absoluta sobre su creación. Para ser soberano, Dios también debe ser omnisciente, omnipotente y completamente libre. Si Dios tuviera alguna de estas áreas restringidas, entonces no sería completamente soberano. Empero, la soberanía de Dios es mayor que cualquiera de los atributos contenidos en ella. Puede ser que alguno de estos atributos nos resulte más importante -el amor, por ejemplo. Pero si hacemos el ejercicio de detenernos a pensar un poco más, veremos cómo cualquiera de estos atributos es posible sólo por la soberanía de Dios. Dios podría ser amor, por ejemplo, pero si no fuera soberano, las circunstancias podrían coartar su amor de manera que nos resultara inservible. Lo mismo con respecto a su justicia. Dios podría querer instaurar la justicia entre todos los seres humanos, pero si no fuera soberano, la justicia se frustraría y la injusticia prevalecería.

Por lo tanto, la doctrina de la soberanía de Dios no es un mero dogma filosófico carente de valor práctico. Más bien es la doctrina que le da significado y sustancia a todas las demás doctrinas. Como observa Arthur Pink es "el cimiento de la teología cristiana... el centro de gravedad del sistema de la verdad cristiana -el sol alrededor del cual giran el resto de los astros".^{77, 78} Y como también veremos, es la fortaleza del cristiano y su consolación en medio de los avatares de esta vida.

LAS INTERROGANTES INTELECTUALES

Sin duda que surgen varias interrogantes al afirmar el gobierno de Dios con relación a un mundo que evidentemente ha seguido su propio curso. Podemos aceptar que Dios gobierna en el cielo. Pero la tierra es un lugar sin Dios. Aquí la autoridad de Dios no ha sido acatada y el pecado es lo que prevalece. ¿Podemos decir realmente que Dios es soberano en medio de un mundo como este? La respuesta, si miramos al mundo solamente, es obviamente que no. Pero si comenzamos por las Escrituras, que es lo que debemos hacer si deseamos conocer a Dios, entonces sí podemos hacer tal afirmación; porque la Biblia declara en varias oportunidades que Dios es soberano. Puede suceder que no entendamos esta doctrina. Puede suceder que todavía no entendamos por qué Dios tolera el pecado. Pero nunca dudaremos sobre esta doctrina ni nos apartaremos de sus consecuencias.

En las Escrituras la soberanía de Dios es un concepto tan importante, que abarca tantas cosas, que resulta imposible estudiarlo en su totalidad. Algunos pasajes, sin embargo, pueden servir para aclarar esta doctrina. "Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos... y tú dominas sobre todo" (1 Cr. 29:11-12). La misma enseñanza la encontramos en los Salmos. "De Jehová es la tierra y su

plenitud; el mundo, y los que en él habitan" (Sal. 24:1). "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra" (Sal. 46:10). "Dios es el Rey de toda la tierra" (Sal. 47:7). La doctrina de la soberanía de Dios descansa en la base de todas las exhortaciones a confiar en él, a alabarle y a encomendar nuestro camino a él.

Además de estos pasajes que ya hemos mencionado y de muchísimos otros, hay ejemplos del gobierno de Dios sobre el orden material. El mundo de los objetos y de la materia está sujeto a las normas que Dios les ha impuesto. Son las leyes de la naturaleza y las leyes científicas. Pero no debemos creer, sin embargo, que estas leyes, porque así se les llama, son absolutas y que por lo tanto controlan a Dios y lo limitan; ya que en ocasiones Dios actúa de manera impredecible para hacer lo que llamamos milagros.

Dios mostró su soberanía sobre la naturaleza cuando dividió el Mar Rojo para que los hijos de Israel pudieran salir de Egipto, y luego hizo que las aguas descendieran sobre los perseguidores egipcios para así destruirlos. Mostró su soberanía cuando envió el maná del cielo para alimentar al pueblo mientras estaba en el desierto. En otra ocasión, les envió codornices al campamento para que tuvieran carne. Dios dividió las aguas del Río Jordán para que el pueblo entrara en la tierra de Canaán. Hizo que las murallas de Jericó se derrumbaran. Hizo que el sol se detuviera en los días de Josué en Gabaón para que Israel pudiera obtener una victoria sobre sus enemigos en retirada. En los días de Jesús, la soberanía de Dios se manifestó en la alimentación de los cuatro mil y los cinco mil por medio de unos pocos panes y unos peces, se manifestó en las curaciones de los enfermos y la resurrección de los muertos. Y por último, se manifestó en los acontecimientos que rodearon la crucifixión de Cristo y su resurrección.

Otros pasajes nos muestran cómo la soberanía de Dios alcanza la voluntad humana y por lo tanto las acciones humanas también. Así fue que Dios endureció el corazón de Faraón para que no dejara ir al pueblo de Israel. Pero, por el otro lado, enternece los corazones de los individuos para que respondan a su amor y le obedezcan.

Puede argumentarse, como ya lo hemos señalado, que algunos hombres y mujeres a pesar de todo desafían a Dios y le desobedecen. Pero esta observación no es suficiente para derribar las enseñanzas de la Biblia concernientes al gobierno de Dios sobre su creación; si así fuera, la Biblia caería en una contradicción. Esta supuesta contradicción se explica fácilmente por la rebelión humana, que si bien está en abierta oposición a los mandamientos explícitos de Dios, permanece dentro de sus propósitos eternos u ocultos. Es decir, Dios tiene sus razones para tolerar el pecado; sabe de antemano que el pecado será juzgado en el día de su ira, y que mientras tanto no sobrepasará los límites que él ha prefijado. Desde nuestra perspectiva hay muchas cosas que parecen obrar en contra de la soberanía de Dios. Pero desde la perspectiva de Dios, sus mandatos siempre son implementados. Como los describe el Catecismo

Abreviado de Westminster, son "su eterno propósito, de acuerdo al consejo de su voluntad, por el cual, para su propia gloria, él ha preordenado todo lo que haya de suceder".

LAS INTERROGANTES HUMANAS

Desde una perspectiva humana, el problema de fondo con respecto a la soberanía de Dios no es que la doctrina resulte falsa, aunque hay algunos problemas intelectuales que dilucidar, sino más bien que a los hombres y a las mujeres no les gusta este aspecto del carácter de Dios, tan perturbador y que tanto los humilla. Superficialmente, podríamos pensar que los hombres y las mujeres que están viviendo en medio de una cultura caótica abrazarían con entusiasmo la soberanía. "¿Qué podría ser mejor que saber que, a pesar de las apariencias, todo está bajo control, y que Dios puede obrar para que finalmente todo resulte para nuestro bien?", podrían plantear. Pero esta manera de pensar no toma en cuenta la rebelión básica de la humanidad contra Dios, rebelión que vemos en nuestra búsqueda humana por la autonomía.

La rebelión ha sido una de las características de la humanidad desde los inicios de la historia de nuestra raza. Pero es especialmente visible en nuestra cultura contemporánea, como lo señala R. C. Sproul en *The Psychology of Atheism*. Nuestro sistema democrático, por ejemplo, rechaza toda autoridad monárquica. "Aquí no servimos a ningún soberano" fue el slogan de la Guerra por la Independencia de los Estados Unidos de América. Hoy, doscientos años más tarde, la consigna todavía nos acompaña. Así es que "el gobierno por el pueblo" se ha convertido en "el gobierno por mí mismo", o al menos por aquellos que básicamente se asemejan mucho a mí o con los que estoy de acuerdo. Dios, el digno Señor sobre todas las naciones y todos los individuos, ha sido con delicadeza excluido de todos los ámbitos de toma de decisiones de nuestra vida nacional.

La iglesia no está mucho mejor, como también lo observa Sproul. Muchas veces oímos hablar acerca de las características de Dios en cuanto "Salvador" -su amor, su misericordia, su bondad y así sucesivamente, pero ¿cuántas veces oímos hablar con respecto a su señorío? Esta distorsión se ve con mucha claridad en la evangelización. En la práctica moderna, al llamado al arrepentimiento se lo suele llamar "una invitación", que podemos aceptar o rechazar. Es una invitación muy gentil y educada. Muy pocas veces se nos presenta el mandato soberano de Dios para arrepentimos o su mandato de completa sumisión a la autoridad del rey verdadero, Cristo Jesús.

En la actualidad, incluso en la teología, el énfasis de la proclamación de la iglesia radica en la liberación. Pero esta liberación en ocasiones es librarse de Dios tanto como de las "estructuras sociales opresoras", para usar la terminología usada por la teología de la liberación. Dice Sproul: "En resumidas cuentas, la "liberación moderna" implica una

revolución contra la autoridad soberana de Dios cuando los miembros de la Iglesia y del Estado unen sus fuerzas en un acto de traición cósmica".⁷⁵

La razón básica por la que los hombres y las mujeres no quieren aceptar una doctrina de la soberanía de Dios es que no desean un Dios soberano. Desean ser autónomos. Entonces, pueden negar la existencia de Dios, negando el atributo de su existencia, o simplemente ignorarlo con respecto a cualquier propósito práctico.

El factor más inmediato de la actual falta de respeto por la autoridad ha sido el impacto del existencialismo europeo, a través de las obras de filósofos como Friedrich Nietzsche, Jean-Paul Sartre, Albert Camus y Martin Heidegger. En sus obras, la autonomía del individuo es el ideal filosófico predominante; todos los demás conceptos, incluyendo la existencia de Dios, deben ser eliminados. Sólo podemos encontrar a nosotros mismos cuando nos hayamos despojado de todas las ataduras externas. Sólo cuando hayamos eliminado a Dios podremos ser verdaderamente humanos. ¿Pero funciona esto? En la obra de Nietzsche, la figura ideal es el "superhombre" o Uebermensch, el hombre que crea sus propios valores y que sólo responde a sí mismo. Pero Nietzsche, el inventor de esta filosofía, no murió como un ser libre sino como una persona prisionera de su propia mente por su locura. La filosofía de la autonomía existencial es un callejón sin salida -o peor aún, un desastre. Pero, a pesar de ello, es la filosofía que predomina en nuestra época. Dios nos limita, por lo tanto, debemos despojarnos de él -ese es el punto de vista. Las interrogantes deben ser respondidas no sobre la base de los principios divinos que nos revelan lo que es el bien y lo que es el mal, sino sobre la base de lo que el individuo o la mayoría desea. Y puede suceder que la mayoría dentro de un sector de la sociedad esté en abierta oposición con otras personas de otros sectores.

El problema no comenzó con el existencialismo, sin embargo. Comenzó mucho tiempo antes -cuando Satanás encaró a la primera mujer en el huerto de Edén, haciéndole la pregunta diabólica: "¿Conque Dios os ha dicho?" y luego sugiriéndole que si ella y su esposo desobedecían a Dios serían "como Dios, sabiendo el bien y el mal". Como Dios es la expresión crucial, porque significa ser autónomo. Fue la tentación de sustituir a Dios en su soberanía, como ya Satanás lo había intentado hacer.

¿Tuvieron lugar los resultados prometidos por la serpiente? De ningún modo. Es cierto que el hombre y la mujer conocieron la diferencia entre el bien y el mal, aunque de una manera pervertida. Aprendieron haciendo el mal. Pero no obtuvieron la libertad que ansiaban. Por el contrario, quedaron esclavizados al pecado, del cual sólo el Señor Jesucristo en obediencia al Padre pudo liberarlos a ellos y a nosotros. La autonomía humana condujo a la crucifixión de Cristo. "Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y

⁷⁵ Sproul, *The Psychology Of Atheism*, P. 139.

contra su ungido diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas" (Sal. 2:2-3). Pero la verdadera libertad viene de la crucifixión con Cristo, como lo señala Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

Esta es la paradoja, por supuesto, como ha sido señalada por Agustín, por Lutero, por Edwards, por Pascal, y por tantos otros. Cuando los individuos se rebelan contra Dios, no obtienen su libertad. Quedan esclavizados, porque la rebelión es pecado, y el pecado es un tirano. Por otro lado, cuando los hombres y las mujeres se someten a Dios, convirtiéndose en sus esclavos, es entonces cuando son verdaderamente libres. Pueden lograr el máximo de su potencialidad y convertirse en algo especial, en los seres únicos que Dios quiso crear.

LAS BENDICIONES DE LA SOBERANÍA

Encontramos la verdadera libertad cuando estamos prontos a aceptar la realidad tal como se nos presenta (incluyendo la soberanía efectiva sobre toda su creación que le corresponde a Dios), y cuando le permitimos que nos convierta en lo que él desea. El tema de la soberanía de Dios, lejos de ser una ofensa para nosotros puede convertirse en una maravillosa doctrina de la que sacaremos muchas bendiciones.

¿Cuáles son estas bendiciones? Primero, el reconocimiento de la soberanía de Dios inevitablemente profundiza nuestra veneración del Dios vivo y verdadero. Sin este entendimiento y apreciación de estas verdades, muy difícilmente podremos conocer al Dios del Antiguo y el Nuevo Testamento. Porque, ¿qué clase de Dios es ese cuyo poder está constantemente coartado por los designios de la gente y de Satanás? ¿Qué clase de Dios es ese cuya soberanía debe ser cada vez más restringida, no vaya a suceder que nos imaginemos que está invadiendo la ciudadela de nuestro "libre albedrío"? ¿Quién es capaz de adorar a esa deidad tan truncada y frustrada? Pink nos dice que "un dios" cuya voluntad es resistida, cuyos designios son frustrados, cuyos propósitos son jaqueados, no tiene ningún derecho al título de Deidad, y en lugar de ser un objeto digno de nuestra adoración, sólo merece nuestro desprecio".⁷⁶ Por otro lado, un Dios que verdaderamente gobierna su universo es un Dios que gozosamente deberíamos buscar, adorar y obedecer.

Este es el Dios que vio Isaías: "vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is.

6:1-3). Este es el Dios de las Escrituras. Fue una visión de este Dios, no de ningún otro dios menor, que transformó el ministerio de Isaías.

Segundo, el conocimiento de Dios y toda su soberanía nos consuela en medio de las pruebas, la tentación y la tristeza. Tanto los cristianos como los no cristianos sufren tentaciones y pasan por la tristeza. La cuestión es: ¿Cómo afrontarlas? Sin duda, si las afrontamos sin saber a ciencia cierta si están o no controladas por Dios, y si Dios las permite para sus propósitos, entonces carecen de sentido y la vida es una tragedia. Esto es justamente lo que dicen muchos existencialistas. Pero si Dios todavía ejerce el control, entonces estas circunstancias son conocidas por él y él tiene sus propósitos.

Por supuesto, no conocemos todos los propósitos de Dios. Si los conociéramos seríamos como Dios. Sin embargo, podemos conocer algunos de sus propósitos porque Dios nos los ha revelado. Por ejemplo, el anciano apóstol Pedro escribe a unos que habían pasado por grandes tribulaciones, recordándoles que todavía no es el fin -Jesús volverá, pero que mientras tanto Dios los está fortaleciendo y purificándolos por medio de las pruebas. "En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1 P. 1:6-7). Similarmente, Pablo escribe a los de Tesalónica que habían perdido a sus seres amados, recordándoles que el Señor Jesucristo volverá y que reunirá a todos los que aún viven con sus seres queridos. Concluye diciendo: "alentaos los unos a otros con estas palabras" (1 Ts. 4:18).

Tercero, un entendimiento de la soberanía de Dios nos proporcionará ánimo y gozo en la evangelización. ¿Cómo es posible evangelizar sin dicha confianza? ¿Cómo puede alguien proponerse llevar un mensaje que resulta tan repugnante para el hombre o la mujer natural y tener todavía la esperanza de que él o ella lo acepten, si Dios no es capaz de tomar a los pecadores rebeldes y convertirlos, a pesar de sus propias inclinaciones, a la fe en Jesús? Si Dios no puede hacer esto, ¿cómo puede alguien en su sano juicio tener la esperanza de poder hacerlo él mismo? Debería abstraerse del problema o tener ridículamente demasiada confianza en sí mismo. Pero Dios es soberano en esta cuestión como en todas las demás -si Dios llama a quien él quiere y lo llama "efectivamente"-, y es por eso que podemos entonces ser audaces en la evangelización, sabiendo que Dios por su gracia puede usarlos como canales de su bendición. Es más, sabemos que nos usará. Porque es a través del testimonio humano que él se ha propuesto atraer a otros a él.

Por último, un conocimiento de la soberanía de Dios nos brindará un profundo sentido de seguridad. Si nos observamos a nosotros mismos, no encontramos seguridad. La lujuria de la

carne y de la vista, el orgullo de nuestra vida, son más fuertes que nosotros. Sin embargo, cuando observamos la fortaleza de nuestro Dios, podemos estar confiados. Pablo escribe:

¿Qué pues diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Ro. 8:31, 35, 37-39)

PARA DIOS ES POSIBLE

La Biblia está llena, de principio a fin, de afirmaciones de lo que Dios puede hacer y hará por su pueblo. A continuación hay siete versículos que, cuando los agrupamos, cubren casi todas las doctrinas fundamentales del cristianismo.

- 1 Hebreos 7:25 en cierto sentido engloba a todos los demás. Nos dice que Jesucristo "puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos". Mel Trotter, un evangelista de otra generación a quien Dios había rescatado de una vida de alcoholismo, decía que éste era su versículo favorito; haciendo un juego de palabras en inglés, hablaba de la posibilidad que Dios tiene para salvar a una persona "de las cloacas a las alturas" (from the guttermost to the uttermost). Esta es también nuestra historia. Abarca el pasado, el presente y el futuro.
- 2 En 2a Timoteo 1:12 Pablo escribe: "porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día". Es una metáfora financiera y este versículo literalmente significa que "Dios tiene el poder de conservar mis depósitos espirituales". Dios no nos defraudará.
- 3 Después tenemos a 2a Corintios 9:8 que dice: "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra". Algunos cristianos creen que la salvación de los hombres y las mujeres es algo sólo para el futuro, una filosofía de espejismos en el más allá. Esto no es así. La Biblia nos dice que la gracia de Dios nos puede ayudar en toda buena obra ahora. Es en esta vida que tenemos que abundar en su suficiencia.
- 4 También se nos dice que Dios nos puede ayudar en tiempos de tentación. La Biblia nos dice sobre Jesús: "en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:18). El mejor comentario sobre este versículo lo encontramos en las Escrituras; en otro lugar se nos dice que aunque la tentación es

la suerte que le corresponde a la condición humana, Dios no nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir, y que nos ha provisto de una salida incluso antes de que nos sobrevenga la tentación (1 Co. 10:13).

- 5 Efesios 3:20 nos dice que Dios nos puede ayudar a crecer espiritualmente. Está expresado como una bendición. "Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén".
- 6 Dios puede también salvar nuestros cuerpos. El Señor Jesucristo "transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21).
- 7 Para terminar, en otro versículo, que también es una bendición, Judas dice: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén" (Judas 24-25).

Tomados en conjunto, estos versículos nos declaran que Dios puede salvarnos en esta vida y en la eternidad, puede mantenernos fuera de caer en el pecado y en la tentación, puede conducirnos a lo mejor de la experiencia humana y puede colmarnos completamente. ¿Son verdaderas estas cosas? Sí... pero solamente por una razón. Son verdaderas porque son la determinación eterna e inmutable del Dios que es soberano.

CAPITULO 12: SANTO, SANTO, SANTO

"DESDE LA PERSPECTIVA DE LA REVELACIÓN LO PRIMERO QUE debemos afirmar sobre Dios es su soberanía. Y este primer punto está íntimamente ligado con un segundo punto -tan estrechamente ligado que cabría la posibilidad de preguntarse si no se debería comenzar por éste-: Dios es el Santo.⁷⁷

Estas palabras del notable teólogo suizo Emil Brunner reflejan la importancia asignada a la santidad de Dios. La Biblia misma confirma esta afirmación de Brunner ya que Dios, más que ninguna otra cosa, es llamado santo. Santo es el epíteto más vinculado con su nombre. Y también leemos que sólo Dios es santo. "¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo" (Ap. 15:4). Se nos dice que Dios es glorioso en su santidad. "¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad,

⁷⁷ Emil Brunner, *The Christian Doctrine Of God: Dogmatica*, Vol. 1, Trad. Olive Wyon (Philadelphia: Westminster, 1950), P. 157.

terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?" (Ex. 15:11). Los serafines delante de su trono celebran sin cesar su santidad. Isaías los escuchó cantar: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:3). El apóstol Juan escuchó a los serafines declarar: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8). El pueblo de Dios es instado a unirse en estas alabanzas. Leemos: "Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad" (Sal. 30:4).

Este énfasis hace que la iglesia cristiana ore diciendo las palabras del Padre Nuestro: "Santificado sea tu nombre" (Mt. 6:9).

SEPARADOS

Decir que el atributo de la santidad es importante no significa que lo podamos comprender. De todos los atributos de Dios, quizás este es el más malentendido.

Es un error conceptual pensar de la santidad divina en términos humanos. La santidad, o la rectitud, se conciben como algo que puede ser graduado, en más o en menos. Es decir, al mirar a nuestro alrededor vemos hombres y mujeres que están muy bajo en la escala: los criminales, los perversos, y otros. Si un puntaje perfecto en la escala de rectitud fuera cien, podríamos concluir que estas personas alcanzarían un puntaje entre los diez y quince. Por arriba de ellos encontraríamos las personas promedio de nuestra sociedad, que obtendrían un puntaje entre los treinta y los cuarenta puntos. Luego, tendríamos a las personas buenas, los jueces, los filántropos y otras personas humanitarias; podríamos pensar que ellos alcanzarían un puntaje entre los sesenta y los setenta -nunca cien, ya que ni siquiera ellos son tan buenos como podrían ser-. Y, por último, si llegáramos al total de cien puntos (o aun más, si fuera posible), tendríamos la bondad de Dios.

Muchas personas piensan algo similar a esto cuando consideran la santidad de Dios, si es que piensan en ella. Piensan que se trata sólo del bien común a todas las personas pero llevado a un grado de perfección. Pero de acuerdo con la Biblia la santidad de Dios no puede ser colocada en la misma categoría que la bondad humana.

Vemos la verdad de este concepto bíblico cuando estudiamos un pasaje como el de Romanos 10:3, "Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios". Este versículo distingue con mucha claridad la diferencia entre nuestra justicia y la justicia de Dios. Aun si fuésemos capaces de juntar toda la justicia que los seres humanos son capaces y hacer con ella una montaña enorme, no estaríamos todavía ni cerca de comenzar a alcanzar la justicia de Dios; la justicia de Dios está en otra categoría diferente.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de la santidad de Dios? Para contestar esta pregunta lo que tenemos que hacer es no comenzar con la ética. La ética está implícita, como veremos; pero, en su sentido más fundamental y más original, santo no es un concepto ético. Se trata más bien de algo que está relacionado con la propia naturaleza de Dios y que por lo tanto lo distingue de todo lo demás. Es algo que separa a Dios de su creación. Tiene que ver con su trascendencia.

El significado fundamental de la palabra santo está presente en las palabras santos y santificar, y son casi idénticas con este término. Holy (la palabra en inglés para santo) proviene de las lenguas germánicas. Santo proviene de las lenguas romances. En su raíz etimológica, ambas tienen el mismo sentido. En el sentido bíblico un santo no es una persona que ha alcanzado un determinado grado de bondad (como muchas personas creen), sino de alguien que ha sido "separado" por Dios. Los santos son los "llamados" que componen la iglesia de Dios. La misma idea está presente cuando, en Éxodo 40, la Biblia hace referencia a la santificación de los objetos. En ese capítulo, se le instruye a Moisés sobre la santificación del altar y la fuente que estaba en medio del tabernáculo. El capítulo no hace referencia a ningún cambio intrínseco en la naturaleza de las piedras; éstas no son convertidas en más justas. Simplemente, quiere decir que han sido puestas aparte para un uso especial. De manera similar, Jesús cuando ora, dice: "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Jn. 17:19). Este versículo no significa que Jesús se hizo más justo, porque ya era justo. Significa que se apartó a sí mismo para una tarea especial, la tarea de proveer la salvación para su pueblo por su muerte.

La santidad, entonces, es la característica de Dios que lo separa de su creación, lo coloca aparte. Encontramos por lo menos cuatro elementos en la santidad.

El primer elemento es la majestad. La majestad significa "dignidad", "poder supremo en autoridad", "señorío" o "grandeza". Es la característica propia de los monarcas, y por supuesto, también es el atributo supremo de Aquel que es el Monarca de todo. La majestad es el elemento predominante de las visiones de Dios en su gloria, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El elemento de majestad relaciona la idea de santidad con la idea de soberanía.

Un segundo elemento en el concepto de santidad es la voluntad, la voluntad de una personalidad. Sin este elemento, la santidad sería un concepto abstracto, impersonal y estático, en lugar de ser un concepto concreto, personal y activo. Más aún, si le preguntáramos a Dios cuál es su voluntad más expresa, la respuesta sería la de proclamarse como el "Plenamente Otro", cuya gloria no puede ser opacada por la arrogancia humana y su antojadiza rebelión. En este elemento de la voluntad, la santidad se aproxima al concepto del Dios "celoso", que el hombre moderno encuentra tan repulsivo.

"Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso" (Ex. 20:5). En sus justos términos, la idea de un Dios celoso es crucial para cualquier conocimiento verdadero de Dios. Como lo señala Brunner, es análoga a los celos inherentes en cualquier matrimonio. Una persona casada no debería dejar que un tercero se entrometiera en su relación personal. De manera similar, Dios rechaza cualquier atropello basándose en sus derechos como Señor de su creación. "La santidad de Dios no implica, por lo tanto, solamente una diferencia absoluta con respecto a su naturaleza, sino que es una autodiferenciación activa, la energía resoluta con que Dios afirma y sostiene el hecho de que él es Plenamente Otro, separado de todo lo demás. Lo absoluto de esta diferencia se convierte en lo absoluto de su santa voluntad, la cual es suprema y única".⁷⁸

Para expresarlo en términos más sencillos: la santidad de Dios significa que Dios no es indiferente a lo que los hombres y las mujeres piensen sobre él. Él no sigue su camino solitario, permaneciendo imperturbable frente al rechazo que sufre por las personas. Por el contrario, vuelca su voluntad y sus actos para que su gloria sea reconocida. Este reconocimiento puede darse ahora, en cada caso en particular, o puede hacerse realidad en cada uno en el día del juicio divino.

Un tercer elemento presente en la idea de santidad es el elemento de la ira. La ira forma parte sustancial de la santidad de Dios. Pero no debemos confundirla con una reacción humana y emocional frente a algo, una reacción que solemos identificar con enojo. No hay ninguna emoción humana que pueda ser equiparada a la ira de Dios. Se trata de la posición apropiada y necesaria que el Dios santo asume contra todo aquello que se le opone. Significa que Dios toma el hecho de ser Dios en serio, tan en serio que no permitirá que nada ni nadie aspire a ocupar su lugar. Cuando Satanás intentó usurpar su lugar, Satanás fue juzgado (y todavía será juzgado). Y los hombres y las mujeres también serán juzgados cuando se nieguen a ocupar el lugar que Dios les ha asignado.

El elemento final en la idea de santidad es uno que ya hemos mencionado: la justicia. La justicia está implícita en la santidad no porque sea la categoría más fácil para comprender la santidad, sino porque habiendo mencionado la voluntad de Dios, surge como corolario que la voluntad de Dios es justa, es la santidad expresada en un sentido ético. En otras palabras, cuando preguntamos: "¿Qué es lo que está bien? ¿Qué es lo moral?", contestaremos apelando a la voluntad y la naturaleza de Dios, y no apelando a algún estándar moral independiente, como si fuera posible que dicho estándar pudiera existir independiente de Dios. Lo justo es lo que Dios es y lo que él nos revela.

La naturaleza de Dios constituye el fundamento esencial para cualquier moral verdadera y perdurable. Como consecuencia, cuando Dios no es reconocido, la moralidad (no importa cuánto se hable de ella) entra en decadencia, como está sucediendo en la civilización

occidental contemporánea. Es el deseo de obedecer a Dios lo que en última instancia posibilita un comportamiento ético.

EL TABERNÁCULO

Tenemos una dramatización de la santidad de Dios en las leyes para la construcción del tabernáculo judío. En un primer nivel, el tabernáculo fue construido para enseñar la presencia de Dios, la verdad de que Dios está siempre presente en medio de su pueblo. Pero por otro lado, también enseñaba que Dios estaba separado de su pueblo, debido a su santidad y a los pecados de ellos, y por lo tanto, sólo era posible acercarse a él de la manera que él determinara.

No debemos suponer que el pueblo judío comprendía mejor que nosotros la santidad de Dios, porque no la comprendía. Era necesario que Dios les enseñara sobre ella. El objetivo del tabernáculo era señalar que el hombre o la mujer pecadora no podían "irrumperle" al Santo. Se entendía que Dios habitaba simbólicamente dentro de la cámara más interior del tabernáculo, conocida como "el lugar santísimo". La gente no podía entrar allí dentro. Un griego podía entrar en cualquiera de los templos de Grecia y rezar delante de una estatua de un dios o una diosa pagana. Un romano podía entrar en cualquiera de los templos de Roma. Pero un judío no podía entrar en el lugar santísimo. Solamente una persona tenía acceso a ese lugar y se trataba del sumo sacerdote de Israel; pero incluso él sólo podía entrar una vez al año y después de haber hecho sacrificios por él y por el pueblo que estaba reunido en el atrio. El lugar santísimo (la recámara más interna del tabernáculo) estaba separado del lugar santo (la cámara exterior del tabernáculo) por un grueso velo.

Pero eso no era todo. Del mismo modo que el velo separaba el lugar santísimo del lugar santo; es decir, dividiendo estas dos cámaras dentro del tabernáculo, también había otro velo grueso que separaba el lugar santo del atrio exterior. Y después había todavía un tercer velo que franqueaba la entrada al atrio, separando el tabernáculo del resto del campamento israelita.

El significado de la palabra velo es "separar" y (posteriormente) "ocultar". El significado de los velos, entonces, era que si bien Dios había elegido habitar con su pueblo, de todos modos debía permanecer separado de ellos u oculto de su vista, por causa de su santidad y del pecado de ellos. La comunión con Dios sólo se podía dar en el lugar santísimo. Pero para poder ingresar había que abrir tres cortinas, cada una de las cuales servía para hacer más claro el sentido del enorme abismo que existe entre Dios y la humanidad: primero, la cortina entre el campamento y el atrio; segundo, la cubierta a la entrada del lugar santo; y tercero, la cortina que separaba el lugar santo del lugar santísimo. Del mismo modo, para poder ingresar al lugar santísimo, el sumo sacerdote tenía que hacer un sacrificio en el altar de bronce en el

atrio, y lavarse en la fuente que estaba en el atrio, luego debía pasar al lugar santo, a la luz del candelero de oro con los siete brazos, y a través del incienso que estaba siempre ardiendo sobre el altar en ese lugar.

¿Qué le sucedería al hombre o a la mujer que hiciera caso omiso de estas barreras? La respuesta es que sería inmediatamente consumido o consumida, como les sucedió a algunos que lo intentaron. La ira de Dios abrazaría el pecado que intentaba invadir o comprometer la santidad de Dios. En la medida que reconozcamos su santidad comenzaremos a comprender algo de la pecaminosidad humana y de la necesidad de la muerte expiatoria de Cristo en la cruz.

ATRACCIÓN Y TEMOR

La santidad de Dios es otro atributo que vuelve a Dios indeseable y hasta amenazador. Ya hemos señalado que a los hombres y a las mujeres no les gusta la soberanía de Dios porque amenaza su propio deseo de soberanía. Un Dios soberano no es un Dios deseable. Esta reacción negativa es aun más evidente con respecto a la santidad de Dios.

Nos será de mucha ayuda el análisis detallado de la idea de la santidad que realizó el teólogo alemán Rudolf Otto. Otto escribió un libro, llamado *Das Heilige* en alemán, y *The Idea of the Holy* en inglés, donde busca comprender la naturaleza específica, no racional o superracional, de la experiencia religiosa, desde una perspectiva fenomenológica. Al elemento supranacional Otto lo denomina lo "santo" o lo "tremendo". Hay mucha diferencia entre lo santo y lo tremendo (como conceptos abstractos) de las religiones no cristianas y el Santo (como un ser personal) de la religión judía o cristiana. Pero hasta cierto punto, este análisis puede resultar útil, porque servirá para mostrar cómo los hombres y las mujeres consideran al Dios verdadero como algo amenazante.

En su análisis, Otto distingue tres elementos en el Santo. El primer elemento es su carácter de tremendo, queriendo significar "eso que profundamente nos maravilla". La palabra tremendo la usamos para referirnos a algo que es "extraordinariamente malo" o "terrible", pero aquí la idea es algo distinta. Lo tremendo en el Santo es aquello que tanto maravilla que produce temor y temblor en el adorador. El segundo elemento es su carácter de avasallante. Un poder supremo y majestuoso engendra un sentimiento de impotencia e insignificancia en el adorador. El elemento final es la energía, que Otto usa para referirse al elemento dinámico presente en el encuentro.

El punto clave es que la experiencia de enfrentarse con el Santo es muy amenazante. Los adoradores son atraídos por el Santo, pero al mismo tiempo son aterrorizados por él. La energía avasallante y maravillosa del Santo amenaza con destruir al adorador.

Debemos notar que también encontramos este mismo fenómeno en la Biblia; aunque la Biblia luego lo explica, algo que los no cristianos no hacen. El relato de Job nos puede servir de ejemplo. Job había sufrido la pérdida de sus propiedades, su familia y su salud. Cuando sus amigos se le acercaron para convencerlo que su pérdida debía ser consecuencia de algún pecado, conocido u oculto, Job firmemente se defendió de sus acusaciones. Y lo hizo correctamente, porque Job estaba sufriendo a pesar de ser un hombre recto. "¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" (Job 1:8). Es obvio, que si alguien había que se podría haber parado frente a la santidad de Dios, esa persona era Job. Sin embargo, hacia el final del libro, cuando Dios se le acerca con una serie de preguntas y afirmaciones para enseñar algo sobre su verdadera majestuosidad frente a su siervo Job, que tanto había sufrido, Job queda casi sin palabras y en un estado de pequenez. Le contestó a Dios: "He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?... Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 40:4; 42:6).

Vemos este mismo fenómeno en Isaías que tuvo una visión del Señor "sentado sobre un trono alto y sublime". Escuchó las alabanzas de los serafines; pero el efecto sobre Isaías en lugar de ser un sentimiento de orgullo y satisfacción, por haber sido elegido para tener esta visión, fue en realidad devastador. Isaías contestó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos" (Is. 6:5). Isaías se contempló a sí mismo destruido y muerto. Sólo cuando un carbón encendido del altar tocó sus labios pudo volver a ponerse en pie y contestar afirmativamente el llamado de Dios para su servicio.

Habacuc también tuvo una visión de Dios. Estaba abatido por la impiedad que había en el mundo que lo rodeaba y se preguntaba cómo los impíos podían triunfar sobre aquellos que eran más justos. El profeta luego entró en su atalaya y esperó la respuesta de Dios. Cuando Dios le contestó, Habacuc fue invadido de temor, "Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí" (Hab. 3:16). Habacuc era un profeta. A pesar de ello, una confrontación con Dios fue estremecedora.

De manera similar, aunque la gloria de Dios estaba velada en la persona de Jesucristo, de vez en cuando los que fueron sus discípulos pudieron percibir quién era, aunque sólo lo pudieron atisbar, y su reacción fue similar a éstas. Así, cuando Pedro reconoció la gloria de Dios luego de la pesca milagrosa en Galilea, le dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Le. 5:8).

Cuando el apóstol Juan recibió la revelación de la gloria de Cristo, al ver al Señor parado en medio de los siete candeleros de oro cayó "como muerto a sus pies" y se levantó sólo después

que el Señor lo había tocado y le había encomendado que escribiera el libro del Apocalipsis. Juan sólo se pudo parar frente al Señor después de haber experimentado algo similar a una resurrección.

Esto es lo que significa estar cara a cara con el Santo. No se trata de una experiencia placentera. Es excesivamente amenazante, porque el Santo no puede coexistir en el mismo espacio que lo impuro. Dios tiene que destruir lo impuro, lo que no es santo, y expurgar el pecado. Además, si esto es cierto en el caso de las mejores personas, como lo fueron aquellas que Dios escogió para ser sus profetas y a quien llamó "justos", ¿no será todavía más cierto con respecto a los que son antagónicos a Dios? Para ellos la experiencia es avasallante. Como reacción, se resisten, intentan tratarlo con liviandad o huyen de Dios. Tozer ha escrito: "El choque moral que hemos sufrido al romper con la voluntad celestial nos ha dejado con un trauma permanente que afecta todos los rincones de nuestra naturaleza".⁷⁹ Es cierto. Como consecuencia, los hombres y las mujeres no se acercan a Dios, y lo que debería ser su mayor gozo les resulta aborrecible.

UN PUEBLO SANTO

¿Qué tenemos que hacer, entonces, nosotros que somos pecadores pero que nos confrontamos con el santo Dios? ¿Seguiremos nuestro camino? ¿Haremos todo lo posible? ¿Le daremos nuestras espaldas al Santo? Si no fuera porque Dios ha elegido que hagamos algo con respecto a nuestra condición, eso sería todo lo que podríamos hacer. Pero la gloria del cristianismo radica en el mensaje de que el Dios santo ha hecho algo. Ha realizado lo que era necesario hacer. Nos ha abierto un camino a su presencia mediante el Señor Jesucristo; y al emprenderlo, lo impuro se convierte en santo y puede habitar con él.

Al llegar a este punto podemos volver a la ilustración del tabernáculo en el desierto. El tabernáculo intentaba mostrar el abismo que existía entre Dios y su santidad y los seres humanos y su pecado. Pero también servía para ilustrar cómo ese abismo podía ser superado. En los tiempos del Antiguo Testamento esa superación era simbólica. En el sacrificio de los animales el pecado del pueblo simbólicamente se transfería a la víctima inocente, que moría en lugar del adorador. Por eso era que el sumo sacerdote debía realizar primero un sacrificio por sí mismo, y luego otro por el pueblo antes de ingresar al lugar santísimo el Día de la Expiación. Pero si bien el simbolismo era vivido e importante, no era la muerte de los animales, no importa cuántos, que expurgaba el pecado. La única y verdadera expiación sería provista por el Señor Jesucristo quien, cual Cordero de Dios perfecto, murió en el lugar de los pecadores. Además, no eran solamente los sacrificios lo que prefiguraba su obra. Cada parte del tabernáculo, el altar, la fuente, el candelero, el incienso, el pan de la proposición, y todo lo

demás dentro del lugar santo estaba prefigurando algo. Para decirlo en otros términos, por medio de él nuestros pecados son lavados; él es la luz del mundo; él es el pan de vida; él es el centro de nuestra adoración mediante la oración, y él es nuestro sacrificio; un sacrificio suficiente, único y para siempre.

Y Cristo es verdaderamente suficiente. Cuando cargó con nuestro pecado tomando nuestro lugar y fue, por lo tanto, judicialmente separado de la presencia del Padre -ten ese preciso instante Dios mismo rasgó el velo del templo en dos, de arriba a abajo, señalándonos así que el camino a su presencia, al lugar santísimo, ahora estaba abierto a todos aquellos que vienen a él mediante la fe en Cristo, como él lo reclama-. A los que vienen, Dios les imparte una medida de su propia santidad en dos sentidos. Nunca podremos ser santos en el sentido del "Plenamente Otro" como él es; pero en un principio somos separados para él por medio de Cristo para ser sus santos, y luego para ser hechos justos en la práctica, y cada vez más en la medida que su naturaleza gradualmente transforma nuestros seres.

Son muchas las consecuencias para los que vienen al conocimiento del Santo. Primero, aprenderán a odiar al pecado. No odiamos el pecado naturalmente. Por el contrario, sucede todo lo opuesto. Por lo general, amamos al pecado y somos renuentes a abandonarlo. Pero debemos aprender a odiar al pecado; de lo contrario, aprenderemos a odiar a Dios quien reclama de los seguidores de Cristo una vida en santidad. Vemos que existía mucha tensión durante la vida del Señor Jesucristo. Algunos, viendo su santidad, llegaron a odiar al pecado y se convirtieron en sus seguidores. Otros, viéndolo, le odiaron y finalmente lo crucificaron.

Segundo, los que han alcanzado el conocimiento del Santo mediante la fe en el Señor Jesucristo aprenderán a amar su justicia y lucharán por ella. Estas personas suelen necesitar ser animadas. El apóstol Pedro escribió en su día: sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 P. 1:15-16). No dice "Sed santos como yo soy santo". Ninguno de nosotros seríamos capaces de eso. No podemos ser santos en el mismo sentido que Dios es santo. Pero podemos ser santos en un caminar justo y recto delante de él.

Tercero, debemos aguardar el día en que la santidad de Dios pueda ser conocida en su plenitud por todos los hombres y las mujeres, y regocijarnos con anticipación a ese día. Si no hubiésemos venido a Dios mediante la fe en Cristo, ese día sería terrible. Significaría que nuestros pecados serían expuestos y juzgados. Habiendo venido a él, significa que nuestra salvación será completa porque seremos hechos como Jesús. Seremos como él es, en santidad y en todo otro sentido, "seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2).

CAPITULO 13: EL DIOS QUE CONOCE

LA CARACTERÍSTICA EXCLUSIVA DEL CONOCIMIENTO DE DIOS ES su totalidad o su perfección: su omnisciencia para utilizar el término teológico correspondiente. La omnisciencia divina alcanza no sólo el conocimiento que Dios tiene de nosotros, sino también el conocimiento que él posee sobre la naturaleza, el pasado, el presente y el futuro. Abarca todo lo imaginable, y todavía más. Es un conocimiento que Dios siempre ha tenido y que siempre tendrá. No hay necesidad de que él aprenda nada. En realidad, si queremos comprender el conocimiento de Dios con exactitud, es necesario afirmar que Dios nunca ha aprendido y no puede aprender, porque él ya sabe todo y siempre ha conocido todo de antemano.

Apreciamos la omnisciencia de Dios cuando Isaías interroga a la nación rebelde: "¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia? (Is. 40:13-14). La respuesta, obviamente, es nadie. Dios está infinitamente por encima de su creación en todo conocimiento y entendimiento. De manera similar, Dios mismo le habla a Job desde un torbellino: "¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? (Job 38:2-7). Nuevamente, la respuesta es que frente al conocimiento divino, que es perfecto, el conocimiento humano es prácticamente nulo.

El conocimiento de Dios se extiende hasta el conocimiento más íntimo de la persona. "Porque Yo conozco sus obras y sus pensamientos", le dijo Dios a Isaías refiriéndose al pueblo judío (Is. 66:18). David expresó: "Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú ya sabes toda" (Sal. 139:1-4). Y el autor de la epístola a los Hebreos escribe: "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (He. 4:13).

Es imposible sobre afirmar las características del conocimiento de Dios. Como Thomas Watson observó hace varios años, el conocimiento de Dios es primario, porque él es la matriz y la fuente de todo conocimiento, de la que todos los demás conocimientos meramente toman prestado; su conocimiento es puro, porque no está contaminado por el objeto ni por el

pecado; su conocimiento es fácil y accesible, porque no tiene ninguna dificultad; es infalible; es instantáneo; es absolutamente retentivo. Dios es perfecto en su conocimiento.

LA AMENAZA DE LA OMNISCENCIA

Podríamos pensar que la omnisciencia divina sería reconfortante para nuestro estado natural; el creer en la existencia de un conocimiento perfecto (aunque fuera de nuestro alcance) haría del mundo un lugar menos amenazante. Pero la realidad apunta a que lo contrario es lo cierto. Reconocer que existe un Dios que conoce todo sobre todo es también reconocer que ese Dios nos conoce a nosotros. Y como hay algunas cosas sobre nosotros que no deseamos que sean conocidas, las ocultamos -de los demás, e incluso de nosotros mismos-. Un Dios que nos conoce en lo más profundo de nuestro ser nos trastorna.

Arthur W. Pink señala que el pensar sobre la omnisciencia divina "nos llena de desasosiego". A. W. Tozer observa que "En la omnisciencia divina vemos cómo se confrontan el terror y la fascinación por la Divinidad. Que Dios conozca hasta lo más recóndito de una persona puede ser causa de temor en un hombre que tiene algo que ocultar -algún pecado renegado, algún crimen secreto contra el hombre o contra Dios-".⁸⁰ Pero Tozer no está hablando sólo sobre alguna persona u otra. Su descripción se extiende a toda la raza, y por lo tanto, también a nosotros. Todos nos hemos rebelado contra Dios y tememos ser expuestos⁸¹.

En años recientes, nadie ha documentado nuestro temor más cuidadosamente que R. C. Sproul en su *The Psychology of Atheism*. Sproul le dedica un capítulo al tema de "Dios y la desnudez" y analiza el temor que el individuo moderno siente a ser expuesto, primero ante los demás y luego también ante Dios. El primer objeto de su análisis lo constituye la obra de Jean Paul Sartre. Sartre ha hablado sobre el temor de ser cuando se está bajo la mirada de otro. Nosotros podemos mirar fijamente a otro, despreocupadamente. Pero, basta darnos cuenta que alguien nos está mirando fijamente para que nos sintamos avergonzados, confusos y temerosos, y que nuestro comportamiento se altere. Odiamos esa experiencia y hacemos todo lo posible por evitarla. Si no podemos evitarla, la experiencia se toma intolerable.

En la que es posiblemente la obra más conocida de Sartre, *Sin salida*, cuatro personajes están encerrados en una pieza y no tienen nada para hacer excepto hablar y mirarse los unos a los otros. Es un símbolo del infierno. En las líneas finales de esta obra dramática esto resulta muy claro cuando Garcin se para frente a un busto de bronce y lo toca. Dice:

⁸⁰ Pink, *The Attributes Of God*, P. 13.

⁸¹ Tozer, *The Knowledge Of The Holy*, P. 63.

Sí, ahora es el momento. Estoy mirando este objeto sobre la repisa, y ahora comprendo que estoy en el infierno. Os digo, todo ya ha sido pensado de antemano. Ellos sabían que me pararía frente a esto de bronce, con todos esos ojos fijos en mí. Devorándome. (Gira en redondo repentinamente.) ¿Cómo es esto? ¿Solamente vosotros dos? Creí que erais más; muchos más. (Se ríe.) Entonces esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído. Recordáis todo lo que se nos dijo sobre las cámaras de tortura, el fuego y el azufre, la "marga ardiendo". ¡Son sólo cuentos! No hay ninguna necesidad de atizadores al rojo vivo. El infierno -¡son los otros!⁸²

Las direcciones escénicas finales dicen que los personajes se dejan caer en sus respectivos sillones, la risa se apaga y "se miran fijamente" entre sí.

En la filosofía de Sartre este temor a estar bajo la mirada de otro es razón suficiente para eliminar a Dios; bajo la mirada de Dios somos reducidos a objetos y nuestra humanidad es destruida. El punto que más interesa aquí, sin embargo, es el temor a la exposición. ¿De dónde puede provenir si no es de una culpa real y merecida que surge de nuestra rebelión contra el único soberano y santo Dios del universo?

Sproul analiza a continuación el libro *Body Language* de Julius Fast. Este libro es un estudio sobre cómo los seres humanos se comunican de manera no verbal al asumir distintas posiciones corporales, distintos gestos, movimientos con la cabeza, con las cejas, y otros. Fast señala que es posible mirar fijamente un objeto por un largo período. Una persona puede mirar fijamente un animal. Sin embargo, mirar fijamente a otra persona no es un comportamiento aceptable porque, si la mirada no se desvía y se mantiene por un lapso prolongado, puede provocar hostilidad o vergüenza, o ambas. El hecho de que tengamos puertas, celosías, vestimenta y cortinas en las duchas refleja nuestro deseo y necesidad de privacidad.

En tercer lugar, Sproul estudia el libro *The Naked Ape* (cuya traducción al español sería "El mono desnudo") de Desmond Morris, otra obra muy popular. El "mono desnudo", por supuesto, es el ser humano. El título del libro como así también su contenido resaltan la singularidad de los humanos en su desnudez. Somos animales desnudos, no tenemos cabello que nos cubra, pero nuestra desnudez nos avergüenza y buscamos ocultarnos de la mirada de otras personas.

En cuarto lugar, Sproul menciona al filósofo y escritor danés Soren Kierkegaard, señalando como este filósofo "es extremadamente crítico de la persona que vive solo en el plano 'estético' de la vida, o como un 'espectador', operando ocultamente detrás de una máscara", mientras que él mismo "se preservó una isla para ocultarse él y todos los demás hombres". Él

sabía que "la soledad brinda un lugar para ocultarse, lo cual es necesario para el sujeto humano".⁸³

Lo que surge de estas expresiones modernas es una extraña ambivalencia. Por un lado, los hombres y las mujeres desean ser conocidos. Una evidencia moderna de esto es la popularidad de las sesiones de terapia, la psiquiatría, las charlas televisivas y las películas de sexo explícito. Pero en un sentido más profundo, los hombres y las mujeres temen dicha exposición, porque se avergüenzan de lo que hay para ver -por otras personas y por Dios. Con los demás, siempre hay manera de ponerse a cubierto. Nos vestimos, por ejemplo. En un nivel psicológico, cuidadosamente medimos nuestras palabras para que solamente se conozcan aquellas cosas que nosotros queremos que se sepan sobre nosotros. En ocasiones desplegamos un frente que es totalmente falso. ¿Pero qué haremos con respecto a Dios, frente a quien "todos los corazones son abiertos, y todos los deseos son conocidos"? No hay nada que pueda hacerse. Y como consecuencia de esta toma de conciencia del conocimiento de Dios, como también de su soberanía y su santidad, se produce la ansiedad y el espanto en los hombres y las mujeres caídos.

CUBIERTOS CON UN MANTO DE JUSTICIA

El miedo al conocimiento de Dios no es una experiencia normal para los cristianos. Pero antes de considerar qué es lo que el conocimiento de Dios significa para ellos, debemos determinar por qué ha dejado de ser un motivo de temor. La experiencia de Adán y Eva puede resultar ilustrativa. Adán y Eva habían pecado, y cuando pecaron se percataron que estaban desnudos. Ellos ya estaban desnudos en un sentido estrictamente físico. Pero como no habían pecado "no se avergonzaban" (Gn. 2:25). Después que se convirtieron en pecadores, su desnudez fue algo más que solo física. Fue una desnudez psicológica ligada a su culpa moral. Eran culpables, frente a ellos y frente a Dios.

¿Qué fue lo que había ocurrido? Dios se "paseaba en el huerto" y los iba a enfrentar en su desnudez. Él iba a traer a la luz su pecado, porque el pecado no puede ocultarse en su presencia. Pero luego él hizo algo asombroso. Los vistió, los cubrió con las pieles de unos animales que él mismo había sacrificado.

Este es el mensaje del cristianismo: que podemos ser conocidos, pero al mismo tiempo cubiertos o vestidos. Pero el ser vestido no se logró completamente con la piel de los animales. El vestir a Adán y Eva era sólo un símbolo, una parábola actuada, de lo que había de suceder cuando Dios enviara a Jesucristo a morir por nuestro pecado para poder levantar nuestra culpa. Sobre la base de este sacrificio expiatorio perfecto, Dios entonces cubriría a

⁸³ Sproul, *The Psychology Of Atheism*, Pp. 114-16. El análisis completo sobre la desnudez en la cultura moderna se encuentra en las páginas 107-18.

todos los que creen en Cristo con la propia justicia del Señor. La obra de Cristo hace que ahora Dios no nos mire como pecadores, sino como transformados en justos por Cristo. Ahora podemos pararnos frente a él, en lugar de ocultarnos -no porque Dios se haya vuelto ignorante de nuestro pecado, o porque éste haya cesado de molestarle, sino porque lo ha conocido y lo ha tratado perfectamente-. Ahora podemos exclamar con Isaías: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas" (Is. 61:10).

MOTIVOS PARA EL GOZO

La omnisciencia es causa de incomodidad y aun de espanto para aquellos cuyo pecado no ha sido cubierto con la justicia de Cristo. Pero para los cristianos hay tres razones que hacen que esta omnisciencia sea de gran bendición y motivo de gozo.

En primer lugar, como Dios conoce todo sobre nosotros, conoce lo peor sobre nosotros pero aun así nos ama y nos ha salvado. En las relaciones humanas muchas veces tenemos miedo de que algo sobre nosotros pueda salir a relucir y quiebre nuestra relación. Si así no fuera, ¿por qué es que siempre tratamos de presentarnos de la mejor manera frente a los demás? Pero Dios ya conoce lo peor sobre nosotros y, sin embargo, continúa mostrándonos su amor. Él "conoce nuestra condición" y "se acuerda de que somos polvo" (Sal. 103:14). No debemos temer que surja algo de nosotros que sorprenda a Dios, que algo oculto salga a la luz y se descubra nuestro pasado vergonzoso, o que un informante hable en nuestra contra trayéndonos vergüenza. No puede suceder nada que Dios ya no lo sepa.

Un escritor relaciona este sentimiento de seguridad con el ministerio del Espíritu Santo dentro de nosotros.

Sirve de gran consolación saber que el Espíritu Santo no mora en nosotros como un espía para descubrir nuestras flaquezas e informar a Dios sobre ellas para que seamos condenados. El Espíritu Santo sabe que Cristo ya ha sido condenado en nuestro lugar, y nos acompaña como un tenedor de libros o como el cajero de Dios, para siempre recordarnos de nuestro saldo, y para darnos los frutos de nuestra herencia para que podamos vivir en el triunfo que ha sido adquirido para nosotros.⁸⁴

En segundo lugar, Dios no sólo conoce lo peor sobre nosotros, sino que también conoce lo mejor sobre nosotros, aunque lo mejor sobre nosotros pueda pasar desapercibido para los demás. Hay momentos en nuestras vidas cuando nos desempeñamos muy bien en



determinada área, y sin embargo pasamos desapercibidos. Otras veces hacemos lo mejor que podemos y fracasamos. Y lo que hemos realizado es malentendido. Las cosas a veces no resultan como había sido nuestra intención. La gente dice -y aun nuestros amigos, "¿Cómo pudo fulano hacer tal cosa? Yo tenía mejor opinión de él". Ellos no conocen la situación, y tampoco conocen nuestros corazones. Son críticos, y nada de lo que hagamos y digamos les hará cambiar de parecer. ¿Y, entonces, qué haremos? Es consolador saber que Dios, que conoce todas las cosas, también nos conoce a nosotros y sabe que hicimos lo mejor que fuimos capaces. Y él no nos juzga. Él no nos condena.

Un padre le está enseñando a caminar a su hija de un año. Ella lo intenta pero se cae. Él la vuelve a poner sobre sus pies y ella vuelve a caerse. Entonces él se enoja, grita, y le dice: "Tú eres una tonta. Yo soy un buen maestro, pero tú no aprendes nada". Cuando ella se cae por tercera vez, él le pega. Evidentemente, tendríamos un pobre concepto de dicho padre. Por otro lado, tendríamos un elevado concepto del padre que dice: "No te preocupes. Sólo te caíste, pero un día vas a caminar. Yo sé que estás haciendo lo mejor". Nuestro Dios se parece al segundo padre. Él conoce nuestras debilidades y nuestro pecado, pero también sabe cuando lo intentamos, y es paciente.

En tercer lugar, Dios sabe lo que va a hacer de nosotros. Es decir, sabe con qué propósito hemos sido formados y ciertamente lo cumplirá a su debido tiempo. Este propósito está expresado explícitamente en Romanos 8:29. La mayoría de los cristianos conocen de memoria el versículo anterior, Romanos 8:28. Es una promesa muy reconfortante: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". Pero es una pena que muy pocos han memorizado el versículo siguiente donde se nos dice cuál es el propósito mencionado en el versículo 28. "Porque a los que antes conoció también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos". Dios se ha propuesto que seamos como Jesucristo. Este es el propósito de la redención, y en este contexto fue escrito Romanos 8:28. La redención comienza con el pre conocimiento selectivo de Dios de su propio pueblo, el cual ha sido predestinado para ser conforme a la imagen de Cristo -él ha seleccionado el material y la matriz-. La redención luego incluye el llamado de estos elegidos a la salvación, su justificación por la obra de Cristo y su glorificación, el resultado final y acabado de los propósitos de Dios.

En el transcurso de la vida cristiana muchas veces nos desanimamos, y muchas veces con razón. Damos un paso adelante, y luego medio paso para atrás. Una vez tenemos éxito, y luego fracasamos dos veces. Vencemos a la tentación, pero también caemos en la tentación, vez tras vez. Decimos: "No estoy haciendo ningún progreso. Estoy peor este año que el anterior. Dios debe estar desilusionado conmigo". Pero Dios no está desanimado con nosotros. Ese es el punto. Dios sabe todo. Es así que, aunque conoce nuestras derrotas y

nuestras victorias, aunque éstas sean pocas, él sabe mucho más que sólo eso. Él sabe que un día por su gracia seremos hechos conformes a la imagen de Jesucristo. Podemos tener la plena certeza. Debemos tomar confianza en esta promesa, no importa cuántas veces nos desanimemos. Nuestro destino final es enorme; a la luz de tal destino todos los logros tan aplaudidos de nuestra época y nuestros logros personales se opacan y se tornan virtualmente insignificantes.

La omnisciencia de Dios también afecta otras áreas de nuestra vida. Primero, si Dios es el Dios de todo el conocimiento, deberíamos comprender la importancia que tiene el conocimiento. Hemos sido hechos a imagen de Dios. Una de las cosas que esto significa es que podemos aprender a pensar los pensamientos de Dios y compartir su conocimiento. Podemos poseer el verdadero conocimiento en este mismo sentido, si bien no al mismo nivel con que Dios posee el conocimiento. Estudiar y aprender son dos actividades valederas.

Segundo, la hipocresía es necesidad. Podemos intentar engañar a las demás personas sobre lo que somos en realidad, y hasta cierto punto lograrlo. Pero no podemos engañar a Dios. Por lo tanto, si podemos pararnos frente a él con todo nuestro pecado expuesto pero cubiertos por la justicia de Cristo, entonces podemos pararnos frente a cualquiera sin sentirnos atemorizados de que puedan llegar a conocernos tal como somos. Podemos ser osados para hacer lo que nos parece correcto, sin importarnos que esto sea malentendido o ridiculizado. Podemos ser hombres y mujeres de palabra. Podemos dejar que nuestro Sí sea Sí y que nuestro No sea No, porque Dios nos conoce. No tenemos por qué pretender que somos lo que no somos.

Por último, podemos ser animados cuando sobrevengan las dificultades. Job pasó por muchas dificultades, pero todavía pudo decir: "Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro" (Job 23:10). Podemos descansar tranquilos, sabiendo que Dios conoce todo. Podemos orar, porque tenemos la seguridad que ninguna oración, ningún grito de ayuda, ni siquiera un suspiro o una lágrima, pasarán desapercibidos por aquel que ve hasta lo más profundo de nuestros corazones. A veces hasta ni oraremos. Pero "antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído" (Is. 65:24). El único requisito es que retiremos y bajemos estas verdades del estante de la teología y las pongamos en práctica en nuestra vida cotidiana.

CAPITULO 14: EL DIOS QUE NO CAMBIA

LA INMUTABILIDAD DIVINA ESTA RELACIONADA CON SU ETERNIDAD (que someramente tratamos en el Capítulo nueve) pero no son idénticas. La eternidad de Dios significa que Dios siempre ha existido y que siempre existirá; no hubo nada antes que él, y no

habrá nada después. La inmutabilidad de Dios (el hecho de que Dios no cambia) significa que Dios es siempre el mismo en su ser eterno.

Fácilmente podemos comprender esto. Y sin embargo, esta característica separa al Creador de su criatura más superior. Dios es inmutable a diferencia de todo el resto de su creación. Todo lo que conocemos es cambiante. El mundo material cambia, y no solamente en un sentido circular, como los griegos lo creían -de manera que todas las cosas eventualmente se transformaban y volvían a su estado original- sino más bien en un sentido de agotamiento, como lo indica la ciencia. Por ejemplo, si bien este deterioro se extiende por un período muy extenso en el tiempo y es difícil de apreciar, el sol constantemente está disipando su energía y acabará por enfriarse. La tierra también se deteriora. Sustancias muy complejas y activas como los elementos radioactivos se transforman en otras menos activas. Los recursos diversos y abundantes de la tierra son escasos. Las especies pueden extinguirse y algunas ya se han extinguido. En un nivel individual, los hombres y las mujeres, nacen, crecen, maduran y, finalmente, mueren. Nada de lo que nosotros conocemos perdura para siempre.

Si nos referimos al hombre la mutabilidad se debe al hecho de que somos criaturas caídas y separadas de Dios. La Biblia habla de los impíos siendo "como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto" (Is. 57:20). Judas se refiere a ellos como "nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos", como "estrellas errantes" sin una órbita (Jud. 12-13). Pero la dimensión moral de la inestabilidad de los humanos resulta muy clara en la reacción de las masas hacia el Señor Jesucristo. Una semana estaban gritando: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" y a la semana siguiente estaban gritando: "¡Fuera con éste! ¡Crucifícale!"

No podemos confiar en la naturaleza humana, pero sí podemos confiar en Dios. Él es inmutable. Su naturaleza es siempre la misma. Su voluntad es incambiable. Sus propósitos son seguros. Dios es el punto fijo en un universo agitado y en proceso de deterioro. Santiago, después de haber hablado sobre los errores y los pecados humanos, agrega que "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). Esta misma perspectiva es compartida por el profeta Malaquías, quien en uno de los últimos versículos del Antiguo Testamento afirma: "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos" (Mal 3:6).

NO CAMBIA

Cada uno de los versículos recién mencionados nos hablan de la inmutabilidad de Dios en su ser esencial. Es decir, siendo perfecto, él nunca es distinto a sí mismo. Para que un ser moral cambiara, sería necesario que cambiara en una de dos direcciones. Cambiar de algo malo en

algo mejor, o cambiar de algo bueno en algo peor. Debería ser obvio que Dios no puede moverse en ninguna de estas direcciones. Dios no puede transformarse en algo mejor, ya que esto implicaría que antes era imperfecto. Si hablamos de su justicia, a modo de ejemplo, significaría que antes era menos justo, y por lo tanto pecaminoso. Si hablamos de su conocimiento, implicaría que antes no conocía todo y por lo tanto era ignorante. Por otro lado, Dios no puede transformarse en algo peor. En dicho caso se transformaría en algo menor a lo que ahora es, se convertiría en algo pecaminoso o imperfecto.

La inmutabilidad de Dios como se nos presenta en las Escrituras, sin embargo, no es lo mismo que la inmutabilidad de "dios" mencionada por los filósofos griegos. En el pensamiento griego, la inmutabilidad significaba no sólo la no posibilidad de cambio sino la imposibilidad de verse afectado de cualquier modo por cualquier cosa. El término griego para referirse a esta característica primaria de "dios" era *apatheia*, de donde proviene la palabra "apatía". Apatía significa indiferencia, pero el término griego engloba aún más que esa idea. Implica la imposibilidad de experimentar cualquier emoción. Los griegos creían que un "dios" poseía esta característica porque de lo contrario estaría sujeto a un poder sobre él, podría ser impulsado al enojo, al gozo, o a la congoja. Dejaría de ser absoluto y soberano. Es así que el "dios" de los filósofos (aunque no de las mitologías más populares) era un dios solitario, aislado y sin compasión.

Como filosofía todo esto está muy bien, por supuesto. Es muy lógico. Pero no es lo que Dios revela sobre sí mismo en las Escrituras, y por lo tanto, debemos rechazarlo no importa lo lógico que parezca ser. El punto de vista bíblico nos dice que Dios es inmutable, pero que sin embargo es afectado por la obediencia, el destino o el pecado de sus criaturas.

Brunner escribe: Si es cierto que existe la Misericordia de Dios y la Ira de Dios, entonces Dios, también, es "afectado" por lo que le acontece a sus criaturas. No es como esas divinidades platónicas que son despreocupadas, y por lo tanto, inmovibles por todo lo que acontece en la tierra, y que siguen su camino en el cielo sin mirar a su alrededor, sin tomar en consideración lo que está ocurriendo en la tierra. Dios "mira alrededor" -a Dios le importa lo que le acontece al hombre y las mujeres- están preocupado por los cambios en la tierra.⁸⁵

Un ejemplo primario de esto lo tenemos en el Señor Jesucristo quien, aunque era Dios, sin embargo lloró sobre la ciudad de Jerusalén y en la tumba de Lázaro.

UNA VERDAD PERTURBADORA Y CONSOLADORA



La inmutabilidad de Dios también es aplicable a sus atributos. El Catecismo Abreviado de Westminster define a Dios como "un Espíritu, infinito, eterno e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad". Dios es el dueño de todo el conocimiento y la sabiduría, y siempre poseerá toda la sabiduría. Él es soberano y siempre será soberano. Él es santo y siempre será santo. Él es justo y siempre será justo; es bondad y siempre será bondad; es verdadero y siempre será verdadero. No hay nada que pueda suceder que pueda alguna vez disminuir alguno de estos atributos de Dios.

Esta verdad tiene dos facetas: es perturbadora para aquellos que están en rebelión contra Dios y es de gran consolación para aquellos que lo han conocido a través de Cristo. Lo primero es obvio luego de lo que hemos estado diciendo en los últimos tres capítulos. Si es cierto que al hombre natural la soberanía, la santidad y la omnisciencia de Dios le resultan difíciles de aceptar, el hecho de que Dios no cambie le resulta aun más perturbador. Las personas que no son salvas no estarían tan molestas por la soberanía de Dios si pudieran pensar que un día Dios se transformaría en menos soberano y el individuo adquiriría más autonomía. Sería posible imaginarse un día en el que este individuo, o la raza humana, reemplazaran a Dios. Tampoco estaría tan molesto al pensar en la santidad de Dios si pudiera concebir un tiempo en que Dios fuera menos santo, y que lo que ahora considera pecado, dejara de considerarlo pecado, e ignorara la culpa. O, si Dios se pudiera olvidar, la maldad que podríamos hacer no sería tan grave ya que con el tiempo se borraría de la memoria de Dios. Pero la inmutabilidad de Dios significa que Dios siempre será soberano, siempre será santo, siempre será omnisciente. Como consecuencia, todo saldrá a la luz y será juzgado delante de él.

La otra faceta de esta doctrina es con respecto al creyente. Para nosotros es de gran consuelo. En este mundo la gente se olvida de nosotros, incluso cuando hemos trabajado duro y hemos sido de servicio para ellos. Ellos cambian su actitud hacia nosotros de acuerdo a los dictados de sus necesidades y las circunstancias. Muchas veces son injustos (como también nosotros lo somos a veces). Pero Dios no es así. Por el contrario, la actitud que tiene ahora hacia nosotros es la misma que tuvo en la eternidad pasada y que tendrá en la eternidad futura. El Padre nos amará hasta el fin, como fue dicho sobre Jesús: "sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn. 13:1).

Tozer nos habla de la consolación que encontramos en la inmutabilidad de Dios.

Qué paz trae al corazón cristiano saber que nuestro Padre celestial nunca cambia. Cuando nos acercamos a él no tenemos por qué preguntarnos si hoy estará con ganas de recibirnos. Él está siempre abierto a nuestras miserias y necesidades, como a nuestro amor y nuestra fe.

No cumple un horario de oficina, ni tiene períodos en los que no recibe a nadie. Tampoco cambia de parecer con respecto a nada. Hoy, en este mismo instante, siente hacia todas sus

criaturas, los bebés, los enfermos, los caídos, los pecadores, lo mismo que sintió cuando envió a su unigénito Hijo al mundo para morir por la humanidad. Dios nunca cambia de humor, ni su afecto por nosotros se enfría, ni pierde su entusiasmo.⁸⁶

Tenemos aquí gran consolación. Si Dios cambiara como cambian sus criaturas, si hoy deseara una cosa y mañana otra distinta, ¿quién podría confiar en él o ser animado por él? Nadie. Pero Dios es siempre el mismo. Siempre lo hallaremos como se reveló a sí mismo en la persona de Cristo Jesús.

SUS PLANES NO CAMBIAN

Los propósitos y los planes de Dios también son inmutables. Nosotros solemos cambiar nuestros planes. En ocasiones, nos ha faltado tomar todas las provisiones para anticipar todo lo que podía ocurrir, o nos ha faltado el poder para ejecutar lo que nos propusimos. Pero Dios no es como nosotros. "Su sabiduría es infinita, no puede haber errores en la concepción de (sus planes); su poder es infinito, no puede haber fallas en su implementación".⁸⁷

"Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?" (Nm. 23:19). El arrepentirse implica la revisión de los planes de acción, pero Dios nunca lo hace. Sus planes se realizan sobre la base de un conocimiento perfecto, y su poder perfecto hace posible la ejecución de los mismos. "El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Sal. 33:11). "Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado" (Is. 14:24). "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:9-10). Salomón escribió: "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá" (Pr. 19:21).

¿Cuáles son las consecuencias de la inmutabilidad de Dios? Primero, si los propósitos de Dios no cambian, entonces los propósitos con respecto a Cristo no cambiarán. Su propósito es glorificarlo. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:9-11).

⁸⁶ Tozer, *The Knowledge Of The Holy*, P. 59.

⁸⁷ Charles Hodge, *Systematic Theology*, Vol. 1 (London: James Clarke & Co., 1960), P.390.



Resulta, entonces, necio resistir la gloria de Cristo. Podemos hacerlo ahora, como hay muchos que lo hacen, pero se aproxima el día cuando aun los que no lo consideran como el Señor de sus vidas tendrán que confesar que Jesús es el Señor. En estos versículos, la palabra traducida "confesar" (exhomologeo) significa más "reconocer" que "confesar con agradecimiento". Se la usa, por ejemplo, para el reconocimiento o la confesión del pecado, y cuando Judas conviene con los principales sacerdotes en traicionar a su maestro. Es en este sentido de reconocimiento que esta palabra es usada con respecto a los que se han rebelado contra la autoridad y la gloria de Cristo en esta vida. Lo han rechazado aquí, pero deberán reconocerlo allí. No confesarán que "Jesucristo es el Señor" con alegría, pero deberán confesarlo mientras son desterrados de su presencia para siempre.

Segundo, los propósitos de Dios para su pueblo redimido no cambiarán. Su intención es hacerlos a la imagen de Jesucristo (como ya vimos en el Capítulo trece) y traerlos sin peligro a su presencia al final de su peregrinar en este mundo. En la epístola a los hebreos, se nos dice que las promesas que Dios hizo a Abraham sirven para demostrar la naturaleza de las promesas que Él nos ha hecho a nosotros:

Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es, imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asimos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo" (He. 6:13-19).

El propósito de Dios es traer a los suyos al disfrute pleno de su herencia prometida, a la esperanza. Para que puedan conocer esto y tener la seguridad de ello, lo ha confirmado con un juramento inmutable. Cada hijo de Dios redimido debería tomar aliento al conocer este propósito.

Por último, los propósitos de Dios para los malvados no cambiarán. Su propósito es juzgarlos y eso es lo que hará. Dios "de ningún modo tendrá por inocente al malvado" (Ex. 34:7). Hay muchos otros pasajes que nos hablan, y en forma muy vivida, del juicio propiamente dicho. La inmutabilidad de los juicios de Dios debería servir de advertencia a todos aquellos que todavía no se han vuelto al Señor Jesucristo como su Salvador y debería servir para acercarlos a él mientras todavía hay esperanza.

La inmutabilidad de Dios también significa que la verdad de Dios no cambia,

Los hombres muchas veces dicen cosas que no quieren decir en realidad, simplemente porque no conocen sus propios pensamientos; o quizás, porque sus pareceres también cambian, se encuentran con que no pueden sustentar las mismas opiniones que sostuvieron en el pasado. Todos, alguna vez, hemos tenido que revertir nuestros dichos, porque la cruda realidad los refutó. Las palabras de los hombres son inestables. Esto no sucede con las palabras de Dios. Ellas permanecen para siempre, como expresiones válidas de su mente y sus pensamientos. No hay circunstancias que le hagan revertir sus dichos; no hay cambios en su manera de pensar que hagan necesario enmendar lo que ha dicho. Isaías escribió: "toda carne es hierba... la hierba se seca... mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Is. 40:6-8).⁸⁸

Los cristianos debemos estar firmes sobre la palabra y las promesas de nuestro Dios inmutable. Las promesas de Dios no son "reliquias de un tiempo pasado", como señala Packer, sino la revelación válida por la eternidad de la mente y la voluntad de nuestro Padre celestial. Sus promesas no se modificarán. Un hombre o una mujer sabia deben poner sus cimientos sobre esta verdad.

CAPITULO 15: LA CREACIÓN DEL HOMBRE

EXISTEN TRES RAZONES POR LAS QUE SE DEBE CONSIDERAR LA creación del hombre cuando estudiamos el conocimiento de Dios: una razón general, una razón específica, y una razón teológica. La razón general es que la creación en su totalidad nos revela algo sobre el Creador, de manera que, como vimos en el Capítulo dos, aunque el hombre o la mujer no adoren y sirvan a Dios, lo que la naturaleza nos revela sobre Dios aflora para confundir y condenar a esa persona. La razón específica es que el hombre, como una parte singular de esa creación ha sido creado a imagen de Dios, de acuerdo con el testimonio bíblico. La humanidad nos revela aspectos sobre el ser divino que no podemos apreciar en ninguna otra parte del orden creado, pero que deben ser considerados si hemos de entender a Dios. La razón teológica es que como no es posible tener un conocimiento genuino sobre Dios si este conocimiento no viene acompañado de un correspondiente conocimiento sobre nosotros mismos, debemos al menos conocernos a nosotros mismos -creados a imagen de Dios caídos, y sin embargo redimidos- si es que hemos de conocer verdaderamente y reverenciar a nuestro Creador.

El lugar para comenzar el estudio de la creación de Dios es con la humanidad en general, porque los hombres y las mujeres son la parte más importante de la creación. Decir que la

humanidad es la parte más importante de la creación puede parecer una afirmación provinciana o chauvinista (en otras palabras, si fuésemos peces, obviamente diríamos que los peces son lo más importante) Pero, en realidad, los hombres y las mujeres son, y ellos sienten que lo son formas superiores al resto de la creación. Por un lado, ellos gobiernan sobre la creación y no por la fuerza bruta tampoco, ya que hay muchos animales que son mucho más fuertes. En realidad gobiernan por el poder de sus mentes y su personalidad. Por otro lado, los hombres y las mujeres tienen "conciencia de Dios", algo que los animales no tienen. Esta conciencia de Dios provoca la culpabilidad que las personas sienten bajo la mirada de Dios cuando se niegan a adorarlo. Ningún animal es culpable de un pecado moral o espiritual. Y además, esta conciencia de Dios es también nuestra gloria, ya que no hay ninguna otra criatura que pueda "glorificar a Dios, y regocijarse con él para siempre" en el mismo sentido que los seres humanos.

La Biblia enfatiza nuestra posición superior hacia el final del primer relato de la creación. "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gn. 1:26-27).

En estos versículos, nuestra singularidad y nuestra superioridad sobre el resto de la creación están expresadas de tres maneras. Primero, se nos dice que hemos sido hechos "a imagen de Dios", algo que no se dice ni de los objetos, ni de los animales. Segundo, se nos da el dominio sobre los peces, las aves, los animales, y hasta sobre la tierra misma. Tercero, la palabra creó se repite tres veces. Esta misma palabra se usa sólo en otras tres oportunidades en el relato de la creación: primero, cuando Dios creó la materia a partir de la nada (vs. 1); segundo, cuando Dios creó la vida consciente (vs. 21); y tercero, cuando Dios creó a la humanidad (vs. 27). La progresión es del cuerpo (o la materia) al alma (o la personalidad) y al espíritu (o la vida con conciencia de Dios). Por lo tanto, la humanidad descansa sobre la cima de la creación. Como escribe Francis Schaeffer, al repetir la palabra creó "es como si Dios pusiera signos de exclamación para indicar que hay algo especial en la creación del hombre".⁸⁹

A IMAGEN DE DIOS

Estudiemos ahora con mayor detalle lo que significa haber sido creados a imagen de Dios. Una de las cosas que significa es que las mujeres y los hombres comparten esos atributos de la personalidad que Dios mismo posee, pero que los animales, las plantas y la materia no poseen. Para tener personalidad es necesario poseer conocimiento, sentimientos (incluyendo el sentimiento religioso), y voluntad. Dios tiene una personalidad, y nosotros también. Decir

Francis A. Schaeffer, Génesis In Space And Time (Downers Grove, 111: Intervarsity Press, 1972), P.33

que los animales tienen algo similar a la personalidad humana es sólo significativo hasta cierta medida. La personalidad, en el sentido que la estamos definiendo aquí, es algo que relaciona a la humanidad con Dios, pero que no relaciona ni a la humanidad, ni a Dios, con el resto de la creación.

Otro segundo elemento implícito al haber sido creados a imagen de Dios es la moral. La moral incluye, además, dos elementos adicionales: la libertad y la responsabilidad. Para ser exactos, los hombres y las mujeres no poseen una libertad absoluta. Ya en el comienzo, el primer hombre, Adán, y la primera mujer, Eva, no eran autónomos. Eran criaturas y eran responsables de reconocer su estado en la obediencia. Después de la Caída, esa libertad ha sido aún más restringida, de modo que como lo expresó Agustín, el original *non posse non peccare* ("posibilidad de no pecar") se convirtió en *non posse non peccare* ("imposibilidad de no pecar"). Pero todavía existe una libertad limitada para las mujeres y los hombres a pesar de su estado caído, una libertad que conlleva una responsabilidad moral. En resumidas cuentas, no necesitamos pecar siempre, como lo hacemos, o como tan a menudo lo hacemos. Y aun cuando pecamos bajo apremio (como puede darse el caso), sabemos que está mal -e inadvertidamente confesamos así nuestra semejanza (aunque hemos caído) con Dios en el área de la moral, semejanza que también se da en otras áreas.

El tercer elemento presente por haber sido creados a imagen de Dios es la espiritualidad. La humanidad existe para estar en comunión con Dios que es Espíritu (Jn. 4:24). Esta comunión debería ser eterna, como Dios es eterno. Aquí, podríamos precisar que aunque tenemos cuerpos físicos, como las plantas y los animales, solamente los seres humanos poseemos espíritus. Y es sólo en este nivel del espíritu que podemos tomar conciencia de Dios y estar en comunión con él.

Existe una polémica entre los que creen en una construcción tripartita de nuestro ser y los que creen que es posible considerar adecuadamente al hombre en dos niveles únicamente. Esta polémica no tiene que concernirnos. Todas las partes en esta polémica reconocen que el ser humano consiste por lo menos de una parte física que muere y que necesita ser resucitada, y de una parte inmaterial que vive más allá de la muerte, la parte propiamente llamada persona. La única cuestión es si pueden diferenciarse dos partes en la parte inmaterial una parte que los hombres y las mujeres compartirían con los animales -la personalidad en un sentido limitado- y el espíritu, que los vincularía con Dios.

En este punto, la información lingüística debería ser determinante, si bien no es tan clara como sería de desear. En ocasiones, en particular en la primera: partes del Antiguo Testamento, tanto alma (*nephesh*) como espíritu (*ruach*) son usados indistintamente, lo que ha introducido cierta confusión. Sin embargo con el transcurso del tiempo, *ruach* comenzó a designar el elemento por el cual los hombres y las mujeres se relacionan con Dios,

diferenciándolo de *nephesh* que significa entonces simplemente el principio vital. De acuerdo con esta distinción, se usa "alma" y no "espíritu" con referencia a los animales. De igual modo, se nos dice que los profetas, que oyeron la voz de Dios y estuvieron en comunión con él en un sentido especial, fueron animados por el "espíritu" de Dios (pero no se menciona el "alma"). En el Nuevo Testamento, la información lingüística es similar. Es así que mientras alma (*psyche*) y espíritu (*pneuma*) son a veces usadas indistintamente, como en el Antiguo Testamento, *pneuma* sin embargo sirve para expresar esa capacidad especial de relación con Dios, que es la gloria de una persona redimida, en contraposición con *psyche* que aun lo que no han sido salvos poseen (1 Co. 2:9-16). Es posible, aunque no está totalmente determinado, que en los escritos paulinos el espíritu del hombre y la mujer se consideran perdidos o muertos como resultado de la Caída, y que sólo es restaurado en aquellos que han sido regenerados.⁹⁰

Sin embargo, no debemos perder de vista lo siguiente. Ya sea que hablemos de dos partes o de tres partes que componen el ser del hombre, un individuo es una unidad. Su salvación consiste en la redención de todo su ser, no sólo de su alma o de su espíritu, del mismo modo que (estableciendo un paralelismo en sentido opuesto) cada parte es afectada por el pecado.

En esta área las palabras usadas en cada caso en particular son menos importantes que las verdades que transmiten. Hasta aquellos que más insisten sobre la unidad del hombre creen que el hombre es más que sólo materia. O, si se adhieren a un esquema de dos partes, reconocen, sin embargo, que el hombre posee algo que sirve para diferenciarlo de los animales. Y esto es todo lo que implica la diferencia entre espíritu y alma en el esquema de tres partes. Espíritu, alma y cuerpo son simplemente términos útiles para hablar de lo que realmente significa ser un ser humano.

El cuerpo, entonces, es la parte visible de la persona, la parte que tiene vida física. A primera vista, parecería que es esta parte la que nos diferencia de Dios, y en un sentido esto es así. Tenemos un cuerpo; Dios no tiene un cuerpo. Pero si continuamos nuestra consideración del tema, esta diferencia no resulta tan obvia como parecía ser en un primer momento. ¿Cómo explicar la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, por ejemplo? O también, ¿qué fue lo primero en la mente de Dios, el cuerpo de Cristo o el cuerpo de Adán? ¿Cristo se hizo como nosotros por la Encarnación, o nosotros nos convertimos como él por-medio de un acto creativo de Dios? Calvino, que brevemente considera este tema en su Institución, no cree que Adán haya sido modelado de acuerdo con el patrón del Mesías que había de venir. Calvino no acepta la idea de que Cristo hubiera venido si Adán no hubiera pecado.⁹¹ Pero estas dos ideas no son necesariamente contradictorias. Se podría especular que cuando Dios caminaba en el

⁹⁰ Reinhold Niebuhr, *The Nature And Destiny Of Man: I, Human Nature* (New York: Charles Scribner's Sons, 1941), Pp. 151-52.

Calvin, *Institutes*, Pp. 186-89; 470-74.

huerto con Adán y Eva antes de la Caída, lo hacía como la segunda persona de la Trinidad, en una forma pre encarnada pero, de todos modos, corporal.

Lo que importa de esta discusión es que nuestros cuerpos son de gran valor y deberían ser honrados por la manera como los tratamos. Como hombres y mujeres redimidos, deberíamos considerar nuestros cuerpos como "templos" de Dios (1 Co. 6:19).

El alma es la parte del hombre que llamamos su "personalidad". Tampoco es un tema fácil de tratar. Es evidente que el alma está relacionada con el cuerpo a través del cerebro, y constituye una parte del cuerpo. Resulta difícil, además, pensar en el alma desligada de las propiedades que asociamos con el espíritu. Sin embargo, en términos generales, el alma se refiere por lo menos a eso que hace de los individuos un individuo único, singular. Podríamos decir que el alma se concentra en la mente y que incluye todo lo que nos gusta y lo que no nos gusta, nuestras habilidades especiales y nuestras debilidades, nuestras emociones, nuestras aspiraciones y todo lo demás que diferencia al individuo de los demás miembros de su especie. Porque tenemos alma es que podemos tener comunión, amor y comunicación entre unos y otros.

Pero no sólo tenemos comunión, amor y comunicación con los miembros de nuestra especie. También amamos y tenemos comunión con Dios, para lo cual necesitamos un espíritu. El espíritu es, por lo tanto, la parte de la naturaleza humana que entra en comunión con Dios y participa en cierta medida de la esencia misma de Dios. En ningún lugar se nos dice que Dios sea cuerpo o alma, si bien puede poseer cada uno de estos aspectos en alguno de los sentidos que acabamos de mencionar. Pero Dios está definido como espíritu. "Dios es espíritu", dijo Jesús. Por lo tanto, "los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Jn. 4:24). Como el hombre es espíritu (o llega a poseer un espíritu por medio de un nuevo nacimiento) puede tener comunión con Dios y amarlo.

Es aquí donde reside todo nuestro valor. Hemos sido formados a imagen de Dios, y por lo tanto somos valiosos para Dios y para los demás. Dios ama a los hombres y a las mujeres, más que a los animales, las plantas y el resto de la materia inanimada. Más aún, tiene sentimientos hacia el hombre y la mujer, se identifica con ellos en Cristo, sufre por ellos e interviene en la historia para hacer de nosotros lo que él se ha propuesto que seamos. Podemos tener una idea de la naturaleza especial de esta relación cuando recordamos como la mujer, Eva, de manera similar, fue hecha a imagen del hombre. Por lo tanto, aunque diferente, Adán pudo observarse en ella y amarla como su compañera y el miembro correspondiente en el universo. No es una equivocación decir que los hombres y las mujeres son para Dios algo similar a lo que la mujer es para el hombre. Son los compañeros valiosos y únicos de Dios. Como prueba de esta idea alcanza recordar la enseñanza del Nuevo Testamento con respecto a Cristo como el novio y la iglesia como su esposa.

AGENTES MORALES

Otra parte de haber sido hechos a imagen de Dios es que somos agentes morales responsables dentro del universo divino. La responsabilidad moral está implícita en los atributos de nuestro ser (el conocimiento, los sentimientos, la voluntad, y la conciencia de Dios) y en la prueba posterior de obediencia a Dios (Gn. 2:16-17). Este concepto ya está presente en el relato de la creación. En el mismo versículo que se nos habla sobre la decisión de Dios de hacer al hombre a su imagen, también se nos dice que él ha de señorear "en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra" (Gn. 1:26). Cualquier clase de dominio, pero este dominio por su alcance en particular, involucra la habilidad de actuar con responsabilidad.

En la actualidad en el mundo occidental hay una fuerte tendencia a negar la responsabilidad moral humana sobre la base de alguna clase de determinismo. Dicha posibilidad no es aceptable en la Biblia. Hoy en día, el determinismo toma una de las siguientes dos formas. Puede asumir la forma de un determinismo físico y mecánico ("los seres humanos son el producto de sus genes y de la química orgánica") o la forma de un determinismo psicológico ("los seres humanos son el producto del medio ambiente y de su historia pasada"). En ambos casos, el individuo está libre de responsabilidad por sus actos. Es así como hemos visto transcurrir un período en que a la conducta criminal se la concebía como una enfermedad, y al criminal se lo consideraba más una víctima del entorno que un victimario. (En los últimos tiempos, existe una tendencia para revertir el tema.) Actos menos llamativos pero igualmente censurables moralmente todavía son excusados con afirmaciones de este tenor: "Supongo que no pudo hacer otra cosa".

El punto de vista bíblico no podría ser más contrario a esto. Schaeffer señala que "como Dios ha hecho al hombre a su imagen, el hombre no está preso en las ruedas del determinismo. Por el contrario, el hombre es tan grande que puede influenciar la historia para sí y para otros, para esta vida y para la vida futura".⁹² Hemos caído, pero aun en nuestro estado como caídos somos responsables. Podemos hacer grandes cosas, o podemos hacer cosas terribles, cosas por las que algún día deberemos rendir cuentas ante Dios.

Existen cuatro áreas en las que deberíamos ejercer nuestra responsabilidad. Primero, deberíamos ejercerla ante Dios. Dios es el Ser que creó al hombre y la mujer y les dio el dominio sobre todo el orden creado. Como consecuencia, ellos son responsables ante él por lo que hagan con la creación. Cuando el hombre peca, como el relato de Génesis nos muestra que peca, es Dios quien viene a solicitar un ajuste de cuentas: "¿Dónde estás tú?... ¿Quién te enseñó que estabas desnudo?... ¿Qué es lo que has hecho?" (Gn. 3:9, 11, 13). En los miles de

años que han transcurrido desde el Edén, hay muchos que se han convencido que no son responsables ante nadie. Pero el testimonio de las Escrituras es que este ámbito de responsabilidad todavía está vigente y que todos tendrán que responder ante Dios en el juicio, delante del gran trono blanco, "...y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras" (Ap. 20:12).

Segundo, somos responsables de nuestros actos frente a las demás personas. Este es el motivo de las afirmaciones bíblicas que instituyen la pena capital como respuesta a los asesinatos; por ejemplo: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada" (Gn. 9:6). Estos versículos no se encuentran en la Biblia como reliquias de una era más bárbara o porque desde la perspectiva bíblica las personas no son valiosas. Por el contrario, el motivo es que las personas son demasiado valiosas para ser destruidas caprichosamente, y por lo tanto se reservan las penas más duras para quienes cometen dicha destrucción.

Santiago 3:9-10 puede ser también traído a colación con este aspecto, ya que prohíbe el uso de la lengua para maldecir a otros por la sencilla razón que los otros también han sido hechos a imagen de Dios. "Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así". En estos pasajes se prohíben los asesinatos y las maldiciones sobre la base que la otra persona (aun después de la Caída) retiene algo de la imagen de Dios y por lo tanto debería ser valorada por nosotros, del mismo modo que Dios también la valora.

Tercero, tenemos una responsabilidad frente a la naturaleza (que discutiremos con más detalle en el siguiente capítulo). Es necesario ver que la manera como nos comportemos frente a la naturaleza, si la cultivamos y la desarrollamos, o si la utilizamos y la destruimos, tiene una dimensión moral. Tampoco Dios es indiferente a este tema. Podemos apreciar la importancia de esta responsabilidad si consideramos la manera como Dios mismo habla sobre la naturaleza, señalando que "la creación fue sujeta a vanidad" por causa del pecado del hombre, pero que será "libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Ro. 8:20-21).

La cuarta área donde deberíamos ejercer nuestra responsabilidad es ante cada uno de nosotros mismos. La Biblia nos describe al hombre y la mujer, diciéndonos que fueron hechos "poco menor que los ángeles" (Sal. 8:5); lo que quiere decir que fuimos colocados entre los seres más superiores y los más inferiores, entre los ángeles y las bestias.⁹³ Lo que es

⁹³ Esta referencia a haber sido hecho "un poco menor que los ángeles" se aplica en una primer instancia a la persona del mesías venidero, el señor Jesucristo. Pero es solamente con referencia a su encarnación que es empleada. Por lo tanto, la expresión y, en realidad, todo el salmo pueden ser entendidos como haciendo

significativo es que se diga que hemos sido colocados un poco por debajo de los ángeles, en lugar de decir que fuimos colocados un poco por encima de las bestias. Nuestro lugar y nuestro privilegio es ser una figura intermediaria, pero una figura que mira hacia arriba y no hacia abajo. Cuando rompemos esa ligadura que nos ata a Dios y tratamos de despojarnos del gobierno de Dios, no nos elevamos para ocupar el lugar de Dios, como es nuestro deseo, sino que nos hundimos al nivel de las bestias. Hemos llegado a considerarnos como bestias ("el mono desnudo") o, lo que es incluso peor, como máquinas.

Por el contrario, el hombre o la mujer redimidos (en quienes se ha restablecido el vínculo con Dios) pueden mirar hacia arriba y ejercer plena responsabilidad con respecto a sí mismos en cada nivel de su ser. Todos tenemos un cuerpo, y debemos usarlo como lo que en realidad es, "el templo del espíritu de Dios" No debemos dejar que sea corrompido por la haraganería física, la glotonería por drogas que produzcan dependencia, por el alcohol, ni por ninguna otra práctica que debilite nuestro físico. Todos tenemos un alma, y debemos usarla plenamente -"permitiendo que nuestra mente y nuestra personalidad se desarrollen mientras Dios nos bendice y nos instruye-. Todos tenemos un espíritu que debemos ejercitar en la adoración y el servicio del Dios verdadero.

Los cristianos en particular deben usar y desarrollar sus mentes. Hoy en día existe una fuerte tendencia hacia un cristianismo anti intelectual o que prescinde de la mente, como señala John R. W. Stott en su libro *Your Mind Matters*. Este anti intelectualismo es desafortunado, ya que Dios nos habla principalmente por la mente (al leer su Palabra y meditar en ella); la mente nos permite crecer en su gracia ("por la renovación de vuestro entendimiento" Ro. 12:2), y nos permite ganar a otros (presentando una "defensa" de nuestra esperanza cristiana, 1P3:15).

Este ánimo anti intelectualista (cultivado en algunos grupos cristianos)... no es la verdadera piedad sino parte de la moda del mundo, y por lo tanto, es una forma de mundanidad. Denigrar la mente es minar las doctrinas cristianas fundacionales. ¿Si Dios nos ha creado como seres racionales, negaremos la humanidad que nos ha concedido? ¿Si Dios nos ha hablado, seremos sordos a sus palabras? ¿Si Dios ha renovado nuestra mente por medio de Cristo, por qué no la utilizaremos para pensar? ¿Acaso Dios no nos ha de juzgar por su Palabra? ¿Por qué no hemos de ser sabios y edificar nuestra casa sobre la roca?⁹⁴

Evidentemente, los cristianos deberíamos permitir que Dios nos desarrolle intelectualmente al máximo, para que seamos conocidos como hombres y mujeres que piensan. Como Stott

referencia a los hombres y las mujeres en general. Los versículos siguientes se refieren al papel del dominio otorgado a Adán y Eva en el génesis: "le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies" (sal. 8:6).

⁹⁴ John R. W. Stott, *Your Mind Matters: The Place Of The Mind In The Christian Life* (Downers Grove, 111.: Intervarsity Press, 1972), P. 26.

demuestra a continuación, si no respetamos la mente no hay verdadera adoración, ni fe, ni santidad, ni guía, ni evangelismo, ni ministerio cristiano.

UNA IMAGEN HECHA AÑICOS

En este capítulo hemos considerado al hombre como Dios lo creó y como fue su intención que el hombre fuera -es decir, antes de la Caída-, o como eventualmente será en Cristo. Sin embargo, no sería correcto ignorar el hecho que, aunque los hombres y las mujeres fueron hechos a imagen de Dios, esa imagen ha sido, sin embargo, empañada y hecha añicos como resultado de su pecado. Es cierto, todavía quedan vestigios de la imagen. Pero hoy no somos lo que Dios quiso que fuésemos. Somos seres caídos y los efectos de la Caída pueden verse en cada uno de los niveles de nuestro ser: el cuerpo, el alma y el espíritu.

Cuando Dios puso a Adán y Eva frente a la prueba del árbol prohibido, que debía servir como una medida de su obediencia y responsabilidad hacia Aquel que los había creado, Dios dijo: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Adán y Eva comieron del árbol prohibido, y murieron. Sus espíritus, esa parte que podía establecer una comunión con Dios, murieron instantáneamente. Su muerte espiritual es obvia del hecho de que huyeron de Dios cuando Dios vino a ellos en el huerto. Los hombres y las mujeres han estado huyendo y escondiéndose desde ese entonces. Además, también comenzó a morir el alma, el asiento del intelecto, los sentimientos y la identidad. Es así como los hombres y las mujeres comenzaron a perder el sentido de su propia identidad, a dar rienda suelta a los malos sentimientos y a sufrir la descomposición de su intelecto. Al describir este tipo de descomposición, Pablo nos dice que, habiendo rechazado a Dios, las personas inevitablemente "se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:21-23). Eventualmente, el cuerpo también muere. Así está escrito: "Polvo eres, y al polvo volverás" (Gn. 3:19).

Donald Grey Barnhouse ha comparado este resultado con un edificio de tres plantas que ha sido bombardeado durante la guerra y severamente dañado. La bomba ha destruido todo el último piso. El escombros se ha acumulado sobre el segundo piso, dañándolo a éste. El peso de las dos plantas derrumbadas más la detonación ha producido rajaduras en las paredes del primer piso, el cual ha de derrumbarse tarde o temprano. Esto fue lo que sucedió con Adán. Su cuerpo era la habitación del alma, y el espíritu estaba por encima de esta habitación.

Cuando cayó, el espíritu fue totalmente destruido, el alma se arruinó y el cuerpo quedó destinado al derrumbe y a la ruina ulterior.⁹⁵

Sin embargo, es precisamente aquí donde podemos apreciar la gloria y la plenitud del evangelio cristiano. Porque cuando Dios salva a un individuo, salva a toda la persona, comenzando por el espíritu, continuando con el alma y terminando con el cuerpo. La salvación del espíritu está en primer lugar; Dios establece contacto con la persona que se había rebelado contra él. Esto es lo que se llama la regeneración o el nuevo nacimiento. A continuación, Dios comienza su obra con el alma, renovándola para que se asemeje a la imagen del hombre perfecto, el Señor Jesucristo. Esta obra se conoce como la santificación. Por último, tendrá lugar la resurrección, donde hasta el mismo cuerpo será redimido de la destrucción.

Pero además, como lo señala Pablo en 2a Corintios 5:17, Dios hace de la persona redimida una nueva creación. No se trata solamente de poner remiendos al espíritu viejo, al alma vieja y al cuerpo viejo; como si fuera posible reparar la casa, en proceso de derrumbe, apuntalándola por aquí y por allá y dándole una mano de pintura. Lo que sí hace es crear un nuevo espíritu, una nueva alma (conocida como el hombre nuevo) y un nuevo cuerpo. Este cuerpo es del mismo orden que el cuerpo resucitado de nuestro Señor Jesucristo. Hoy hemos sido salvados como cristianos, pero también estamos en proceso de salvación, lo que implica que el presente también es importante. Y, además, mantenemos nuestra mirada hacia el futuro, porque sólo en la resurrección futura se completará la redención comenzada en esta vida y podremos erguirnos perfeccionados delante de la presencia de nuestro gran Dios y Salvador, y de Jesucristo.

CAPITULO 16: LA NATURALEZA

EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA HUMANA NO ES SUFICIENTE para aprender todo sobre Dios en la creación, porque la humanidad no constituye todo el orden creado. Tampoco tendría por qué motivo estar en primer lugar, excepto en importancia. En realidad, el hombre y la mujer ocuparon el último lugar en la creación de Dios, siendo hechos en el sexto día. Cuando el hombre y la mujer fueron creados ya Dios había establecido un universo hermoso y variado para recibirlos. Deberíamos concluir que la naturaleza será estudiada por el solo hecho de que existe, existió en primer término, y constituye nuestro entorno, del cual no podemos huir.

⁹⁵ Donald Grey Barnhouse, *Let Me Illustrate* (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, 1967), P. 32; *Teaching The Word Of Truth* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1966), Pp. 36-37.

Pero hay también otros motivos más importantes. Por un lado, la naturaleza por sí sola también nos revela a Dios. Se trata de una revelación restringida, como hemos señalado varias veces con anterioridad. Pero, de todos modos, se trata de una revelación, y es una revelación más completa para los que han sido redimidos. Este pensamiento constituye la base del salmo diecinueve. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (vs. 1). Además, los hombres y las mujeres no sólo están en la naturaleza en el sentido que la naturaleza constituye su entorno. Están relacionados con la naturaleza en el sentido que también son finitos y creados. Si bien es cierto que existe una diferencia entre la humanidad y el resto de la naturaleza. Sólo los hombres y las mujeres fueron creados a imagen de Dios. Pero los propósitos de Dios en un nivel humano sólo ocurrirán plenamente cuando también incluyamos en este panorama los propósitos de Dios en la naturaleza.

EL ORIGEN DEL UNIVERSO

La gran interrogante con respecto a la naturaleza es la siguiente: ¿de dónde surgió el universo? Existe algo ahí -algo inmenso, intrincado y ordenado-. Estaba ahí antes que nosotros fuéramos. Es imposible imaginar nuestra existencia sin ese algo. ¿Pero cómo llegó a estar allí? ¿Y cómo llegó a ser como nosotros lo percibimos?

Como con todas las grandes interrogantes, sólo unas pocas respuestas son posibles. El primer punto de vista considera que el universo no tiene ningún origen. Es decir, el universo no tiene ningún origen porque de alguna manera el universo siempre existió; la materia siempre existió. El segundo considera que todo provino de algo personal y que ese algo personal es bueno (lo que corresponde con el punto de vista cristiano). El tercero considera que todo provino de algo personal y que ese algo personal era malo. Y el cuarto considera que siempre hubo y siempre habrá un dualismo. Este último punto de vista puede asumir distintas modalidades, que dependerán de si se está considerando un dualismo personal e impersonal, o uno moral y amoral; pero siempre estarán relacionados.

Existe la posibilidad de reducir el número de estas perspectivas. No tendría mucho sentido considerar el tercer punto de vista, que le otorga al universo un origen personal pero maligno, ya que si bien es una posibilidad filosófica, nadie la sustenta. Si bien es posible pensar que el mal es una corrupción del bien, no es posible pensar en el bien como surgido del mal. El mal puede ser la mala utilización de habilidades o propiedades buenas, pero no es posible que surja el bien únicamente a partir de la existencia del mal.

El cuarto punto de vista tampoco es muy satisfactorio, si bien sus deficiencias no son tan aparentes. La creencia en un dualismo siempre ha sido muy popular y ha perdurado por largos períodos históricos, pero no soporta un análisis detallado; ya que una vez que se ha propuesto un dualismo, el siguiente paso es ir más atrás para encontrar algún tipo de unidad

que incluya ese dualismo. O se escoge una de las partes de este dualismo y se la hace más prominente que la otra, pero en dicho caso lo que se estaría haciendo sería asumir el segundo o el tercer punto de vista.

C. S. Lewis ha mostrado dónde está la trampa en este sistema. De acuerdo al punto de vista dualista, se supone que los dos poderes (espíritus o dioses), el bien y el mal, son eternos e independientes. Ninguno es responsable ante el otro y ambos tienen igual derecho a llamarse Dios. Posiblemente, ambos crean que son el bien y el otro es el mal. ¿Pero qué significa exactamente decir que un poder es el bien y el otro es el mal? ¿Es sólo una manera de expresar que preferimos uno de ellos y no el otro? Si esto es todo lo que significa, entonces no tiene sentido hablar seriamente del bien y del mal. Y si tomamos este camino, la dimensión moral del universo se desvanece completamente, y sólo queda la materia operando de distintas maneras. No es posible sostener esto último y adherirse toda a una noción dualista.

Si, por el contrario, lo que quiere significar es que un poder realmente es el bien y el otro realmente es el mal, estamos introduciendo un tercer elemento en el universo, "una ley o un estándar o una regla de lo que es el bien, una norma a la que uno de los poderes se conforma y a la que el otro poder no se conforma". Y este estándar, más que ninguno de los otros dos, resultará ser Dios. Lewis concluye diciendo: "Como ambos poderes son juzgados por este estándar, entonces este estándar, o el Ser que creó este estándar, está antes y por encima de ambos poderes, y será el verdadero Dios. En realidad, lo que significa llamar a uno el bien y al otro el mal es que uno de ellos tiene una relación correcta con el Dios real y el otro tiene una relación incorrecta con él."⁹⁶

Nuevamente, podemos decir que para que el poder del mal sea maligno debe poseer los atributos de inteligencia y voluntad. Pero como estos atributos son en sí mismos buenos, debe estar obteniéndolos a partir del poder del bien y por lo tanto depende de este poder.

No es posible explicar la realidad tal como la conocemos partiendo de un origen maligno del universo, del cual surgió el bien, ni a partir de un dualismo. Por lo tanto, la única alternativa es entre el punto de vista que arguye la eternidad de la materia y el punto de vista que considera que todo existe por la voluntad de un Dios eterno, personal y moral.

La filosofía predominante en la civilización occidental moderna se adhiere al primer punto de vista. Este punto de vista no niega que exista algo semejante a la personalidad en el mundo actual, pero lo concibe como surgido de una sustancia impersonal. No niega la complejidad del universo, pero supone que esa complejidad provino de algo menos complejo, que a su vez provino de algo aun menos complejo, hasta que finalmente se arriba a la primigenia

simplicidad, o sea, la materia. Se supone que la materia siempre existió -porque no hay otra explicación posible-. Este punto de vista es la base filosófica de la mayor parte de la ciencia moderna y de las ideas evolutivas.

Pero esta descripción sobre el origen del universo ya está introduciendo problemas que la teoría misma aparentemente no tiene forma de resolver. Primero, hemos hablado de una forma de materia y luego de formas más complejas. Pero, ¿de dónde proviene la forma? La forma implica organización, y posiblemente también propósito. ¿Pero cómo puede surgir la organización y el propósito a partir de la simple materia? Algunos insisten que la organización y el propósito son inherentes a la materia, como la información genética en un huevo o en un espermatozoide. Pero, además de caer esta teoría en un contrasentido -ya que esta materia no es más simplemente materia-, la interrogante básica sigue en pie y permanece sin responder, porque el problema ahora es responder a cómo surgieron la organización y el propósito. Entonces, tarde o temprano, llegamos a un determinado nivel donde debemos encontrar una explicación para la forma; y pronto nos encontramos buscando al Formador, al Organizador y al Dador del Propósito.

Pero, además, hemos introducido la idea de lo personal; si partimos de un universo impersonal, no hay ninguna explicación cierta para el surgimiento de la personalidad. Francis Schaeffer escribe: "El suponer un comienzo impersonal nunca puede explicar adecuadamente la existencia de los seres personales que vemos a nuestro alrededor, y cuando los hombres intentan explicar al hombre sobre la base de orígenes impersonales, el hombre pronto desaparece".⁹⁷

El cristianismo comienza con la respuesta restante. El cristianismo sostiene que el universo existe con forma y personalidad, como sabemos que existe, porque fue creado por un Dios personal y ordenado. En otras palabras, Dios estaba allí antes que el universo entrara en existencia, y era y es personal. Él creó todo lo que conocemos, incluyéndonos a nosotros, y como consecuencia el universo naturalmente lleva su huella.

EN EL PRINCIPIO

¿Qué es lo que nos encontramos cuando abrimos la Biblia en los primeros capítulos de Génesis? Aquí, por primera vez y en forma definitiva, tenemos expresado el punto de vista cristiano. Es una afirmación teológica, sin embargo; y es importante que reconozcamos esto porque de lo contrario inevitablemente estaremos buscando explicaciones científicas y podremos equivocarnos. Esto no quiere decir que el relato de Génesis sea contrario a la información científica; lo que es verdad en un campo, si realmente es verdadero, nunca podrá

contradecir la verdad de otro campo. Lo que hay que tener presente es que Génesis 1 no es una descripción donde encontrar respuestas a las preguntas específicamente científicas. Es una afirmación de los orígenes en cuanto a su significado, propósito y la relación de todas las cosas con Dios.

El capítulo presenta tres puntos principales. El primero y el más obvio: nos enseña que Dios estaba en el principio de todas las cosas y que es el Ser por el cual todas las cosas han entrado en existencia. El capítulo captura esta enseñanza elocuentemente en las primeras cinco palabras: "En el principio creó Dios...". Desde el principio, entonces, nuestro pensamiento es dirigido a la existencia y la naturaleza de Dios.

En la lengua hebrea el nombre de Dios en este versículo es Elohim, una forma plural. Que sea plural nos está sugiriendo una dimensión plural de su ser. En el Capítulo diez planteamos cómo esta y otra evidencia bíblica nos está demostrando que los tres miembros de la Trinidad estaban presentes en el principio, habiendo existido antes que nada. Por lo tanto, los elementos que acostumbramos asociar con la Trinidad -el amor, la personalidad, y la comunicación también son eternos y tienen valor. Esta es la respuesta cristiana al temor humano de perderse en un universo impersonal y sin amor.

El segundo punto principal de Génesis 1 es que la creación se desarrolló de acuerdo con la manifestación ordenada de la mente y los propósitos de Dios. Es decir, fue una progresión paso a paso, marcada por una secuencia de seis días significativos. Al leer este relato, inmediatamente vienen a nuestra mente preguntas de índole científico que deseáramos que tuvieran respuesta: ¿puede compararse la secuencia de los días en Génesis con la secuencia de los así llamados períodos geológicos? ¿Está este relato verificado por la información proporcionada por los fósiles? ¿Qué duración tienen los "días" -períodos de veinticuatro horas o eras indefinidas-? Y, quizá la pregunta más importante, ¿hay lugar en el relato de Génesis para un desarrollo evolutivo (guiado por Dios) o se requiere de una intervención divina y una creación instantánea para cada caso? El capítulo no responde a nuestras preguntas. Acabamos de señalar hace un momento que el relato de Génesis es una afirmación teológica y no científica, y es ahora cuando más tenemos que tener esto presente. Es cierto que nos proporciona un terreno fértil para la especulación constructiva y en algunos puntos es bastante explícito, pero no fue escrito para responder a dichas preguntas; debemos recordar esto.

En realidad, no hay ninguna razón bíblica sustancial para rechazar algunas formas de la teoría evolutiva, siempre y cuando se realicen algunas aclaraciones en determinados puntos claves. Por ejemplo, no hay ninguna razón para negar que una especie de peces haya evolucionado de otra forma, o que una especie de animal terrestre haya evolucionado de una criatura

marina. El término hebreo que fue traducido como produzcan, y que aparece en todo el relato de la creación, permitiría dicha posibilidad.

Sin embargo, hay tres puntos significativos en los que la palabra hebrea bara, que se traduce "creó", se utiliza para señalar la acción única de Dios para crear en un sentido especial. Bara generalmente significa crear a partir de la nada, lo que implica que la actividad descrita es una prerrogativa de Dios. Y, como ya lo señalé en el Capítulo quince, se utiliza en Génesis 1 para marcar la creación de la materia, la personalidad y la conciencia de Dios. Lo que esto está implicando es que, si bien puede haber algo semejante a un desarrollo evolutivo teniendo lugar en los períodos separados por la palabra bara, no cabe esta posibilidad para estos tres casos en particular. Además, el capítulo nos enseña que la creación no fue un desarrollo al azar sino el resultado de la guía directa de Dios.

Debemos tomar nota que el mundo científico actual puede estar siendo testigo de los comienzos de un movimiento que se aleja de la evolución naturalista, en particular del darwinismo, para explicar el universo. Para dar sólo un ejemplo, la edición correspondiente a febrero de 1976 de Harper's Magazine traía un importante artículo de Thomas Bethell, el editor de The Washington Monthly, bajo el título "La equivocación de Darwin". Sustancialmente consistía en una reseña de estudios recientes sobre la evolución, y su propósito era señalar cómo los científicos estaban en el proceso de abandonar silenciosamente la teoría de Darwin. ¿Por qué? Según Bethell, la teoría de Darwin no explicaba lo que supuestamente la evolución dice explicar: la enorme variedad de plantas, peces, animales y otras formas de vida.

En el enfoque darwiniano el elemento clave para explicar la existencia de la diversidad de especies es la selección natural. Pero cuando los científicos se basan en esta teoría, se encuentran con que la selección natural sólo proporciona una explicación al hecho de que algunos organismos tuvieron más descendencia que otros y por lo tanto sobrevivieron, pero no explica por qué hay diversos organismos (algunos de los cuales sobrevivieron y otros no). Bethell observa que "la naturaleza, por lo tanto, no realiza ninguna 'selección'. La naturaleza tampoco 'actúa' como se nos dice en varios libros de biología. Un organismo puede ser 'más fuerte' o 'más apto' que otro desde el punto de vista evolutivo, pero el único evento que determina su aptitud es la muerte (o la infertilidad). Esto, por supuesto, no es algo que ayude a crear al organismo, sino que es algo que acaba con el organismo".

El autor del artículo concluye: "Yo sugiero que Darwin está en proceso de ser descartado, pero quizás en deferencia al venerable caballero que descansa en la Abadía de Westminster,

al lado de Sir Isaac Newton, este proceso está teniendo lugar discreta y calladamente, con el mínimo de publicidad".⁹⁸

El tercer punto del relato de la creación de Génesis es el pronunciamiento moral de Dios sobre lo que ha realizado. Aparece en la frase que tanto se repite, "Y vio Dios que era bueno". Este pronunciamiento no está referido a un objeto al cual pragmáticamente podemos señalar y decir: "Ese objeto me resulta útil". Este pronunciamiento divino sobre la bondad del resto de su creación fue anterior a nuestra existencia. Y esto significa que un árbol, para poner un ejemplo, no es bueno porque podemos talarlo y construir una casa, o porque podemos quemar su leña y calentarnos. Un árbol es bueno porque Dios lo creó y lo pronunció como bueno. Es bueno porque, como todo lo demás que ha sido creado, se conforma a la naturaleza divina. Con respecto a esta bendición divina Schaeffer escribe lo siguiente: "No se trata de un juicio relativo, sino un juicio del Dios santo que tiene un carácter y cuyo carácter es la norma del universo. Su conclusión: Cada etapa y cada área de la creación, y todo en su conjunto -el hombre mismo y todo su medio ambiente, los cielos y la tierra- están en conformidad conmigo".⁹⁹

La evaluación de Dios en Génesis 1 está confirmada por el pacto de Dios con la raza humana y la tierra en los tiempos de Noé -luego de la Caída-. Allí Dios dice: "He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra... Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra" (Gn. 9:9-10,13). El interés de Dios se expresa no sólo por Noé y por los seres humanos que le acompañaban en el arca, sino también por las aves y los animales y hasta la tierra misma. Toda su creación es "buena".

De manera similar, Romanos 8 nos expresa el valor de todo lo que Dios ha hecho. Su intención es redimir a toda la tierra que ha sido afectada por la Caída. "Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella sino también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:21-23).

LA RESPUESTA A LA NATURALEZA

⁹⁸ Thomas Bethell, "Darwin's Mistake", Harper's Magazine, Febrero 1976, Pp. 70-75.

⁹⁹ Schaeffer, Génesis In Space And Time, P. 55.

El valor de la creación nos hace llegar a una conclusión natural: si Dios encuentra que el universo en sus partes y en su conjunto es bueno, entonces nosotros también debemos encontrarlo bueno. Esto no significa que nos negaremos a ver cómo la naturaleza ha sido estropeada por el pecado. Sin duda los versículos de Génesis 9 y de Romanos 8 no pueden ser explicados sin tomar en consideración que la naturaleza ha sufrido como resultado de la Caída de la humanidad. Está estropeada por abrojos, malezas, enfermedad y muerte. Pero incluso en este estado, tan estropeada, tiene valor, del mismo modo que la humanidad caída también tiene valor.

Por lo tanto, debemos ser agradecidos a Dios por el mundo que ha creado y alabarle por haberlo creado. En algunas expresiones del pensamiento y la piedad cristianos sólo el alma es valiosa. Pero esta visión no es ni correcta ni cristiana. En realidad, el elevar el valor del alma y disminuir el valor del cuerpo y las demás cosas materiales tiene un origen pagano -la idea griega basada sobre una interpretación errónea de la creación-. Si Dios hubiera hecho únicamente al alma (o al espíritu), entonces los griegos hubieran estado en el acierto. Pero la visión cristiana es que Dios creó todo lo que nos rodea y, por lo tanto, todo esto es valioso y nosotros deberíamos apreciar el valor que su origen le otorga.

En segunda instancia, debemos deleitarnos en la creación. El deleite está estrechamente ligado al agradecimiento, pero va un poco más allá. Es un paso más que muchos cristianos nunca han dado. Con mucha frecuencia los cristianos observan la naturaleza sólo como una prueba clásica de la existencia de Dios. En realidad, lo que tendrían que hacer es disfrutar lo que ven. Deberíamos ser capaces de apreciar las bellezas naturales. E incluso, deberíamos regocijarnos en ellas más que los que no son cristianos, porque nos revelan al Dios que está detrás de la naturaleza.

Tercero, los cristianos deberíamos mostrar una responsabilidad frente a la naturaleza. No deberíamos destruirla gratuitamente sino buscar que se desarrolle al máximo de su potencial. Existe un paralelismo entre la responsabilidad de los hombres y las mujeres hacia la creación y la responsabilidad de un hombre hacia una mujer en el matrimonio. En ambos casos la responsabilidad se basa sobre un dominio otorgado por Dios (si bien ambos dominios no son de carácter idéntico). "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejantes, sino que fuese santa y sin mancha". De igual forma, los hombres y las mujeres conjuntamente deberían buscar santificar y purificar la tierra para que sea más como Dios quiso que fuera, anticipando así la redención futura.

Es evidente que el universo debe ser utilizado por las personas de una manera apropiada. Donde abundan los bosques, algunos pueden ser talados para hacer madera para una casa.

Pero no deberían ser talados sólo por el placer de talarlos o porque es la manera más expedita de aumentar el valor del terreno. En todas las áreas se debe estudiar cuidadosamente el valor y el propósito de cada objeto, y nuestro enfoque debería ser cristiano y no simplemente utilitario.

Por último, después que los cristianos han contemplado la naturaleza y han llegado a valorarla, deberían volverse otra vez al Dios que la creó y la sustenta momento a momento, y deberían aprender a confiar en él. Dios cuida de la naturaleza, a pesar de que ha sido abusada por nuestro pecado. Pero si cuida de la naturaleza, entonces podemos confiar en que él también cuidará de cada uno de nosotros. Este argumento ocurre en el medio del Sermón del Monte, donde Cristo nos llama la atención sobre el hecho de cómo Dios cuida de las aves (la vida animal) y de los lirios (la vida vegetal) y luego pregunta: "¿No valéis vosotros mucho más que ellas?... Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mt. 6:26,30).

CAPITULO 17: EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

COMO VIMOS EN EL CAPITULO ANTERIOR, ANTES DE QUE LOS HOMBRES y las mujeres fuesen creados, Dios ya había preparado un universo variado y bello para recibirlos. Pero si hemos de considerar a Job 38:7 con referencia a los ángeles, como todas las razones parecen apuntar, entonces antes de la creación del mundo material había un vasto mundo de seres espirituales. No sabemos cuándo fueron creados estos seres. En realidad, sabemos muy poco sobre ellos. Pero sí sabemos que existían con anterioridad a la creación del mundo material y que todavía existen hoy en día. Como le dijo Dios a Job: "¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si los sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?" (Job 38:4-7).

Con respecto al testimonio bíblico sobre la existencia de los espíritus, es interesante notar que las mitologías de las civilizaciones antiguas también afirmaban su existencia. La mitología babilónica nos retrata a los espíritus como dioses que traían mensajes del mundo de los dioses allá arriba al mundo de la tierra aquí abajo. La mitología griega y romana tenía dioses y semidioses que visitaban la tierra. Y lo mismo sucedía, en mayor o menor grado, con todas las demás civilizaciones antiguas. Los críticos de la Biblia algunas veces consideran estas referencias a un mundo de los espíritus como evidencia de que la Biblia también es mitología; o sea, que no tiene ninguna base empírica, al menos en este campo. Pero es igualmente posible que las mitologías, en realidad, encierren una memoria distorsionada de una experiencia temprana de la raza. Esta posibilidad adquiere más importancia en la

actualidad, aun para los que no son cristianos. Con el actual y renovado interés en el mundo de los espíritus.

¿Existen estos seres? ¿Existen realmente los ángeles o los demonios? ¿Acaso visitan la tierra? La Biblia nos brinda respuestas fidedignas a estas preguntas. Aunque es cierto que la Biblia no nos dice todo lo que nos interesaría conocer sobre este tema -mucho sobre el origen y la función del mundo de los espíritus está cubierto por una capa de misterio-, también es cierto que nos dice lo que necesitamos saber, y que lo que dice es verdad.

LOS ÁNGELES

El Antiguo Testamento menciona a los ángeles en más de cien oportunidades, y el Nuevo Testamento los menciona en más de ciento sesenta oportunidades. Se nos dice que son los mensajeros de Dios -esto es lo que la palabra ángel significa-. Son inmortales; es decir, no mueren; pero como han sido creados, no son eternos. Existen en un número inmenso. "Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones" (Ap. 5:11). Los ángeles tienen los elementos inherentes a una personalidad; le rinden adoración inteligente a Dios: "que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (Ap. 5:12).

Algunas de estas propiedades son también señaladas por los términos utilizados para referirse a ellos en las Escrituras. Son llamados "los ejércitos celestiales", por ejemplo (Le. 2:13). Esto nos está sugiriendo que, como las tropas de un emperador rodean y sirven a su persona, así también, estos seres sirven a Dios y hacen visible su gloria. También se los llama "principados", "poderes", "señoríos", "potestades" y "tronos" (Ef. 1:21; Col. 1:16) porque a través de ellos Dios administra su autoridad en este mundo.

La Biblia también nos revela algo sobre la jerarquía angelical; se mencionan algunas categorías u órdenes de ángeles. En la primer categoría está el ángel más mencionado en la Biblia: Miguel (sólo se registran los nombres de dos ángeles). Se describe a Miguel como "el arcángel", es decir, la cabeza de todos los santos ángeles. Su nombre significa "el que se asemeja a Dios" (Dn. 10:21; 12:1; 1 Ts. 4:16; Jud. 9; Ap. 12:7-10).

En la segunda categoría nos encontramos con los mensajeros especiales de Dios. El segundo ángel cuyo nombre es mencionado, Gabriel, estaría en esta categoría. A él se le confió una revelación especial para Daniel, el mensaje a Zacarías acerca del nacimiento de Juan el Bautista, y el anuncio del nacimiento de Jesús a la virgen María (Dn. 8:16; 9:21; Zc. 1:18-19, 26-38).

En la tercera categoría encontramos los ángeles llamados "querubines". Son representados como criaturas esplendorosas que rodean el trono de Dios y que defienden su santidad para que no sea contaminada por el pecado (Gn. 3:24; Ex. 25:18,20; Ez. 1:1-18). Dios ordenó que dos figuras de oro de estos seres fueran colocadas sobre el propiciatorio del arca del pacto, dentro del lugar santísimo en el tabernáculo de los judíos. El querubín puede ser idéntico con el "serafín" que se describe en el capítulo 6 de Isaías (vs. 2-7).

Por último tenemos una multitud de huestes angelicales que no tienen ningún nombre en especial. Se las describe simplemente como "los ángeles escogidos" para diferenciarlos de los ángeles que pecaron con Satanás y cayeron de su estado primario (ver 1 Tim. 5:21).

La grandeza y la complejidad del mundo angelical es suficiente para interesarnos en su estudio. Pero además, dicho estudio realzará nuestro sentido de la gloria de Dios. Como señala Calvino, "Si deseamos reconocer a Dios por sus obras, no deberíamos pasar por alto un ejemplo tan ilustrativo y noble" como sus ángeles.¹⁰⁰

EL MINISTERIO DE LOS ÁNGELES

La tarea primaria y más evidente que tienen los ángeles es la adoración y alabanza de Dios, como vemos en varios lugares en la Biblia. Por ejemplo, Isaías nos dice que los serafines que estaban encima del trono de Jehová "el uno a otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:3). Daniel describe la escena como involucrando a muchos más: "Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él" (Dn. 7:9-10). En el libro de Apocalipsis los ángeles -que se describen como los cuatro seres vivientes, los veinticuatro ancianos (que pueden ser seres humanos redimidos), y los miles y miles de seres espirituales- "no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8; ver también Ap. 5:9-12).

El hecho de que los ángeles adoren a Dios en tan grandes números debería humillarnos y, además, animarnos en nuestra adoración. Debería humillarnos porque Dios no quedaría sin adoración incluso si nosotros no le rendimos honor. Los ángeles ya están adorándole. Por otro lado, debería animarnos porque un día nuestras voces se unirán a ese gran coro angelical (Ap. 7:9-12; 19:1-6).

Segundo, los ángeles sirven a Dios como sus agentes para muchas tareas. Leemos que los ángeles estuvieron presentes en la creación (Job 38:7), y cuando se le dio la ley al pueblo; se nos dice que recibieron la ley "por disposición de ángeles" (Hch. 7:53; ver también Gá. 3:19; He. 2:2). Un ángel fue el vehículo que Dios utilizó en su revelación a Daniel; muchos ángeles se emplearon para revelar los acontecimientos futuros al apóstol Juan (Dn. 10:10-15; Ap. 17:1; 21:9; 22:16). Gabriel anunció los nacimientos de Juan el Bautista y de Jesucristo (Le. 1:11-38; 2:9-12; Mt. 1:19-23). Muchos más ángeles cantaron con motivo del acontecimiento en presencia de los pastores (Le. 2:13-14). Cuando Cristo fue tentado en el desierto, los ángeles vinieron para servirle (Mt. 4:11); en el jardín de Getsemaní un ángel se le apareció para fortalecerle (Le. 22:43); en la resurrección le anunciaron a las mujeres que habían venido al sepulcro la victoria de Cristo sobre la muerte (Mt. 28:2-7); y también estuvieron presentes con motivo de la Ascensión (Hch. 1:10-11). Volverán a aparecer en grandes multitudes durante la Segunda Venida de Cristo (Mt. 24:31; 25:31; 2 Ts. 1:7).

Tercero, los ángeles son espíritus atentos que han sido enviados para asistir y defender al pueblo de Dios. Es así como leemos, primero con referencia a Cristo, pero luego también con referencia a nosotros mismos como su pueblo: "Pues a su ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos.

En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra" (Sal. 91:11-12). Y, "El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34:7).

Desde una perspectiva práctica, si el pueblo cristiano pensara más a menudo sobre esta protección angelical, sería menos temeroso de las circunstancias y de los enemigos. Por otro lado, nuestro olvido también es comprensible, porque por lo general los ángeles no nos son visibles.

Somos como el siervo de Eliseo en Dotan antes de su visión de los ejércitos de Dios. Eliseo había estado revelando los consejos del enemigo de Israel, Ben-adad rey de Siria, al rey de Israel, y Ben-adad había reaccionado tratando de capturar a Eliseo. Durante la noche había rodeado la ciudad de Dotan donde Eliseo y su siervo se estaban quedando. Estaba presente con toda su fuerza cuando el siervo de Eliseo fue de mañana a extraer el agua. El relato nos dice que el siervo descubrió un "ejército" rodeando la ciudad, "con gente de a caballo y carros". ¡Estaba aterrorizado! Corrió hasta donde se encontraba Eliseo y le preguntó "¡Ay, Señor mío! ¿Qué haremos?"

Eliseo le respondió: "No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos". Y luego oró para que los ojos de su siervo fueran abiertos para que pudiera ver los ángeles del Señor. "Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de

Elíseo" (2 R. 6:15-17). Los ángeles luego hirieron con ceguera a los ejércitos de Ben-adad y Eliseo pudo llevarlos cautivos a la capital israelita de Samaría.

En otro pasaje leemos como un ángel de Dios mató a ciento ochenta y cinco soldados asirios para liberar a Jerusalén de los ejércitos de Senaquerib en los días del Rey Ezequías.

El cuarto ministerio especial que tienen los ángeles es el servicio al pueblo de Dios en el momento de su muerte. No existen muchos textos referidos a este punto, pero debemos observar que, de acuerdo con Jesucristo, fueron los ángeles los que llevaron a Lázaro cuando murió al seno de Abraham (Le. 16:22). Por último, los ángeles son los agentes de Dios en los juicios finales profetizados para los hombres y las mujeres, los demonios y este mundo. El alcance de estos juicios está ampliamente desarrollado fundamentalmente en el libro de Apocalipsis. Primero, tenemos una serie de juicios parciales contra la tierra, al abrirse los sellos (Ap. 6:1-8:1), cuando se tocan las trompetas (Ap. 8:2-11:19) y cuando se derraman las siete copas de ira (Ap. 15:1-16:21). Los ángeles están siempre asociados a estos juicios, que ocupan un lugar considerable en el libro. Segundo, hay un juicio contra la gran ciudad de Babilonia (posiblemente un símbolo de Roma) y contra los que están asociados con ella en sus pecados. Los ángeles también participan en ese juicio (Ap. 17:1-18:24). Tercero, hay juicios contra la bestia, que posiblemente sea el Anticristo, y contra Satanás y el falso profeta (Ap. 19:17-20:3, 10). Por último, tendrá lugar el juicio del gran trono blanco donde los muertos serán juzgados según sus obras (Ap. 20:11-15).

LOS ÁNGELES CAÍDOS

El mencionar estos juicios, incluyendo el juicio contra Satanás, nos conduce a un segundo aspecto de este tema. De acuerdo con la Biblia, existen legiones de ángeles caídos que, bajo el maléfico gobierno de Satanás, buscan oponerse al gobierno de Dios y perjudicar a su pueblo. Según la Biblia, están compuestos por una gran fuerza aterradora. Pero esta descripción no busca atemorizarnos sino advertirnos del peligro, para que nos acerquemos a Dios como el único que puede protegernos. Podemos calcular el número de los ángeles caídos si consideramos que María Magdalena por sí sola fue liberada de siete de ellos (Mr. 16:9; Le. 8:2), y también sabemos que muchos, que se llamaban Legión, habían tomado posesión del hombre que Cristo encontró en el territorio de los gadarenos, en la ribera opuesta a Galilea (Le. 8:26-33).

¿Cuál es el propósito que persigue Dios cuando nos habla de este ejército tan numeroso? Hemos sido advertidos que hay un enemigo que nos amenaza y nos acecha, un enemigo donde toma cuerpo la osadía temeraria, la proeza militar, los engaños astutos, el celo y la prisa incansable, todas las armas concebibles y la destreza en la ciencia de la guerra. Debemos, por lo tanto, volcar todos nuestros esfuerzos en la siguiente meta: no debemos

dejar que el descuido o la pusilanimidad nos abrumen; todo lo contrario, con coraje renovado debemos ocupar nuestro lugar en el combate.¹⁰¹

El punto de partida para estar preparados para afrontar a Satanás y sus ejércitos es el conocimiento de Satanás mismo, de sus fuerzas y de sus flaquezas. Y el punto de partida de este conocimiento de Satanás es el hecho que él es tanto real como personal. Es real en el sentido que no es mera especulación humana. Es personal en el sentido que no es simplemente la corporización del mal. Jesús dio testimonio de estas verdades cuando se refirió al diablo por su nombre (Mt. 4:10; 16:23; Le. 22:3 1) y cuando lo venció en ocasión de su tentación en el desierto (Mt. 4:1-11). La idea de un demonio personal ha sido rechazada por muchos segmentos de la iglesia cristiana y hasta se ha convertido en motivo de risa para algunos. Con el avivamiento que la brujería y el satanismo han tenido en tiempos recientes, posiblemente no sea un asunto para la risa como lo era antes. Sin embargo, muchos acostumbran a no tomar en serio la existencia de un demonio real. Para la mente popular, el demonio es una criatura divertida con un pantalón rojo y espinas y una cola. Esta no es la imagen de Satanás que nos presenta la Biblia.

El apóstol Pablo señala que no somos ignorantes de las "maquinaciones" de Satanás (2 Co. 2:11). La palabra maquinación significa "una trampa, un ardid, una intriga, un artilugio o una estrategia". Lo importante es que los cristianos conocemos, o deberíamos conocer, las trampas que Satanás emplea para cegar las mentes de las personas y asegurárselas para él. Una de estas trampas, que ha utilizado algunas veces en la historia, es convencer a las personas que él en realidad no existe.

El dibujo de un pequeño ser divertido con espinas ha tenido un desarrollo interesante y estuvo (aunque incorrectamente) relacionado con la Biblia. En la Edad Media, cuando la mayoría de las personas eran analfabetas, y la iglesia enseñaba las historias bíblicas sencillas por medio de dramas de milagros, hubo necesidad de crear un carácter que representara al demonio y que fuera fácilmente reconocido como tal en el escenario. Se eligió la convención que se basaba en una idea pagana vigente en ese momento, según la cual Satanás era algo así como un monstruo con espinas. Se presumió que esa caricatura tenía el apoyo de la Biblia.

En Isaías, en una profecía contra Babilonia, se menciona una criatura que un día, se nos dice, vagará por la ciudad caída y desierta. La palabra hebrea para este animal o criatura es *sair* -que significa una cabra salvaje- pero pocos sabían lo que significaba en aquel entonces. Es así que en algunas traducciones tempranas de la Biblia se le llamó un "sátiro", que era una de las figuras de la mitología, en parte humana y en parte bestia. Se supuso que la Biblia estaba describiendo una criatura como la figura popular de Satanás, y así se reivindicó la práctica medieval. En tiempos modernos, con la misma falta de apoyo bíblico, el demonio ha sido

concebido como el tentador sofisticado de la leyenda de Fausto o como se lo describe en la obra de teatro y la película estadounidense *Damn Yankees*.

Como el demonio de la ficción es tan increíble, no resulta nada sorprendente que millones no crean en él. Pero esto es un error. De acuerdo a las palabras de Jesús, el demonio existe, y existen sus seguidores. Por eso es que les advirtió a sus discípulos que debían orar: "Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del (malo)" (Mt. 6:13).

UN SER CAÍDO

El demonio también es un ser caído, como nos enseñó Jesús en Juan 8:44. Jesús nos mostró desde qué altura había caído Satanás ("no ha permanecido en la verdad") y hasta qué profundidad había descendido ("es mentiroso, y padre de mentira" y "él ha sido homicida desde el principio"). Jesús también dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Le. 10:18).

Este punto también es muy rechazado por los hombres y las mujeres, incluso por los que creen en el demonio. Es así como, en lugar de creer en Satanás como una forma depravada de lo que antes fue, prefieren considerarlo como un héroe, como el campeón del hombre caído. John Milton, si bien no glorificó a Satanás, sin embargo, contribuyó a forjar esta idea. Si bien es cierto que en las primeras líneas de su gran poema épico, *El Paraíso Perdido*, Milton describe como Satanás cayó del cielo y luego anticipa su juicio final, gran parte del primer libro de este poema épico está dedicado a describir los esfuerzos heroicos de Lucifer por ascender de las profundidades del infierno y hacer algo de su supuesto nuevo reino. Milton escribe de una manera tan brillante que es hasta posible simpatizar con Satanás. Si leemos las Escrituras obtendremos una impresión muy distinta.

Para comenzar, Satanás nunca ha estado en el infierno y no controla el infierno. La Biblia nos dice que Dios creó el infierno, preparándolo para el demonio y sus ángeles, y que Satanás un día acabará allí.

La Biblia también nos describe a Satanás como habiendo sido una vez "lleno de sabiduría, y acabado de hermosura". Se nos dice que estuvo "en Edén, en el huerto de Dios" que era "perfecto" en todos sus caminos desde el día que fue creado, hasta que se halló "maldad" en él (Ez. 28:12-15).

En Isaías se nos narra cómo Satanás cayó por su soberbia, que se expresó en el deseo arrogante de reemplazar a Dios. Satanás dijo: "Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo". Pero Dios le responde,

como resultado de su pecado: "derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo" (Is. 14:13-15). Este no es sin duda el retrato de un ser heroico sino de un ser caído. Es un ser frente al cual toda persona debería volverse horrorizada.

Satanás ha sembrado calamidad en la raza humana. Es un homicida y el autor de múltiples homicidios, como Jesús les dijo a sus oyentes. El primer crimen luego de la Caída de Adán y Eva fue un homicidio; como resultado de la Caída, Caín asesinó a su hermano. También leemos que Satanás entró en Judas para que entregara a Cristo en manos de sus enemigos para que éstos pudieran matarle (Jn. 13:2). La historia de Satanás está escrita con sangre.

También está escrita con engaño, porque es mentiroso, como lo dijo Cristo. Satanás le mintió a Eva -"No morirás" (Gn. 3:4)-. Pero Eva murió. En Iera. Reyes leemos que unos espíritus mentirosos (probablemente demonios) fueron a los profetas de Acab para que no subiera contra los sirios y cayera en Ramot de Galaad (1 R. 22:21-23). En Hechos, se nos dice que Satanás entró en Ananías para que mintiera sobre el precio de su propiedad, y como resultado, Ananías murió (Hch. 5:3). Satanás todavía miente en la actualidad. Por lo tanto, debemos considerarlo como muy peligroso, mentiroso y malvado; pero por sobre todo, como un pecador y un fracaso. Pecó porque fracasó y no pudo ser fiel a su llamado.

UN SER LIMITADO

Por último, Satanás es un ser limitado. Es decir, no es omnisciente, como Dios sí es; no es omnipotente, como Dios sí es; y no es omnipresente, como Dios sí es. Si Satanás ha sido un homicida desde el principio, su vida ética está limitada. Deberá ser sometido a juicio, evidentemente su poder también es limitado. Si bien debemos ser conscientes de Satanás y ser precavidos, no debemos caer en la equivocación de considerar al tentador como el equivalente malvado de Dios.

Satanás no es omnisciente. Dios conoce todo sobre todas las cosas, pero Satanás no. Por encima de todo, Satanás no conoce el futuro. Sin duda que Satanás puede adivinar mucho sobre el futuro, porque conoce la naturaleza humana y las tendencias históricas. Las así llamadas revelaciones de los medios y de los adivinos -cuando no son totalmente un engaño- estarían dentro de esta categoría. Pero no brindan un conocimiento verdadero sobre lo que ha de acontecer. Por eso es que sus predicciones son muy vagas y generales y hacen agua por todos lados. En un determinado momento, Dios afirmó esto como un desafío a los dioses falsos diciendo: "Alegad por vuestra causa, dice Jehová; presentad vuestras pruebas, dice el Rey de Jacob. Traigan, anunciénnos lo que ha de venir... sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses; o al menos haced bien, o mal, para que tengamos qué

contar, y juntamente nos maravillemos. He aquí que vosotros sois nada, y vuestras obras vanidad; abominación es él que os escogió" (Is. 41:21-24).

Satanás tampoco es omnipotente. Por lo tanto no puede hacer todo lo que quiera hacer y, en especial en el caso de los creyentes, sólo puede hacer lo que Dios le permita hacer. El ejemplo más claro es el de Job, que estuvo seguro hasta que Dios bajó el cerco que había construido para rodearlo con su protección. Sin embargo, los propósitos de Dios eran valederos y no dejó que Job pecara.

Satanás no es omnipresente, lo que implica que no puede estar en todos lados al mismo tiempo, tentando a todos. Dios es omnipresente. Dios puede ayudar a todos los que le llaman, y a todos al mismo tiempo. Pero Satanás sólo puede tentar uno por vez, u operar mediante uno o más de esos ángeles, ahora convertidos en demonios, que cayeron junto con él. La consecuencia más interesante de este hecho es que posiblemente Satanás nunca nos haya tentado a nosotros, ni a los que están a nuestro alrededor. Incluso en la Biblia encontramos muy pocas personas que fueron directamente tentadas por Satanás. Tenemos a Eva, por supuesto. Cristo fue tentado. Pedro fue tentado. El demonio entró en Ananías para que mintiera sobre el precio de su propiedad. Y eso es casi todo. En una ocasión Pablo puede haber sido estorbado por Satanás (1 Ts. 2:18); pero en otra ocasión fue sólo un mensajero de Satanás el que lo abofeteó (2 Co. 12:7). De manera similar, unos demonios menores se opusieron a que un ángel le trajera una revelación a Daniel (Dn. 10:13,20). Y, aun cuando pueden haber habido un gran número de huestes de demonios rodeando a Eliseo en Dotan -s: bien fueron superados en número por las huestes de Jehová- no se nos dice que estuviera incluido Satanás (2 R. 6:16-17).

Aunque los cristianos no debemos nunca ignorar ni subestimar a Satanás y sus estratagemas, tampoco debemos sobreestimarlos. Por sobre todo, nunca debemos concentrarnos tanto en Satanás que dejemos de mirar a Dios. Dios es nuestra fortaleza y nuestra ciudadela. Dios le fija los límites a Satanás Dios nunca permitirá que los cristianos sean tentados más allá de lo que puedan resistir, y siempre proveerá una vía de escape para que podamos soportar la tentación (1 Co. 10:13). Son respecto a Satanás, su fin será el lago de fuego (Mt. 25:41).¹⁰²

CAPITULO 18: LA PROVIDENCIA DE DIOS

¹⁰² Este material sobre Satanás lo he tomado prestado de parte del capítulo cincuenta y dos ("That Other Family", Juan 8:41-50) De Mi Libro, The Gospel Of John, Vol. 2

ES POSIBLE QUE NO HAYA NINGÚN TEMA SOBRE LA DOCTRINA cristiane de Dios que suponga tanto conflicto como la concepción del mundo contemporáneo sobre la providencia y la doctrina de la providencia de Dios. La providencia significa que Dios no ha abandonado al mundo que creó, sino que obra dentro de la creación administrando todas las cosas "de acuerdo al inmutable consejo de su propia voluntad" (Confesión de Fe de Westminster, V, i). El mundo en general, por el contrario, aun cuando ocasionalmente puede llegar a reconocer que Dios fue el Creador del mundo, tiene la certeza que no interviene ahora en los asuntos terrenales. Muchos creen que no es posible que ocurran milagros, que las oraciones no son respondidas y que la mayoría de las cosas suceden de acuerdo al funcionamiento de unas leyes impersonales e inmodificables.

El mundo plantea que la maldad está en todas partes. ¿Cómo puede ser la maldad compatible con el concepto de un Dios que es el bien y que gobierna activamente este mundo? Un mundo donde abundan los desastres naturales: los incendios, los terremotos, las inundaciones. Desastres que formalmente se conocen como "actos de Dios". ¿Debemos culpar a Dios porque ocurren? ¿No sería más conveniente pensar que él simplemente ha dejado que el mundo siga su propio curso?

Cuando seguimos esta línea de especulación las respuestas se dan en dos niveles. Primero, aun desde una perspectiva secular, el desarrollo de esta línea de pensamiento no es tan obvio como parecería a simple vista. Segundo, no es la enseñanza que tenemos en la Biblia.

EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LA NATURALEZA

La idea de un Dios ausente no es tan obvia con respecto a la naturaleza, la primera de las tres áreas principales creadas por Dios, y que ya hemos analizado. La gran interrogante sobre la naturaleza, que fuera hasta planteada por los primitivos filósofos griegos y que también hoy se plantean los científicos contemporáneos, es ¿por qué la naturaleza opera según determinados patrones y al mismo tiempo está en continuo cambio? Nada es nunca lo mismo. Los ríos fluyen, las montañas se elevan y descienden, las flores brotan y se marchitan y mueren, el mar está siempre en constante movimiento. Empero, en cierto sentido todo permanece igual. La experiencia de la naturaleza de una generación es similar a la experiencia de miles de generaciones que la han precedido.

La ciencia busca explicar esta uniformidad haciendo referencia a las leyes de la probabilidad o las leyes del movimiento browniano (según la cual las partículas se mueven en distintas direcciones por azar). Pero estas explicaciones son insuficientes. Por ejemplo, de acuerdo con esas mismas leyes de la probabilidad es bastante posible que en determinado instante todas las moléculas de un gas o un sólido (o la gran mayoría de las moléculas) se muevan en la misma dirección en lugar de moverse en cualquier dirección por azar; en dicho caso, esa

sustancia dejaría de ser lo que es y las leyes de la ciencia con respecto a ella no serían operantes.

¿De dónde es posible que provenga esta uniformidad si no proviene de Dios? La Biblia nos dice que esta uniformidad proviene de Dios cuando nos habla de Cristo como "quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder" (He. 1:3) y nos dice que "todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:17). El punto que tenemos que tener presente es que la providencia de Dios subyace debajo del mundo ordenado que conocemos. Esa fue la idea primaria en las mentes de los autores del Catecismo de Heidelberg cuando definieron la providencia como "el poder de Dios, siempre presente y que todo lo puede, mediante el cual todavía sostiene como si fuera en sus manos al cielo y la tierra con todas sus criaturas, y gobierna de manera tal que las hojas y la hierba, la lluvia y la sequía, los años de abundancia y los años de escasez, el alimento y la bebida, la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza, y todo lo demás, nos llegan no por azar sino de su mano paternal" (Pregunta 27). Quitemos a la providencia de Dios de la naturaleza, y -no sólo desaparece todo sentido de seguridad- el mundo desaparece; el cambio sin sentido pronto sustituirá al orden.

Lo mismo es cierto con respecto a la sociedad humana. También aquí vemos gran diversidad y cambio. Pero, nuevamente, nos encontramos con patrones para la vida humana y límites fuera de los cuales, por ejemplo, a la maldad no le es permitido acceder. Pink observa, en su estudio sobre la soberanía de Dios:

Para desarrollar este argumento, supongamos que cada hombre llega a este mundo provisto de una voluntad que es absolutamente libre, y que es imposible obligarlo o coaccionarlo sin destruir su libertad. Digamos que cada hombre posee un conocimiento del bien y del mal, que tiene la posibilidad de elegir uno u otro, y que es enteramente libre de hacer su opción y continuar su camino. ¿Entonces, qué? Deducimos que el hombre es soberano, porque hace lo que le place y es el arquitecto de su propio futuro. Pero en dicho caso no podemos tener la seguridad de que muy pronto el hombre rechace el bien y elija el mal. En dicho caso no hay nada que nos garantice que la raza humana en su totalidad cometa un suicidio moral. Si se desplazan todas las restricciones divinas y el hombre queda absolutamente libre, e inmediatamente desaparecen todas las diferencias éticas, el espíritu del barbarismo prevalecerá en el universo y el caos será completo.¹⁰³

Pero esto no es lo que ocurre. Y la razón por la cual no sucede es que Dios no deja que sus criaturas tengan el ejercicio de una autonomía absoluta. Son libres, pero tienen límites. Además, Dios con perfecta libertad también interviene directamente, cuando lo desea, para ordenar sus voluntades y sus acciones.

El libro de los Proverbios contiene muchos versículos vinculados a este tema. Proverbios 16:1 nos dice que aunque el individuo pueda debatir en su interior sobre qué es lo que dirá, es Dios quien determinará lo que hable: "Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua". En Proverbios 21:1 el mismo principio se aplica a los afectos humanos, usando las disposiciones del rey como ejemplo: "Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina". Las acciones también están bajo la égida de la providencia de Dios. "El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos" (Pr.16:9). Lo mismo sucede con los resultados de nuestras acciones. "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá" (Pr. 19:21). Y en Proverbios 21:30 tenemos todas estas ideas resumidas: "No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová".

De la misma manera, Dios ejerce su gobierno sobre el mundo de los espíritus. Los ángeles están sujetos a sus órdenes expresas y se regocijan cuando son llamados a cumplir su voluntad. Los demonios, aunque en rebelión, todavía están sujetos a los decretos de Dios y a su mano poderosa. Satanás no pudo tocar a Job, el siervo de Dios, sin la autorización de Dios, e incluso con su permiso, Dios le fijó ciertos límites que no podía sobrepasar: "He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él" (Job 1:12); "He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida" (Job 2:6).

EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LAS PERSONAS

El punto que más debería interesarnos, sin embargo, no es el gobierno de Dios sobre la naturaleza o sobre los ángeles. Debería ser cómo opera la providencia de Dios en los seres humanos, y especialmente cuando decidimos desobedecerle.

No habrá, por supuesto, ningún problema con la providencia de Dios en los asuntos de los hombres, si los hombres le obedecen. Dios simplemente declara lo que quiere que se haga, y se realiza -voluntariamente-. ¿Pero qué sucede cuando desobedecemos? ¿Y qué sucede con el número tan grande de personas no regeneradas que aparentemente nunca obedecen a Dios voluntariamente? ¿Acaso Dios les dice: "Bueno a pesar de vuestra desobediencia yo les amo y no deseo insistir sobre nada que les resulte ingrato; olvidémonos de mis deseos"? Dios no opera de esa manera. Si lo hiciera, no sería soberano. Por otro lado, Dios no siempre dice: "Lo haréis; y, ¡os aplastaré para que lo hagáis!" ¿Qué sucede cuando decidimos no hacer lo que él quiere que hagamos?

La respuesta básica es que Dios ha establecido leyes para que gobiernen la desobediencia y el pecado, de la misma forma que ha establecido leyes que gobiernan el mundo físico. Cuando las personas pecan, por lo general creen que lo hacen según sus términos. Pero Dios les dice, en efecto: "Cuando desobedezcan, lo harán según mis leyes y no las propias."

En el primer capítulo de Romanos tenemos un ejemplo general sobre esto. Luego de haber hecho una descripción sobre cómo el hombre natural no puede reconocer a Dios como el verdadero Dios, ni lo puede adorar ni agradecer por ser el Creador, Pablo nos muestra cómo dicha persona toma un sendero que la aleja de Dios y que la lleva a sufrir nefastas consecuencias, incluyendo su propia degradación. "Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:22-23).

Y luego viene la parte más interesante de este capítulo. Tres veces en los versículos siguientes leemos que por causa de su rebelión "Dios los entregó". Estas palabras son terribles. Pero cuando nos dice que Dios los entregó, no nos dice que Dios los entregó a la nada, como si simplemente los hubiera soltado de su mano y los hubiera dejado a la deriva. En cada uno de estos casos nos dice que Dios los entregó a algo: en el primer caso, "a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos" (vs. 24); en el segundo caso, "a pasiones vergonzosas" (vs. 26); y en el tercer caso, "a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen" (vs. 28). En otras palabras, Dios permitirá que los infieles sigan su propia camino, pero en su sabiduría ha determinado a dónde han de dirigirse, según sus reglas y no las suyas propias.

Cuando no controlamos nuestros enojos ni nos preocupamos por nuestra presión, el resultado son úlceras o presión sanguínea alta. El final del camino de una vida de libertinaje son vidas arruinadas y enfermedades venéreas. El orgullo es autodestructivo. Estas leyes espirituales son el equivalente de las leyes científicas que rigen el mundo físico de la creación.

Este principio se cumple para los no creyentes, pero también se cumple para los creyentes. En el Antiguo Testamento, la historia de Jonás nos enseña cómo un creyente puede desobedecer a Dios, con tanta determinación que es necesaria una intervención directa de Dios en la historia para que se vuelva sobre sus pasos. Pero cuando un creyente desobedece, sufre las consecuencias que Dios, ya ha establecido en las leyes que gobiernan la desobediencia. Jonás había sido encomendado a llevar un mensaje de juicio a Nínive. Era similar a la Gran Comisión que ha sido encomendada a todos los cristianos, porque se le dijo "Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella: porque ha subido su maldad delante de mí" (Jon. 1:2). Pero Jonás no deseaba cumplir con el mandato de Dios, de la misma manera que muchos cristianos contemporáneos tampoco desean cumplir con el llamado divino. Y fue así que tomó en dirección contraria, embarcando en un barco desde Jope, en la costa de Palestina, hacia Tarsis, que posiblemente fuera un puerto en la costa de España. ¿Tuvo éxito Jonás? De ningún modo. Ya sabemos lo que le sucedió. Tuvo problemas cuando Dios tomó medidas drásticas para hacerlo volver. Después de haberlo tenido Dios tres días en el vientre de un gran pez, Jonás decidió obedecer a Dios y ser su misionero.

EL FLUJO DE LA HISTORIA

Hasta aquí, nuestro estudio nos ha revelado varias actitudes propiamente cristianas hacia la providencia. Primero, la doctrina cristiana es personal y moral, no es ni abstracta ni amoral. Esto la hace completamente diferente de la idea pagana del destino. Segundo, la providencia es una operación específica. En el caso de Jonás, se ocupó de un hombre en particular, una nave, un pez y de una revelación de la voluntad de Dios en el llamado a Nínive.

Pero existe algo más que debemos decir con respecto a la providencia de Dios. Tiene un propósito; es decir, está orientada con un fin. La historia real existe como tal. El flujo de los acontecimientos humanos está yendo a algún lugar, no es meramente estático o sin significado. En el caso de Jonás, el flujo de la historia lo condujo eventualmente, si bien con renuencia, al trabajo misionero y la conversión del pueblo de Nínive. Si tomamos un panorama más amplio, la historia fluye hacia la glorificación de Dios en todos sus atributos, principalmente en la persona de su Hijo, el Señor Jesucristo. La Confesión de Fe de Westminster encierra esta idea en la definición de la providencia; "Dios, el gran Creador de todas las cosas, sustenta, dirige, dispone y gobierna a todas las criaturas, las acciones y las cosas, desde la mayor hasta la menor, según su más santa y sabia providencia, de acuerdo con su infalible presciencia, y el libre e inmutable consejo de su voluntad, para la alabanza de su gloria en su sabiduría, poder, justicia, bondad y misericordia" (V, i).

El flujo de la historia que conduce a la glorificación de Dios también es para nuestro bien. Porque "sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28). ¿Cuál es nuestro bien? Evidentemente, hay muchos "bienes" que podemos disfrutar ahora, y están incluidos en este versículo. Pero en un sentido más cabal, nuestro bien es entrar en el destino para el cual fuimos creados: ser conformes a la imagen de Jesucristo y así "glorificar a Dios, y gozarlo para siempre". La providencia de Dios nos conducirá allí.

Cuando hablamos del "bien" estamos introduciendo el tema del "mal". Y como el versículo de Romanos nos dice que "todas las cosas les ayudan a bien" a los que son llamados por Dios, la pregunta que surge inmediatamente es si el mal está incluido entre estas cosas. ¿El mal está sujeto a la dirección de Dios? Sería posible interpretar el versículo de Romanos 8:28 como significando que todas las cosas coherentes con la justicia ayudan a bien a los que aman a Dios. Pero a la luz de todas las Escrituras esto sería diluir el texto sin ningún justificativo. Todas las cosas, incluyendo el mal, son usadas por Dios para lograr sus buenos propósitos en el mundo.

Existen dos áreas donde debemos considerar el uso que Dios hace del mal para el bien. Primero, está la maldad de otros. ¿Ayuda ésta para el bien del creyente? La Biblia nos responde que "Sí" en varias oportunidades. Cuando el hijo de Noemí, un israelita, se casó con

Rut, una moabita, este matrimonio era un pecado porque era contrario a la voluntad revelada de Dios. Los judíos no se casaban con los gentiles. Sin embargo, este matrimonio permitió que Rut conociera a Noemí y que, por lo tanto, estuviera expuesta al verdadero Dios, y que cuando llegará el momento de elegir, eligiera servirle. "Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios" (Rut 1:16). Cuando Rut enviudó, se casó con Booz. A través de su nuevo esposo, Rut entró en la línea de descendencia del Señor Jesucristo, el Mesías (Mt. 1:5).

David fue una persona que tuvo que sufrir mucho por los pecados de otros contra él, incluyendo los pecados de sus propios hijos. Pero al ver cómo Dios obraba en él por medio de estas experiencias, pudo apreciar la mano de Dios en su sufrimiento y expresar su fe en los salmos. Estos salmos han sido de inconmensurable bendición para millones de personas.

Oseas tuvo que sufrir la infidelidad de su mujer, Gomer. Pero Dios utilizó su experiencia para crear uno de los libros más hermosos, conmovedores e instructivos del Antiguo Testamento.

Pero el más grande ejemplo de cómo los pecados de otros ayudan para el bien del pueblo de Dios lo tenemos en el pecado que se derramó sobre el Señor Jesucristo. Los líderes contemporáneos con Cristo lo odiaban por su santidad y deseaban eliminar su presencia de sus vidas. Satanás obró por su odio para golpear a Dios, animándoles a que trataran al Cristo encarnado sin misericordia. Pero Dios hizo que esto obrara para nuestro bien, que la crucifixión de Cristo obrara para nuestra salvación. En ningún caso Dios fue responsable de la maldad, aunque estaban involucrados el pecado humano y el pecado de Satanás. En ningún caso Dios participó del pecado. Jesús mismo dijo con respecto a Judas: "A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado!" (Mt. 26:24). Y antes ya había dicho: "...porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo" (Mt. 18:7). Sin embargo, si bien Dios no tuvo ninguna parte con el pecado, obró por su intermedio para el bien, de acuerdo con sus propósitos eternos.

La otra área donde debemos considerar el uso que Dios hace del mal para cumplir sus propósitos es nuestro propio pecado. Este punto es más complicado de apreciar, porque el pecado también produce nuestra infelicidad y ciega nuestros ojos de modo que no podemos ver cómo actúa Dios. Pero el bien también está involucrado. Por ejemplo, los hermanos de José le tenían envidia porque José era el hijo preferido de su padre. Fue así que conspiraron contra él y lo vendieron a un grupo de mercaderes madianitas que lo llevaron a Egipto.

Allí, José trabajó como esclavo. Con el tiempo, fue puesto en prisión por causa de las acusaciones injustas de una mujer desairada. Luego, llegó a ejercer el poder, el segundo de Faraón, y por su intermedio se almacenó el grano durante los siete años de prosperidad para los subsiguientes siete años de sequía y hambre. Durante ese período, sus hermanos que también estaban padeciendo hambre vinieron a Egipto y fueron ayudados por José.

¡Fueron ayudados por el mismo que ellos habían rechazado! El resultado estaba bajo el control de Dios, como José luego les explicó: Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros. Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales ni habrá arada ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación. Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios. (Gn. 45:4-8).

Cuando su padre murió, los hermanos creyeron que ahora José se vengaría. Pero otra vez José calmó sus temores diciéndoles: "No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo" (Gn. 50:19-20). Hubo mucha maldad en el corazón de los hermanos. Pero Dios usó su maldad no solamente para salvar a otros sino también para salvar sus propias vidas y las vidas de sus mujeres y sus niños.

LA RESPONSABILIDAD HUMANA

Siempre existirán los que al escuchar esta verdad inmediatamente digan que lo que se está enseñando es que los cristianos pueden pecar impunemente. Esta acusación ya fue esgrimida contra Pablo (Ro. 3:8). Pero no se está enseñando nada que se le parezca. El pecado es siempre pecado; y tiene consecuencias. La maldad sigue siendo maldad, pero Dios es más grande que la maldad. Esta es la clave. Dios ha tomado ciertas determinaciones y logrará sus propósitos no importa lo que se interponga.

La providencia de Dios no nos relega de nuestra responsabilidad. Dios obra a través de diversos medios (por ejemplo, la integridad, el trabajo duro, la obediencia, la fidelidad del pueblo cristiano). La providencia de Dios no nos libera de la necesidad de hacer juicios sabios y de ser prudentes. Por otro lado, sí nos libera de la ansiedad que podemos sentir en el servicio de Dios. "Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe" (Mt. 6:30). La doctrina de la providencia, lejos de ser motivo para la autocomplacencia, el compromiso, la rebelión o cualquier otro pecado, es en realidad un suelo firme para la confianza y un incentivo a la fidelidad.

Calvino nos ha dejado sabios consejos sobre este tema. Como consecuencia de este conocimiento podemos tener gratitud en nuestras mentes por el resultado favorable de todas las cosas, paciencia en la adversidad, y estar increíblemente ajenos a toda preocupación con respecto al futuro. Por lo tanto, cuando el siervo de Dios sea prosperado o cuando se cumplan los deseos de su corazón, todo se lo atribuirá a Dios, haya sentido la beneficencia de Dios por



medio del ministerio de los hombres, o haya sido ayudado por criaturas inanimadas. Así razonará en su mente: ciertamente es el Señor quien les ha inclinado su corazón hacia mí, quien los ha ligado a mí para que sean instrumentos de su bondad.¹⁰⁴

Cuando el cristiano tenga este marco de referencia en su mente dejará de quejarse en determinadas circunstancias y crecerá en el amor y el conocimiento de Jesucristo y de su Padre, quien nos hizo y ha planificado y logrado nuestra salvación.

CAPITULO 19: LA CAÍDA

EL TEMPLO DE APOLO EN DELFOS, ENCLAVADO SOBRE UNA MONTANA escarpada en una remota región de Grecia, tenía una inscripción que resumía la sabiduría del mundo antiguo: gnóthi seauton ("conócete a ti mismo"). Estas palabras contienen la opinión profundamente sentida que, como más tarde lo expresara Alexander Pope, "el estudio debido de la humanidad es el hombre". Es decir, nuestra sabiduría consiste en cuan preciso y profundo sea nuestro conocimiento.

En un cierto nivel, el cristianismo no tiene nada que argumentar contra este análisis, si se tiene en mente que el conocimiento de uno mismo siempre conlleva un conocimiento recíproco y personal con el Dios que nos hizo. Y ese conocimiento de Dios siempre involucrará el reconocimiento de nuestra necesidad personal y de la salvación que sólo él trae. Lo que el cristianismo niega es que sea posible conocernos a nosotros mismos sin tomar en consideración a Dios; en otras palabras, sin tener en cuenta la revelación que Dios ha hecho de sí mismo a nuestras mentes y conciencias. Es cierto que podemos conocer mucho sobre el hombre, entendiendo como tal tanto al varón como a la mujer. Podemos estudiar nuestra composición química y emocional. Podemos observar cómo funcionamos. Pero no podemos conocer cómo es el hombre en sí mismo. No podemos determinar qué es lo que hemos de ser o por qué repetidas veces quedamos corto de lograr ese ideal, prescindiendo de su revelación. Por eso es que, como bien lo ha expresado Reinhold Niebuhr, al comienzo de *The Nature and Destiny of Man*, "el problema más acuciante del hombre siempre ha sido el hombre".¹⁰⁵

¹⁰⁴ Calvino, *Institutos*, Pp. 219-220.

¹⁰⁵ Reinhold Niebuhr, *The Nature And Destiny Of Man*, Edición En Un Volumen De Las Conferencias Gifford Sobre "La Naturaleza Humana" ("Human Nature") "El Destino Humano" ("Human Destiny") (New York: Charles Scribner's Sons, 1949), Parte 1, P 1

En este capítulo lo que nos deberá concernir fundamentalmente será la perspectiva bíblica sobre la raza humana. Esta será más comprensible si se la contrapone a las dos concepciones más importantes que predominan en nuestra cultura.

CONCEPCIONES SOBRE LA HUMANIDAD

La primera de estas concepciones sobre el hombre es el punto de vista de los clásicos, o sea, el enfoque predominante en el mundo grecorromano. Estas concepciones del hombre, si bien con algunas variantes entre los distintos pensadores, tenían sin embargo una idea subyacente: como la característica más elevada del ser humano consiste en el nous o su facultad de razonamiento, la persona deberá ser entendida en primer lugar a partir de esa particularidad. El ser humano piensa o razona; y eso, de acuerdo con Platón, Aristóteles y otros pensadores griegos, es lo que lo diferencia del resto del mundo visible. En Aristóteles el nous es algo que nos llega principalmente desde fuera. En Platón, el nous es la característica más elevada del alma. Pero en ambos pensadores la razón es el elemento crucial, donde radica la singularidad de las mujeres y los hombres.

Las consecuencias de haber otorgado tal valor singular a la razón son bien conocidas. Primero, ese énfasis tiende a deificar la razón, convirtiéndola en el elemento divino en el ser humano. La justificación para dicha deificación descansa en la característica esencial de la razón: su habilidad para elevarse por encima de lo que observa, para evaluar, criticar, formar, crear. Cada una de estas características puede visualizarse como teniendo un carácter "semejante a Dios". Una segunda consecuencia de la supremacía clásica de la razón es el dualismo resultante, donde el cuerpo se convierte en algo malo. Si la mente es buena, la materia es mala; surgiendo así el eterno conflicto entre el espíritu y la mente por un lado, y la carne y la materia por el otro; dando forma a las expresiones más claras del arte, el teatro y la filosofía griega.

Otra vertiente del pensamiento griego, manifiesta más claramente en las religiones de misterio, concebía la naturaleza humana en términos mecanicistas materialistas -pero no era ésta la visión predominante de la antigüedad. Hay otros dos hechos que se pueden apreciar en la concepción clásica, como lo señala Niebuhr en su análisis. Primero, que existe un optimismo básico en el enfoque clásico. Si la razón es buena y el hombre es esencialmente razón, entonces el hombre es esencialmente bueno. Está vinculado a lo divino en el nivel más fundamental de su personalidad y no hay ningún defecto posible allí.

Segundo, que existe una extraña pero innegable nota trágica en esta concepción clásica. Es así que en La Ilíada de Homero aparece Zeus diciendo que "de entre todas las cosas que se arrastran y respiran sobre la tierra, no hay nada, a mi entender, más piadoso que el hombre". O como afirma Aristóteles que "no haber nacido es lo mejor, y la muerte es mejor que la

vida".¹⁰⁶ Este pesimismo que todo lo invade está particularmente marcado en las tragedias griegas. Ellas tratan al hombre como víctima de las circunstancias o de su propia y trágica debilidad, ninguna de las cuales puede cambiar. El mundo clásico no vislumbró ningún significado en la historia.

Una variante de la concepción clásica está dada por una de las concepciones del hombre que rivalizan en la cultura moderna: el racionalismo. En concordancia con los principales pensadores griegos, los modernos expositores de esta concepción ponen el énfasis en la supremacía de la razón para diferenciarnos del resto de la creación y suponen que en lo profundo de nuestro ser somos esencialmente buenos. Pero el elemento trágico, tan claramente percibido por los griegos y los romanos está ausente. Esta falta no significa que los modernos consideren al hombre realmente mejor que lo creían los antiguos ni que el hombre se haya vuelto mejor a través de los siglos, sino que los pensadores modernos son extrañamente renuentes a enfrentarse a la realidad. La teoría de Georg Friedrich Hegel sobre el devenir de la historia, pasando por la tesis, la antítesis y la síntesis, no da cabida para ninguna detención o regresión por causa del pecado humano. Lo mismo es cierto sobre el materialismo dialéctico de Karl Marx y la evolución biológica de Charles Darwin. Cada una de estas teorías supone una progresión sin fin e inevitable. Luego de dos guerras mundiales y en la actual situación de inestabilidad internacional, existe una enorme dificultad para mantener un optimismo ilimitado. Se hace necesario tomar en consideración las guerras, el odio, el hambre, la enfermedad y las revueltas sociales. Sin embargo, la concepción moderna predominante es que todos estos problemas serían factibles de resolución si la razón tuviera la oportunidad de ser utilizada en toda su capacidad.

Sólo unos pocos pensadores perceptivos están conscientes que el problema radical, de esta y de todas las edades, no está solo en las circunstancias o en la falta de educación sino en la naturaleza misma del ser humano. La facultad racional es importante, como lo entendieron los griegos, pero no es ni divina, ni perfecta. Y el cuerpo, aunque caído, es como la mente de un valor inestimable. Estos pensadores entienden que en todas las partes de nuestro ser somos simplemente menos que lo que podríamos ser.

En el mundo moderno sin embargo, hay otra perspectiva sobre el hombre que compite, y con creciente éxito, con la concepción clásica. Está relacionada con la ya mencionada concepción minoritaria de los antiguos, reflejada en las religiones de misterio y en pensadores tales como Heráclito, Pitágoras y Epicuro. Según esta concepción, el hombre es esencialmente cuerpo o materia más que mente o espíritu. Esto significa que el universo en su totalidad, incluyéndonos a nosotros, es mecanicista. No existe nada que no sea materia. No hay ninguna mente universal, ni ninguna razón suprema con la que relacionarnos y que dé forma

y dirección a la vida humana. En consecuencia, la vida es inevitablemente el devenir de unas leyes básicas pero impersonales.

El mundo moderno tiene diversas expresiones de esta concepción mecanicista. Una es la posición determinista de Charles Darwin según la cual la evolución se desarrolla según las leyes de selección natural. Otro ejemplo es el comunismo, que percibe la historia como el devenir de unas leyes económicas y rígidas y la lucha de clases. La psicología basada en la terapia del comportamiento de B. F. Skinner de la Universidad de Harvard también cae en esta categoría. Obviamente, como en el mundo de la antigüedad, existen muchas y diversas variantes entre aquellos que sostienen una naturaleza materialista de las cosas, pero están juntos en su apego a un naturalismo esencial y amoral. El hombre es un animal -ese es el argumento y un animal es sólo una maquinaria excesivamente compleja.

Muchas personas no pueden contentarse con este tipo de naturalismo, así como no pueden contentarse con la versión moderna de la perspectiva clásica. Es más, están atrapadas en un dilema que los lleva a una profunda perplejidad. Niebuhr lo analiza así:

Si el hombre insiste en que es un animal de la naturaleza y que no debería pretender ser más que un animal, que obviamente lo es, de cualquier modo está tácitamente admitiendo que es una clase de animal muy curioso que tiene tanto la tendencia como la capacidad para tales pretensiones. Si, por el contrario, insiste en su lugar singular y diferenciado en la naturaleza, señalando sus facultades racionales como prueba de su especial supremacía, generalmente existe en sus votos de singularidad una nota de ansiedad que refleja un sentimiento inconsciente de parentesco con los animales.¹⁰⁷

Nada en la vida moderna puede explicar nuestra naturaleza a no ser las verdades del cristianismo, ya que tanto la grandeza como la tragedia del hombre exceden el entendimiento de nuestra cultura. Sentimos que somos más que materia. Sentimos que hemos sido hechos a imagen de Dios, para ser sus acompañantes, pero también estamos conscientes que hemos perdido esa imagen y que el vínculo que debería existir entre nosotros y el Creador ha sido quebrado. Es por eso que "debajo de la sonrisa perpetua de la modernidad yace una mueca de desilusión y cinismo".¹⁰⁸

¿Dónde deberíamos comenzar nuestro esfuerzo por alcanzar nuestro conocimiento? Formalmente, debemos comenzar con la Biblia, porque es allí donde Dios nos revela nuestra verdadera condición (al menos de acuerdo con las convicciones del cristianismo). Más específicamente, debemos comenzar con análisis bíblico de la Caída del hombre, porque allí,

¹⁰⁷ *Ibíd.*, P. 1.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, P. 121.



por encima de todo, no sólo vemos al hombre en su intención primaria sino que también vemos en qué se convirtió luego por el pecado.

LA INFIDELIDAD

De acuerdo con los capítulos iniciales de Génesis, cuando Dios colocó al hombre y a la mujer en el Edén para ser los regentes de la tierra, les entregó el máximo de libertad, de autoridad y de dominio posible que podía dar a unos seres creados. Les confió el gobierno de la tierra. Y no había ninguna limitación sobre cómo lo habrían de ejercer, con excepción del tema del árbol de la ciencia del bien y del mal, del cual no habrían de probar -como símbolo de su pendencia de Dios-. Muchas tonterías se han imaginado a propósito de dicho árbol. Se lo ha llamado un manzano y a la manzana, la fruta prohibida, sin ninguna justificación bíblica. Un autor hasta ha conjeturado que el fruto era la uva y el pecado era haber hecho vino. Esto es ridículo. Otros conciben el fruto como el sexo, un punto de vista que muestra a las claras la culpa apenas reprimida con que muchos de nuestros contemporáneos encaran este tema, pero que no sirve de ningún modo para comprender el libro de Génesis. Sabemos que ese no era el significado del árbol, ya que Dios mismo instruyó a la primera pareja para que se fructificaran y multiplicaran aun antes de advertirles sobre el fruto de la ciencia del bien y del mal (Gn. 1:28). Es más, la orden de multiplicarse formaba parte del don original dado al hombre y a la mujer para que dominaran sobre toda la tierra.

¿Qué simboliza, entonces, el fruto? No es difícil responder. El fruto es el símbolo tangible del hecho que el hombre y la mujer, aun cuando tenían una enorme autoridad y dominio sobre la tierra, eran sin embargo criaturas de Dios; disfrutaban de su libertad y ejercían su dominio como resultado de un don gratuito de Dios. El fruto era una limitación, para recordarles que no eran Dios pero que eran responsables ante él. Qué tipo de fruto era no tiene ninguna importancia. No sabemos durante cuánto tiempo Adán y Eva vivieron en el huerto de Edén antes de la Caída, aunque Génesis pareciera dar la impresión que el ataque de Satanás fue muy temprano, antes de que se hubieran afirmado determinados patrones de obediencia. Indudablemente Satanás había oído la advertencia divina, "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Irrumpe ahora Satanás -aparentemente en forma inmediata, para sugerir que Dios no es benevolente y que no es posible confiar en su palabra.

Lo que está en juego en la tentación de Satanás a Eva es la palabra de Dios. Las primeras palabras de Satanás terminan con un signo de interrogación buscando arrojar dudas sobre la veracidad de Dios: "¿Conque Dios os ha dicho...?" (Gn. 3:1). Son los primeros signos de interrogación en la Biblia. Por supuesto que en el original hebreo no hay ningún tipo de signo

de puntuación pero la pregunta en el pensamiento hacen que los signos de interrogación sean apropiados en nuestra Biblia. "¿Conque Dios os ha dicho...? ¿Ha dicho Dios realmente qué...?" La naturaleza del pecado está en esta especulación.

Es interesante tomar nota de las palabras exactas de Satanás, porque la oración continúa especificando cuál es el asunto que Satanás está cuestionando. "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" Pero, por supuesto, eso no fue lo que Dios había dicho. Dios les había dicho: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Satanás cambia la invitación positiva de Dios a comer de cualquier árbol (con una sola excepción) en una prohibición negativa que hace dudar sobre la bondad de Dios. ¿Podemos entender lo que está sucediendo aquí? Dios les da al hombre y a la mujer la posibilidad de disfrutar de toda la creación, con una excepción -y aún esa prohibición es explícita al hacer referencia a la pena que conlleva-. Satanás sugiere que Dios es esencialmente prohibicionista, que no es bondadoso y que no desea lo mejor para sus criaturas.

La mujer al principio no concuerda con este argumento. Pero la pregunta astuta de Satanás la coloca a la defensiva y le responde con una correcta (o esencialmente correcta) reiteración de lo que Dios había dicho, concluyendo con la advertencia: "pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis" (Gn. 3:3).

A esta altura Satanás contesta con una negativa tajante: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (Gn. 3:4-5). ¿Qué es lo que está en juego en esta negativa? ¿Es la comida? ¿Son las manzanas? ¿Son las borracheras? ¿Es el sexo? ¿Es la libertad? No es ninguna de estas cosas. El punto medular en esta primera parte de la tentación es simplemente la integridad de la palabra de Dios. Habiendo comenzado arrojando dudas sobre la benevolencia de Dios, de la que la primera pareja no tenía por qué dudar, Satanás ahora abiertamente contradice la veracidad de Dios. El punto central es si Dios dice la verdad. Luego se nos dice que la mujer miró el fruto y "era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría", y comió de él. Es más, le dio a su marido, y él comió también.

Aquí tenemos, entonces, la primera revelación de la naturaleza del pecado y de qué es lo que básicamente está mal con la humanidad. El pecado es infidelidad. Es dudar de la buena voluntad y la veracidad de Dios, conduciéndonos inevitablemente a un acto de rechazo tajante. Hoy en día vemos esto con claridad en dos instancias: primero, en la multitud de negativas absolutas del registro de la palabra de Dios en la Biblia, aun por parte de teólogos y pastores; y segundo, en el casi instintivo intento del hombre y la mujer por culpar a Dios por la tragedia humana.



En un episodio de All in the Family¹⁰⁹, Archie Bunker está discutiendo sobre el cristianismo con Michael, su yerno, que es ateo, porque Archie quiere bautizar al hijo de Michael y éste no quiere saber nada de eso. Están discutiendo sobre varios puntos no muy relevantes. Finalmente, Michael le pregunta: "Contéstame esto, Archie. Si Dios existe, ¿por qué el mundo está en este estado tan calamitoso?".

Archie no sabe qué responder. Por un momento se queda sin palabras y luego trata de evitar contestar dándole un giro más liviano a la conversación. Dirigiéndose a su esposa, Edith, le dice: "¿Por qué tengo que contestar siempre yo Edith? Dile a este tonto por qué, si Dios creó el mundo, el mundo está como está". Edith contesta: "Bueno, supongo que es para que apreciemos más el cielo cuando llegemos ahí".

Cualquier pensador honesto admitirá que el problema de la maldad es crucial y del que surgen algunas interrogantes que nunca podremos contestar cabalmente en este mundo. Cómo pudo entrar la maldad en un mundo creado por un Dios que es bondad es difícil de contestar. Por qué Dios permite que la maldad exista aun por un corto tiempo, como obviamente lo permite, también escapa a nuestro entender. Pero hay algo que sí podemos decir y es que la maldad es culpa nuestra, no importa cuáles sean los motivos que Dios tenga para tolerarla. En el incidente de All in the Family parece que nunca se les ocurre a Michael, Archie o Edith (ni a ninguno de los guionistas) que esto es así.

Antes de admitir esta verdad sencilla pero incómoda, la gente dice, como ya lo había dicho H. G. Wells, que vista la maldad que existe en el mundo debemos llegar a la conclusión que Dios tiene el poder pero nosotros no le importamos, o que le importamos pero no tiene suficiente poder. O quizá no existe. Estas aseveraciones no alcanzan a percibir que la causa del problema está en nosotros, nos ciegan y no nos permiten ver la solución de Dios para el pecado por medio del Señor Jesucristo.

LA REBELDÍA

Nada de lo que hemos dicho hasta ahora, sin embargo, llega al hecho más importante sobre el pecado. Lo más importante sobre el pecado lo aprendemos en la caída del hombre, Adán, donde nunca se sugiere que la caída fue debida al engaño de Satanás. La caída de la mujer fue el resultado de los argumentos de Satanás. Ella cayó de buena fe, había logrado creer que el árbol de la ciencia del bien y del mal la haría sabia, y quería que ella y su marido disfrutaran de esa bendición. Eva se equivocó y pecó en su error. Pero su equivocación, aunque seria, no fue tan reprehensible ni llegó a los extremos que vemos en el caso de Adán. Adán pecó por su actitud de abierta rebeldía contra Dios. Esta diferencia la señala el apóstol Pablo en su

interpretación de la Caída. "Y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en la transgresión" (1 Tim. 2:14).

Dios había colocado a Adán y Eva en el huerto para que señorearan sobre la creación (Gn. 1:28) y les había dado los frutos de todos los árboles para que comiesen con excepción de uno. Si lo comían, morirían. Adán, sin embargo, con plena conciencia de lo que estaba haciendo, miró a ese único árbol y dijo: "No me importa si puedo comer de todos los árboles al norte, al este, al sur y al oeste. Mientras este árbol esté aquí para recordarme que no soy Dios, y que no soy plenamente autónomo -mientras esté aquí, ¡lo odio! Así que voy a comer de él y moriré, no importa lo que eso signifique". Si Adán no fue engañado, como lo afirma claramente 1- Timoteo 2:14, entonces pecó con pleno conocimiento de lo que estaba haciendo. Es decir, eligió comer en desobediencia deliberada a Dios. Y la muerte, primero la muerte de su espíritu pero luego la muerte de su alma y su cuerpo, pasaron a toda la raza humana.

La Biblia nunca culpa a la mujer por la Caída del ser humano. Nuestras bromas y mucha de nuestra literatura popular culpan a Eva por habernos hecho pecar -es un ejemplo de machismo- pero en las Escrituras no hay ninguna palabra culpando a Eva. Por el contrario, leemos que "Por cuanto la muerte entró por un hombre... en Adán todos mueren" (1 Co. 15:21-22), y "como el pecado entró en el mundo por un hombre (Adán), y por el pecado la muerte... Si por la trasgresión de uno solo reinó la muerte... Como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (Ro. 5:12, 17,19).

La naturaleza de la Caída de Adán nos enseña algo más que también es importante. El pecado es apostasía, es decir, el no alcanzar algo que ya existía con anterioridad y que era bueno. Es lo opuesto a las intenciones que Dios tiene para la raza humana. Esto se ve en casi todos los sinónimos de pecado que encontramos en las Escrituras: peshá ("transgresión"), chata ("errar al blanco"), shagah ("descarriarse"), hamartia ("insuficiencia") y paraptóma ("ofensa"). Este concepto muestra un alejamiento de una pauta superior o de un estado disfrutado con anterioridad.

Como ya señalamos, en la concepción griega la esencia de la maldad está en la materia, o expresado con más palabras, en la vida de los sentidos. O sea, como indica Emil Brunner: "La concepción del pecado en la filosofía griega... se basa en el hecho que los instintos sensoriales paralizan la voluntad, o al menos la estorban o la suprimen. El mal se debe a la naturaleza dual del hombre".¹¹⁰ Este razonamiento no es del todo errado, ya que no es posible controlar los instintos sensoriales con rapidez. Pero la maldad está en el elemento inferior. Dice Brunner: "La maldad en relación al tiempo debe ser descrita como aquello que 'todavía

¹¹⁰ Emil Brunner, *The Christian Doctrine Of Creation And Redemption: Dogmatics Ii*, Trad. Olive Wyon (Philadelphia: Westminster, 1952), P. 91.

no es bueno' o que 'todavía no ha alcanzado el plano del espíritu' o que 'todavía no' ha sido dominado por el espíritu".¹¹¹ El punto de vista bíblico reemplaza al "todavía no" por el "ya no más". El hombre como la creación, estaba libre de pecado. Dios creó todas las cosas perfectas. Pero el hombre se rebeló contra Dios y la perfección, cayendo fuera de esa naturaleza y destino sublime que Dios le tenía reservado.

Esta es la nota bíblica esencial del pecado. Dice Brunner:

Cuando los profetas le reprochan a Israel su pecado, esta es la concepción decisiva: "Han caído, se han descarriado, han sido infieles. Han despreciado a Dios, han roto el pacto, lo han dejado para ir tras otros dioses, ¡le han dado la espalda!". De manera similar, las parábolas de Jesús nos hablan del pecado como rebelión, como dejando a Dios. El Hijo Pródigo abandona su hogar, y deja a su Padre, le da la espalda. Los Labradores Malvados usurpan los derechos de su señor y toman la tierra que solamente les había sido dada en arrendamiento. En realidad son rebeldes, usurpadores. La Oveja Perdida se ha descarriado del rebaño y del Pastor, se ha perdido.¹¹²

El pecado es rebeldía porque no es el elemento primario. Es solo un elemento secundario. El elemento primario es "la buena y aceptable y perfecta" voluntad de Dios de la que nos hemos apartado y a la que sólo hemos de ser restablecidos por el poder asombroso de la gracia de Dios en Jesucristo.

EL ORGULLO

En nuestro análisis de Génesis 3 nos hemos tomado tiempo para diferenciar el pecado de la mujer del pecado del hombre con el propósito de definir los dos elementos radicales del pecado, "la infidelidad" y "la rebelión". Cuando comparamos el pecado de la mujer y del hombre para buscar similitudes pronto descubrimos otro elemento radical en la naturaleza del pecado: el orgullo.

¿Qué era lo que subyacía en la raíz de la determinación de la mujer para comer del fruto prohibido y dar a probar a su esposo Adán si no era el orgullo? Y, ¿qué subyacía en la raíz de la determinación de Adán para seguir su propio sendero en lugar de la senda que Dios le había indicado, si no era el orgullo? En el caso de la mujer era la convicción de que ella sabía más que Dios qué era lo mejor para ella y su esposo. Dios les había dicho que el comer del fruto de árbol de la ciencia del bien y del mal les traería serias consecuencias. Les traería la muerte. Pero Eva estaba convencida de su propia observación empírica -después que Satanás sembró la duda- que el árbol sería bueno para ella y que Dios estaba equivocado. ¡Qué

¹¹¹ Ibid.

¹¹² Ibid.

arrogancia! En el caso del hombre el mismo elemento está presente. En su orgullo repitió el pecado original de Satanás, diciendo "seré semejante al Altísimo" (comparar con Isaías 14:14).

¡Qué terrible es el orgullo! ¡Cómo invade todo! -porque no desapareció con la muerte del primer hombre y la primera mujer-. El orgullo descansa en la raíz del pecado y de la raza humana. Es el "centro" de la inmoralidad, "el mal mayor"; que "conduce a todo vicio", como nos advierte C. S. Lewis.¹¹³ Nos hace querer ser más de los que somos o lo que podríamos ser y, en consecuencia, nos hace imposible alcanzar el gran destino para el que hemos sido creados.

Entonces, somos caídos. No estamos avanzando, como los actuales exponentes optimistas de la concepción clásica nos señalan. No somos pecaminosos por la propia naturaleza de las cosas, como los antiguos griegos argumentaban. No somos meramente máquinas, como si sujetos a dicho análisis pudiéramos estar exentos de culpa. Somos caídos. Somos infieles, rebeldes, y llenos de orgullo. Como resultado, nuestra única esperanza está en la gracia de Dios que envía un redentor que en vez de ser infiel fue fiel, en vez de ser rebelde fue obediente, en vez de estar lleno de orgullo se humilló a sí mismo "hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2:8).

CAPITULO 20: LOS RESULTADOS DE LA CAÍDA

TAN PRONTO COMO COMENZAMOS A HABLAR SOBRE EL PECADO nos encontramos con un problema. El tema del pecado no nos atrae y además deseamos vernos a nosotros mismos bajo una perspectiva mejor que la que nos presenta la Biblia. Como resultado, inmediatamente buscamos excusarnos a nosotros mismos y a nuestra conducta. En un nivel personal, cuando somos criticados por hacer algo, instintivamente presentamos una defensa, incluso cuando estamos evidentemente equivocados. Decimos: "Tú no tienes ningún derecho a decir tal cosa", o bien, "No fue culpa mía". Posiblemente, hasta haya muchas personas que nunca reconocerán que están equivocadas sobre nada en absoluto.

Antes de proseguir, debemos detenernos y enfrentar esta tendencia inherente a nuestra naturaleza. Debemos vencerla si hemos de conocernos a nosotros mismos y a Dios. Sin un conocimiento de nuestra infidelidad y rebelión, nunca podremos llegar a conocer a Dios como el Dios de la verdad y la gracia. Sin un conocimiento de nuestra arrogancia, nunca podremos llegar a conocer a Dios en su grandeza. Ni tampoco nos llegaremos a él para que

nos provea con la medicina que necesitamos. Cuando estamos enfermos físicamente y sabemos que estamos enfermos, consultamos un médico y seguimos sus prescripciones para curarnos. Sin embargo, cuando no sabemos que estamos enfermos, no buscamos esa ayuda y la enfermedad nos puede conducir hasta la muerte. Lo mismo sucede en el campo espiritual. Mientras pensemos que estamos bien, nunca podremos aceptar la curación divina; creemos que no la necesitamos. Por el contrario, si por la gracia de Dios, tomamos conciencia de nuestra enfermedad -en realidad, se trata de algo mucho más serio que una enfermedad, se trata de la muerte espiritual en lo que concierne a nuestra respuesta significativa a Dios-, entonces hemos sentado la base para un entendimiento de lo que la obra de Dios significa para nosotros, y podemos aceptarlo como nuestro Salvador y ser transformados por él.

EL GRADO Y EL ALCANCE DEL PECADO

Cuando hacemos frente a esta tendencia de la naturaleza humana e intentamos comprender el pecado, debemos ponernos en guardia contra dos tipos de argumento. Estos argumentos están relacionados con el grado y el alcance del pecado. Es decir, ¿qué tan malo es el pecado, en realidad? Y, ¿a quién o a quiénes afecta? Con frecuencia oímos decir -y es posible que a veces lo hayamos dicho nosotros mismos que, si bien algo no está del todo bien, la naturaleza humana no puede ser tan mala como se la describe en la Biblia. Después de todo, se nos dice, los escritores bíblicos eran profetas melancólicos que estaban viviendo una época muy amarga; naturalmente, eran pesimistas. Su mundo estaba lleno de guerras, hambrunas, enfermedad y diversos tipos de penurias económicas. Pero ahora no estamos en el año 2000 a.C. Falta muy poco para el año 2000 d.C. Tenemos motivos de sobra para ser más optimistas. No somos perfectos; eso lo podemos reconocer. Pero, ¿acaso nuestras imperfecciones no son sólo eso, imperfecciones, que deberían ser consideradas simplemente como fallas, defectos o pecadillos de nuestra raza?

Una respuesta posible es que, si la naturaleza humana solamente tiene estas pequeñas fallas, como plantea este argumento, entonces, estas fallas ya deberían haber sido corregidas a esta altura. Una respuesta más seria es que este concepto de "pequeñas fallas" no concuerda con la realidad. La Biblia señala que nuestro estado es desesperado, y esto cualquiera lo puede constatar. En la perspectiva bíblica, el pecado está estrechamente ligado con la muerte, y la muerte es el enemigo mayor y el vencedor inevitable sobre todo. Si tenemos el presentimiento que la inmortalidad es el destino que nos corresponde por derecho, debemos escaparle a la muerte. Pero, todavía más, aparte de esta consideración, la tragedia de la existencia humana es a todas luces visibles para cualquiera que contemple el aumento de las hambrunas, el sufrimiento, el odio, el egoísmo y la indiferencia que imperan en nuestro planeta. La fe cristiana no permanece insensible a estas tragedias, si bien algunos cristianos parecen ser insensibles. Cuando el cristianismo pone el acento sobre cómo el pecado

permeabiliza todos los aspectos de nuestro ser, lo que está haciendo es evaluando realísticamente la situación.

La singularidad de la posición bíblica resulta evidente cuando observamos que durante la larga historia de la raza solamente ha habido tres concepciones básicas sobre la naturaleza humana. Estas pueden ser resumidas en la postura que entiende que el hombre está bien, que el hombre está enfermo y que el hombre está muerto. (Por supuesto que existen diversos matices en las primeras dos concepciones. Los optimistas concuerdan en decir que el hombre está bien, si bien algunos pueden admitir que posiblemente no esté tan bien como podría estar. Los observadores más realistas difieren con respecto a la gravedad de la enfermedad del hombre: aguda, grave, crítica, o fatal.)

Los que sostienen la primera postura, que el hombre está bien, concuerdan que todo lo que el hombre necesita, si es que en realidad necesita algo, es un poco de ejercicio, algunas vitaminas, revisiones médicas anuales, y algunas otras pequeñas cosas más. "Estoy muy bien, Juan" es lo que pregonan los optimistas. Los que sostienen la segunda postura concuerdan sobre la enfermedad del hombre. Algunos hasta llegarán a decir que padecen una enfermedad fatal pero que sin embargo su situación no es desesperada; si es sometido a los tratamientos adecuados, a las drogas prescritas, a los milagros de la medicina espiritual moderna y a la voluntad de vivir, ¿quién es capaz de afirmar lo que ha de ocurrir? Lo que debe hacerse es trabajar con ahínco para sanar nuestras enfermedades. Después de todo, se nos dice, si todavía no se ha encontrado la cura para algunas enfermedades, no todas son incurables, y los problemas que todavía no han sido superados podrían ser resueltos en un futuro cercano. La situación puede ser grave, pero —en fin, "mientras hay vida, hay esperanza". No es necesario llamar a la empresa funeraria.

La postura bíblica es que el hombre no está simplemente enfermo. En realidad, ya está muerto -en lo que respecta a su relación con Dios-. Los hombres están "muertos en (sus) delitos y pecados" (Ef. 2:1), como lo advirtió Dios que estaría cuando Dios mismo predijo las consecuencias del pecado antes de la Caída. "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17).

LA MUERTE DEL ESPÍRITU, EL ALMA Y EL CUERPO

¿Cuál es el grado de nuestro pecado? Al considerar esta pregunta sería de mucha ayuda recordar la naturaleza tripartita de nuestro ser, como vimos en el Tomo Uno.¹¹⁴ Allí señalé que cuando la Biblia nos dice que hemos sido creados a imagen de Dios, lo que quiere significar es que hemos sido creados como una trinidad, de manera análoga a como Dios es

una Trinidad. Dios existe en tres personas: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Sin embargo, Dios es Uno. De la misma forma, cada uno de nosotros somos una trinidad, creados como un cuerpo, un alma y un espíritu. Sin embargo, cada uno somos también una sola cosa.

El ser humano creado por Dios era perfecto con respecto a su espíritu, su alma y su cuerpo, era el punto más elevado de toda la creación. Pero la Caída afectó cada una de las partes de su magnífica naturaleza tripartita. Para ser más específicos, su espíritu murió, porque se interrumpió la comunión con Dios; su alma comenzó a morir, porque comenzó a mentir, a engañar y a matar; y su cuerpo finalmente ha de morir, porque, como Dios dijo: "...pues polvo eres, y al polvo volverás" (Gn. 3:19).

En el campo del espíritu, las consecuencias del pecado de Adán fueron instantáneas y totales. Cuando el espíritu murió, la comunicación con Dios se interrumpió. Esto lo comprobamos con Adán que huyó de la presencia de Dios cuando Dios vino a buscarlo en el huerto. En un lenguaje contemporáneo esto se describe como alienación, alienación de Dios, y es el primer resultado de la muerte espiritual que nos sobrevino como consecuencia del pecado. John Stott la designa como "la más espantosa de todas las consecuencias del pecado". "El destino más elevado para el hombre es conocer a Dios y tener una relación personal con Dios. El derecho principal para reclamar este rango tan noble es que fue hecho a imagen de Dios y por lo tanto tiene la posibilidad de conocerle. Pero este Dios, cuyo propósito inicial fue que le conociéramos, y a quien deberíamos conocer, es un Ser moral", y nosotros somos pecadores. En consecuencia, "nuestros pecados no nos permiten ver la cara de Dios, tan efectivamente como las nubes no permiten atravesar los rayos del sol... No tenemos ningún tipo de comunicación con Dios. Estamos 'muertos en (los) delitos y pecados' (Ef. 2:1) que hemos cometido".¹¹⁵

Los resultados de esta alienación de Dios son totales. Nos ha sumergido en un estado del cual no es posible encontrar el camino de regreso a Dios si no contamos con la ayuda del Espíritu Santo. Este es el significado de Romanos 3:10-12. El apóstol Pablo escribe en ese pasaje: "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles".

Es importante comprender que cada uno de los tres términos principales empleados en Romanos 3:10-12 -la justicia, el entendimiento y la búsqueda están definidos con respecto a nuestra relación con Dios. Si no lo comprendiésemos así, estaríamos distorsionando las enseñanzas de las Escrituras y afirmando algo que no es verdad. Por ejemplo, si no definimos la justicia con respecto a Dios y a su justicia, acabaremos por concluir que no existe nada bueno en nosotros. Pero esto no ocurre cuando consideramos el tema desde un punto de vista

humano. No todas las personas son tan malas como lo podrían ser, y aun los peores entre nosotros tienen lo que podríamos llamar una chispa de bondad. En oportunidades, hasta "los ladrones tienen honor". Pero el pasaje de Romanos no se está refiriendo a esto. Está hablando sobre la justicia como Dios entiende la justicia. Y a partir de esta perspectiva es cierto que "no hay justo, ni aun uno". La muerte del espíritu ha afectado nuestra naturaleza moral profunda y permanentemente.

El pecado también ha afectado nuestro intelecto. Nuevamente, no debemos cometer el error de explicar la expresión "no hay quien entienda" según parámetros humanos, aunque también según ese enfoque las consecuencias del pecado son graves. Los seres humanos tienen mucho entendimiento sobre muchas áreas, y algunos hasta han sobresalido en algunas áreas. Tenemos filósofos, científicos y estadistas. Las palabras de Pablo no niegan este hecho. Lo que están negando es que podamos alcanzar un entendimiento sobre las cosas espirituales sin la participación del Espíritu de Dios, que es el único que puede proveer dicho entendimiento. Esto está claramente expresado en la Corintios cuando el apóstol nos dice: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14).

La tercera área afectada por la muerte del espíritu es nuestra voluntad, como lo analizaremos en mayor detalle en el capítulo siguiente. Se hace referencia a esta área en la expresión "no hay quien busque a Dios". Lo que esto significa no es simplemente que somos incapaces de llegarnos a Dios por causa de nuestro pecado y de su justicia, y que somos incapaces de entenderlo porque sus caminos sólo son discernibles con la ayuda del Espíritu de Dios, sino que, además de eso, ni siquiera deseamos acercarnos a Dios. Nuevamente debemos afirmar que casi todas las mujeres y los hombres están buscando un "dios", un dios construido por ellos mismos que ellos creen que podrá llenar el vacío de sus vidas. Pero lo que no hacen es buscar al verdadero Dios, el Dios que se nos revela a sí mismo en las Escrituras en la persona de Cristo. Jesús dijo: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44).

En la medicina existe una condición conocida como myasthenia gravis en la que los músculos del cuerpo no pueden responder a las señales enviadas desde el cerebro. En un paciente normal, el cerebro envía órdenes a los músculos para que se contraigan, por medio de impulsos eléctricos a través de los nervios que llegan a dichos músculos; estos impulsos eléctricos son recibidos en los músculos en unos aparatos especiales llamados placas motoras terminales. Las placas motoras terminales reciben las señales y las transmiten a lo largo del músculo. Estas placas motoras terminales están ausentes en las personas que padecen myasthenia gravis. Como consecuencia, aunque el cerebro envía las señales correspondientes, estas señales nunca son recibidas por los músculos. Y como los músculos no reciben las señales, no pueden responder y con el tiempo se desintegran.

Esto es una analogía de lo que sucedió en la personalidad humana como resultado de la muerte del espíritu. En el sistema humano, el espíritu debía desempeñar el papel de una placa motora terminal. La función del espíritu era la de recibir las señales enviadas por Dios. Cuando el hombre pecó, sin embargo, la placa motora terminal murió. Como resultado, si bien las señales todavía están siendo enviadas, si bien Dios todavía nos está hablando, las señales no pueden ser recibidas y nuestra vida espiritual se marchita.

Esta ilustración de la myasthenia gravis también nos está sugiriendo una segunda consecuencia de la Caída, ya que afecta al individuo. Cuando el músculo no puede recibir las señales enviadas desde el cerebro, esto implica algo más además que el hecho de que el músculo deja de responder a las órdenes cerebrales. El músculo mismo sufre las consecuencias, ya que en su estado inactivo se desintegra y muere. La muerte del espíritu también afecta al alma, y el resultado es que los hombres y las mujeres se vuelven depravados también en esta área.

Podemos apreciar esto en el caso de Adán y Eva. Después de la Caída y de que Dios se apareciera en el huerto, se nos dice que el hombre y la mujer se escondieron, tratando de evitar el encuentro. Es un claro ejemplo de su alienación de Dios, el primer efecto visible de su pecado. Pero Dios los llamó y los comenzó a interrogar sobre lo que habían hecho. "Adán", le preguntó Dios, "¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?" (Gn. 3:9,11).

Y Adán respondió: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí" (vs. 12). Superficialmente la respuesta de Adán es simplemente una afirmación, y además parece ser cierta. Fue la mujer quien lo convidó con el fruto. Esta mujer le había sido dada por Dios. Pero esto no es todo lo que significa la respuesta del hombre caído. Adán está intentando evitar que la culpa caiga sobre él, donde debería recaer, y está culpando a otra persona. Evidentemente, está intentando culpar a la mujer -no está mostrando mucha caballerosidad de su parte, sin tomar en consideración ni siquiera la virtud de la honestidad-. Pero, además está intentando culpar a Dios. Lo que está diciendo en realidad es que la Caída no habría tenido lugar si Dios no se hubiera equivocado tanto en su juicio como para haberle provisto de Eva.

Eva, de manera similar, también intenta evitar que la culpa caiga sobre ella. Cuando Dios le pregunta: "¿Qué es lo que has hecho?", la mujer le contesta: "La serpiente me engañó, y comí" (Gn. 3:13).

Lo que debería llamarnos la atención es que el buscar culpar a otro es típico de la naturaleza pecaminosa y sirve para ilustrar lo que ocurre una vez que se quiebra el vínculo con Dios. Dios es la fuente de todo bien (Stg. 1:17). Cuando el vínculo con Dios se quiebra, descienden sobre la raza la irresponsabilidad, la cobardía, la mentira, la envidia, el odio y un sinnúmero de

otros males. Para describir esta situación con una terminología contemporánea, como lo hicimos cuando hablamos de alienación, diríamos que estamos frente a un caso de decadencia moral y psicológica.

Pero falta todavía más. Esta desintegración personal produce complicaciones sociales. Es así como otro resultado de la Caída es el conflicto. ¿Podemos decir que la relación entre Adán y Eva fue tan armoniosa como había sido hasta ese momento después que Adán intentó culpar a su mujer por la Caída? Por supuesto que no. Ese fue el comienzo de los conflictos matrimoniales. De manera similar, el deseo de culpar a los demás, la búsqueda del interés propio, y el progreso individualista, generan conflictos entre los individuos, las razas, los estratos sociales, las instituciones y las naciones.

Por último, la muerte del espíritu y del alma, con sus consecuencias tan lamentables, están acompañadas por la muerte del cuerpo también. Cuando Adán pecó, el espíritu murió en ese mismo instante, y como resultado, todos los hombres y mujeres que nacieron con posterioridad a ese momento nacen con lo que podríamos llamar espíritus muertos. El alma comenzó a morir desde ese instante. En esa área, podemos decir que el contagio se está extendiendo, y como resultado somos cada vez más cautivas del pecado. La parte restante de la naturaleza humana, el cuerpo, es la última en morir. La muerte es universal. Pablo hizo mención a este hecho para mostrar el alcance que tiene el pecado: "Así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Ro. 5:12).

EL PECADO ORIGINAL

Tan triste como abrumador que puede resultar este hecho, la muerte del individuo es solamente la mitad del problema del pecado. Además del grado del pecado debemos considerar su alcance. ¿Sólo alcanza a Adán y Eva, y a los que como ellos eligen la rebelión? ¿O acaso alcanza a todos? Podríamos creer que la universalidad de la miseria humana sería razón suficiente para responder con claridad a esta pregunta. Sin embargo, los que rechazan la concepción bíblica sobre la naturaleza del pecado ("No es tan grave como lo describe la Biblia") podrían rechazar este argumento. Podrían argumentar que la corrupción debida al pecado no es verdad para la universalidad de la raza; y además, si todas las personas han sido afectadas por el pecado, esto es debido a circunstancias externas y no a que haya algo intrínseca y universalmente malo en su interior. El intento moderno es ubicar al pecado en la injusticia de las estructuras sociales.

La pregunta queda, entonces, planteada en estos términos: ¿El pecado afecta a todos los seres humanos en el sentido que están inevitablemente involucrados por la trasgresión de Adán y Eva? La respuesta bíblica es clara. Pablo escribe que "por la trasgresión de aquel uno murieron los muchos" (Ro. 5:15); "por la trasgresión de uno solo reinó la muerte" (vs. 17);

"por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres" (vs. 18); "por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (vs. 19); "...en Adán todos mueren" (1 Co. 15:22); "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:23).

Una lectura detenida de estos pasajes de los cuales hemos tomado estos versículos, sin embargo, nos demuestra que están haciendo referencia a algo más que la universalidad del pecado humano. Que todas las personas pecan podría ser afirmado por cualquier escritor secular honesto. Lo que un escritor secular posiblemente no diga, sin embargo, si bien está dicho con toda claridad en la Biblia, es que existe una conexión necesaria entre todas las ocurrencias individuales del pecado. En otras palabras, el asunto no gira en torno al hecho que todas las personas pecan y por lo tanto son pecadores, si bien esto es cierto. El asunto es que todos pecan porque son pecadores. El pecado original de Adán y la culpa por el pecado de algún modo u otro han pasado a toda la raza humana. La concepción bíblica es que Dios encuentra culpable a toda la raza debido a la trasgresión de Adán.

¿Hay algo que la persona natural encuentre más difícil de aceptar que esta doctrina? ¿Ser culpable por imputación? Es difícil imaginarse algo que resulte más ofensivo a las ideas de justicia humana y juego limpio. Por esto es que se ha arremetido en varias oportunidades contra esta doctrina en un lenguaje particularmente abusivo. Se cree que esta doctrina no es digna de Dios, es escandalosa, repulsiva, razón valedera para desprestigiar por siempre a un Dios que opera de esa manera. Algunos creen que se trata de una doctrina tan injusta que no tiene defensa posible. ¿Pero es esto así? Antes de rechazar de plano la doctrina del "pecado original", sería conveniente analizar si no podría representar en realidad la verdadera situación.

La verdad o falsedad de la doctrina del pecado original puede establecerse con la respuesta a la siguiente pregunta, muy sencilla: ¿De dónde proviene el pecado si no es de donde la Biblia nos dice que proviene? Las consecuencias del pecado las vemos en las diversas formas que asume la miseria humana y, en último término, en la muerte. Podemos estar de acuerdo en que en muchos casos esta miseria es el resultado directo de nuestros propios pecados y fracasos. El fumador empedernido en realidad no tiene a nadie a quien culpar por su cáncer al pulmón excepto a sí mismo. El glotón que no come con moderación es el único culpable por la condición débil de su corazón. Pero no se trata sólo del fumador empedernido que desarrolla un cáncer ni del glotón que tiene un corazón débil. También son afectados aquellos que no hacen nada para que tales consecuencias recaigan sobre sí mismos. Los niños, y aun los bebés, sufren. ¿Cómo es posible explicar los defectos de nacimiento, los cólicos, los cánceres en los recién nacidos y otras formas de sufrimiento que padecen los inocentes, si no es según las enseñanzas bíblicas?

En lo que a mí respecta, en el transcurso de toda la historia de las ideas solamente ha habido otras dos respuestas. Una de ellas en realidad ni siquiera es una respuesta, y la otra es inadecuada. La primera respuesta afirma que la maldad es eterna. Es decir, que la maldad ha existido desde el principio, de la misma manera que el bien ha existido desde el principio; por lo tanto, la vida se caracteriza por esta mezcla. Pero el afirmar simplemente que el pecado o la maldad siempre han existido no constituye en realidad una respuesta. Además, como explicación de la realidad ha probado infinidad de veces de ser insatisfactoria porque, cualquiera sea la posición filosófica de una persona, él o ella acabarán inevitablemente por tomar partido por uno u otro lado, por lo general del lado que explica la maldad como una derivación o una corrupción del bien. Pero, no se está explicando la universalidad del pecado.

La otra explicación se la conoce popularmente como la reencarnación, la trashumación o la metempsicosis de las almas. Es la idea que supone que cada uno de nosotros ha tenido una existencia previa y, posiblemente, una existencia anterior a esa y otra con anterioridad, y así sucesivamente. La maldad que heredamos en esta vida se supone que nos viene debido a lo que hemos hecho en encarnaciones anteriores. En defensa de esta perspectiva deberíamos decir que al menos es un intento serio de explicar nuestro estado actual sobre la base de acciones individuales específicas. Por consiguiente intenta satisfacer la idea básica de justicia que todos compartimos, o sea, que cada uno debe sufrir por sus propios pecados y no por los pecados de los demás. Pero como explicación final es claramente insatisfactoria. Porque inmediatamente deseamos preguntarnos: ¿Cómo fue que los individuos hicieron maldades en su existencia anterior? La respuesta provista por la reencarnación lo único que hace es ubicar la pregunta más atrás en el tiempo sin resolver la dificultad.

¿Qué otra respuesta existe? Ninguna, con excepción de la respuesta bíblica la universalidad del pecado es el resultado del juicio de Dios sobre la raza, como consecuencia de la trasgresión de Adán. Adán era el representante de la raza. Nos representaba delante de Dios por lo que, como nos dice Pablo, cuando cayó nosotros caímos con él y fuimos atrapados inevitablemente en los resultados de su rebelión.

UNA CONDENA Y UNA JUSTIFICACIÓN REPRESENTATIVA

Es todavía posible concebir que una persona pueda seguir el argumento cristiano hasta este punto, y estar de acuerdo en que la doctrina sobre el pecado original es la única explicación posible acerca de la universalidad del pecado, tal como la conocemos. Pero él o ella todavía podrían estar enojados contra un Dios que actúa tan injustamente. ¿Tienen razón estos objetores? ¿Aun si el panorama que pinta la Biblia fuera cierto, no deberíamos odiar a Dios quien es tan arbitrario como para juzgar a todos los hombres por la trasgresión de un hombre?

En realidad, el hecho de que Adán haya sido representativo de la raza es una prueba de la gracia de Dios.

En primer lugar, fue un ejemplo de su gracia hacia Adán. Porque no hay nadie que pudiera haber sido mejor calculado para crear un sentido tan elevado de responsabilidad y obediencia en Adán como el saber que lo que él hiciera con respecto a los mandamientos de Dios afectaría a incontables miles de millones de sus descendientes. Podemos apreciar esto incluso en el campo más limitado de la familia humana. Porque, ¿dónde hay un padre, o una madre, que no hayan sido influenciados para bien con el pensamiento que lo que hagan afectará a su descendencia para bien o para mal? Los padres que se inclinan a la bebida es posible que no consuman tanto si saben que sus hijos sufrirán por su alcoholismo. Los padres que tienen oportunidad de robar, es posible que no roben cuando piensen que si fueran, descubiertos lastimarían irremediabilmente a su familia. Del mismo modo, el conocimiento de los efectos de su pecado sobre el resto de la raza humana debe haber actuado como un freno sobre Adán. Debería haber sido un poderoso incentivo para el bien. Si Adán cayó, fue a pesar de la gracia que Dios manifestó hacia él y no como una reacción frente a un decreto absolutamente arbitrario, que hasta podría ser justificado.

Pero todavía más importante, la naturaleza del pecado de Adán es representativa porque nos provee de un ejemplo de la gracia de Dios hacia nosotros, porque sobre la base de esa representación Dios tiene la posibilidad de salvarnos. Pablo dice: "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro. 5:19). Si el lector, o yo, o cualquier ser humano fuésemos como los ángeles, que no tienen familia ni relaciones representativas, y si fuésemos juzgados como fueron juzgados los ángeles cuando cayeron -inmediatamente, individualmente, y por su propio pecado (que es como la mayoría de los hombres y las mujeres creen que les gustaría ser juzgados)- no habría esperanza de salvación, del mismo modo que los ángeles caídos no la tienen. Pero como somos seres que vivimos relacionados y como Dios ha elegido tratarnos de ese modo, tanto con respecto a Adán y a su pecado como con respecto a Jesús y su justificación, es que es posible la salvación. Porque en Jesús los que somos pecadores somos hechos justos. Nosotros que estamos "muertos en los delitos y pecados" podemos ser resucitados espiritualmente.

Las bendiciones de la salvación provienen no de luchar contra los designios de Dios o de odiarlo por lo que consideramos una injusticia, sino cuando aceptamos su veredicto sobre nuestra verdadera naturaleza como seres caídos y con fe nos volvemos a Cristo buscando nuestra salvación.

CAPITULO 21: LA SUMISIÓN DE LA VOLUNTAD

DESPUÉS DE HABER EXPLICADO LA NATURALEZA DEL PECADO sus consecuencias tan radicales y universales sobre la raza, todavía nos falta analizar la sumisión de la voluntad. Es en este punto donde se dan los desacuerdos más agudos y donde se exponen con más claridad los resultados del pecado.

Lutero reconocía la importancia de este tema. Al final de su monumental defensa de la sumisión de la voluntad, luego de demoler los argumentos de "humanista Desiderio Erasmo de Rotterdam, Lutero se dirigió a Erasmo y le felicitó al menos por haber tratado en sus escritos el tema crucial. Lutero escribió: "Os alabo y encomiendo de todo corazón además por este hecho —que sólo vos, a diferencia de los otros, habéis concentrado vuestras fuerzas sobre el tema esencial".¹¹⁶ De manera similar, Emil Brunner nos dice que "el punto decisivo" para el entendimiento del hombre y del pecado del hombre es comprender la libertad y la "no libertad".¹¹⁷

¿Hasta dónde cayó el hombre cuando pecó? ¿O fue sólo un tropiezo? ¿Cayó sólo un poco, pero no tanto como para haber perdido toda esperanza? ¿O cayó completamente, tanto que hasta ni siquiera es capaz de buscar a Dios y obedecerle? ¿Qué es lo que la Biblia significa cuando nos dice que estamos "muertos en nuestros delitos y pecados"? ¿Quiere afirmar que estamos realmente muertos con respecto a cualquier posibilidad de responder a Dios o elegirle? ¿O es que todavía tenemos la capacidad al menos de responder a Dios cuando se nos hace el ofrecimiento de la salvación? Si podemos responder a estas interrogantes, ¿qué quiere significar Pablo cuando dice que "no hay quien busque a Dios" (Ro. 3:11)? ¿Qué quiere significar Jesús cuando dice que "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44) Si por el contrario no podemos responder, ¿cuál es el significado de tantos otros pasajes en los que el evangelio es ofrecido a los hombres y las mujeres que han caído? ¿Cómo puede ser una persona responsable de no creer en Jesús si él o ella no son capaces de hacerlo?

Todas estas preguntas nos están sugiriendo la importancia de la sumisión de la voluntad. Nos están indicando como las doctrinas sobre el pecado y la depravación, la elección, la gracia y la responsabilidad humana surgirán a partir de las respuestas.

LA HISTORIA DEL DEBATE

La importancia de determinar si la voluntad está sometida o si es libre, está determinada por la historia del dogma cristiano. En el transcurso de la historia de la iglesia varios debates

¹¹⁶ Martin Lutero, *The Bondage Of The Will*, Trad. J. I. Packer Y O. R. Johnston (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, 1957), P. 319.

¹¹⁷ Brunner, *The Christian Doctrine Of Creation And Redemption*, P. 121.



teológicos significativos se han ocupado de este tema. En los primeros años de la iglesia, la mayoría de los teólogos parecían favorecer el libre albedrío; su preocupación era vencer el determinismo atrincherado del mundo grecorromano. Y en un sentido no estaban equivocados. El determinismo no forma parte de la concepción cristiana, pero tampoco sirve de excusa para deslindar responsabilidad con respecto al pecado. Los padres de la Iglesia —Crisóstomo, Orígenes, Jerónimo, y otros— estuvieron en el acierto cuando se opusieron al determinismo. Sin embargo, en su oposición al determinismo fueron deslizándose paulatinamente en una especie de exaltación no bíblica de la capacidad humana que les impidió apreciar la verdadera magnitud de la culpa y el pecado humano. Agustín de Hipona fue quien se levantó para desafiar esa postura y argumentar con fervor a favor de la sumisión de la voluntad, en aquel tiempo fundamentalmente contra Pelagio, su oponente más franco.

La intención de Pelagio no fue negar la universalidad del pecado, al menos en un principio. En ese punto, deseaba permanecer ortodoxo. Pero era incapaz de apreciar cómo era posible que pudiera existir la responsabilidad en nosotros si no teníamos libre albedrío. Su argumento podría resumirse en que para que exista obligación es necesario que exista capacidad. Si yo debo hacer algo, es necesario que lo pueda hacer. Pelagio argumentaba que la voluntad, en lugar de estar sometida al pecado en realidad es neutral —de modo que en un momento dado o en una situación en particular tengo libre albedrío para elegir el bien y hacerlo.

En su enfoque, el pecado se convirtió únicamente en esos actos, deliberados y no relacionados entre sí, en los que la voluntad elige el mal, y cualquier conexión necesaria entre los pecados y cualquier principio hereditario del pecado dentro de la raza quedó en el olvido. Pelagio además afirmó que: primero, el pecado de Adán no afectó a nadie más que a él; segundo, los que nacieron después de Adán nacieron en la misma condición en que estaba Adán antes de su caída, es decir, una posición de neutralidad con respecto al pecado; y tercero, los seres humanos pueden vivir libres de pecado si así lo desean y pueden hacerlo aun sin tener conciencia de la obra de Cristo y de la operación sobrenatural del Espíritu Santo.

La postura de Pelagio limitaba el verdadero alcance del pecado e inevitablemente conducía a una negación de la necesidad absoluta de la gracia inmerecida de Dios para la salvación. Pero todavía más, aun cuando se predicara libremente el evangelio de la gracia al pecador, lo que en última instancia estaría determinando si él o ella habrían de ser salvos no sería la operación sobrenatural de Espíritu Santo dentro de la persona sino la voluntad personal que podría aceptar o rechazar al Salvador.

En su primera época Agustín también había seguido esta línea de pensamiento. Pero había llegado a la conclusión, que esta perspectiva no hacía justicia ni a la doctrina bíblica sobre el

pecado, que describe al pecado como algo más que unos simples actos aislados e individuales, ni a la doctrina sobre la gracia de Dios, en última instancia el elemento absolutamente determinante de la salvación. Agustín planteaba que, como resultado de una depravación heredada sencillamente no es posible para el individuo dejar de pecar. La frase clave que acuñó fue *non posse non peccare*. Lo que esto significa es que una persona es incapaz de elegir a Dios. Agustín decía que el hombre, habiendo usado su libre albedrío equivocadamente en la Caída, se perdió a sí mismo y perdió su voluntad. Dijo que la voluntad había sido esclavizada de tal manera que no tenía poder para la justicia. Dijo que la voluntad sin duda es libre —de toda justicia— pero está esclavizada al pecado. Dijo que la voluntad es libre para darle la espalda a Dios, pero no para volverse a él.

La preocupación de Agustín era resaltar el hecho de que la gracia era una necesidad absoluta; fuera de la cual nadie podía ser salvo. Además, el tema de la gracia abarca desde el principio hasta el final, no se trata solamente de una gracia "preventiva" o de una gracia parcial a la que el pecador debe añadir su propio esfuerzo. Si así fuese, la salvación no sería enteramente de Dios, el honor de Dios sería disminuido, y el hombre tendría lugar para jactarse en el cielo. Con la defensa de esta postura Agustín se hizo famoso, y la iglesia lo apoyó. Pero con el tiempo, durante la Edad Media, la iglesia nuevamente volvió a deslizarse hacia el pelagianismo.

Más tarde, en ocasión de la Reforma, la misma discusión hizo erupción en diversos frentes. Una confrontación directa tuvo lugar entre Erasmo y Lutero. Erasmo, en un principio, había simpatizado con la Reforma, porque no podía dejar de ver la corrupción de la iglesia medieval y deseaba que esto acabara. Pero Erasmo, que no contaba con el profundo apoyo espiritual de Lutero, fue convencido para que se enfrentara a Lutero. Erasmo decía que la voluntad debe ser libre, y los argumentos que presentaba eran similares a los de Pelagio. Sin embargo, este era un tema que no interesaba demasiado a Erasmo, por lo que aconsejaba moderación aunque se oponía a Lutero.

Pero para Lutero era un tema primordial. Lutero se abocó al tema fervorosamente, para él se trataba de un tema del cual dependía la verdad de Dios. Por supuesto que Lutero reconoció el hecho psicológico que los hombres y las mujeres hacen elecciones. En realidad, es tan obvio que nadie lo puede negar. Pero en el área específica de la elección individual de Dios o la no elección de Dios, Lutero negaba el libre albedrío, tanto como Erasmo lo afirmaba. Hemos sido entregados al pecado, decía Lutero. Por lo tanto, el único papel que nos corresponde desempeñar es humildemente reconocer este pecado, confesar nuestra ceguera y reconocer que no podemos elegir a Dios porque nuestra voluntad está esclavizada, del mismo modo que no podemos agradecerle debido a nuestros sucios actos morales. Nuestro único papel es admitir nuestro pecado y clamar al Dios eterno por misericordia, sabiendo que no lo podríamos hacer

si Dios antes no hubiera estado activo para convencernos de nuestro pecado y conducir nuestras voluntades para llevarnos al Señor Jesucristo en busca de nuestra salvación.

Juan Calvino, Ulrich Zuinglio, Martín Bucero y muchos otros líderes de la Reforma Protestante compartían las mismas convicciones que Lutero. Pero en reacción a la Reforma, la Iglesia Católica Romana en el Concilio de Trento tomó una posición semipelagiana, donde la voluntad humana coopera con la asistencia divina inmerecida en la salvación. Más tarde, en Holanda, Jacobo Arminio los arminianos más radicales retomaron los conceptos de Pelagio de distintas maneras. Hoy en día, posiblemente la mayoría de los cristianos de las distintas denominaciones y las diversas tradiciones teológicas son pelagianas, si bien difícilmente reconocerían sus creencias como tales. ¿Tienen razón? ¿O tienen razón Agustín y los líderes de la Reforma? ¿El hombre ha quedado totalmente arruinado por su caída en el pecado? ¿O su caída no fue completa?

EL "LIBRE ALBEDRÍO" DE EDWARDS

Antes de responder directamente a estas preguntas es importante que consideremos otra contribución teológica a este debate, y que es quizá la más significativa de todas. Corresponde al teólogo y predicador norteamericano Jonathan Edwards. Con respecto a su principal ataque, Edwards deseaba decir lo mismo que ya habían dicho Agustín, Lutero, y Calvino. Pero un detalle interesante en su tratado es que no tiene el mismo título con el que Lutero nombró su gran estudio, La sumisión de la voluntad, sino uno que a primera vista parecería ser el opuesto: "El libre albedrío".¹¹⁸

Es necesaria una explicación. Esta la encontraremos en la contribución singular que Edwards hace a este tema. Lo primero que hizo Edwards fue definir lo que se entiende por voluntad, algo que nadie había hecho hasta ese entonces. Todos habían operado sobre la suposición que todos sabemos lo que es la voluntad. Llamamos voluntad a ese algo en nosotros que realiza elecciones. Edwards definió la voluntad como "aquello por medio del cual la mente elige algo". En otras palabras, lo que elegimos está determinado (según Edwards) no por la voluntad sino por la mente. Nuestras elecciones serán determinadas por lo que pensamos que es el curso de acción más deseable.

La segunda contribución de Edwards fue con respecto a las "motivaciones". Edwards preguntó: ¿por qué es que la mente elige una cosa en particular y no otra? Y respondió que "la mente elige así por las distintas motivaciones". O sea la mente elige lo que piensa que es lo

¹¹⁸ Jonathan Edwards, "A Careful And Strict Inquiry Into The Prevailing Notions Of The Freedom Of The Will", The Works Of Jonathan Edwards, Vol. 1, Revisado Por Edward Hickman, Con Una Memoria Por Sereno E. Dwight (Edinburgh: Banner Of Truth Trust, 1976), Pp. 3-93.

mejor. Edwards desarrolla este punto a lo largo de varias páginas y resulta muy difícil condensar sus argumentos. Pero puedo resumir este punto citando un pequeño libro elemental sobre el libre albedrío, de John Gerstner. Gerstner se dirige al lector en estos términos:

Nuestras elecciones, como personas racionales, se basan en distintas consideraciones o motivaciones que tenemos delante de nosotros en el momento de hacer la elección. Estas motivaciones tienen determinado peso relativo, y las motivaciones a favor y en contra de leer un libro (por ejemplo) son pesadas en la balanza de nuestra mente; las motivaciones de mayor peso serán las que determinen la opción a seguir. Cada uno de nosotros, siendo personas racionales, siempre elegiría lo que a nuestro entender sea lo correcto, lo inteligente, lo aconsejable. Si eligiéramos no hacer lo correcto, lo aconsejable, lo que estamos inclinados a hacer, estaríamos enfermos mentalmente. Estaríamos eligiendo algo que no elegimos. Habríamos encontrado algo preferible que nosotros no preferimos. Pero nosotros, siendo personas racionales y mentalmente sanas, elegimos algo porque parece ser lo correcto, lo apropiado, lo bueno y lo más ventajoso para hacer en las circunstancias.¹¹⁹

Puedo plantear este tema negativamente. Supongamos que cuando nos enfrentamos con una elección determinada no haya ninguna motivación que incida en la elección. ¿No surge, por ende, que la elección resultará imposible y que no será posible tomar una decisión? Supongamos que hay un burro parado en medio de la habitación. A la derecha del burro hay un atado de zanahorias y su izquierda hay exactamente (en la mente del burro) otro atado de zanahorias. ¿Cómo puede el burro elegir entre los dos atados? Si los dos atados son exactamente iguales y no hay ninguna motivación para elegir un atado en lugar del otro, ¿qué le sucederá al burro? ¿El burro se morirá de hambre mientras permanece parado entre los dos atados! No hay nada que lo haga inclinarse hacia un lado o el otro. Si se dirige a un atado u otro, será porque por alguna razón (que nosotros no podemos conocer pero que sin duda es muy clara en la mente del burro) una elección es preferible a la otra. Cuando nosotros elegimos algo lo hacemos sobre esta misma base. Por alguna razón, una opción nos parece buena, y porque nos parece buena es que elegimos lo que elegimos.

La tercera contribución de Edwards fue con respecto al tema de la responsabilidad, el punto que tan profundamente había preocupado a Pelagio. Lo que Edwards hizo aquí, y muy inteligentemente, fue marcar la diferencia que existe entre lo que llamó la incapacidad "natural" y la incapacidad "moral". Podemos ilustrar esta diferenciación de tres maneras. La primera ilustración es mía; la segunda ha sido tomada de las obras de Arthur W. Pink; y la tercera es del propio Edwards.

¹¹⁹ John H. Gerstner, *A Primer On Free Will* (Phillipsburg, N. J.: Presbyterian And Reformed Publishing Company, 1982), Pp. 4-5.



En el mundo animal hay animales que no comen otra cosa que no sea carne: los carnívoros. Hay otros animales que no comen otra cosa que no sean hierbas plantas: los herbívoros. Supongamos que tenemos un león, que es un animal carnívoro, y colocamos delante de él un manojo de heno o de avena. No comerá ni el heno ni la avena. ¿Por qué? ¿Acaso porque es físicamente incapaz de comerlos? No. Físicamente, podría comenzar y masticar el forraje y tragarlo, entonces, ¿por qué no lo come? La respuesta es que no está en su naturaleza hacerlo. Además, si le pudiéramos preguntar al león por qué no come la comida el herbívoro, y si nos pudiera contestar, diría: "No puedo comer esto; lo odio: sólo como carne". Estamos hablando del mismo modo cuando decimos que el hombre natural no puede responder o elegir a Dios en la salvación. Físicamente es posible, pero espiritualmente no es capaz. No puede venir a Dios porque no quiere venir. Y no quiere venir porque en realidad odia a Dios.

Arthur W. Pink hace mención de las Escrituras para ilustrar esta diferenciación. En la Reyes 14:4 ("Y ya no podía ver Ahías, porque sus ojos se habían obscurecido a causa de su vejez") y en Jonás 1:13 ("Y aquellos hombres trabajaron para hacer volver la nave a tierra; mas no pudieron, porque el mar se iba embraveciendo más y más contra ellos") lo que vemos es la incapacidad espiritual. No hay culpa vinculada a ella. Por otro lado, en Génesis 37:4 leemos "Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no podían hablarle pacíficamente". Esto implica una incapacidad espiritual o moral. Por esto eran culpables, como lo indica el pasaje cuando nos explica su incapacidad para hablarle pacíficamente a José y el odio que sentían hacia él.¹²⁰

Llegamos ahora a la ilustración de Edwards. Está hablando sobre los arminianos que plantean que la posición calvinista no es razonable. Edwards dice que no, que los que no son razonables son los arminianos. Que sea el sentido común el que establezca si hay o no diferencia entre estos dos casos: uno, el caso de un hombre que ha ofendido a su príncipe y es puesto en prisión; y después que ha permanecido allí por un tiempo, el rey viene a verlo, lo llama; y le dice que si se inclina delante de él y con humildad pide su perdón, será perdonado y dejado en libertad, y que además será enriquecido y honrado: el prisionero se arrepiente de todo corazón de la necedad y maldad de su ofensa contra el príncipe y está completamente dispuesto a rebajarse y aceptar el ofrecimiento del rey; pero está constreñido por gruesas murallas, con puertas de bronce y barras de hierro. El otro caso se trata de un hombre que tiene un espíritu irracional, es arrogante, ingrato y testarudo; y además, se ha visto involucrado en varios intentos de traición; y su corazón está poseído de una enemistad inveterada y extrema contra su soberano; y por causa de su rebelión ha sido hecho prisionero, y ahí yace, con pesadas cadenas y en circunstancias miserables. Pero finalmente el príncipe teniendo compasión viene a la prisión, ordena que se le quiten las cadenas y que sean abiertas de par en par las puertas de la cárcel; lo llama y le dice que si se inclina delante de él,

reconoce que ha tratado injustamente a su soberano, y pide su perdón, será perdonado, dejado en libertad, y se le asignará un puesto de dignidad y beneficio en la corte. Pero este hombre es tan vanidoso, tan lleno de maldad arrogante, que no puede aceptar este ofrecimiento; su malicia y su orgullo están tan enraizados en su ser que ejercen un dominio perfecto sobre él, lo atan y atan su corazón: la oposición de su corazón lo domina, tiene una influencia sobre su mente que es superior a la gracia y condescendencia del rey, y a todos sus ofrecimientos y promesas. Ahora bien, ¿puede el sentido común afirmar y defender la postura que no existe diferencia entre estos dos casos, con respecto a la culpa que le corresponde a los dos prisioneros?¹²¹

Cuando leemos esta ilustración, nuestro primer instinto es decir que mientras la doctrina de la depravación puede ser cierta en este ejemplo en particular, no es cierta en nuestro caso porque, así decimos nosotros, no somos ni arrogantes ni orgullosos ni estamos enfrentados contra la majestad de Dios. Pero, por supuesto, así es como la Biblia nos describe. Estamos tan enfrentados con Dios que cuando se nos presenta el ofrecimiento del evangelio no lo aceptamos, no porque en un sentido natural seamos incapaces de aceptarlo, sino porque las motivaciones que operan en nosotros son hostiles a Dios.

Cuando examinamos este tema, vemos que lo que no deseamos hacer es venir delante de la presencia de un Dios como el que nos presenta la Biblia. Ese Dios es un Dios soberano; si venimos ante él, debemos reconocer su soberanía sobre nuestras vidas. Y esto no lo deseamos hacer. Venir ante un Dios como el que se nos presenta en la Biblia significa venir ante un ser que es santo; si venimos ante un Dios que es santo, debemos reconocer su santidad y confesar nuestro pecado. Y esto no lo deseamos hacer tampoco. Todavía más, si venimos ante la presencia de este Dios, debemos admitir su omnisciencia, y no deseamos hacer esto. Si viniéramos ante Dios, también deberíamos reconocer su inmutabilidad, porque un Dios que sea digno de llamarse Dios no puede tener atributos que cambien. Dios es soberano, y siempre será soberano. Dios es santo, y siempre será santo. Dios es omnisciente, y siempre será omnisciente. Ese es el mismo Dios que no deseamos. Y por lo tanto no vendremos ante su presencia. Es más, no podemos venir ante él hasta que Dios por su gracia no realice lo que podría calificarse como un milagro en nuestras vidas pecaminosas.

Alguien que no apoya la doctrina reformada podría decir: "¿Pero sin duda la Biblia enseña que cualquiera que desee venir a Cristo puede venir a él? Jesús mismo dijo que todo el que viene a él no sería echado fuera". La respuesta es que, por supuesto, esto es cierto. Pero ese no es el punto en discusión. Sin duda, todo el que quiera podrá venir. Esto es lo que hace que nuestra negativa a venir sea tan irracional y aumente nuestra culpa. ¿Pero quién desea venir? La respuesta es que ninguno, excepto aquellos en los que el Espíritu Santo ya ha realizado la



obra enteramente irresistible del nuevo nacimiento para que, como resultado de este milagro, los ojos espiritualmente ciegos del hombre natural sean abiertos para ver las verdades de Dios y la mente completamente depravada del pecador sea renovada para aceptar a Jesucristo como su Salvador.

NINGUNA DOCTRINA NUEVA

¿Esto es una enseñanza nueva? De ningún modo. Se trata simplemente de la forma más básica y más pura de la doctrina del hombre a la que se adhieren la mayoría de los protestantes y aun algunos católicos (en privado). Los treinta y nueve artículos de la Iglesia Anglicana dicen: "La condición del hombre luego de la caída de Adán fue tal que por sus propias fuerzas naturales y buenas obras no puede volverse a la fe y al llamado de Dios; por lo tanto, no tiene fuerzas para hacer buenas obras, agradables y aceptables para Dios, si no es por la gracia de Dios [o sea, sin que antes él no lo motive], para que pueda tener buena voluntad, y obre en él cuando tenga esa voluntad" (Artículo 10).

El Catecismo Mayor de Westminster declara: "La pecaminosidad del estado en que cayó el hombre, consiste en la culpa por el primer pecado de Adán, la costumbre de la justicia en la que fue creado, y la corrupción de su naturaleza, por lo cual está completamente indispuerto, incapacitado y contrario a todo lo que sea espiritualmente bueno, y enteramente inclinado al mal, y eso continuamente" (Respuesta a la Pregunta 25).

Es importante que cada persona comprenda la sumisión de la voluntad, porque sólo luego de ese entendimiento los seres humanos pecaminosos podrán comprender lo desesperado de su situación y cómo la gracia de Dios es esencial. Si todavía nos mantenemos aferrados a algún tipo de confianza en nuestra propia capacidad espiritual, no importa cuán pequeña sea, nunca nos preocuparemos seriamente de nuestra condición. Podremos saber que necesitamos creer en Jesucristo como nuestro Salvador, pero no habrá ninguna urgencia. La vida es larga. Ya habrá tiempo de creer más adelante. Podremos creer cuando queramos creer, quizá en nuestro lecho de muerte, después que hemos hecho lo que hemos querido con nuestras vidas. Al menos, podemos apostar a esa posibilidad. Por otro lado, si realmente estamos muertos en nuestro pecado, como lo señala la Biblia, y si esa muerte alcanza nuestra voluntad como las demás partes que componen nuestro ser físico y psíquico, entonces nuestra situación es desesperada. Vemos que no hay esperanza para nosotros fuera de la obra sobrenatural y enteramente inmerecida de la gracia de Dios.

Esto es lo que Dios requiere de nuestra parte si hemos de ser salvos de nuestro pecado y venir a él. Él no desea que nos jactemos de la más mínima contribución humana en el asunto de nuestra salvación. Pero si renunciamos a todo pensamiento sobre dicha capacidad, entonces él nos mostrará el camino de salvación por medio de Cristo y nos conducirá a él.

CAPITULO 22: EL PROPÓSITO DE LA LEY DE DIOS

UNA COSA ES AFIRMAR UNA DOCTRINA, Y OTRA MUY DISTINTA ES estar convencido de ella y en consecuencia cambiar nuestra vida. Esto es cierto para el caso de cualquier enseñanza bíblica, pero particularmente es cierto en el caso de la doctrina de la Caída y del pecado humano. Estas enseñanzas son difíciles de entender y no son aceptadas de muy buena gana. Por eso es que pareciera que Dios se esforzara al máximo para convencernos de las mismas.

La ley de Dios, tal como está contenida en la Biblia, es el medio principal por el cual Dios revela que el pecado es pecado y el pecador es un pecador, y esta revelación es el propósito principal de la ley. Existe una idea muy extendida de creer que el propósito de la ley es enseñarnos cómo ser buenos. Pero este punto no es el que la Biblia enfatiza. Aunque es cierto que la ley instruye al malvado para limitar al mal, y que instruye incluso a los fieles cuando expresa la voluntad y el carácter de Dios, de modo de animarlos a vivir la vida cristiana; sin embargo, el propósito primordial de la ley es convencernos de que somos pecadores y que tenemos necesidad de un Salvador. Su propósito es señalarnos la figura del Salvador.

Alguien ha dicho que a la vista de Dios somos pecadores de tres maneras. Somos pecadores por nacimiento (de Adán hemos heredado el pecado y su culpa), por elección (voluntariamente repetimos el pecado de nuestros antepasados), y por veredicto divino. Es por la ley que este decreto nos alcanza. La ley es el estándar de Dios con el que no podemos cumplir. Por eso es que la ley nos condena o nos conduce al Salvador.

DEFINIENDO LA LEY

¿Qué es la ley de Dios? Esta pregunta no es fácil de responder como podríamos suponer en una primera instancia. El concepto de ley es complejo y difícil de aprender. Podemos comenzar a tener una idea del problema cuando recurrimos a los diccionarios. Por ejemplo, en el Oxford English Dictionary figuran unas veintitrés definiciones de la palabra ley. El Webster's New Collegiate Dictionary, un diccionario más limitado, presenta nueve significados, y un párrafo extenso con sinónimos. Bajo los significados bíblicos sugiere los siguientes: "la ley judía o mosaica como contenida en el Hexateuco (el Pentateuco y Josué) y en Ezequiel 40 a 48" y, en el uso cristiano, "el Antiguo Testamento".

Lo que nos concierne a nosotros en este estudio es el significado bíblico, pero aun así el tema no es simple. Hay mucha variedad tanto en el uso que se hace en el Antiguo Testamento

como en las ideas particulares al Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, la palabra ley en su uso más simple y limitado se reserva para "el libro de la ley", que se identifica con el libro del Deuteronomio o, más específicamente, con el Decálogo o los Diez Mandamientos que constituyen el corazón de dicho libro. Se nos dice que la ley fue escrita sobre unas piedras levantadas por Israel después de que el pueblo cruzara el río Jordán al comienzo de la conquista (Dt. 27:2-3), y que fue guardada dentro del arca del pacto dentro del tabernáculo. Luego, la palabra se refirió en un sentido más amplio a los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, el Pentateuco, también llamado Tora. Este sería el significado de la ley cuando se utiliza en los libros históricos para hacer referencia a la ley escrita con anterioridad a ellos comparar (1 Cr. 16:40; 22:12). Es evidente que el concepto se amplió de manera continua. La expresión "la ley y los profetas" que con tanta frecuencia aparece en el Nuevo Testamento, pero que ya estaba en uso desde hacía tiempo, sugiere que la ley es todo el Antiguo Testamento, con excepción de los libros proféticos. En realidad, en los Salmos, la palabra pareciera ir más allá todavía y denotar la revelación divina en general (Sal. 1:2; 19:7-9; 94:12).¹²²

En las referencias exclusivas del Nuevo Testamento, en particular en los escritos de Pablo, estos cuatro significados del Antiguo Testamento son a veces ampliados y en otras ocasiones definidos más estrictamente. Así, por un lado, ley puede significar un único estatuto de la ley, como en Romanos 7:3 -"pero si su marido muriere, es libre de esa ley". Pero por otro lado, puede referirse a un principio de la ley tan amplio que hasta los gentiles pueden tomar conciencia de ella. Leemos así que "Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos" (Ro. 2:14). En los escritos polémicos de Pablo, ley puede incluso referirse al principio de la ley por el cual nadie puede ser justificado (Gá. 2:15-16; 3:2,5).

¿Qué puede querer significar el hecho que tengamos tanta variedad de definiciones con respecto al uso que la Biblia hace con la palabra ley? Si las distintas definiciones fueran intrínsecamente contradictorias, significaría que la Biblia no nos provee de una definición universalmente aceptada de la ley. Pero no hay ninguna contradicción. Por el contrario, un estudio cuidadoso nos revela que cada autor es consciente de un concepto general sobre la ley divina, formativa e importante, un concepto del que emanan las definiciones menores y que provee de significado a las definiciones más específicas. En otras palabras, lo que en realidad importa es que a pesar de sus expresiones particulares tan diversas, la ley es una expresión del carácter de Dios y por lo tanto se trata de una unidad, porque él es una unidad. Este

¹²² Comparar el artículo sobre Nomos ("Ley") En El Theological Dictionary Of The New Testament, Ed. Gerhard Kittel Y Trad. Geoffrey W. Bromiley, Iv (Grand Rapid Mich.: Eerdmans, 1967), Pp. 1022-85, En Especial Las Páginas 1044-46.

enfoque bíblico además está basado en el hecho que la palabra ley nunca es utilizada con respecto al Tora oral ni con referencia a ninguna otra forma de tradición meramente humana.

LIMITANDO AL MAL

¿Por qué fue entregada la ley escrita? Ya hemos sugerido dos respuestas a esta pregunta; convencernos del pecado y señalarlos al Señor Jesucristo como el Salvador. Ahora analizaremos cada una de ellas más atentamente.

A primera vista se podría pensar que la ley del Antiguo Testamento no, tiene ninguna relación con todos aquellos que no pertenecen al pueblo elegido de Dios. Se podría argumentar que la ley fue dada a Israel, y no a todas las naciones en general. Esto sería un error, por dos motivos. En primer lugar, estaría, pasando por alto el hecho de que no todos los que pertenecían a Israel eran salvos; se trataba siempre del remanente más que del pueblo en su totalidad. Sin embargo, salvos o no, estaban bajo lo que para ellos era al menos una ley civil, que prohibía determinadas cosas y asignaba determinadas penas. En segundo lugar, estaría pasando por alto la similitud que hay entre la ley de Israel y las mejores leyes de las naciones gentiles de la antigüedad. Esta similitud está indicando que si bien la ley del Antiguo Testamento es la expresión más pura del carácter santo de Dios, el carácter de Dios también ha sido expresado en la conciencia moral general (aunque en una forma degradada). Es así que vemos que existe algo semejante a una conciencia y una necesidad universal de la ley moral. Por lo tanto, también para los que no son cristianos hay algún tipo de valor en la ley, además de la obra del Espíritu por medio de la cual son traídos al arrepentimiento del pecado y a la fe en Cristo.

EN ESTE SENTIDO ES QUE EL PROPÓSITO DE LA LEY ES LIMITAR EL MAL.

Como dice Calvino, una "función de la ley es... que el temor al castigo modere a ciertos hombres que permanecen indiferentes a cualquier cuidado sobre lo que es justo y correcto si no son coaccionados por las amenazas de la ley", y añade que "esta rectitud coaccionada y limitada es necesaria para la comunidad pública de los hombres, para la tranquilidad de los cuales el Señor a así provisto cuando se preocupó de que todo no fuera tumultuosamente confundido".¹²³

Pablo parece referirse a esta función de la ley cuando le escribe a Timoteo: "conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los

homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina" (1 Ti. 1:9-10).

Estos y otros versículos están indicando que la ley es semejante a una correa que impide que las furias salvajes y destructivas de nuestra naturaleza pecaminosa excedan el límite impuesto por la extensión de la correa. Pero si de esto se trata, entonces tenemos un corolario: la ley no es lo principal en la revelación que Dios hace de sí mismo a la humanidad. La ley ha sido dada por causa del pecado, como dice Pablo (Ro. 5:20, Gá. 3:19). La ley es buena, por cuanto es una expresión del carácter de Dios. Pero no es la base para la relación que Dios desea que exista entre sus criaturas y él. Se trata de algo interino. Es así que cubo un tiempo cuando no existió la ley, y habrá un tiempo cuando ya no habrá más necesidad de que opere.

REVELANDO EL MAL

Una segunda función de la ley es revelar al pecado como pecado y al pecador como pecador. La ley ha sido dada para acabar con la hipocresía del corazón humano, que constantemente se imagina que está perfecto delante de Dios, y postrar su corrupción. Pablo escribe: "Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás (Ro. 7:7). Y también escribe: "... a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso" (Ro. 7:13).

Hay breves resúmenes de la ley a lo largo de toda la Biblia. Una persona en cierta ocasión preguntó a Jesús cuál de todos los mandamientos era el más importante. Y Jesús le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt. 22:37, una referencia a Dt. 6:5). Y a continuación, agregó: "Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt. 22:39, una referencia a Lv. 19:18). Esta condensación de la ley la coloca por encima de ceremonias y regulaciones, en su lugar lo que hace es afirmar la relación que debe existir entre cada persona y Dios, y entre una persona y el resto de las personas. Ambas relaciones están caracterizadas por el amor. Es ahí donde descansa nuestro deber. Pero nosotros no amamos a Dios con todo nuestro corazón y nuestra alma y nuestra mente, ni tampoco amamos a nuestros prójimos como a nosotros mismos.

En el Antiguo Testamento, el gran resumen de la ley lo encontramos en el Decálogo, en Éxodo 20:1-17 y en Deuteronomio 5:6-21. Estudiaremos estas leyes con más atención en el capítulo siguiente. Pero aquí es válido señalar que nunca nadie las ha cumplido perfectamente. Podemos aproximarnos a ellas con la intención de cumplirlas. Pero si somos sinceros y realmente examinamos nuestros corazones a la luz de lo que encontramos en estas leyes, estamos perdidos. Una mitad del Decálogo trata nuestra relación con Dios, del mismo modo que lo hace la elección del primer mandamiento que realiza Cristo. Nos dice que debemos adorarlo sólo a él, que no hemos de tener ídolos (ni físicos ni mentales), que no

hemos de tomar su nombre en vano, que hemos de mantener el día de reposo. Pero nosotros no somos obedientes, ni tampoco fueron obedientes los judíos a quienes la ley fue dada en particular y con solemnidad. La segunda mitad del Decálogo nos habla de la relación que deberíamos tener con nuestros semejantes, en concordancia con la elección que Cristo hace del segundo mandamiento. Nos dice que hemos de honrar a nuestros padres, no matar, ni adulterar, ni robar, ni mentir, y que ni siquiera hemos de desear lo que le pertenece a otro. Pero no nos comportamos de esta manera. En consecuencia, la ley expone nuestro pecado y nos reduce a una posición de impotencia delante de Dios.

Esta función que la ley tiene, de exponer el pecado, se demostró históricamente cuando fue entregada. En el mismo momento que Moisés se encontraba en el monte de Sinaí recibiendo los mandamientos, el pueblo a quien estaban dirigidos estaba en el valle practicando las mismas cosas que Dios estaba prohibiendo. Es una demostración mordaz de como la justicia de Dios nunca puede ser alcanzada por los seres humanos.

A esta altura algunos podrían argumentar que es injusto que Dios pretenda que vivamos de acuerdo a sus estándares de justicia. Por lo tanto, se podría argumentar que en lugar de estar hablando sobre el primer y el más grande mandamiento, o sobre el segundo mandamiento, o incluso sobre los primeros diez mandamientos, deberíamos ceñirnos a algo de acuerdo a la Regla de Oro: "Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mt. 7:12). ¿Acaso Jesús mismo no dijo que "esto es la ley y los profetas"? Como contestación debemos decir que si la intención de esta objeción es rebajar los estándares de Dios, entonces no corresponde, es imposible y tonta. Dios tiene derecho a los estándares más elevados -en realidad, no tiene la posibilidad de tener otro tipo de estándares y es basado en esos estándares que seremos juzgados, lo consideremos justo o no. Pero aparte de esta consideración, podemos también responder que en realidad no importa cuál es el estándar por el que queremos ser juzgados; la misma Regla de Oro nos condena también, porque en realidad no hacemos con los demás como quisiéramos que ellos hicieran con nosotros.

¿Y qué con respecto a estándares aun menores? ¿Qué con respecto al estándar mínimo de "juego limpio"? ¿Por qué no sólo tratar a los demás de manera imparcial? ¿Pero lo hacemos? ¿Siempre tratamos a las demás personas con la misma medida de imparcialidad que aplicaríamos si estuviéramos pensando en su relación con nosotros? Hacernos esta pregunta es contestarla. Todos sabemos que no nos comportamos de esta manera, al menos no todo el tiempo. En consecuencia, podemos concluir que la ley, asuma la forma que asuma, desde su expresión más elevada a su más mínima expresión, está exponiendo nuestro pecado y trayendo una justa condenación sobre el pecador. La ley es semejante a un espejo, como señala Calvino, donde "contemplamos nuestras debilidades, luego la iniquidad que surge de

ellas, y finalmente la maldición que emana de ambas -de la misma manera que un espejo nos refleja las manchas de nuestra cara"¹²⁴

Pablo dice: "Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Ro. 3:19-20). La ley tiene diversas funciones, pero lo que no puede hacer es que un hombre o una mujer se conviertan en justos delante de Dios. Por el contrario, nos revela nuestra culpa.

EL EVANGELIO EN LA LEY

Aunque la principal función de la ley es exponer el pecado, no se trata de que Dios la otorgara para deleitarse cuando comprobara que sus criaturas rebeldes pecan y la rechazan. Dios no se frota las manos y dice: "En fin, ahora pueden saber los pecadores que son. Espero que lo disfruten". De ningún modo, incluso cuando se revela el pecado hay otro propósito que resulta evidente: que habiendo descubierto su pecado las personas puedan volverse a Cristo para que las limpie de todo mal. La función del espejo es que la persona pueda verse la mugre que tiene en la cara, para poder después dejar el espejo, y tomar el jabón, el agua, y poder así lavársela.

Esta ilustración sin embargo tiene una deficiencia y es que parecería implicar que la ley no dice nada con respecto a la solución a este problema. Y es aquí donde debemos recurrir a la definición más general de la ley, el conjunto de la revelación bíblica. En este sentido, la ley no incluye simplemente las prohibiciones frente a las cuales estamos condenados, sino que abarca la promesa de una salvación perfecta. Cuando Dios entregó la ley también dio instrucciones concernientes a los sacrificios. Cuando Dios eligió a Moisés como el vehículo para transmitir la ley, también eligió a Aarón para ser el sumo sacerdote. Es como si Dios, en el mismo instante en que con voz de trueno en el Decálogo decía: "No harás esto ni esto otro...", estaba susurrando a continuación: "Pero sé que no podrás cumplirlo, por lo que he provisto una salida".

Todos los sacrificios del Antiguo Testamento apuntaban, de un modo u otro, a la venida del Señor Jesucristo. Pero el significado del sacrificio de Cristo es especialmente claro en las instrucciones con respecto a los dos sacrificios que debía realizar Israel en el día de la expiación. El primer sacrificio consistía en que un macho cabrío era llevado al desierto para morir allí. Este macho cabrío antes había sido traído a Aarón o a los sacerdotes que le sucedieron. El sacerdote colocaba sus manos sobre la cabeza del macho cabrío,

identificándose así él y el pueblo a quien representaba con el macho cabrío. Luego confesaba los pecados del pueblo en oración, transfiriéndolos simbólicamente al macho cabrío. Y luego el macho cabrío era llevado afuera al desierto. En la descripción de la ceremonia se afirma que "aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos" (Lv. 16:22). Este sacrificio está señalando a Jesús quien, como el macho cabrío "padeció fuera de la puerta", para llevar sobre sí todas nuestras iniquidades (comparar con He. 13:12).

El otro sacrificio tenía lugar en el atrio del tabernáculo, desde donde la sangre luego era llevada al Lugar Santísimo para ser rociada sobre el arca del pacto. El lugar donde se esparcía la sangre era simbólico, como así todo el ritual. Se llamaba el propiciatorio. Al estar sobre la tapa del arca, el propiciatorio estaba entre las tablas de la ley de Moisés (dentro del arca) y el espacio entre las alas extendidas de los querubines sobre el arca (simbolizando el lugar de habitación de Dios).

Sin la sangre, el arca con la ley y los querubines era un cuadro terrible. Estaba la ley, que no habíamos cumplido. Estaba Dios, a quien habíamos ofendido. O sea, que cuando Dios miraba hacia abajo lo que veía era la ley que había sido transgredida. Es un cuadro de juicio, y de nuestra desesperanza fuera de la gracia. Pero luego se realizaba el sacrificio, y el sumo sacerdote ingresaba al Lugar Santísimo y rociaba la sangre de una víctima inocente sobre el propiciatorio, interponiéndose así entre la santidad de Dios y nuestro pecado. Ha habido un sustituto. Un inocente ha muerto en lugar de aquellos que deberían haber muerto, y la sangre es la evidencia. La ira ha sido apartada. Ahora, Dios puede poner su mirada de gracia sobre el pecador.

¿Quién es este sacrificio? Es Jesús. No podemos saber cuánto comprendían sobre la salvación los que vivieron antes del tiempo de Cristo. Algunos, como los profetas, sin duda comprendían mucho. Otros, comprendían poco. Pero, independientemente del nivel de comprensión que hubieran alcanzado, el propósito de la ley era claro. Era revelar el pecado y luego señalar la venida del Señor Jesucristo como el Salvador. Antes de que Dios pueda entregarnos el evangelio, debe matarnos con la ley. Pero mientras lo hace, nos muestra que la ley contiene el evangelio y nos lo señala.

CAPITULO 23: LOS DIEZ MANDAMIENTOS: EL AMOR DE DIOS

NO ES SER REALISTA, Y AUN PUEDE CONSIDERARSE ERRÓNEO, aproximarse a los diez mandamientos como si fueran la totalidad o incluso la parte más importante de la ley. La ley es una unidad, y no hay nada ni en el Antiguo ni el Nuevo Testamento que justifique este aislamiento del Decálogo que ha tenido lugar en algunos de los escritos de la iglesia. Los

Diez Mandamientos han adquirido tanta importancia en parte porque han sido utilizados por su valor para la instrucción catequística.

Hecha esta aclaración, los Diez Mandamientos deberían ser sin embargo discutidos por varias razones. Primero, dicha discusión serviría para hacer descender la ley desde una posición abstracta, que muchas veces parece tener (quizá hasta incluso en el capítulo anterior), el campo de los temas específicos. Para que la ley cumpla su función principal que es la de procesarnos por el pecado, debe procesarnos por pecados específicos, de los que somos culpables. Admitir que "yo soy un pecador" puede simplemente significar algo más que decir "yo no soy perfecto" -pero otra cosa muy distinta es admitir que "yo soy un idólatra, un asesino, un adúltero, un ladrón o cualquier otra cosa semejante". Es en este nivel donde debe aplicarse la ley. Segundo, los Diez Mandamientos tienen un valor especial por su alcance tan amplio. En la mayoría de las enumeraciones protestantes, los primeros cuatro abarcan el área cubierta por Cristo con su "primer y más importante mandamiento": "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt. 22:37). Los restantes seis abarcan la segunda área de responsabilidad: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (vs. 39). En el catolicismo medieval, seguido por Lutero, la lista se dividió en tres mandamientos en la primera categoría y siete en la segunda categoría.

Cuando analizamos los mandamientos del Decálogo en detalle no debemos olvidarnos del contexto más amplio en el que se halla inmerso. Es más, debemos ser muy cuidadosos e interpretar cada uno a la luz de la totalidad de la revelación bíblica. Será conveniente seguir las siguientes pautas:

1. Los mandamientos no se limitan a las acciones externas, sino que también, se aplican a las disposiciones de la mente y el corazón. Las leyes humanas solamente se refieren a las acciones externas, porque los seres humanos no son capaces de ver dentro de los corazones de los demás. Pero a Dios, que puede ver hasta lo más profundo, también le conciernen las actitudes. En el Sermón del Monte, Cristo enseñó que el sexto mandamiento, además de referirse al acto de asesinato, se refería a los enojos y el odio (Mt. 5:21-22), y que el séptimo mandamiento además de referirse al adulterio se refería a la lujurie (Mt. 5:27-30). El apóstol Juan refleja esta perspectiva en su primera epístola, donde argumenta que "todo aquel que aborrece a su hermano es homicida" (1 Jn. 3:15).
2. Los mandamientos siempre contienen más que una interpretación mínima de las palabras. Es así que el mandamiento de honrar a nuestros padres y a nuestras madres podría interpretarse como significando que únicamente debemos tenerles respeto y no hablar mal de ellos. Pero esto sería demasiado poco, porque Jesús mismo enseñó que además incluye nuestra obligación de proveer con las finanzas en su ancianidad (Mt. 15:3-6). En otras palabras, el mandamiento se refiere a todo lo que sea posible

hacer por los padres de cada uno, bajo las pautas del segundo más importante mandamiento de Cristo.

3. Un mandamiento expresado en un lenguaje positivo implica el negativo, y un mandamiento negativo también implica el positivo. Así, cuando se nos dice que no debemos tomar el nombre de Dios en vano, debemos entender que también se nos está ordenando la obligación opuesta, reverenciar su nombre (Dt. 28:58; Sal. 34:3; Mt. 6:9). El mandamiento que dice que no debemos matar no sólo significa que yo no he de matar ni siquiera odiar a mi prójimo, sino que también implica que he de hacer todo lo que esté a mi alcance para su beneficio. (Lv. 19:18).
4. La ley es una unidad, en cuanto cada mandamiento está relacionado con los otros. No es posible cumplir con algunos de los deberes enumerados en los mandamientos, creyendo que de esa manera estamos libres de cumplir los demás. "Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos" (Stg. 2:10; compararlo con Dt. 27:26).

EL PRIMER MANDAMIENTO: NO TENDRÁS DIOSES AJENOS

El primer mandamiento comienza donde podríamos suponer que debiera comenzar: en el campo de nuestra relación con Dios. Requiere nuestra adoración exclusiva y fervorosa. "Yo soy Jehová tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Ex. 20:2-3).

Adorar a cualquier otro dios que no sea el Señor bíblico es no cumplir con este mandamiento. Pero para no cumplir con este mandamiento no es necesario adorar a un dios claramente definido -Zeus, Minerva, el emperador romano, uno de los tantos ídolos modernos-. No estamos cumpliendo con este mandamiento cuando colocamos a alguna persona o alguna cosa en el primer lugar en nuestros afectos, lugar que sólo le corresponde a Dios. Con mucha frecuencia el dios sustituto somos nosotros mismos o la opinión que tenemos de nosotros mismos. Pueden ser cosas tales como el éxito, las posesiones materiales, la fama o el ejercer poder sobre otros.

¿Cómo podemos cumplir con este mandamiento? John Stott escribe: "Para nosotros, guardar este primer mandamiento sería, como Jesús dijo, amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente (Mt. 22:37); ver todo desde su perspectiva y no hacer nada sin que esté referido a él; hacer de su voluntad nuestra guía y de su gloria nuestra meta; colocarlo a él en el primer lugar en nuestros pensamientos, palabras y acciones: en los negocios y en el descanso; en las amistades y en las carreras profesionales;

en el uso del dinero, el tiempo y los talentos; en el trabajo y en el hogar... A excepción de Jesús de Nazaret, ningún hombre jamás ha cumplido este mandamiento".¹²⁵

¿Pero por qué no debemos tener otros dioses? La respuesta está en el prefacio de este mandamiento, que también sirve de prefacio a todo el Decálogo. Podemos considerar dos partes en la respuesta: primero, debido a lo que Dios es; segundo, por lo que ha realizado. ¿Quién es el Dios verdadero? Se expresa en la palabras "Yo soy JEHOVA tu Dios". En el hebreo las palabras son Yahveh Eloheka. La razón por la que deberíamos obedecer estos mandamientos es que el Dios que está hablando en los mandamientos es el Dios verdadero, el Dios que no tiene principio ni fin. "YO SOY EL QUE SOY" (Ex. 3:14). Él es auto existente. Nadie lo creó, y por lo tanto él no es responsable frente a nadie. Él es autosuficiente. No necesita de nadie, y por lo tanto no depende de nadie para nada. Cualquier dios que sea menos que esto no es Dios, y todos los demás dioses son menos que esto. Dios puede demandar esta adoración porque Dios es como es.

Lo que Dios ha hecho se nos señala en las palabras "que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre". En un primer marco de referencia estas palabras se aplican exclusivamente a Israel, la nación liberada de la esclavitud en Egipto y a quien estos mandamientos fueron dados en particular. Aun si Dios fuera sólo un dios tribal limitado, los israelitas le deberían reverenciar por haberlos liberado. Pero esta afirmación no se extingue en esta referencia literal. Puede aplicarse a cualquiera que haya experimentado la liberación, ya sea de la suerte o de la esclavitud o de la pobreza o de la enfermedad. No hay nadie que no haya sido bendecido por Dios en alguna área, si bien puede no estar consciente de ello y no reconocer a Dios como la fuente de dicha bendición. Pero además de aplicarse al campo material, la liberación se aplica al campo espiritual. La liberación de Israel no fue sólo una liberación física; implícita en esta liberación también quedaban libres de la idolatría egipcia, una liberación de dioses falsos. Del mismo modo, el llamado de Abraham a dejar Ur también era un llamado a servir al Señor en lugar de los dioses sin dignidad de Mesopotamia (Jos. 24:2-3,14).

Desde esta perspectiva, el razonamiento detrás del primer mandamiento es aplicable a cualquier ser humano. Todos han experimentado la liberación del Señor. Todos se han beneficiado del avance progresivo de la verdad sobre la superstición mediante la revelación dada al mundo a través del judaísmo y el cristianismo. ¿Pero como resultado de esto, adoramos a Dios plenamente y en exclusividad? Sin lugar a duda que no lo hacemos. En consecuencia, el primer mandamiento virtualmente nos está gritando que somos desagradecidos, desobedientes, rebeldes y gobernados por el pecado.

EL SEGUNDO MANDAMIENTO: NO TE HARÁS IMAGEN

El primer mandamiento se refiere al objeto de nuestra adoración, prohibiéndonos la adoración de dioses falsos. El segundo mandamiento se refiere a la manera en que esta adoración debe desarrollarse, prohibiéndonos adorar ni siquiera al Dios verdadero de manera indigna. También está requiriendo una adoración espiritual. "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos" (Ex. 20:4-6).

Si consideramos este mandamiento fuera del contexto del primer mandamiento, aparentemente sólo estaría prohibiendo la adoración de ídolos. Pero cuando lo consideramos junto con el primer mandamiento, dicha interpretación resulta inadecuada; simplemente sería una repetición del primero pero en otras palabras. Ya hemos delineado la progresión: en primer lugar, Dios prohíbe la adoración de cualquier otro dios; y luego prohíbe la adoración de sí mismo por medio de imágenes.

La adoración de Dios mediante imágenes o el uso menor de imágenes para enriquecer la adoración de Dios no parece ser un asunto tan grave. Se podría argumentar que la adoración es a la vez una pregunta pragmática como una pregunta teológica. ¿Qué puede estar mal en la utilización de imágenes en la adoración si sirven de ayuda? Algunas personas afirman que las imágenes les sirven para concentrar su atención. Pero aun si lo que estuvieran haciendo no fuera correcto, ¿qué daño estarían haciendo? El problema parece ser todavía mayor cuando leemos la advertencia tan severa que acompaña este mandamiento: "Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visitó la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen". ¿Por qué se trata de una cuestión tan seria?

Existen dos respuestas a esta pregunta. La primera es simplemente que las imágenes deshonran a Dios, como lo señala J. I. Packer.¹²⁶ Deshonran a Dios porque opacan la gloria de Dios. Esto no es lo que el adorador cree, por supuesto —él o ella creen que la imagen representa algún aspecto valioso de la gloria de Dios— pero no existe nada material que pueda representar los atributos de Dios de manera adecuada.

Encontramos un ejemplo en el libro de Éxodo. No mucho después que Moisés había subido al monte de Sinaí para recibir la ley, los israelitas que se habían quedado abajo esperándolo comenzaron a inquietarse y le solicitaron a Aarón, el hermano de Moisés, que les hiciese un

ídolo. Argumentaban que no sabían lo que le había sucedido a Moisés y que necesitaban de un dios que fuera delante de ellos en su viaje. Aarón hizo como le fue solicitado, les tomó el oro y la plata y creó un becerro, posiblemente una versión en miniatura de los dioses en forma de bueyes que existían en Egipto. Lo que es interesante de la actitud de Aarón, sin embargo, es que él por lo menos nunca creyó que el becerro representara otro dios. Por el contrario, lo consideraba como la imagen visible de Dios, como surge claramente de la lectura de la narración que relata estos acontecimientos. Aarón identificaba al ídolo con el Dios que había sacado al pueblo de la tierra de Egipto. (Ex. 32:4), y anunciaba su dedicación con estas palabras: "Mañana será fiesta para Jehová" (Ex. 32:5). Posiblemente, Aarón hubiera dicho que la elección de un becerro (o un buey o un toro) sugería el grandioso poder de Jehová. Pero aquí es precisamente donde radicaba su equivocación. Un becerro, incluso un toro muy grande, nunca podría haber representado el verdadero poder de Dios. Los israelitas estaban en realidad rebajando a su verdadero y grandioso Dios a la categoría de los impotentes dioses semejantes a bueyes que había en Egipto.

Uno de los motivos de las plagas en Egipto había sido el manifestar la superioridad de Dios por sobre todos los demás dioses egipcios. Al convertir el agua del Nilo en sangre, Dios estaba manifestando su poder sobre los dioses del Nilo, Osiris, Hapimon y Tauret. Al producir una invasión de ranas, Dios estaba manifestando su poder sobre la diosa Hekt, la cual es siempre representada con la cabeza y el cuerpo de una rana. Los juicios que Dios pronunció sobre la tierra servían para manifestar el poder de Dios sobre Geb, el dios de la tierra. Y así sucesivamente con las demás plagas, hasta el juicio contra Ra, el dios del sol, cuando el sol se oscureció, y el juicio contra los primogénitos de todos los egipcios, incluyendo al primogénito de Faraón quien había de ser el siguiente "dios supremo". El Dios de Israel no podía ser colocado en la misma categoría, pero esto fue lo que hizo Aarón cuando creó una representación de él.

La segunda razón por la que se nos prohíbe que adoremos aun al Dios verdadero mediante imágenes es que las imágenes desvían al adorador, como también comenta Packer. Es así como en el ejemplo del becerro que hizo Aarón, el resultado de la "fiesta" era totalmente distinto al día de reposo santo que Dios en ese mismo instante le estaba describiendo a Moisés en el monte de Sinaí. La fiesta se convirtió en una orgía donde casi todos los mandamientos, si no todos, fueron también quebrados.

Es importante también considerar el lado positivo de este segundo mandamiento. Si la adoración de Dios mediante medios que no son dignos de él está prohibida, deberíamos ser en extremo cuidadosos para descubrir como él es realmente para así poder adorarle cada vez más como el único y grandioso Dios del universo, trascendente, espiritual e inescrutable. ¿Lo adoramos de esa manera? De ningún modo. En lugar de buscar conocerlo para poder adorarlo debidamente, le damos la espalda para crearnos dioses a nuestra medida. Pablo nos dice:

"Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:21-23).

Esta es la razón detrás de la severa advertencia que cierra el segundo mandamiento. Dios no es celoso de la manera como nosotros definimos los celos y, por lo tanto, algo resentido cuando lo ignoramos. Cuando lo ignoramos, esta actitud está demostrando tal ingratitud, vanidad y pecado, que merece el juicio de Dios. Pero al mismo tiempo que habla de juicio, Dios también está hablando de tener misericordia sobre muchas de las generaciones de aquellos que le aman y guardan sus mandamientos.

EL TERCER MANDAMIENTO: SANTIFICARÁS MI NOMBRE

"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano" (Ex. 20:7). El tercer mandamiento debe ser tomado conjuntamente con la oración en el Padre Nuestro donde Jesús exhorta a sus discípulos para que oren diciendo: "Santificado sea tu nombre" (Mt. 6:9). Esta exhortación agrega una dimensión positiva a la forma negativa que asume este mandamiento en el Antiguo Testamento. El nombre de Dios representa la naturaleza de Dios. En consecuencia, deshonorar el nombre de Dios es deshonorar a Dios, y santificar su nombre es honrarlo. Como los diversos nombres de Dios representan sus muchos atributos, todos dignos de alabanza, estamos santificando su nombre cuando honramos algún aspecto de su carácter. Calvino dice:

En mi opinión, debemos diligentemente observar los siguientes tres puntos: primero, todo lo que nuestra mente conciba sobre Dios, todo lo que nuestra lengua pronuncie, debería manifestar su excelencia, igualar la altura de su nombre sagrado y, finalmente, servir para glorificar su grandeza. Segundo, no deberíamos con imprudencia y perversamente abusar de su Santa Palabra y adorar misterios, ya sea por nuestra ambición, o codicia, o entretenimiento, sino que como portadores de la dignidad de su nombre, siempre deberían ser honrados y apreciados entre nosotros. Por último, no deberíamos difamar ni retractamos de sus obras, como los hombres miserables tienen el hábito de vociferar contra él; sino que sobre todo lo que reconozcamos como proveniente de él deberíamos expresarnos con alabanza de su sabiduría, justicia y bondad. Esto es lo que significa santificar el nombre de Dios.¹²⁷

Los distintos nombres de Dios tienen significados específicos. Elohim es el nombre bíblico más común. Al utilizar el nombre Elohim estamos reconociendo que Dios es el Creador de todo lo que existe. Es el nombre usado en el versículo inicial de la Biblia: "En el principio

creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1:1). Elohim creó al sol, la luna y los planetas; formó la tierra, la cubrió con plantas, peces y animales; hizo al hombre y la mujer; te hizo a ti. ¿Lo honras como tu Creador? Si no lo honras como tu Creador, estás deshonrando su nombre y quebrando el tercer mandamiento.

Otro nombre de Dios es El Elyon, que significa "Dios Altísimo". Aparece por primera vez en el relato de Abraham con Melquisedec, luego de su lucha con los reyes de la llanura y su rescate de Lot. Melquisedec era "el sacerdote del Dios Altísimo" (Gn. 14:18). El Elyon aparece también en la descripción que Salomón hace de la rebeldía de Satanás, "y seré semejante al Altísimo" (Is. 14:14). Este nombre resalta el dominio y la soberanía de Dios. ¿Lo honras como el Dios soberano? No lo honras como el Dios soberano si te quejas de las circunstancias o dudas de su habilidad para cuidar de ti y cumplir sus promesas.

Yahveh significa "YO SOY EL QUE SOY". Nos habla sobre el auto existencia, la autosuficiencia y la eternidad de Dios; y aparece en las revelaciones que Dios hace de sí mismo en su carácter de redentor; por ejemplo, cuando se revela a Moisés antes de la liberación del pueblo de Israel de Egipto. ¿Lo honramos como nuestro redentor? ¿Lo alabamos por lo completa de su redención en Jesucristo?

Todos los nombres de Dios nos revelan algo sobre él, y nosotros deberíamos honrarlo tomando en consideración todos sus nombres. En particular, hemos considerado los nombres Elohim, El Elyon, y Yahveh. Pero él también es Yahveh Tireh, el Dios que provee. Es el Dios de los ejércitos. Es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es el Alfa y la Omega. Es el Anciano de Días, sentado sobre el trono de los cielos. Es nuestro Maravilloso Consolador, el Dios Todopoderoso, el Padre Eterno, el Príncipe de Paz. Él es nuestra roca y la fortaleza hacia donde podemos acudir y encontrar seguridad. El es el camino, la verdad y la vida. El es la luz del mundo. Él es el pan de vida. Él es la resurrección y la vida. Él es el buen pastor, el gran pastor y el jefe de los pastores. Él es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Él es el Dios de José, de Moisés, de David. Él es el Dios de Débora, de Ana, de Ester. Él es el Dios de los escritores del Nuevo Testamento y de todos los apóstoles. Él es el Señor de señores y Rey de reyes. Si no lo honramos con respecto a cada uno de estos nombres, lo estamos deshonrando y quebrando su mandamiento.

Pero además, nuestras acciones importan tanto como nuestras palabras. Siempre que nuestra conducta no sea coherente con nuestra profesión de fe cristiana, aunque sea una profesión muy ortodoxa, estamos deshonrando a Dios. Las personas que pertenecen a Dios han tomado su nombre, para decirlo de alguna manera, y sus acciones deben santificar su nombre. Si "cometen adulterio" con el mundo, están transgrediendo su inmenso amor; están deshonrando el nombre de cristianos (que significa "uno de Cristo"). Esta deshonra es todavía peor que las vociferaciones de los infieles.

EL CUARTO MANDAMIENTO: SANTIFICARÁS MI DÍA

Ningún otro punto en el tratamiento que los cristianos hacen de la ley del Antiguo Testamento ha causado tanta dificultad como la interpretación del cuarto mandamiento. El cuarto mandamiento prescribe que el séptimo día de la semana, el sábado, deberá ser un día de reposo, pero la mayoría de los cristianos no observan este mandamiento. Por el contrario, como todos sabemos, adoran durante el día domingo. Pero todavía más, ni siquiera guardan el domingo de acuerdo con las reglas que fueron dadas para el día de reposo. ¿Es esto conector? ¿Puede justificarse la observancia del día domingo?

Lo que no podemos hacer es tratar este tema a la ligera. De todos los mandamientos, el mandamiento referente al día de reposo es el más largo y posiblemente el más solemne. Dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es de reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó" (Ex. 20:8-11).

En general ha habido tres enfoques a la cuestión sobre el día de reposo y el domingo. Primero, algunos enseñan que los cristianos deberían adorar el día sábado. Esta es la postura de los Adventistas del Séptimo Día, por ejemplo, y de algunos otros grupos. En segundo lugar tenemos la postura de los que dicen que el domingo es simplemente el equivalente neo-testamentario del día de reposo del Antiguo Testamento y que debe ser observado de la misma manera. La Confesión de Fe de Westminster llama al Día del Señor "el día de reposo cristiano", y luego agrega que "el día de reposo es santificado cuando los hombres, luego de haber preparado sus corazones y puesto en orden los asuntos comunes de antemano, guardan un reposo santo durante todo el día, libres de cualquier trabajo, palabra y pensamiento, y de todo lo que se relacione con los goces y las recreaciones mundanas; y que además ocupan todo este tiempo en el ejercicio público y privado de la adoración, y en los deberes de necesidad y misericordia" (XXI, 7, 8). Más adelante, la teología puritana y reformada se adhirió firmemente a esta postura. En tercer lugar, tenemos la postura de considerar que el día de reposo fue abolido con la muerte y la resurrección de Cristo y que ha sido suplantado por un nuevo día, el Día del Señor, con sus propias características. Esta era la postura de Juan Calvino, quien claramente expresó que "el día sagrado para los judíos había sido dejado de lado" y que " otro había sido instituido" en su lugar.¹²⁸

¿Cuál es la solución? Hay varias cosas importantes que es posible señalar y que nos pueden ayudar. En primer lugar, el día de reposo era una institución singularmente judía que no fue ni dada ni observada por ninguna otra raza o nación, ni en los tiempos antiguos, ni en los tiempos modernos. Lo mismo no ocurre con los demás mandamientos; es posible encontrar muchos paralelismos entre los demás mandamientos y otros códigos legales de la antigüedad. Para señalar que esto no es cierto, los defensores del día de reposo suelen citar Génesis 2:2-3 (con referencia al cuarto mandamiento). Estos versículos dicen lo siguiente: "Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación". Pero si hemos de ser estrictos, estos versículos no nos dicen que Dios está instituyendo el día de reposo en el momento de la creación; por el contrario, hay otros versículos que parecen enseñar que lo instituyó más adelante.

Uno de estos versículos lo encontramos en Nehemías 9:13-14. Nehemías, que había sido el instrumento para llevar a cabo un gran avivamiento entre los judíos que habían regresado a Jerusalén luego de su cautiverio en Babilonia, había organizado un culto especial de adoración y re dedicación. En ese culto los sacerdotes dirigieron al pueblo en su adoración, diciendo con respecto a Dios: "Y sobre el monte de Sinaí descendiste, y hablaste con ellos desde el cielo, y les diste juicios rectos, leyes verdaderas, y estatutos y mandamientos buenos, y les ordenaste el día de reposo santo para ti, y por mano de Moisés tu siervo les prescribiste mandamientos, estatutos y la ley". Estos versículos están relacionando el otorgamiento de la ley concerniente al día de reposo con el monte de Sinaí, e implican que el día de reposo no se conocía ni se guardaba hasta ese entonces.

Otro pasaje importante es el que encontramos en Éxodo. "Habló además Jehová a Moisés, diciendo: Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así fue guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella persona será cortada de en medio de su pueblo. Seis días se trabajará, mas el día Séptimo es día de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que trabaje en el día le reposo, ciertamente morirá. Guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel, celebrándolo por sus generaciones por pacto perpetuo. Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó" (Ex. 31:12-17).

Estos versículos están identificando al día de reposo como una señal de un pacto entre Dios y el pueblo de Israel; esto es importante, ya que se los repite en dos oportunidades. Es difícil comprender, por lo tanto, cómo la observancia del día de reposo puede legítimamente ser aplicada a otras naciones. Por el contrario, era la observancia del día de reposo lo que

distinguía a Israel del resto de las naciones, del mismo modo que la circuncisión los diferenciaba.

¿Pero cuál es la situación con respecto al día domingo? El domingo es otra lía que ha sido establecido por Dios, pero para la iglesia y no para Israel, y con características muy diferentes. El día de reposo era un tiempo de descanso e inactividad. Es más, existían severas penas para el caso de que no se reposara por el contrario, el domingo del cristianismo es un día de júbilo, de actividad y de expectativa. Este carácter está dado por los acontecimientos que rodearon al Día del Señor, cuando Cristo resucitó. El Señor reunió a sus discípulos, les enseñó, les impartió el Espíritu Santo (Jn. 20:22) y los comisionó para que evangelizaran el mundo. El hecho que el domingo fue establecido y el día de reposo abolido lo podemos apreciar en la rapidez y la totalidad con que el domingo sustituyó al día de reposo en la adoración de la iglesia primitiva. El día de reposo se menciona con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento. En los Hechos de los Apóstoles, por el contrario, la palabra figura solamente nueve veces, y en ninguna ocasión se dice que sea un día observado por los cristianos. El primer capítulo se refiere al día de reposo en la expresión "camino de un día de reposo" (Hch. 1:12). Luego ocurre cuatro veces en el capítulo trece cuando nos describe cómo Pablo usaba el día de reposo con fines evangelísticos, yendo a la sinagoga para predicarles a los judíos que estaban reunidos allí (3:14,27,42,44). Y en algunos capítulos subsiguientes tenemos referencias similares (15:21; 17:2; 18:4). Pero en ninguna ocasión se sugiere que la iglesia se reunía en el día de reposo o que lo guardaban con afecto y atención especiales.

Sin embargo, no debemos creer que el cuarto mandamiento o la celebración cristiana del Día del Señor no tengan nada que decir sobre el pecado humano o nuestra necesidad de un Salvador. El día de reposo era un día en memoria de Dios como el Creador y como el libertador de su pueblo. El domingo cristiano es un día de celebración de la resurrección de Cristo. ¿Pero observamos estos días naturalmente? ¿El corazón humano puede con naturalidad apartar un tiempo, cualquier momento, para adorar y servir a Dios y regocijarse en todos sus favores? No puede hacerlo. No tiene la gratitud ni la sensibilidad suficiente. Como consecuencia, esta parte de la ley también nos condena.

CAPITULO 24: LOS DIEZ MANDAMIENTOS: EL AMOR A LOS DEMÁS

THOMAS WATSON EL GRAN TEÓLOGO PURITANO EN DETERMINA DA ocasión, en sus escritos, comparó los Diez Mandamientos de Éxodo 20 con la escalera que Jacob vio

en su sueño. "La primera de las tablas de la ley se refiere a Dios y constituye la parte superior de la escalera que llega hasta lo cielos; la segunda tabla se refiere a los superiores y los inferiores, y es la base de la escalera que descansa sobre la tierra. Por medio de la primera tabla caminamos religiosamente hacia Dios; por medio de la segunda, caminamos religiosamente hacia el hombre. El que no cumple con la segunda tabla, no puede cumplir con la primera tabla".¹²⁹ La verdad que encierra esta última afirmación debería ser evidente. Del mismo modo que no nos podemos conocer a nosotros mismos, ni a los demás, si antes no hemos conocido a Dios, tampoco podemos tener un comportamiento adecuado hacia los demás sin haber actuado adecuadamente respecto a Dios, y viceversa. Para servir a Dios debemos servir a las demás personas. Tener "los pensamientos en los cielos", contrariamente a lo que se cree popularmente, es ser "de servicio terrenal".

EL QUINTO MANDAMIENTO: HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE

La segunda tabla de la ley comienza con la relación que existe entre una persona y sus padres. Esto es deliberado, ya que al tratar el tema de los padres, el mandamiento está dirigiendo la atención sobre la mínima unidad de la sociedad, la familia, que es fundamental para el resto de todas las relaciones y estructuras sociales. Pero la intención de este mandamiento también está incluyendo otras clases de "padres" y "madres". Los comentaristas han señalado que también existen padres políticos (aquellos que ocupan posiciones seculares de autoridad), padres espirituales (los pastores y otros ministros cristianos) y aquellas personas que por su edad o experiencia también son llamadas padres. Sin embargo, el quinto mandamiento tiene en mente a los padres naturales, los que viven en el mismo hogar. El quinto mandamiento es como sigue: "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios da" (Ex. 20:12). Significa que debemos respetar a quienes Dios ha colocado por encima de nosotros y tratarlos con "honor, obediencia y gratitud".¹³⁰

Este mandamiento está colocado sobre un fondo oscuro: el tan natural rechazo humano a cualquier tipo de autoridad. Es por esto que la familia es de singular importancia en la economía divina. Si no se les enseña a los niños a respetar a sus padres, sino que se los deja sin castigo cuando desobedecen o deshonran a sus padres, más tarde en su vida también se rebelarán contra otras formas válidas de autoridad. Si desobedecen a sus padres, luego desobedecerán las leyes de su país. Si no respetan a sus padres, luego tampoco respetarán a sus maestros, ni a los que poseen una sabiduría fuera de lo común, ni a los gobernantes electos, ni a muchos otros. Si no honran a sus padres, tampoco honrarán a Dios.

¹²⁹ Thomas Watson, *The Ten Commandments* (1692; Re-Impresión ECL, London: The Banner Of Truth Trust, 1970), P. 122.

¹³⁰ Calvino, *Institutes*, P. 401.

En este mandamiento encontramos la necesidad de disciplinar a los hijos, una responsabilidad explícita en la Biblia. La Biblia dice: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Pr. 22:6). También dice: castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma a destruirlo" (Pr. 19:18). Por otro lado, cuando la Biblia exhorta a los hijos a que honren a sus padres, también está dirigiéndose seriamente a los padres. Los padres deberían ser cariñosos para que sus hijos los honren. En un sentido los hijos siempre deben honrar a sus padres: otorgándoles el debido respeto y consideración, a pesar de sus limitaciones. Pero en otro sentido, tampoco pueden honrar cabalmente a una persona que no merece ninguna honra como, por ejemplo, un borracho, o un licencioso irresponsable. El quinto mandamiento además está animando a quienes son padres a ser devotos, honestos, trabajadores, fieles, compasivos y sabios, ya que siempre es posible honrar y obedecer plenamente a alguien con las características. Y, además, está fijando estos mismos estándares sobre aquellos que están en alguna posición de autoridad: los políticos, los líderes de industria y el trabajo, los educadores y todos quienes ejercen cualquier tipo liderazgo o influencia.

EL SEXTO MANDAMIENTO: NO MATARÁS

El sexto mandamiento ha sido muchas veces mal interpretado debido a la traducción errónea de la palabra *ratsach* como "matar", en la mayoría de las Biblias. La palabra en realidad significa "asesinar"; y la forma personal sustantiva de este verbo significa "homicida". Este mandamiento, tan corto, debería ser traducido: "No asesinarás". La incapacidad de comprender esto ha conducido a algunos a citar la autoridad bíblica contra cualquier forma de matar. Esta postura no considera que la Biblia reconozca la necesidad de matar animales para consumo alimenticio o para los sacrificios, a los enemigos en la batalla, y a los que en un proceso judicial son hallados culpables de la pena capital. Otras partes de la ley prescriben la pena de muerte para alguna de las ofensas mencionada en el Decálogo.

Decir que la palabra significa "asesinar" en lugar de "matar" no debería servir de consuelo para nadie, sin embargo. En la perspectiva bíblica, el asesinar se considera en un sentido amplio, y por lo tanto contiene elementos de los que todos somos culpables. Podemos traer a colación las enseñanzas de Jesucristo en el Sermón del Monte, que son de particular importancia. En los días de Jesús y muchos años antes, el asesinato había sido definido por los líderes de Israel (y por otros también) como un acto meramente externo, y habían enseñado que el mandamiento solamente se refería a dicho acto.

"Pero, ¿acaso el asesinato es solamente eso?", preguntó Jesús. "¿Asesinar no es nada más que el hecho de matar injustamente? ¿Qué ocurre con las motivaciones? ¿Qué ocurre con la persona que ha planificado matar a otra pero que luego es impedida de hacerlo por

circunstancias externas? ¿Qué pasa con aquella persona que desea matar a otra, pero que no lo hace porque teme ser descubierta? ¿Qué ocurre con la persona que mata con la mirada o con las palabras?". Desde la perspectiva de las leyes humanas, los seres humanos toman en consideración estas diferencias. Pero Dios pesa los corazones y por lo tanto también le conciernen las motivaciones. Jesús dijo: "Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio" (Mt. 5:21-22).

Pero el sexto mandamiento no prohíbe únicamente el enojo. De acuerdo con Jesús, Dios tampoco perdonará ninguna expresión de desprecio. "Cualquier que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego" (Mt. 5:22). En el texto griego este versículo contiene dos palabras claves: *raca* y *moros*. El término *raca* es una expresión peyorativa que significa "vacío", pero el insulto está más en el sonido que en el significado. Podría ser traducido como "una nada", o como decirle a una persona que "no es nadie". *Moros* significa "tonto" (el término inglés *morón*, que significa "un deficiente mental" proviene de esta palabra), pero alguien que es un tonto desde el punto de vista moral. Es alguien que "se hace el tonto". En consecuencia, la palabra tiene el efecto de ser una mancha en la reputación de alguien. Por medio de estas palabras, Jesús estaba enseñando que, según los estándares de Dios, insultar o manchar la reputación de alguien constituye un no cumplimiento del sexto mandamiento.

Es evidente que esta interpretación bucea en las profundidades de nuestro ser. No es de mucha ayuda recordar que existe algo llamado un enojo justo, o que existe una distinción válida entre estar enojado contra el pecado y contra el pecador. Por supuesto que existe un enojo justo. Pero nuestro enojo no suele caracterizarse por ser justo; con frecuencia solemos enojarnos injustamente cuando consideramos que hemos sido real o imaginariamente agraviados, ¿cometemos asesinato? Sí, de acuerdo con la definición de Jesús, lo estamos cometiendo. Albergamos rencores. Murmuramos e insultamos. Perdemos los estribos. Matamos por negligencia, por despecho y por envidia. Y sin duda hacemos cosas aun peores, que podríamos reconocer si pudiéramos ver dentro de nuestros corazones como lo hace Dios.¹³¹

EL SÉPTIMO MANDAMIENTO: NO COMETERÁS ADULTERIO

El séptimo mandamiento también es muy corto: "No cometerás adulterio". En el Sermón del Monte el Señor también amplía este mandamiento, explicando que también se refiere a los pensamientos y las intenciones del corazón, además de referirse a los actos externos.

¹³¹ He discutido este mismo tema con mayor detalle en *The Sermón On The Mount* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1972), Pp. 105-11.

Además, lo vincula con una consideración apropiada sobre el matrimonio cuando condena el divorcio. Dice: "Oísteis que he dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón... También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada comete adulterio" (Mt. 5:27-28, 1-32).

De acuerdo al punto de vista que Jesús tenía sobre la ley, la lujuria es equivalente al adulterio, del mismo modo que el odio es equivalente al asesinato. Los estándares de Dios son la pureza antes del matrimonio y la fidelidad en el matrimonio.

No hay ningún otro tema de la moralidad contemporánea que sea tan conflictivo con los estándares bíblicos. Los medios de comunicación de masas al conjuro del sexo promueven el materialismo y la persecución del placer. La televisión inunda nuestras salas de estar con publicidad cargada de sexo. Las películas son todavía peores; los mejores barrios de nuestras ciudades tienen salas de cine donde se estrenan películas condicionadas o excitantes películas horror. Los periódicos publicitan estas películas con láminas que habrían resultado escandalosas hace unos pocos años e informan con lujo de detalles los crímenes sexuales que antes los periódicos serios evitaban. El hedonismo del siglo veinte está simbolizado por la llamada filosofía 'playboy'. Los logros dudosos de la revista Playboy fueron trasladar la explotación del sexo de las cloacas, utilizar una impresión de buena calidad en un buen papel, y vender la vista a millones de personas, junto con la filosofía que hace del placer la meta principal en la vida -en el sexo como en todas las demás áreas-. El hedonismo hace que el placer personal sea el objetivo número uno; es el conseguir una segunda casa, un tercer automóvil, los amigos correctos, así como la libertad sexual y la experimentación. Playboy y muchas otras revistas similares, y aún otras peores, predicán tanto la importancia de elegir el mejor vino o el mejor equipo estereofónico, como la elección del mejor compañero sexual.

El problema no es la revista Playboy en sí, sino la filosofía del "placer en primer lugar" que el imperio Playboy ha capitalizado: todo lo que contribuya a mi propio placer debe ser colocado en primer lugar, y en la persecución del placer ninguna norma es válida.

La mención de normas nos conduce a otro desafío de la ética bíblica, la llamada Nueva Moralidad (New Morality), que fuera popularizada por conocidos hombres eclesiásticos como el Obispo J. A. T. Robinson en Inglaterra, Joseph Fletcher, Harvey Cox, el fallecido James Pike, y otros. Luego de la publicación inicial de sus puntos de vista algunos de estos escritores han modificado sus posturas. Pero todos una vez propusieron enfocar la moralidad basándose sobre dos convicciones: primero, que el curso de acción apropiada para un conjunto dado de circunstancias debe ser determinado por la situación misma y no por una norma ética predeterminada (ni siquiera aunque sea bíblica), y segundo, que el único

absoluto para cualquier situación ética es el requisito del amor. Todo está bien si no lastima a otra persona, y si lastima o no a otra persona no es una conclusión a la que deba llegarse únicamente por contexto de la situación. De acuerdo con este enfoque, la fornicación y adulterio no son necesariamente malos. El bien o el mal del acto dependen de "ayuda" o "lastima" a otra persona. De manera similar, el mentir, el robar, el libertinaje, y muchas otras cosas que hasta ese entonces habían sido consideradas como malas, no deben ser necesariamente evitadas.

Como respuesta a la Nueva Moralidad debemos decir que el amor podría ser una guía adecuada para el curso de acción correcto si fuéramos capaces de amar como ama Dios y con pleno conocimiento de la situación y de todas las consecuencias de nuestras acciones. Pero no somos capaces de amar de ese modo. Nuestro amor es egoísta. Además, no podemos conocer todas las consecuencias que nuestra acción "desinteresada" y "generosa" pueda tener. Una pareja puede decidir que mantener relaciones sexuales antes del matrimonio les será beneficioso y que ninguno de ellos se verá perjudicado. Pero no lo puede saber con certeza, y muchos, si no todos, que han razonado de esta manera se han equivocado. Hay demasiada culpa, demasiados patrones de infidelidad profundamente incorporados, y demasiados niños no deseados, para hacer de la Nueva Moralidad una opción valedera.

Bajo el impacto de la corriente de los medios de comunicación de masas, e hedonismo popular, y la Nueva Moralidad, la proclama "Si te hace sentir bien hazlo" se ha convertido en el santo y seña de nuestra época. ¿Debemos aceptar este nuevo estándar? A la luz de los mandamientos de Dios en el Decálogo y en el Sermón del Monte, el cristiano debe responder que "No". Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer sinceramente, como observa C. S. Lewis, que el estándar cristiano "es tan difícil y tan contrario a nuestros instintos" que es evidente que algo está mal en nosotros personalmente y en nuestra sociedad.¹³²

Debemos reconocer que todos somos pecadores, y que tampoco los cristianos pueden ser automáticamente victoriosos sobre los pecados y las perversiones sexuales.¹³³

Como todos los mandamientos negativos del Decálogo, éste también lleva implícito uno positivo. La afirmación positiva del mismo, como ya lo hemos mencionado, es la pureza antes del matrimonio y la fidelidad de ahí en adelante. No somos puros antes del matrimonio ni fieles después si tomamos en cuenta también nuestros pensamientos, y muchas personas no solamente pecan con su pensamiento. ¡Qué lejos estamos de lograr los estándares de Dios! ¡Cuánta miseria hemos traído sobre nosotros y sobre otros como consecuencia!

¹³² Lewis, *Mere Christianity*, P. 75.

¹³³ El material sobre la moralidad sexual contemporánea también aparece en mi libro *The Sermón On The Mount*, Pp. 112-15. Un estudio completo de la interpretación que Cristo hace del séptimo mandamiento y la cuestión del divorcio aparece en las páginas 112-48.

EL OCTAVO MANDAMIENTO: NO HURTARÁS

La norma que dice que una persona no debería hurtar ha sido generalmente aceptada por toda la raza humana, pero sólo la religión bíblica muestra por qué hurtar está mal. Todo lo que una persona justamente posee le ha sido impartido por Dios. "Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces" (Stg. 1:17). Por lo tanto, robar a alguien es pecar contra Dios. Por supuesto, los hurtos también constituyen una ofensa contra los demás. Podría perjudicarlos si no pudieran compensar la pérdida. Podría humillarlos, ya que no los estaríamos considerando dignos de nuestro respeto o amor. Pero también aquí estamos pecando contra Dios ya que él es quien le asigna el valor a cada persona. Vemos un ejemplo de este punto de vista en el grandioso salmo de confesión que escribió David. Si bien le había robado a Betsabé su buen nombre y hasta había matado a su esposo, David dijo, hablando con respecto a Dios: "Contra ti, contra ti solo he pecado" (Sal. 51:4).

No debemos creer que hayamos cumplido con este mandamiento por el simple hecho de que nunca nos hayamos introducido en un hogar extraño y nos hayamos retirado luego de sustraer la propiedad de otro. Podemos hurtar a distintos sujetos: a Dios, a otros y a nosotros mismos. Podemos hurtar de diversas maneras: a hurtadillas, por medio de la violencia, o por medio de engaños. Hay muchos objetos que pueden ser robados: el dinero, el tiempo, e incluso la reputación de una persona.

Estamos hurtándole a Dios cuando no lo adoramos como deberíamos o cuando colocamos nuestros intereses antes que los suyos. Estamos hurtándole cuando dedicamos nuestro tiempo para gratificarnos personalmente y no compartimos con otros el evangelio de su gracia. Le hurtamos a un empleador cuando no trabajamos como somos capaces de hacerlo o cuando nos tomamos recreos más largos o nos retiramos antes de la hora de salida. Le hurtamos cuando malgastamos la materia prima con la que estamos trabajando o utilizamos su teléfono para mantener extensas conversaciones personales, en lugar de cumplir con las tareas asignadas. Estamos hurtando si, como comerciantes, cobramos demasiado por nuestros productos o intentamos hacer "un negocio redondo" en un campo lucrativo. Estamos hurtando cuando vendemos un producto de calidad inferior como si fuera de mejor calidad. Les hurtamos a nuestros empleados cuando los hacemos trabajar en un ambiente laboral perjudicial para su salud o cuando no le pagamos un salario digno que les garantice una calidad de vida saludable y adecuada. Estamos hurtando cuando no administramos correctamente los dineros de otros. Estamos hurtando cuando tomamos un préstamo y luego no lo saldamos en fecha, o no lo pagamos. Nos robamos a nosotros mismos cuando malgastamos nuestros recursos, ya sea el tiempo, los talentos o el dinero. Estamos hurtando cuando gozamos de nuestros bienes materiales, mientras otros deben llevar una existencia de extrema necesidad: sin alimento, ropa, vivienda, o cuidados médicos. Estamos hurtando

cuando nos volvemos tan mezquinos que acumulamos y ahorramos dinero hasta el extremo de robarnos a nosotros mismos no cubriendo nuestras necesidades.

El lado positivo de este mandamiento es evidente. Si debemos evitar tomar lo que le pertenece a otro, también debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para hacer que los demás prosperen, ayudándolos a lograr todo su potencial. El Señor resume este deber en la Regla de Oro: "Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas" (Mt. 7:12).

No es posible evitar ver que este mandamiento indirectamente está estableciendo el derecho a la propiedad privada. Si no hemos de tomar lo que pertenece a los demás, la base de esta prohibición es que evidentemente las personas tienen un derecho a lo que les pertenece, derecho que les es reconocido por Dios. Algunos enseñan que los cristianos deberían tener todo en común, al menos si son lo suficientemente espirituales, pero esto no es bíblico. Es cierto que por diversas razones históricas y sociales un grupo de personas eligieron poner todos sus bienes bajo una propiedad común, como lo hicieron los primitivos cristianos en Jerusalén por un tiempo luego de Pentecostés (Hch. 2:44-45), Algunos pueden ser específicamente llamados a vivir así, ya sea como un testimonio ante el mundo de que la vida de una persona no consiste sólo en la abundancia de las cosas que él o ella posea, o porque dicha persona está tan atada a las posesiones que debe liberarse de ellas para poder crecer espiritualmente. Jesús le dijo al joven rico que debía despojarse de todos sus bienes y dárselo a los pobres. Sin embargo, a pesar de estas situaciones especiales, ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento prohíben la propiedad privada de bienes, sino que por el contrario la endosan.

El caso de Ananías y Safira suele ser citado para apoyar la teoría comunal ya que fueron muertos por haber retenido una parte , de los ingresos que resultaron de una venta de una propiedad (Hch. 5:1-11). Su pecado, sin embargo, no fue la posesión de una propiedad sino el haber mentido al miembro: de la iglesia y al Espíritu Santo. Habían pretendido estar dando todo cuando en realidad estaban reteniendo una parte. En relación a esto, incluso el apóstol Pedro reconoce su derecho a dicha posesión. "Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?

Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hch. 5:3-4).

El hecho de que la Biblia establezca el derecho a la propiedad privada no hace que nos resulte más fácil cumplir con el octavo mandamiento. Lo hace mucho más difícil. No podemos evadir el hecho de que en muchas ocasiones le robamos a los demás lo que les corresponde; y el juicio de Dios nos convierte en ladrones.

EL NOVENO MANDAMIENTO: NO MENTIRÁS

Cuando hablamos del robo de la reputación de los demás en la última sección ya estábamos anticipando el noveno mandamiento: "No hablarás contra tu prójimo falso testimonio" (Ex. 20:16).

Este es el último de una serie de mandamientos relacionados con el respeto a los derechos de los demás, como una expresión del mandamiento a amar. Cuando insultamos a una persona le estamos hurtando su buen nombre y su posición social. "Este mandamiento no es solamente válido en las cortes de justicia. Si bien incluye el perjurio, también están implícitas todas las formas de escándalo y maledicencia, toda conversación ociosa y charlatanería, todas las mentiras y las exageraciones deliberadas y las medias verdades que distorsionan a verdad. Podemos hablar falso testimonio cuando atendemos a ciertos rumores maliciosos y luego los seguimos transmitiendo, o cuando usamos a otra persona para burlarnos de ella, creando impresiones falsas, o cuando no corregimos afirmaciones falsas, tanto por nuestro silencio como por nuestro discurso".¹³⁴

Nuestro deber hacia las demás personas es sólo la mitad del cuadro. No solamente estamos dañando a otra persona cuando damos un falso testimonio o juramos en falso. Nuestra no fidelidad a la verdad también deshonra a Dios. El es el Dios de la verdad y odia la mentira (Is. 65:16; Jn. 14:6). La Biblia nos dice: "He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo" (Sal. 51:6). Nos dice que la persona que es obediente a Dios "no se goza de la injusticia, mas se goza en la verdad" (1 Co. 13:6). Y también dice: "Hablad verdad cada uno con su prójimo" (Ef. 4:25).

Esto no es fácil de llevar a cabo, como cualquiera que esté preocupado de su integridad personal puede reconocer. En algunas situaciones, mentir o al menos no decir toda la verdad, parece ser el curso de acción debido. En otras situaciones, el decir la verdad parece imposible. Para los hombres bien puede ser imposible; pero con Dios todo es posible (Le. 18:27). ¿Cómo podemos comenzar a crecer en esta área? El primer paso radica en tomar conciencia que "de la abundancia del corazón habla la boca" (Mt. 12:34) y que el corazón solamente puede cambiar cuando el Señor Jesucristo toma posesión del mismo. Si nuestros corazones están llenos de nuestro ego, entonces inevitablemente siempre usamos la verdad en beneficio nuestro. Pero si la verdad inunda nuestro corazón, como lo hará cuando Cristo lo controle, entonces lo que digamos será la verdad y crecientemente será de edificación para los demás.

EL DÉCIMO MANDAMIENTO: NO CODICIARÁS

El décimo mandamiento es quizá el más revelador y el más devastador de todos los mandamientos, ya que trata explícitamente la naturaleza interna que tiene la ley. La codicia es una actitud de la naturaleza interna que puede, o no, expresarse en un hecho adquisitivo externo. Además, puede estar dirigida a cualquier objeto. El texto lee: "No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciaras la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo" (Ex. 20:17).

Es asombroso lo moderno que es este mandamiento, y cómo golpea las raíces de nuestra cultura occidental materialista. Un elemento ofensivo de nuestro materialismo es la insensibilidad a las necesidades de los demás, la que muchas veces, a su vez, genera una insensibilidad hacia los pobres de nuestras ciudades y los carenciados del resto del mundo. Pero aun más ofensivo que esto resulta nuestra insatisfacción irracional con toda nuestra abundancia de riquezas y oportunidades. Es cierto, no todo el Occidente es rico y tampoco hay nada intrínsecamente malo en querer mejorar nuestra suerte en una medida razonable, especialmente cuando ocupamos un lugar bajo en la escala socioeconómica. Esto en sí no constituye la codicia. Lo que está mal es desear algo por el mero hecho de que otra persona lo disfruta. Está mal desear constantemente poseer más cuando no tenemos ninguna necesidad. Está mal no ser felices con nuestros recursos escasos. Desgraciadamente, la codicia es lo que los medios de comunicación de masas parecen haberse propuesto incorporar en nosotros para que nuestra economía, extravagante y dilapidadora, pueda continuar en expansión, aun cuando esto signifique perjudicar las economías de las naciones menos desarrolladas.

Pero también podemos apreciar nuestra codicia de otra manera. Muchos, particularmente las personas cristianas, están realmente felices con lo que Dios les ha dado. No son exageradamente materialistas. Pero son codiciosos con respecto a sus hijos. Quieren lo mejor para ellos, y en muchos casos pueden sentirse heridos y hasta rechazados cuando sus hijos escuchan el llamado divino para renunciar a la vida de abundancia material y dedicarse al servicio misionero o a algún otro servicio cristiano.

LA PAGA DEL PECADO Y LA DÁDIVA DE DIOS

No debemos concluir este estudio de la ley de Dios como está expresada en los Diez Mandamientos sin aplicarla a nuestras personas. Hemos considerado diez áreas en las que Dios requiere de los hombres y las mujeres determinados estándares de conducta. Al considerarlos nos hemos visto juzgados. No hemos adorado a Dios como es debido. Hemos adorado ídolos. No hemos honrado a Dios en toda su plenitud. No nos hemos regocijado ni le hemos servido en el día del Señor. Somos deudores con respecto a nuestros padres terrenales. Hemos matado, por medio del odio y la mirada, si no literalmente. Hemos cometido adulterio

con el pensamiento y quizá también con nuestros hechos. No hemos dicho siempre la verdad. Hemos deseado y tramado para obtener las pertenencias de nuestro prójimo.

Dios nos ve en nuestro pecado. "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (He. 4:13). ¿Cuál es la reacción de Dios? Ciertamente, no es la de excusarnos, y pasar por alto nuestro pecado. Por el contrario, nos dice que de ningún modo puede librarnos de la culpa. Nos enseña que "la paga del pecado es muerte" (Ro. 6:23). El juicio está pronto a ser ejecutado.

¿Qué podemos hacer? Por nuestros propios medios no hay nada que podamos hacer. Pero la gloria del evangelio es que no estamos solos. Por el contrario, Dios ha intervenido para realizar lo que nosotros no podíamos hacer. Hemos sido juzgados por la ley y hemos sido hallados faltos. Pero Dios ha enviado a Jesús, quien ha sido juzgado por la ley y ha sido hallado perfecto. Él ha muerto ocupando nuestro lugar para llevar el justo juicio que nos correspondía de manera que podamos presentarnos limpios ante Dios para ser vestidos con su justicia. La Biblia va más allá de la "paga del pecado", e insiste en que "la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23). Si la ley lleva a cabo en nosotros su tarea propia no nos hará justos por nuestros propios medios. Nos hará justos por medio de Cristo, cuando haga que nos volvamos de nuestras obras corruptas al Salvador quien es nuestra única esperanza.

CAPITULO 25: LA IRA DE DIOS

EN DETERMINADO LUGAR DE SU LIBRO THE NATURE AND DESTINY OF MAN, Reinhold Niebuhr habla de tres elementos en la confrontación entre Dios y el individuo. El primer elemento es "el sentido de reverencia hacia una majestad y de una dependencia en una fuente de existencia primaria". En segundo lugar, "el sentido de una obligación moral impuesta por un ser que trasciende a uno y de una indignidad moral frente a un juez". Y en tercer lugar, "las ansias del perdón".¹³⁵ Estos tres elementos corresponden a nuestro conocimiento de Dios como el creador, el juez y el redentor. Pero lo más importante de los tres es el orden en que aparecen. Están en este orden porque no es posible conocer adecuadamente a Dios como juez hasta que sepamos algo con respecto a nuestra obligación hacia Él como el creador. Ni tampoco podemos conocerlo como redentor hasta tanto no hayamos tomado conciencia sobre cuan terriblemente hemos pecado contra él y cómo estamos, por lo tanto, bajo la sombra de su ira.

¹³⁵ Niebuhr, The Nature And Destiny Of Man, P. 131.

Esto significa, por supuesto, que debemos estudiar la ira de Dios antes de poder apreciar las doctrinas de la redención. Pero es aquí donde se nos plantea un problema. Muchos de nuestros contemporáneos, e incluso muchos cristianos, consideran que la ira de Dios es algo vergonzoso, algo que básicamente no es digno de Dios. Por ende, se trata de algo de lo que no se habla con demasiada frecuencia, al menos públicamente. Escuchamos muchos sermones sobre el Amor de Dios. Existen miles de libros publicados que nos hablan sobre el poder de Dios para libramos de la tentación, la depresión, la tristeza, y muchas otras cosas. Los evangelistas suelen poner el énfasis sobre la gracia de Dios y su plan para nuestras vidas. Poco escuchamos hablar sobre la ira de Dios o el juicio de Dios. ¿Qué es lo que está ocurriendo? Los autores bíblicos no mostraban tal reticencia. Hablaban de la ira de Dios, obviamente considerándola como una de las "perfecciones" de Dios. Esto los conducía a presentar el evangelio de Dios como un "mandamiento" al arrepentimiento (Hch. 17:30). ¿Acaso los cristianos modernos no se han percatado de algo que los escritores bíblicos conocían y apreciaban? ¿Han desestimado una doctrina sin la cual las demás doctrinas inevitablemente se distorsionan? ¿O acaso el punto de vista moderno es más correcto?

Un problema es que las palabras en inglés, o en cualquier otro idioma, no son capaces de incorporar la esencia de la ira de Dios. La ira suele entenderse como "enojo", y el enojo (al menos el enojo humano) no se asemeja a lo que queremos significar cuando hablamos de la ira de Dios al juzgar el pecado. Pero el lenguaje no constituye el mayor escollo. El problema principal radica en la relación que existía entre toda la raza y Dios, una relación que por causa del pecado se ha quebrado. El pecado ha producido un estado en el cual nos encontramos condenados como pecadores pero en el cual, por este mismo pecado, somos incapaces de admitir nuestra culpabilidad; por lo tanto, consideramos que la ira de Dios hacia nosotros es injusta y no es digna de él. ¿Por qué los cristianos tienen esta tendencia a aceptar este juicio contemporáneo pero no bíblico? La idea de la ira de Dios nunca ha sido popular pero, sin embargo, los profetas, los apóstoles, los teólogos y los maestros de antaño no cesaban de hablar de ella. Es bíblica. En realidad, "una de las características más salientes de la Biblia es el vigor con el cual ambos Testamentos resaltan la realidad y el terror de la ira de Dios".¹³⁶ La manera de sobreponernos a nuestra reticencia es buscar redescubrir la importancia de la ira de Dios por medio de un estudio detallado sobre toda la enseñanza de la Biblia sobre ella.

LA IRA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento hay más de veinte palabras utilizadas para expresar la ira con relación a Dios; y muchas otras palabras relacionadas únicamente con el enojo humano. Existen por lo menos seiscientos pasajes primordiales. Pero, además, no se tratan de pasajes

aislados y no relacionados entre sí, como si fueran la obra de un escritor melancólico que luego otro redactor tan melancólico como éste editó en el texto del Antiguo Testamento: el otorgamiento de la ley, la vida sobre la tierra, la desobediencia por parte del pueblo de Dios y la escatología.

Las primeras menciones sobre la ira de Dios están en relación a la entrega de la ley en el monte de Sinaí. Las referencias más tempranas están dos capítulos después del relato sobre los Diez Mandamientos. "A ninguna viuda ni huérfano afligiréis. Porque si tú llegas a afligirles, y ellos clamaren a mí, ciertamente oiré yo su clamor; y mi furor se encenderá, y os mataré a espada, y vuestras mujeres serán viudas, y huérfanos vuestros hijos" (Ex. 22:22-24). Diez capítulos más adelante, en un pasaje sobre el pecado del pueblo al haberse fabricado y adorado el becerro de oro, Dios y Moisés hablan sobre la ira. Dios dice: "Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma". Y Moisés le suplica: "Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo" (Ex. 32:10-12).

Es obvio que en este pasaje la apelación de Moisés a Dios no se basa en la supuesta inocencia del pueblo (no eran inocentes, y Moisés lo sabía), ni en la idea que la ira no era digna de Dios. Moisés apela sobre la base del nombre de Dios y sabe que sus hechos serán mal interpretados por los infieles. No hay ninguna duda expresada sobre la ira, esta es considerada como una reacción apropiada del carácter divino de Dios contra el pecado. La ira divina presenta una primera característica, exclusivamente bíblica, que inmediatamente la diferencia de la ira desplegada por las deidades paganas: su consistencia. La ira de Dios no es arbitraria, como si Dios por cualquier hecho menor o según su propio capricho simplemente se volviera contra aquellos que antes había amado y favorecido. Por el contrario, la ira es la duradera e inquebrantable resistencia de Dios frente al pecado y la maldad. En el primer pasaje, la ira es suscitada por el pecado hacia los otros, las viudas y los huérfanos. En el segundo pasaje, la ira es suscitada por los pecados contra Dios.

Es posible dar muchos otros ejemplos. En los últimos capítulos de Job, los amigos de Job provocan la ira de Dios, por sus consejos necios y arrogantes (Job 42:7). El pasaje de Deuteronomio 29:23-28 nos habla de la ira de Dios que se derrama sobre Sodoma y Gomorra y otras ciudades, por causa de su idolatría. En Deuteronomio 11:16-17 al pecado se lo describe como el servir "a otros dioses" y adorarlos. Esdras nos habla de la ira de Dios contra todos "los que le abandonan" (Esd. 8:22).

Hay algo más que resulta evidente en estos pasajes. Como el pecado que provoca la ira de Dios es esencialmente el volverle las espaldas o rechazarlo, la ira es algo que los seres

humanos eligen por sí mismos. Podríamos decir que la ira de Dios es aquella perfección de la naturaleza divina en la que quedamos inmersos por nuestra rebelión. Esto no significa, por supuesto, que la ira de Dios es pasiva, ya que en realidad obra activamente y lo hará en una medida perfecta en el juicio final. Lo que significa es que la ira es la faceta de la naturaleza divina que no necesitamos haber descubierto; habiéndola descubierto, la encontramos tan real como las demás facetas de la naturaleza de Dios. No es posible dejar fuera a Dios, ni siquiera por el pecado. Todo lo que hacemos es intercambiar la relación con Dios por otra. Si no aceptamos el amor y la gracia de Dios, tendremos que soportar la ira de Dios. Porque Dios no puede tolerar el mal.

La ira de Dios siempre tiene un elemento judicial. En consecuencia, como resulta evidente que la justicia nunca podrá lograrse plenamente en este mundo (ya sea por una razón o por otra), los escritores del Antiguo Testamento contemplaban el día en el futuro cuando se desplegará la perfecta ira de Dios contra el pecado, cuando las cuentas fueren saldadas.

Hay repetidas referencias "al día de la ira de Jehová" o a su juicio. El primer capítulo de Nahúm es un ejemplo.

Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos. Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable. ¿Quién permanecerá delante de su ira? ¿Y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por él se hienden las peñas. Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían. Más con inundación impetuosa consumirá a sus adversarios. (Nahúm 1:2-3, 6-8)

El segundo salmo nos habla sobre la ira de Dios que se dirige contra las naciones paganas de su día. [El Señor] luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy. Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás. (Sal. 2:5-9)

Amos dirige las advertencias de Dios contra aquellos que son nominalmente religiosos, que piensan erróneamente que el día de la ira de Jehová será un día para su reivindicación.

¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; oh como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿No será el día de Jehová tinieblas y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor? (Amos 5:18-20)

La acumulación del pecado y la creciente necesidad de una justicia final y retributiva hacen que el énfasis sobre el futuro día de la ira de Jehová sea cada vez mayor en los últimos libros del Antiguo Testamento.

LA IRA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Al examinar los pasajes que, en número menor, tratan el tema de la ira de Dios en el Nuevo Testamento, vemos que era un tema tan real para Jesús y los escritores del Nuevo Testamento como para los autores del Antiguo Testamento.

El Nuevo Testamento griego tiene sólo dos palabras principales para la palabra ira. Una de estas palabras es thymos, cuya raíz (thyó) significa "derramarse ferozmente", "estar acalorado de violencia", o "respirar violentamente". Su significado singular sería "un furor resollante". La otra palabra es orgé, que proviene de otra raíz completamente distinta. Su raíz (orgaó) significa "madurar para algo"; el sustantivo denota la ira que durante un largo período lentamente se ha ido acumulando. En varias ocasiones estas dos palabras aparentemente han perdido estas tempranas diferencias y son usadas indistintamente. Pero cuando corresponde hacer una distinción, orgé es más apropiada para mostrar cómo la ira de Dios en oposición al pecado crece gradualmente y se hace cada vez más intensa. León Morris observa que, sin considerar el Apocalipsis, thymos se utiliza únicamente una vez con relación a la ira de Dios. Y concluye: "Los escritores bíblicos para describir la ira de Dios suelen usar una palabra que refleja no el impetuoso surgir de una pasión, que pronto desaparece, sino una poderosa y asentada oposición hacia todo lo que sea el mal, que surge de la misma naturaleza de Dios".¹³⁷

Los escritores del Nuevo Testamento hablan en muchas ocasiones sobre "la ira que ha de venir". En el Nuevo Testamento se reconoce que estamos viviendo el día de la gracia de Dios, un día que se caracteriza por el libre ofrecimiento del evangelio de salvación mediante la fe en Jesucristo. Sin embargo, esto no significa que Dios haya cesado de sentir ira hacia el pecado o que no haya de desplegar su ira en el día futuro de su juicio. Por el contrario, la comprensión que uno pueda tener sobre ese día es que su ira es cada vez más intensa. Jesús en varias oportunidades habló sobre el infierno. Advirtió sobre las consecuencias del pecado y del castigo justo y seguro de Dios sobre las personas infieles. El autor del libro a los Hebreos escribió: "El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiziere afrenta al espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el

Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa en caer en manos del Dios vivo!" (He. 10:28-31).

Pero la revelación sobre la ira de Dios en el Nuevo Testamento también se aplica al presente, como también lo hacía en el Antiguo Testamento. En Romanos 1:18 se utiliza el tiempo presente: "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad". Si el tiempo verbal fuera el futuro, también tendría sentido. Se estaría refiriendo al día futuro del juicio final de Dios. Pero al utilizar el tiempo presente, el versículo parece referirse a una revelación continua de la ira de Dios contra la maldad en todos los períodos históricos y en todo lugar —en otras palabras, contra toda clase de las consecuencias y resultados accesorios del pecado, que hemos de tratar en el resto de este capítulo—. Estos resultados incluyen el oscurecimiento de nuestro entendimiento siempre que la verdad sobre Dios es rechazada (1.21). Incluyen el envilecimiento de la conciencia religiosa de las personas, y la subsiguiente degradación de la persona (1:23), las perversiones sexuales, las mentiras, las envidias, el odio, los homicidios, las contiendas, los engaños, la desobediencia a los padres y otras consecuencias (1:24-31). No hay nada en estas listas que sugiera que el apóstol Pablo estaba sustituyendo los resultados presentes y mecánicos del pecado por una manifestación directa y personal de la ira de Dios en un día futuro, como algunos teólogos contemporáneos han enseñado.¹³⁸ Pablo también se refiere al día de la ira en el futuro (Ro. 2:5; 1 Ts. 1:10; 2:16; 5:9). Sin embargo, Pablo ve la evidencia de esa ira futura en los resultados presentes del pecado. Podemos decir que Dios nos ha advertido del juicio que ha de venir: primero, por nuestra propia conciencia del bien y del mal, de la justicia y la injusticia; y segundo, por las evidencias de las muestras inevitables de la justicia de Dios que vemos hoy en día. Pablo describe este proceso como lo atestigua el paganismo. Existen evidencias paralelas en la actualidad. Porque cuando los hombres y las mujeres abandonan a Dios, Dios los entrega "a la inmundicia... a pasiones vergonzosas... [y] a una mente reprobada" (Ro. 1:24,26,28). Podemos apreciar esto en la progresiva decadencia moral de la civilización occidental, las familias desintegradas, las psicosis y otras formas de desintegración psicológica. Lo podemos apreciar en nuestras propias vidas y en cosas supuestamente sin importancia, como la inquietud, el insomnio, y la sensación de infelicidad y falta de realización personal.

A modo de resumen, por un lado tenemos la casi universal y básica reacción de la raza humana hacia la idea de la ira de Dios. Esta es considerada innoble de Dios, quizá hasta vengativa y cruel. Por otro lado, tenemos toda la revelación bíblica donde la ira de Dios es presentada como una sus perfecciones. Su ira es presentada como siendo coherente con su oposición al mal, como siendo judicial, como siendo un aspecto de Dios que los humanos

¹³⁸ El mejor ejemplo aquí es C. H. Dodd (The Epistle Of Paul To The Romans [London: Hodder And Stoughton, 1932], Pp. 20ss., Y otros escritos), pero sólo es uno de varios.

pueden elegir por sí mismos y, por último (aunque no menos importante), como siendo algo sobre lo que hemos sido claramente advertidos.

La ira de Dios no es innoble. Por el contrario, es demasiado noble, demasiado justa, demasiado perfecta —eso es lo que nos molesta. En los asuntos humanos, correctamente valoramos la justicia y la "ira" del sistema judicial, ya que nos protege. Si alguna vez nos apartáramos de la ley, siempre existe la posibilidad de que pudiéramos presentar una apelación, o escapar por medio de un tecnicismo, o declararnos culpables de una ofensa menor y ser perdonados. Pero no podemos actuar así con respecto a Dios. Cuando tratamos con Dios no estamos tratando con las imperfecciones de la justicia humana sino con las perfecciones de la justicia divina. Estamos tratando con uno para quien no solamente nuestras acciones sino nuestros pensamientos y nuestras motivaciones le son visibles. ¿Quién puede escapar a tal justicia? ¿Quién puede pararse delante de este juez tan implacable? Nadie. Cuando tomamos conciencia de esta verdad es que resentimos la justicia de Dios e intentamos negar su realidad de cualquier forma posible. Pero, sin embargo, no debemos negarla. Si lo hacemos, nunca podremos apreciar nuestra necesidad espiritual, como es necesario que la apreciemos si hemos de volvernos a nuestro Señor Jesucristo como nuestro Salvador. Si no nos volvemos a él, nunca podremos verdaderamente conocer a Dios ni conocernos a nosotros mismos adecuadamente. Sólo cuando conocemos a Dios como el creador es que podemos discernirlo como juez. Y sólo cuando lo conozcamos como juez es que podremos descubrirlo como nuestro redentor.

LA IRA DE DIOS SATISFECHA

Debemos continuar considerando la revelación de Dios como el redentor en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esto ocupará el siguiente capítulo (para el Antiguo Testamento) y los capítulos nueve al dieciocho (para el Nuevo Testamento), mientras tratamos la persona y la obra de Jesucristo. Pero antes de abarcarnos en ese estudio, sin embargo, debemos volver a considerar el intercambio que mantuvieron Dios y Moisés sobre el pecado de Israel. En un sentido, este pasaje ocurre entre la declaración de la ira de Dios contra el pecado y la subsiguiente revelación del camino de Dios para la salvación. Moisés había estado cuarenta días en el monte recibiendo la ley. Cuando los días transcurrían y se convertían en semanas, la gente inquieta que estaba esperando abajo logró convencer al hermano de Moisés, Aarón, de que les hiciera un dios sustituto. Ahora bien, sabiendo lo que estaba ocurriendo en el valle, Dios interrumpió la revelación de la ley para contarle a Moisés lo que el pueblo estaba haciendo y regresarles a Moisés.

Era una situación irónica. Dios acababa de entregarle a Moisés los Diez Mandamientos. Estos comenzaban diciendo: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de

casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos" (Ex. 20:2-6). Mientras Dios le estaba entregando estas palabras, el pueblo que había sido liberado de la esclavitud en Egipto estaba haciendo precisamente lo que él estaba prohibiendo. Y no sólo eso, también estaban cometiendo adulterio, mintiendo, codiciando, deshonrando a sus padres y sin duda quebrando el resto de los mandamientos. Llegado ese punto, cuando Dios le declara a Moisés su intención de juzgar al pueblo inmediata y completamente, Moisés intercede por ellos con las palabras que hemos citado con anterioridad.

Finalmente, Moisés descendió del monte para encontrarse con el pueblo. Aun desde una perspectiva humana y sin entrar a considerar ningún pensamiento relacionado con la gracia de Dios, el pecado debe ser juzgado. Fue así que Moisés comenzó a tratarlo de la mejor manera que pudo. Primero, reprochó Aarón en público. Luego llamó a los que todavía permanecían del lado de Jehová a que se apartaran de los demás y se pararan a su lado. La tribu de Leví respondió. A la orden de Moisés fueron enviados al campamento para que ejecutaran a los que habían conducido la rebelión. El capítulo nos dice que tres mil hombres murieron, aproximadamente 0,5% de los seiscientos mil que habían dejado Egipto durante el éxodo (Ex. 12:37; 32:28; con las mujeres y los niños, el número total del éxodo puede haber sido dos millones de personas). Al mismo tiempo, Moisés destruyó el becerro de oro. Lo molió hasta reducirlo a polvo, lo mezcló con agua, y se lo dio a beber al pueblo.

Desde el punto de vista humano, Moisés había tratado este pecado. Los líderes habían sido castigados. Aarón había sido reprochado. La alianza del pueblo, al menos por un tiempo, había sido restituida. Todo parecía estar en orden. Pero Moisés mantenía una relación especial con Dios como también tenía una relación especial con el pueblo. Dios en el monte todavía esperaba, y su ira no se había aplacado. ¿Qué era lo que debía hacer Moisés? Para algunos teólogos, sentados en alguna biblioteca, la idea de la ira de Dios puede parecer nada más que simple especulación. Pero Moisés no era un teólogo de sillón. Él había estado hablando con Dios. Había oído su voz. La ley todavía no había sido entregada en su totalidad, pero Moisés ya había recibido lo suficiente para conocer algo sobre el horror del pecado y la naturaleza intransigente de la justicia de Dios. ¿Acaso Dios no había dicho: "No tendrás dioses ajenos delante de mí"? ¿Acaso no había prometido visitar la iniquidad de los padres sobre los hijos de la tercera y la cuarta generación? ¿Quién era Moisés para creer que el juicio limitado que había comenzado era suficiente para satisfacer la santidad de un Dios tal?

La noche transcurrió, y llegó la mañana cuando Moisés había de volver a ascender el monte. Había estado pensando. En algún momento durante la noche se le había ocurrido una manera en que era posible desviar la ira de Dios contra el pueblo. Recordó los sacrificios de los patriarcas hebreos y el recientemente instituido sacrificio de la Pascua. Sin duda que Dios había mostrado por esos sacrificios que estaba preparado a aceptar un sustituto inocente en lugar de la muerte justa del pecador. Su ira a veces descendía sobre el sustituto. Quizá Dios podría aceptar... Cuando llegó la mañana, Moisés ascendió el monte con una firme determinación. Al llegar a la cima, le comenzó a hablar a Dios. Debe haber estado lleno de angustia, ya que el texto hebreo es irregular y la segunda oración de Moisés queda sin terminar, indicado por un guión en el medio de Éxodo 32:32. Es un grito ahogado, es el llanto que surge del corazón de un hombre que está pidiendo ser maldito si de esa manera es posible salvar al pueblo que ha llegado a amar. "Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado —y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito" (Ex. 32:31-32).

Moisés se estaba ofreciendo a ocupar el lugar del pueblo como recipiente del juicio de Dios, de ser alejado de Dios en lugar de ellos. El día anterior, antes de que Moisés descendiera del monte, Dios había dicho algo que podría haber sido una gran tentación. Si Moisés estaba de acuerdo, Dios destruiría al pueblo por su pecado y comenzaría a crear una nueva nación judía a partir de Moisés (32:10). Pero ya entonces Moisés había rechazado la oferta. Pero luego de haber estado con su pueblo y de haber recordado el amor que sentía hacia ellos, su respuesta, nuevamente negativa, es todavía más rotunda. Dios le había dicho: "Los destruiré y haré de ti una gran nación". Y Moisés le responde: "No, destruyeme a mí y sálvalos a ellos".

Moisés vivió durante los primeros años de la revelación de Dios a su pueblo, y posiblemente no comprendía mucho de lo que estaba ocurriendo. Sin duda que no sabía, como nosotros podemos saber, que lo que estaba rogando no podía ser. Moisés se ofreció a entregarse para salvar a su pueblo. Pero Moisés no podía ni siquiera salvarse a sí mismo, mucho menos a ellos; él también era un pecador. Una vez había cometido un asesinato, y había quebrantado el sexto mandamiento. No podría servir como sustituto de su pueblo. No podría morir por ellos.

Pero hay uno que sí podría. Es así que "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gá. 4:4-5). La muerte de Jesús no alcanzaba únicamente a los que habían creído en los tiempos del Antiguo Testamento, para los que habían pecado en el desierto y sus descendientes. También alcanza a los que vivimos hoy en día, tanto a judíos como a gentiles. Sobre la base de la muerte de Cristo, en la que él recibió toda la carga judicial de la ira de Dios contra el pecado, las personas que ahora creen pueden experimentar su gracia abundante, en lugar de sufrir su ira (si bien la merecemos).

La gracia no elimina a la ira; la ira todavía se acumula contra los que no se arrepienten. Pero lo que la gracia sí elimina es la necesidad de que todos sufran la ira.

CAPITULO 26: LA SALVACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

DE LOS COMENTARIOS QUE HEMOS HECHO EN EL ESTUDIO PRECEDENTE sobre la ley, debería resultar evidente que una persona podría ser salva en el período del Antiguo Testamento de la misma manera en que una persona puede ser salva hoy en día. Es decir, la persona que vivió antes del tiempo de Cristo habría sido salvada por la gracia mediante la fe en un redentor que había de venir, del mismo modo que en la actualidad una persona es salva por la gracia mediante la fe en el redentor que ya vino. Los hombres y las mujeres del Antiguo Testamento miraban hacia el futuro, hacia Cristo. Nosotros tiramos hacia el pasado. Fuera de esta diferencia, la base de la salvación es idéntica. Los sacrificios del Antiguo Testamento apuntaban hacia el futuro, hacia Jesús.

Sin embargo, si se le preguntara a un cristiano común (ni qué decir de una persona que no sea cristiana) cómo era que las grandes figuras del Antiguo Testamento eran salvadas, es posible que contestara equivocadamente. Por ejemplo, algunos creen que las grandes figuras del Antiguo Testamento se salvaban por ser judíos. Este punto de vista se basa en el entendimiento que las promesas de Dios a Israel fueron dadas a Israel en forma colectiva; es decir, incluyendo a todos y cada uno de los descendientes de Abraham. Encuentran la base bíblica para esta afirmación en pasajes tales como Juan 4:22, donde Jesús le dice a la mujer de Samaría que "la salvación viene de los judíos". Además, este punto de vista era compartido por la mayoría de los judíos en los tiempos del apóstol Pablo, como está evidenciado por el tratamiento que él hace de este tema en Romanos 9. También es compartido por muchos judíos contemporáneos y por un número considerable de cristianos. ¿Pero todos los judíos son salvos? O para plantearlo de una manera más estricta, ¿todos los judíos habrían sido salvos antes de la venida de Cristo? Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contradicen esta idea.

Otro punto de vista erróneo, pero quizá más extendido, es que las figuras de Antiguo Testamento fueron salvas porque fueron fieles a la ley. Por supuesto este punto de vista no explica como Adán y Eva, o Abraham y Sara, o muchos otros que vivieron antes de que la ley fuera entregada, fueron salvos, pero sí se acomoda al deseo fundamental y tan humano de lograr la propia salvación. Los hombres y las mujeres fervientemente desean ser salvos haciendo algo por sí mismos. En realidad, la propia ley los está condenando.

Por último, algunos podrían decir que las figuras del Antiguo Testamento fueron salvas por cumplir con los sacramentos; es decir, por cumplir con los sacrificios y otros ritos especificados en el código levítico. Como la salvación consistía en el significado de los sacrificios, este punto de vista está más cercano a la verdad, si bien no es del todo completo: porque la salvación no provenía de los sacrificios, como tampoco proviene del bautismo ni de la Cena del Señor.

EL CASO DE ABRAHAM

¿Cómo eran salvadas las figuras del Antiguo Testamento? El apóstol Pablo se tuvo que enfrentar con aquellas personas que creían que los judíos eran salvos por nacimiento, cumpliendo la ley, y observando los sacrificios, o por alguna combinación de estos tres elementos. Pablo les contestó enseñándoles que la salvación es siempre por gracia, no por obras de ninguna clase; y por lo tanto la salvación en última instancia se trata de la elección soberana de Dios.

En Romanos 4, Pablo dedica un capítulo entero para mostrar cómo Abraham, el padre de la nación judía, había sido salvado por la fe, sin la ley. Pero si bien esto está mostrando el camino de Dios para la salvación, no está respondiendo a la pregunta de por qué Israel en su conjunto no estaba respondiendo al ofrecimiento de Dios en Cristo. Israel había recibido las promesas de la venida del Cristo y tenía los sacrificios, que señalaban hacia él. Israel debería haber creído. Sin embargo, cuando los primeros predicadores del evangelio presentaron su mensaje, aparentemente Israel rechazaba al Salvador, mientras que los gentiles, por el contrario, estaban creyendo en el mensaje. ¿Por qué? ¿Acaso Dios estaba abandonando a su pueblo? ¿El camino para la salvación se había modificado? Pablo contesta estas interrogantes en el capítulo 9, primero negando que los judíos fueran salvos por nacimiento. En todo lugar señala que algunos no fueron salvos mientras que otros sí lo fueron. Hablando espiritualmente dice: "porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos (o sea, hijos espirituales)" (Ro. 9:6-7). En segundo lugar, muestra que sólo la selección soberana de Dios produjo la verdadera simiente de Abraham. "...no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes" (Ro. 9:8). Por lo tanto, los judíos se salvaban en el período del Antiguo Testamento y se salvan hoy en día de la misma manera que los gentiles; es decir, por la gracia de Dios concentrada en la obra de Cristo en el Calvario.

¿Quién era Abraham antes de que Dios lo llamara? No era un judío en el sentido nacionalista posterior, si bien había de ser el primero de la nación judía. Cuando Dios llamó a Abraham, él era simplemente uno de los miembros de un gran número de semitas que habitaban el antiguo

cercano oriente, la mayoría de los cuales adoraban a los ídolos. Abraham descendía de una de estas familias. Por lo tanto, fue salvo no porque tuviera algún supuesto mérito propio (como si hubiese buscado a Dios, ya que no lo hizo) sino porque Dios lo eligió para la salvación.

En varios pasajes de la Biblia se hace mención a la elección de Abraham por parte de Dios. Josué, por ejemplo, le habló a todo el pueblo, recordándoles acerca de su pasado pagano, como Dios los había liberado de ese pasado, y la obligación que ahora tenían de servirle. En una parte de su discurso, Josué se refiere a Abraham en estos términos:

Y dijo Josué a todo el pueblo: Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán, y aumenté su descendencia, y le di Isaac. A Isaac di Jacob y Esaú. Y a Esaú di el monte de Seir, para que lo poseyese; pero Jacob y sus hijos descendieron a Egipto. Y yo envié a Moisés y a Aarón, y herí a Egipto, conforme a lo que hice en medio de él, y después os saqué... Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. (Jos. 24:2-5, 14)

Estos versículos nos muestran claramente que Abraham fue elegido por Dios de entre unos antepasados paganos, y que tanto él, como Taré y Nacor adoraban a dioses falsos.

Isaías expresa lo mismo: "Oídmme, los que seguís la justicia, los que buscáis a Jehová. Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados. Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué" (Is. 51:1-2). No hay nada en sus antepasados que podría haber recomendado a Israel. La salvación siempre es por gracia.

En otros lugares en sus escritos, Pablo niega que Abraham haya sido salvado por haber guardado la ley o haber observado los sacramentos. Nos muestra que Abraham vivió alrededor de cuatrocientos treinta años antes de que la ley fuera entregada (Gal. 3:17), y que Dios lo declaró justo mediante la fe antes de haber recibido el rito de la circuncisión (Ro. 4:9-11).

Se podría argumentar que si bien el llamado de Dios a Abraham fue por gracia "Después de todo, Dios tenía que comenzar por algún lugar"), más adelante la salvación fue por descendencia física. Se podría concluir, entonces, que los descendientes de Abraham eran salvos. Pero esta opinión es justamente la que Pablo está argumentando en contra cuando le escribe a los Romanos, y que contesta específicamente en el capítulo noveno. Los judíos en los días de Pablo decían que ellos tenían una relación especial con Dios porque eran físicamente descendientes de Abraham, pero al pensar de esta manera estaban pasando por

alto el hecho de que Abraham había tenido más que un hijo. Isaac, el hijo de la promesa de Dios, fue uno de los hijos de Abraham. Pero antes que naciera Isaac había nacido Ismael. ¿Qué pasaba entonces con Ismael? Es evidente que Dios había elegido a Isaac y no a Ismael, aunque Isaac era menor; y así estaba demostrando que la salvación es el resultado de la libre elección de Dios y que (no importa lo que pensemos sobre este asunto) resulta evidente que no otorga los mismos privilegios a todos.

Sin duda estaban quienes argumentaban que el caso de Isaac no era prueba suficiente para probar la posición de Pablo. Isaac era el hijo de Abraham y de Sara, por lo tanto ambos padres eran judíos; sin embargo, Ismael era el hijo de Abraham y Agar, la criada egipcia de Sara. Ismael era mestizo; por lo tanto, Pablo no podía probar que la salvación no se transmitía por nacimiento. Pablo les responde haciendo referencia a la siguiente generación. En esta generación, en el caso de los dos hijos de Isaac, Jacob y Esaú, Dios hizo su elección entre los hijos de la misma madre judía. Y, además, para que nadie introdujera el asunto de la edad como un factor, ambos hijos eran mellizos. Pero todavía más, para que nadie pudiera argumentar que la elección se basaba en el carácter o las opciones morales de los hijos, Dios anunció su decisión cuando los niños todavía estaban en el vientre de Rebeca; o sea, antes de que cualquiera de ellos tuviera la oportunidad de hacer o elegir nada. Pablo escribe sobre esta generación: "Y no sólo estos, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal), para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama, se le dijo: El mayor servirá al menor" (Ro. 9:10-13).

La clave de este argumento es que la elección de quienes habían de recibir la bendición de la salvación descansa únicamente en Dios, en aquel tiempo como en la actualidad. Dios le da vida a quien él elige.

MIRANDO HACIA EL FUTURO REDENTOR

Sin embargo, al decir que los judíos del período del Antiguo Testamento eran salvos por la selectiva gracia de Dios, del mismo modo que los gentiles son salvos hoy en día, sólo estamos presentando una faceta de todo el cuadro. Si bien la elección es la causa que inicia el proceso de salvación, es únicamente eso. Todavía quedan pendientes otras interrogantes: ¿En qué se basa Dios para salvar a los infieles? ¿Cómo puede Dios perdonar el pecado? ¿Puede Dios justificar a los infieles y todavía seguir siendo justo? La importancia de estas preguntas nos conduce a la importancia que la muerte de Cristo tenía incluso para las figuras del Antiguo Testamento. El apóstol Pablo se refiere a este punto al menos en dos oportunidades. En su primera completa afirmación del evangelio, Pablo habla de la manifestación de la justicia de Dios por medio de Cristo. Primero, la justicia es "para todos los que creen en él"

(Ro. 3:22). Las palabras sugieren los ser vestidos con esa justicia, o el que esa justicia ha sido depositada en nuestra cuenta, como en un banco.

En segundo lugar, el argumento de Pablo es que la justicia de Dios se ha manifestado por la muerte de Cristo. Antes de los tiempos de Cristo, Dios había salvado a numerosas figuras del Antiguo Testamento por su elección. Pero todavía eran pecadores, entonces, parecía como si Dios estaba pasando por alto su pecado, lo que no estaba bien. Podríamos simpatizar con la decisión de Dios de perdonar, pero nuestra simpatía no hacía que estuviera bien. ¿Qué de la justicia? ¿Qué con el pecado? Estas interrogantes se dilucidan por la manifestación de la justicia de Dios por medio de Jesucristo. Es sobre la base de la muerte de Cristo que Dios había estado perdonando los pecados durante todo ese tiempo, si bien esta muerte todavía no había tenido lugar. Cuando ocurrió, el misterio quedó solucionado y se pudo apreciar que Dios era justo.

Pablo expresa esto cuando escribe sobre aquellos que habían sido "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:24-26). La causa que inicia la salvación es la gracia gratuita de Dios pero la causa formal es, y siempre ha sido, la muerte del mediador.

El segundo pasaje importante en el que Pablo escribe sobre este asunto es Gálatas 3, donde Pablo se basa en Abraham para mostrar que la salvación es por gracia por medio de la fe en el Señor Jesucristo. En este pasaje, Pablo menciona tres cosas: que Abraham fue salvo por creer en Dios (vs. 6); que lo fundamental de su creencia era que Dios había de enviar un Salvador, que era Jesucristo (vs. 16); y, que la obra de Cristo había de ser una obra de redención (vss. 13-14).

Algunos pueden decir: "¿Esto realmente quiere decir que las figuras del Antiguo Testamento estaban anticipando la futura venida de Cristo y eran salvos por la fe en él, de la misma manera que en la actualidad nosotros miramos hacia la venida de Cristo en el pasado y somos salvos cuando creemos en él como nuestro Salvador? ¿Cómo podían creer en él? Todavía no había venido. Las profecías sobre su venida eran vagas, no eran muy claras. Incluso los propios discípulos de Cristo tenían una idea errónea de su ministerio —creían que era un Mesías político (Hch. 1:6) — ¿cómo es posible esperar que la mayoría de las personas tuviera una idea correcta? ¿Cómo es posible que alguien pudiera ser salvo mediante la fe en un redentor que había de venir?"

Una respuesta posible a estas preguntas es que evidentemente muchos no esperaban la venida de Cristo y por lo tanto no fueron salvos. Resulta evidente que de las muchas personas que se

encontraron con Cristo cara a cara más adelante, la mayoría no fueron salvas. Un día sus enseñanzas atraían a las masas y estas lo alababan, pero al otro día estaban gritando que lo crucificaran. En los tiempos de Cristo, como en todos los períodos de la historia del Antiguo Testamento, los que fueron salvos constituyeron un remanente.

Una segunda respuesta es que evidentemente había distintos grados de comprensión. El fundamento de la fe de los que tenían alguna clase de entendimiento era que se reconocían como pecadores necesitados y se volvían a Dios en busca de salvación. Todos los que sinceramente se presentaban con un sacrificio por su pecado estaban confesando eso.

Una respuesta completa a estas preguntas, sin embargo, va más allá de cualquiera de éstas. Sobre la base de la más completa evidencia bíblica podemos decir que muchos creyeron. Y, además, que sin duda comprendían mucho más de lo que nosotros creemos que comprendían.

Hay evidencia de esto a lo largo de todas las Escrituras. Cuando Adán y Eva pecaron en el huerto de Edén, Dios se les acercó para convencerlos de su pecado y conducirlos al arrepentimiento. Cuando los cubrió con las pieles de unos animales, que sin duda él había matado, ya estaba anticipando la futura muerte de Cristo, quien había de ser muerto por el Padre para que todos los pecadores pudieran vestirse con su justicia. Dios prometió enviar un redentor, diciéndole a Satanás: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Gn. 3:15). Resulta claro que estas palabras no se referían simplemente al temor generalizado que los humanos sienten por las serpientes, como algunos teólogos modernos podrían interpretarlas, sino que se están refiriendo a la venida del Mesías que había de vencer a Satanás y destruir su poderío. Sobre esta venida es que se basaba la salvación de la maldición del pecado. Esto fue lo que entendieron Adán y Eva. Cuando nació su primer hijo, lo llamaron Caín, que significa "Aquí está" o "Adquirido", dando así testimonio de su fe (aunque equivocada) en que el prometido había venido.

Ya hemos visto el caso de Abraham con respecto a su elección para la salvación por parte de Dios y su propia fe personal en el redentor que había de venir. Pero todavía no hemos considerado el versículo que posiblemente sea el más importante sobre este tema. En Juan 8:56, Jesús dice: "Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó".

Una manera de entender este versículo, de difícil interpretación, es suponer que Jesús quería decir que Abraham en ese tiempo estaba vivo en el cielo (o en el Paraíso), regocijándose en el ministerio de Cristo. La dificultad con esta interpretación es que lo que se está discutiendo en Juan 8 no es la continuidad de la conciencia de Abraham después de la muerte sino la preexistencia de Cristo. El versículo 58 dice: "Antes que Abraham fuese, yo soy". Si Cristo hubiera querido decir que Abraham todavía estaba vivo y se gozaba en el nacimiento y el

ministerio de Cristo, hubiera resultado más natural usar la forma verbal presente para estos verbos ("Abraham se goza al ver mi día; lo ve, y se goza"). Parecería más apropiado referir este versículo al entendimiento que Abraham tenía en sus días en lugar de referirlo a algo contemporáneo con el ministerio de Cristo.

Pero colocar la visión en los tiempos de Abraham no resuelve por sí el problema. Esto es lo que hacían muchos rabinos —es decir, hablaban sobre una visión del Mesías que se suponía que Abraham había tenido— aunque no estaban de acuerdo sobre cómo había tenido lugar.

La visión que Abraham tuvo del día de Cristo bien puede encontrarse en el relato del sacrificio casi consumado de Isaac en la tierra de Moriah. Aquí Abraham aprendió una nueva forma de cómo "Dios proveería". Dios vino a Abraham y le dijo que tomara a su hijo, al heredero de la promesa, y lo sacrificara en un monte a unos tres días de viaje. Debe haber sido una contienda interior terrible para Abraham mientras luchaba con el mandamiento de Dios. Sabía que tenía que obedecer a Dios, pero también sabía que Dios era un Dios de palabra que se había comprometido a crear una nación a partir de Isaac. Isaac todavía no tenía descendencia. Entonces, si Dios le estaba diciendo a Abraham que matara a Isaac, el Dios que había hecho un milagro en el nacimiento de Isaac tendría que hacer otro milagro en su muerte. Tendría que haber una resurrección.

El relato nos indica que Abraham esperaba descender del monte con Isaac luego de que el sacrificio hubiera tenido lugar (Gn. 22:5). Y el autor de la epístola a los Hebreos lo afirma explícitamente: "Por la fe Abraham cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19).

Abraham creía que Dios iba a realizar un milagro, resucitando a Isaac, el mismo milagro que Dios el Padre hizo con Jesucristo el Hijo, como lo demuestra el lenguaje especial de esos versículos de Hebreos. Pero esto no es todo. Porque cuando la prueba había finalizado y Dios había provisto un carnero para el sacrificio en lugar del niño, Abraham se alegró y llamó el nombre del lugar Jehová jireh, que significa "Jehová proveerá" (Gn. 22:14). Antes esta expresión podría haber significado "Jehová proveerá una resurrección para Isaac". Ahora solamente podía significar "que el mismo Dios que había provisto un carnero como sustituto de Isaac un día proveería su propio Hijo como el perfecto sustituto y sacrificio para nuestra salvación. Así es como Abraham vio la venida de Jesús, incluyendo el significado de su muerte y resurrección, y se gozó en esa venida.

Supongamos que fuera posible preguntarle a Abraham lo siguiente: "Abraham, ¿por qué estás hoy en el cielo? ¿Fue porque dejaste tu hogar en Ur de los caldeos y te fuiste a Canaán? ¿Fue por tu fe o por tu personalidad o por tu obediencia?"

"No", habría de responder Abraham. "¿Acaso no has leído mi historia? Dios me prometió una gran herencia. Yo creí en sus promesas. Y la promesa más grande fue que por mi descendencia había de enviar un Salvador que sería de bendición a todas las naciones. Estoy en el cielo porque creí que Dios haría eso."

"¿Y qué de ti, Jacob? ¿Por qué estás en el cielo? ¿Estás en el cielo por tu fe o porque eres descendiente de Abraham?"

"No", responde Jacob. "Estoy en el cielo porque esperé un redentor. ¿Recuerdas cómo le hablé a mi hijo Judá en mi lecho de muerte? No conocía su nombre en ese entonces. Pero dije: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos" (Gn. 49:10). Estoy en el cielo porque esperé su venida."

"¿Por qué estás en el cielo, David? Debe ser por tu carácter. Tú fuiste 'un hombre según el corazón de Dios'." "¡Mi carácter!" dice David. "¿Yo? que cometí adulterio con Betsabé y luego traté de ocultarlo haciendo matar a su marido. Estoy en el cielo porque esperé al que había sido prometido como mi redentor y el redentor de mi pueblo. Sabía que Dios le había prometido un reino que no tendría fin."

"¿Qué de ti, Isaías? ¿Esperabas tú al redentor?" "Por supuesto que sí", responde Isaías. "Hablé de él como 'el que llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores', quien 'fue herido por nuestras rebeliones' y 'molido por nuestros pecados'. Yo sabía que Dios había de hacerle cargar con la iniquidad de todos nosotros."

Llegamos a los tiempos de Cristo y nos encontramos con la misma respuesta, sólo que ahora los que creen no provienen de las esferas altas de la sociedad, del palacio de Herodes ni del círculo de los sacerdotes. Son personas comunes. Son personas como Simeón a quien "le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor" (Le. 2:26); o como Ana, una profetisa, quien mientras Simeón estaba bendiciendo a Cristo "daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén" (Le. 2:38). Esta siempre ha sido la fe de los hijos de Dios. Al anunciar el nacimiento de Cristo, el ángel dijo: "Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). En todas las épocas Dios siempre ha tenido quienes esperaban en el Salvador para su salvación. En los tiempos de la antigüedad fueron Abraham, Jacob, David, Isaías, Malaquías, y muchos más, tanto hombres como mujeres. En los tiempos de Jesús fueron Elisabeth, Zacarías, Juan el Bautista, José, María y muchos otros. Todavía hoy son muchos.

Hay sólo un camino para la salvación. "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo

cual se dio testimonio a su debido tiempo" (1 Ti. 2:5-6). En los siguientes capítulos vamos a considerar la persona y la obra de este mediador.

CAPITULO 27: LA DEIDAD DE JESUCRISTO

QUIENES HAYAN ESTADO SIGUIENDO LOS ARGUMENTOS PRESENTADOS en los capítulos anteriores pero todavía no sean cristianos, podrían estar pensando que hemos colocado, como dice el dicho popular, "todos los huevos en un cesto demasiado frágil". Hemos, evidentemente, colocado toda esperanza para nuestra salvación y para los males de este mundo sobre los hombros de un redentor prometido, que los cristianos identifican con Jesucristo de Nazaret. Cabría pensar si es posible que una persona, no importe lo extraordinaria que fuese, estaría a la altura de una tarea de esa magnitud. ¿Cómo es posible que un hombre, un simple hombre, pudiera hacer tanto? Esta es la cuestión. ¿Estamos hablando de un hombre? ¿O acaso se trata de Dios? Los cristianos no titubean en admitir que si Jesús no fuera más que un hombre, no importa lo asombroso que pudiera ser, resulta claro que no podría ser nuestro Salvador, ni tampoco es probable que hubiera hecho las cosas sobrenaturales que se le asignan. Por otro lado, si además de un hombre es Dios entonces nada es imposible para él y sin duda pudo lograr nuestra salvación. Dios no puede mentir; por ende, lo que ha prometido, necesariamente lo llevará a cabo. La pregunta sobre la deidad de Cristo es, por lo tanto, la cuestión fundamental sobre Jesucristo. Esto no implica que debemos aproximarnos a Jesús de una manera mística. Por el contrario, debemos aproximarnos a él como a un hombre verdadero actuando dentro del contexto de la historia, un hombre que realmente dijo e hizo determinadas cosas. Pero no será posible entender este hombre en dicho contexto hasta que reconozcamos que también es Dios que únicamente su divinidad le otorga significado a su discurso y sus hechos. Esta fue la experiencia de los primeros discípulos y los apóstoles. Bruna escribe que "sólo cuando lo comprendemos como el Señor absoluto, a quien corresponde la más completa soberanía divina, es que se vuelve inteligible la victoria de la Pascua, y el hecho salvífico del Viernes Santo. Sólo cuando pudieron conocer a Jesús como el Señor celestial actual, pudieron tomar conciencia de sí mismos como colaboradores del Reino Mesianico, como hombres de la nueva era Mesianica".¹³⁹ Al considerar la persona de Jesucristo debemos comenzar, por lo tanto, con las enseñanzas de estos hombres; o sea, con la propia enseñanza bíblica.

LA ENSEÑANZA DE PABLO

Habremos de comenzar con los escritos del apóstol Pablo ya que, luego de la persona misma de Jesucristo, Pablo fue sin duda el principal exponente y teólogo de la iglesia primitiva. Además, Pablo no fue uno de los discípulos originales de Cristo, lo que nos podría hacer suponer que su opinión estaba teñida de una afectividad personal. Por el contrario, Pablo comenzó siendo un enemigo acérrimo de Cristo y de la iglesia, y en su juventud hizo todo lo posible por destruirla. Además, su oposición estaba cuidadosamente argumentada. Pablo, un judío pío y serio, se aproximaba a la religión sobre el supuesto que Dios era una unidad. Pablo era monoteísta. Creía que las afirmaciones de los cristianos sobre la divinidad de Jesús eran prácticamente una blasfemia. Resulta claro que si un hombre como Pablo fue convertido debe haber sido sobre la base de una profunda experiencia religiosa y sobre una evidencia fundada. Filipenses 2:5-11 es un pasaje clave en el que Pablo revela su entendimiento sobre Jesús. En esa breve sección, Pablo recorre la vida de Cristo desde su eternidad pasada, cuando tenía forma de Dios y era igual a Dios, a través de los acontecimientos en su vida terrenal y la eternidad futura, donde una vez más es glorificado con el Padre. Se lo ha equiparado a una parábola, ya que comienza el pasado infinito, desciende hasta el punto de la muerte de Cristo en la cruz, y luego asciende nuevamente hasta el futuro infinito.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Cuando habla sobre la posición que Jesús disfrutaba junto al Padre en la eternidad pasada, Pablo usa dos palabras que merecen un estudio detallado. La primera es la palabra griega *morphé*, que aparece en la frase "en forma de Dios". La palabra en castellano forma suele usarse para referirse a la forma visible de un objeto, es decir, a algo exterior. Este es uno de los significados de esta palabra —ocurre en la descripción que Pablo hace de los que tienen "una apariencia de piedad" pero niegan el poder de la religión (2 Ti. 3:5)— pero es el significado menos común. Hay otro uso de la palabra que sugiere la idea bíblica dominante. A veces decimos: "Hoy me siento en buena forma", con lo que queremos hablar no sólo sobre la mera apariencia exterior sino, asimismo, sobre la condición interior. Esto es lo que Pablo tenía en mente, en primer término, cuando escribió sobre Jesús en su estado antes de la encarnación. Lo que intentaba decir, como un comentarista lo ha expresado, era que "interiormente poseía y exteriormente, desplegaba la propia naturaleza de Dios mismo".¹⁴⁰

La segunda palabra es aun más importante. Es isos, que significa "igual". En castellano aparece en los términos científicos "isómero", "isomorfo", "isométrico", y el "triángulo isósceles". Un isómero es una molécula que sólo tiene una pequeña diferencia estructural con otra molécula (como, por ejemplo, ser imágenes espejo entre sí), pero que sin embargo tienen una composición química idéntica. Cuando decimos que dos cosas son isomorfas queremos decir que comparten la misma forma. Isométrico significa "en igual medida". Y un triángulo isósceles es aquel triángulo que tiene dos lados iguales, de la misma longitud. Cuando Pablo utiliza esta palabra con referencia a Jesús está enseñando que Jesús es igual a Dios. Pero además, esta es la manera como el pasaje se desenvuelve como una unidad. Una vez que se describió cómo Jesús dejó de lado su gloria previa para convertirse en un hombre y morir por nosotros, Pablo a continuación no muestra cómo volvió a recibir esa gloria y señala que ahora debe ser confesado como el Señor por toda criatura inteligente que habite el universo de Dios. En la última parte, "el nombre que es sobre todo nombre" es el nombre de Dios "el Señor". No hay otro nombre aparte de "el Señor" que pueda equipararse al "nombre que es sobre todo nombre". El pasaje fluye hacia esta confesión; esto es lo que la afirmación "Jesucristo es el Señor" significa. Significa que "Jesús es Dios". Los términos que Pablo utiliza para describir el homenaje que el universo le rinde a Jesús es una alusión bastante directa a Isaías 45:23, donde Dios mismo declara que él mismo es el objeto de una adoración universal: "Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua". Estos versículos de Filipenses son llamativos por su alto contenido teológico sobre la persona del Señor Jesucristo. Salen al encuentro de otras confesiones menores sobre la persona de Cristo, mostrando que cualquier punto de vista que lo haga simplemente un gran maestro o un gran profeta no corresponde. También son llamativos porque su doctrina sobre Cristo es indirecta. Es decir la doctrina está expresada no por mérito propio sino que es traída a colación al tratar otro punto. El punto principal que Pablo trata de expresar no es que Jesús es quien es sino que nosotros tendríamos que ser como él es. El Obispo Handle: C. G. Moule, un comentarista inglés, ha escrito con referencia a esta sección de la carta de Pablo:

Tenemos aquí una cadena de afirmaciones sobre nuestro Señor Jesucristo, hechas unos treinta años luego de su muerte en Jerusalén; hechas a la plena luz del intercambio público cristiano y hechas (cada lector debe sentir esto) no como si se tratara de un tema controvertible, o una contestación a ciertas dificultades o negaciones que pudieran existir, sino con el tono de una certeza ya dilucidada, común y viva. Estas afirmaciones nos brindan, por un lado, la seguridad más completa posible que él es un hombre, un hombre según la naturaleza, las circunstancias y la experiencia y, en particular, en la esfera de la relación con Dios el Padre. Pero también nos están dando la seguridad, en el mismo tono, y de una manera

que es igualmente fundamental para el argumento entre manos, que él es genuinamente divino del mismo modo que es genuinamente humano.¹⁴¹

Hemos considerado con detalle este pasaje ya que las distintas partes de la doctrina de Pablo sobre el Señor Jesucristo están completamente resumidas en este pasaje. Pero esto no debería hacernos concluir que el pasaje en la carta a los Filipenses es el único lugar donde esta cuestión está presentada. Por el contrario, de la misma manera, si bien menos desarrollados, tenemos varios otros pasajes en los distintos escritos de Pablo. Hay otros dos pasajes que tienen el mismo alcance (desde la eternidad pasada a la eternidad futura) y que son 2 Corintios 8:9 y Gálatas 4:4. En el primero de estos pasajes, Pablo habla sobre el Señor Jesucristo como quien "por amor a nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros, con su pobreza fueseis enriquecidos". En el segundo pasaje, escribe que "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos". En ambas ocasiones Pablo está considerando una gloria previa de Cristo que por un período fue dejada de lado para poder alcanzar nuestra redención. Todos los demás pasajes que hablan sobre Dios como "enviando a su propio Hijo" también se ajustan a este marco (comparar con Ro. 8:3; 1 Co. 15:47; Ef. 4:8-10). En Colosenses 1:19 se nos dice que agradó al Padre que en él habitase toda plenitud". En Colosenses 2:9, que "en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". En otros lugares Pablo habla de Jesús como "Dios manifestado en carne" (1 Ti. 3:16), de su apariencia en la tierra como una "epifanía" (2 Ti. 1:10, en el texto griego) y, lo más dramático de todo, de "nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tít. 2:13).¹⁴² "La concepción de la persona de Cristo que subyace y encuentra expresión a la epístola a los Hebreos no es diferente de la que gobierna todas las alusiones nuestro Señor en las epístolas de Pablo"¹⁴³, como escribió B. B. Warfield, profesor de teología del Seminario Teológico de Princeton hasta su muerte en 1921. El capítulo 2 de Hebreos, como el pasaje de Filipenses 2:5-11, se basa sobre la premisa de la preexistencia y la completa divinidad de Cristo. El punto principal es que Cristo se trasladó de su posición de gloria, anterior a su Encarnación, para poder alcanzar así nuestra salvación y ahora ha sido, nuevamente, plenamente glorificado. "Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies" (2:7-8). "Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles (es decir, fue hecho hombre), a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la

¹⁴¹ Handle C. G. Moule, *Philippian Studies: Lessons In Faith And Love* (London: Pickering And Inglis, N. D.), P. 97.

¹⁴² Para una discusión más detallada sobre estos y otros pasajes, Véase Benjamín Breckinridge Warfield, "The Person Of Christ According To The New Testament," En *The Person And Work Of Christ* (Philadelphia: Presbyterian And Reformed, 1970), Pp. 38-47.

¹⁴³ *Ibid.*, P. 47.

muerte" (2:9). En otros pasajes de Hebreos se lo describe a Jesús como reflejando "la gloria de Dios" y siendo "la imagen misma de su sustancia" (1:3), "santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores" (7:26), y a quien le ha de ser dada "la gloria por los siglos de los siglos" (13:21).

LA ENSEÑANZA DE JUAN

En los libros tradicionalmente adjudicados al apóstol Juan, en particular el cuarto evangelio, la deidad de Cristo es un tema por encima de cualquier otro. El propósito del evangelio de Marcos, si es posible reducirlo a uno solo, es revelar al Señor Jesucristo como el siervo de Dios. Mateo lo presenta como el Mesías judío. Lucas hace hincapié sobre la humanidad de Cristo. Pero en Juan, Jesús se nos revela como el Hijo de Dios, eterno y preexistente, que se hizo hombre para revelar al Padre y traernos la vida eterna mediante su muerte y su resurrección. Hacia el final de ese evangelio, Juan nos dice explícitamente que este ha sido su propósito: "Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.

Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn. 20:30-31). Como este ha sido el propósito de Juan cuando escribió su evangelio, no nos sorprende encontrar su tesis —que Jesús es Dios— en el mismo comienzo de su evangelio. Allí escribe: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (1:1-2). Del versículo 14 aprendemos que "aquel Verbo fue hecho carne" y que este término clave, Verbo, se refiere a Jesús. Es así como los versículos iniciales de este evangelio nos están diciendo que Jesús estaba con Dios desde el principio, o sea desde la eternidad pasada, y que en realidad él mismo era enteramente Dios. Las oraciones que abren este evangelio son una afirmación categórica sobre la divinidad de Cristo. Hay al menos tres afirmaciones distintas en estos versículos, una de ellas repetida en un lenguaje ligeramente diferente. La primera afirmación, que es la que se repite, es que Jesús existía con Dios "en el principio". Esta expresión es utilizada de distintas maneras en la Biblia. En la primera carta de Juan se la utiliza para referirse al inicio del ministerio de Cristo sobre esta tierra: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos" (1 Jn. 1:1-3). En Génesis se la usa para describir el comienzo de la creación, "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1:1). Pero en el evangelio de Juan, la referencia en la expresión va más atrás a ese comienzo. Juan se está refiriendo a una eternidad pasada, diciendo que cuando una persona comienza a hablar sobre Jesucristo, él o ella sólo puede hacerlo adecuadamente si va más atrás en el tiempo, antes de su vida en la tierra, antes del comienzo de la creación, a la eternidad. Es allí donde Jesús estaba. Según esta perspectiva, Juan claramente comparte las enseñanzas de

Pablo en la epístola a los Filipenses y las enseñanzas contenidas en el libro de los Hebreos. La segunda afirmación del capítulo 1 de Juan es que Jesucristo era "con" Dios. Esta es una afirmación de la personalidad separada de Cristo en el mismo sentido que ha sido expresada en la doctrina de separación de las personas dentro de la Trinidad. Pero es muy sutil. Juan desea decir que Jesús es plenamente Dios. Más adelante nos informará sobre Jesús diciendo "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14:9). Juan sabe que dentro de la Divinidad hay diversidad, y está expresando esto con esta afirmación. La última afirmación es la declaración que Jesús es plenamente divino. El texto griego dice literalmente: "Y Dios era el Verbo" lo que significa "Y Jesús era plenamente divino en todos sus aspectos". Todo lo que podemos decir sobre el Padre puede ser también dicho sobre el Hijo. ¿Es soberano el Padre? También Jesús es soberano. ¿Es omnisciente el Padre? También Jesús es omnisciente. ¿Es omnipresente el Padre? También Jesús es omnipresente. En realidad, en Jesús podemos encontrar toda la sabiduría, la gloria, el poder, el amor, la santidad, la justicia, la bondad y la verdad de Dios. En cierto sentido, todo lo que viene a continuación en el evangelio de Juan nos ilustra que Jesús es Dios. Juan organiza su evangelio de la misma manera que un estudiante podría organizar una monografía de fin de curso, primero planteando lo que intenta probar, luego probándolo y, por último, resumiendo su posición, como diciéndole al lector: "Como es posible ver, he hecho lo que dije que iba a hacer". Por este motivo todo lo que aparece en el evangelio podría ser considerado en este momento de nuestro estudio: los milagros, los discursos, la reacción de los enemigos y los amigos de Cristo, e incluso hasta los propios comentarios de Juan. En lugar de hacer eso, sin embargo, puede resultar válido tomar un único pasaje como indicativo de la orientación general del evangelio de Juan. Este texto nos muestra sin ninguna duda que la concepción que Juan tenía de Cristo es la más alta que sea posible imaginar. El texto es Juan 12:41, donde luego de haberse referido a la visión que Isaías tuvo de Dios (en Isaías 6), dice: "Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él". Para las personas que viven hoy en día, en particular los cristianos, esta referencia puede parecer muy natural, ya que estamos acostumbrados a afirmaciones teológicas que le asignan una plena deidad a Cristo. Pero esto, que hoy resulta tan natural, no era nada natural para Juan, un judío monoteísta, ni para sus contemporáneos. Para un judío viviendo en los tiempos de Juan, Dios era prácticamente inaccesible en su trascendencia. Era el Santo de Israel. Habitaba la gloria inaccesible. Nunca nadie lo veía. Y cuando en alguna ocasión fuera de lo común alguna persona privilegiada, como Moisés o Isaías, había tenido una visión de Dios en su gloria, se creía que no habían tenido en realidad una visión de Dios como es en sí mismo, sino más bien solo una imagen o un reflejo de él. Pero que sin embargo dicha visión los había llenado de temor y admiración. Lo que vio Isaías fue la visión, más fiel y cercana que aparece en todos los escritos y tradiciones judías, de un "retrato" del Dios vivo y santo. Y esta visión con todo su esplendor inexpresable es la que Juan aplica a la persona de Jesús. No cabe duda que Juan está tomando la visión más excelsa de Dios en todo el Antiguo

^H

Testamento para decir que era el retrato de un carpintero de Nazaret que estaba por ser crucificado —tan alta es la opinión que Juan tenía de él.

LAS PRETENSIONES DE CRISTO

¿De dónde obtuvieron estos hombres, que obviamente estaban muy impresionados con Cristo pero que no eran tontos, tan alta opinión sobre él? ¿Por qué creyeron que él era Dios? La respuesta a estas preguntas se da en dos planos. Primero, porque esto fue lo que Jesucristo mismo enseñó. Segundo, porque las observaciones que ellos hicieron de su vida no permitían otra explicación. Las pretensiones que Cristo hace de sí mismo ocurren a lo largo de todos los evangelios, tanto directa como indirectamente. Prácticamente todo lo que Jesús dijo puede interpretarse como una pretensión de su divinidad. Su primera predicación es un claro ejemplo. Cuando Juan el Bautista aparece anunciando la llegada inminente del reino de Dios, señaló a uno que sería la forma corpórea de dicho reino. Cuando Jesús vino, su primera predicación fue un anuncio de la llegada del reino: "El tiempo se ha cumplido; y el reino de Dios se ha acercado; arrepentios, y creed en el evangelio" (Mr. 1:15). Más adelante se refirió a sí mismo cuando le hablaba a los fariseos en los siguientes términos: "...he aquí el reino de Dios está entre vosotros" (Le. 17:21). Está pretendiendo que las profecías del Antiguo Testamento se referían a él y se cumplían en él. Todas las palabras de Cristo sobre el Antiguo Testamento se encuentran en esta categoría. Sus enseñanzas pueden resumirse como sigue: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mt. 5:17). Cuando invitó a los hombres a seguirle —"Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mt. 4:19)— estaba diciendo implícitamente que él era digno de ser seguido. Cuando perdonó pecados, lo hizo sabiendo que estaba haciendo algo que únicamente Dios podía hacer (Mr. 2:1-12). Hacia el final de su vida prometió enviar el Espíritu Santo de Dios para que acompañara a sus discípulos después de su ida, lo que también está demostrando su divinidad. Pero lo que resulta más llamativo de sus pretensiones fue su referencia singular a Dios como su Padre. Esto no era una forma común de expresión en el judaísmo (como lo es hoy en día en la lengua inglesa, o castellana). Ningún judío se refería a Dios, en ninguna oportunidad, llamándolo directamente "mi Padre". Sin embargo, esta fue la forma que Jesús usó para dirigirse a Dios, en especial en sus oraciones. En realidad, se trata de la única forma que utilizó para dirigirse a Dios. Se refería exclusivamente a su relación con el Padre. Jesús dijo: "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30). Dijo, también: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido" (Jn. 17:1,25). Eventualmente, le enseñó a sus discípulos a dirigirse también a Dios como su Padre, como resultado de la relación que mantenían con él. Sin bien en ese caso la relación que él mantenía con su Padre y la relación que ellos tenían con el Padre eran diferentes. Fue así que le dijo a

María Magdalena: "Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). No dijo "a nuestro Padre" ni "a nuestro Dios". "Pero tan íntima era su identificación con Dios que resultaba natural equipar la actitud del hombre hacia sí mismo con su actitud hacia Dios. Por eso es que conocerlo a él era conocer a Dios (Jn. 8:19,14:7); haberlo visto a él era haber visto a Dios (Jn 12:45; 14:9); creer en él era creer en Dios (Jn. 12:44; 14:1); recibirlo a él era recibir a Dios (Mr. 9:37); odiarlo a él era odiar a Dios (Jn. 15:23); y honrarlo a él era honrar a Dios (Jn. 5:23)".¹⁴⁴ Resulta particularmente interesante tomar nota de las afirmaciones que Jesús inicia con un "Yo soy", ya que dijo ser todo eso que los seres humanos necesitan para tener una vida espiritual plena. Sólo Dios puede con justicia realizar dichas afirmaciones: "Yo soy el pan de vida" (Jn. 6:35). "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8:12; 9:5). "Yo soy la puerta" (Jn. 10:7, 9). "Yo soy el buen pastor" (Jn. 10:11,14). "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn. 11:25). "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn. 14:6). "Yo soy la vid verdadera" (Jn. 15:1,5). Pero además de estas pretensiones indirectas, existe un número de afirmaciones que directamente declaran su divinidad. Dichas pretensiones eran consideradas una blasfemia en los días de Cristo y se castigaban con la muerte. Para evitar una muerte prematura y sin demoras, Jesús fue muy cauteloso con lo que declaraba y a quien se lo declaraba. Sin embargo, realizó un número de afirmaciones directas. En el capítulo 8 de Juan, por ejemplo, los líderes del pueblo habían estado desafiando todo lo que decía Jesús, y ahora estaban desafiando su declaración de que Abraham se había gozado de haber visto el día de Cristo y que lo había visto y se había gozado. Decían: "Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?". Él les contestó, utilizando la forma más solemne que tenía para introducir un dicho: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy" (Jn. 8:57-58). Esto hizo que los líderes se enfurecieran tanto que inmediatamente tomaron piedras para arrojarle y apedrearlo. Basado en la forma de pensar que tenemos hoy en día puede resultar algo difícil comprender por qué esta afirmación pudo provocar una respuesta tan violenta. El matar a una persona a pedradas era el castigo para la blasfemia, por haber asumido las prerrogativas que le correspondían sólo a Dios. ¿Pero dónde radica la blasfemia en las palabras de Jesús? De las palabras de Jesús resulta evidente que estaba diciendo que había existido antes que Abraham hubiese nacido. También resulta obvio cuando se ve el tiempo verbal que utiliza —"Antes que Abraham fuese, yo soy"— que estaba afirmando tener una preexistencia eterna. Pero esto por sí solo no sería motivo suficiente para ser apedreado. El verdadero motivo que produjo esa reacción tan violenta es que cuando Jesús dijo "Yo soy" estaba usando el nombre divino con el cual Dios se había revelado a sí mismo a Moisés en la zarza ardiente. Cuando Moisés preguntó: "He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY... Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros"

(Ex. 3:13-14). Ese es el nombre que Jesús se apropió para sí mismo. Por eso fue que los judíos, que inmediatamente reconocieron su pretensión, tomaron piedras para arrojarle para matarle. Un ejemplo final de la concepción singular que Cristo tenía sobre sí mismo ocurre poco tiempo después de la resurrección, cuando Jesús se aparece a sus discípulos, estando Tomás presente. Jesús ya había aparecido a los discípulos pero Tomás estaba ausente. Cuando le contaron a Tomás de su aparición, Tomás dijo: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré" (Jn. 20:25). Entonces el Señor se apareció una vez más a los discípulos y le solicitó a Tomás que hiciera la prueba que quería hacer: "Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado" (20:27). Sobrecogido por la presencia de Cristo, Tomás inmediatamente cayó al suelo y lo adoró, diciéndole: "¡Señor mío, y Dios mío!" (20:28). ¡Señor y Dios! ¡ Adonái! ¡Elohim! Y Jesús aceptó esa designación. No la negó.

¿UN HOMBRE BUENO? ¿UN LOCO? ¿UN IMPOSTOR? ¿O EL HIJO DEL HOMBRE?

Hemos seguido las afirmaciones sobre la divinidad de Cristo a través de los escritos del apóstol Pablo, el libro a los Hebreos y el evangelio de Juan, hasta las enseñanzas de Jesús mismo. "¿Es posible creer esto?", podría preguntarse alguien. "¿Es posible creer que un carpintero de Nazaret, no importa cuan extraordinario haya sido, era realmente Dios?". Analicemos las distintas posibilidades. Una respuesta verdaderamente imposible fue dada por los pobladores de Jerusalén. Ellos en una ocasión dijeron: "Es bueno" (Jn. 7:12). Independientemente de todo lo demás que pueda ser, no puede ser simplemente un hombre bueno. Ningún hombre bueno podría con sinceridad haber hecho las afirmaciones que él hizo. Él se colocó en el lugar del Salvador de la raza humana, afirmó ser Dios y tener por lo tanto la potestad de salvar. ¿Acaso lo es? Si la respuesta es afirmativa, entonces es mucho más que un hombre. Si la respuesta es negativa, en el mejor de los casos está "equivocado" (y, en consecuencia, no es "bueno"), y en el peor de los casos es un mentiroso. ¿Cómo hemos de entender entonces sus afirmaciones? No las podemos ignorar. John R. W. Stott ha escrito: "Las pretensiones están allí. Por sí solas no constituyen la evidencia de la deidad. Las pretensiones podrían ser falsas. Pero es necesario encontrarles alguna explicación. No es posible considerar a Jesús como meramente un gran maestro si estaba tan equivocado en uno de los puntos principales de su enseñanza: ni más ni menos que la enseñanza acerca de sí mismo."¹⁴⁵ C. S. Lewis escribió de manera similar: "Se hace necesario hacer una opción. Este hombre era, y es, el Hijo de Dios; o, por el contrario, se trataba de un demente o algo peor. Se lo puede encerrar por ser un loco; se lo puede escupir y matarlo por ser un demonio; o podemos dejarnos caer a sus pies y llamarlo nuestro Señor y Dios. Pero lo que no se puede

admitir es venir con una insensatez paternalista y decir que se trataba de un gran maestro humano. Esa puerta no nos está abierta. No fue su intención".¹⁴⁶ Decir, entonces, que Jesús fue un hombre bueno, un maestro bueno y excepcional a quien todos deberíamos escuchar y de quien todos deberíamos aprender es una explicación imposible de la persona de Cristo. La cita de C. S. Lewis ya nos está sugiriendo las restantes posibilidades. Son tres. En primer lugar, Jesús puede haber estado loco; o bien, podría haber sufrido de alguna megalomanía. Esta es la opinión que muchos en su día sustentaban cuando decían: "Demonio tienes" (Jn. 7:20). Hitler sufría de megalomanía, y posiblemente también Napoleón. Existe la posibilidad de que Jesús fuera como ellos. ¿Pero acaso lo era? Antes de llegar a esta conclusión de manera apresurada conviene que nos preguntemos si todo el carácter de Jesús (como nosotros lo conocemos) es compatible con esta especulación. ¿Jesús actuaba como una persona que está demente? ¿Hablaban como uno que está sufriendo de megalomanía? Resulta muy difícil leer los evangelios y estar satisfechos con esta explicación. Por el contrario, mientras leemos los evangelios, comienza a tomar cuerpo en nuestras mentes que en lugar de estar loco Jesús era en realidad el hombre más cuerdo que haya existido jamás. Hablaba con autoridad medida. Siempre parecía tener dominio sobre las situaciones. Nunca era sorprendido ni abrumado por las circunstancias. Resultará muy difícil clasificarlo como un demente. Se dice que Charles Lamb dijo en determinada ocasión: "Si Shakespeare hubiese de entrar en esta habitación todos nos pararíamos y lo saludaríamos, pero si esa Persona (Jesús) entrara, deberíamos caer de rodillas e intentar besar el ruedo de sus ropas". Otra razón por la que Jesús no puede haber estado loco la constituye la reacción que los otros tuvieron hacia él. Los hombres y las mujeres no lo toleraron simplemente; estaban a su favor o, de lo contrario, estaban violentamente en su contra. Esta no es la manera como reaccionamos hacia aquellas personas que consideramos dementes. El comportamiento irracional de un demente nos puede irritar. Podemos ignorarlo. Podemos encerrarlo si sus delirios ponen en peligro su vida y la de los demás. Pero no lo matamos; Sin embargo, fue precisamente esto lo que los hombres hicieron con Jesús. Una segunda posibilidad es que Jesús fue un engañador, como otros sostuvieron (Jn. 7:12). Es decir, que él deliberadamente intentó engañar a las personas. Antes de considerar a fondo esta respuesta, sin embargo, debemos tener claro lo que ella involucra. En primer término, si Jesús realmente fue un engañador sin duda fue el mejor engañador que haya vivido. Jesús pretendía ser Dios, pero dicha pretensión no la hacía en un medio griego o romano donde la idea de muchos dioses y semidioses era aceptable. Decía ser Dios en el corazón del judaísmo monoteísta. Los judíos eran ridiculizados, y en ocasiones hasta perseguidos, por su creencia estricta en un solo Dios. A pesar de todo se aferraban a esa doctrina y se conducían como fanáticos en su defensa. Ese clima teológico fue el que Cristo eligió para hacer sus afirmaciones —¿y qué fue lo que sucedió?—. Lo que resulta llamativo es que consiguió que algunas personas le creyeran. Muchas personas creyeron en él

—hombres y mujeres, campesinos y pobladores urbanos sofisticados, sacerdotes, y eventualmente hasta los miembros de su propia familia—. Por otro lado, si Jesús fue un engañador, si no era Dios, correspondería tildarlo de ser un demonio. Pensemos con claridad. Jesús no dijo simplemente "Yo soy Dios" y nada más. Dijo: "Yo soy Dios y he venido a salvar la humanidad que había caído; yo soy el instrumento de salvación; confiadme vuestras vidas y vuestro futuro". Jesús enseñó que Dios es santo y que estamos separados de él porque no somos santos. Nuestro pecado constituye una barrera entre nosotros y Dios. Además, enseñó que él había venido a hacer algo con respecto a nuestro problema. Él habría de morir por nuestro pecado; él habría de llevar el castigo correspondiente. Todos los que confiaran en él serían salvos. Esas son buenas nuevas, son noticias sensacionales —pero únicamente si son ciertas—. Si no son verdaderas, sus seguidores son los más miserables de todos los seres humanos, y Jesucristo debería ser odiado por ser un demonio salido del mismo infierno. Si no son verdaderas, Jesús ha permitido que generación tras generación de seguidores capaces de creer cualquier cosa terminen en una eternidad sin esperanza. ¿Pero fue un engañador? ¿Es esta la única explicación que podemos dar de alguien que fue conocido por ser "manso y humilde"; quien se convirtió en un pobre evangelista itinerante para poder ayudar a los pobres y enseñar a quienes otros despreciaban; quien dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"? (Mt. 11:28). Los hechos no parecen concordar con esta explicación. No podemos enfrentarnos con los hechos de su vida y sus enseñanzas y todavía llamar a este hombre un engañador. Entonces, ¿qué? Si no fue un engañador, y no era tampoco un demente, sólo queda otra posibilidad. Jesús es quien dijo ser. Es Dios, y nosotros deberíamos seguirle.

CAPITULO 28: LA HUMANIDAD DE CRISTO

SI BIEN EXISTEN EN HOY EN DÍA, COMO TAMBIÉN HAN EXISTIDO EN todas las épocas, quienes niegan la deidad de Cristo, también están los que afirman su Deidad pero terminan allí su descripción. Esto también constituye un error. Una segunda faceta, tan importante como la primera, es el hecho de que él es plenamente hombre también. No ha sido hombre desde la eternidad pasada, como es cierto en el caso de la Divinidad. Se convirtió en hombre mediante la Encarnación en determinado momento en el tiempo. Pero ahora, habiéndose convertido en hombre, es el Dios-hombre de quien exclusivamente depende nuestra salvación. Esta verdad es aparente a través de toda la Biblia, incluso en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, en esa profecía de Isaías, tan a menudo leída cuando se acerca la Navidad, se describe la naturaleza doble del Cristo venidero. "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz" (Is. 9:6). En este versículo se utilizan dos verbos muy importantes con respecto a la venida de Cristo: "nos es nacido" y "nos es

dato". Como un niño, él es nacido, pero como un Hijo, él es dado. Esta misma distinción aparece en los escritos de Pablo. Ahí leemos: "...acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Ro. 1:3-4). Jesús descendía de David según la carne, pero también había sido declarado ser el Hijo de Dios. También leemos: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gá. 4:4-5). Como Hijo, Jesucristo fue enviado, porque siempre fue el Hijo de Dios, Sin embargo, fue nacido de mujer bajo la ley, y por lo tanto se convirtió en hombre. La Biblia nunca titubea cuando coloca ambas verdades paralelas juntas, su plena deidad y su verdadera humanidad. Estas verdades también aparecen ilustradas en diversos acontecimientos que tuvieron lugar durante el ministerio de Cristo. Por ejemplo, en el segundo capítulo del evangelio de Juan, el Señor está presente en un casamiento (Jn. 2:1-11). Pocas cosas pueden ser más humanas que esta. Sin embargo, cuando el vino se acabó y el esposo estuvo a punto de pasar un momento embarazoso, Jesús transformó el agua para las purificaciones judías, que se encontraba en unas grandes tinajas de piedra, en un vino nuevo y mejor. En otra oportunidad los discípulos estaban cruzando el Mar de Galilea desde Capernaum a la tierra de los gadarenos. Jesús, agotado, luego de todas las actividades desarrolladas durante todo el día, estaba dormido en la barca. Se levantó una tormenta tan intensa que estaban asustados, si bien eran pescadores curtidos. Lo despertaron diciéndole: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" y Jesús calmó a la tormenta. ¿Qué podría ser más humano que el agotamiento total que sintió Jesús en la barca? ¿Qué podría ser más divino que el milagro de calmar el viento y las olas? Los discípulos exclamaron: "¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?" (Mt. 8:23-27). Nada podría haber más humano que la muerte de Jesús por crucifixión. Nada podría haber más divino que el oscurecimiento del cielo, el velo del templo que se partió en dos, las tumbas de los santos sepultados cerca de Jerusalén que se abrieron, y la tumba abierta, triunfante, en aquella primera mañana de Pascuas.

LA HEREJÍA GNÓSTICA

Estas verdades paralelas no siempre han sido reconocidas por todos en todos los períodos de la historia de la iglesia. Prácticamente no hay ninguna doctrina centro del cristianismo que no haya sido negada por alguien en alguna ocasión. A la herejía que niega la deidad de Cristo se la suele conocer como arrianismo (por Arrio de Alejandría; que murió en el año 335). Arrio enseñaba que el Hijo le Dios y el Espíritu Santo eran seres que Dios en su voluntad había traído en existencia con el propósito de la redención. Por lo tanto, no eran eternos, como Dios es eterno. Había un tiempo "antes del cual ellos no eran". El error opuesto era la herejía que

negaba la verdadera humanidad de Cristo, conocida con el nombre de docetismo. El docetismo surgió a partir de un movimiento conocido como gnosticismo, que fue más o menos contemporáneo en los primeros años del cristianismo. Tenía dos características principales. En primer lugar, se basaba sobre un principio que un comentarista ha llamado la supremacía del intelecto y la superioridad de la ilustración mental frente a la fe y la conducta". Los gnósticos se consideraban a sí mismos como "los que sabían", y esto es lo que la palabra gnóstico significa; creían que la salvación produce en primer lugar por el conocimiento, es decir, por una iniciación en conocimiento místico y supuestamente superior que ellos poseían. Por supuesto, en dicho sistema, la Encarnación literal del Hijo de Dios no tiene ningún sentido. Lo que importaba era la "idea de Cristo" y las verdades que Cristo había anunciado. Una segunda característica del sistema gnóstico era su creencia en la separación radical e infranqueable que existía entre el espíritu y la materia, unida a la convicción de que la materia es inherentemente mala y sólo el espíritu es bueno. Este punto de vista era común a otras corrientes de pensamiento predominantes en ese tiempo. Por un lado, conducía a una negación de la importancia de la vida moral; la salvación estaba en el ámbito de la mente o el espíritu, que es lo único bueno, y por lo tanto no tenía ninguna importancia lo que pudiera hacer el cuerpo. Por otro lado, producía un tipo de religión filosófica completamente divorciada de la historia concreta. Obviamente, el gnosticismo entró en conflicto con el auténtico cristianismo. Según este sistema, cualquier Encarnación real del Hijo de Dios resultaba imposible. Si la materia es mala, entonces Dios no podría haber tomado un cuerpo humano sobre sí mismo. Y si esto es así, entonces la Encarnación de Dios en Cristo debe haber sido una cuestión sólo de apariencias. La palabra docetismo proviene del verbo griego *dokeó* que significa "aparecer". En algunas variantes de un supuesto gnosticismo cristiano, la Encarnación fue por lo tanto expresada diciendo que el Espíritu de Dios meramente había venido sobre el hombre Jesús en ocasión de su bautismo, había permanecido en él durante su ministerio, y luego lo había abandonado justo antes de su crucifixión. En otras variantes, se suponía que Jesús sólo tenía la apariencia de un hombre, pero que no se trataba realmente de un hombre. Por lo tanto, en realidad no poseía un cuerpo material, en realidad no había muerto, y así sucesivamente. Por supuesto, el docetismo fue anatema para el cristianismo, por lo que fue rechazado de plano. La primera respuesta escrita a dichos puntos de vista la encontramos conservada principalmente en las epístolas del apóstol Juan. Juan insiste en la verdadera Encarnación del Hijo de Dios. Es así como en su primera epístola comienza resaltando la propia experiencia física que los apóstoles tuvieron de Jesús. "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros" (1 Jn. 1:1-3). Estos versículos hacen referencia a tres de nuestros cinco sentidos físicos. Más adelante, Juan presenta lo que

constituye la prueba del verdadero cristianismo: "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (1 Jn. 4:2-3). Un tiempo más tarde, Marcio de Ponto, quien enseñó en Roma alrededor del segundo siglo, también popularizó el punto de vista docetista. Se lo recuerda en especial por su rechazo a porciones del Antiguo Testamento como a partes del Nuevo. Pero también constituía una amenaza a la iglesia debido a su rechazo de la materialidad del cuerpo de Cristo. Otra herejía temprana fue el maniqueísmo que tuvo bastante influencia sobre Agustín en sus primeros años. Incluía una creencia que el cuerpo de Cristo estaba compuesto de una carne "celestial" pero no verdaderamente material. Estos errores fueron inteligentemente rechazados en una serie de concilios eclesiásticos. El Credo de Calcedonia (451 d.C.) declara que el Señor Jesucristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, con un cuerpo y un alma razonable (racional); consustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Divinidad, y consustancial con nosotros de acuerdo a la humanidad; en todo como nosotros pero sin pecado; concebido antes de todas las edades del Padre según la Divinidad, y en estos postreros días, para nosotros, para nuestra salvación, nacido de la Virgen María, la Madre de Dios, de acuerdo a la humanidad; uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, a ser reconocido en sus dos naturalezas, sin confusión, ni mutación, indivisible, inseparable; la distinción entre las dos naturalezas que no es retirada por la unión, sino que es en cambio conservada por las propiedades de cada naturaleza, y concurrentes en una Persona y en una Subsistencia, no partida ni dividida en dos personas, sino una y la misma, el Hijo, el Unigénito, Dios, el Verbo, el Señor Jesucristo. El Credo de Atanasio, que se le atribuye a Atanasio, un gran defensor de la ortodoxia que vivió en el siglo tercero, si bien es posible que haya sido compuesto con posterioridad al de Calcedonia, lo expresa en términos más sencillos: "Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre... perfectamente Dios y perfectamente hombre... quien aunque [es] Dios y hombre, no es dos sino un Cristo; uno, no por la conversión de la Divinidad en la carne: sino por haber [asumido] la humanidad en Dios". Estos credos y las Escrituras en las que se basan nos enseñan que Jesús, el Hijo de Dios, fue como nosotros en todos los aspectos (excepto con respecto al pecado) para que nosotros pudiésemos ser como él.

LAS EMOCIONES DE CRISTO

Hay un área en la que Jesús mediante la Encarnación se hizo semejante a nosotros y es la vida emocional, como B. B. Warfield bien lo señala en un ensayo sobre ese tema, en los albores de este siglo.' Algunas personas en la iglesia han tratado de aislar a Cristo de cualquier emoción, como si las emociones no le correspondieran, no fueran debidas. Otros han exagerado sus

emociones al grado tal que difícilmente podemos reverenciarlo. El verdadero retrato, tal como se nos presenta en el Nuevo Testamento, está a mitad de camino entre estos dos extremos. La emoción que más frecuentemente se le atribuye a Cristo es la compasión o la misericordia. Es la expresión del profundo amor que siente frente a la necesidad desesperada de los hombres y las mujeres caídos. A veces es despertada por una necesidad física. Es así como en una ocasión, cuando vio el hambre de una muchedumbre que lo había seguido, Jesús dijo: "Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarían en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos" (Mr. 8:2-3). También se nos dice que al ver a un leproso tuvo "misericordia de él, extendió la mano" y le sanó (Mr. 1:41); que "compadecido" sanó a dos ciegos (Mt. 20:34); que resucitó al hijo de la viuda de Naín porque "se compadeció de ella" (Le. 7:13). Las necesidades espirituales también despertaron su compasión. Vez tras vez se nos dice que tuvo compasión de las multitudes porque "eran como ovejas sin pastor" (Mr. 6:34; ver además Mt. 9:36; 14:14). Y en otras ocasiones lloró sobre la incredulidad de la ciudad de Jerusalén (Le. 19:41) y frente a la tumba de Lázaro (Jn. 11:35). El hacer mención a las lágrimas de Cristo nos conduce a otra área de la vida emocional de Cristo, el área de la aflicción, que hasta lo podía conducir a la indignación y el enojo. Un ejemplo muy importante de su aflicción, si bien difícil de interpretar, es cuando lloró frente a la tumba de Lázaro. Una palabra poco común, *embrimaomai*, es utilizada para denotar que Jesús estaba "enojado" por lo que estaba teniendo lugar o bien estaba "profundamente conmovido". En el Nuevo Testamento aparece sólo en otros tres pasajes (Mt. 9:30; Mr. 1:43; 14:5); en dos de éstos se traduce como "encargar rigurosamente", y en el otro como "reprochar". Ninguno de estos significados, sin embargo, parece ajustarse al contexto que rodeó la respuesta de Cristo frente a la tumba de Lázaro. Sin embargo, William Barclay cree que cada una de estas instancias contiene "una cierta indignación, casi un enojo". Por este motivo es que algunos comentaristas han colocado la idea de indignación y hasta enojo en el pasaje de Juan. Traducirían el versículo del siguiente modo: "Jesús fue movido a indignación en su espíritu". Si preguntamos qué fue lo que hizo enojar a Jesús, la respuesta sería que estaba enojado por la supuesta incredulidad e hipocresía de los que estaban llorando la muerte de Lázaro, o porque estaba enojado con la muerte, que él habría visto como una herramienta de Satanás y una gran enemiga. La falta de sinceridad no se menciona ni explícita ni implícitamente en este pasaje, sin embargo, y sin considerar cuál fuera el verdadero estado de ánimo de la multitud, no cabe duda que María y Marta no estaban fingiendo su congoja. La otra posibilidad, que consiste en traducir la palabra para sugerir una profunda emoción, descansa sobre el hecho que en el idioma griego el otro uso conocido de la palabra *embrimaomai* es para describir el relincho de un caballo, en el fragor de una batalla o bajo una carga pesada. Podríamos interpretarlo entonces como significando que Jesús gimió con las hermanas por su profunda emoción, emoción que hizo surgir un grito involuntario de su corazón. Esta es la opinión de J. B. Phillips, quien tradujo este pasaje del siguiente modo: "Estaba

profundamente conmovido y visiblemente angustiado", y de los traductores de la New International Versión (la Nueva Versión Internacional) que dicen: "Estaba profundamente conmovido y preocupado". Algunos cristianos han encontrado esta interpretación inaceptable, ya que consideran que no es propia de Jesús, que Jesús no puede haber sido conmovido de tal manera, particularmente por la congoja de otros. Pero, ¿cómo es posible leer el pasaje sin ver que Jesús lloró conjuntamente con las hermanas? "La expresión utilizada... implica que ahora él voluntaria y deliberadamente acepta y hace suya la emoción y la experiencia de la que es su propósito librar a los hombres".¹⁴⁷ "Él... recogió en su propia personalidad toda la miseria que resulta del pecado, representada en la muerte de un hombre y en los corazones rotos de las personas que lo rodean".¹⁴⁸ En ocasiones, sin embargo, la aflicción que demostró se convirtió luego en enojo, como cuando denunció a los líderes religiosos de su día. Los llamó "hipócritas" (Mt. 15:7), "sepulcros blanqueados" (Mt. 23:27), "víboras" (Mt. 23:33), "guías ciegos" (Mt. 15:14), y "de [su] padre el diablo" (Jn. 8:44). En ocasiones, su enojo se encendió hasta contra sus propios discípulos. Cuando los discípulos creyéndose demasiado importantes trataron de evitar que los niños se acercaran a Jesús, leemos que "viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios" (Mn 10:14). El Nuevo Testamento no nos presenta un Cristo impasible, insensible e inmovible. En su lugar tenemos alguien que ha compartido nuestras aflicciones y comprende nuestras tristezas, alguien que en ocasiones fue llevado a una justa indignación e irritado por el pecado. Una tercera área en la vida emocional de Cristo es la del gozo o la felicidad. Varfield escribió a ese respecto: Llamamos a nuestro Señor "un Hombre de Tristezas", y esta designación es bien apropiada para uno que vino a este mundo para llevar los pecados de los hombres y dar su vida en rescate de muchos. Sin embargo, no es una designación que se le aplique en el Nuevo Testamento, y aun en los Profetas (Is. 53:3) bien puede referirse a las aflicciones objetivas del ciervo justo y no a sus angustias subjetivas. De cualquier modo no debemos olvidar que nuestro Señor no vino a este mundo para ser quebrantado por el poder del pecado y la muerte, sino para vencer a este poder. Vino como un conquistador con la alegría propia de una inminente victoria en su corazón; por el gozo puesto delante de él pudo soportar la cruz, menospreciando el oprobio (He. 12:2). Y del mismo modo que no siguió con su obra dudando de la cuestión de fondo, tampoco se desenvolvió titubeando con respecto a los métodos. Más bien (así se nos dice, Lucas 10:21) "se regocijó en el Espíritu" mientras contemplaba las maneras como Dios traía muchos hijos a la gloria. A veces Jesús habló de su propio gozo y su deseo de que también sus seguidores fuesen llenos del mismo gozo. "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 15:11). Y, nuevamente, en su oración

¹⁴⁷ R. H. Lightfoot, *St. John's Gospel: A Commentary* (Oxford: The University Press, 1963), P. 229.

¹⁴⁸ G. Campbell Morgan, *The Gospel According To John* (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, N. D.), P. 197.

sacerdotal en el capítulo 17 de Juan, dice: "Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos" (Jn. 17:13).

COMO NOSOTROS EN LA TENTACIÓN Y EL SUFRIMIENTO

Hay dos áreas más en las que Cristo claramente se asemejó a nosotros en su Encarnación, y que son de gran importancia para relacionarlo como nuestro guía al vivir la vida cristiana. La primera de estas áreas es que él fue sujeto a la tentación. "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He. 4:15). Tenemos una ilustración dramática de lo que este pasaje significa en la historia de la tentación de Cristo por parte de Satanás, como está registrada en Mateo 4:1-11 (y en el pasaje paralelo de Lucas 4:1-13). Luego de su bautismo en manos de Juan, Jesús fue llevado al desierto para ser tentado por el diablo. Permaneció cuarenta días ayunando y entonces comenzaron las tentaciones. La primera tentación fue física, que convirtiera las piedras en pan. Aprendemos de su significado por la respuesta que Jesús le dio a Satanás: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt. 4:4). Era la tentación de poner las cosas físicas por encima de las cosas espirituales. La segunda tentación fue espiritual. El diablo llevó a Jesús al pináculo del templo en Jerusalén y lo desafió a echarse hacia abajo, bajo la suposición que Dios lo rescataría. El diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra" (4:6). Jesús le respondió que estaría mal hacer tal cosa porque también está escrito que no se debe tentar a Dios. Por último, el diablo produjo una tentación vocacional. Sabía que Jesús había de recibir los reinos de este mundo para su gloria; así había sido profetizado en el Antiguo Testamento. "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Sal. 2:8). Pero el camino para esa herencia era la cruz, y Satanás ahora está argumentando que podría recibirla sin sufrimiento. Él mismo le ayudaría. Le dijo: "Todo esto te daré, si postrado me adoras" (Mt. 4:9). Jesús rechazó el ofrecimiento de Satanás, y en lugar de aceptarlo se encaminó en la dirección que Dios había puesto por delante de él. Una última área en la que Jesús fue como nosotros para que nosotros pudiésemos ser como él fue el sufrimiento. En parte fue un sufrimiento emocional y espiritual; y en parte fue físico. Leemos que Cristo experimentó el hambre. Sin duda que lo sufrió en varias oportunidades, pero se nos dice explícitamente en relación a la tentación en el desierto (Mt. 4:2). También experimentó sed. En una oportunidad, cansado de su viaje, se sentó en el pozo de Jacob y le pidió a una samaritana que le diera de beber. En la cruz, exclamó: "Tengo sed", y le dieron de beber vinagre (Jn. 19:28-29). Cierta vez cuando se durmió en una barca, estaba tan cansado que ni las olas ni el viento pudieron despertarlo. El ejemplo más grande de su sufrimiento fue la angustia que su

alma y su cuerpo tuvieron que sobre llevar en la cruz, antes que su alma se encogiera (Le. 22:39-46; comparar con Mt. 26:36-46; Mr. 14:32-42). Jesús, por medio de la Encarnación, pudo conocer todas las vicisitudes de la vida: las pruebas, los gozos, los sufrimientos, las pérdidas, las ganancias, las tentaciones, las aflicciones. Pudo entrar en ellas, comprenderlas, y así convertirse en el modelo para nosotros, para que podamos atravesar estas experiencias como él lo hizo, y para animarnos a venir a él en la oración, sabiendo que él comprende lo que estamos atravesando. Pablo habla sobre el valor que Cristo tiene como modelo cuando animó a los cristianos en su día a soportar el sufrimiento del mismo modo que lo hizo Cristo. "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21). El autor de la carta a los Hebreos nos anima en la oración cuando dice: "Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:16-18).

CAPITULO 29: PORQUE CRISTO SE HIZO HOMBRE

HA SIDO DICHO QUE "EL CRISTIANISMO ES CRISTO" Y QUE LA teología cristiana es por lo tanto una explicación sobre quién Cristo es y lo que significa tener fe en él. Esto no es tan simple como parecería ser a primera vista, sin embargo. En primer lugar, la afirmación más importante que puede hacerse sobre Jesús, que es tanto Dios como hombre, es muy difícil de captar. Por otro lado, las doctrinas sobre la persona de Cristo nos conducen rápidamente e inevitablemente a consideraciones sobre la obra de Cristo. Todo esto hace que resulte imposible hablar significativamente sobre quién es Jesús sin hablar al mismo tiempo sobre lo que hizo y sobre la importancia de lo que esto representa para nosotros. ¿Por qué Jesús se hizo hombre? La respuesta a esta pregunta, como habremos de ver, es que Jesús se hizo hombre para poder morir por los que habrían de creer en él. Esta respuesta está tratando la obra de Cristo y por lo tanto bien podría ser considerada más adelante, en la sección sobre la obra de Cristo. Pero también es relevante aquí, porque la obra desarrollada por Cristo está íntimamente relacionada con quién él es, y la pregunta "¿Qué hizo?" requiere inevitablemente una explicación sobre su singular naturaleza como Dios-hombre. Podríamos decir que la naturaleza de Cristo le otorga significado a su obra. Y su obra, que gira en torno a la expiación, constituye el fundamento apropiado para una doctrina sobre su persona. James Denney, un profesor del United Free Church College en Glasgow, Escocia, trató este tema a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Necesitamos una expiación. Pero, como escribe Denney, Cristo es la única persona que puede realizar esta obra por nosotros. Esta es la cosa más profunda y decisiva que podemos conocer sobre él, y al responder a las preguntas

que derivan de ella, estamos comenzando sobre una base en la experiencia. En un cierto sentido Cristo se nos aparece como el reconciliador. Está cumpliendo la voluntad de Dios en nuestro lugar, y a nosotros sólo nos cabe observar. Vemos como se derrama sobre él el juicio y la misericordia de Dios en relación a nuestros pecados. Su presencia y su obra sobre la tierra son un regalo divino, una visita divina. Él es el regalo que Dios le hace a los hombres, no es el ofrecimiento de los hombres a Dios. Dios se nos entrega a sí mismo en y con él. Le debemos todo lo que llamamos vida divina. Por otro lado, esta visita divina se hace, y esta vida divina es impartida, mediante una vida y una obra que son verdaderamente humanas. La presencia y la obra de Jesús en el mundo, incluso la obra de llevar el pecado, no nos obliga a definir lo humano y lo divino por oposición: no hay ninguna sugerencia de incongruencia entre ambos. Sin embargo, ambos están presentes, y el hecho de que ambos estén presentes justifica que nos preguntemos acerca de la relación de Jesús con Dios por un lado, y de su relación con los hombres por otro.¹⁴⁹ Es por ese motivo que debemos ocuparnos aquí sobre la obra de Cristo, en particular como una explicación de la Encarnación. Solamente después de haber hecho esto podremos estar en libertad de considerar la obra de Cristo en su totalidad.

EL MOTIVO DE LA ENCARNACIÓN

En las obras de Anselmo de Canterbury (que murió en 1109) encontramos una afirmación clásica con respecto a la pregunta sobre por qué Jesucristo se hizo hombre. La obra teológica maestra que escribió Anselmo, *Cur Deus Homo* (que literalmente significa "¿Por qué Dios hombre?", y expresada en términos más coloquiales, "¿Por qué Dios se hizo hombre?") trata la cuestión de la Encarnación. La respuesta es una afirmación cuidadosamente pensada sobre la expiación. Anselmo respondía que Dios se hizo hombre en Cristo porque sólo una persona que fuera Dios y hombre al mismo tiempo podía lograr nuestra salvación. Al aproximarnos a este tema desde la perspectiva de Anselmo, no queremos decir que no haya otras razones para la Encarnación. Ya hemos señalado que nos revela el valor que Dios asigna a la vida humana. La creación declara que la vida es valiosa, pero que el pecado la ha desvalorizado. La Encarnación, en el centro de la historia del pecado humano, nos señala que Dios no nos ha abandonado sino que nos ama y nos estima aunque estamos en un estado caído. La Encarnación además hace dos cosas adicionales. Nos muestra que Dios es capaz de entendernos y simpatizar con nosotros, lo que sirve de impulso para acercarnos a él en oración (como lo sugerimos en el último capítulo). La Encarnación, también, constituye un ejemplo sobre cómo debería vivir una persona en este mundo. Pedro habla incluso de la crucifixión en estos términos: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21). Pero la expiación es la causa real de la Encarnación. El autor de la epístola a los Hebreos afirma esto con claridad. "Porque la sangre de los toros y de los

machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí" (He. 10:4-7). Y el autor luego agrega a continuación que cuando Jesús dice que ha venido a cumplir con la voluntad de Dios, esa voluntad debe ser entendida como proporcionando un mejor sacrificio. "En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (10:10). Encontramos este mismo énfasis en otros lugares. En sus denotaciones el nombre Jesús ("Jehová salva") está apuntando hacia la expiación. "Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). Jesús mismo hizo referencia a su próximo sufrimiento (Mr. 8:31, 9:31), ligando el éxito de su misión a la crucifixión: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32). En varios otros lugares en el evangelio de Juan se habla de la crucifixión como la "hora" para la cual Cristo vino (Jn. 2:4; 7:30; 8:20; 12:23,27; 13:1; 17:1). Además, la muerte de Jesús es también el tema del Antiguo Testamento, primero con respecto al significado cabal de los sacrificios (el significado es el centro de la ley) y luego con respecto a las profecías, que cada vez más ponían su mira sobre la promesa de un redentor venidero. En el capítulo 53 de Isaías, y en otros textos del Antiguo Testamento, se nos habla del sufrimiento del libertador que había de venir. En Gálatas, el apóstol Pablo nos enseña que incluso Abraham, que vivió antes de la ley y los profetas, fue salvo por la fe en Jesús (Gá. 3:8,16). Jesús les enseñó a los discípulos apesadumbrados que iban camino a Emaús que el Antiguo Testamento predecía su muerte y su resurrección. "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, le declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Le. 24:25-27). A la luz de estos textos y de muchos otros, se hace necesario decir que la expiación de Cristo constituye la razón de la Encarnación. Es la explicación de su naturaleza doble y el punto focal del mundo y de la historia bíblica.

LA SALVACIÓN MEDIANTE EL DIOS-HOMBRE

¿Por qué la doctrina de la expiación es central en las Escrituras? ¿Por qué debe haber un sacrificio? O, si aceptamos que la expiación es necesaria, ¿por qué Jesús, el Dios-hombre, debe ser quien la provea? Una respuesta, dada por Calvino en su Institución de la Religión Cristiana, es que así es como Dios lo ha dispuesto y que entonces es impertinencia de nuestra parte preguntar si habría alguna otra manera. Pero esto no es una respuesta completa, como tanto Calvino y Anselmo lo reconocen. Es posible preguntar sin ninguna impertinencia, en un

esfuerzo por entender, ¿por qué la salvación debía de lograrse de esta manera?¹⁵⁰ Anselmo (y luego Cal vino) proponía dos respuestas posibles. La primera es que la salvación debía alcanzarse por medio de Dios, ningún otro podía lograrla. Resulta evidente que ningún hombre o mujer podían alcanzarla, ya que somos nosotros los que estamos en problemas en primer lugar. Estamos en esta situación debido a nuestra rebelión contra las justas leyes y decretos de Dios. Además, hemos sufrido los efectos del pecado a tal extremo que nuestra voluntad está sometida, y por lo tanto ni siquiera podemos optar por agradar a Dios, y mucho menos agradar a Dios efectivamente. Si hemos de ser salvos, solo Dios, quien tiene tanto el poder y la voluntad de salvarnos, debe ser quien nos salve. La segunda respuesta de Anselmo es que, si bien aparentemente es una contradicción, la salvación debe ser también alcanzada por el hombre. El hombre es quien le ha fallado a Dios y debe ser por lo tanto quien arregle el mal que ha hecho. Dada esta situación, la salvación sólo puede ser lograda por aquel que es al mismo tiempo Dios y hombre, o sea, por Cristo. No habría estado bien que la restauración de la naturaleza humana quedara sin realizar, y... no podría haber sido realizada a no ser que el hombre pagara lo que le debía a Dios por su pecado. Pero la deuda era tan grande que, si bien sólo el hombre era deudor, únicamente Dios podía saldarla, por lo que la misma persona debía ser al mismo tiempo hombre y Dios. Se hacía así necesario que Dios tomara la humanidad en la unidad de su Persona, para que quien por su naturaleza debía pagar, y no podía, estuviera en una persona que sí podía pagar... La vida de este hombre fue tan sublime, tan preciosa, que fue suficiente para pagar todo lo que se debía por los pecados de todo el mundo, e infinitamente mucho más.¹⁵¹ Si la explicación de Anselmo sobre la Encarnación no ha de ser mal interpretada es necesario que se tengan presentes tres puntos. Primero, es Dios quien inicia y lleva a cabo la acción. Si no recordamos este punto, se hace necesario concebir a Dios como algo remoto y ajeno a la expiación y por lo tanto meramente requiriéndola como un precio abstracto que había de ser pagado para satisfacer su justicia. Según este punto de vista, Dios aparece desinteresado, legalista y cruel. En realidad, la naturaleza de Dios está caracterizada por el amor, y fue por amor que planificó y llevó a cabo la expiación. En Cristo, Dios mismo estaba satisfaciendo su propia justicia. Es fácil comprender entonces por qué la Encarnación y la expiación deben ser consideradas conjuntamente para evitar que no sean distorsionadas. Segundo, en la explicación de Anselmo no hay ninguna sugerencia, de ningún tipo, de que los seres humanos puedan de algún modo aplacar la ira de Dios. La propiciación sí se refiere al aplacamiento de la ira, como veremos en el estudio sobre ese concepto en el Capítulo trece. Pero no es el hombre quien logra aplacar a Dios. Más bien se

¹⁵⁰ Uno de los temas más importantes en la obra de Anselmo lo constituye esta área, como justificación de su investigación en las razones de ciertas verdades reveladas. La frase que él utiliza para esto es *fides quaerens intellectum* ("la fe en busca de entendimiento"). Ha sido objeto de un valioso estudio por Karl Barth, *Anselmo: fides quaerens intellectum* (Richmond: John Knox press, 1958).

¹⁵¹ Eugene R. Fairweather, Ed. Y Trad., *A Scholastic Miscellany: Anselm To Ockham*, "The Library Of Christian Classics", X (Philadelphia: The Westminster Press, 1956), P. 176.

trata de Dios que aplaca su propia ira para que su amor pueda seguir abrazando y salvando al pecador. Tercero, no se trata de una cuestión de sustitución en un sentido superficial donde una víctima inocente toma el lugar de otra persona quien debe ser castigada. Se está hablando de sustitución en un sentido más profundo. Quien toma el lugar del hombre para poder satisfacer la justicia de Dios es en realidad uno que se ha hecho hombre a sí mismo y que por lo tanto podemos considerarlo como nuestro representante. Un entendimiento adecuado sobre la conexión que existe entre la Encarnación y la expiación hacen que la Encarnación sea comprensible. Al mismo tiempo elimina los malentendidos más comunes y las objeciones que se hace sobre el sacrificio que Cristo hizo de sí mismo por nuestra salvación. Un escrito resume esta cuestión en las siguientes palabras: Dios no es sólo perfectamente santo, sino que es la fuente y el modelo de la santidad: Es el origen y el sustentador del orden moral del universo. Debe ser justo. El Juez de, toda la tierra, debe hacer lo que está bien. Es por eso que, resultaba imposible, por los requisitos de su propio ser, que tratara ligeramente al pecado, y comprometiera su santidad. Si el pecado había de ser perdonado debía ser sobre alguna base que reivindicara toda la santa ley de Dios que no es un mero código, sino el orden moral de toda la creación. Pero dicha reivindicación debía ser extremadamente costosa. ¿Costosa para quién? No para el pecador perdonado, porque no había ningún precio que fuera posible pedirle para su perdón; tanto porque el costo quedaba demasiado fuera de su alcance como porque Dios ama dar y no vender. Por lo tanto, Dios mismo se propuso pagar el precio, ofrecer un sacrificio, tan tremendo que no quedara duda sobre la gravedad de su condena del pecado que estaba perdonando pero que al mismo tiempo demostrara el Amor que lo impulsaba a pagar el precio, que sería la maravilla de los ángeles, y produciría la gratitud en adoración del pecador redimido. El precio se pagó en el Calvario, Dios lo pagó: el Hijo se dio a sí mismo, llevó nuestro pecado y nuestra maldición; el Padre entregó a su Hijo, su unigénito Hijo, a quien amaba. Pero se pagó por Dios hecho hombre, quien no sólo tomó el lugar del hombre culpable, sino que también fue su representante.... El Hijo divino, una de las tres personas del único Dios, a través de quien desde el comienzo de la creación Dios se ha revelado a sí mismo al hombre (Jn. 1:18), tomó la naturaleza de hombre sobre sí, y así se convirtió en nuestro representante. Se ofreció como un sacrificio en nuestro lugar, llevando nuestro pecado sobre su cuerpo en la cruz. Sufrió, no solamente la angustia física, sino también el horror espiritual e inconmensurable de ser identificado con el pecado, al que tanto se oponía. Fue así que quedó bajo la maldición del pecado, por lo que por un tiempo su comunión con Dios se quebró. Dios proclamó así su infinita abominación del pecado, haciéndose sufrir todo eso, en lugar de los culpables, para poder perdonar con justicia. El amor de Dios encontró entonces su perfecto cumplimiento porque no se echó atrás frente al más grande de los sacrificios, para que nosotros pudiésemos ser salvos de la muerte eterna mediante lo que él padeció. Fue así posible que él fuera justo, y que justificara al creyente,

porque como el Dador de la Ley y como el Sustituto de la raza rebelde del hombre, él mismo sufrió el castigo de la ley quebrada.¹⁵²

EL CARÁCTER CENTRAL DE LA CRUZ

Podemos arribar a varias conclusiones a partir de esta explicación de la Encarnación. Primero, de acuerdo con las Escrituras, el Calvario y no Belén constituye el centro del cristianismo. En algunos círculos teológicos existe la idea popular que la Encarnación es lo más importante, o sea, Dios identificándose a mismo con el hombre, y que la expiación es algo casi secundario. Pero de acuerdo con las enseñanzas bíblicas, la razón de un Dios-hombre es que un Dios-hombre era quien debía morir por nuestra salvación. Por lo tanto, "el significado crucial del pesebre de Belén radica en el lugar que ocupa en una serie de pasos que conducen al Hijo de Dios en la cruz del Calvario, y no es posible entenderlo hasta que se considere en este contexto".¹⁵³ Enfocar el tema la Encarnación sin considerar la cruz conduce a una falsa sentimentalidad y negligencia del horror y la magnitud del pecado humano. Segundo, si la muerte de Cristo en la cruz es el verdadero significado de la Encarnación, entonces no puede haber ningún evangelio sin la cruz. La Navidad por sí sola no es el evangelio. La vida de Cristo no es el evangelio. Ni siquiera la resurrección, con toda la importancia que tiene en el esquema final de toda obra, es el evangelio por sí sola. Porque las buenas noticias no son sólo que Dios se hizo hombre, ni que Dios habló para revelarnos la vida que deberíamos seguir, ni siquiera que la muerte, esa gran enemiga, ha sido conquistada. Las buenas noticias son que se ha conquistado al pecado (la resurrección es prueba ello); que Jesús ha sufrido su castigo como nuestro representante, para que nosotros nunca tengamos que sufrirlo; y que por lo tanto todos los que creen en Él pueden esperar el cielo. Además, los demás temas bíblicos deben ser vistos en este contexto, como ya hemos visto en el caso de la Encarnación. Emular la vida de Cristo y sus enseñanzas sólo es posible para aquellas personas que han entrado en una nueva relación con Dios mediante la fe en Jesús como su sustituto. La resurrección no es simplemente la victoria sobre la muerte (si bien trata de esto también) sino la prueba que la expiación fue una expiación satisfactoria a la vista del Padre (Ro. 4:25), y que la muerte, el resultado del pecado, ha sido abolida sobre esa base. Cualquier evangelio que sólo hable del acontecimiento de Cristo, entendiendo por esto la Encarnación sin la expiación, es un evangelio falso. Cualquier evangelio que hable sobre el amor de Dios sin señalar que su amor lo llevó a pagar el precio más caro por el pecado, en la persona de su Hijo sobre la cruz es un evangelio falso. El único evangelio verdadero es el de "un mediador" (1 Tim. 2:5-6), quien se dio a sí mismo por nosotros. Por último, del mismo modo que no puede haber un evangelio sin la expiación como razón de la Encarnación, tampoco puede

¹⁵² H. E. Guillebaud, *Why The Cross?* (Chicago: Intervarsity Christian Fellowship, 1947), Pp. 130, 185.

¹⁵³ Packer, *Knowing God*, P. 51.

darse una vida cristiana sin ella. Sin la expiación el tema de la Encarnación se torna fácilmente en una especie de deificación de lo humano y conduce a la arrogancia y al provecho propio. Con la expiación, el verdadero mensaje de la vida de Cristo, y por ende también el significado de la vida de los hombres y mujeres cristianos, es la humildad y el sacrificarse para suplir las necesidades de otros. La vida cristiana no consiste en la indiferencia frente a aquellos que padecen hambre, o están enfermos, o están sufriendo alguna limitación. No es el contentamiento con la propia abundancia, ni la abundancia de una clase media con casas y automóviles y ropa y vacaciones, ni la abundancia de una buena educación, ni siquiera la abundancia de buenas iglesias, Biblias, enseñanza bíblica o amigos y conocidos Cristianos. Se trata de tomar conciencia de que no todos tienen estas cosas y que por lo tanto nosotros debemos sacrificar muchos de nuestros propios intereses para poder identificarnos con estas personas y así traerlas paulatinamente a la misma abundancia que disfrutamos. Pablo escribió con respecto a la Encarnación: "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). Esta es también una afirmación sobre la expiación y la vida cristiana. En realidad ocurre en un capítulo en el que Pablo está hablando sobre las obligaciones que los cristianos de Corinto tenían de dar dinero para suplir las necesidades de los menos afortunados que vivían en Judea. Sólo podremos vivir plenamente para Cristo cuando estemos dispuestos a ser empobrecidos, si así fuese necesario para que otros puedan ser ayudados.

CAPITULO 30: PROFETA, SACERDOTE Y REY

HA SIDO UNA COSTUMBRE EN LOS CÍRCULOS PROTESTANTES desde la Reforma, hablar de la obra de Cristo bajo tres títulos generales: como profeta, sacerdote y rey. Estos títulos se refieren a sus papeles como maestro. Salvador y gobernador de todo el universo y la iglesia. Esta clasificación a veces ha sido criticada por algunos que señalan que no siempre es fácil diferenciar estos papeles entre sí, caso del propio ministerio de Cristo, como en los cargos del Antiguo Testamento sobre los que están basados. Tanto los sacerdotes como los profetas en ocasiones también: son maestros. Muchos reyes fueron receptores de la revelación inspirada de Dios, del mismo modo que los profetas. A pesar de ello, esta división tripartita de la obra de Cristo tiene una firme base en las Escrituras. Cristo es reconocido como un profeta en Lucas 24:19. En dicho pasaje Jesús está interrogando a los discípulos que se dirigían a Emaús, preguntándoles acerca de los acontecimientos que habían tenido lugar durante los últimos días tumultuosos en Jerusalén. Ellos le responden: "Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo". En todo el libro de Hebreos, Jesús es presentado como un sacerdote, como por ejemplo en Hebreos 2:17. "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser

misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo". De manera similar, el versículo de Apocalipsis 19:16 reza: "Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores". Esta noción del carácter triple del ministerio de Cristo también puede ser aplicada a la necesidad espiritual del ser humano. Una de esas necesidades es la necesidad de conocimiento; no conocemos a Dios naturalmente, ni podemos entender las cosas espirituales sin una iluminación de nuestras mentes, especial y de origen divino. Jesús puede suplir nuestra necesidad cuando nos revela a Dios. El es nuestro profeta y maestro. Suple nuestra necesidad a través de su propia persona en quien el Padre se revela enteramente; por medio del regalo que nos ha hecho de la Palabra escrita de Dios, y por la iluminación particular de nuestras mentes que realiza el Espíritu Santo. También tenemos necesidad de salvación. Además de ser ignorantes de Dios y de las cosas espirituales, somos pecadores. Nos hemos rebelado contra Dios y como ovejas nos hemos descarriado. Jesús puede suplir esta necesidad en su función de sacerdote. Actúa como sacerdote en dos niveles: primero, se ofrece a sí mismo como sacrificio, proveyendo así la perfecta expiación por nuestros pecados; y segundo, intercede por nosotros a la diestra de Dios Padre en los cielos, garantizando así nuestro derecho a ser escuchados. Por último, necesitamos disciplina espiritual, guía y gobierno. No somos autónomos, ni siquiera después de nuestra conversión. No tenemos ningún derecho a gobernarnos a nosotros mismos, ni podríamos gobernarnos exitosamente. Cristo suple esta necesidad por medio del dominio que con amor ejerce sobre nosotros dentro de la iglesia. Él es nuestro patrón, nuestro rey. También es el gobernador de este mundo. Por eso es que el futuro triunfo y reino de Cristo sobre todo el mundo es también un aspecto de este tema. Para resumir este tema, podemos citar el resumen que Charles Hodge hace:

Somos iluminados en el conocimiento de la verdad; somos reconciliados con Dios por la muerte sacrificial de su Hijo; y somos librados del poder de Satanás e introducidos en el reino de Dios; todo lo cual supone que nuestro Redentor nos es a la vez un profeta, un sacerdote y un rey. No se trata aquí de una simple y conveniente clasificación de los contenidos de su misión y su obra, sino que se introduce en su misma naturaleza y debe ser retenida en nuestra teología si hemos de captar la verdad como se nos revela en la Palabra de Dios.¹⁵⁴

¹⁵⁴ Charles Hodge, *Systematic Theology*, II (London: James Clarke & Co., 1960), P. 461. Martín Lutero fue quizá el primero en enseñar explícitamente que Cristo fue un profeta, un sacerdote y un rey, aunque nunca habló de una "función tripartita". Esta diferenciación corresponde a Juan Calvino quien, con el gran don que tenía para la sistematización, la desarrolla en toda su extensión en el libro 2 de la institución de la religión cristiana (capítulo 15). Este punto de vista fue el seguido por muchos escritores protestantes, en particular por los puritanos ingleses y norteamericanos. La confesión de fe de Westminster menciona estas tres funciones en el capítulo "sobre Cristo el mediador". El catecismo abreviado pregunta de qué manera Cristo "ejecuta" estas funciones, y responde: "Cristo desempeña la función de profeta cuando nos revela, por su palabra y el espíritu, la voluntad de Dios para nuestra salvación... Cristo desempeña la función de sacerdote cuando por única vez se ofrece a sí mismo como sacrificio para satisfacer la justicia divina, y así reconciliarnos con Dios, y al hacer una

Por lo tanto, si bien nuestra discusión sobre la obra de Cristo necesariamente trascenderá estas tres categorías sugeridas, resultará de todos modos de valor conservarlas en mente mientras las desarrollamos.

EL LOGOS DE DIOS: PROFETA

Cuando señalamos la función profética de Cristo nos estamos remontando en el Antiguo Testamento a una veta muy rica de pensamiento. Abraham, el padre del pueblo judío, fue llamado un profeta (Gn. 20:7). Moisés fue un profeta, posiblemente el más grande de todos los profetas (Dt. 34:10). El rey Saúl profetizó (1 S. 10:11, 19:20). David y Salomón fueron profetas en el sentido que recibieron parte de la revelación inspirada de Dios y contribuyeron así a nuestro Antiguo Testamento. Comenzando por Elías y Elíseo se lanza el gran movimiento profético, con nombres de la talla de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y los profetas conocidos como los profetas menores. En una ocasión Moisés aparece diciendo: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta" (Nm. 11:29). Sin embargo, en medio de este enfoque sobre el papel desempeñado por los profetas surge una sensación creciente que ningún profeta humano podía ser de todo apropiado para poder suplir la necesidad humana. Aparece, por lo tanto una expectativa cada vez más intensa que habría de venir un "gran profeta". La primera afirmación clara de esta expectativa la encontramos en el capítulo 18 de Deuteronomio, donde tenemos una profecía sobre una futura figura profética como Moisés, alguien a quien todos atenderían. Moisés mismo hace este anuncio: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Dt. 18:15). Este anuncio es luego conservado en las palabras de Dios: "Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare (Dt. 18:18). Una lectura superficial podría hacernos interpretar este pasaje como refiriéndose a alguna figura humana futura, tal como Isaías o algún otro de los grandes profetas. Podría hasta ser aplicado al profeta tan especial que vino justo antes que el Mesías (Mal 4:5; Jn. 1:25). Sin embargo, en el Nuevo Testamento esta cita de Deuteronomio se aplica particularmente a Jesús, como en uno de los sermones de Pedro (Hch. 3:22) o en la defensa de Esteban frente al concilio (Hch. 7:37). Hay otros pasajes que desarrollan el mismo tema. En varias ocasiones el pueblo, que había sido testigo de una obra maravillosa por parte de Cristo respondió identificándolo con un profeta o el profeta que había de venir en los postreros tiempos (Mt. 21:46; Le. 7:16; Jn. 6:14). Los discípulos que iban camino de Emaús lo identificaron como tal (Le. 24:19). Y en cierta ocasión Jesús dijo hablando sobre sí mismo: "No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa" (Mr. 6:4). Pero quizá el pasaje más importante, desde un punto de vista teológico, sea la

intercesión continua por nosotros... Cristo desempeña la función de rey cuando nos sujeta a sí, gobernándonos y defendiéndonos, y reprimiendo y conquistando a todos sus, y nuestros, enemigos" (pregunta 24, 25, 26).

introducción al libro de Hebreos: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He. 1:1-2). Un profeta es alguien que habla en nombre de otra persona. En estos versículos, Jesús es presentado como alguien que, del mismo modo que los profetas del Antiguo Testamento, habla de parte de Dios. Se trata, por lo tanto de alguien que habla con autoridad. El tema de la autoridad era particularmente evidente para los escuchas de Cristo. Al final del Sermón del Monte se nos dice que cuando Jesús terminó de hablar "la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mt. 7:28-29). Podríamos pensar que tendrían que haber sido impresionados por el contenido de sus palabras, o por la necesidad de arrepentimiento, o por alguna cosa similar. Pero se nos dice que la gente comparó a Cristo con los escribas, quienes eran los maestros más importantes en esa época, y que concluyó que enseñaba con una autoridad que los escribas no poseían. Otra característica de relevancia de la enseñanza de Cristo es lo que podríamos llamar su carácter egocéntrico. El tema de su enseñanza es él mismo. Ya en el comienzo del Sermón del Monte, en sus primeras palabras, Jesús presupone que quienes le están escuchando habrán de sufrir no meramente por causa de la verdad o por alguna otra causa sino "por mi causa" (Mt. 5:11). Más adelante en su Sermón dice: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mt. 5:17): En otras palabras, se estaba identificando con el Mesías sobre quien el Antiguo Testamento había sido escrito. En la última sección, nos advierte sobre el peligro que encierra el dejar de atenderlo a él, peligro que puede conducir a la persona involucrada al juicio. Concluye con estas palabras: "Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca" (Mt. 7:24-25). Estas afirmaciones, y muchas otras a lo largo de los evangelios, inmediatamente destacan a Jesús por encima de todos los demás maestros religiosos. Como ha señalado John R. W. Stott: "Ellos se borran a sí mismos; él se coloca en el centro de su enseñanza. Ellos no se señalaban a sí mismos; decían: 'Esta es la verdad como nosotros la entendemos; síganla'. Jesús decía: 'Yo soy la verdad; síganme'"¹⁵⁵. El cuarto evangelista, Juan, aparentemente estaba bastante consciente de este aspecto de la enseñanza de Cristo cuando comenzó a escribir su evangelio. En las páginas iniciales utiliza una palabra con referencia a Cristo que sugiere, tanto para los judíos como para los griegos, que Cristo mismo era el punto focal de la revelación de Dios a los hombres. La palabra es *logos*, que significa "palabra", o "verbo", si bien entendidos en un sentido más amplio que el común de nuestra lengua. Ocurre en el versículo 1, donde Juan dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios", y en el versículo 14: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad". ¿Qué habría significado dicho

término para un lector judío contemporáneo al evangelio de Juan? Los primeros versículos de su libro, incluyendo el término *logos*, habrían hecho que un judío recordara las primeras palabras del Antiguo Testamento donde se nos dice que en el principio Dios habló y que como resultado todas las cosas vinieron a tener existencia. En otras palabras, Jesús habría sido inmediatamente asociado con el poder creativo de Dios y con la revelación que Dios hace de sí mismo en la creación. Podemos sentir como podría haber operado esto si nos imaginamos a nosotros mismos leyendo un libro que comienza con una clara referencia al "curso de los acontecimientos humanos" y en los primeros párrafos aparecen las palabras "derechos inalienables" y "evidentes". Resulta claro que el autor está intentando recordarnos la Declaratoria de la Independencia y los principios fundacionales de la república de los Estados Unidos de América. Pero esto no es todo lo que estas palabras provocarían en un lector judío. Para la mentalidad judía la idea de un "verbo" significaría más que lo que significa para nosotros hoy en día. El motivo es que para la manera de pensar judía, un verbo era algo concreto, más cercano a lo que hoy llamaríamos un acontecimiento o un hecho. Nosotros decimos "a las palabras se las lleva el viento". Podemos decir: "Los palos y las piedras me pueden lastimar, pero las palabras nunca me lastimarán". Pero las palabras sí pueden herir, y los judíos sin duda estaban más cercanos a la verdad cuando consideraban que una palabra dicha era lo mismo que un hecho realizado. Según su mentalidad, las palabras no debían ser utilizadas con ligereza. Además, existían implicancias teológicas. ¿Qué ocurre cuando Dios habla? El objeto tiene lugar inmediatamente. "Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz" (Gn. 1:3). Dios también dijo: "Así será mi palabra que sale de mis boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para qué la envié" (Is. 55:11). Por este motivo es que los judíos estarían más preparados que nosotros para pensar en el "Verbo" de Dios como en algo que podía ser visto y tocado, y no les resultaría extraño aprender, como dijo el autor de la epístola a los Hebreos escribiendo en primer lugar a los lectores judíos, que: "En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He. 1:2). ¿Qué podría haber significado la palabra *logos* a un lector griego o gentil? Para el griego la respuesta la encontraremos no en la religión sino en la filosofía. Hace aproximadamente dos mil seiscientos años, en el siglo sexto a.C, un filósofo llamado Heráclito vivió en la ciudad de Éfeso. Fue el hombre que dijo que era imposible nadar dos veces en el mismo río. Quería decir que toda la vida es un transcurrir. Por lo tanto, si bien uno puede entrar al río una vez, salir, y luego volver a entrar una segunda vez, cuando demos este segundo paso el río ya habrá fluido y estaremos entrando en un río distinto. Para Heráclito y los filósofos que le siguieron, toda vida se asemejaba a esto. Pero se preguntaban, ¿si esto es así, cómo es posible que todo lo que existe no esté en un estado de perpetuo caos? Heráclito contestaba que la vida no es un caos porque los cambios que observamos no son cambios al azar. Es un cambio en orden. Esto significa que debe existir alguna "razón" o "palabra" divina que lo controla. Esto es el *logos*, la palabra que Juan utiliza en los versículos iniciales de su evangelio. Sin embargo, *logos* también significaba algo más para Heráclito. Una vez

que había descubierto que el principio controlador de la materia era el logos divino, estaba a sólo un paso de aplicar dicho concepto a todos los acontecimientos de la historia y al orden mental que gobierna la mente de los seres humanos. Para Heráclito el logos era, ni más ni menos, que la mente de Dios que todo lo controla. Cuando Juan escribió su evangelio, las ideas de Heráclito ya tenían unos setecientos años. Pero sus ideas habían sido tan formativas del pensamiento griego que habían sobrevivido no sólo en la filosofía de Heráclito sino también en la filosofía de Platón y de Sócrates, de los estoicos y de muchos otros que se basaban en ellas. Además, eran el tema de conversación de muchas personas. Los griegos sabían todo sobre el logos. Para ellos el logos era la mente creativa y controladora de Dios; que sustentaba el universo. Fue realmente un destello de genio divino que hizo que Juan utilizara esta palabra, que era tan significativa tanto para los judíos como para los griegos. "Escuchen, ustedes los griegos, esto mismo que tanto les ha preocupado, que ha ocupado su pensamiento filosófico, y de lo que tanto han escrito por tantos siglos —el Logos de Dios, esta palabra, este poder controlador del universo y la mente del hombre— ha venido a la tierra como hombre, y lo hemos visto, lleno de gracia y de verdad". Se dice que cierta vez Platón se dirigió a un pequeño grupo de filósofos y estudiantes que se habían congregado a su alrededor, durante la era dorada de Atenas, y les dijo: "Podría suceder que algún día viniera de parte de Dios una Palabra, un Logos, que nos revelara todos los misterios y aclarara todas las cosas". Juan está diciendo: "Efectivamente, Platón, el Logos ha venido; ahora Dios nos ha sido revelado perfectamente".¹⁵⁶ Este es el ministerio profético de Jesucristo. Tiene autoridad, y está envuelto en su propia persona de manera tal que cuando miramos a Jesús vemos no un simple hombre, sino el Dios-hombre que así nos revela a Dios. En estos tiempos Jesús lleva a cabo su ministerio por medio del Espíritu Santo quien nos comunica la persona de Cristo a nuestras mentes y nuestros corazones mediante las Escrituras y así nos provee para nuestra salvación y nuestra santificación.

EL MEDIADOR DE DIOS: SACERDOTE

La segunda de las tres divisiones principales de la obra de Cristo es su sacerdocio, un tema cuidadosamente preparado en el Antiguo Testamento y desarrollado detalladamente en el libro de Hebreos. Un sacerdote es un hombre nombrado para actuar en lugar de otros en las cosas relacionadas con Dios. Es decir, es un mediador. En Cristo, esta función sacerdotal o de intermediario se logra de dos maneras: en primer lugar, al ofrecerse a sí mismo como sacrificio por el pecado (algo que los sacerdotes del Antiguo Testamento no podían hacer) y, en segundo lugar, al interceder por su pueblo en los cielos. El Nuevo Testamento representa

¹⁵⁶ He discutido el concepto de logos con mayor detalle En *The Gospel Of John, I* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1975), Pp. 37-42, Y *En Witness And Revelation In The Gospel Of John* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1970), Pp. 159-63.

esta última actividad al mostrar la suficiencia del sacrificio de Cristo como la base sobre la cual sus oraciones y las nuestras deben ser respondidas. El hecho de que Jesús mismo sea el sacrificio por los pecados ya debería dejar claro que su sacerdocio es distinto y superior a las funciones sacerdotales del Antiguo Testamento. Pero no solamente en este sentido Cristo es superior. En primer lugar, según el sistema del Antiguo Testamento los sacerdotes de Israel debían ofrecer un sacrificio no sólo para quienes representaban sino también para sí mismos, ya que ellos también eran pecadores. Por ejemplo, antes que el sumo sacerdote pudiera entrar al Lugar Santísimo en el día de la expiación, lo que hacía una vez al año, primero tenía que ofrecer un becerro como expiación por sí y por su casa (Lv. 16:6). Sólo después de haber realizado dicho sacrificio podía continuar con las ceremonias de los machos cabríos y el sacrificio, cuya sangre luego era rociada sobre el propiciatorio dentro del Lugar Santísimo. Nuevamente, los sacrificios que ofrecían los sacerdotes de Israel eran inadecuados. Enseñaban que el camino de salvación era por medio de la muerte de una víctima inocente. Pero la sangre de los corderos y las cabras no podía retirar los pecados, como se reconoce tanto en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento (Miq. 6:6-7; He. 10:4-7). Por último, los sacrificios de los sacerdotes terrenales eran incompletos, como lo atestigua el hecho que tenían que ser ofrecidos vez tras vez. En Jerusalén, por ejemplo, el fuego sobre el principal altar de sacrificio nunca se apagaba; y en algunos días de reposo importantes, como el de la Pascua, se ofrecían literalmente cientos de miles de corderos. En oposición a ese sacerdocio terrenal, el sacrificio de Jesús fue realizado por uno que es perfecto y que por lo tanto no necesitaba de ningún sacrificio para sí. Como lo expresa el autor a los Hebreos: "Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo" (He. 7:26-27). Segundo, siendo él perfecto y al mismo tiempo el sacrificio, el sacrificio realizado por Jesús fue perfecto. Por lo tanto, podía pagar el precio por el pecado y quitarlo de en medio, algo que los sacrificios de Israel no podían hacer. Eran una sombra de lo que había de venir, pero no eran la realidad. La muerte de Cristo fue la real expiación sólo en base a la cual Dios declara justo al pecador. El autor de los Hebreos prueba esto: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros... entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (He. 9:11-14). Por último, a diferencia de los sacrificios de los sacerdotes del Antiguo Testamento, que tenían que ser repetidos diariamente, el sacrificio de Jesús fue completo y eterno —y como evidencia de eso ahora está sentado a la diestra de Dios—. En el templo judío no había sillas, lo que significaba que la tarea de los sacerdotes

nunca se terminaba. "Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:12-14). Cualquier enseñanza sobre los sacerdotes y los sacrificios resulta hoy muy difícil de comprender para la mayoría de las personas, porque en la mayor parte de nuestro mundo civilizado no ofrecemos sacrificios, y no entendemos su terminología. Tampoco era muy fácil de entender en la antigüedad. El autor de los Hebreos, en realidad, está reconociendo esto en un comentario entre paréntesis: "Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanta os habéis hecho tardos para oír" (He. 5:11). Por otro lado, las instrucciones tan elaboradas sobre cómo debían ser realizados los sacrificios fueron dadas para enseñar tanto la naturaleza grave del pecado como asimismo la manera que Dios había provisto para tratarlo. Los sacrificios estaban dictando dos lecciones. Primero, que el pecado significa la muerte. Es una lección sobre el juicio de Dios. Significa que el pecado es algo muy serio. "El alma que pecare, esa morirá" (Ez. 18:4). Segundo, que hay un mensaje de gracia. El sacrificio es significativo porque por la gracia de Dios un sustituto inocente puede ser ofrecido en el lugar del pecador. El macho cabrío o el cordero no era ese sustituto, meramente lo estaba señalando. Jesús fue y es el sustituto de todos quienes lo reconozcan como su Salvador. Él es el único, perfecto y todo suficiente sacrificio por el pecado, en base al cual Dios puede justificar al pecador. Este aspecto de la obra de Cristo será considerado con mayor detalle en los capítulos sobre la propiciación y la redención. Una segunda forma como Jesús cumple con su función sacerdotal y mediadora es al interceder por nosotros ahora. No se trata de una tarea suplementaria al sacrificio que hizo de sí mismo sobre la cruz, sino más bien de una tarea que es consecuencia de su entrega. En el Nuevo Testamento tenemos varios ejemplos de la intercesión de Cristo por los demás. Hay un ejemplo interesante en su intercesión por Pedro. El relato es que Satanás vino a Dios en cierta ocasión y le dio su opinión sobre Pedro, diciendo: "No sé qué es lo que tu Hijo espera lograr con esa bolsa de viento llamada Pedro. Si me dieras permiso para zarandearlo, volaría como la paja en tiempo de la siega". Dios le da permiso a Satanás para zarandearlo, del mismo modo que le había otorgado permiso para probar a Job (Job. 1:12; 2:6). Pero Jesús intercedió por Pedro, rogando que la experiencia fuera edificante y no debilitadora. Pidió que la paja volara para que quedara visible el grano verdadero, que él había colocado allí. Sus propias palabras a Pedro fueron: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Le. 22:31-32). Conocemos el desarrollo de la historia y cómo prevaleció la intercesión de Cristo por Pedro. Más tarde en la noche, si bien Pedro había negado al Señor en tres distintas ocasiones, la última vez hasta con maldiciones y juramentos, su fe no había flaqueado. Por el contrario, cuando se dio cuenta de lo que había hecho, estaba lleno de remordimiento y salió y lloró amargamente. A este Pedro que había sido tan humillado vino el Señor con la misión del servicio (Jn. 21:15-19). Otro ejemplo del Nuevo

Testamento lo encontramos en la intercesión que Cristo realiza en su oración por su iglesia (Juan 17). Jesús no ora que sus discípulos puedan ser ricos y obtener posiciones de respeto y poder en el imperio romano, ni siquiera que sean librados de la persecución y el sufrimiento por causa de ser sus testigos. Su oración, por el contrario, es que sean convertidos en la clase de hombres y mujeres que él desea que sean; o sea, hombres y mujeres en los que las marcas de la iglesia son evidentes: el "gozo, la santidad, la verdad, la misión, la unidad y el amor. Su preocupación por ellos (y por nosotros) es espiritual. Hay una palabra maravillosa usada con respecto a la función mediadora del Señor Jesucristo, doblemente maravillosa porque también es utilizada con respecto al ministerio terrenal del Espíritu Santo. En el idioma griego la palabra es *paraklétos*. Esta palabra suele ser traducida como "Consolador" (si bien esta no es la mejor traducción), "Consejero" o "Abogado". Cristo la usa en sus discursos finales para referirse al Espíritu Santo, cuando habla de "otro Consolador" (Jn. 14:16; comparar con 14:26; 15:26; 16:7). Está también usada con respecto a Jesús mismo (1 Jn. 2:1). El verdadero sentido de esta palabra proviene de sus connotaciones legales o forenses. Literalmente *paraklétos* proviene de dos palabras griegas: *para*, que significa "junto con" (la encontramos en las palabras *parábola*, *paradoja*, *paralelo*, y otras), y *klétos*, que significa "llamado" (también es la raíz de la palabra griega usada para la iglesia, *ekklésia*, que significa "los llamados"). Un *paracleto*, por lo tanto, es alguien que ha sido llamado para estar junto a otro para ayudarlo, en otras palabras, un abogado. Es interesante notar que la palabra abogado en castellano antiguo era *advocada*. La palabra *advocado* está compuesta por dos palabras, *ad*, que significa "a" o "hacia", y *vocare*, que significa "llamar". Por lo cual un *advocado*, o un abogado como diríamos hoy en día, es alguien que ha sido llamado para ayudar a otro.

El cuadro que tenemos delante de nosotros por lo tanto, es de algo semejante a lo que podríamos llamar un estudio celestial de abogados donde nosotros somos los clientes. Hay una rama celestial presidida por el Señor Jesucristo y una rama terrenal presidida por el Espíritu Santo. Cada uno de ellos ruega por nosotros. El papel que juega el Espíritu Santo es impulsarnos a orar e intensificar esa oración aun grado tal que nosotros no somos capaces. Pablo escribe: "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Ro. 8:26). De manera similar, el ministerio del Señor en los cielos consiste en interpretar nuestras oraciones de manera correcta y presentar como prueba la eficacia de su sacrificio como la base para nuestro acercamiento a Dios. La consecuencia de todo esto es que podemos ser osados en nuestra oración. ¿Cómo podríamos tener osadía si la respuesta a nuestras oraciones dependiera de la fuerza con que oramos o de lo correcta que sean nuestras peticiones? Nuestras oraciones son débiles, como Pablo confiesa, y muchas veces oramos incorrectamente. Pero, de todos modos, somos osados, porque tenemos al

Espíritu Santo que reafirma nuestras peticiones, y tenemos al Señor Jesucristo que las reinterpreta correctamente.

EL REINO DE DIOS: REY

El tercer aspecto de la obra de Cristo es su reinado. A diferencia de las otras dos funciones que tienen una base textual explícita y limitada, el material bíblico sobre el reinado de Cristo es voluminoso. Primero, tenemos el tema de la soberanía de Dios por sobre toda su creación. Como Jesús mismo es Dios, esto claramente se refleja sobre su propio gobierno o soberanía. Existen profecías mesiánicas en particular sobre el reinado del Mesías, como Dios le prometió al rey David: "Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente" (2 S. 7:16). Más adelante, cuando la casa de David estaba en clara decadencia, el profeta Isaías intensificó las promesas y señaló al Mesías que había de venir. "Y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto" (Is. 9:6-7). Existen numerosos salmos cuyo tema también es este (por ejemplo, Sal 45; 72; 110). Miqueas 5:2 nos habla del lugar de nacimiento de este futuro rey: "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad". En el libro de Daniel tenemos una visión de alguien a quien "le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lengua le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido" (Dn. 7:13-14). Cuando Jesús nació su nacimiento fue anunciado en estas categorías, y cuando comenzó su ministerio sobre esta tierra él también barajó estos temas. El ángel que anunció su nacimiento a María dijo: "Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin" (Le. 1:32->33). Más adelante, Juan el Bautista habló sobre la inminencia del reino de Dios en la venida de Cristo. Y luego, Jesús mismo comenzó su ministerio con la sorprendente proclamación: "Arrepentios, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 4:17). Al final del Nuevo Testamento encontramos la culminación de este tema: el Señor sentado sobre un trono, sus enemigos sujetos a él y un nombre nuevo: "Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores" (Ap. 19:16). Y sin embargo nos enfrentamos aquí con un problema. Si este tema es tal prominente como parece serlo y si Jesús realmente es el Rey de reyes y Señor de señores, ¿por qué el mundo ha cambiado tan poco y su reino casi no es reconocido? ¿Se trata de un reino futuro? Esta sería una manera de encarar este problema, pero ¿cómo entenderíamos entonces la afirmación del propio Cristo que dijo que el reino de Dios "está

entre vosotros"? (Le. 17:21). ¿Es un reino espiritual? Si fuera así, ¿cómo debemos interpretar las profecías explícitas sobre la continuación del trono de David y las promesas sobre una justicia y una paz utópicas que acompañarían el reinado del Mesías? Observamos, por ejemplo que la falta de justicia y de paz en el mundo es uno de los motivos que la comunidad judía aduce para negarse a creer que Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías. ¿Podemos eliminar estos elementos de nuestro entendimiento sobre el gobierno de Cristo? ¿O hemos de limitar el reinado de Jesús exclusivamente, la iglesia? Las respuestas a cada una de estas preguntas son complejas, pero he sólo en la medida en que nos las planteamos y comenzamos a buscar las respuestas en la Biblia que podemos llegar paulatinamente a entender realmente el concepto del reinado de Cristo. En determinada oportunidad me formularon una pregunta sobre si el reino de Dios era pasado, presente, o futuro. Quien me hizo esa pregunta tenía en mente el debate que ya hacía unos años estaba teniendo lugar sobre ese tema en los círculos teológicos, entre personas de la talla de T. W. Manson y C. H. Dodd de Inglaterra, Rudolf Bultmann y Martin Dibelius de Alemania, y Albert Schweitzer. Le respondí con un breve resumen del debate y luego con la afirmación que el punto de vista bíblico no podía ser expresado de manera adecuada por ninguno de esos tres términos. En un sentido el reino de Dios era pasado, porque Dios siempre había reinado sobre su pueblo y la historia. Pero al mismo tiempo era presente y futuro. Es así como Dios reina en la actualidad y continuará reinando. Cuanto más estudiamos las afirmaciones de la Biblia sobre su reino más sentimos que trasciende estos conceptos temporales. Quizá lo más importante que deba decirse sobre el reino de Dios es que es el reino de Dios. Lo que esto significa es que está por encima de cualquier reino humano y es infinitamente superior a estos reinos. Al hojear las páginas de la historia vemos que los reinos de este mundo prosperan y luego se desintegran a través de los siglos. Los historiadores no dicen que el mundo ha conocido veintiuna grandes civilizaciones, todas las cuales han sobrevivido por un tiempo y luego han desaparecido sin ninguna ceremonia. Egipto fue una fuerza muy poderosa en el mundo, pero hoy es débil. No es capaz ni siquiera de contender con el pequeño estado de Israel. Babilonia fue poderosa. Hoy no existe, su territorio está dividido. Siria, otrora poderosa se ha convertido en una curiosidad arqueológica. Grecia y Roma han caído. Además, sabemos que los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, si bien hoy ocupan el pináculo del poder en esta tierra, no podrán escapar a esta inexorable ley de Dios para la historia: "La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones" (Pr. 14:34). El orgullo las puede hacer caer. En el libro de Daniel tenemos una maravillosa descripción sobre el curso normal de los reinos de este mundo. Belsasar, rey de Babilonia, había hecho un gran banquete en el curso del cual había profanado los vasos del templo de Dios en Jerusalén. En el medio del banquete, apareció una escritura sobre la pared del palacio, y Belsasar estaba asustado. La escritura decía: "MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN. Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas" (Dn. 5:25-28).

Daniel le dijo al rey: "El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad... Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y despojado de su gloria. Y fue echado de entre los hijos de los hombres, y su mente se hizo semejante a la de las bestias, y con los asnos monteses fue su morada. Hierba le hicieron comer como a buey, y su cuerpo fue mojado con el rocío del cielo, hasta que reconoció que el Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hombres, y que pone sobre él al que le place. Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto." (Dn. 5:18,20-22) Esa misma noche Belsasar fue muerto y Darío reinó en su lugar. Este es el curso de los reinos humanos. Dios permite que una persona o un grupo se levante por encima de sus pares en poder, su triunfo los enorgullece y Dios los separa del lugar de poder. Los poderes humanos crecen y decaen, pero Dios reina por encima de estos vaivenes de la historia humana. Dios es el soberano de la historia humana, aun sobre los reinos que están en rebelión contra él. Este aspecto del "reino de Dios" nos sirve de consuelo para quienes de lo contrario estaríamos trastornados por los acontecimientos tan alborotados de este mundo. Jesús dijo: "No os afanéis por vuestra vida" (Mt...6:25-34), y agregó que si bien siempre habrían "guerras y rumores de guerras" sus seguidores no deberían estar preocupados por ello (Mt. 24:6). Un segundo hecho importante sobre el gobierno de Cristo es que también tiene una dimensión presente. Jesús comienza ejerciendo su gobierno sobre el alma del individuo, trayéndola a la fe y dirigiéndola de ahí en adelante y, luego, gobernando y dirigiendo a su iglesia para que los principios del reino puedan ser vistos en la iglesia y de allí puedan salir y tener injerencia sobre un mundo no creyente. Cuando oramos "Venga tu reino", como lo hacemos en el Padre Nuestro, tenemos en mente este reino presente (y no simplemente una futura venida). Pablo define el reino de Dios como una realidad de tiempo presente: "porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro. 14:17). Desgraciadamente, algunos han extrapolado esta conciencia de la expansión del gobierno de Dios sobre su iglesia y el mundo y han hecho la presuposición errónea que como el reino de Dios viene dondequiera que las personas creen en Cristo y responden al evangelio, el reino inevitablemente continuará expandiéndose hasta que todo o casi todo el mundo crea. Este punto de vista fue muy popular durante el siglo diecinueve. Hoy, luego de la realidad de dos guerra mundial, una guerra fría, y la evidente decadencia de la influencia del cristianismo sobre el mundo occidental, ha decaído el entusiasmo de este tipo de razonamiento. De todos modos es sorprendente que esta línea de pensamiento haya sido alguna vez seguida. El mismo Señor había advertido sobre esto en las parábola del reino (Mt. 13), enseñando que vastas porciones del mundo nunca sería convertidas, que los hijos del demonio estarían presentes hasta el final, incluso dentro de la iglesia, que su reino sería total sólo en los tiempos finales, y que incluso entonces sería establecido sólo por su poder y a pesar de una animosidad continua e intransigente. En ese capítulo hay siete parábolas, comenzando con la del sembrador que salió a sembrar y terminando con la historia de la red. Han sido diseñadas para mostrar los últimos diecinueve

siglos de historia de la iglesia. La primera de las parábolas es la parábola del sembrador. Jesús dijo que un hombre salió a sembrar. Parte de la semilla cayó sobre una superficie dura donde fue rápidamente devorada por las aves; otra parte cayó sobre tierra pobre, por lo que brotó rápidamente pero fue consumida por el sol; otra parte cayó sobre malezas y espinos que la ahogaron; y otra parte cayó sobre tierra buena donde produjo a ciento, a sesenta y a treinta. Luego explicó esta parábola, mostrando que la semilla era la palabra de su reino y que la palabra habría de tener diferentes resultados sobre las vidas de quienes la escuchaban. Algunos corazones estarían tan duros que no la podrían recibir, y los compinches del diablo prontamente la harían desaparecer. Otros la recibirían como una novedad, como lo hicieron los atenienses en la época de Pablo, pero pronto perderían el interés en particular cuando viniera la persecución. El tercer tipo serían aquellos que permitirían que la palabra fuera ahogada por las preocupaciones mundanas y se disfrute de las riquezas. Sólo la cuarta clase serían aquellos en los que El evangelio podría tomar raíz. La parábola significa que sólo una parte de la predicación del reino de Dios llevará fruto. Esta parábola no permite seguir sosteniendo la idea que la predicación del evangelio será cada vez más y más efectiva y que inevitablemente significará un triunfo total para la iglesia a medida que la historia progrese. La segunda parábola es aun más explícita para demostrar este punto. Es la historia del trigo y la cizaña. Jesús nos dice que un hombre nuevamente salió a sembrar grano pero que después que lo había sembrado vino el enemigo y sembró cizaña. Las dos plantas crecieron juntas, el trigo verdadero y las otras plantas que parecían trigo pero que no servían de alimento. En la narración los siervos querían arrancar la cizaña, pero el dueño les dijo que no lo hicieran ya que al arrancarla era posible que también arrancaran el trigo. En vez de arrancar la cizaña les dijo que ambas debían crecer juntas hasta el tiempo de la siega, cuando el trigo se recogería y se guardaría y la cizaña se ataría en manojos y se quemaría. Cuando Jesús estuvo a solas con sus discípulos les explicó que el campo era el mundo, que el trigo representaba aquellas personas que le pertenecían, y que la cizaña eran los hijos del malo. Esto significa que en el mundo siempre habrá los que son los hijos verdaderos de Dios y los que son hijos del maligno. Esto será cierto a través de toda la historia de la iglesia. Además, como muchos de sus hijos se parecen tanto a los hijos que el maligno ha falsificado, nadie ha de intentar diferenciarlos y separarlos en este mundo porque algunos cristianos podrían perecer con los otros. El propósito de esta parábola es mostrar que estas condiciones insatisfactorias permanecerán hasta el fin de estos tiempos. El propósito de las demás parábolas es semejante; o sea, mostrar que la expansión del reino de Dios estará acompañada por la influencia del maligno y que siempre será imperfecto. Debería ser evidente a partir de la naturaleza imperfecta del reino de Dios, como lo vemos hoy en día, que todavía ha de venir un reino donde el gobierno del Señor Jesucristo haya de ser plenamente reconocido. Este es el tercer punto que debemos hacer sobre el gobierno de Cristo. Cristo les dijo a sus discípulos que había de existir un reino espiritual a través de todo el "tiempo de la iglesia". Pero enseñó que habría de haber también un reino futuro, literal. En una parábola se comparó a un hombre

noble que se fue a un país lejano, para recibir un reino, y luego volver. Mientras, dejó unas minas en manos de sus siervos, encargándolos que le fueran fieles y que estuvieran prontos a rendirle cuenta cuando regresara (Le. 19:11-27). En otra ocasión, después de su resurrección, los discípulos le preguntaron a Jesús: "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?" (Hch. 1:6). Y él les respondió: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las razones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría, y hasta lo último de la tierra" (vs. 7-8).¹⁵⁷

IMITADORES DE CRISTO

Para nosotros, la obra del reino de Dios descansa en la última de estas afirmaciones. Somos los testigos de Cristo. Debemos llevar el mensaje de su dominio por todas las ciudades, estados, naciones y por todo el mundo. Al hacerlo hemos de saber que, por el mismo ejercicio de la autoridad de Cristo en su iglesia, estamos singularmente equipados para nuestra tarea. Él es nuestro profeta, nuestro sacerdote y nuestro rey —y en menor medida, nosotros también somos profetas, sacerdotes y reyes. Somos profetas en el sentido que somos voceros de Dios en este mundo. En los días de Moisés parecía un deseo utópico decir: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta" (Nm. 11:29). Pero en nuestros días, como resultado de haberse derramado el Espíritu Santo sobre la iglesia en Pentecostés, es una realidad. Ahora, como sostenía Pedro, se han cumplido las palabras del profeta Joel referidas a los postreros días. "Mas este es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán: vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán" (Hch. 2:16-18). Cómo profetas, le hablamos la Palabra de Dios, a nuestros contemporáneos. También somos sacerdotes. Es cierto, nunca habrá un sacerdocio como el sacerdocio del Antiguo Testamento. Cristo ha perfeccionado ese sacerdocio para siempre. Pero en cierto sentido todo el pueblo de Dios es como un sacerdote. Todos tienen el mismo acceso a Dios sobre la base del sacrificio de Cristo y todos somos llamados a ofrecernos a Dios en consagración, alabanza y servicio. Pedro habla de esto explícitamente, cuando nos recuerda que somos un "sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 P. 2:5). Pablo tiene esta misma idea en mente cuando escribe: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Ro. 12:1). También, hemos de ejercer nuestro sacerdocio en la oración mediadora por los demás y por el mundo.

¹⁵⁷ Parte de este material sobre el reino de Dios lo he tomado de mi obra, *The Sermón On The Mount*, Pp. 205-11.

Por último, hay un sentido en el cual también somos reyes con Cristo. El libro de Apocalipsis dice de los santos de Dios: "Y nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra" (Ap. 5:10). ¿Cómo hemos de reinar? No enseñoreándonos unos sobre los demás, porque no es así como Jesús ejerce su reino sobre nosotros. Más bien es, como bien lo expresa el himno:

No con el batir de las espadas, ni el redoblar de los tambores, sino con hechos de amor y misericordia, se aproxima el reino celestial.

Nuestro reino se expresa no por privilegios sino en responsabilidad.

CAPITULO 31: APLACANDO LA IRA DE DIOS

EL APROXIMARNOS A LA OBRA DEL SEÑOR JESUCRISTO COMO profeta, sacerdote y rey tiene la ventaja de cubrir su obra en un solo capítulo. La desventaja es que no describe de manera adecuada cómo las distintas funciones se relacionan una con otra ni señala cuál de las funciones es la más importante. De acuerdo con la Biblia, el propósito de Jesús fue morir (Mr. 10:45). Esto nos conduce a una discusión más a fondo sobre el significado de su muerte. Cuando nos concentramos en su muerte, el problema de aceptarla como el aspecto central de su obra se hace más crucial para la gente contemporánea. Los conceptos bíblicos centrales para entender el significado de la muerte de Cristo son la "propiciación" y la "redención", pero cada uno de estos conceptos son muy difíciles de comprender, cuando no resultan ofensivos para muchos. El concepto de propiciación está relacionado con la idea de sacrificio, por medio del cual se evita la ira de Dios contra el pecado. La redención se refiere a redimir un esclavo de la esclavitud. Ninguno de estos conceptos parece compatible con la concepción moderna de lo que Dios hace o debería hacer. ¿Podemos creer que la salvación se alcanza al pagar Dios el precio de nuestra redención? ¿Esto no nos conduce a aquellas ideas medievales tan grotescas que presentaban a Cristo como siendo el precio del rescate que Dios le pagaba al diablo? Con respecto a la propiciación, ¿el marco de pensamiento en que se desarrolló este concepto no ha sido ya superado? ¿Podemos realmente creer que la ira interviene en el tema de la salvación? Y si podemos, ¿cómo puede ser que la muerte de un hombre, no importa lo significativa que haya sido, pueda evitar dicha ira? Estas son las preguntas que debemos tener en mente mientras comenzamos a explorar el tema de la muerte de Cristo. Pero también queremos preguntarnos: ¿Cuál fue exactamente el logro de la muerte de Cristo? ¿Cómo fue que lo logró? Al contestar estas preguntas hemos de analizar la idea de la propiciación en este capítulo, y la idea de la redención en el capítulo siguiente.

LA PROPICIACIÓN: DIOS CALMANDO SU PROPIA IRA

La propiciación es un concepto poco entendido en la interpretación bíblica de la muerte de Cristo. Tiene que ver con sacrificios, y se refiere a lo que Jesús por medio de su muerte logró con relación a Dios. La redención se refiere a lo que Jesús logró con relación a nosotros. Al redimirnos, Jesús nos liberó de la esclavitud del pecado. La propiciación, por el contrario, se refiere a Dios, para que podamos decir: Por medio de su muerte, Jesús propició la ira de su Padre contra el pecado e hizo entonces posible que Dios fuera propicio para con su pueblo. Pero se hace necesaria una explicación. En primer lugar, debemos observar que la idea de la propiciación presupone la idea de la ira de Dios. Si la ira de Dios no se ha encendido contra el pecado, no hay necesidad de propiciarlo y el significado de la muerte de Dios deberá ser, por lo tanto, expresado en otras categorías. Es aquí donde muchos pensadores modernos se quedarían, y argumentarían que es precisamente por este motivo que este término no debiera ser utilizado, y si lo fuera, se le debería dar otro significado. "Podemos comprender", diría una de estas personas, "cómo la idea de la propiciación era apropiada en el paganismo donde Dios era visto como caprichoso, que se ofendía fácilmente y, por ende, muchas veces se enojaba. Pero este no es el cuadro que la Biblia nos presenta sobre Dios. De acuerdo a la revelación cristiana, Dios no está enojado. Por el contrario, está lleno de gracia y de amor. No se trata de que Dios se haya apartado de nosotros por el pecado, sino que hemos sido nosotros quienes nos hemos apartado de Dios. Por lo tanto, somos nosotros quienes hemos de ser propiciados y no Dios". Quienes argumentan de este modo han rechazado de plano la idea de la propiciación, considerando que su presencia en la Biblia es una marca dejada por la forma imperfecta de pensamiento pagano sobre Dios —o han interpretado la palabra griega básica para propiciación como queriendo significar, no la propiciación que Cristo hizo de la ira de Dios sino, el recubrimiento o la expiación de nuestra culpa por su sacrificio—. En otras palabras, han considerado su obra como dirigida hacia el hombre en lugar de hacia Dios. Un académico que ha señalado el camino en esta dirección ha sido el fallecido C. H. Dodd de Cambridge, Inglaterra, cuya influencia ha conducido a que la palabra "propiciación" fuera traducida como "expiación" en los textos relevantes de la Revised Standard Versión (una versión en inglés) de la Biblia (Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10).¹⁵⁸ A esta altura de la discusión debemos considerar la obra de aquellos que han marcado las diferencias entre la idea pagana de la propiciación y la idea cristiana. Porque es bien cierto que Dios no es caprichoso ni se enoja fácilmente, y que por lo tanto debemos propiciarlo para mantenernos

¹⁵⁸ La posición de Dodd es que no existe en dios algo similar a la ira provocada por el pecado humano. Por lo tanto, como no existe la ira, el significado de "propiciación" es incorrecto en el nuevo testamento, aunque la palabra así traducida (Hilasmos, Hilastérion) Bien puede haber sido la idea de propiciación en la religión pagana. Dodd cree que la biblia sólo trata de la remisión de pecados y que por lo tanto "expiación" es una mejor traducción.

dentro de su favor. La posición cristiana es todo lo contrario, porque Dios es visto correctamente como un Dios de gracia y de amor. Pero esto no es todo el asunto, no importa cuánto podamos simpatizar con las preocupaciones de dichos académicos. Primero, no podemos olvidarnos lo que la Biblia nos dice sobre la ira de Dios contra el pecado, según la cual el pecado habrá de ser castigado en la persona de Cristo o en la persona del pecado. Podemos sentir, debido a nuestros prejuicios culturales, que la ira de Dios y el amor de Dios son incompatibles. Pero la Biblia nos enseña que Dios es ira y amor al mismo tiempo. Además, su ira no es sólo un elemento pequeño e insignificante que de algún modo aparece allí junto con su amor, más significativo y avasallante. En realidad, la ira de Dios es el elemento mayor, que puede ser rastreado desde el juicio de Dios contra el pecado en el huerto de Edén hasta los juicios finales de cataclismo registrados en el libro de Apocalipsis. (Este énfasis ya ha sido analizado en detalle en el Capítulo siete). Segundo, si bien el vocablo propiciación es utilizado en los escritos bíblicos, no es utilizado de la misma manera en los escritos paganos. En los rituales paganos, el sacrificio era el medio por el cual el pueblo apaciguaba a una deidad ofendida. En el cristianismo, nunca es el pueblo quien toma la iniciativa o hace el sacrificio, sino que es Dios mismo quien por su gran amor hacia los pecadores provee el camino por el cual su ira contra el pecado puede ser aplacada. Además, él mismo es el camino —Jesús—. Esta es la verdadera explicación de por qué Dios nunca es el objeto explícito de la propiciación en los escritos bíblicos. No es mencionado como el objeto porque él también es el sujeto, lo que es mucho más importante. En otras palabras, Dios mismo aplaca su propia ira contra el pecado para que su amor pueda aflorar y abrazar y salvar a los pecadores. La idea de la propiciación está claramente observada en el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, porque a través de este sistema de sacrificios Dios enseñó el camino por medio del cual los hombres y las mujeres podían llegar a él. El pecado significa la muerte, como señalamos anteriormente. Pero los sacrificios nos enseñan que hay una salida de escape y de aproximarnos a Dios. Otro puede morir en lugar del pecador. Esto puede parecer asombroso y hasta (como algunos han sugerido) inmoral, pero es lo que el sistema de sacrificios nos enseña. De ese modo, el israelita era instruido a traer un animal para el sacrificio cada vez que se acercaba a Dios; la familia debía matar y consumir un animal cada año durante la celebración de la Pascua; la nación debía ser representada por el sumo sacerdote cada año en el día de la expiación, cuando la sangre de la ofrenda era rociada sobre el propiciatorio en el arca del pacto dentro del Lugar Santísimo en el templo judío. Al final de este proceso de instrucción, Jesús se presentó como el sacrificio que había de llevar "los pecados del mundo" (Jn. 1:29). La progresión es la siguiente: un sacrificio para un individuo, un sacrificio para una familia, un sacrificio para una nación, un sacrificio para el mundo. El camino a la presencia de Dios ahora está abierto para todo aquel que quiera venir, un hecho simbolizado por el velo del templo (el velo que separaba el Lugar Santísimo del resto del templo) que se partió en dos cuando Cristo murió.

CUATRO PASAJES DEL NUEVO TESTAMENTO

Hay sólo cuatro pasajes en el Nuevo Testamento que usan la palabra propiciación, si bien la idea de sacrificio (con la que está relacionada) es prominente. El pasaje crítico es el de Romanos 3:23-26: "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". ¿Cómo debemos entender la propiciación en la afirmación de Pablo sobre la naturaleza de la obra de expiación de Cristo? ¿Significa propiciación en el sentido de acallar la ira de Dios contra el pecado o significa el cubrir la culpa, que es el significado de la versión RSV que usa la palabra 'expiación' en lugar de propiciación? Si no tuviéramos más que este pasaje para contestar, estas preguntas posiblemente quedarían sin contestación. Pero tenemos todo el contexto de la primera sección de la carta de Pablo. Es un texto muy razonado y que tiene una relevancia directa sobre la naturaleza de la obra de Cristo como se nos presenta en este pasaje. El principio de este contexto lo encontramos en el primer capítulo, en el versículo 18, donde Pablo introduce su argumento formal afirmando: "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad". El pasaje continúa mostrando cómo se les ha dado a los hombres y las mujeres un conocimiento de Dios en la creación, pero voluntariamente no han considerado este conocimiento para poder rechazar a Dios y crearse una forma falsa y rebajada de dios en lugar del Dios verdadero. En esto consiste la "infidelidad" y la "maldad". Es por esto que la ira de Dios se dirige contra ellos. En el resto del capítulo Pablo nos muestra cómo esto tiene lugar. Dios ha decretado que si lo rechazan, deben cargar con los resultados de su propio pensamiento y manera de vivir depravadas. En consecuencia, son entregados a la mentira (porque sus mentes han sido oscurecidas) y a la inmundicia, cuyo resultado es la envidia, los homicidios, las contiendas, los engaños, las malignidades, las murmuraciones, las detracciones, los odios y todos los demás vicios. En el segundo capítulo, Pablo pasa de una discusión sobre la forma en que la ira de Dios se desarrolla en la historia a una discusión sobre su alcance. Él sabe que las mujeres y los hombres están siempre prontos a culpar a los demás mientras que ellos siempre tienen pronta una excusa. Por lo que pregunta: "¿Hay alguien excusable?" La respuesta es "No". Entonces, luego de haber mostrado cómo la ira de Dios afecta al mundo pagano (en el capítulo 1), ahora muestra que el pueblo conocido como moral y religioso también se ve afectado. Lo individuos morales están afectados porque, no importa lo que ellos se imaginen sobre sus logros morales en particular, nunca estarán, sin

embargo, a la altura de los estándares de Dios. Además, hasta se jactan de sus supuestos logros y ni se arrepienten. No pueden darse cuenta que la gracia y la paciencia de Dios hacia ellos lo que pretende es conducirlos al arrepentimiento (2:4). Las personas religiosas también son afectadas, porque son incapaces de ver que sus práctica religiosas tan valoradas son limpias sólo exteriormente, dejando intacta la corrupción grave que existe dentro (2:28-29). La conclusión a la que llega Pablo en el capítulo 3 es que todos estamos bajo la ira de Dios, porque todos hemos pecado. Sin embargo, en este momento es cuando la justicia y la gracia de Dios se revelan, porque en la persona de su Hijo, el Señor Jesucristo, Dios el Padre ha provisto un camino por el cual los que creen en él pueden ser salvos. Aunque hemos pecado, somos de todos modo "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Ro. 3:24-25). Esto significa que la ira de Dios que estaba dirigida hacia nosotros por causa de nuestro pecado ahora ha sido aplacada o evitada por la acción de Dios mediante la muerte de Cristo. "La "sangre" —es decir, la muerte del sacrificio— de Jesucristo abolió el enojo de Dios contra nosotros, y nos aseguró un trato para siempre propicio y favorable. De ahora en más, en lugar de mostrarse enfrentado a nosotros, se nos mostrará en nuestra vida y nuestra experiencia a favor nuestro. ¿Qué es lo que expresa entonces la frase "como propiciación... en su sangre"? Expresa, en el contexto del argumento de Pablo, precisamente este pensamiento: que por la muerte de sacrificio por nuestros pecados Cristo ha pacificado la ira de Dios".¹⁵⁹ El pasaje nos muestra que la ira de Dios, lejos de ser semejante a los enojos, caprichosos y engreídos, característicos de los dioses paganos, y que por lo tanto no necesitan ser tomados en serio en la actualidad, es en realidad la oposición tenaz e insoslayable del santo Dios hacia todo lo que se oponga a su santidad. Está dirigida hacia nosotros porque nosotros no somos santos. Al mismo tiempo el pasaje nos muestra cómo Dios, por su gran amor, que también constituye una parte fundamental de su naturaleza, ha actuado él mismo para propiciar su ira y salvar así a la humanidad. El segundo pasaje del Nuevo Testamento que utiliza la palabra propiciación, se encuentra en Hebreos 2:17. No tiene el mismo énfasis que el texto en Romanos, ya que en Romanos Pablo está hablando explícitamente de la obra de Cristo como propiciación de la ira de Dios, mientras que en Hebreos el auto está ocupándose más con el cómo de la propiciación, es decir, con el tipo de naturaleza que Cristo necesitaba tener para que la propiciación fuese posible. Lo que intenta mostrar es que Jesús se hizo uno con la humanidad para poder representarla como un fiel sumo sacerdote. "Por lo cual debía ser en toda semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar [propiciar] los pecados del pueblo". Este texto no menciona explícitamente la ira de Dios. Pero no dice nada que contradiga la idea de una propiciación de la ira de Dios contra el pecado y, en realidad, podemos decir que la sugiere, si bien indirectamente. Por ejemplo, el texto nos habla de Cristo como siendo un sacerdote

¹⁵⁹ Packer, *Knowing God*, P. 165.

"misericordioso". La misericordia muestra el favor hacia uno que no se lo merece. Por lo tanto, si aquellos hacia los que Cristo es un misericordioso sacerdote no merecen misericordia, lo que claramente están mereciendo es la ira de Dios, la cual sin embargo ha sido evitada por el sacrificio de Cristo. El versículo habla de Cristo como siendo un sacerdote "al servicio de Dios" (literalmente, "en lo que respecta a aquellas cosas que le corresponden a Dios"). Es evidente que se trata de una obra dirigida a Dios y no hacia la humanidad. Por último, el pasaje también se está refiriendo al sistema de sacrificios de la antigüedad. La referencia del autor a un "fiel sumo sacerdote" más adelante es explicada en las categorías de los sacerdocios de Aarón y Melquisedec. Jesús es superior a estos sacerdotes porque él ofrece el sacrificio perfecto y, por lo tanto, el último y el más completo. Los dos últimos usos de la palabra propiciación en el Nuevo Testamento están en la primera epístola de Juan. "Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (2:1-2) y "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (4:10). ¿Cuál es el punto central de estos versículos? Nuevamente, ninguno habla directamente sobre la ira de Dios, pero en el primer versículo el dilema humano se transmite al menos indirectamente, del mismo modo que en el versículo de Hebreos. En este caso, la necesidad está sugerida por la referencia a Jesús como nuestro "abogado". ¿Por qué necesitamos de un abogado o de alguien que nos ayude si, en realidad, no estamos en ninguna situación de dificultad delante de Dios? La razón es, por supuesto, que sí estamos en grandes dificultades. Somos pecadores, algo que Juan ya ha estado señalando en los versículos anteriores (1:5-10), y por lo tanto hemos sido condenados y necesitamos un abogado. En este contexto, es comprensible que Juan elija una palabra que habla sobre la obra que un sacerdote realiza cuando revierte la ira de Dios, y presenta esta obra como el suelo firme que podemos pisar para acercarnos a Dios y estar seguros de su favor. Otra indicación que esto es lo que Juan está pensando la encontramos cuando afirma que la muerte de Jesús fue por nuestros pecados "y no solamente los nuestros sino por los de todo el mundo". Es posible que Juan estuviera pensando sobre el hecho que en el judaísmo el sacrificio propiciatorio, ofrecido por el sumo sacerdote el día de la expiación, era únicamente para los judíos; ahora, a partir de la muerte de Jesús, el sacrificio sirve tanto para los judíos como para los gentiles. La mención final (1 Jn. 4:10) no aclara mucho el significado de la propiciación, pero lo que sí hace es vincularla a la idea del amor de Dios, a partir de cual surge el acto de propiciación, proveyéndonos así de "una de esas paradojas tan resonantes, que tanto significan para nuestro entendimiento del concepto cristiano de sacrificio".¹⁶⁰ La muerte de Cristo es una propiciación genuina de la ira de Dios. Pero, paradójicamente, es el amor de Dios que realiza la propiciación. Llegamos, así, al

corazón del evangelio. En el acto de la propiciación tenemos las buenas nuevas que el que es nuestro Creador, de quien nos hemos apartado por nuestro pecado, es también nuestro redentor. Packer resume esto en los siguientes términos: En la Biblia, la descripción básica sobre la muerte salvadora de Cristo es la propiciación, o sea, eso que ha aplacado la ira de Dios contra nosotros apartando nuestros pecados de su vista. La ira de Dios es su justicia que reacciona contra nuestra injusticia; y que se manifiesta por una justicia retributiva. Pero Jesucristo nos ha protegido con un escudo de la pesadilla de su justicia retributiva convirtiéndose en nuestro sustituto representativo, era obediencia a la voluntad de su Padre, y recibiendo sobre sí mismo la paga del pecado. De este modo se ha hecho justicia, porque los pecados de todos los que habrán de ser perdonados han sido juzgados y el castigo ha recaído sobre la persona de Dios el Hijo, y es sobre esta base que el perdón ahora puede ser ofrecido a nosotros los ofensores. En el Calvario, el amor redentor y la justicia retributiva han unido sus manos, para expresarlo de alguna manera, porque allí Dios mostró que él es "justo, y quien justifica a los que tienen fe en Jesús".¹⁶¹

LUZ SOBRE OTRAS VERDADES

La doctrina sobre el sacrificio de Cristo, concebida como la propiciación verdadera de la ira de Dios, sirve también para iluminar otras doctrinas. Podemos cerrar este capítulo considerando algunas de ellas. Primero, la naturaleza del sacrificio de Cristo sirve para iluminar los atributos de Dios. Se ha convertido en una costumbre en muchos círculos teológicos contemporáneos enfatizar el amor de Dios a expensas de sus otros atributos. No debemos minimizar el amor de Dios, pero debemos sostener que, sobre la base de la revelación bíblica, el amor no es el único atributo de Dios y ni siquiera el primero, si estamos considerando el asunto en una secuencia lógica. Si seguimos una secuencia lógica, los primeros atributos de Dios deben ser aquellos que lo presentan como el Creador y el sustentador de este mundo: su auto-existencia, su autosuficiencia, su eternidad, su soberanía, su santidad y su omnisciencia. Después de estos vienen los atributos develados por la Caída y la rebelión de la raza humana: la ira. Sólo después podemos hablar apropiadamente sobre su amor. Dios era amor aun antes de la Caída, o también podemos decir desde toda la eternidad, pero la plena medida de este amor se ve únicamente en Cristo quien se dio a sí mismo por nosotros "cuando aún éramos pecadores" (Ro. 5:8). El acto de propiciación nos está recordando, por lo tanto, antes que nada que Dios verdaderamente manifiesta su ira contra el pecado además de manifestar su amor por el pecador. Además, esto sirve para resaltar

¹⁶¹ Packer, *Knowing God*, P. 170. El significado de la propiciación es analizado por Packer *En Detalle* (Pp. 161-80). También lo analiza Morris, *The Apostolic Preaching Of The Cross*, Pp. 125-85; Warfield, *The Person And Work Of Christ*, Pp. 351-426; T. C. Hammond, *In Understanding Be Men* (Downers Grove, 111.: Intersity Press, 1968), Pp. 116-27; Guillebaud; Y Denney.

nuestro aprecio por su amor. Dentro de este marco de referencia, el amor de Dios no es simplemente un sentimiento indulgente de buena voluntad (que es lo que el amor humano muchas veces es). Consiste más bien en un amor intenso, con demandas, y santo; un amor que está dispuesto a pagar el más alto precio para salvar al ser amado. Segundo, la naturaleza del sacrificio de Cristo está además iluminando la naturaleza del dilema humano. Sí la venida de Cristo es sólo una declaración abierta del favor de Dios hacia los hombres y las mujeres, una demostración por medio de la cual Dios busca atraer nuestra atención y ganar nuestro amor, entonces nuestra condición, alienados de Dios, no es tan grave. Dios nos ama, no importa lo que hayamos hecho, y podemos suponer que todo acabará bien al final, hagamos lo que hagamos con respecto a Cristo. No tenemos que enfrentarnos con la ira de Dios. Sin embargo, si la muerte de Cristo es una propiciación de la ira de Dios, entonces la situación del humano es bastante diferente. La ira es real, y podemos esperar sentir toda la fuerza de esa ira si no nos hacemos partícipes de la salvación de Cristo. La cruz de Cristo significa, entre otras cosas, que nuestro estado es desesperado, tan desesperado que no tenemos ninguna esperanza. Estamos, como lo expresa Pablo, "muertos en... delitos y pecados", prisioneros del "príncipe de la potestad del aire" y "por naturaleza hijos de ira" (Ef. 2:1-3). Estas verdades nos han sido enseñadas para que los hombres y las mujeres, por un sentido del aterrador peligro espiritual que encierran, puedan volverse al Salvador.

Tercero, también ilumina la persona y la obra de Jesucristo. Sólo en la medida que es Dios y hombre al mismo tiempo, puede hacer la propiciación. Su obra resulta iluminada en que esta misión, da sentido a lo que encontramos registrado sobre él en los evangelios. Para dar sólo un ejemplo, observamos que aun en las situaciones más peligrosas que atravesó —la hostilidad de las multitudes enfurecidas, la tentación de Satanás, los intentos que los líderes de Israel que le eran antagonistas hicieron para atraparlo— Jesús siempre mantuvo un control total y evidente sobre todas las circunstancias. Sin embargo, a medida que se acercaba la hora de su muerte, cada uno de los evangelistas nos dice que comenzó a estar más angustiado y entristecido (Mt. 26:37-38; Mr. 14:33-34; Le. 22:44; Jn. 12:27), y tres de ellos (Mateo, Marcos y Lucas) nos dicen que oró en el huerto de Getsemaní para que la copa que había de beber pasara de él. ¿Qué era esa copa? ¿Era su muerte física? Si así fuera, entonces Jesús tenía menos coraje que Sócrates quien se enfrentó a su muerte con perfecto dominio de sí mismo disertando sobre la inmortalidad. La única explicación posible es que Jesús no era un cobarde cuya fe le fallaba sino que su muerte era muy distinta a la del filósofo ateniense o a la nuestra. Él no sólo habría de morir físicamente sino espiritualmente, y habría de quedar separado de Dios por causa del pecado cargando así la ira de Dios contra el pecado en nuestro lugar. La característica singular de su muerte fue que en el Calvario experimentó el horror de la ira de Dios mientras efectuaba la propiciación. Cuarto, la verdadera naturaleza del evangelio también surge de este entendimiento de la muerte de Jesús. El evangelio no es sólo una nueva posibilidad, para alcanzar el gozo y la realización en esta vida, como algunos

parecen sugerir. No es sólo una solución a unos problemas irritantes y frustrantes. Se requiere hacer algo mucho más profundo, algo relacionado con Dios, en base a lo cual, y exclusivamente en base a lo cual, son posibles las otras bendiciones de la salvación. Packer dice: "El evangelio soluciona estos problemas, pero sólo después de haber resuelto... el problema más profundo de los humanos, el problema de la relación del hombre con su Hacedor; y si no dejamos en claro que la solución a estos problemas depende de haber solucionado primero el problema más profundo, estamos mal interpretando el mensaje y nos estamos convirtiendo en testigos falsos de Dios".¹⁶² Por último, la naturaleza de la muerte de Cristo como propiciación también se manifiesta en la ética cristiana. Pablo dice: "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co. 5:14-15). Y otra vez, para referirnos a un texto que ya nos introduce al tema del próximo capítulo, "...no sois vuestros... porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Co. 6:19-20; comparar con 7:23). Que ese Dios nos haya amado tanto que envió a su Hijo para cargar su justa ira contra el pecado en nuestro lugar es la base exclusiva y más importante para la ética cristiana. Nosotros le amamos por su gran amor hacia nosotros, y por eso deseamos servirle.

CAPITULO 32: SIN CUENTAS PENDIENTES

LA REDENCIÓN Y LA OBRA DEL SEÑOR COMO EL REDENTOR SON dos de las palabras más preciosas del vocabulario cristiano. No son sin embargo los términos más utilizados cuando hablamos de la obra de Cristo. Más a menudo hablamos de él como el Salvador. Con mucha frecuencia nos referimos a él como el Señor. Pero estas palabras nos hablan directamente sobre lo que Jesucristo hizo por nuestra salvación y de lo que le costó hacerlo. En el principio de este siglo, B. B. Warfield hizo un discurso a los estudiantes que recién ingresaban y les hizo notar que el título redentor transmite una íntima revelación. Escribió:

Expresa no sólo el hecho que hemos recibido la salvación de parte suya, sino también lo que le costó procurarnos esta salvación. Es el nombre específico de Cristo sobre la cruz. Cuando lo pronunciamos, la cruz es como una pancarta delante de nuestros ojos y nuestros corazones se llenan de un recuerdo cariñoso hacia Cristo que se dio a sí mismo por nuestra salvación, y

del precio tan caro que tuvo que pagar por ella.¹⁶³ Warfield probó esta afirmación con una extensa serie de citas de himnos de la iglesia donde aparece la palabra redentor.

Que todo nuestro ser una ofrenda sea al nombre de nuestro Redentor. Mientras oramos por la gracia perdonadora, en el nombre de nuestro Redentor. Hijo Todopoderoso, Palabra Encarnada, nuestro profeta, Sacerdote, Redentor, Señor. Oh si tuviera miles de lenguas para cantar las alabanzas a mi Redentor. El nombre glorioso de nuestro Redentor levantemos la canción sagrada. Ave Redentor, Ave, porque tú has muerto por mí. Guía donde nuestro Redentor infantil yace. Mi querido Redentor y mi Señor. Toda la gloria, loas y honor A ti el Redentor y Rey. Nuestro bendito Redentor, antes de suspirar su tierno, último adiós.

Warfield citó al menos el doble de este número de himnos, y luego hizo lo mismo con los himnos que utilizaban la palabra rescate, la cual señaló que es casi sinónimo de redención. Hoy en día, por supuesto, estas palabras no son tan queridas como entonces. Pero esto se debe a que son menos comprendidas y apreciadas, no a que la idea detrás de estas palabras sea menos atractiva para los cristianos. Además, incluso si admitimos que han perdido al menos algo de su popularidad, son más adecuadas que muchas otras palabras para describir lo que ha sido hecho por nosotros para nuestra salvación.

EL TRIÁNGULO DE LA SALVACIÓN

Podemos ver lo apto de este título cuando consideremos las tres principales palabras relacionadas con la salvación: la propiciación, la justificación, y la redención. Cada una de estas aparece en los versículos clave que introducen la obra de Cristo en la presentación del evangelio que Pablo hace en el libro a los Romanos: "siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Ro. 3:24-25). Podemos hacer la comparación fácilmente por medio de un triángulo como el de la Figura 1. La propiciación está representada por la flecha que vincula a Cristo con Dios el Padre. La flecha señala hacia arriba, porque Cristo propició al Padre mediante su muerte en nuestro lugar. La línea que vincula a Dios el Padre con los cristianos es la justificación. La flecha señala hacia abajo, porque la justificación se refiere a algo que Dios hace con nosotros. Somos justificados por gracia sobre la base del sacrificio de Cristo. El tercer lado, la base del triángulo, es la flecha que vincula a Jesús con nosotros, es la redención. Señala hacia nosotros, porque la redención es algo que Jesús hace con su pueblo. El nos redime y nos hace libres.

¹⁶³ Warfield, "Redeemer And Redemption", The Person And Work Of Christ, P. 325. Este Discurso De Apertura Del Año Lectivo Fue Dado En Miller Chapel, El 17 De Setiembre De 1915, Y Apareció Por Primera Vez En The Princeton Theological Review, Xiv, 1916, Pp. 177-201.

DIOS EL PADRE

En este diagrama, Dios el Padre tiene la iniciativa de una de estas acciones: la justificación. Jesús tiene la iniciativa de dos acciones: la propiciación, dirigida hacia el Padre y la redención, dirigida hacia su pueblo. Nosotros, que no tenemos la iniciativa de nada, recibimos la justificación y la redención. Pero —y este es el tema de la ilustración— de estas tres palabras clave sólo la redención describe lo que el Salvador hace por nosotros en la salvación. ¡Nos redime! Por lo tanto, es natural que esta palabra (o la idea que representa) sea la máspreciada. La palabra griega en la raíz de este grupo de palabras que significa "redimir", "redentor" y "redención" es *lyó*, que significa "aflojarse" o "aflojar". Se la utilizaba para describir el aflojarse la ropa o quitarse la armadura. Aplicada a los seres humanos, significaba el aflojar las ataduras para que, por ejemplo, un prisionero pudiera ser libre. A veces se la utilizaba con respecto al procurar la liberación de un prisionero por medio de un rescate; en esos casos significaba "liberar por el pago de un rescate". De este último uso del verbo derivó el sustantivo *lutron*. Se refería a los medios por los cuales se lograba la redención del prisionero. Significaba propiamente el "precio del rescate". A partir de esta palabra se desarrolló otro verbo nuevo, *lutroó*. A diferencia del primer verbo, *luó*, que era simplemente un término cuyo significado general era "aflojarse" y que sólo en pocas ocasiones significaba "rescatar", este verbo parece siempre significar "rescatar por medio del pago de un precio". A partir de allí se derivó la palabra *lutrosis* ("redención", "liberación"), *apoluó* ("liberar", "dejar en libertad", "divorcio", "perdonar") y otros términos relacionados. Como los prisioneros en su mayoría eran esclavos y los esclavos eran, en efecto, prisioneros, estas palabras también estaban relacionadas con la compra de un esclavo con la intención de dejarlo libre después de haberlo comprado. Algo del significado básico de estas ideas está conservado en la idea de rescatar algo de una casa de empeños; el objeto es liberado cuando se paga el precio del rescate. Hasta aquí todo parece ser bastante simple y directo, ya que cuando la palabra redención se usa con respecto a la obra de Cristo, es obvio que significa la obra por medio de la cual Jesús nos liberó del pecado. Pero es aquí donde comienzan a surgir los problemas. Del mismo modo que algunos académicos se han opuesto al verdadero significado de la propiciación, creyendo que la idea del aplacamiento de la ira de Dios no es digna de un Dios cristiano, algunos también se han opuesto a este significado básico de la palabra redención. La idea de liberación está bien para estas personas, pero la idea de un precio de rescate está mal. "¿Cómo puede Dios pedir un precio por la salvación?", se preguntan. "Si Jesús tuvo que pagar el precio de su muerte para nuestra liberación, ¿no significa eso que Dios en realidad está vendiendo sus favores y que la salvación por lo tanto no es por gracia?" Para desarrollar esta objeción, recientemente los académicos bíblicos han hecho un intento serio de considerar la palabra redención bajo otra óptica, como si fuera una palabra que significara "liberación" pero sin las connotaciones de un rescate. Parte de esta tarea ha sido realizada por los académicos alemanes en cuyo idioma la palabra para

redención (Erloesung, pero no Loskaufung) significa sólo liberación. Los académicos ingleses también señalan que el grupo de palabras relacionadas con la redención no siempre implica la idea de un precio de rescate. Por ejemplo, los discípulos que iban camino de Emaús hablaban de sus expectativas mesiánicas con respecto a Jesús, las que no habían sido colmadas, diciendo: "Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (Le. 24:21). Señalan que los discípulos no estaban pensando en ningún rescate del pecado y ni siquiera en nada espiritual. Lo que querían decir es que habían tenido la esperanza de que Jesús fuera quien los habría de liberar de Roma. Dichos pensadores también señalan otros versículos que hablan de la redención final de nuestros cuerpos. Lucas 21:28 —"Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguid y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca"—. Romanos 8:23 —" y no sólo por (la creación), sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo"—. Efesios 4:30 —"Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención"— ¿Qué puede decirse de esta objeción? Una respuesta inmediata es que los discípulos que iban camino de Emaús obviamente no habían entendido el tipo de redención que Jesús había venido a traer. Otra es que, como en el caso de la propiciación, el precio pagado no es en realidad el precio pagado por otro a Dios, sino que es el precio que Dios se paga a sí mismo. Es Dios quien está saldando nuestra cuenta para que la salvación nos resulte completamente gratuita. Una Tercera respuesta es que, también, en un cierto sentido, habrá una redención final que será una liberación de este mundo pecaminoso. Una respuesta completa. Sin embargo, involucra un estudio cabal de toda la información lexicográfica. Abarca cuatro áreas. Primero, las ideas de redención contenidas en el Nuevo Testamento están necesariamente condicionadas por las formas del Antiguo Testamento; en el Antiguo Testamento la idea de un rescate o de un precio por el rescate ocupa un lugar prominente. En el marco de fondo del Antiguo Testamento hay tres palabras que son particularmente significativas. La primera de ellas es gaal ("dejar en libertad") o goel (que suele traducirse como "redentor filial"). Se refiere a la obligación que una persona tiene hacia otro miembro de su familia para preservar el honor o las posesiones de la familia. Por ejemplo, si un hombre perdía sus propiedades por causa de una deuda, como fue el caso del marido de Noemí narrado en el libro de Rut, era la obligación del redentor filial (en este caso Booz) volver a comprar la propiedad —para que así volviera a quedar con el nombre de la familia—. Esta obligación también se extendía a comprar un miembro de la familia que hubiera sido hecho esclavo (Lv. 25:47-55). La segunda palabra es padah. Significa "rescatar pagando un precio", como en el caso de la redención del primogénito, que de lo contrario pertenecía a Jehová (Ex. 13:11-14; Nm. 18:15-16). Difiere de la palabra gaal en que la redención a que se refiere es voluntaria y no tiene el carácter obligatorio que tiene la redención filial. La tercera palabra es kopher que significa un "precio por el rescate". Supongamos, por ejemplo, que un buey había matado a alguien de una cornada. Este era un

crimen que debía pagarse con la muerte del buey y en algunas circunstancias (si hubiera habido negligencia) el dueño del buey debía morir. Tenía que pagar con su vida la vida de aquel que su buey había matado. Pero podía-redimir su vida por kopher. Esto significa que se podía negociar un precio con los parientes del que había muerto, el precio pactado podía pagar el precio de su propia vida (Ex. 21:28-32). Estas tres palabras, cada una con sus connotaciones y sus leyes, nos indican que la idea de la redención por el pago de un precio no sólo era una práctica común sino que también era en realidad un principio fundamental de la vida social y religiosa de Israel. Por lo tanto, a no ser que se pruebe lo contrario, la redención y no la idea más limitada de liberación debería ser el concepto subyacente en el Nuevo Testamento. Segundo, las palabras relacionadas con la redención también ocurren junto con la idea del pago de un precio por el rescate en la lengua griega secular del período del Nuevo Testamento, fundamentalmente con referencia a la redención de los prisioneros de guerra o los esclavos. En ese caso, el precio es tan importante que está expresado en fórmulas estándar de manumisión. Por ejemplo, "_____le vendió al Apolo Pitión un esclavo masculino llamado _____ al precio de _____ minas, con la condición que fuera dejado libre".¹⁶⁴ Tercero, los pasajes más importantes en el Nuevo Testamento que usan el vocabulario relacionado con la redención, con respecto a la obra de Cristo, casi siempre enfatizan el precio pagado por nuestra liberación. Mateo 20:28 dice: "como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". En este pasaje el precio de la redención ha sido expresado por el Señor mismo; es su vida. Tito 2:14 nos habla de Jesús que "se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". La utilización que se hace en este versículo de la terminología relacionada con los sacrificios ("iniquidad" y "purificar") nos está señalando que el autor no está pensando en la entrega que Jesús hace de sí mismo como una entrega viva simplemente, por ejemplo en el servicio, sino en el hecho que se entregó a sí mismo en la muerte. Nuevamente, resalta el precio de la vida de Cristo. Por último, en 1 Pedro 1:18-19 encontramos el lenguaje más claro, "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación". En cada uno de estos pasajes (y en muchos otros, además) la redención se logra por el pago del más alto precio que era posible imaginar, la muerte o la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios. La cuarta área que sirve de apoyo al significado tradicional de la redención es que las palabras más comunes para la redención, las que hemos analizado hasta aquí, no son las únicas que ocurren en el Nuevo Testamento. Hay otras dos, cada una de las cuales también incluye la idea de una liberación luego del pago de un precio. La idea está inherente en las palabras mismas. La primera es agorazó. Significa

¹⁶⁴ Morris, *The Apostolic Preaching Of The Cross*, P.22. Este Y Otros Ejemplos Han Sido Sacados De Light From The Ancient East Por Adolf Deissman.

"comprar" y ocurre en versículos tales como 1 Corintios 6:19-20; 7:22-23; 2 Pedro 2:1; Apocalipsis 5:9-10; todos hablan de los elegidos como habiendo sido comprados por la muerte de Cristo. La segunda palabra es exagorazó, que se basa en la anterior y significa "comprar la parte de un socio". Como ambas están relacionadas con la palabra agora que significa el mercado o el lugar de negocios, estas palabras en realidad significan "comprar la parte de un socio en el mercado" de modo que uno cuya parte ha sido comprada no puede volver allí nunca más.

REDIMIR: COMPRAR LA LIBERTAD DE LA ESCLAVITUD

Un estudio del léxico de la palabra redimir no nos brinda realmente todo el significado teológico que encierra esta palabra; es necesario que consideremos entonces tres doctrinas cruciales relacionadas con este término. La primera doctrina es la del estado original del hombre, que era sin pecado. En ese estado el primer hombre y la primera mujer eran libres, con la libertad propia de unos seres creados. Estaban en comunión con Dios. La redención implica que uno debe ser comprado nuevamente para disfrutar ese estado que había disfrutado con anterioridad. En este punto, por supuesto, el cristianismo va en contra de la corriente de pensamiento sobre el hombre dominante en la actualidad: que el hombre paulatinamente se está perfeccionando. Según la creencia contemporánea popular, la culpa no existe. Por el contrario, la raza humana debería ser alabada y es en realidad su propia salvadora. Por eso es que esta creencia es tan popular. Según la perspectiva bíblica, que gira en torno a la palabra redención y otras similares, en realidad estamos caídos, hemos caído de un estado mejor, y por lo tanto somos culpables y necesitamos un Salvador. En realidad, nuestra culpa es tan enorme y tan profunda ha sido nuestra Caída que sólo Dios puede salvarnos. La segunda doctrina relacionada con la idea de la redención es la Caída, como ya hemos sugerido. Existe un paralelismo entre la manera en que una persona podía convertirse en esclavo en la antigüedad y la forma como la Biblia nos dice que una persona queda sujeta al pecado. En el mundo de la antigüedad, una persona podía convertirse en esclavo de tres maneras. Primero, podía haber nacido en esclavitud. Es decir, si su padre o su madre eran esclavos, esa persona también era un esclavo. Segundo, la persona podía quedar en esclavitud por una conquista. Si en una guerra una ciudad o un estado conquistaban a otra ciudad u otro estado, los habitantes derrotados eran llevados cautivos. Tercero, una persona podía convertirse en esclava por causa de una deuda. Si él o ella debían más de lo que podía pagar, cabía la posibilidad que esa persona fuese vendida como esclava para poder saldar la deuda.

Estas maneras de caer en la esclavitud se corresponden con las distintas maneras en que la Biblia habla sobre el pecado como teniendo control sobre el individuo. En la antigüedad, uno podía haber nacido esclavo. David escribió: "He aquí, en maldad he sido formado, y en



pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:5). David no quiere decir que su madre estuviera viviendo en pecado cuando lo concibió o que hubiera algo pecaminoso o malo con el acto mismo de la concepción. Lo que significa es que nunca hubo en su existencia un momento cuando estuviera libre del pecado y que había heredado la naturaleza pecaminosa de sus padres, del mismo modo que ellos la habían heredado antes de los suyos. Ya vimos como alguien podía convertirse en esclavo mediante una conquista, y la Biblia nos habla del pecado que gobierna a las personas. David escribió acerca de "las soberbias" y oró pidiendo que no se "enseñoreen" de él (Sal. 19:13). La otra posibilidad, que era la de convertirse en esclavo por causa de una deuda, está sugerida en Romanos 6:23, que dice que "la paga del pecado" es la muerte. Esta expresión no significa que el pecado es premiado, excepto en un sentido irónico. Significa que el pecado es una deuda y que sólo la muerte del pecador puede saldar la cuenta. Estas ideas de un estado perfecto y original y la subsiguiente Caída son importantes para el concepto de la redención, pero no constituyen todavía la idea central. Esta la hallamos en la tercera doctrina clave relacionada con la redención. Si bien hemos caído en una esclavitud desesperada por causa del pecado y estamos bajo el dominio de un cruel tirano, Cristo, sin embargo, con su sangre ha comprado nuestra libertad del pecado. Ha pagado el precio para que podamos ser dejados en libertad. Quizá la más grande ilustración bíblica sobre la salvación (y lo que significa la redención en particular) sea la historia de Oseas. Oseas fue un profeta menor —menor con respecto a la extensión de sus profecías, pero no con respecto a su importancia— cuyos escritos se basan en la historia de su matrimonio. Desde el punto de vista humano, su matrimonio fue desgraciado, porque su esposa le fue infiel. Pero desde el punto de vista de Dios fue un matrimonio especial. Dios le dijo a Oseas que eso iba a pasar en su matrimonio pero que sin embargo tenía que seguir adelante porque Dios quería proveer una ilustración de su amor. Dios amaba al pueblo que había tomado para sí mismo aunque este pueblo le fuera infiel y cometiera adulterio espiritual con el mundo y sus valores. El matrimonio debía ser como un espectáculo en un teatro. Oseas estaba desempeñando el papel de Dios. Su esposa estaba haciendo el papel de Israel que era infiel. Ella sería infiel, pero cuanto más infiel fuera, más la amaría Oseas. Esta es la manera como Dios nos ama aun cuando hemos huido de él y lo deshonramos. Oseas describe su comisión diciendo: "El principio de la palabra de Jehová por medio de Oseas. Dijo Jehová a Oseas: Ve, tómate una mujer fornicaria, e hijos de fornicación; porque la tierra fornicia apartándose de Jehová. Fue, pues, y tomó a Gomer hija de Dibaim, la cual concibió y le dio a luz un hijo" (Os. 1:2-3). Hay lecciones significativas en las primeras etapas de este drama—en el nombre de los hijos que nacieron de Oseas y Gomer y en el cuidado de Oseas hacia su mujer después que ella lo había dejado— pero el climax se da cuando Gomer es hecha esclava, posiblemente por causa de deudas. Oseas debe librarla, como una demostración de la manera en que el Dios fiel ama y salva a su pueblo. Los esclavos eran vendidos desnudos en la antigüedad y esto debe haber sido también cierto en el caso de Gomer cuando estuvo parada en la subasta en la ciudad capital. Aparentemente había sido una mujer hermosa. Todavía era

hermosa a pesar de su estado caído. Cuando comenzaron las ofertas, estas eran altas, mientras los hombres de la ciudad ofrecían comprar el cuerpo de la esclava.

"Doce piezas de plata", dijo uno. "Trece", dijo Oseas. "Catorce". "Quince", dijo Oseas. Los postores que ofrecían menos se habían retirado. Pero alguien agregó: "Quince piezas de plata y un homer de cebada". "Quince piezas de plata y un homer y medio de cebada", dijo Oseas. El rematador debe haber recorrido con su mirada el público y no recibiendo otra oferta dijo: "Vendida a Oseas por quince piezas de plata y un homer y medio de cebada". Ahora Oseas era dueño de su esposa. Podría haberla matado si hubiere querido. La podría haber humillado delante de todos de la manera que él hubiere elegido. Pero en lugar de hacer eso, la vistió, y la condujo dentro de la multitud anónima, y le demandó su amor prometiéndole al mismo tiempo que él la amaría. Así es como lo narra: "Me dijo otra vez Jehová: Ve, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel, los cuales miran a dioses ajenos, y aman tortas de pasas. La compre entonces para mí por quince siclos de plata y un homer y medio de cebada. Y le dije: Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás, ni tomarás otro varón lo mismo haré yo contigo" (Os. 3:1-3). Oseas estaba en todo su derecho de demandarle lo que antes ella no le había dado, pero junto con la demanda él también promete amarla. La enseñanza de esta historia es que Dios ama a todo; los que son verdaderamente sus hijos espirituales. Esto es lo que significa la redención: comprar la libertad de la esclavitud. Si entendemos la historia de Oseas, entendemos que nosotros somos los esclavos en la subasta pública del pecado. Fuimos creados para tener una comunión íntima con Dios y para la libertad, pero nuestra infidelidad nos ha deshonrado. Primero, hemos flirteado y luego hemos cometido adulterio con el mundo pecador y sus valores. El mundo también ha ofertado por nuestra alma, ofreciendo sexo, dinero, fama, poder y tantas otras cosas en las que trafica. Pero Jesús nuestro esposo fiel y amante, participó de este remate y nos compró. Ofreció su propia sangre. No hay oferta mayor que esa. Y fuimos hechos suyos. Nos volvió a vestir, no con los harapos sucios de nuestra vieja injusticia, sino con vestidos nuevos de justicia. Nos dijo: "Me perteneceréis... no tomaréis otro...; lo mismo haré yo".

LIBRES PARA SERVIR

La redención tiene dos consecuencias. En primer lugar significa que ahora somos libres. Si bien puede parecer paradójico, el haber sido comprado por Jesús significa haber sido dejados en libertad, libres de la culpa y la tiranía de la ley y el poder del pecado—. Pablo habla de esta libertad en la epístola a los Gálatas, donde en el punto más alto de esta carta desafía a quienes le está escribiendo: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libre: y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud" (Gá. 5:1). Pero esta es una libertad de un tipo especial. No significa que estamos libres y podemos hacer lo que nos plazca, pecar con

impunidad o nuevamente queda sujeto a la rebeldía y la infidelidad. Hemos sido liberados para servir a Dios. Hemos sido hechos libres para desear el bien. Hemos sido liberados para que podamos obedecer y amar a Jesús. Como escribe Pablo: "¿O ignoráis... que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Co. 6:19-20). La redención es algo glorioso. Cuando pensamos en ella nuestros corazones se deberían derretir y hacer brotar alabanzas hacia aquel que se dio a sí mismo para que pudiésemos ser libres. Pero no sólo eso. También nos está llamando al nivel más alto posible de entrega. De la misma manera que Jesús se entregó a sí mismo por nosotros, así deberíamos entregarnos nosotros a él. Debemos tener la voluntad de servirle y estar prontos y dispuestos. El murió por nosotros por su gran amor. Ese amor, ese amor tan asombroso, "requiere mi alma, mi vida, mi todo".

CAPITULO 33: LA GRANDEZA DEL AMOR DE DIOS

VARIOS AÑOS ANTES DE SU MUERTE, EL TEÓLOGO KARL BARTH vino a los Estados Unidos de América para dar una serie de charlas. En una de éstas, después de una exposición brillante, un estudiante hizo una de esas preguntas típicamente americanas. Preguntó: "Dígame, doctor Barth, ¿cuál ha sido el pensamiento más grande que ha tenido?". El profesor, ya anciano, se mantuvo largo rato callado mientras pensaba sobre su respuesta. Y entonces dijo con gran sencillez: Jesús me ama, bien lo sé, pues la Biblia lo dice así.

¿Si el amor de Dios es lo más grande que hay en el universo, por qué hemos demorado la consideración sobre el mismo hasta este momento? ¿Por qué no comenzamos con el amor de Dios, y luego colocamos todos los demás atributo: de Dios en perspectiva? ¿Por qué lo estamos considerando en el segundo tomo de este volumen, en lugar de tratarlo en el primer tomo que trataba los atributos de Dios en particular? La respuesta es que, si bien el amor de Dios es importante y grande, no podemos entender ni apreciar el amor de Dios en nuestro estado caído hasta que conozcamos algunas otras cosas sobre Dios y sobre nosotros mismos. Esta: cosas deben necesariamente estar en una secuencia similar a la siguiente primero, nuestra creación a imagen de Dios; segundo, nuestro pecado; tercero la revelación de la ira de Dios contra nosotros por causa de nuestro pecado cuarto, la redención. Si no mantenemos esta secuencia firme en nuestra mente: no podremos apreciar el amor de Dios (y mucho menos maravillarnos de él; como debiéramos. Por el contrario, nos parecerá lo más razonable que Dios debí amarnos. "Después de todo, somos encantadores", pensamos. Sin embargo cuando nos contemplamos, en abierta violación de la justa ley de Dios y bajo la ira de Dios, entonces, el saber que Dios nos ama resulta asombroso. Pablo resalta este hecho cuando escribe: "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Ro. 5:8).

Esto nos conduce a otro motivo por el cual no hemos podido considerar el amor de Dios previamente. El amor de Dios sólo se ve en toda su plenitud en la cruz de Jesucristo. Las muestras del amor de Dios en la creación y la providencia son algo ambiguas. Hay terremotos tanto como hermosos atardeceres, cáncer y otras enfermedades además de salud. Sólo en la cruz Dios nos muestra su amor sin ambigüedades.

Es por esta razón que es difícil encontrar un versículo en el Nuevo Testamento que nos hable del amor de Dios sin hablar en el mismo versículo o en el contexto inmediato sobre la dádiva de Dios de su Hijo en el Calvario. Juan 3:16 —"Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"—. Gálatas 2:20 —"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí"— 1 Juan 4:10 —"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" . Apocalipsis 1:5 —"Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre". Todos estos versículos que hemos citado mantienen unidos el amor de Dios y la cruz de Cristo. Y, además, se encuentran entre los versículos más importantes sobre ambos temas. Únicamente después de que hayamos podido apreciar el significado de la cruz podremos apreciar el amor detrás de ella. Al entender esta verdad, Agustín llamó a la cruz "el pulpito" desde donde Cristo predicaba el amor de Dios al mundo.

EL AMOR: LA MOTIVACIÓN DE DIOS

Cuando decimos que podemos apreciar el amor de Dios en toda su plenitud únicamente después de haber comprendido las doctrinas de la creación, el pecado, la ira y la redención o sea, sólo cuando nos paramos del lado de la Pascua frente a la cruz debemos ser cuidadosos. Porque el amor de Dios no se origina allí sino que es anterior y mayor a todos estos temas subsidiarios. Si no podemos entender esto, corremos el riesgo de creer que Dios sintió ira hacia nosotros pero que ahora, después de que Cristo murió, su ira se ha transformado en amor. Esto es un error, y está distorsionando el significado de la cruz.

El amor de Dios siempre estuvo detrás de todo: detrás de la creación, detrás de la muerte de Cristo, y (si bien es difícil de comprenderlo) detrás de su ira contra el pecado. ¿Cómo puede Dios amarnos antes y en mayor medida que su ira hacia nosotros y sin embargo todavía permanecer encendida su ira hacia nosotros? Agustín dijo que Dios nos odiaba "en la medida que no somos lo que él nos hizo", mientras que, de todos modos, amaba lo que había hecho y

que volvería a hacer de nosotros.¹⁶⁵ Somos reconciliados con Dios, no porque la muerte de Cristo haya cambiado la actitud de Dios hacia nosotros, sino porque el amor de Dios envió a Cristo para que abriera el camino, quitando del medio, y para siempre, al pecado que obstruía la realización de su amor.

C. S. Lewis, hacia el final de su tratado, *The Four Loves* ("Los cuatro amores"), expresa esta idea con claridad. No debemos comenzar con el misticismo, con el amor de la criatura hacia Dios, o con las maravillosas pruebas del cariño de Dios derramada hacia algunos en su vida sobre esta tierra. Debemos comenzar en el verdadero principio, con el amor como la energía divina... Dios, que nada necesita, en su amor hizo que existieran unas criaturas completamente superfluas para que las pudiera amar y perfeccionar. Crea el universo, ya previendo ¿o debiéramos decir "viendo"? no se puede hablar con tiempos verbales con respecto a Dios la nube de moscas zumbando alrededor de la cruz, la espalda azotada contra el tronco rugoso, los clavos atravesando los nervios mesiánicos, los ahogos que se suceden mientras el cuerpo se dobla, la tortura infligida vez tras vez sobre los brazos y las piernas que son estirados, para facilitar la respiración. Si se me permite usar una imagen de la biología, Dios es el "portador" que deliberadamente crea sus propios parásitos; la causa que nos hace ser para que lo explotemos y "tomemos ventaja" de él.¹⁶⁶ La ira ha intervenido para ocultarnos el amor de Dios, pero cuando la ira es quitada de en medio podemos ver su amor, que ya estaba allí, y nos atrae hacia él.

UN GRAN AMOR

¿Qué podemos decir sobre el amor de Dios para con sus criaturas, un amor que no sólo las creó, sino que las redimió y las guardó para una eternidad en comunión con él? Sin duda, nada que podamos decir podría abarcar la medida de su amor. El amor de Dios siempre será infinitamente más profundo que la conciencia que tengamos de él o de cómo lo expresemos. La Biblia es muy sencilla cuando habla sobre el amor de Dios, y una de las cosas simples que dice es que el amor de Dios es un gran amor. "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó..." (Ef. 2:4). Juan 3:16 implica lo mismo con la frase de tal manera: "Porque de tal manera amó Dios al mundo que...". Significa: "Dios amó tanto al mundo que...". Por supuesto, cuando Dios dice que su amor es grande no está usando esta palabra de la misma manera que la usamos nosotros cuando decimos que algo relativamente normal es grande —un gran concierto, una gran cena, o algo similar. Dio: es un maestro en el arte de subestimarse. Cuando dice que su amor es un gran amor en realidad está diciendo que

¹⁶⁵ Agustín, *The Gospel According To St. John*, Cx, 6, En *The Nicene And Post-Nicene Fathers*, Primera Serie, Ed. Por Philip Schaff (New York: The Christian Literature Company, 1888), Vol. 7, P. 41.

C. S. Lewis, *The Four Loves* (New York: Harcourt, Brace & World, 1960), Pp. 175-76.

^H

su amor es estupendo, tanto que trasciende nuestras ideas de grandeza y nuestro propio entendimiento. Una persona cierta vez imprimió Juan 3:16 de manera que pudiera expresar de alguna forma esta idea. Ordenó las partes del versículo de manera tal que fuera evidente la grandeza de todas sus partes. De la siguiente manera:

El título era: "Cristo —el regalo más grande". Una manera aun mejor de reconocer la grandeza del amor de Dios es ver como los escritores bíblicos posiblemente inventaron, o al menos elevaron a niveles nuevos, una nueva palabra para el amor —tal era la necesidad que tenían de un superlativo que expresara el singular amor que habían descubierto a través de la revelación bíblica. La lengua griega es rica en palabras para el amor. La primera de las palabras del griego antiguo es *storgé*. Se refiere al afecto en general, en especial dentro del entorno familiar. El equivalente castellano más cercano sería "querer". Los griegos dirían: "Amo (quiero) a mis hijos". La segunda de las palabras griegas es *philia*, de donde provienen las palabras filantropía y Filadelfia. Se refiere a la amistad. Jesús utilizó esta palabra cuando dijo que el "que ama a su padre o madre más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10:37). La tercera palabra griega es *eros*, la palabra para el amor sensual. De esta raíz proviene la palabra erótico. Esta palabra había sido tan desvalorizada en los tiempos del Nuevo Testamento que nunca se la utiliza en la Biblia, si bien los escritores bíblicos hablaron bien del amor sexual. Sin embargo, cuando se tradujo el Antiguo Testamento al griego y cuando los escritores del Nuevo Testamento escribieron en griego, se encontraron con que ninguna de estas palabras era adecuada para transmitir el verdadero concepto bíblico. Tomaron otra palabra completamente distinta, una sin fuertes asociaciones, y la usaron casi exclusivamente. Había sido muy poco utilizada con anterioridad. Fue así que la pudieron llenar con un carácter enteramente nuevo. Al hacerlo, crearon una palabra que con el tiempo transmitió el tipo de amor que ellos querían: *ágape*. Era vaga, pero podía serlo y de hecho transmitía las ideas correctas. ¿Ama Dios con un amor justo y santo? Sí. Ese amor es *ágape*. ¿El amor de Dios es soberano, eterno y lleno de gracia? Sí, también. "Con amor eterno te he amado" le dijo Dios a Jeremías (Jer. 31:3). Ese amor es *ágape*. Así fue como *ágape* se convirtió en la palabra suprema para hablar del amor de Dios, un nuevo amor revelado inicialmente por Dios a través de judaísmo, y luego develado en toda su plenitud en Jesucristo a través del cristianismo bíblico.

UN AMOR INAGOTABLE

Segundo, la Biblia nos enseña que el amor de Dios es infinito. Esto no es lo mismo que decir que el amor de Dios es un gran amor; la diferencia está en que nunca se puede agotar. No es posible gastarlo, ni comprenderlo completamente. Pablo expresa esta idea cuando ora por aquellos a quienes les escribe para que "seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de

Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (EL 3:18-19). Desde un punto de vista lógico, estas palabras parecen una contradicción; la oración de Pablo es que los cristianos puedan conocer lo que no puede ser conocido. Es la manera que Pablo utiliza para resaltar el hecho que él desea que entren más profundamente en el conocimiento del infinito amor de Dios. ¿Cómo podemos comprender el infinito amor de Dios? Podemos conocerlo, pero sólo en parte. Hemos sido tocados por ese amor, pero su plenitud nos trasciende —del mismo modo que el universo infinito escapa al ojo humano inquisidor. Hay un himno que ha expresado este aspecto del amor de Dios en un lenguaje memorable. Fue escrito por F M. Lehman, pero la última estrofa, y quizá la mejor, fue agregada después que se encontró escrita en las paredes de un asilo. Posiblemente por un hombre que aunque estaba demente había llegado a conocer el amor de Dios.

¡Oh amor de Dios! Su inmensidad el hombre no podría contar, Ni comprender la gran verdad Que Dios al hombre pudo amar. Cuando el pecar entró al hogar De Adán y Eva en Edén, Dios les sacó, mas prometió Un salvador también. ¡Oh amor de Dios! Brotando está, ¡Inmensurable, eternal Por las edades durará, Inagotable raudal.

Si fuera tinta todo el mar, Y todo el cielo un gran papel, Y cada hombre un escritor, Y cada hoja un pincel, nunca podrían describir El gran amor de Dios Que al hombre pudo redimir De su pecado atroz. Este es el canto de todo aquel que ha llegado a conocer el infinito amor de Dios por Jesucristo.

UN AMOR-ENTREGA

Tercero, Dios también nos dice que su amor es un amor entrega. Esto es el corazón de Juan 3:16. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito". La naturaleza del amor de Dios es la entrega, y cuando nos entrega algo no es una baratija sino lo mejor. En su libro *The Four Loves* ("Los cuatro amores"), C. S. Lewis diferencia dos clases de amor, el amor-regalo y el amor-necesidad, y señala que el amor-regalo es lo que caracteriza a Dios el Padre. "El amor divino es amor-regalo. El Padre le da todo lo que tiene al Hijo. El Hijo se entrega al Padre, y se entrega al mundo, y por el mundo al Padre, y de ese modo (en él) el mundo vuelve al Padre también".¹⁶⁷ Esto se puede apreciar claramente en el regalo de Jesús para nuestra salvación. Hay dos sentidos en los que podemos ver el amor-regalo del Padre en la muerte de Jesús. Primero, Jesús es lo mejor que Dios tenía para dar, no hay nada que pueda compararse al Hijo de Dios. Segundo, al dar a Jesús, Dios se estaba dando a sí mismo, y no hay nada que uno pueda dar que sea mayor que eso. Un ministro cierta vez estaba hablando con una pareja que estaba atravesando algunas

dificultades en su matrimonio. Había mucha amargura y pesar, unidas a una falta de comprensión. En determinado momento el esposo, exasperado, le dijo a su mujer: "Te he dado todo", le dijo. "Te he dado una casa nueva. Te he dado un automóvil nuevo y toda la ropa que puedes ponerte. Te he dado...". Y la lista continuaba. Cuando había terminado, su mujer dijo con tristeza: "Todo lo que dices es cierto, Juan. Me has dado todo, menos a ti".

El regalo más grande que alguien puede hacer es darse a sí mismo o a sí misma; fuera de ese regalo todos los demás regalos resultan relativamente insignificantes. Dios se dio a sí mismo en Jesús.

UN AMOR SOBERANO

Cuarto, el amor de Dios es un amor soberano. Como Dios es Dios y por lo tanto no tiene obligaciones con nadie, es libre de amar a quien él quiera. Él mismo lo ha declarado, diciendo: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí" (Ro. 9:13). Y también, con referencia a Israel: "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres" (Dt. 7:7-8). Si Dios es soberano en su amor, esto significa que su amor no puede ser influenciado por nada. Y si esto es así, es lo mismo que decir que la causa del amor de Dios descansa sólo en sí mismo. Él ama a quien desea. Esto resulta claro en ambos textos citados en el párrafo anterior. Es así que lo que importa no es que Jacob fuera más fácil de amar que Esaú y que Dios por lo tanto lo amó a él en vez de amar a su hermano, sino que Dios había puesto su amor sobre Jacob solo como un acto de su voluntad soberana. Esto lo dejó bien claro al elegir a Jacob en lugar de Esaú antes que los mellizos nacieran y, por lo tanto, antes que tuvieran la oportunidad de hacer algo bueno o malo. De manera similar, el versículo de Deuteronomio niega explícitamente que Dios amara a Israel por algo que tuviera, como su fuerza o su tamaño como nación (como nación no era nada grande). Lo que hace es afirmar que Dios los amó porque los amó. Para la mayoría de las personas esta enseñanza no es nada popular, pero es la única manera como las cosas han de ser si Dios es verdaderamente Dios. Supongamos lo opuesto: que el amor de Dios está regulado por algo que no sea su soberanía. En ese caso Dios estaría regulado por ese algo (sea lo que sea) y entonces estaría bajo su poder. Eso es imposible si todavía ha de seguir siendo Dios. En las Escrituras no se menciona otra causa para el amor de Dios que no sea su voluntad electiva. Siempre dice "en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo adeptos en el Amado" (Ef. 1:5-6). Un segundo principio relacionado con el carácter soberano del amor de Dios no es menos importante. Es el amor de Dios extendido hacia los individuos. No se trata de una buena voluntad dirigida hacia todos en su conjunto y por lo tanto a nadie en particular, sino de un

amor que separa a los individuos y los bendice específicamente y con abundancia. "El propósito del amor de Dios, formado desde antes de la Creación (comparar con Ef. 1:4), involucra, primero, la elección y la selección de quienes serían bendecidos y, segundo, la asignación de los beneficios que les serían dados y los medios por el cual estos beneficios se podrían obtener y disfrutar.... El ejercicio del amor de Dios hacia cada pecador en el tiempo es la ejecución de su propósito de bendecir a esos mismos pecadores en la eternidad".¹⁶⁸ Así escribe J. I. Packer.

UN AMOR ETERNO

El quinto punto, y el último, que hemos de hacer sobre el amor de Dios es que es eterno. Del mismo modo que tendremos que encontrar su origen en la eternidad pasada, su final deberá encontrarse en la eternidad futura. En otras palabras, no tiene fin. Pablo escribe: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:35-39). En el listado de Pablo hay dos "separadores" que pueden ser amenazas potenciales a una relación cristiana con el amor de Dios, y él niega la efectividad de ambos. El primer tipo se refiere a nuestros enemigos naturales como personas viviendo en un mundo imperfecto y ajeno a Dios: la pobreza, el hambre, los desastres naturales y la persecución. Estos no nos pueden separar. Al leer la lista y pensar en las experiencias de Pablo como ministro del evangelio, tomamos conciencia que estas palabras de seguridad no fueron dichas a la ligera. Pablo había tenido que soportar estos enemigos en carne propia (2 Co. 6:5-10; 11:24-33). Sin embargo, no lo había separado del amor de Dios, que es eterno. Tampoco nos separarán a nosotros si tuviéramos que pasar por dichos sufrimientos. La segunda clase de enemigos es sobrenatural o, si preferimos decirlo de otra manera, está en la misma naturaleza de las cosas. En este caso Pablo lista la muerte, la vida, los ángeles, los poderes del demonio, y todo lo que pueda caer dentro de esta categoría. ¿Pueden separarnos del amor de Dios? Pablo responde que estas cosas tampoco nos pueden separar del amor de Dios, porque Dios es más que todas ellas. Hay un último punto que debemos hacer. Cuando Pablo se aproxima al final de su afirmación sobre el carácter eterno y victorioso del amor de Dios, llega al punto más elevado de su epístola. Habla "del amor de Dios, [que es] en Cristo Jesús". Esto nos lleva nuevamente al punto de partida, que el amor de Dios se puede ver en la cruz. Pero hay un pensamiento adicional: no sólo debemos mirar a Cristo en el sentido de ver

como el amor de Dios se despliega en él, sino que debemos realmente estar "en él" en el sentido de una relación personal con él por la fe, si hemos de conocer ese amor. Entonces, la pregunta es la siguiente: ¿Lo conocemos de esta manera? ¿Hemos encontrado que el gran amor de Dios es un amor para nosotros por medio de la fe en el sacrificio de Cristo? ¿Jesús es nuestro Salvador y Señor personal? Es la única manera de conocer el amor de Dios personalmente; por lo tanto, no hay realmente otra manera de conocer el amor de Dios. Debe comenzar por nuestro compromiso con Cristo. Dios ha decretado que sólo por Cristo los pecadores pueden conocer su gran amor, infinito, dadivoso, soberano y eterno.

CAPITULO 34: DOCTRINA FUNDAMENTAL

LA RESURRECCIÓN

¿QUE ES MAS IMPORTANTE PARA LA TEOLOGÍA CRISTIANA: LA muerte de Jesucristo o su resurrección? Es imposible contestar esta pregunta. Si bien la muerte de Cristo es lo que vino explícitamente a hacer en este mundo, la resurrección no es menos importante históricamente, ya que valida las pretensiones de Cristo. Sólo por la resurrección es que el evangelio de la cruz pudo ser comprendido y luego conservado y transmitido a través de los siglos hasta nosotros. Lo importante de la resurrección se ve desde los primeros instantes de la era cristiana. Hasta cierto punto los discípulos habían creído en Cristo antes de su muerte y su resurrección. Un ejemplo de su fe inmadura pero genuina lo constituye el testimonio de Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente" (Mt. 16:16). Pero su fe había sido duramente golpeada por la crucifixión, tanto que sus seguidores ya habían comenzado a dispersarse y volver a sus lugares de origen. Y Pedro, que había dado ese testimonio tan asombroso, había negado al Señor tres veces en la noche del arresto de Cristo, antes de su crucifixión. Estos hombres y mujeres habían creído, pero luego del arresto y la crucifixión habían escondido su creencia. Pero en tres días, después de la resurrección, su fe volvió a surgir, y salieron adelante a presentar al mundo el evangelio del Salvador crucificado pero resucitado. La muerte y la resurrección de Jesús era el centro de su mensaje. Jesús mismo les había señalado el camino la tarde de su resurrección cuando les había enseñado a sus discípulos basándose en el Antiguo Testamento: "Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas" (Le. 24:45-48). Más adelante, Pablo describió la naturaleza de esa forma temprana de predicación de los apóstoles, diciendo que él sólo le había entregado a los corintios lo que él mismo había recibido, "Que Cristo Jesús

murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mi" (1 Co. 15:3-8). Pedro predicó que David había escrito sobre la resurrección de Cristo. "Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción" (Hch. 2:27; comparar con Sal 16:10). Los otros predicadores del Nuevo Testamento hicieron lo mismo. Como muchos estudiantes de las primeras predicaciones han señalado, la muerte y la resurrección de Cristo siempre estaban en el centro de la predicación apostólica.¹⁶⁹ La resurrección probó que Jesucristo fue quien dijo ser y que logró lo que dijo que había venido al mundo a cumplir. El evangelista Reuben A. Torrey llamaba a la resurrección de Jesucristo "la piedra de Gibraltar de las evidencias cristianas, el Waterloo de la infidelidad". La resurrección es la base histórica sobre la que se fundan el resto de las doctrinas cristianas, y frente a la cual toda duda sincera debe disiparse. Si es posible probar que Jesús de Nazaret realmente resucitó de entre los muertos, como los primitivos cristianos creyeron, y como lo afirman las Escrituras, entonces la fe cristiana descansa sobre un fundamento impenetrable. Si está firme, las demás doctrinas también están firmes. Por otro lado, si la resurrección no puede mantenerse en pie, entonces las demás verdades también se derrumban. Por eso el apóstol Pablo escribió: "Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron" (1 Co. 15:14-18).

EL SELLO SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS

¿Qué doctrinas se relacionan con la resurrección? La primera es que Dios existe y que el Dios de la Biblia es el Dios verdadero. ¿Existe Dios? Si Dios existe, ¿qué clase de Dios es? Estas son las primeras y las más importantes preguntas que cualquier religión y cualquier maestro religioso debe contestar. Pero las respuestas que estos maestros religiosos han provisto para estas preguntas han sido bien diferentes. ¿Cómo podemos tener la seguridad que alguna de esas respuestas es la correcta? Sólo la resurrección de Jesucristo puede brindar esta certeza.

Cada efecto debe tener una causa adecuada... y la única causa adecuada que puede explicar la Resurrección de Cristo es Dios, el Dios de la Biblia. Mientras estuvo aquí en la tierra, como cualquiera que haya leído la historia de su vida sabe, nuestro Señor Jesús caminó por toda su

tierra proclamando a Dios, al Dios de la Biblia, al Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, como a él le gustaba llamarlo, el Dios del Antiguo Testamento, y del Nuevo. Dijo que los hombres lo llevarían a la muerte por crucifixión, y dio muchos detalles sobre cómo su muerte habría de tener lugar. Dijo, además, que después de estar sepultado por tres días y tres noches, Dios, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de la Biblia, el Dios del Antiguo Testamento y también el Dios del Nuevo Testamento, levantaría su cuerpo de entre los muertos. Esta era una gran pretensión. Aparentemente, era una pretensión imposible. Durante siglos, los hombres habían venido y se habían ido, los hombres habían vivido y se habían muerto y, de acuerdo con el conocimiento humano fundado sobre la observación y la experiencia, este era el fin de los hombres. Pero este hombre Jesús no duda en afirmar que su experiencia será totalmente contraria a la experiencia uniforme de muchos y largos siglos... Ciertamente se trataba de una prueba de fuego de la existencia del Dios que predicaba, y su Dios pasó la prueba. Hizo exactamente lo que aparentemente era imposible de hacer, y que el Señor Jesús había dicho que haría... El hecho que Jesús fuera milagrosamente levantado de entre los muertos es la certeza que tenemos que el Dios que hizo eso realmente existe y que el Dios que Jesús predicó es el verdadero Dios.¹⁷⁰

EL SELLO SOBRE LA DEIDAD DE CRISTO

Segundo, la resurrección de Jesucristo deja establecida la doctrina sobre la deidad de nuestro Señor. Mientras vivió sobre esta tierra, Jesús dijo ser igual a Dios y que Dios lo levantaría de entre los muertos al tercer día después de su ejecución por las autoridades judías y romanas. Si estaba equivocado, esta afirmación era el delirio de un demente o una blasfemia. Si estaba en lo cierto, la resurrección sería la manera que Dios tenía de refrendar esta afirmación. ¿La refrendó? ¿Resucitó Jesús de entre los muertos? Sí, lo hizo. La resurrección es el sello de Dios sobre las pretensiones de Cristo a la divinidad. Pablo, que sabía que Jesús había sido levantado de entre los muertos, escribe que Jesús "fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Ro. 1:4). Pablo está escribiendo aquí de una manera abreviada, dejando sin mencionar varios puntos que incluiría en su argumentación si la intención del versículo hubiera sido ser una completa afirmación lógica de la verdad. Podemos recordar de nuestros días en la enseñanza media que cuando estamos resolviendo un problema de álgebra para resolver ecuaciones no siempre es necesario seguir todos los pasos, uno por uno. Por ejemplo, dada la ecuación $2a - 10 = 10$, es posible seguir los siguientes pasos: $2a - 10 = 10$; $2a = 10 + 10$; $2a = 20$; $a = 10$. Pero sólo un principiante haría eso. Un estudiante ya familiarizado con los términos puede ver a simple vista que si $2a - 10 = 10$, entonces $a = 10$. No es necesario seguir todos los pasos intermediarios.

Esto es semejante a lo que Pablo hace en los versículos iniciales de Romanos. Dice que como Jesús fue levantado de entre los muertos, entonces Jesús es Dios. Pero si tuviera que seguir todos los pasos lógicos, su argumento sería como sigue.

1. Jesús dijo ser el Hijo de Dios en un sentido especial. Dijo que Dios era su Padre (Jn. 5:18). Dijo que había venido a este mundo del Padre y que cuando dejara este mundo volvería al Padre (Jn. 16:28). Dijo que quien lo, había visto a él había visto al Padre (Jn. 14:9). Todas estas afirmaciones son pretensiones de divinidad, y por esto fue que los líderes religiosos lo mataron.
2. Estas afirmaciones pueden ser ciertas o falsas. Jesús no puede ser parcialmente Dios y parcialmente no serlo. O bien es quien dijo ser, o es un mentiroso.
3. Si estas afirmaciones son falsas, son engañosas y son una blasfemia.
4. Si son blasfemias, no es posible concebir que Dios honre a quien las dijo.
5. Pero Dios honró a Jesús cuando lo levantó de entre los muertos. Dios reivindicó sus pretensiones.
6. Por lo tanto, Jesús es el único Hijo de Dios.

Este análisis no es meramente una lectura de Romanos 1:4 para encontrar allí lo que queremos encontrar. La Biblia utiliza esta prueba en otros lugares, y Pablo simplemente está haciendo eco de esta enseñanza. Jesús utilizó esta prueba cuando apeló a la "señal del profeta Jonás". Había demostrado una autoridad singular en sus enseñanzas y milagros, pero muchos que le habían escuchado no creían. Los gobernantes pidieron una señal. Jesús les respondió que la única señal dada sería la del profeta Jonás, porque "como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mt. 12:40). Después de esto habría una resurrección, y la autoridad única de Cristo sería reivindicada. De manera similar, en Pentecostés y en otros sermones registrados en el libro de los Hechos, los discípulos usaron la resurrección como prueba de la divinidad de Cristo.

EL SELLO SOBRE LA JUSTIFICACIÓN

Tercero, la resurrección de Jesús deja establecida la doctrina de que todos los que creen en Cristo son justificados de todo pecado. Pablo también enseña esto en Romanos. "Jesús... fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (4:24-25). Podría ser mejor traducido como: "Jesús fue muerto porque nosotros habíamos transgredido la ley, y fue resucitado porque habíamos sido justificados". La resurrección es Dios mismo declarando que ha aceptado el sacrificio de Jesucristo por el pecado humano. Cuando Jesús estuvo sobre la tierra afirmó que haría la expiación de nuestro pecado. "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mt.

20:28). Llegó la hora de su crucifixión y Jesús murió. El sacrificio había sido ofrecido, la expiación había sido hecha. ¿Pero cómo podrían los seres humanos saber que había sido aceptable? Supongamos que Jesús mismo hubiera pecado, aun cuando colgaba de la cruz. En ese caso el Cordero no habría sido sin mancha ni arruga, y la expiación no habría sido perfecta. ¿Aceptaría Dios el sacrificio? Durante tres días esta pregunta no tuvo respuesta. Entonces llegó el momento de la resurrección. La mano de Dios baja hasta la tumba fría en Judea, y el cuerpo de Cristo se despierta. Resucita. La piedra es removida. Jesús es exaltado hasta la diestra del Padre. Por estos actos sabemos que Dios ha aceptado el sacrificio perfecto por el pecado que su Hijo realizó. Cuando Jesús murió, murió como mi representante, y yo morí en él; cuando resucitó, resucitó como mi representante, y yo resucité con él; cuando ascendió a lo alto y ocupó su lugar a la diestra del Padre en la gloria, ascendió como mi representante y yo ascendí con él, y hoy estoy sentado en Cristo con Dios en los lugares celestiales. Al mirar a la cruz de Cristo, sé que la expiación por mis pecados ya ha sido hecha; al mirar el sepulcro abierto y al Señor resucitado y ascendido, sé que la expiación ha sido aceptada. Ya no queda ningún pecado en mí, no importa cuántos ni qué grandes hayan sido mis pecados hasta ahora.¹⁷¹

EL SELLO SOBRE LA SANTIFICACIÓN

Cuarto, la resurrección de Jesús también es una prueba que el cristiano puede vivir una vida agradable a Dios. Las enseñanzas de la Biblia por las que según los estándares de Dios no hay nada bueno en la gente, se cumplen tanto para los cristianos como para los no creyentes. Los seres humanos son capaces de hacer cosas buenas si las medimos con estándares humanos. Entre los no creyentes siempre han existido grandes humanistas y filántropos. Pero nadie puede hacer el bien según los estándares de Dios, porque todo lo que hacemos es corrupto. No puede haber una victoria humana sobre el pecado. Pero si Jesús vive, entonces su vida puede vivirse en nosotros y es posible una santidad genuina. Esto sucede por "la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales" (Ef. 1:19-20). Pablo también escribe: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Ro. 6:4). Esto significa que todos los que creen en Cristo están unidos a él para que su vida les esté al alcance. Podemos estar débiles y completamente desahuciados, incapaces de resistir la tentación ni por un minuto. Pero él es fuerte, y vive para darnos ayuda y liberación en cada instante. La victoria, por lo tanto, no depende de nuestras fuerzas sino de su poder. Lo que necesitamos es su poder. Torrey narra una historia que ilustra este punto. Cuatro hombres

estaban escalando la ladera más difícil del Matterhorn. Un guía, un turista, un segunda guía y un segundo turista, estaban todos unidos por las cuerdas. Mientras atravesaban un lugar extremadamente difícil, el turista que iba más abajo patinó y cayó a un costado. El tirón de la cuerda hizo que arrastrara al guía que iba delante de él, y también arrastró al otro turista. Tres hombres ahora pendían del barranco. Pero el guía que estaba liderando, al sentir el primer tirón, clavó su hacha en el hielo, y se afirmó. El primer turista entonces pudo volver a afirmarse sobre la pared, luego el otro guía y también el segundo turista. Así pudieron seguir escalando con seguridad. Lo mismo sucede en esta vida. Mientras la raza humana escalaba las pendientes heladas de la vida, el primer Adán patinó y cayó en el abismo, arrastrando a la siguiente persona que venía detrás de él, y a la siguiente, y a la siguiente hasta que toda la raza colgaba en peligro de muerte. Pero el último Adán, el Señor Jesucristo, no resbaló. Pudo mantenerse firme. De ese modo, todos los que están unidos a él por medio de una fe viva están seguros y pueden retomar la senda.

EL SELLO SOBRE LA VIDA ETERNA

Quinto, la resurrección de Jesús es la prueba que la muerte no es el final de esta vida. La muerte, en realidad, ha sido derrotada por todos quienes por la fe están unidos a él. Cuando Jesús estuvo sobre esta tierra le dijo a sus discípulos: "Y si me fuere os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Jn. 14:3). Estos versículos están anticipando la resurrección de los propios discípulos. De manera similar, el apóstol Pablo escribió: "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él" (1 Ts. 4:14). El creyente en Cristo está unido a Cristo por la fe de manera tal que si Jesús resucitó de los muertos, el creyente también ha de ser resucitado. Estamos unidos a él en la muerte. Así también hemos de estar en la resurrección. A esta altura sobresalen dos verdades. Primero, si no es por la resurrección de Jesucristo no hay ninguna certeza de una vida después de la muerte para nadie. Y segundo, sobre la base de la resurrección de Jesucristo, el creyente puede tener una confianza perfecta. En los escritos de los filósofos podemos leer muchos argumentos en favor de la inmortalidad, pero son sólo especulaciones.

Un filósofo ha llamado la doctrina de la inmortalidad "una vela prendida al final de un túnel oscuro". Otro la ha llamado "una estrella brillando en la noche más oscura". En esto consiste la esperanza filosófica de la inmortalidad pero no brinda ninguna confianza. Se trata sólo de una probabilidad, no de una certeza. La única prueba de nuestra resurrección es la resurrección de Jesús mismo, quien dijo: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Jn. 14:19). Su resurrección hace toda la diferencia. En el año 1899 dos hombres famosos murieron en los Estados Unidos. Uno de ellos no era creyente y había hecho una carrera criticando la Biblia y argumentando en contra de todas las doctrinas cristianas. El otro era un

cristiano. El Coronel Robert G. Ingersoll, que dio su nombre a los famosos discursos Ingersoll sobre la inmortalidad en la Universidad de Harvard, era el no creyente. Murió repentinamente, y su muerte fue un duro golpe para toda su familia. Su cuerpo estuvo en su casa por varios días, porque la mujer de Ingersoll no soportaba la idea de alejarse de él; finalmente, el cadáver fue retirado porque se estaba pudriendo y así lo requería la salud de la familia. Los restos fueron cremados, y la escena de la cremación fue tan dramática que fue recogida por algunos periódicos y transmitida a toda la nación. Ingersoll había utilizado su intelecto para negar la resurrección, pero cuando sobrevino la muerte no tenía ninguna esperanza. Su partida fue recibida por sus familiares y amigos como una tragedia. En ese mismo año falleció el gran evangelista Dwight L. Moody, pero su muerte fue triunfal tanto para él como para su familia. La salud de Moody había estado declinando, y su familia se había turnado para permanecer a su lado. En la mañana de su muerte, su hijo, que estaba parado junto a su lecho, le oyó decir: "La tierra se aleja; el cielo se está abriendo; Dios me está llamando". "Sueñas, Padre", le dijo el hijo. Moody le respondió: "No, Guillermo, esto no es un sueño. He llegado hasta las puertas. He visto las caras de los niños". Por un tiempo pareció como que Moody revivía, pero luego comenzó a deslizarse nuevamente. Dijo: "¿Esto es la muerte? No está mal; no hay ningún valle. Esto es una maravilla. Esto es glorioso". Su hija ahora también estaba presente, y comenzó a orar para que se recuperara. Él dijo: "No, no, Emma, no pidas eso. Dios me está llamando. Hoy es el día de mi coronación. Hace tiempo que espero este día". Poco rato después Moody fue recibido en los cielos. En su funeral, la familia y sus amistades se unieron en un culto alegre. Hablaron. Cantaron himnos. Escucharon las palabras: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:55-57).^m La muerte de Moody fue parte de esa victoria. No digo que esto implique que la muerte de todo cristiano es igualmente gloriosa. No todos sienten la fuerza de esta doctrina en los momentos de partir al hogar celestial. Pero muchos sí. La muerte puede ser una victoria para el cristiano. No hay otra esperanza aparte de la resurrección de nuestro Señor.

EL SELLO SOBRE EL JUICIO

Por último, la resurrección de Jesucristo es también la garantía del juicio final sobre todos los que rechazan el evangelio. En el Areópago Pablo dijo que Dios "ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos" (Hch. 17:31). Cristo habló de un juicio final mientras

¹⁷² He Narrado La Historia Sobre La Muerte De Ingersoll Y Moody En Phillipians: An Expositonal Commentary (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1971), Pp. 256-57.

estuvo sobre esta tierra diciendo que él sería el juez. El hecho que Dios lo haya resucitado de los muertos es la prueba de sus pretensiones. Es la palabra empeñada que el día del juicio se acerca. Los hombres y las mujeres se imaginan que la muerte es el fin de todas las cosas, particularmente cuando golpea a sus enemigos. Un mosquito nos pica: esto nos irrita; lo matamos, y estamos contentos que por fin hemos acabado con el mosquito. Un zorro entra en el gallinero y le disparamos. Es el fin del zorro. Tenemos un enemigo, pero cuando muere ya no le dedicamos el más mínimo pensamiento.

Lo mismo sucedió con Cristo. Jesús vino al mundo haciendo el bien y la gente no podía soportar su santidad. La resentía tanto que trataron de encontrar algo de qué acusarlo. Él decía ser el Hijo de Dios; dijeron que esto era una blasfemia. El les habló de sus pecados y de un día venidero en que juzgaría a toda la humanidad; por eso le odiaban. Finalmente, le mataron. Podemos imaginarnos el júbilo que había en Jerusalén el día de la fiesta después de la crucifixión. Quienes se habían deshecho de Cristo se congratulaban. Por fin se habían librado de él. Estaban seguros; nunca más tendrían que soportar su arrogancia. Entonces ocurrió la resurrección, y por ese hecho Dios estaba declarando que la muerte no era el final para Cristo. Nunca podría ser el final para él, porque él mismo es la vida. La maldad está en el mundo, pero nada que se oponga a Dios podrá finalmente prevalecer. El pecado triunfó en la cruz, pero Dios triunfó en la resurrección. Cristo "se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo... y después de esto el juicio" (He 9:26-27).

CAPITULO 35: VERIFICANDO LA RESURRECCIÓN

SI LA RESURRECCIÓN DE CRISTO DEMUESTRA LOS PUNTOS cubiertos en el capítulo anterior, es obvio que se trata de las mejores noticias que el mundo ha escuchado. Pero nos preguntamos: "¿Es posible creer esa noticia tan buena?". Esta pregunta nos conduce a una investigación sobre las evidencias de la resurrección. Algunos teólogos modernos sostienen que no hay ninguna necesidad de evidencias históricas para la resurrección de Jesucristo, y para el caso, tampoco son necesarias las evidencias para ninguna otra doctrina de la creencia cristiana. Estas cosas se suponen que son autenticadas únicamente por la lógica de la fe. Por supuesto, en cierto sentido, esto es cierto. Los cristianos sabemos que nuestra fe descansa no en la capacidad con que demos la veracidad de las narraciones bíblicas sino en la actividad sobrenatural del Espíritu Santo dentro de nuestros corazones que nos conduce a la fe. Sin embargo, hay muchos que llegan a la fe por las distintas evidencias de la resurrección, y la sustancia y la forma de la fe cristiana descansan sobre estas evidencias. Sin ellas, nuestra experiencia de Cristo sería mística y hasta muy equivocada. Tenemos derecho a investigar la evidencia, ya que la Biblia misma nos habla de "muchas pruebas indubitables

sobre la resurrección (Hch. 1:3). Hemos de considerar seis de estas evidencias en este capítulo.

LOS RELATOS DE LA RESURRECCIÓN

La primera evidencia importante de la resurrección de Jesucristo son los propios relatos de la resurrección. Existen cuatro relatos, uno en cada evangelio; más o menos independientes entre sí. Sin embargo, están en armonía entre ellos, y esto ya sugiere su confiabilidad como documentos históricos. La considerable variación en los detalles que existe entre los cuatro ya está mostrando que son básicamente independientes. Por supuesto, es de esperar que en algunos lugares se superpongan ya que es posible que en la iglesia cristiane primitiva estuvieran circulando informes sobre este acontecimiento cuando escribieron estos libros. Es posible que distintas personas estuvieran contando lo que había sucedido y que usaran casi las mismas palabras. Pero, obviamente los cuatro escritores no se sentaron juntos y conspiraron para inventar la historia sobre la resurrección de Cristo. Si cuatro personas se hubieran reunido) hubieran dicho: "Vamos a inventar un relato sobre la resurrección de Jesucristo" y luego hubieran desarrollado los detalles de su historia, estos relatos tendría muchos más puntos en común. No nos encontraríamos con tantas aparente discrepancias. Sin embargo, si la historia no fuera cierta y la hubieran inventado por separado, es imposible que existiera la concordancia esencial que encontramos en ellos. En otras palabras, la naturaleza de los relatos es la que cabría esperar de cuatro relatos separados preparados por testigos oculares. Veamos dos ejemplos. En primer lugar nos encontramos con diversas afirmaciones sobre el momento en que las mujeres llegaron a la tumba. Mateo dice que fue "al amanecer del primer día de la semana" (Mt. 28:1). Marcos dice que fue "muy de mañana, el primer día de la semana... ya salido el sol" (Mr. 16:2). Lucas dice que era "muy de mañana" (Le. 24:1). Juan dice que "fue de mañana, siendo aún oscuro" (Jn. 20:1). Este tipo de frases son las que los autores habrían estandarizado si hubiesen estado trabajando en conjunto. Pero no hay en realidad ninguna contradicción. Por un lado, si bien Juan dice que todavía estaba oscuro, no dice que estaba muy oscuro; la siguiente frase dice que María Magdalena "vio quitada la piedra del sepulcro". Posiblemente, las mujeres salieron cuando todavía estaba oscuro y llegaron al huerto cuando amanecía. Un segundo ejemplo de esta diversidad de los detalles en medio de la armonía esencial es el listado de las mujeres que hicieron esta primera visita al huerto. Mateo nos dice que eran dos Marías. "María Magdalena y la otra María" (Mt. 28:1). Marcos escribe: "María Magdalena, y María, madre de Jacobo, y Salomé" (Mr. 16:1). Lucas se refiere a "María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas" (Le. 24:10). Juan menciona sólo a "María Magdalena" (Jn. 20:1). En realidad, cada una de estas referencias está iluminando a las demás. Marcos y Lucas, por ejemplo, nos explican quien era la "otra María" mencionada por Mateo. Cuando unimos los relatos, encontramos que en

esa primer mañana de Pascuas, cuando todavía estaba oscuro, por lo menos cinco mujeres se dirigieron a la tumba: María Magdalena (mencionada por los cuatro escritores), María la madre de Jacobo, Salomé, Juana, y por lo menos otra mujer cuyo nombre no conocemos (pero que está de acuerdo con la referencia que Lucas hace a "las demás" mujeres, que incluye a Salomé). El propósito de su visita es ungir el cuerpo de Cristo. Ya saben la dificultad con la que se tendrán que enfrentar, porque la tumba había sido sellada con una gran piedra y no tienen idea cómo harán para quitarla. A medida que avanzan, comienza a clarear y cuando ya casi llegaron ven que la piedra ha sido removida. Esto es algo que no se esperaban; por eso es que aunque les sirve para sus propósitos están trastornadas y no saben qué hacer. Aparentemente, enviaron a María Magdalena de regreso para que les contara a Pedro y a Juan lo que había acontecido; lo que Juan registra, si bien no menciona la presencia de las demás mujeres (Jn. 20:2). Mientras las mujeres la esperan, la mañana continúa despuntando; eventualmente, animadas por la luz del día, entran en la tumba. Ahora ven a los ángeles y regresan a la ciudad para contarles a los otros discípulos (Mt. 28:5-7; Mr. 16:5-7; Le. 24:4-7). Mientras, María Magdalena había encontrado a Pedro y a Juan, quienes inmediatamente la dejaron y corrieron a la tumba. Juan registra lo que vieron, los lienzos y el sudario, y señala que fue en ese instante cuando creyó (Jn. 20:3-9). Por último, María Magdalena regresa nuevamente a la tumba y es la primera en ver a Jesús (Jn. 20:11-18; comparar con Mr. 16:9). En ese mismo día Jesús se le aparece a las demás mujeres mientras regresan de la tumba, a Pedro, a los discípulos de Emaús, y a los demás que están reunidos esa tarde en Jerusalén. Hay otros dos factores que sugieren que estos relatos históricos son veraces. El primero es que plantean problemas al lector, problemas que habrían sido eliminados si estos relatos fueran ficticios. Por ejemplo, tenemos el problema, que se repite varias veces, que los discípulos no siempre reconocieron a Jesús cuando se les apareció. María no lo reconoció en el huerto (Jn. 20:14). Los discípulos de Emaús no sabían quién era (Le. 24:16). E incluso más adelante, cuando se apareció a muchos de sus discípulos en Galilea, se nos dice que algunos "dudaban" (Mt. 28:17). Desde un punto de vista persuasivo, la inclusión de estos detalles es una tontería. El escéptico los leerá y dirá: "Es obvio que los discípulos no lo reconocieron porque se trataba de otra persona. Sólo los más crédulos creyeron, y eso porque deseaban creer. Se engañaron a sí mismos". Independientemente de lo que se pueda decir con respecto a este argumento, el punto es que la razón por la que se permitió que dichos problemas permanecieran en los relatos es que fue así como ocurrieron las apariciones. En consecuencia, al menos son una evidencia sustancial de que éstos constituyen relatos sinceros de lo que los escritores creyeron. Otro ejemplo de un problema es lo que Cristo le dice a María, cuando le pide que no le toque porque "aún no he subido a mi Padre" (Jn. 20:17). Mateo, sin embargo, nos dice que Jesús se apareció a las otras mujeres, posiblemente unos minutos después de haberse aparecido a María, y que estas mujeres "acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron" (Mt. 28:9). En toda la historia de la iglesia nadie ha dado una explicación enteramente convincente de esta discrepancia. Pero,

cualquiera sea el motivo, se ha mantenido firme porque así fue como sucedieron los hechos. Por último, los relatos muestran una sinceridad fundamental y una exactitud a través de su sencillez natural. Si nos propusiéramos escribir un relato sobre la resurrección de Cristo y las apariciones luego de su resurrección, ¿podríamos resistir el deseo de describir la resurrección en sí misma —el descenso de los ángeles, la remoción de la piedra, la salida del Señor desde dentro de la tumba? ¿Podríamos resistir el deseo de contar cómo se apareció a Pilato y lo confundió ¿O cómo se apareció a Caifas y a los demás miembros del Sanedrín? Lo; diversos evangelios apócrifos (el Evangelio según los Hebreos, el Evangelio de Pedro, los Hechos de Pilato y otros) contienen estos elementos. Sin embargo los autores de los evangelios no incluyen ninguno de estos aspectos, ya sea porque no fue así como sucedieron los hechos o porque los evangelistas no fueron testigos oculares de los mismos. Los evangelios no describen la resurrección porque nadie la presencié. Podría haber sido algo fantástico, pero todo; los discípulos llegaron a la tumba después que Jesús había resucitado.

LA TUMBA VACÍA

Una segunda evidencia sobre la resurrección de Jesucristo es la tumba vacía. Podríamos negar que una resurrección real tuvo lugar, pero no podemos negar que la tumba estaba vacía. Los discípulos comenzaron poco tiempo después de la crucifixión y la sepultura a predicar sobre la resurrección, en un momento cuando a quienes los escuchaban sólo les bastaba caminar hasta la tumba y ver si el cuerpo del Señor supuestamente resucitado todavía estaba allí. La tumba vacía ha sido un argumento en favor de la resurrección tan formidable a través de la historia que los no creyentes han inventado varias teorías para poder explicarla. Una teoría es que las mujeres, y más tarde los discípulos, fueron al lugar equivocado. Es posible concebir que como estaba oscuro las mujeres se podrían haber equivocado de tumba. Pero, como ya hemos visto, no estaba del todo oscuro, y además ya habían estado allí y sabían el lugar. Además, es difícil suponer que Juan y Pedro, y después todos los demás, hayan cometido el mismo error. Otra teoría es la teoría del desvanecimiento. Según esta teoría, Jesús no murió en la cruz sino que se desvaneció —y como resultado fue dado por muerto y enterrado vivo—. En el frío de la tumba volvió en sí, movió la piedra, y se apareció a la gente como resucitada. Pero esta explicación tiene varios problemas. En primer lugar, resulta difícil creer que uno de los guardias romanos a quienes se le había encomendado una ejecución fuera burlado de esta manera, o que la lanza que atravesó el costado de Cristo no lo haya matado, incluso si hubiera estado desvanecido; y, además, que un Cristo débil, apenas sobreviviente, haya tenido la fuerza suficiente para mover la gran piedra y vencer a los guardias romanos. Además, tendríamos que suponer que un Cristo en esas condiciones haya podido convencer a los discípulos que había vencido a la muerte triunfalmente. Por último, existen quienes creen que alguien robó o cambió al cuerpo de lugar. ¿Pero quién? Sin duda que no fueron los

discípulos, porque si ellos hubieran cambiado al cuerpo de lugar, es difícil imaginar cómo después estuvieron dispuestos a morir por el cuento que ellos mismos habían fabricado. Tampoco pueden haber retirado el cuerpo las autoridades judías o romanas. Podríamos imaginarnos que en un principio lo podrían haber cambiado de lugar para vigilarlo mejor —por ese mismo motivo fue que sellaron la tumba y pusieron una guardia: "Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos" (Mt. 27:63-64)—. Si eso hubiera ocurrido, sin duda luego habrían producido el cuerpo cuando los discípulos comenzaron con su predicación. Las autoridades odiaban al evangelio e hicieron todo lo que estaba en su poder para evitar que se expandiera. Arrestaron a los apóstoles, los amenazaron y hasta mataron a algunos de ellos. Nada de eso hubiera sido necesario si hubieran podido producir y mostrar el cuerpo. La razón obvia es que no lo hicieron porque no podían. La tumba estaba vacía. El cuerpo había desaparecido.¹⁷³

UNA TUMBA NO TAN VACÍA

De acuerdo con el evangelio de Juan, la tumba no estaba del todo vacía. El cuerpo de Jesús había desaparecido pero los lienzos y el sudario habían quedado atrás. El relato sugiere que había algo en ellos tan llamativo que hizo que Juan los viera y creyera en la resurrección de Jesús. Toda sociedad tiene sus propios, modos de realizar los entierros, y eso era tan cierto en las culturas antiguas como lo es hoy en día. En Egipto, los cuerpos eran embalsamados. En Italia y Grecia, solían ser cremados. En Palestina, eran envueltos en bandas de lienzos con especies secas entre sí y eran colocados cara para arriba, sin un cajón, en sepulcros por lo general labrados en la roca de las montañas de Judea y Galilea. Muchos de esos sepulcros todavía existen en la actualidad y pueden ser vistos por cualquiera que visite Palestina. Hay otro aspecto de la forma de entierro judía en el pasado que resulta de particular interés para comprender el relato que Juan hace de la resurrección de Jesús. En el libro *The Risen Master* ("El Señor resucitado"), 1901, Henry Latham llama la atención sobre una característica propia de los entierros orientales, que apreció durante su estadía en Constantinopla en el siglo pasado. Dijo que los funerales a los que asistió variaban en muchos aspectos, dependiendo de si la persona era pobre o rica. Pero todos tenían una característica en común. Latham observó que los cuerpos eran envueltos en lienzos de manera que la cara, el cuello y los hombros quedaran al descubierto. La parte superior de la cabeza era cubierta por un lienzo que se enrollaba alrededor de la misma, a modo de un turbante. Latham concluyó que, como los

¹⁷³ La evidencia sobre la tumba vacía ha sido discutida por Stott, *Basic Christianity*, Pp. 46-50; Memil C. Tenney, *The Reality Of The Resurrection* (Chicago: Moody Press, 1963), Pp. 113-16; James Orr, *The Resurrection Of Jesús* (London: Hodder And Stoughton, N. D.), Pp. 111-39; Y Otros.

estilos de entierros cambian tan lentamente, y en especial en el oriente, esta forma de entierro bien pudo también haber sido la utilizada en los tiempos de Jesús. Lucas nos dice que cuando Jesús, durante su ministerio, se aproximaba a la población de Naín se encontró con una procesión funeraria que estaba dejando atrás la ciudad. El hijo único de una viuda había muerto. Lucas nos narra que cuando Jesús lo resucitó de los muertos dos cosas sucedieron. Primero, el joven se incorporó, o sea, estaba acostado sobre algo que no era un cajón. Y segundo, comenzó a hablar inmediatamente. Por lo tanto, los lienzos de la sepultura no cubrían su cara. También se utilizaron distintas cubiertas para la cabeza y el cuerpo en la sepultura de Lázaro (Jn. 11:44). José de Arimatea y Nicodemo deben haber enterrado a Jesús de manera similar. El cuerpo de Jesús fue retirado de la cruz antes del comienzo del día de reposo judío, fue lavado, y luego fue envuelto en lienzos. Cien libras de especies secas fueron cuidadosamente colocadas entre los pliegues de los lienzos. Una de estas especies, el áloe, era una madera, finamente molida como aserrín, que tenía una fragancia muy aromática; otra, la mirra, era una goma fragante que se mezclaba con el polvo. El cuerpo de Jesús fue así envuelto. Su cabeza, su cuello y sus hombros quedaron sin cubrir. Un lienzo se envolvía alrededor de su cabeza como si fuera un turbante. El cuerpo fue luego colocado en la tumba, en donde permaneció hasta alguna hora de la noche del sábado o la mañana del domingo. ¿Qué habríamos visto si hubiéramos estado en el preciso momento en que Jesús resucitó de los muertos? ¿Lo habríamos visto moverse, abrir los ojos, sentarse y comenzar a tratar de quitarse los lienzos? Debemos recordar que habría sido bastante difícil sacarse los lienzos. ¿Es esto lo que habríamos visto? De ningún modo. Eso habría sido una "resucitación", no una resurrección. Habría sido lo mismo que si se hubiera recuperado de un desvanecimiento. Jesús habría resucitado con un cuerpo natural y no con un cuerpo espiritual, y eso no fue lo que sucedió. Si hubiéramos estado presentes en la tumba en el momento de la resurrección, habríamos notado que de pronto el cuerpo de Jesús habría desaparecido. John Stott dice que el cuerpo fue "vaporizado", siendo transmutado en algo nuevo y diferente y maravilloso".¹⁷⁴ Latham nos dice que el cuerpo había sido "exhalado", pasando "a una fase de existencia como la de Moisés y Elías en el monte".¹⁷⁵ Sólo habríamos visto que ya no estaba. ¿Qué habría pasado entonces? Los lienzos, sin el sostén del cuerpo, habrían quedado sueltos y habrían caído por el peso de las especies, y habrían quedado en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús. Los lienzos ->que rodeaban su cabeza, sin el peso de las especies, podrían quizá haber mantenido su forma cóncava y haber permanecido algo separados de los demás lienzos por el espacio donde habían estado el cuello y los hombros. Esto es exactamente lo que vieron Juan y Pedro cuando entraron en el sepulcro y el relato ocular así lo revela perfectamente. Juan fue el primero en llegar a la tumba y cuando llegó al sepulcro abierto, en la penumbra del amanecer, vio los lienzos. Algo en los lienzos le llamó la atención. Primero,

¹⁷⁴ Stott, *Basic Christianity*, P. 52.

¹⁷⁵ Henry Latham, *The Risen Master* (Cambridge: Deighton Bell And Company, 1901), Pp. 36, 54.

era significativo que estuvieran puestos allí. Juan coloca la palabra griega para "puestos" en un lugar enfático de la oración griega. Podríamos traducirlo como: "Vio, puestos allí mismo, los lienzos" (Jn. 20:5). Además, habían permanecido intactos. La palabra que Juan utiliza (keimena) es usada en los papiros griegos con referencia a las cosas que han sido cuidadosamente puestas en orden. (Un documento habla de unos papeles legales diciendo: "Todavía no he obtenido los documentos, pero han sido puestos en orden colacionado". Otro habla sobre unas ropas que están "puestas (ordenadas) hasta que me escribas"). Juan, sin duda, observó que la tumba estaba intacta. En ese instante llegó Pedro y entró en el sepulcro. Pedro también vio lo que había visto Juan, pero además otra cosa le llamó la atención. Los lienzos que habían rodeado la cabeza no estaban junto con los demás lienzos. Estaban en un lugar aparte (Jn. 20:7). Y además había retenido su forma de rollo. Juan dice que vieron "el sudario, que había estado sobre [su] cabeza... enrollado en un lugar aparte". Podríamos decir que estaban "enrollados sobre sí mismos". Y había un espacio entre estos lienzos y los que habían cubierto el cuerpo. El relato dice: "Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte" (Jn. 20:6-7). Por último, Juan también entró en el sepulcro y vio lo- que Pedro también había visto. Y cuando lo vio, creyó. ¿Qué fue lo que Juan creyó? Podría habérselo explicado a Pedro de esta manera. "¿No ves, Pedro, que nadie ha retirado el cuerpo ni tocado los lienzos? Están puestos exactamente como Nicodemo y José de Arimatea los dejaron en la tarde antes del día de reposo. Sin embargo, el cuerpo no está. No ha sido robado. No ha sido retirado. Resulta claro que atravesó los lienzos, dejándolos así como los vemos ahora. Jesús tiene que haber resucitado". Stott dice: "Una mirada a los lienzos probó la realidad, y señaló la naturaleza, de la resurrección".¹⁷⁶

LAS APARICIONES DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN

Una cuarta evidencia de la resurrección es el hecho obvio que Jesús fue visto por sus discípulos. De acuerdo con los diversos relatos, se apareció primero a María Magdalena, después a las otras mujeres que volvían de la tumba, después a Pedro, a los discípulos de Emaús, a los diez discípulos reunidos en el aposento alto, después (una semana más tarde) a los once discípulos incluyendo a Tomás, a Jacobo, a quinientos hermanos de una vez (1 Co. 15:6, posiblemente sobre una ladera en Galilea), a un grupo de discípulos que habían estado pescando en el lago de Galilea, a los que fueron testigos de la ascensión desde el monte de los Olivos cerca de Jerusalén y, por último, a Pablo, quien vio a Cristo en su visión en el camino a Damasco. Durante los días siguientes a la resurrección, todas estas personas pasaron de una desesperación vacía e inquieta a un gozo y una convicción firme. No hay nada que pueda

justificar este cambio si no es el hecho que vieron realmente a Jesús. Durante el siglo pasado, un crítico famoso de los evangelios, Ernest Renán escribió que la creencia en la resurrección de Cristo surgió de la pasión de una mujer que sufría alucinaciones, quería significar que María Magdalena estaba enamorada de Jesús y que se había convencido que lo había visto vivo cuando al único que había visto era al hortelano. Esto es descabellado. La última persona en el mundo que María (o cualquiera de los demás) esperaba ver era a Jesús. Solo estaba en el huerto porque había ido a ungir su cuerpo. Además, aun si María hubiese creído en algún tipo de resurrección promovida por el poder del amor, no hay ninguna evidencia que los discípulos hayan sido también engañados de la misma manera, o que anticiparan alguna cosa de este tipo. Muchos se desesperaron; algunos, como los discípulos de Emaús, se estaban dispersando. Tomás, para nombrar a uno de ellos, no podía creer. Sin embargo, nos encontramos que sólo unos pocos días después de la supuesta resurrección, todos estaban convencidos de lo que hasta ese entonces habían juzgado imposible. Y salieron a contarles a todos sobre lo que había acontecido, firme en sus convicciones, a pesar de las amenazas, la persecución y la muerte. Un ejemplo claro de que los discípulos no creían sino que fueron convencidos de la resurrección lo tenemos en la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús. Uno de estos discípulos está identificado. Es Cleofás (Le. 24:18). Si ha de ser identificado con el Cleofás mencionado en Juan 19:25, entonces sabemos que su esposa se llamaba María, que estaba en Jerusalén, que había sido testigo de la crucifixión con las otras mujeres y que posiblemente regresaba a Emaús junto con él en esa primera mañana de la Pascua. La importancia de la identificación descansa sobre el hecho que María, y posiblemente también Cleofás, habían sido testigos de la crucifixión y por lo tanto no tenían ninguna duda que Jesús había muerto. María había visto los clavos atravesando las manos de Cristo. Había visto como se levantaba la cruz. Había visto la sangre. Por último, había visto la lanza atravesándole el costado. Después, María sin duda regresó a la casa donde se estaba quedando. Vino la Pascua, María y Cleofás la observaron como buenos judíos. Esperaron cargados de tristeza —desde el día de la crucifixión hasta el día de la resurrección porque el mismo día de reposo que hizo que las mujeres no hubieran podido ir antes a ungir el cuerpo hizo que Cleofás y María no hubieran podido regresar a su casa en Emaús. La mañana después del día del reposo del sábado finalmente llegó. Es posible que María haya estado entre las mujeres que fueron a la tumba a ungir el cuerpo. Si fue así, vio a los ángeles, regresó para contarle a Cleofás, y después ¡qué increíble— se dispusieron a partir. ¡Nada más ajeno a sus pensamientos cualquier idea sobre la verdad literal de la resurrección corporal de Jesús! Además, mientras Cleofás y María se apresuraban para partir, Pedro y Juan iban camino al sepulcro. Entraron en la tumba. Ahí mismo, Juan creyó en cierto sentido, si bien posiblemente no comprendió todo el significado que encerraba la resurrección. Pedro y Juan regresaron, le contaron a Cleofás, a María lo que habían visto. Y entonces —y, nuevamente, esto también es asombroso Cleofás y María continuaron empacando. Tan pronto como estuvieron listos, dejaron Jerusalén. ¿Creía esta pareja judía en la resurrección de Cristo? Sin

duda que no. ¿Creyeron, como eventualmente creyeron, porque se convencieron mutuamente o debido a una alucinación? No. Estaban tan tristes por la pérdida de Jesús, tan miserable, tan preocupada con la realidad de su muerte, que no pudieron dedicar ni siquiera veinte o treinta minutos para investigar personalmente los relatos sobre su resurrección. Si alguien dijera: "Pero está claro que no deben haber escuchado los relatos; toda esa parte de la historia es mera invención", Cleofás mismo responde a esta objeción. Cuando Jesús se les apareció en el camino y les preguntó por qué estaban tan tristes, Cleofás le contestó hablándole primero sobre la crucifixión y luego añadiendo: "Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así. como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron" (Le. 24:22-24). ¿Qué puede explicar la creencia en la resurrección por parte de los discípulos de Cristo? Nada, excepto la propia resurrección. Si no podemos explicar la creencia de los discípulos de esta manera, estamos frente al más grande enigma de la historia. Si la explicamos diciendo que la resurrección y las apariciones del Señor resucitado fueron reales, entonces el cristianismo es comprensible y ofrece una esperanza segura para todos.

LOS DISCÍPULOS TRANSFORMADOS

Una quinta evidencia de la resurrección surge a partir de lo que acabamos de decir: el carácter transformado de los discípulos. Tomemos a Pedro como ejemplo. Antes de la resurrección Pedro está en Jerusalén, siguiendo silenciosamente atrás del grupo que arrestó a Jesús. Esa noche niega a Jesús tres veces. Más tarde está en Jerusalén, temeroso, a puertas cerradas junto con otros discípulos. Pero después de la resurrección todo cambia. Pedro aparece predicando con firmeza. En su primer sermón, en el día de Pentecostés, dice: "Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella" (Hch. 2:22-24). Unos capítulos más adelante en el libro de Hechos los encontramos delante del Sanedrín judío (el cuerpo que había condenado a Jesús a muerte), diciendo: "Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hch. 4:19-20).

"Algo tremendo tiene que haber tenido lugar para poder explicar esta transformación moral tan radical y resonante. Nada menos que el hecho de la resurrección, que el haber visto al

Señor resucitado, puede explicar el cambio".¹⁷⁷ Otro ejemplo es Jacobo, el hermano de Jesús. En cierto momento ninguno de los hermanos de Jesús creían en él (Jn. 7:5). Jesús cierta vez dijo: "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa" (Mt. 13:57). Pero más tarde Jacobo creyó (comparar con Hechos 1:14). ¿Qué provocó este cambio? Evidentemente, sólo la aparición de Jesús, como está registrado en 1 Corintios 15:7.

UN NUEVO DÍA PARA LA ADORACIÓN CRISTIANA

La última evidencia de la resurrección de Jesucristo, muchas veces pasada por alto, la constituye el cambio del día elegido para la adoración cristiana regular, del día de reposo judío (el sábado) al domingo, el primer día de la semana. ¿Había algo más establecido y fijo que la tradición judía de apartar el séptimo día para la adoración, como lo practicaba el judaísmo? Muy difícilmente. La santificación del séptimo día estaba incluida en la ley de Moisés y había sido practicada por siglos. Sin embargo, desde un primer momento vemos a los cristianos, aunque eran judíos, considerando al domingo en lugar del sábado como el día de adoración. ¿Qué puede explicar este cambio? No hay ninguna profecía, no hay ninguna declaración de un concilio de la iglesia primitiva. La única causa posible es la resurrección de Jesucristo, un acontecimiento tan significativo que inmediatamente produjo los cambios más profundos, no sólo en el carácter moral de los primeros creyentes, sino en sus hábitos de vida y en las formas de adoración, también. Cierta vez estaba hablando con otro ministro de la palabra sobre su experiencia espiritual cuando la conversación giró en torno al tema de la resurrección. El ministro dijo que cuando salió del seminario no tenía ninguna convicción verdadera con respecto al evangelio de Cristo. Posiblemente creía en algunas cosas intelectualmente, pero su corazón no había sido cautivado por ellas. Dijo que comenzó a reflexionar sobre la resurrección. Le pregunté: "¿Qué encontraste?". Me respondió que lo primero que descubrió fue una extraña felicidad y un descanso interior mientras analizaba los relatos y las preguntas que éstos hacían aflorar en su mente. Esto le estaba señalando que, si bien todavía no tenía todas las respuestas, estaba en el camino correcto. Mientras estudiaba pudo comprobar la importancia del tema. Tomó conciencia de que si Jesús realmente había resucitado de los muertos, todo lo demás que está registrado sobre él en el Nuevo Testamento es verdad —al menos no habría ninguna razón para rechazarlo—. Y concluyó que si Jesús no resucitó de entre los muertos, entonces él debería dejar el ministerio. Así fue como leyó libros. Visitó el seminario donde había estudiado. Habló con sus profesores. Dijo que finalmente se había convencido que Jesús había resucitado realmente, como lo declara la Biblia, y que las demás doctrinas de la fe descansan sobre este hecho. Es interesante notar que llegó a esta conclusión algunas semanas antes de la Semana Santa de ese año, y por lo tanto durante esas Pascuas se levantó en su iglesia para testificar sobre su fe personal en estas

cosas. Más tarde, los miembros de su congregación dijeron que nunca antes habían oído una predicación como esa, y muchos creyeron en Cristo como resultado de su predicación. Esto mismo le ha sucedido a varias personas: a juristas como Frank Morison, Gilbert West, Edward Clark y J. N.

D. Anderson; a académicos tales como James Orr, Michael Ramsey, Arnold H. M. Lunn, Wolfhart Pannenburg, y Michael Green. Green dice que "la evidencia en favor de este hecho sorprendente es arrolladora".¹⁷⁸ Ramsey escribió: "Esta doctrina era tan nueva y extraña a las expectativas de los hombres, que resulta difícil dudar que sólo fue creada a partir de unos acontecimientos históricos".¹⁷⁹ ¿Resucitó Jesús de entre los muertos? Sí lo hizo, y entonces es el Hijo de Dios y nuestro Salvador. Lo que nos cabe a nosotros es creer en Él y seguirle.

CAPITULO 36: ASCENDIÓ AL CIELO

SIEMPRE ES DIFÍCIL MEDIR LA MADUREZ ESPIRITUAL DE UNO, pero hay un sentido en que es posible evaluarla de manera general por la imagen dominante que uno tiene de Jesucristo. Por ejemplo, algunas personas piensan en Jesús en términos de su Encarnación con el resultado que su imagen mental es básicamente la de un niño yaciendo en un pesebre. Esta imagen no está equivocada, por supuesto. El Señor fue un niño en su Encarnación, y la Encarnación en sí misma constituye un concepto importante. Pero es sólo una imagen introductoria de Cristo. Una imagen más madura es la de Cristo sobre la cruz, que es la imagen que otras personas tienen de él. Esta es mejor, porque la cruz explica el motivo de la Encarnación. Jesús vino al mundo para morir. "El Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir, y dar su vida en rescate de muchos" (Mt. 20:28). Sin embargo, a pesar de lo buena que es esta imagen, todavía no es del todo la mejor. Jesús ya no está muerto. Una imagen del Cristo resucitado es necesaria para acabar el cuadro. Es el Cristo resucitado, no el Cristo sobre la cruz, que les trajo paz a sus discípulos y les encargó la tarea de la evangelización mundial. La Biblia, habiendo hablado sobre la resurrección, continúa narrando la ascensión de Cristo al cielo donde ahora está sentado a la diestra del Padre, gobernando a su iglesia y esperando el día en que ha de volver con poder para juzgar a los vivos y los muertos. El Nuevo Testamento se refiere a la ascensión de Cristo en varios lugares. En el evangelio de Juan está anticipada en dos oportunidades. Jesús le preguntó a los discípulos que estaban ofendidos: "¿Pues, qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?" (Jn. 6:62). A María Magdalena le dijo: "No me toques, porque aún no he

¹⁷⁸ Michael Green, *Runaway World* (Downers Grove, 111.: Intervarsity Press, 1968), P.109

¹⁷⁹ A. M. Ramsey, *The Resurrection Of Christ* (London: Geoffrey Bles, 1945), P. 19.

subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). Los Hechos de los Apóstoles nos narran las circunstancias que rodearon la ascensión: "Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos" (Hch. 1:9). Encontramos el mismo relato en el final de Marcos (16:19) y en Lucas 24:51. Más tarde, en las epístolas, los escritores se refieren a la ascensión para hablar sobre la obra completa de Cristo. "¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Ro. 8:34). "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col. 3:1). La carta a los Hebreos hace repetidas referencias a la ascensión de Cristo y su presente posición en el cielo (He 1:3; 6:20; 8:1; 9:12,24; 10:12; 12:2; 13:20). En 1 Timoteo la ascensión está colocada con la plena perspectiva de la obra de Cristo. "E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria" (1 Ti. 3:16). La importancia de la ascensión resulta evidente si consideramos la frecuencia con que es mencionada en el Nuevo Testamento. Pero esto no nos explica por qué es importante o cómo se relaciona con nosotros. Sin embargo, los versículos también nos dan una explicación sobre el significado de la ascensión en las tres áreas principales. Estas han sido sucintamente presentadas en las famosas palabras del Credo Apostólico: "Ascendió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, de donde vendrá a juzgar a los vivos y los muertos".

ASCENDIÓ AL CIELO

Lo primero que nos sugiere la ascensión es que el cielo es un lugar real. Decir que es un lugar real no significa que por ese motivo lo podamos describir adecuadamente, aun con la ayuda de varios símbolos bíblicos. El libro de Apocalipsis, por ejemplo, nos habla del cielo como una ciudad donde las calles están pavimentadas de oro, cuyos cimientos son sólidos, donde la luz siempre brilla. Pero el cielo no es necesariamente una ciudad en realidad; dicho lenguaje es simbólico. Una ciudad nos está hablando sobre un lugar donde pertenecer, un hogar. Los cimientos nos dan la idea de permanencia. El oro está sugiriendo algo precioso. La luz nos habla de la eterna presencia y el gozo inquebrantable de Dios que disfruta su pueblo. Sin embargo, mientras reconocemos este simbolismo no debemos cometer el error de suponer que el cielo es algo menor a un lugar real, hasta posiblemente localizado como lo están Nueva York o Londres, por ejemplo. Las enseñanzas explícitas de Cristo, como su ascensión, procuran enseñar esta realidad. Algunos han observado que como a Dios se lo describe como siendo puramente espíritu —es decir, no teniendo forma corpórea al cielo también se le debe describir como el estado de ser espíritu. Pero la idea que el cielo es un estado, y por lo tanto se

encuentra en todos lados y en ningún lado, no es la sugerida por la Biblia. Hemos de reconocer las limitaciones con que nos encontramos cuando hablamos de algo que está más allá de nuestra experiencia. Pero al mismo tiempo, sabemos que si bien Dios el Padre no tiene una forma concreta y visible, la segunda persona de la Trinidad sí la tiene. Jesús se hizo hombre y permanece siendo Dios-hombre por la eternidad. Nosotros también habremos de tener cuerpos en la resurrección. Nuestros cuerpos serán distintos a los que conocemos hoy. Serán similares al cuerpo de Cristo resucitado, que podía atravesar las puertas cerradas, por ejemplo. Sin embargo, serán cuerpos reales, sea cual sea sus características misteriosas, y como cuerpos deberán estar en algún lado. El cielo es el lugar que ocuparán nuestros cuerpos. Por supuesto seremos capaces de movilizarnos libremente por el universo. Segundo, la ascensión de Cristo nos habla de su obra presente, como él mismo lo enseñó. Un aspecto de su obra es el haber enviado al Espíritu Santo, que debemos entender no como el haber enviado al Espíritu Santo en el pasado, en Pentecostés, sino como la continua entrega del Espíritu Santo para hacer su obra en el mundo. Jesús dijo: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré" (Jn. 16:7; Un segundo aspecto es su intercesión por su pueblo. El libro de Hebreos se concentra en este punto, señalando que Jesús ejerció un papel de intercesión por nosotros como nuestro sumo sacerdote celestial. Tercero, al hablar de la obra presente de Cristo en el cielo, recordamos la promesa a los discípulos de que él iba a preparar lugar para ellos (Jn. 14:2-3; No podemos saber qué es lo que Jesús está haciendo a este respecto, porque no podemos visualizar adecuadamente el cielo. Sin embargo, sabemos que de algún modo está preparando el cielo para nosotros. Esto nos asegura el interés actual del Señor en nosotros y nos asegura también su actividad en nuestro favor.

SENTADO A LA DIESTRA

Las palabras del Credo no sólo nos dicen que Jesús "ascendió al cielo". También nos dicen que, habiendo ascendido al cielo, ahora está "sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso". Esta imagen ha sido extraída de una práctica antigua por la cual el rey honraba a una persona ofreciéndole un sitio junto a él, a su derecha. Nos habla del honor de esta persona y de su papel en los dominios del rey. Que Jesús haya sido honrado de esa manera queda claro en varios lugares de las Escrituras. Hebreos 1:3 constituye un ejemplo: "El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas". Aquí, Charles Hodge señala: "La exaltación de Cristo descansa sobre dos bases: la posesión de atributos divinos que lo hacían digno del honor divino y lo calificaban para ejercitar el

dominio absoluto y universal; y, en segundo lugar, su obra mediadora".¹⁸⁰ En otra ocasión, aunque no hay una referencia específica al hecho que Cristo esté sentado a la diestra de Dios, en Filipenses 2:5-11 tenemos una base similar para que Cristo sea honrado. Es porque "era igual a Dios" y sin embargo "se vació a sí mismo" y fue "obediente hasta la muerte" por nuestra salvación. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:9-11). La posición de Cristo a la diestra del Padre también nos está hablando sobre la autoridad actual del Señor sobre todo el mundo y la iglesia. Se trata de la autoridad a la que hizo referencia antes de su ascensión, pero después de su resurrección. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén" (Mt. 28:18-20). Es imposible sobrestimar el alcance de la autoridad de Cristo. El anuncio no dice solamente que le ha sido dada la autoridad, sino que dice que le ha sido entregada toda la autoridad. Y además, para que no mal interpretemos o minimicemos su autoridad, continúa declarando que se trata de una autoridad ejercida en el cielo y en la tierra. Que toda potestad en el cielo le ha sido entregada a Jesús podría significar que la potestad que ha de ejercer en la tierra también será reconocida en el cielo. Si fuera así, sería una buena definición de la plena divinidad de Cristo -porque dicha autoridad es la autoridad de Dios-. Sin embargo, hay posiblemente algo más en la afirmación de Cristo. Por un lado, recordamos que cuando la Biblia habla sobre "las potestades" o "las autoridades" en el cielo, generalmente está hablando sobre las potestades espirituales o demoníacas. Cuando habla sobre la victoria de Cristo mediante su muerte y su resurrección, también por lo general se está refiriendo a estos poderes. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12). También podemos citar esos versículos que aparecen antes en esa misma epístola cuando habla sobre la grandeza del poder de Dios "la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero" (Ef. 1:20-21).

Cuando consideramos el anuncio de Cristo en este contexto, tenemos la sensación que el Señor está hablando no solamente de un reconocimiento celestial de su autoridad terrenal sino de una autoridad que está sobre todas las demás autoridades, ya sean éstas espirituales, demoníacas o de cualquier otra especie. Su resurrección demuestra su autoridad sobre cualquier otro poder que sea posible imaginar. En consecuencia, ya no tememos a Satanás ni

a nadie más mientras estamos comprometidos con el servicio de Cristo. Segundo, Jesús declara que tiene autoridad sobre todo en esta tierra. Esta declaración tiene varias dimensiones. Significa que tiene autoridad sobre nosotros, su pueblo. Si verdaderamente somos su pueblo, significa que nos hemos acercado a él confesando que somos pecadores, que él es el Salvador divino que hemos aceptado su sacrificio y que hemos prometido seguirle como el Señor. Esto es una hipocresía si no contiene un reconocimiento de su autoridad sobre nosotros en todas las áreas. Para ser más específicos, es cierto que hay otras autoridades legítimas sobre nosotros también: la autoridad de los padres sobre los hijos, de los ministros sobre la iglesia, de las autoridades estatales. Pero él es el Rey de reyes y el Señor de señores. La declaración de la autoridad de Cristo en la tierra también significa que tiene autoridad sobre los que no son creyentes. O sea, su autoridad alcanza a las "naciones" a las que nos envía con su evangelio (Mt. 28:19). Esto significa, por un lado, que la religión de nuestro Señor ha de ser una religión mundial. Nadie escapa a la esfera de su autoridad o está exento de su llamado. Por otro lado, se trata también de una afirmación de su capacidad de hacer que nuestros esfuerzos den fruto, ya que por el ejercicio de su autoridad los hombres y las mujeres pueden llegar a creer en él y seguirle. La base fundamental de la empresa misionera cristiana es la autoridad universal de Jesucristo, "en el cielo y en la tierra". Si la autoridad de Cristo se circunscribiera a la tierra, si él fuera sólo uno de los muchos maestros religiosos, uno de los muchos profetas judíos, una de las muchas encarnaciones divinas, no tendríamos ningún mandato para presentarlo a las naciones como el Señor y el Salvador del mundo. Si la autoridad de Jesús estuviere limitada al cielo, si no hubiera vencido a los principados y las potestades igualmente podríamos proclamarlo a las naciones, pero nunca seríamos capaces de que "se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios" (Hch. 26:18). Sólo porque toda la autoridad en la tierra pertenece a Cristo es que podemos tener la audacia de ir a todas las naciones. Y sólo porque también le pertenece toda la autoridad en el cielo es que podemos tener la esperanza del éxito.¹⁸¹

PARA JUZGAR A LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

Por último, para completar el cuadro del que habla el Credo Apostólico, tenemos al Cristo viniendo del cielo para "juzgar a los vivos y los muertos". Hoy en día hay cierta resistencia para hablar del juicio, como ya lo señalamos cuando hablamos de la ira de Dios. Se considera al juicio como algo innoble. Es posible hablar sobre el amor, la gracia, la misericordia, el cuidado, la compasión, y la fuerza de Dios. Es posible decir que él es la solución a cualquier problema que tengamos, que él está allí para cualquier emergencia. Pero hablar de Dios como

¹⁸¹ John R. W. Stott, "The Great Commission", En *One Race, One Gospel, One Task*; Congreso Mundial Sobre Evangelismo, Berlín 1966, Official Reference Volumes Ed. Cari F. H. Henry Y W. Stanley Mooneyham (Minneapolis: World Wid (Publications, 1967), Vol. 1, P. 46.

un Dios de juicio y de Jesucristo como un juez resulta tan ofensivo para nuestra cultura que muchos prefieren pasar esta doctrina por alto. ¿Cómo es posible que obviemos el hecho que el Dios del universo, tan santo y tan grandioso, un día ha de juzgar al pecado? Si no fuera cierto que Dios haya de juzgar el pecado, sería una mancha sobre el nombre de Dios. No podríamos hablar de un Dios santo, un Dios justo, un Dios soberano, si el pecado fuera a quedar indefinidamente sin castigo, como aparentemente sucede por un tiempo en este mundo. El pecado tiene sus propios mecanismos, autodestructivos. Pero si hemos de ser sinceros, debemos admitir que con frecuencia las personas buenas también sufren, y los que hacen el mal permanecen impunes. Si bien los que hacen el mal a veces son castigados, nadie puede sostener que todo el mal es castigado adecuadamente y que todo el bien es recompensado adecuadamente en este mundo. Por lo que si no hay un juicio final en donde las iniquidades de esta vida son corregidas, entonces no hay justicia en Dios. No hay justicia en ningún lado. Pero, de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia, sí hay justicia y habrá un juicio. Cuando comenzamos a hablar sobre la justicia de Dios, en un sentido nos deberíamos retirar horrorizados. No se trata sólo de recompensar esa buena obra que nosotros creemos que hemos realizado, o de juzgar esa mala acción en particular. De lo que se trata es que según los estándares de Dios "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Ro. 3:10-12). Cuando hablamos sobre el juicio de Dios, entonces, estamos hablando sobre el juicio que con justicia cae sobre cada uno de nosotros. ¿Qué hemos de hacer, entonces? ¿Cómo podremos estar delante de Cristo en ese juicio? En el libro de Hechos tenemos un hermoso cuadro de cómo el cristiano puede estar delante de Dios. Es el cuadro de cómo él que ha creído en Cristo le encontrará no como juez sino como redentor —y este es un milagro de milagros—. El cuadro surge a partir del relato de la muerte de Esteban, una persona común que había predicado en Jerusalén con tanto poder que las autoridades le odiaban y lo apedrearon hasta matarlo.

Antes de morir, sin embargo, Dios le permitió tener una visión del Cristo celestial. Vio a Jesús, parado al lado de Dios esperándolo para recibirlo en gloria, y no sentado sobre el trono del juicio a la diestra de Dios. Su testimonio fue: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios" (Hch. 7:56). Y cuando murió repitió las mismas palabras del Señor: "Señor Jesús, recibe mi espíritu" (vs. 59) y "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (vs. 60). Quiero resumir esta sección diciendo que Jesús es la fuente en donde encontramos todo bien espiritual. Como escribió Calvino:

Si buscamos la fuerza, está en su poder; si la pureza, en su concepción; si la dulzura, la vemos en su nacimiento. Porque por su nacimiento él se hizo como nosotros en todo sentido (He 2:17) para que pudiera sentir nuestro dolor (comparar con He 5:2). Si buscamos la redención, descansa en su pasión; si el perdón, en su condenación; si la remisión de la maldición, en su cruz (Gá. 3:13); si la satisfacción, en su sacrificio; si la purificación, en su sangre; si la

reconciliación, en su descenso al Hades; si la mortificación de la carne; en su tumba; si la novedad de vida, en su resurrección; si la inmortalidad, también en la resurrección; si la herencia del reino celestial, en su entrada en el cielo; si la protección, si la seguridad, si la abundancia de bendiciones, en su Reino; si la expectativa tranquila del juicio, en el poder que le ha sido dado para juzgar.¹⁸²

Cuando consideramos la persona y la obra de Cristo es una tontería buscar las bendiciones espirituales en cualquier otro lado. Lo único sabio es confiar solamente en él.

CAPITULO 37: EL CRISTIANISMO PERSONAL

TODAS LAS RELIGIONES TIENEN UN CIERTO GRADO DE CONTENIDO intelectual que los seguidores de esa religión por lo general desean conocer. Pero los cristianos se enfrentan a dos peligros específicos al encarar el estudio de las doctrinas del cristianismo. Por un lado, muchas veces se toman indebidamente subjetivos. El tema de la enseñanza cristiana es la naturaleza de Dios y lo que él ha hecho por nuestra salvación mediante la muerte de Jesucristo. Ahora bien, como este tema es emocional y, a la vez, mentalmente motivante, estos creyentes se retraen de la tarea meticulosa de comprender su fe intelectualmente y colocan el énfasis en el sentimiento y la experiencia, en ocasiones hasta el punto de separarlas de la obra de Dios en la historia y hasta de las afirmaciones explícitas y claras que aparecen en la Biblia. Cuando las experiencias que buscan encontrar están ausentes o resultan muy flojas, tratan de fabricarse sentimientos espirituales hacia Dios y así quedan a la merced de la autosugestión, de las circunstancias y hasta de las maquinaciones del demonio, de quien se nos dice que a veces se nos aparece disfrazado como "un ángel de luz" (2 Co. 11:14). Este énfasis no suele llegar a tales extremos. Con frecuencia es sólo la suposición, muchas veces ni siquiera expresada verbalmente, que para que una persona haya de ser salva es necesario que tenga una determinada intensidad de experiencia religiosa. O al menos, si nos colocamos en un nivel más sofisticado, esa es la impresión que tenemos de la lectura de un libro como *The Varieties of Religious Experience* ("Las distintas expresiones de experiencia religiosa") de William James.¹⁸³ Este estudio clásico sobre la psicología de la religión intenta reflejar una gama amplia de experiencias y proveer un análisis imparcial sobre ellas. Las personas que leen este libro, o cualquier otro libro que se le asemeje, pueden sentir, equivocadamente, que no son cristianos simplemente porque nunca han tenido una experiencia tan intensa en sus vidas.

¹⁸² Calvino, *Institutes*, Pp. 527-28.

¹⁸³ William James, *The Varieties Of Religious Experience* (New York: The New American Library, N.D.).

El otro peligro es igualmente perjudicial: una fe cristiana demasiado objetiva. Alguien podría tener un conocimiento bíblico considerable y hasta un cierto grado de conformidad y compromiso intelectual con estas verdades, y sin embargo no haber sido transformado. La fe existe. Pero bien puede tratarse de la fe que menciona Santiago cuando dice: "Tú crees que Dios es uno, bien haces; también los demonios creen, y tiemblan" (Stg. 2:19).

Este peligro está muy latente entre los cristianos conservadores en particular. Harold O. J. Brown dice: "Al insistir, como debiéramos hacer, sobre la naturaleza objetiva de la expiación y la naturaleza efectiva de su aplicación en los seres humanos individuales para la salvación, corremos el riesgo de quedarnos con una doctrina que es puramente histórica y judicial, sin unas dimensiones creíbles y humanas en el espacio y el tiempo en que nos toca vivir... Además, perdemos de vista que nosotros también estamos inmersos en este proceso, y fue la santificación, la obra continua del Espíritu Santo en nuestras vidas, constituye un proceso" que debe darse entre nosotros.¹⁸⁴ ¿Cómo es posible evitar estos peligros? ¿Cómo habremos de resolver el problema de tener una revelación objetiva de Dios en la historia y una apropiación vital de esa salvación? Dejados a nosotros mismos, posiblemente no haya una respuesta convincente. Pero la Biblia nos dice que Dios tiene una solución. De la misma manera que el Padre envió a su Hijo para realizar la obra histórica y objetiva de la expiación que sirviera de base para nuestra salvación, así también envía al Espíritu Santo para que aplique esa salvación en nosotros personalmente. No se trata de una única acción, simple e indivisible. Más bien involucra una serie de acciones y procesos: el llamado de Dios, la regeneración, la justificación, la adopción, la santificación y la glorificación. En cada uno de estos casos, el Espíritu Santo aplica la obra de Cristo en nosotros personalmente.

La tercera sección de este tomo tratará sobre estos procesos y, por ende, sobre la obra del Espíritu Santo de Dios. Como lo expresó Calvino en el título a la tercera sección de su Institución de la Religión Cristiana, significa "la manera en que recibimos la gracia de Cristo, los beneficios que surgen a partir de ella, las consecuencias subsiguientes".¹⁸⁵

¿PERSONA O PODER?

Un análisis de este tipo debe comenzar con la naturaleza del Espíritu Santo mismo. Y la primera pregunta es la siguiente: ¿Deberíamos usar la expresión él mismo? ¿Se trata del Espíritu Santo de una persona real cuya obra es salvarnos santificarnos o se trata de un poder que debemos usar en nuestro beneficio? Si pensamos en el Espíritu Santo como siendo un poder misterioso, nuestros pensamientos serán: "¿Cómo puedo tener más del Espíritu

¹⁸⁴ Harold O. J. Brown, "The Conservative Option", En *Tensions In Contemporary Theology*, Ed. Stanley N. Gundry Y Alan E Johnson (Chicago: Moody, 1976), P. 356.

¹⁸⁵ Calvino, *Institutes*, P. 537.

Santo?" Si pensamos en el Espíritu Santo como siendo una persona, preguntaremos: "¿Cómo puede el Espíritu Santo tener más de mí?" El primer pensamiento no es bíblico, es pagano. El segundo, es el cristianismo del Nuevo Testamento. Reuben A. Torrey lo señala con toda claridad:

El concepto del Espíritu Santo como una influencia o un poder divino del que nos tenemos que apropiarse y utilizar, conduce a la exaltación del propio individuo y a la autosuficiencia. Quien piense así sobre el Espíritu Santo y quien al mismo tiempo crea haber recibido el Espíritu Santo estará inevitablemente lleno de orgullo espiritual y caminará de aquí para allá como si perteneciera a una orden superior de cristianos. Con frecuencia escuchamos a esas personas decir: "Yo soy un hombre del Espíritu Santo" o "Yo soy una mujer del Espíritu Santo". Sin embargo, cuando comprendemos que el Espíritu Santo es una persona divina con una majestad y una gloria y una santidad y un poder infinitos, quien maravillosamente ha condescendido a llegarse a nuestros corazones para habitar allí y tomar posesión de nuestras vidas y utilizarlas, esto nos humillará y nos hará permanecer humillados. No se me ocurre otro pensamiento más humillante y más sobrecogedor que el pensar que una persona llena de gloria y majestad divina mora en mi corazón y esté dispuesta a utilizar incluso mi persona.¹⁸⁶ Esta diferencia de enfoque está ilustrada en las páginas del Nuevo Testamento. Por un lado, tenemos el caso de Simón el mago cuyo relato aparece narrado en Hechos 8:9-24. Simón era un ciudadano de Samaría, donde Felipe, uno de los primeros diáconos, había estado predicando el evangelio. Aparentemente, Simón había creído en Cristo y era salvo, ya que el relato nos dice: "También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe" (vs. 13). Simón, sin embargo, sabía muy poco sobre el cristianismo. Por eso, cuando vio los milagros que se hacían estaba atónito, y cayó en el error de creer que el Espíritu Santo era un poder que podía ser comprado. Más tarde, cuando Pedro y Juan vinieron a Samaría para evaluar la tarea que se estaba desarrollando, y ya habían sido utilizados por Dios para impartir el Espíritu a otros, Simón les ofreció dinero a los discípulos para que ellos le dieran "ese poder" (vs. 19). Pedro le respondió: "Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú ni parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón" (vs. 20-22). El ejemplo opuesto lo encontramos en el comienzo de la labor misionera, con Pablo y Bernabé. En ese caso se nos dice que: "Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hch. 13:2). En el primer ejemplo, una persona quería tomar y usar a Dios. En el segundo ejemplo, es Dios quien toma y usa a dos personas.

¹⁸⁶ Reuben A. Torrey, *The Person And Work Of The Holy Spirit* (1910; Reedición, Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1970), Pp. 8-9.

Pero, alguien podría preguntarse, ¿no hay pasajes y hasta secciones enteras de la Biblia donde la personalidad diferenciada del Espíritu Santo no es evidente? Este es el caso del Antiguo Testamento, donde con frecuencia se habla del Espíritu de Dios como en el segundo versículo del Génesis "Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" o con referencia a algunas personas, de quien se nos dice que "el Espíritu de Jehová [Dios] vino sobre ellos" (Jue. 6:34; 2 Cr. 24:20). Se puede decir que estos versículos son las primeras radicaciones sobre la doctrina de la personalidad diferenciada del Espíritu santo, y por lo tanto también de la Trinidad. Si bien en el Antiguo Testamento hay muy poco con respecto a una clara y explícita presentación de la diferenciación personal de la segunda persona de la Trinidad, y aún mucho menos sobre a diferenciación personal del Espíritu de Dios.

Este no es el caso cuando llegamos al Nuevo Testamento, sin embargo. Aquí, el Espíritu Santo se nos muestra como un miembro de la Trinidad, semejante en todo sentido al Padre y al Hijo y, sin embargo, siendo algo distinto a ellos. Esto no significa, de ningún modo, que hay tres dioses. Como ya lo señalamos en el Tomo I de este volumen.¹⁸⁷ Hay tres personas. Sin embargo, de una forma que trasciende y escapa a nuestro entendimiento, estas tres personas son también una sola.

Se define una persona como alguien que posee conocimiento, sentimientos y una voluntad, y esto es lo que se afirma sobre el Espíritu. En Juan 14:16-18, Jesús dice con respecto al Espíritu Santo: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará con vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros". Si el Espíritu fuese sólo un poder, esta promesa en realidad sería similar a algún tipo de compensación: "Yo me voy a alejar de ustedes, pero les voy a dar algo para compensar mi partida". Pero no es implemente un poder. No es algo que es otorgado, sino otra de las personalidades divinas, una personalidad que tiene conocimiento, porque conocerá las necesidades de los discípulos; que tiene sentimientos, porque se identificará con ellos en la tribulación; y que tiene una voluntad, porque se ha propuesto insolarlos en cumplimiento de la comisión de Dios.

Podemos agrupar la evidencia presente en el Nuevo Testamento sobre la personalidad diferenciada del Espíritu Santo en seis categorías:

1. Las acciones personales del Espíritu Santo. Un ejemplo lo tenemos en el texto que acabamos de citar. Allí se nos dice que el Espíritu consuela a los cristianos. Otro ejemplo lo encontramos en Juan 16:8-11 que nos habla de la obra desarrollada por el

Espíritu en el convencimiento de los no creyentes. "Y fiando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio".

2. La misión del Espíritu Santo, diferente a las misiones del Padre y del Hijo. : sus señala esto claramente en su discurso final: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí" (Jn. 15:26).
3. La posición y el poder del Espíritu Santo, igual a la del Padre y del Hijo. Las variadas fórmulas trinitarias del Nuevo Testamento expresan esto con claridad. En Mateo 28:19, a los discípulos se les encarga que bauticen "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". En 2 Corintios 13:14, Pablo ora para que "la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con" todos sus lectores. Pedro habla sobre aquellos que han sido "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P 1:2). Judas habla de nuestro ser que crece en la fe cristiana mientras permanecemos "orando en el Espíritu Santo", y nos mantenemos "en el amor de Dios esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna" (vs. 20-21).
4. Las apariciones del Espíritu Santo en forma visible. Cuando Jesús fue bautizado, "descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (Le. 3:22). Y durante Pentecostés, "se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos" (Hch. 2:3).
5. El pecado contra el Espíritu Santo. Este implica una ofensa contra una personalidad (Mt. 12:31-32).
6. Los dones del Espíritu Santo. En 1 Corintios 12:11, después de haber enumerado los dones de sabiduría, conocimiento, fe, sanidad, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas e interpretación de lenguas, Pablo escribe: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere".¹⁸⁸ Los dones del Espíritu Santo son distintos al Espíritu Santo mismo, lo que nos está indicando que él no es meramente una fuerza detrás de estas manifestaciones asombrosas.

Tenemos aquí seis argumentos por separado que nos muestran que el Espíritu Santo es una persona. Sin embargo el problema para muchos de nosotros bien puede no ser tanto la doctrina sobre el Espíritu Santo sino nuestra actitud hacia él. En teoría, muchos de nosotros creemos que el Espíritu Santo es una persona, la tercera persona de la Divinidad. ¿Pero lo concebimos en realidad así? ¿Pensamos alguna vez en él como persona? Es posible que

¹⁸⁸ Los puntos fueron sugeridos por George Smeaton, *The Doctrine Of The Holy Spirit* (1882; Reedición, London: Banner Of Truth Trust, 1974), P. 109

hagamos lo que hizo una mujer que había asistido a una serie de mensajes sobre el Espíritu Santo en una conferencia bíblica hace muchos años. Ella escuchó atentamente y luego se acercó al predicador para agradecerle su enseñanza. Le dijo: "Antes de escuchar su predicación nunca había pensado en ese espíritu como una persona". Aparentemente, todavía no estaba pensando en él como una persona.

¿ES DIOS?

Hay otro tema preliminar que debemos estudiar. Hemos insistido en que el Espíritu Santo es una persona en sí misma, pero también lo hemos llamado una persona divina. ¿Es divino? ¿O se trata de un ser algo menor, quizás un ángel? ¿El Espíritu Santo es Dios?

Una de las indicaciones más claras sobre la plena divinidad del Espíritu Santo la encontramos de labios de Jesús cuando prometió enviar al Espíritu a sus discípulos y lo llama el "otro Consolador" (Jn. 14:16). En este pasaje la palabra clave es otro. En el griego hay dos palabras distintas que se utilizan para otro. Tenemos a allos, la palabra utilizada aquí (que significa "otro igual al primero"), y tenemos a heteros (que significa "completamente diferente"), de donde proviene el término heterodoxo. Como la palabra en este pasaje es allos y no heteros, Jesús está diciendo que enviará a sus discípulos una persona que es como él es, o sea, alguien que es plenamente divino. ¿Quién es el primer Consolador? Jesús. Jesús había sido la fuerza y el consuelo para sus discípulos durante los años de su ministerio entre ellos. Ahora se va, y en su lugar ha de enviar un segundo Consolador que es igual a él. Será otra persona divina viviendo con ellos y (en este caso) en ellos.

Pero, por supuesto, no es esta la única evidencia sobre esta doctrina tan importante. Podemos agrupar la evidencia sobre la divinidad del Espíritu Santo en las siguientes categorías:

1. Los atributos divinos del Espíritu Santo. La expresión Espíritu Santo en sí misma ya es un ejemplo evidente, ya que la palabra Santo está denotando la esencia misma de la naturaleza de Dios. Él es el "Santo Padre" (Jn. 17:11), y Jesús es "el Santo de Dios" (Jn. 6:69; comparar con Mr. 1:24). Del Espíritu de Dios se nos dice que es omnisciente (Jn. 16:12-13; 1 Co. 2:10-11), omnipotente (Le. 1:35), y omnipresente (Sal. 139:7-10).
2. Las obras de Dios atribuidas al Espíritu Santo. El Espíritu estuvo activo en la obra de la creación (ver Job 33:4). Fue el Espíritu quien impartió las Escrituras (ver 2 P 1:21). Es el agente del nuevo nacimiento, como veremos con más detalle en un capítulo posterior (ver Jn. 3:6). Es el agente de la resurrección (ver Ro. 8:11).
3. La igualdad del Espíritu Santo con Dios el Padre y Dios el Hijo. Las bendiciones y las fórmulas trinitarias ya citadas son un ejemplo de esto.

4. El nombre de Dios que se le otorga indirectamente. El ejemplo más claro lo encontramos en Hechos 5:3-4 donde Pedro le dice a Ananías: "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?... No has mentido a los hombres, sino a Dios". Otros ejemplos lo constituyen aquellos pasajes del Antiguo Testamento citados en el Nuevo Testamento donde, por un lado, se nos dice que es Dios quien habla, y por otro lado, se nos dice que es el Espíritu Santo quien habla. Isaías 6:8-10 comienza diciendo: "Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" En Hechos 28:25-27 cuando se cita este pasaje de Isaías dice: "Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres..." Ya he intentado mostrar la importancia práctica que tiene el que reconozcamos que el Espíritu Santo es una persona. Ahora pregunto: ¿Importa que sepamos que es Dios? Sí, importa. Si sabemos que es Dios y constantemente reconocemos su deidad, podremos reconocer y depender de su obra. J. I. Packer pregunta:

¿Honramos al Espíritu Santo reconociendo y dependiendo de su obra? ¿O lo desairamos, ignorándolo y por lo tanto deshonrándolo, no sólo al Espíritu, sino al Señor que lo envió? En nuestra fe: ¿reconocemos la autoridad de la Biblia, el Antiguo Testamento profético y el Nuevo Testamento apostólico que él inspiró? ¿La leemos y la escuchamos con la reverencia y la receptividad que corresponden a la Palabra de Dios? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo. En nuestra vida: ¿nos guiamos por la autoridad de la Biblia, y vivimos de acuerdo a la Biblia, no importa lo que los hombres digan en contra de ella, reconociendo que la Palabra de Dios no puede ser otra cosa que verdad, y que lo que Dios dice es lo que quiere significar y lo que cumplirá? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo, quien nos dio la Biblia. En nuestro testimonio: ¿recordamos que sólo el Espíritu Santo, por su testimonio, puede validar nuestro testimonio, y esperamos que lo haga, y confiamos en que lo hará, y mostramos la realidad de nuestra confianza de la misma manera que lo hizo Pablo, evitando las tretas de la inteligencia humana? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo. ¿Podemos dudar que el actual vacío que vemos en la vida de la iglesia sea el juicio de Dios por la manera en que hemos deshonrado al Espíritu Santo? Y en dicho caso, ¿qué esperanza podemos tener que la situación se revierta hasta que no aprendamos en nuestro pensamiento y en nuestras oraciones y en nuestra práctica a honrar al Espíritu Santo?¹⁸⁹

La personalidad y la deidad del Espíritu Santo son enseñanzas prácticas, porque por medio de la actividad de este ser divino el evangelio de salvación en Jesucristo se hace comprensible para nosotros y puede transformar nuestras vidas. El Espíritu es la clave para una religión personal vital y verdadera.

CAPITULO 38: LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

CUANDO NOS ENCONTRAMOS CON UNA PERSONA, NUESTRA PRIMER pregunta suele ser: ", Quién es usted?" y "¿Qué hace?" La persona que responde puede decir: "Soy Diana Black; trabajo en la comisión de la escuela",

O "Soy León Hall; soy un vendedor en una aerolínea". En ambos caso, la primera parte de la respuesta contiene un nombre, y a veces una indicación del lugar donde vive. La segunda parte es sobre su ocupación. Podemos hacer las mismas preguntas al estudiar al Espíritu Santo. En el último capítulo preguntamos: "¿Quién eres?" Vimos que el Espíritu Santo es un ser divino, personal, igual a Dios el Padre y a Dios el Hijo-en todos sus aspectos. En este capítulo hemos de preguntar qué es lo que este ser divino hace.

GLORIFICAR A CRISTO

Cuando preguntamos qué es lo que el Espíritu Santo realiza instintivamente ya sentimos que nuestra pregunta será casi imposible de responder. Ya que si el Espíritu Santo es Dios, como lo es, entonces todo lo que el Padre y el Hijo hacen, el Espíritu Santo también hace. Entonces, como ya lo sugerí al tratar la doctrina de la Trinidad en el Tomo I, es posible decir que el Espíritu Santo estuvo activo en la creación del universo (Gn. 1:2), inspiró las Escrituras (2 P 1:21), gobernó el ministerio terrenal del Señor Jesucristo (Le. 4:18), le otorga una vida espiritual al pueblo de Dios (Jn. 3:6), y llama y dirige a la iglesia (Hch. 13:2; 16:6-7; 20:28). Todo lo que realizan los demás miembros de la Divinidad, el Espíritu Santo también lo realiza. Por otro lado, es posible apreciar que la Biblia da determinado énfasis a la obra que los distintos miembros de la Trinidad desarrollan. Por ejemplo, el Padre está principalmente activo en la obra de la creación mientras que el Hijo está principalmente activo en la redención de la raza humana.

¿Cuál es la tarea principal del Espíritu Santo? Algunos podrían responder que el Espíritu Santo está activo en la santificación de los creyentes como individuos, o en la inspiración de la Biblia, o en el impartir dones especiales entre los que sirven dentro de la iglesia, o en atraer a los no convertidos a aceptar a Cristo. Pero si bien todas estas acciones son ejemplos de las cosas que el Espíritu hace, no son la mejor respuesta a la pregunta planteada. La mejor respuesta la encontramos en Juan 16:13-14 (y en otros versículos relacionados) donde Jesús mismo explica la obra del Espíritu en estas palabras: "Pero cuando venga al espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará

todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (cursivas mías). En Juan 15:26, el Señor declara: "él dará testimonio de mí".

La obra del Espíritu Santo es, antes que nada, glorificar a Cristo. Es más, cuando la comprendemos correctamente, todas las demás acciones que pueden ser mencionadas están incluidas en este propósito principal.

Si se nos dice que el Espíritu Santo no hablará de sí mismo sino de Jesús, entonces podemos concluir que cualquier énfasis sobre la persona y la obra del Espíritu que nos aleje de la persona y la obra de Jesucristo no es una actividad del Espíritu. En realidad, se tratará de la obra de otro espíritu, el espíritu del anticristo, cuya tarea es minimizar la persona de Cristo (1 Jn. 4:2-3). A pesar de la importancia que tiene el Espíritu Santo, nunca debe ocupar el lugar de Cristo en nuestro pensamiento. Por otro lado, siempre que el Señor Jesucristo es exaltado —de cualquier manera— allí la tercera persona de la Trinidad está obrando. Podemos reconocer su presencia y estar agradecidos.

ENSEÑANDO SOBRE CRISTO

Ahora sí podemos preguntarnos: ¿Cómo es específicamente que el Espíritu Santo glorifica al Señor Jesucristo? Lo hace en cuatro áreas.

Primero, el Espíritu Santo glorifica a Jesús cuando nos enseña sobre él en las Escrituras. El Nuevo Testamento nos dice que el Espíritu Santo ya hacía esto antes de la Encarnación de Cristo, por medio de la inspiración del Antiguo Testamento. Pero su obra no acabó allí. El Nuevo Testamento registra lo que Cristo hizo y nos explica su significado. Esto tenía tal peso sobre la tarea de los discípulos que está resaltado en la última conversación que Cristo mantuvo con ellos. Allí les dice: "Cuando venga el Consolador, ...él dará testimonio acerca de mí" (Jn. 15:26). Y, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad" (Jn. 16:12-13).

Los discípulos sabían, sin duda, que en el período del Antiguo Testamento el Espíritu había descendido sobre algunos profetas, reyes y otros líderes para hablar por su intermedio. Ellos podrían hasta haber comprendido que el mensaje central del Antiguo Testamento fue la promesa de Dios de enviar un Redentor.

Pero ahora se les dice que el mismo Espíritu Santo ha de venir sobre ellos —todavía más, estar en ellos— para que nada sobre la obra y las enseñanzas de Cristo, necesarias para nuestra salvación y el crecimiento de la iglesia, se pierda. ¿Cómo fue posible que estas

personas, la mayoría pescadores sin ninguna formación, fueran los agentes por los que nos llegó el Nuevo Testamento? ¿Cómo podemos confiar en el registro que ellos hicieron sobre la vida y la enseñanza de Jesús? Pueden haber realizado registros incorrectos. Pueden haber mezclado la verdad con el error. La respuesta a estas especulaciones es que no cometieron ningún error porque el Espíritu Santo los guió y no permitió que cometieran ninguna equivocación. Alguno de los acontecimientos y enseñanzas registrados, ellos mismos los vieron y los escucharon y se acordaron. Otros puntos les fueron revelados por primera vez con posterioridad. En ambos casos fueron guiados por el Espíritu Santo. En realidad, esto era tan cierto en su caso como en el caso de los autores del Antiguo Testamento. Como lo expresó Pedro, "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:21).

Al hacer esta obra el Espíritu Santo glorificó a Jesús con creces. El Espíritu preparó la venida de Cristo mediante la inspiración del Antiguo Testamento (el Antiguo Testamento le decía al pueblo lo que tenían que esperar y cuándo tenían que esperarlo). Luego conservó la historia sobre su venida y dio la única interpretación infalible de ella mediante la inspiración de los libros del Nuevo Testamento.

Estos versículos no sólo nos hablan sobre la venida de una nueva revelación; también nos están sugiriendo la naturaleza tripartita de esta revelación. Primero, la revelación es histórica. En Juan 16:13 Jesús dice sobre el Espíritu Santo: "él os guiará [a los discípulos] a toda verdad". O sea, los guiaría a toda verdad concerniente a Jesús. En Juan 14:26 el elemento histórico es todavía más claro: "él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho". Es posible que con el tiempo los discípulos se olvidaran de algunas cosas que acontecieron, pero el Espíritu Santo se encargaría de recordarles los acontecimientos históricos vinculados a la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. El registro de estos acontecimientos lo encontramos en los evangelios —Mateo, Marcos, Lucas, Juan— y también en el libro de los Hechos.

La naturaleza histórica del cristianismo es la que lo diferencia de otras religiones, mitologías y filosofías. Estas conciben a la religión principalmente como un patrón de ideas y a la salvación como el aprendizaje de determinadas cosas o el cumplir con determinadas acciones. El cristianismo tiene ideas, esto es cierto; pero las ideas están basadas sobre lo que Dios ha hecho, y esto es determinante.

La base histórica también diferencia al cristianismo de la perspectiva evolutiva de la religión, la perspectiva según la cual hace miles de años los hombres y las mujeres tenían ideas primitivas sobre Dios, ideas que se fueron desarrollando en la medida que su conocimiento se incrementaba, y que sus escritos sobre Dios muestran este desarrollo. Como esto continuó hasta el presente. Hoy podemos dejar de lado lo que consideramos no son conceptos dignos

de Dios y agregar otros que consideramos de más valor. Jesús, sin embargo, enseñó que lejos de ser algo desechable, la acción de Dios en la historia es la base misma de su revelación a los hombres y las mujeres. Esto lo vemos claramente en la cruz de Cristo donde Dios no enseñó simplemente una idea, hizo algo. Expió el pecado, reveló su amor y mostró su juicio.

Segundo, la revelación de Dios es doctrinal. Jesús enseñó que el Espíritu Santo "tomará de lo mío, y os lo hará saber [a los discípulos]" (Jn. 16:14). "El nos enseñará todas las cosas" (Jn. 14:26). El resultado de esta enseñanza lo encontramos en las epístolas, comenzando con la gran carta a los Romanos, que desarrolla la doctrina cristiana en su forma más cabal. Las otras epístolas tratan sobre problemas particulares de la iglesia y la teología, y concluyen con las pistolas de naturaleza pastoral —1 y 2 Timoteo, Tito, 1, 2 y 3 Juan, 1 y 2 Pedro, Judas.

Si bien Dios ha intervenido en la historia, no contamos sólo con eso. Nos ha dicho lo que su acción significa. Así es como sabemos que Dios vino en Cristo, pero lo que esto tiene de significativo es que Dios se nos revela a nosotros. Sabemos que Dios es amor debido a Cristo. Sabemos que es justo debido a Cristo. Sabemos mucho más sobre su naturaleza compasiva y misericordiosa debido a Cristo. Y además, decimos que Cristo murió. Pero todo el mundo viere. Lo que importa es por qué murió. Las epístolas nos dan la explicación por qué Jesucristo tuvo que morir.

Por último, la revelación de Dios es profética. Jesús nos dice que el Espíritu Santo "os hará saber [a los discípulos] las cosas que habrán de venir" (Jn. 16:13). Los resultados de esta revelación los tenemos esparcidos en todo el Nuevo estamento: Mateo 24-25; Marcos 13; Romanos 11; 1 Corintios 15; y en especial en el libro de Apocalipsis. La profecía nos está indicando que Dios todavía está interviniendo en la historia. Dios no obra de una manera estática de manera tal que nuestro período histórico sea absolutamente idéntico a los períodos anteriores y a los que todavía han de venir. Por el contrario, Dios está diciendo cosas singulares en la historia — trabajando con la gente, desarrollando un plan— por lo que todo lo que cada uno de nosotros hace es importante. Además, toda su labor nos conduce al día en que el Señor ha de regresar, cuando Dios congregará a los suyos y demostrará que el camino del Señor es el único camino verdadero. El Espíritu Santo nos ha dado la Biblia para que en la historia, en la doctrina y en la profecía el Señor Jesucristo sea glorificado.

ATRAYENDO A LAS PERSONAS A CRISTO

La segunda manera como el Espíritu Santo glorifica a Jesús es atrayendo en la fe salvadora a los hombres y las mujeres a Jesús. He de analizar esto en detalle en la sección de este tomo titulada "Cómo Dios salva a los pecadores", por lo que no es necesario que la exponga

completamente en este momento. Pero debo señalar que sin esta actividad del Espíritu Santo nadie podría venir a Jesús.

Después que Jesús dijo que habría de enviar al Espíritu Santo a los discípulo; para que los acompañara para siempre, agregó: "el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce" (Jn. 14:17). Cuando Juan hace mención al mundo se está refiriendo al mundo de hombres y mujeres que están alejados de Cristo. Sin la obra del Espíritu Santo que guía a las personas a Cristo nadie puede ver, ni conocer ni recibir las cosas espirituales. No pueden ver porque están espiritualmente ciegos. Como lo dijo Jesús: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3). No pueden conocer porque las cosas de: Espíritu "se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). Y no pueden recibir al Espíritu Santo o a Cristo, porque como también lo dijo Jesús: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44).

¿Qué sucede entonces? El Espíritu Santo es quien abre los ojos ciegos para que los no regenerados pueda ver la verdad, aclara sus mentes para que puedan entender lo que ven, y cariñosamente mueve sus voluntades hasta que llegan a colocar su fe en el Salvador. Sin esta obra no habría ni siquiera un solo cristiano en el mundo. Por medio de ella, el Espíritu Santo nos salva y glorifica al Señor Jesús.

REPRODUCIENDO EL CARÁCTER DE CRISTO

Tercero, el Espíritu Santo glorifica a Jesús cuando reproduce su carácter en los creyentes. Realiza esto de tres maneras: primero, guiando a los cristianos a una mayor victoria sobre sí mismos y sobre el pecado; segundo, intercediendo por ellos en la oración y enseñándoles cómo orar; y tercero, revelándoles la voluntad de Dios para sus vidas y ayudándoles a caminar en ella. Estos ministerios se combinan para producir el "fruto del Espíritu", que es la vida de Cristo en cada uno de nosotros.

Pablo habla sobre este fruto en Gálatas 5:22-23, diciendo: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza". Estas virtudes estuvieron claramente presentes en Cristo y, según la enseñanza de Pablo, también han de estar presentes en los cristianos. Los comentaristas han señalado la importancia que tiene el que se hable de un fruto (singular) en lugar de frutos (plural). "El fruto del Espíritu" tiene que estar presente en todas sus manifestaciones en cada uno de nosotros. Esto no es cierto en el caso de los "dones" del Espíritu, que analizaré con más detalle en la cuarta, y última parte, de este volumen. Se nos dice que el Espíritu Santo le da los dones a un cristiano y a otro según su voluntad (1 Co. 12:11). Así es como uno puede ser un maestro, otro un pastor, otro un

evangelista y todavía otro un administrador. Pero por el contrario, todos y cada uno de los cristianos deben poseer todo el fruto del Espíritu.

El amor encabeza la lista, y esto es completamente apropiado. "Dios es amor" (1 Jn. 4:8) y, por lo tanto, la mayor de las virtudes cristianas es el amor (1 Co. 13:13). El carácter de esta virtud está impartido por el amor divino; el amor de Dios es inmerecido (Ro. 5:8), es un gran amor (Ef. 2:4), es un amor que transforma (Ro. 5:3-5) y que no cambia (Ro. 8:35-39). El amor de Dios envió a Cristo a morir por nuestro pecado. Ahora, como el Espíritu de Cristo ha sido implantado en los cristianos, debemos mostrar un amor grande, transformador, de sacrificio e inmerecido tanto hacia otros cristianos como hacia el mundo. Así es como el mundo sabrá que los cristianos son evidentemente los seguidores de Cristo (Jn. 13:35).

El gozo (o la alegría) es la virtud que en la vida cristiana corresponde a la felicidad en el mundo. Superficialmente parecen estar relacionadas y ser similares. Pero la felicidad depende de las circunstancias — cuando las circunstancias positivas desaparecen, la felicidad desaparece con ellas— mientras que el gozo no depende de las circunstancias. El gozo se basa en el conocimiento de quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros en Cristo. Cuando Jesús estaba hablando a sus discípulos sobre el gozo, poco antes de su arresto y crucifixión, dijo: "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 15:11). "Estas cosas" se refiere a las enseñanzas de los capítulos 14 y 15 de Juan, y posiblemente también al capítulo 16, ya que Jesús repite esta afirmación sobre el gozo más adelante (Jn. 17:13). Porque conocemos los hechos que Dios ha hecho en nuestro lugar es que los cristianos podemos estar gozosos aun en medio del sufrimiento físico, el encarcelamiento y otras aflicciones.

La paz es el regalo que Dios le hace a la raza humana, y que logró en la cruz de Cristo. Antes de la cruz estábamos en guerra con Dios. Ahora, como Dios ha establecido la paz con nosotros, hemos de mostrar los efectos de esa paz en todas las circunstancias, a través de lo que llamamos "la paz o la tranquilidad mental" (comparar con Fil. 4:6-7). La paz ha de reinar en nuestros hogares (1 Co. 7:12-16), entre los judíos y los gentiles (Ef. 2:14-17), dentro de la iglesia Ef. 4:3; Col. 3:15), y en las relaciones que el cristiano entable con los demás He. 12:14).

La paciencia implica el poder tolerar a los demás. Dios es el ejemplo supremo de paciencia, cuando vemos cómo trató al pueblo rebelde. Este hecho es una de las razones por las que nos debemos volver a él de nuestro pecado (Joel 2:13; 2 P 3:9).

La benignidad (o amabilidad en otras versiones) es la actitud que Dios tiene en su interacción con su pueblo. Dios tiene derecho a insistir en nuestra inmediata y total conformidad con su voluntad, y podría ser bastante severo para obligarnos a conformarnos a ella. Sin embargo, no es severo. Nos trata como un padre bueno podría tratar a su hijo que está aprendiendo (Os.

11:1-4). Este es nuestro modelo. Si los cristianos hemos de demostrar benignidad, debemos actuar con los demás de la misma manera que Dios ha actuado hacia ellos (Gá. 6:1-2).

La bondad es similar a la benignidad, pero más a menudo se la reserva para aquella situación donde el objeto de nuestra bondad no la merece. Está vinculada a la generosidad.

La fe significa la fidelidad o la confiabilidad. La verdad, una parte del carácter de Dios, está en juego aquí. Los siervos fieles de Cristo darán sus vidas antes que renunciar a él o, para ponerlo en un plano menos elevado, estarán dispuestos a sufrir cualquier inconveniencia antes que retractarse. No se darán por vencidos. Esto es también descriptivo del carácter de Cristo, el testigo fiel (Ap. 1:5), y de Dios el Padre, quien siempre actúa de esta manera hacia su pueblo (1 Co. 1:9 10:13; 1 Ts. 5:24; 2 Ts. 3:3).

La mansedumbre (o humildad, según otras versiones) la vemos claramente en aquellas personas muy seguras de sí mismas que siempre están enojadas en el momento preciso (como contra el pecado) y que nunca están enojadas fuera de tiempo y lugar. Fue la virtud que caracterizó a Moisés, de quien se nos dice que fue el hombre más manso y humilde que haya vivido (Nm. 12:3).

La última manifestación del fruto del Espíritu es la templanza o el dominio propio que nos da la victoria sobre los deseos de la carne, y que por lo tanto está vinculada a la castidad tanto de la mente como de la conducta. Barclay señala que "es la gran cualidad que recibe el hombre cuando Cristo está en su corazón la cualidad que le hace posible vivir y caminar en este mundo sin que sus ropas se manchen del mundo".¹⁹⁰

No debemos creer, sin embargo, que como estas nueve virtudes son aspectos de la obra del Espíritu y como el Espíritu obra en los creyentes, todos los cristianos han de poseerlas automáticamente. No hay nada automático. Por eso es que se nos encomienda "caminar según el Espíritu" y no "según la carne" (Gá. 5:16). Lo que hace la diferencia entre un cristiano que lleva fruto y otro que no lleva fruto es lo cerca que permanezca de Cristo y la dependencia consciente que tenga de él. Jesús enseñó esto con la ilustración sobre la vid y los pámpanos: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto; lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:1-2;4-5).

¹⁹⁰ William Barclay, *Flesh and Spirit: An Examination of Galatians 5:19-23* (Nashville: Abingdon, 1962), p. 127.

Para llevar fruto, el pámpano que lleva el fruto debe permanecer en la vid. Debe estar vivo, y no ser simplemente un pedazo muerto de madera. En términos espirituales esto significa que el individuo antes que nada tiene que ser un cristiano. Sin la vida de Cristo en su interior, sólo son posibles las obras de la carne: "adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas" (Gá. 5:19-21). El fruto del Espíritu se hace posible cuando la vida de Cristo, provista por el Espíritu de Cristo, fluye a través del cristiano. Pero es necesario también cultivar al fruto. Este es el propósito del versículo inicial del capítulo 15 de Juan, donde a Dios se lo llama "el labrador". Esto quiere decir que Dios cuida de nosotros, nos expone a la luz solar de su presencia, enriquece el suelo en que estamos plantados y se ocupa que estemos protegidos de las sequías espirituales. Si hemos de llevar fruto, debemos permanecer cerca de Dios mediante la oración, alimentarnos de su Palabra y mantener la compañía de otros cristianos.

Por último, también es necesaria la poda. Ésta en ocasiones puede resultar incómoda, ya que significa que algunas cosas que atesoramos serán quitadas de nuestras vidas. Puede significar sufrimiento. Hay un propósito en la poda, sin embargo, y eso es lo que hace toda la diferencia. El propósito es que llevemos más fruto.

GUIANDO A LOS CRISTIANOS AL SERVICIO

La cuarta manera como el Espíritu Santo glorifica a Jesús es guiando a los seguidores de Cristo en el servicio cristiano y sosteniéndolos en el servicio. Esto fue cierto en el caso de los discípulos, como lo indican los versículos sobre el Espíritu Santo ya citados; él había de guiarlos en el futuro precisamente de la misma manera que Jesús los había guiado en el pasado. También es cierto hoy en día en el caso de los seguidores del Señor.

Un ejemplo lo constituye el pasaje que ya mencionamos por otro motivo en el último capítulo —Hechos 13:2-4—. "Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he amado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre". El Espíritu Santo llama a los hombres y las mujeres para tareas específicas y los acompaña mientras las llevan a cabo.

Por supuesto, no siempre llama de la misma manera. Es posiblemente por eso que no se nos dice cómo fue que los discípulos de Antioquía llegaron a conocer que el Espíritu Santo había designado a Bernabé y a Saulo para la labor misionera. Nuevamente, el hecho que llame no significa que no debemos buscar conscientemente la guía del Espíritu Santo. Como los que estaban en Antioquía, mientras adoraban al Señor y ayunaban —o sea, estaban tratando la

obra del Señor con seriedad y estaban inmersos en ella según sus habilidades y conocimiento— el Espíritu Santo les habló. Lo mismo es cierto hoy en día.

Pero me estoy adelantando. Antes de estudiar la vida cristiana, hemos de considerar cómo es que nos convertimos en cristianos en primer término. Y antes que eso, debemos considerar una de las doctrinas bíblicas más importantes, si bien difícil: la unión del cristiano con Cristo mediante la actividad del Espíritu.

CAPITULO 39: LA UNIÓN CON CRISTO

LA UNION CON CRISTO POR MEDIO DEL ESPÍRITU SANTO NO ES UN tema periférico en la teología bíblica, si bien suele ser dejado de lado. Es un pensamiento clave en la enseñanza del Señor, como este capítulo lo demostrará, y es tan importante en la teología paulina que un comentarista la ha llamado "el corazón de la religión de Pablo".¹⁹¹ John Murray ha escrito que "la unión con Cristo es la verdad central de toda la doctrina de salvación".¹⁹² Calvino explica el punto diciendo: "Solamente esta unión asegura que, en cuanto a nosotros respecta, él [Jesús] no vino en vano con el nombre de Salvador".¹⁹³

A. W. Pink es quizás el más enfático de todos. "El tema de la unión espiritual es el más importante, el más profundo, y además el más bendecido de todos los presentados en las Sagradas Escrituras; y sin embargo, si bien es triste afirmarlo, no hay otro tema que sea hoy tan descuidado. La expresión "unión espiritual" es desconocida en la mayoría de los ámbitos cristianos profesantes, y donde es empleada se le otorga un significado tan rebuscado que sólo lleva un fragmento de esa preciosa verdad".¹⁹⁴

Este tema bíblico es indispensable para comprender la obra del Espíritu Santo al aplicar los beneficios de la expiación de Cristo en el cristiano.

LA UNIÓN PASADA, PRESENTE Y FUTURA

Como con la mayoría de las enseñanzas del Nuevo Testamento, la simiente de esta doctrina la encontramos en las palabras registradas de Jesús, en este caso transmitida bajo diversas metáforas e ilustraciones. Una metáfora clave es la de la vid y los pámpanos: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece

¹⁹¹ James S. Stewart, *A Man in Christ: The Vital Elements of St. Paul's Religion* (New York: Harper and Brothers, n. d.), p. 147.

¹⁹² John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1955), p. 170.

¹⁹³ Calvino, *Institutes*, p. 541.

Arthur W. Pink, *Spiritual Union and Communion* (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1971), p. 7.

en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:4-5). Otra metáfora la encontramos en aquellos pasajes que hablan de comer a Cristo como uno comería un trozo de pan (Jn. 6:35) y de beberlo como uno podría beber agua (Jn. 4:10-14; comparar con Mt. 26:26-28). La misma idea está también sugerida en la forma en que los seguidores de Cristo han de ser recibidos o rechazados por el mundo, ya que esto es equivalente a una recepción o rechazo de él mismo: "El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (Le. 10:16).

En la oración sacerdotal del Señor, registrada en el capítulo 17 de Juan, esta unión está analizada explícitamente: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (vs. 20-21,23).

Esta doctrina está luego enfatizada y desarrollada ampliamente en los escritos de Pablo. Pensemos en las fórmulas paulinas más importantes, "en él", "en Cristo", "en Cristo Jesús", que ocurren 164 veces en sus escritos. Por medio de estas expresiones, Pablo nos enseña que hemos sido escogidos "en él antes de la fundación del mundo" (Ef. 1:4), llamados (1 Co. 7:22), hechos vivos (Ef. 2:5), justificados (Gá. 2:17), creados "para buenas obras" (Ef. 2:10), santificados (1 Co. 1:2), enriquecidos "en él, en toda palabra y en toda ciencia" (1 Co. 1:5), asegurados de la resurrección (Ro. 6:5). El apóstol nos dice que únicamente en Cristo tenemos redención (Ro. 3:24), vida eterna (Ro. 6:23), justificación (1 Co. 1:30), sabiduría (1 Co. 4:10), estamos libres de la ley (Gá. 2:4), y disfrutamos de toda bendición espiritual (Ef. 1:3). Él da testimonio sobre su propia experiencia cuando dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

A partir de todas estas expresiones podemos decir que la unión del creyente con Cristo es un concepto extremadamente amplio, que tiene que ver no sólo con nuestra experiencia actual de Jesús sino que también se remonta a la eternidad pasada y se extiende hacia adelante, al futuro sin límites.

Primero, si miramos hacia atrás, la fuente de salvación la encontramos en la elección eterna del individuo por Dios el Padre en Cristo. Este es el significado de todo el pasaje del capítulo 1 de Efesios, del cual ya hemos citado algunas partes; "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo" (Ef. 1:3-4). Es posible que

no podamos comprender todo el significado de esta elección eterna en Cristo, pero al menos podemos entender que no importa cuánto nos remontemos atrás en el tiempo, encontraremos que los propósitos de Dios involucraban nuestra salvación. La salvación no es un pensamiento a posteriori. Siempre estuvo allí desde el principio.

Un comentarista ha escrito: "La primer tarea que el Espíritu Santo llevó a cabo en representación nuestra fue la de elegirnos como miembros del cuerpo de Cristo. En sus decretos eternos, Dios determinó que no estaría siempre solo, que de la multitud de hijos de Adán, un gran número se convertirían en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y conformes a la imagen del Señor Jesucristo. Esta compañía, la plenitud de aquel que todo lo llena, se convertirían en hijos por el nuevo nacimiento, pero en miembros del cuerpo por el bautismo del Espíritu Santo".¹⁹⁵

Segundo, en el presente estamos unidos con Cristo en nuestra regeneración o nuevo nacimiento. Jesús se refirió a esto en su conversación con Nicodemo: "El que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3:5). Pablo amplió esta afirmación cuando dijo que "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es" (2 Co. 5:17).

Tenemos una ilustración de nuestro nuevo nacimiento en el nacimiento físico de Jesucristo. En su nacimiento, la vida divina y sin pecado del Hijo de Dios fue colocada dentro del cuerpo humano pecaminoso de la virgen María. Por un tiempo pareció como si esta vida divina hubiese sido tragada. Pero eventualmente se reveló con el nacimiento del niño Jesús.

De manera análoga, nosotros experimentamos la vida divina dentro nuestro cuando el Espíritu de Cristo viene a morar dentro de nuestros corazones. Podemos preguntarnos como hizo María: "¿Cómo será esto? ya que yo no tengo la posibilidad de engendrar vida divina". Pero la respuesta la encontramos en las palabras del ángel: "El Espíritu vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Le. 1:35). No nos convertimos en seres divinos, como algunas religiones orientales creen. Pero en un cierto sentido la propia vida de Dios viene a morar dentro de nosotros de manera tal que podemos ser llamados con justicia hijos e hijas de Dios.

Como fuimos unidos a Cristo en el momento de su muerte sobre la cruz, la redención del pecado nos ha sido asegurada, y somos justificados de todo pecado. Pablo escribe: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Ro. 6:3). Y en otra ocasión dice: "en quien tenemos redención por su sangre" (Ef. 1:7). Cuando Jesús murió sobre la cruz, aquellos de nosotros que estábamos unidos a él por medio de la fe salvadora también morimos con él en lo que respecta al castigo que nos

¹⁹⁵ Donald Grey Barnhouse, *God's Freedom* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1958), *The Epistle to the Romans*, vol. 6, p. 35.

correspondía por el pecado. Dios el Padre hizo morir a Dios el Hijo. Como estamos unidos a él, en cierto sentido también a nosotros nos hizo morir. Al hacerlo, nuestro pecado fue castigado y nunca más hemos de temer que pueda volver a surgir para atemorizarnos. Como lo expresó Henry G. Spafford en ese himno tan conocido:

Feliz yo me siento al saber que Jesús líbrame de yugo opresor; Quitó mi pecado, clavólo en la cruz; gloria demos al buen. Salvador. Estoy bien, ¡Gloria a Dios! Tengo paz en mi ser, ¡Gloria a Dios!

Como estamos unidos a Cristo en su muerte, también estamos unidos a él en su vida. Pablo desarrolla este pensamiento en el capítulo 6 de la epístola a los Romanos: Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado, murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Ro. 6:4-11).

Mediante nuestra identificación con Cristo en su muerte el poder del pecado sobre nosotros ha sido quebrado, y ahora estamos libres para obedecer a Dios y crecer en santidad.

Por último, al mirar hacia adelante, nuestra identificación con Cristo en esta unión espiritual nos asegura nuestra resurrección final (Ro. 6:5; 1 Co. 15:22) y nuestra glorificación (Ro. 8:17). Como estamos unidos a Cristo, eventualmente hemos de ser como él es. Como nunca podremos separarnos de él, siempre estaremos con él (1 Jn. 3:2).

En un sentido, "la unión con Cristo" es la salvación. Murray escribe, "Vemos que la unión con Cristo tiene su origen en la elección de Dios el Padre antes de la fundación del mundo y que tiene su culminación en la glorificación de los hijos de Dios. La perspectiva del pueblo de Dios no es estrecha; es amplia y es extensa. No está confinada en el tiempo y el espacio; tiene la expansión de la eternidad. Su órbita tiene dos puntos focales, uno de ellos es el amor electivo de Dios el Padre en los consejos de la eternidad, el otro es la glorificación con Cristo en la manifestación de su gloria. La primera no tiene principio, la segunda no tiene fin".¹⁹⁶ Fuera de Cristo no sería posible contemplar nuestro estado sin otro sentimiento que no fuera

de horror. Unidos a él todo cambia, y el horror se convierte en una paz indescriptible y en un gozo inconmensurable.

EL MISTERIO DE LA UNIÓN

A esta altura alguien podría estar preguntándose: "¿Pero cómo estoy unido a Cristo? ¿En qué sentido he muerto con él? Todo esto parece ser un mero juego teológico de palabras". Estas preguntas son ciertamente comprensibles dada la dificultad real de este tema. Sin embargo, es necesario que busquemos el entendimiento, como lo sugirió Anselmo en su frase *Fides quaerens intellectum*, "La fe en busca de entendimiento". Cuando lo hacemos, encontramos, como suele suceder, que la Biblia nos ha provisto de mucho para ayudarnos en nuestra búsqueda, en especial en forma de ilustraciones.

La primera ilustración que nos provee la Biblia es la unión de un hombre y una mujer en el matrimonio. En Efesios 5, Pablo retrata a Cristo en su papel de esposo y a la iglesia en su papel de esposa. Concluye diciendo: "Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia" (Ef. 5:32).

¿Qué clase de unión existe dentro de un matrimonio ejemplar? Evidentemente, se trata de una unión de amor, que conlleva una armonía de mentes, almas y voluntades. En el plano humano no siempre estamos conscientes de esto como deberíamos serlo. Sin embargo, este es el ideal; y está apuntando de manera muy natural a nuestra relación con Cristo, donde crecientemente se nos hace posible obedecer el gran mandamiento de Cristo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt. 22:37, una referencia a Dt. 6:5). No siempre somos exitosos en este plano tampoco, pero es el ideal al que el Espíritu Santo nos impulsa.

Es posible, sin embargo, concebir una unión de mentes, corazones y almas fuera del matrimonio. Lo que hace al matrimonio singular es el nuevo conjunto de relaciones legales y sociales que crea.

Luego del casamiento, el nombre de la mujer cambia. Entra a la iglesia como María Tower, digamos. Se casa con Jim Schultz y deja la iglesia como la señora Schultz. María ha sido identificada con su marido por medio de la ceremonia de casamiento. De manera similar, el nombre del creyente cambia de señorita Pecadora a señora Cristiana cuando se identifica con el Señor Jesús.

Junto con el cambio del nombre hay también cambios legales. Si María tenía propiedades antes de la ceremonia de casamiento, las podría haber vendido hasta esa misma mañana con sólo su firma en el documento. Después de la ceremonia de casamiento ya no puede hacer

eso, todos los asuntos legales suyos y de su marido ahora están unidos. Este simple hecho está arrojando una luz penetrante sobre la necesidad de nuestra unión con Cristo como la base de nuestra salvación. Por medio de nuestra unión con él, él, nuestro esposo y novio fiel, puede pagar la pena en que habíamos incurrido por causa de nuestro pecado.

Por último, hay cambios psicológicos y sociales. María sabe que ahora es una mujer casada y ya no es soltera. Confía en adaptarse a su nuevo marido y a partir de este momento considerará a los demás hombres de manera diferente. Es posible que hasta se encuentre con compañías nuevas, con nuevos amigos y metas nuevas para su vida debido a su nueva relación. De manera semejante, cuando estamos unidos a Cristo nuestras antiguas relaciones cambian y Cristo se convierte en el centro de nuestras vidas y de nuestra existencia.

La segunda ilustración de la unión con Cristo es la de la cabeza y el resto del cuerpo. En Efesios 1:22-23 leemos: "y [Dios el Padre] sometió todas las cosas bajo sus pies [es decir, los de Cristo], y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo". Y otra vez, en Colosenses 1:18, Pablo escribe: "él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia". El desarrollo lo encontramos en 1 Corintios 12:12-27, que dice en parte: "porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular".

Esta ilustración nos está señalando primero, que nuestra unión con Cristo es también una unión entre cada uno de nosotros. Como podemos ver en la primera carta de Pablo a los Corintios, los cristianos allí estaban divididos, y Pablo estaba intentando convencerlos de la necesidad de que tuvieran una verdadera unidad. Segundo, la "cabeza" de Cristo está haciendo hincapié sobre su señorío. Todos somos miembros del cuerpo, pero se trata de su cuerpo. Él es la cabeza. El cuerpo funciona bien cuando responde a él. Tercero, y muy importante, la ilustración nos muestra esta unión de la cabeza y el cuerpo como una unión viva y por lo tanto en crecimiento. Esto significa que la unión no se establece por medio de la acción de unirse a una organización externa, ni siquiera a una iglesia verdadera. Se establece, en cambio, sólo cuando Cristo mismo pasa a residir dentro de la persona.

La siguiente ilustración, la de la vid y los pámpanos (Jn. 15:1-17), resalta el propósito de la unión del creyente con Cristo: el que podamos llevar fruto, para ser útiles a Dios en este mundo. Debemos notar que esta producción de frutos se logra por el poder de Cristo y no por algo en nosotros. Es más, "separados de [él], nada podemos hacer" (vs. 5). Cristo nos poda, y nos adiestra para su obra para que llevemos fruto de la manera como él quiere.

La última ilustración de la unión del creyente con Cristo es el cuadro de un templo espiritual compuesto de muchos ladrillos pero con Cristo como el fundamento: "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2:20-22). Hay paralelos con esto en la ilustración de Cristo sobre "el hombre prudente que edificó su casa sobre la roca" (Mt. 7:24), y otras referencias esparcidas de Pablo sobre nosotros como "el edificio de Dios" (1 Co. 3:9; 11-15). En cada uno de estos casos la idea central es la misma: la permanencia.

Como Jesús es el fundamento, y Jesús no cambia, todo lo que se edifique sobre él también será permanente. Los que pertenecen a Cristo no perecerán sino que permanecerán hasta el fin.

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU

¿Cómo es esto posible? Hemos visto que la unión con Cristo es un cambio legal. Es una relación viva. Es la fuente del poder divino dentro de los cristianos. Es permanente. ¿Cómo es posible que nosotros que hemos tenido una relación legal (una condenación) entremos en otra relación como hijos e hijas de Dios? ¿Cómo es posible que nosotros que estábamos espiritualmente muertos hayamos sido vivificados, que nosotros que estábamos sin fuerzas y débiles hayamos sido fortalecidos, que nosotros que éramos polvo podamos ahora vivir eternamente? La respuesta es por el Espíritu Santo. Estas verdades serán una realidad en nuestra experiencia individual sólo en la medida que el Espíritu de Cristo nos una a Cristo.

Esto es el significado de la frase bíblica tan importante, "el bautismo del Espíritu Santo". Hoy en día esta frase suele utilizarse para describir un tipo de experiencias vinculadas al don de hablar en lenguas, que pueden o no venir del Espíritu Santo. Discutiré los dones del Espíritu, y el don de hablar en lenguas, en detalle en el cuarto y último tomo de este volumen. Pero el uso de esta frase es erróneo. Como también es erróneo pensar en el bautismo del Espíritu como siendo una segunda obra de gracia, como algunos lo han considerado. Resulta obvio que la vida cristiana debería estar empapada de muchas obras de gracia y varias manifestaciones del Espíritu (Gá. 5:16; Ef. 5:18). Pero el punto que deseo dejar establecido es que "el bautismo del Espíritu Santo" no se refiere a esto. Describe, en cambio, cómo todos los creyentes verdaderos se identifican con Cristo como miembros de su cuerpo místico. Para entender mejor esta frase, debemos examinar los siete pasajes del Nuevo Testamento en los que aparece.

Cinco de estos pasajes son de naturaleza profética. Miran hacia adelante, hacia cuando el Espíritu de Dios se derrame sobre su pueblo de acuerdo con las profecías del Antiguo Testamento, como la de Isaías 32:15; 44:3; y Joel 2:28. Lo que las distingue es que todas están relacionadas con el ministerio de Jesús. Es así como en cuatro ocasiones Juan el Bautista es citado diciendo: "Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3:11; pasajes paralelos en Mr. 1:7-8; Le. 3:16; y Jn. 1:33). En la quinta ocasión aparece Jesús mismo encargándole a sus discípulos que se quedaran en Jerusalén para esperar al Espíritu Santo que vendría en Pentecostés: "Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hch. 1:5). En el griego original Jesús es llamado "el Bautista" o "quien bautiza" porque bautiza con el Espíritu Santo del mismo modo que Juan es llamado "el Bautista" porque bautiza con agua.

La sexta referencia al bautismo del Espíritu Santo es histórica (Hch. 11:16). Se refiere al don simultáneo del Espíritu Santo sobre el hogar de Cornelio y como estas personas creyeron en Jesús como resultado de la predicación de Pedro. Esta referencia es significativa porque muestra que el Espíritu Santo había de ser dado también a los gentiles como antes había sido dado a los judíos; en otras palabras, que no había de existir dos niveles o rangos de cristianos dentro de la iglesia.

La séptima referencia es la más importante de todas porque es didáctica; es decir, es un pasaje cuyo propósito es enseñar (en lugar de ser simplemente descriptivo). Por lo tanto nos está presentando la doctrina en base a la cual hemos de interpretar los otros pasajes. En 1 Corintios 12:13 Pablo escribe: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo sean judíos o griegos, sean esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". Primero, notamos que la unidad de los cristianos está enfatizada en este pasaje. Los cristianos de Corinto habían permitido que su deseo de tener los dones espirituales los dividieran, pero Pablo les escribe que en realidad son uno. Su argumento principal es que todos han sido bautizados por un Espíritu en un solo cuerpo de Cristo. Esta es una advertencia inmediata para todo aquel que permita que un énfasis sobre el "bautismo del Espíritu Santo" definido como una obra de gracia divida a los cristianos y destruya su comunión.

Segundo, vemos que esta experiencia es universal para todos los creyentes. Aquí, la palabra decisiva es todos, porque Pablo escribe que "fuimos todos bautizados" y que "a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". En otras palabras, el bautismo del Espíritu Santo no es una experiencia especial y secundaria reservada para algunos cristianos sino que es la experiencia inicial de todos por medio de la cual se convierten en cristianos en primer lugar. El bautismo significa la identificación con Cristo. El papel del Espíritu Santo es

identificamos con Cristo y, por lo tanto, con su cuerpo espiritual, la iglesia. Hace esto engendrando la fe en nuestros corazones mientras que al mismo tiempo nos incorpora a la familia de Dios.

John R. W. Stott, en un estudio valioso sobre estos versículos, resume la evidencia de esta forma: "El 'don' o 'bautismo' del Espíritu es una de las bendiciones distintivas del nuevo pacto, es una bendición universal para los miembros del nuevo pacto, porque es una bendición inicial. Es parte integral de pertenecer a la nueva era. El Señor Jesús, el mediador del nuevo pacto y el dador de sus bendiciones, es quien perdona los pecados y otorga el don del Espíritu a todos quienes entren en su pacto. Además, el bautismo con agua es el sello y signo del bautismo del Espíritu, como también lo es del perdón de pecados. El bautismo por agua es el rito cristiano de iniciación, porque el bautismo del Espíritu es la experiencia cristiana de iniciación".¹⁹⁷

¿Pero qué de la descripción de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés y el don de lenguas que la acompañó? ¿No está sugiriendo esto que el hablar en lenguas (o algún otro don espectacular) debiera ser una experiencia normativa y deseada por los cristianos, no importa cuál sea el significado técnico de la frase "el bautismo del Espíritu"?

Debemos pensar la respuesta con cautela. Primero, si el bautismo del Espíritu Santo es la "experiencia cristiana de iniciación", como dice Stott, y si hablar en lenguas o algún otro don espectacular es la evidencia necesaria de ese bautismo, entonces quienes no han tenido dicha experiencia no son salvos. Esta es una conclusión drástica, que pocos podrían hacer, ya que la salvación se basa exclusivamente en la fe en el Señor Jesucristo como Salvador, y muchos que no han tenido el don de lenguas o algún otro don espectacular claramente han hecho esta profesión de fe. Pero esta es la conclusión a la que llegamos si vinculamos la experiencia de Pentecostés con el bautismo. Muchos de los que defienden la necesidad de la experiencia pentecostal evitan esto hablando de una segunda obra de gracia, aunque sin ninguna base bíblica.

Cuando leemos los pasajes que tratan explícitamente los dones y el bautismo, nos encontramos que son muy equilibrados. El ejercicio del don de lenguas no está prohibido (1 Co. 14:39). Es un don espiritual válido (1 Co. 12:4,11). Pero mientras todos los cristianos tienen por lo menos un don, no todos tienen este don (1 Co. 12:29-30), y no se nos anima a que lo deseemos más que a los otros (1 Co. 14:1-5). Las diversas listas de los dones que encontramos en 1 Corintios pueden ser leídas como sugiriendo que las lenguas —que siempre aparecen en el último lugar de la lista— están relativamente bajas en la escala de importancia de los dones.

¹⁹⁷ John R. W. Stott, *The Baptism and Fullness of the Holy Spirit* (Downers Grove, 111: InterVarsity Press, 1964), p. 28.

¿Por qué enfatiza Lucas el don de lenguas en su relato de Pentecostés? Sería suficiente decir que lo hace simplemente porque esto fue lo que sucedió en cumplimiento de la profecía de Joel. Pero si hemos de buscar un significado teológico —lo que es válido hacer ya que Lucas era un historiador de orientación teológica y no un mero cronista de fechas y acontecimientos— este lo encontraremos en el resultado final de Pentecostés: la proclamación del evangelio y la respuesta que hubo —no la simple experiencia de las lenguas—. Charles E. Hummel ha escrito un libro en donde en uno de sus capítulos intenta zanjar las diferencias que existen entre las teologías pentecostales y no pentecostales. Niega estas diferencias, que yo he señalado entre los pasajes descriptivos y los pasajes didácticos. Pero, sin embargo, cuando habla sobre el énfasis teológico singular de Lucas, no centraliza su atención sobre la experiencia de hablar en lenguas sino en la expansión del evangelio. "De acuerdo con la enseñanza de Lucas, el bautismo del Espíritu en los discípulos fue un fortalecimiento de su testimonio profético".¹⁹⁸

Para concluir hemos de señalar que el bautismo del Espíritu Santo es para todos los cristianos y que es el equivalente de estar unidos a Cristo en la salvación. Los cristianos también han de ser llenos del Espíritu Santo, una experiencia de gracia que se expresará en el testimonio sobre Cristo, pero no hay ninguna instancia en el Nuevo Testamento en que se amoneste a un creyente a ser bautizado con el Espíritu Santo o se le diga que lo haga, por la sencilla razón que no puede encomendársele que busque algo que ya ha tenido lugar en su vida. Este bautismo del Espíritu Santo o unión con Cristo es el fundamento y la base de donde fluyen todas las demás bendiciones espirituales personalizadas.

CAPITULO 40: EL NUEVO NACIMIENTO

EL NACIMIENTO DE UN BEBE ES ALGO MARAVILLOSO, ES MARAVILLOSO para la madre y para el padre. Pero también es maravilloso para los médicos y las enfermeras quienes siempre hablan sobre "el milagro" del nacimiento aunque han presenciado la entrada de cientos y hasta de miles de niños a este mundo. En ocasiones, como en el caso del nacimiento de un niño de padres famosos, la noticia es transmitida por los diarios, la radio y la televisión.

No hay, sin embargo, ningún nacimiento humano que pueda ser comparado con el nacimiento sobrenatural de un hijo de Dios mediante el Espíritu de Dios. El mundo alrededor puede mostrar poco interés en este acontecimiento. Muy pocas personas en el mundo se interesaron en el nacimiento de Cristo, aunque los ángeles celebraron la natividad con su

¹⁹⁸ Charles E. Hummel, *Fire in the Fireplace: Contemporary Charismatic Renewal* (Downers Grove, 111.: InterVarsity Press, 1978), p. 182.

cántico en los cielos de los campos de Belén. De la misma manera, muy pocos prestan atención al nacimiento de un hijo de Dios en la actualidad. Pero a pesar de ello, como dijo Jesús: "Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (Le. 15:10).

El nacimiento de un hijo de Dios es una resurrección espiritual, el pasaje de una persona, que estaba muerta en sus delitos y pecados, a una nueva vida. Un hijo de ira se convierte en un hijo del Padre que está en los cielos. El término teológico para este nuevo nacimiento es la regeneración.

LA SECUENCIA EN LA SALVACIÓN

A pesar de la importancia que tiene la regeneración, no constituye la totalidad de la salvación y no debería ser vista como un fin en sí misma. John Murray observa en *Redemption Accomplished and Applied* ("La redención lograda y aplicada") que de la misma manera que Dios hizo que la tierra estuviera llena de cosas buenas para satisfacer a los hombres y las mujeres, así también nos roció con una abundancia de bienes en nuestra salvación. "Esta sobreabundancia aparece en el eterno consejo de Dios respecto a la salvación: aparece en el logro histórico de la redención por la obra de Cristo hecha una vez y para siempre; y aparece en la aplicación continua y progresiva de la redención, hasta que alcance su consumación en la libertad de la gloria de los hijos de Dios".¹⁹⁹ Los adjetivos *continúa* y *progresiva* para describir la redención ya nos están indicando que el nuevo nacimiento, si bien tiene una real importancia, es sólo un paso en el proceso eterno. Mientras que el logro de nuestra redención por la muerte de Jesús fue un acontecimiento único, su aplicación comprende una serie de actos y procesos que reciben el nombre de *ordo salutis*, o "pasos en la salvación [de Dios]".

¿Cuáles son estos pasos? Un acto muy evidente es la elección determinante de Dios que ocurre antes del nuevo nacimiento. Los versículos tales como el de Juan 1:12-13 apuntan hacia esto. Quienes se convierten en "hijos de Dios" no han sido engendrados "de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Y en Santiago 1:18 leemos que "Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas".

Hay otros actos y procesos que suceden al nuevo nacimiento. Juan 3:3 dice: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios"; y Juan 3:5 agrega: "El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios". El nuevo nacimiento es un requisito previo para poder ver el reino de Dios y entrar en él.

Otra afirmación que puede resultar de ayuda la encontramos en 1 Juan 3:9: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios". Juan no está hablando sobre la perfección en este versículo, ya que con anterioridad ha dicho que los cristianos también pecan. Si dicen lo contrario, o se están engañando o están mintiendo —"Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (Jn. 1:8) —. Está hablando sobre la santificación que sucede a la regeneración y que es el progresivo crecimiento en la santidad del individuo que se ha convertido en un hijo de Dios.

Romanos 8:28-30 agrega la justificación y la glorificación. "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó". En estos versículos la presciencia y la predestinación están relacionadas con la determinación primaria de Dios. El llamado, la justificación y la glorificación están relacionados con la aplicación de la redención directamente en nosotros. De la enseñanza de Pablo en otros lugares, sabemos que la justificación presupone la fe (Ro. 5:1), por lo que podemos colocar la fe antes de la justificación, pero después de la regeneración. La santificación sucede a la justificación y viene antes que la glorificación. En el esquema final tenemos: la presciencia de Dios, la predestinación, el llamado efectivo a nosotros, la regeneración, la fe y el arrepentimiento, la justificación, la santificación y la glorificación.²⁰⁰

Estos pasos, además, pueden ser subdivididos y en algunos casos hasta combinados entre sí. Pero esta es la secuencia general presentada en las Escrituras y, por lo tanto, de mucha ayuda para comprender cómo Dios nos salva. Debemos notar que antes que ninguna otra cosa nos encontramos con la elección eterna de Dios. En lo que respecta a nuestra experiencia personal, el primer paso es nuestra regeneración espiritual.

LA INICIATIVA DIVINA

El nacer de nuevo es una metáfora del paso inicial en la salvación. Su uso se remonta a Jesús mismo. Jesús no buscaba enseñar la necesidad de un nuevo nacimiento literal y físico. Esto sería un contrasentido, como lo reconoció Nicodemo. "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?... ¿Cómo puede hacerse esto?" (Jn. 3:4,9). Lo que Jesús buscaba mostrar era la necesidad de un nuevo comienzo. Tuvimos un primer comienzo con Adán. Fue un comienzo

²⁰⁰ Para un análisis más completo sobre la relación entre estos diversos actos y procesos, ver Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, pp. 79-87.

promisorio. Pero lo arruinamos por causa de nuestro pecado. Lo que necesitamos ahora es un nuevo comienzo donde "las cosas viejas pasaron" y "todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17).

La metáfora del nuevo nacimiento además está señalando que la regeneración es obra de Dios y no una obra de los seres humanos pecaminosos. Una persona no puede nacer físicamente por su propia voluntad. Sólo cuando un óvulo es fecundado por un espermatozoide, y luego crece y finalmente entra en el mundo es que el nacimiento tiene lugar —un proceso iniciado y alimentado por los padres—. De la misma manera, el nacimiento espiritual es iniciado y alimentado por nuestro padre celestial sin ninguna intervención de nuestra parte.

La primera referencia al nuevo nacimiento en el evangelio de Juan, Juan 1:12-13, nos dice todavía más. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Cada una de estas tres negativas —no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón— es de particular importancia.

"No de sangre" significa que la regeneración no es por causa de un nacimiento físico. Para algunas personas, quiénes son sus antepasados puede ser muy importante. En los días de Jesús había miles de judíos que creían que estaban bien con Dios porque eran descendientes de Abraham (Jn. 8:33). Eran como Pablo, orgullosos de haber sido "circuncidado(s) al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos" (Fil. 3:5). Abraham había recibido promesas de Dios de que estaría con él y sus descendientes espirituales para siempre. Por esto es que los judíos creían que habían sido hechos justos porque descendían de Abraham físicamente. Jesús señaló que Dios estaba interesado en una relación espiritual y que sus acciones estaban en realidad demostrando que eran hijos del demonio (Jn. 8:44). De la misma manera, hay muchas personas hoy en día que creen que están bien con Dios simplemente porque sus padres son cristianos y viven en una comunidad llamada cristiana. Sin embargo, el nacimiento físico no salva a nadie.

"Ni de voluntad de carne" es más difícil de interpretar. San Agustín, que tomó la frase "no de sangre" como refiriéndose al nacimiento humano (como yo también lo he hecho), tomó la frase "ni de voluntad de carne" como refiriéndose a la participación de la mujer en la reproducción y la frase "ni de voluntad de varón" como refiriéndose a la participación del hombre. Lutero refirió "la voluntad de la carne" a un acto de adopción, Frederick Godet a la imaginación sensual, Calvino al poder de la voluntad. ¿Podemos superar estas diferencias? Es posible, si consideramos que en el Nuevo Testamento la palabra carne se refiere a nuestros apetitos naturales, y a nuestros deseos sensuales y emocionales. Podemos aproximarnos a lo que Juan quiso significar si decimos que un pueblo no puede convertirse en hijos de Dios por el ejercicio de sus sentimientos o emociones.

Algunos hoy en día creen que son cristianos simplemente porque reciben una cierta clase de bienestar emocional cuando asisten a cierto tipo de culto religioso o porque son conmovidos y hasta lloran en una campaña de evangelismo. La emoción bien puede acompañar una experiencia genuina del nuevo nacimiento, pero el nuevo nacimiento no será producto de esa emoción.

La tercera frase, "ni por voluntad de varón", es más fácil de comprender. Nadie puede convertirse en un hijo de Dios por su propia voluntad. En esta vida es posible que nos abramos camino mediante nuestra determinación, pero no es posible que seamos nacidos de nuevo de la misma manera. Podemos tener muy pocos bienes de este mundo, pocos valores, una educación pobre y poca capacidad. Sin embargo, es posible trabajar duro, asistir a clases nocturnas, conseguir un trabajo mejor, y eventualmente, llegar a ser bastante rico. Es posible entrar en la política y llegar a ser un representante o hasta el presidente. Otros nos elogiarán y presentarán nuestra historia como el fruto de la determinación conjugada con un poco de buena suerte. Pero no hay nada que nos haga ser el hijo o la hija natural de una pareja de padres si hemos nacido de otros padres. Nada nos convertirá en hijos de Dios si Dios mismo no produce el nuevo nacimiento.

La gracia de Dios es el requisito para convertirse en hijos de Dios. Aunque nosotros debemos creer en Jesús como el Salvador divino para convertirnos en cristianos, creemos porque Dios mismo ha tomado la iniciativa de sembrar la vida divina en nosotros.

EL VIENTO Y EL AGUA

La imagen del nuevo nacimiento también contribuye para que podamos entender qué sucede cuando Dios toma la iniciativa en la salvación. Nicodemo vino a Cristo para hablar sobre la realidad espiritual, pero Jesús respondió a los comentarios de Nicodemo diciéndole que nadie puede entender, y mucho menos entrar en las realidades espirituales, si él o ella no han nacido de nuevo. La palabra que aquí se tradujo "de nuevo" es *anóthen* que no sólo significa "de nuevo" sino "de lo alto". Jesús le estaba diciendo a Nicodemo que antes tenía que ser el depositario de esta gracia gratuita de Dios. Nicodemo no comprendía. "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?" Jesús le respondió: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios... El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Jn. 3:4-5,8). Una vez que hubo identificado la fuente del nuevo nacimiento, Jesús entonces pasó a hablar sobre cómo tiene lugar la regeneración.

¿Pero qué significa nacer "de agua y del Espíritu"? ¿Y por qué Jesús menciona al "viento"? Hay un número de explicaciones. Según la primera, agua se refiere al nacimiento físico (donde la aparición del bebé está acompañada del líquido amniótico de la madre), y viento (spiritus) significa el Espíritu Santo. De acuerdo con esta explicación, Jesús le está diciendo que para que una persona sea salva tiene que nacer primero físicamente y luego espiritualmente.

Es difícil encontrar una falacia en esta conclusión. Es evidente que si alguien ha de ser salvo tiene que estar físicamente vivo y además nacer de nuevo espiritualmente. Pero esto no parece ser el significado que Cristo tenía en mente. Por un lado, la palabra agua nunca es utilizada de esta manera en las Escrituras. Nuestros pensamientos en este sentido son modernos. Segundo, una referencia a la necesidad del nacimiento físico resulta tan obvia que cabría preguntarse si Jesús habría gastado palabras para referirse a ella. Tercero, el agua no puede estar refiriéndose al nacimiento físico porque, como vimos en Juan 1:13, el nacimiento físico no tiene ningún peso en la regeneración.

Una segunda interpretación de esta frase sería la de tomar agua como significando el agua del bautismo cristiano. Pero el bautismo no está presente en este capítulo. En realidad, la Biblia nos enseña que nadie puede ser salvo por ningún rito religioso externo (1 S. 16:7; Ro. 2:28-29; Gá. 2:15-16; 5:1-6). El bautismo es un signo importante de lo que ya ha tenido lugar, pero no es el medio por el cual somos regenerados.

La tercera interpretación toma tanto al agua como al viento en un sentido simbólico. El agua, según esta interpretación, se refiere al lavamiento; el viento se refiere al poder. Es así como una persona debe ser lavada y llena de poder.²⁰¹ Si bien es cierto que los pecadores deben ser lavados de sus pecados, y es nuestro privilegio como cristianos el tener poder de lo alto, resulta difícil pensar en que este es el significado del pasaje. Por un lado, en el resto del Nuevo Testamento, el lavamiento y el poder acompañan al nuevo nacimiento o le suceden, mientras que según estos versículos tratan el cómo tiene lugar el nuevo nacimiento. Además, ni el lavamiento ni el poder se relacionan con la metáfora del nacimiento, como parece ser requerido.

Kenneth S. Wuest ha propuesto una cuarta explicación, basándose sobre el uso de agua como metáfora en otros textos del Nuevo Testamento. El agua se usa varias veces en las Escrituras para referirse al Espíritu Santo. En el capítulo 4 de Juan, por ejemplo, Jesús le dice a la mujer samaritana que él le dará "una fuente de agua que salte para vida eterna" (Jn. 4:14). El lenguaje de Juan 7:37-38 es casi idéntico al de 4:14. Juan agrega: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él" (vs. 39). Wuest también hace referencia a Isaías 44:3

²⁰¹ William Barclay sostiene esta posición. Ver su *Gospel of John*, vol. 1 (Philadelphia: Westminster, 1956), p. 119.

y 55:1, pasajes que debían haber sido conocidos por Nicodemo. Si esta es la interpretación correcta, entonces "del agua y del Espíritu" es una redundancia. La conjunción y debería ser tomada en su sentido enfático. Es posible parafrasear este pasaje usando la palabra siquiera. Jesús estaría diciendo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua, o siquiera del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios".²⁰²

La explicación provista por Wuest es buena, pero yo siempre he tenido la sensación que todavía es posible decir algo más al respecto. Además de ser una metáfora para el Espíritu, el agua también es utilizada en la Biblia para referirse a la Palabra de Dios. Efesios 5:26 dice que Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella "para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra". En 1 Juan 5:8, el mismo autor que escribió el cuarto evangelio, escribe sobre tres "que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre". Como luego continúa hablando sobre el testimonio escrito de Dios sobre el hecho que la salvación es en Cristo, el Espíritu debe referirse al testimonio de Dios dentro del individuo, la sangre al testimonio histórico de la muerte de Cristo y el agua a las Escrituras. Las mismas imágenes están presentes en Juan 15:3: "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado". Hay otro versículo importante que cita a las Escrituras como siendo el canal a través del cual procede el nuevo nacimiento aunque sin usar al agua como metáfora. Santiago 1:18 dice: "El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas".

Cuando consideramos las palabras de Cristo a Nicodemo, a la luz de estos pasajes, podemos apreciar a Dios como siendo quien realiza la concepción divina, el Padre de sus hijos espirituales, y a la Palabra de Dios empleada por el Espíritu Santo como el medio por el cual la nueva vida espiritual es engendrada. Es decir, en Juan 3:5 Jesús está utilizando dos imágenes: el agua y el viento. La primera representa la Palabra de Dios, y la segunda el Espíritu Santo. Está enseñándonos que mientras la Palabra es compartida, enseñada, predicada y hecha conocer, el Espíritu Santo la utiliza para traer a luz nueva vida espiritual en los que Dios está salvando. Este es el motivo por el cual la Biblia nos dice que le agradó a Dios salvarnos por la locura de la predicación (1 Co. 1:21; Ro. 10:14-15).

LA CONCEPCIÓN ESPIRITUAL

Hay otro versículo que trata sobre el nuevo nacimiento y que aclara lo que he venido diciendo. Es 1 P 1:23 que dice: "Siendo renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre".

²⁰² Kenneth S. Wuest, "Great Truth to Live By" en Wuest's Word Studies from the Greek New Testament, vol. III, parte 3, (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1966) pp. 55-57.

En este primer capítulo de 1 Pedro, el apóstol ha dicho que una persona se incorpora a la familia de Dios porque Cristo murió (vs. 18-19) y mediante la fe (vs. 21). A continuación, Pedro resalta el hecho que Dios es el Padre de sus hijos asemejando la Palabra de Dios al esperma humano. La Vulgata Latina hace esto más claro que nuestra versión inglesa, ya que la palabra utilizada allí es semen.

Pongamos juntas estas enseñanzas y las imágenes de estos pasajes. Dios primero siembra en nuestro corazón lo que podríamos llamar el óvulo de la fe salvífica, ya que se nos dice que la fe no se origina en nosotros, sino que es "un don de Dios" (Ef. 2:8). Segundo, envía la semilla de su Palabra, que contiene la vida divina dentro de ella, para que penetre el óvulo de nuestra fe. El resultado es la concepción. Entonces, una nueva vida espiritual es concebida, una vida que tiene su origen en Dios y no tiene ninguna conexión con la vida pecaminosa que la rodea. Por eso es que ahora podemos decir que "si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17). Nadie puede volver a ser el mismo después que el Espíritu Santo de Dios ha entrado en su vida para implantar la vida de Dios dentro de él o de ella.

CAPITULO 41: LA FE Y EL ARREPENTIMIENTO

EL NUEVO NACIMIENTO ES LA PRIMERA ETAPA EN QUE LA ACTIVIDAD salvadora de Dios nos atañe como individuos. Pero en la economía de Dios la regeneración es inseparable de lo que le sigue. Le suceden la fe y el arrepentimiento.

La fe es el canal indispensable para la salvación. En Hebreos 11:6 se nos dice que "sin fe es imposible agradar a Dios". Efesios 2:8-9 declara "por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe". Hasta Juan 3:16, que usa la forma verbal para la palabra "fe" ("creer") en lugar del sustantivo, dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna".

LO QUE NO ES LA FE

Comencemos considerando lo que la fe no es. Hay bastante confusión con respecto a la fe por la sencilla razón que inevitablemente asignamos esta palabra a personas que no son dignas de confianza. Por ejemplo, hablamos de hacer algo "de buena fe". Pero cuando se trata de algo verdaderamente importante no aceptamos únicamente la palabra de una persona. Exigimos hechos, contratos y otras garantías escritas. Si hay dinero de por medio exigimos garantías colaterales. ¿Por qué? Porque, si bien ambas partes desean creer en la buena fe de la otra

parte, ambas saben que no siempre se puede confiar en las personas y es necesario que existan acuerdos formales. Es fácil entender por qué la fe muchas veces tiene connotaciones muy personales.

Por lo general, además, se entiende la fe como algo subjetivo. Es la fe del sentimiento religioso separado de la verdad objetiva de la revelación de Dios. Hace unos años en una discusión bastante extensa sobre la religión, un joven me dijo que él era cristiano. En el curso de nuestra conversación, descubrí que no que creía que Jesucristo fuera plenamente divino. Decía que Jesús era el Hijo de Dios, pero en el mismo sentido en que todos somos hijos de Dios. No creía en la resurrección. No creía que Jesús había muerto por nuestro pecado ni que el Nuevo Testamento contenía un registro exacto sobre su vida y su ministerio. No reconocía a Cristo como el Señor en su vida. Cuando le señalé que estas creencias tienen que estar presentes en cualquier definición verdadera de un cristiano, me contestó que a pesar de todo él estaba convencido que era un cristiano porque lo sentía en lo profundo de su corazón. Lo que él llamaba fe era simplemente una perspectiva sobre la vida fundada en sus sentimientos.

Otro sustituto de la fe es la credulidad. La credulidad es la actitud de las personas que aceptan algo como verdadero, sin considerar la evidencia, simplemente porque desean fervientemente que sea verdad. Los rumores de curas milagrosas para algunas enfermedades incurables muchas veces fomentan esta actitud. En un cierto sentido se trata de un tipo de fe, pero no es el significado que la Biblia le asigna a la fe.

Un tercer sustituto para la verdadera fe es el optimismo, una actitud mental positiva que busca que lo creído suceda. Un ejemplo serían los representantes de ventas que están tan seguros de su capacidad para vender que suelen volverse exitosos.

Norman Vincent Peale popularizó este enfoque en un libro que fue un éxito de ventas, *The Power of Positive Thinking* ("El poder del pensamiento positivo"). Sugiere que seleccionemos del Nuevo Testamento un número de afirmaciones sobre la fe, las memoricemos, permitamos que se asienten en nuestro subconsciente y nos transformen, y así nos convirtamos en creyentes en Dios y en nosotros. Si memorizamos versículos tales como "al que cree, todo le es posible" (Mr. 9:23) y "si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mt. 17:20), seremos capaces de llevar a cabo lo que hasta ese momento habíamos considerado imposible. Peale concluye: "Según la fe que tengas en ti mismo, según la fe que tengas en tu trabajo, según la fe que tengas en Dios, hasta allí llegarás".²⁰³

Aparentemente, en el pensamiento de Peale la fe en uno mismo, la fe en el trabajo, y la fe en Dios están todas relacionadas, y lo que esto en realidad significa es que el objeto de la fe no

tiene ninguna importancia. John R. W. Stott escribe: "Como parte de su 'fórmula para evitar las preocupaciones', él [Peale] recomienda que lo primero que hay que hacer todas las mañanas antes de levantarnos es decir tres veces en voz alta 'creo', pero no dice en qué debemos creer, tan confiadamente y con tanto ahínco. Termina su libro diciendo que lo único que debemos hacer es 'creer y vivir así exitosamente'. ¿Pero creer en qué? ¿Creer en quién? Para el doctor Peale la fe es sólo otra palabra para la confianza en uno mismo, un optimismo sin ningún fundamento".²⁰⁴ Por supuesto, tener una actitud mental positiva tiene cierto valor relativo; puede ayudarnos a trabajar mejor. Pero esto no es lo que la fe significa en el sentido bíblico.

En respuesta a estas distorsiones debemos decir que la fe verdadera no se basa sobre los sentimientos ni las actitudes personales. En el contexto de estas definiciones humanas, la fe es inestable. En el contexto de la enseñanza bíblica, la fe es segura y firme, porque es la fe en el Dios digno de confianza que se revela a sí mismo.

LA FE: EL TÍTULO DE PROPIEDAD

Es por eso que la fe puede ser definida como "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (He. 11:1). Algunos en ocasiones han utilizado este versículo como si estuviera sugiriendo una religión del tipo "un castillo en las nubes en el dulce porvenir". Pero esta definición singular sobre la fe, que encontramos en la Biblia, en realidad está enseñando todo lo contrario. La palabra certeza no significa "un sustituto de la evidencia", que es lo que la palabra sustancia (utilizada en la Biblia King James) sugiere a muchas personas. En realidad significa un "título de propiedad". Si bien ninguno de nosotros ha entrado en la plenitud de la herencia que nos corresponde por medio de la fe en Cristo, la fe constituye nuestro título de propiedad a esa herencia. La fe en sí es la evidencia de las cosas que todavía no hemos visto.

Si se tratara de un título de propiedad humano, todavía habría lugar para la duda. Pero cuando tratamos con Dios la duda no tiene ninguna base, debido a la naturaleza de Dios. Él es el Dios de verdad, por lo tanto es posible confiar completamente en cualquier cosa que declare. Es fiel. Si promete algo, sabemos que cumplirá su promesa. Es omnipotente, es todopoderoso. No puede surgir nada que frustre el cumplimiento de sus deseos.

Cuando Dios nos llama a creer en Cristo, nos está llamando a hacer lo más sensato que podamos hacer. Nos está pidiendo que le tomemos la palabra al único ser en el universo que es completamente digno de confianza.

Juan está planteando este punto cuando escribe: "Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios" (1 Jn. 5:9). Juan está sentando la diferencia que existe entre la manera como confiamos en otros, aunque no sean dignos de confianza, y la manera como deberíamos confiar en Dios. Confiamos en los demás seres humanos todos los días de nuestras vidas. Cuando conducimos nuestro automóvil a través de un puente, confiamos en que el puente nos sostendrá. Tenemos fe en el ingeniero que lo diseñó, en los obreros que lo construyeron y realizan el mantenimiento, y en los inspectores que nos garantizan su seguridad — aunque es posible que nunca nos hayamos encontrado con ninguno de ellos—. Si tomamos un autobús para regresar a nuestros hogares luego de una fiesta, tenemos fe que el autobús es seguro, que el conductor es un empleado de la compañía de transporte, que el destino que aparece en el autobús es una indicación verdadera sobre el lugar a donde se dirige. Si compramos una entrada para ver un espectáculo deportivo, tenemos fe en que el espectáculo tendrá lugar de la forma como ha sido hecho público y que esta entrada nos permitirá ser admitidos. Juan está argumentando que si podemos hacer esto con los demás seres humanos que tantas veces no son dignos de confianza, también lo podemos hacer con respecto a Dios. En realidad, es lo que debemos hacer. Porque Dios nos está pidiendo fe, y la salvación de nuestras almas debe expresarse por medio de las respuestas a su ofrecimiento.

EL CONOCIMIENTO DE LA FE

La fe bíblica tiene un contenido intelectual, un punto que Calvino enfatizó en el capítulo que le dedicó a la fe en su *Institución de la Religión Cristiana*.²⁰⁵ Hace hincapié en el hecho de que el objeto de la fe es Cristo, que la fe descansa sobre el conocimiento y no sobre la ignorancia pía, que este conocimiento necesario proviene de la Palabra de Dios, que la fe involucra certeza, que la Biblia es su escudo y así sucesivamente. Declara: "Tendremos una definición correcta de la fe si la llamamos el conocimiento firme y seguro de la benevolencia de Dios hacia nosotros, fundado sobre la verdad de la libre promesa en Cristo, revelada a nuestras mentes y sellada sobre nuestros corazones por medio del Espíritu Santo".²⁰⁶

Este conocimiento implica saber quién es Jesús (la segunda persona de la Divinidad, nacido de la virgen María, vestido con nuestra naturaleza, ofrecido por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación), quiénes somos nosotros (pecadores necesitados de un Salvador) y todavía mucho más. El Espíritu Santo es quien nos trae el conocimiento del evangelio. En el capítulo 16 de Juan, Jesús nos dice: "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia,

²⁰⁵ Calvino, *Institutes*, pp. 542-92.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 551.

por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado" (vs. 8-11).

El Espíritu Santo convence al mundo de pecado porque, como lo explica Jesús inmediatamente, "No creen en mí". Esto puede significar: "Él convencerá al mundo de las ideas erróneas que tienen sobre el pecado porque no creen", "El convencerá al mundo de su pecado porque, sin esta convicción, no creen", o "El convencerá al mundo del pecado de no creer".²⁰⁷ Cualquiera de estas traducciones es posible, y Juan puede estar sugiriendo más que una, como es su estilo. Pero si la convicción con vistas a la salvación es el pensamiento principal de este pasaje, como parece serlo, entonces la segunda interpretación es la primaria. El pecado más grave es el colocarse a uno mismo en el centro de la vida rechazando la fe. Comprender esto es esencial para la salvación.

La tercera interpretación incluye la verdad de que el Espíritu Santo es como un fiscal que obtiene un veredicto de "culpable" contra el mundo. La segunda interpretación agrega que convence a la conciencia humana de su culpabilidad para que el pecado incomode a los hombres y las mujeres y éstos busquen ser liberados de él.

Por ejemplo, en el día de Pentecostés los discípulos estaban reunidos esperando la venida del Espíritu Santo. Cuando vino, salieron a las calles de Jerusalén y Pedro predicó que la venida del Espíritu Santo era el cumplimiento de la profecía de Joel, que había venido para llamar a los hombres y a las mujeres a Cristo y a la salvación. Pedro entonces predicó sobre Jesús, concluyendo su sermón de esta manera: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo". E inmediatamente a continuación se nos dice que "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hch. 2:36-37). Cuando Pedro hubo respondido a esta pregunta, tres mil creyeron y fueron bautizados.

Fue una respuesta asombrosa, pero no fue consecuencia del análisis brillante que Pedro hizo del evangelio o de su elocuencia. Si hubiese predicado este sermón el día antes, nada habría sucedido. Nadie habría creído. Pedro y los demás habrían sido el hazmerreír de todos. Pero en Pentecostés vino el Espíritu Santo y convenció a la gente de su pecado. Por esto fue que "se compungieron de corazón" y preguntaron: "¿qué haremos?". Al nacer la fe en sus corazones, también se arrepintieron. Querían ser liberados del pecado que vieron en sus vidas.

No todos siempre han creído que nos resulta imposible convencernos o convencer a los demás del pecado. Este fue el centro de la controversia que mantuvieron Pelagio y Agustín, y después Arminio y los seguidores de Calvino. Ni Pelagio ni Arminio negaban que la

salvación fuera por gracia. Pero lo que sí negaban era que fuera toda por gracia, que nosotros no podemos dar ni siquiera un paso hacia Dios si Dios no nos convence primero y luego nos trae hacia él. Pelagio decía que nuestras voluntades son siempre libres y que por lo tanto siempre pueden aceptar o rechazar lo que se les ofrece. Con respecto al evangelio, la gracia hace el ofrecimiento. Pero el criterio final que determina que hemos de ser salvos o perdidos es nuestra voluntad. Pelagio no comprendió que nos resulta tanto imposible estar conscientes de nuestro pecado como responder al evangelio sin la actividad del Espíritu Santo en nuestras vidas.²⁰⁸

En segundo lugar, el Espíritu Santo convence a las personas "de la justicia", como dice Jesús, "por cuanto voy al Padre, y no me veréis más". Esto puede significar que el Espíritu Santo le mostrará al mundo cuál es la verdadera justicia, ahora que Jesús ya no está aquí para demostrar el significado de la justicia en su propia persona. O las palabras de Jesús podrían significar que el Espíritu Santo le mostrará al mundo dónde hallar la justicia divina, ya que no la podemos encontrar aquí. No nos podemos salvar a nosotros mismos por ninguna justicia humana. Lo que se necesita está en Cristo quien estuvo aquí y ahora está a la diestra del Padre.

Por último, el Espíritu convence al mundo "del juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido juzgado". La mejor interpretación de estas palabras parece ser que el Espíritu Santo convencerá al mundo que el juicio es cierto, prueba de esto es que en la cruz Satanás fue juzgado y su poder fue destruido.

Nadie quiere creer en el juicio. Queremos pensar que podemos hacer lo que deseemos y lo que nos venga en ganas con impunidad y que nunca tendremos que rendir cuenta de nuestras acciones. En esto hasta somos animados, porque Dios no siempre juzga inmediatamente, y la maldad muchas veces parece no ser castigada.

Por supuesto, este es un pensamiento equivocado. Dios no siempre juzga a los pecadores inmediatamente porque es tolerante. Sin embargo, los juicios finalmente llegarán. El juicio de Dios a Satanás es prueba de esto. Pedro hace este mismo punto. Después de mostrar cómo Dios juzgó a los ángeles caídos, al mundo en el tiempo de Noé, a las ciudades de Sodoma y Gomorra, concluye diciendo: "Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio" (2 P 2:9).

EL AMOR Y EL COMPROMISO

Si bien para la fe es necesario un concepto racional del cristianismo, no debemos perder de vista que el demonio también entiende estas cosas y posiblemente es más ortodoxo que nosotros. La fe bíblica verdadera por lo tanto requiere un corazón conmovido, similar a lo que describió Juan Wesley cuando nos dijo cómo su corazón "sintió un extraño calor" como resultado de la pequeña reunión en Aldersgate.

Calvino también estaba interesado en resaltar la importancia del corazón tanto como la del intelecto en la fe. En determinado momento dice: "Queda ahora por derramar en el corazón lo que la mente ha absorbido. Porque la Palabra de Dios no se recibe sólo por la fe y aletea por encima del cerebro, sino que toma raíz en lo profundo del corazón para poder presentar una defensa invencible que pueda soportar y repeler todas las estrategias de la tentación... El Espíritu, como corresponde, sirve como un sello, que sella en nuestros corazones esas promesas de seguridad que antes ha impreso sobre nuestras mentes; y toma el lugar de una garantía para confirmar y establecerlas".²⁰⁹ En otro lugar, concluye diciendo: "Podemos deducir que la fe no puede nunca estar desligada de una disposición devota".²¹⁰

Por último, la fe es también la confianza o el compromiso. Nos volvemos de la confianza a nosotros mismos y confiamos plenamente en Dios. Podemos apreciar el valor del amor infinito del Hijo de Dios, que se dio a sí mismo por nuestra salvación, y así comprometernos con él.

El matrimonio constituye una buena ilustración. Es la culminación de un proceso de aprendizaje, de respuesta y de compromiso. Las primeras etapas en un noviazgo pueden compararse al primer elemento en la fe: el contenido. En esta etapa, cada uno está conociendo al otro, cada uno está aprendiendo si esa persona posee o no posee lo que se necesita para un buen matrimonio. Es un paso muy importante. Por ejemplo, si no es posible confiar en la otra persona, con el tiempo surgirán problemas. La segunda etapa puede compararse con el segundo elemento en la fe: el corazón conmovido. Esto corresponde al enamoramiento, que sin duda es un paso muy importante y que trasciende el mero conocimiento. Por último, la pareja dice: "Sí, quiero", y prometen vivir juntos y amarse mutuamente a pesar de las circunstancias que puedan sobrevenir. Lo mismo sucede cuando nos comprometemos con Cristo para esta vida y para la eternidad.

LA FE DE ABRAHAM

La fe no termina aquí. Como un producto del nuevo nacimiento, no desaparece en el pasado, sino que continúa a través de la vida como una realidad presente. No sólo continúa, sino que

²⁰⁹ Calvino, Institutos, pp. 583-84.

²¹⁰ *Ibíd.*, p. 553.

se hace cada vez más robusta en la medida que conoce más sobre la naturaleza de aquel en quien confía.

Cuando Dios llamó a Abraham para que dejara Ur de los Caldeos y fuera a una tierra que luego habría de heredar, el libro a los Hebreos nos dice: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba" (He. 11:8). De esto se trataba la fe, pero no necesitaba ser una fe muy grande. Era sólo la creencia en la capacidad de Dios para guiar al patriarca a la tierra prometida. Sin embargo, el pasaje de Hebreos continúa: "Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa" (vs. 9). La fe ahora era más grande porque era la confianza en Dios a pesar del hambre, el peligro y la demora en el cumplimiento de la promesa. Dos versículos más adelante, el capítulo nos habla acerca de la fe por medio de la cual Sara recibió fuerzas para engendrar un hijo cuando ya era vieja. A esta altura la fe de Abraham y de Sara ya era muy grande. Habían llegado a conocer al Dios de la promesa como el Dios de los milagros. Con referencia a este acontecimiento Dios dice de Abraham en Romanos: "Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido" (Ro. 4:20-21).

Por último leemos que la fe de Abraham venció a la duda en medio de gran sufrimiento emocional y frente a la aparente contradicción de todo lo que hasta ese momento había creído. "Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac, y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19). Abraham creyó que Dios era capaz de resucitar.

Este es el crecimiento normal de la fe. Nuestra fe puede ser débil. Nuestra fe puede ser robusta. Pero lo fundamental es que nuestra fe descansa en Dios el Padre, y en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Dios no nos puede fallar. Si crecemos en nuestro conocimiento de Dios, nos encontraremos con que nuestra fe también crece de fuerza en fuerza como creció la fe de Abraham.

CAPITULO 42: JUSTIFICACIÓN POR LA FE: LA BISAGRA DE LA SALVACIÓN

MARTIN LUTERO, QUIEN REDESCUBRIÓ LAS VERDADES SOBRE LA justificación y comenzó la Reforma en el siglo dieciséis, escribió: "Cuando cae el artículo sobre la justificación, todo lo demás también cae". Declaró: "Este es artículo fundamental, del que

han surgido todas las demás doctrinas". Argumentó: "Este artículo engendra, alimenta, construye, mantiene y defiende a la iglesia de Dios; y sin él la iglesia de Dios no puede existir ni por una hora". Dijo que constituye "el dueño y el príncipe, el señor, el gobernador, y el juez por sobre todas las demás doctrinas".²¹¹

Juan Calvino, quien sucedió a Lutero en los inicios de la Reforma, afirmó lo mismo. Llamó a la justificación "la bisagra principal donde gira la religión".²¹²

Thomas Watson señaló: "La justificación es la bisagra y el pilar del cristianismo. Cometer un error en el tema de la justificación es muy peligroso, es similar a un defecto en un cimiento. La justificación por Cristo es una fuente de agua de vida. Verter el veneno de una doctrina corrupta en esta fuente es maldito".²¹³

Estas afirmaciones no son una hipérbole. Son simples verdades porque la justificación por la fe es la respuesta de Dios a las preguntas religiosas más básicas: ¿Cómo puede un hombre o una mujer estar bien con Dios? Según la doctrina del pecado no estamos bien con él. Estamos en rebelión contra Dios. Estamos en contra de Dios, por lo que no podemos estar bien con Dios. Además, somos todos transgresores, como Pablo lo dice con meridiana claridad: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:23). La doctrina de la justificación por la fe afirma que podemos estar bien con Dios únicamente por la obra de Cristo recibida por la fe.

Pablo lo dice en estas palabras: "Para todos los que creen en él... siendo justificados gratuitamente por su gracia [por la gracia de Dios]" (Ro. 3:22-24); "El hombre es justificado por fe sin las obras de la ley" (Ro. 3:28); "Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (Ro. 4:5). La justificación es obra de Dios. Como lo dice Pablo, "Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?" (Ro. 8:33-34).

EL VEREDICTO SOBRE LO QUE DIOS HA HECHO

Hay dos puntos en los que debemos hacer hincapié. El primero, Dios es el que justifica y no nosotros a nosotros mismos, como surge claramente de la cita de Romanos. John Murray escribe: "La justificación no es nuestra apología, ni es el resultado que un proceso de excusas tiene en nosotros. No es ni siquiera nuestra confesión ni los sentimientos tan positivos inducidos por la confesión. La justificación no es ningún ejercicio religioso en el que nos ocupamos, no importa lo noble y lo bueno que ese ejercicio religioso pueda ser. Si hemos de

²¹¹ Lutero, *What Luther Says: An Anthology*, vol. 2, pp. 702-4, 715.

²¹² Calvino, *Institutes*, p. 726.

²¹³ Watson, *A Body of Divinity*, p. 226.

entender la justificación y apropiarnos de su gracia, debemos girar nuestro pensamiento a la acción de Dios al justificar a los impíos".²¹⁴

Puede ser de ayuda recordar la imagen del triángulo de la salvación que introdujimos en el Tomo II cuando analizamos la propiciación y la redención.²¹⁵ La propiciación, la redención y la justificación, tres palabras claves para entender la muerte de Cristo, pueden ser utilizadas para relacionar a Cristo, el Padre y los cristianos, formando así un triángulo. Nosotros somos los receptores de dos acciones: la redención y la justificación. Nada contribuimos para nuestra salvación. Cristo tiene la iniciativa de dos acciones: la propiciación y la redención, porque él es quien alcanza la salvación para nosotros. Dios el Padre es el receptor de una acción: la propiciación, Jesús que aplaca la ira de Dios. En base a esto, el Padre inicia la última acción: la justificación, cuando en su gracia estira su mano para alcanzar a los impíos para hacerlos estar bien con Dios.

El segundo punto que hay que enfatizar es que la justificación es como un pronunciamiento legal, y no cómo una referencia a unas personas que se convierten realmente en más santas. Es cierto que cada vez serán mejores si permiten que Dios actúe en sus vidas. Pero la justificación no se refiere en sí a esta transformación. Cuando un juez justifica a alguien, no convierte a esa persona en recta ni la libera de culpa. No hay ningún cambio hecho en la persona. Lo que sucede es que el juez, según su buen juicio, la declara no culpable de la acusación que ha sido hecha en su contra y que por lo tanto está bien frente a la ley que el juez tiene la función de administrar. El juez no está emitiendo ninguna opinión sobre la personalidad o el carácter del acusado.

Existe algo de controversia sobre si la justificación es utilizada en las Escrituras como un término legal. Sin embargo, hay varios motivos para pensar que esto es así.

1. El Antiguo Testamento habla con firmeza de Dios como siendo un Dios de la ley. Para la mentalidad hebrea esto ya estaba diferenciándolo de los dioses de las naciones a su alrededor. Además, como era un Dios de la ley, también era un Dios de juicio porque, en un universo gobernado por un Dios moral y soberano, el mal debe ser castigado. Abraham articuló este enfoque cuando Dios le avisó sobre la destrucción inminente de Sodoma: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gn. 18:25). Aquí, en la temprana historia de Israel, Dios es designado con el término poderoso de juez. Estos pensamientos son desarrollados en escritos posteriores. "Jehová está en pie para litigar, y está para juzgar a los pueblos. Jehová vendrá a

²¹⁴ Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 118.

²¹⁵ Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, p. 260. Morris ha realizado un análisis exhaustivo sobre la terminología de la justificación en el Antiguo y el Nuevo Testamento (pp. 224-74).

juicio contra los ancianos de su pueblo y contra sus príncipes" (Is. 3:13-14). "Pero Jehová permanecerá para siempre; ha dispuesto su trono para juicio. El juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud" (Sal. 9:7-8). Varias veces la justificación está vinculada con el juicio. "Y no entres enjuicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano" (Sal. 143:2). "Cercano está de mí el que me salva [justifica], ¿quién contendrá conmigo?" (Is. 50:8). La misma idea está presente con referencia al juicio humano en Deuteronomio 25:1, "Si hubiere pleito entre algunos, y acudieren al tribunal para que los jueces los juzguen, éstos absolverán [justificarán] al justo, y condenarán al culpable".

2. La justificación se contrasta con la condenación. "El que justifica al impío, y el que condena al justo, ambos son igualmente abominación a Jehová" (Pr. 17:15). Del mismo modo que la condenación no significa convertir a nadie en malvado, la justificación tampoco puede significar convertir a alguien en justo. Ambos términos se refieren más bien a una declaración o decreto oficial.
3. Existen varios pasajes donde la palabra justificar es utilizada con referencia a Dios siendo justificado. Por ejemplo, en Romanos 3:4, Pablo cita el Salmo 51:4 cuando dice: "Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado". Pablo no quiere significar que Dios había de ser hecho justo, porque Dios es y siempre ha sido justo. Lo que está queriendo significar es que en el proceso del juicio, las palabras de Dios mostrarían que él es justo. Hay versículos similares en Lucas 7:29 y 1 Timoteo 3:16.
4. También nos encontramos con pasajes donde se nos dice que las personas se justifican a sí mismas. Esto podría significar que se hacen mejores por sí mismas, pero el contexto no permite esta lectura. En Lucas 16:15 Jesús dice: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones". Y en Lucas 10:29 leemos sobre un joven abogado: "Pero él, queriendo justificarse a sí mismo...". Quería demostrar que su conducta era la correcta.

Sería demasiado rebuscado decir que todos estos pasajes claramente se refieren a una escena dentro de una corte de justicia. Pero algunos de ellos evidentemente lo hacen, y los demás usan la palabra de una manera que siempre está en línea con esta asociación metafórica. La idea de un juicio siempre está presente, como también lo está la de un veredicto favorable en ese juicio. León Morris ha escrito: "No hay ninguna diferencia con el empleo de verbos tales como "juzgar", o "absolver", los cuales pueden ser utilizados en relación con temas totalmente distanciados de las cortes de justicia, pero que sin embargo derivan de la práctica legal y retienen la connotación y parte de su significado legal aún cuando son utilizados en otro contexto. Lo mismo sucede con dikaióo [justificar]. Puede ser utilizado, y de hecho es utilizado, con relación a temas donde no hay una sentencia formal en una corte de justicia;

pero esto no modifica el hecho de que el verbo es esencialmente legal en el uso bíblico, y que denota básicamente una sentencia de absolución".²¹⁶

LA REIVINDICACIÓN DE DIOS

El juicio de Dios es siempre de acuerdo con la verdad y la equidad. Nosotros somos impíos. ¿Cómo puede Dios justificarnos? Si declaráramos inocente a una persona que es culpable, nuestra acción sería una afrenta delante de Dios y de los hombres. Sin embargo, esto es lo que Dios hace. ¿Cómo puede hacerlo?

La doctrina cristiana, expresada en su fórmula más estricta, es la justificación por la fe, y no simplemente la justificación. La justificación, por sí sola, significa declarar a alguien justo, como ya lo hemos señalado. Pero la justificación por la fe es Dios declarando a los creyentes justos no sobre la base de sus propias obras sino sobre la base del sacrificio de Cristo. Dios declara que ha aceptado el sacrificio de Cristo en pago de nuestra deuda frente a la justicia divina, y en lugar del pecado nos imputa la justicia de Cristo.

Este es el argumento que luego Pablo desarrolla en la segunda mitad de Romanos 3:21-26. "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe en Jesús" (énfasis mío).

Hace unos años, una sociedad para la extensión del ateísmo publicó un folleto donde delineaba los perfiles de una docena de figuras del Antiguo Testamento combinándolos con una descripción espeluznante de sus maldades. No se escatimó ningún esfuerzo para describir sus pecados. Una de estas figuras era Abraham. El folleto señalaba que él había estado dispuesto a mancillar el honor de su mujer para salvar su propia vida. Y sin embargo se lo llamaba "el amigo de Dios". Los ateístas se preguntaban qué clase de Dios era ese que podía tener un amigo como Abraham. Otra figura era Jacob. Se lo describía como un estafador y un mentiroso. Sin embargo, Dios se llamaba a sí mismo "el Dios de Jacob". Moisés era retratado como un asesino y un fugitivo de la justicia, lo que en verdad era. David era mostrado como un adúltero que además combinó su adulterio con el asesinato del esposo

de la mujer. Y sin embargo, David era llamado "un hombre según el corazón de Dios". Los ateístas se preguntaban qué clase de Dios debería ser ese que podía sentir agrado hacia David.

Asombrosamente, este folleto estaba señalando algo que hasta Dios mismo reconoce. Dios se llama a sí mismo justo y santo. Sin embargo, por siglos había evitado condenar y había estado en realidad justificando a los hombres y las mujeres como estos. Podríamos decir que por estos largos siglos había habido una mancha sobre el nombre de Dios. Como lo expresa Pablo, había estado pasando por alto nuestros pecados. ¿Pero acaso Dios es injusto? De ninguna manera. En la muerte de Cristo, el nombre y los propósitos de Dios fueron reivindicados. Ahora podemos apreciar que sobre la base de esa muerte, Dios ha justificado y todavía sigue justificando a los impíos.

NO HAY OTRA SALVACIÓN

La tragedia es que las personas no aceptarán esta salvación gratuitamente ofrecida en Cristo e intentarán ganarse su propia salvación.

Como ya lo he sugerido en el anterior análisis sobre la propiciación (Tomo II, Capítulo trece), en los dos capítulos que preceden a estos versículos claves de Romanos 3, Pablo coloca a todos en una de estas tres categorías para mostrar que todas las personas necesitan lo que sólo está disponible por medio de Cristo. La primera categoría, descrita en Romanos 1:18-32, comprende las personas que llamamos hedonistas, las que dicen: "Los únicos estándares para mi conducta son los que yo me impongo. Por lo tanto, yo voy a vivir para mí mismo y para cuanto placer se me antoje". Pablo dice que estas personas necesitan del evangelio porque su vida los está alejando de Dios y conduciéndolos hacia la condenación. Pueden justificarse según su punto de vista, pero esta justificación no tiene ningún valor. Todavía hay una ley moral, establecida por Dios, y todavía hay un Dios moral que los ha de juzgar. Hay sólo dos posibilidades: o son justificados por la fe en Jesucristo o se pierden.

La segunda categoría, considerada en Romanos 2:1-16, comprende a aquellos que llevan vidas éticamente superiores. Son personas morales. Podrían decir: "Todo lo que se ha dicho sobre los hedonistas es bien cierto. Sin duda están en una senda que los aleja de Dios, y serán justamente juzgados por eso. Pero yo no soy así. Yo no vivo para mí mismo ni fijo mis propios estándares éticos. Por el contrario, yo persigo los más elevados estándares morales. Por lo tanto, la solución propuesta y el llamado al arrepentimiento no me corresponden". Pablo, sin embargo, les responde que hay dos razones por las que sí les corresponden.

En primer lugar, los estándares de los moralistas, si bien muy elevados, nunca pueden estar ni cerca de los estándares de Dios. Dios requiere una perfección que ni siquiera nos podemos imaginar. Es comprensible que no estemos ni cerca de lograrla. En segundo lugar, los

moralistas ni siquiera pueden lograr sus propios estándares, independientemente de cuáles sean. Pablo dice: "Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, porque tú que juzgas haces lo mismo" (Ro. 2:1).

¿Cuál es tu estándar ético? Puedes decir: "Mi estándar es el Sermón del Monte". ¿Pero vives de acuerdo con ese estándar? No lo haces, y nadie lo puede hacer. En el Sermón, Jesús dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48), y nadie es perfecto. Quizá podrías contestar esta pregunta diciendo que tu estándar es los Diez Mandamientos. Pero tampoco los cumples. No adoras a Dios completamente. Rompes el día de reposo. Codicias las pertenencias de otras personas. ¿Tu estándar es la Regla de Oro? Si es así, tampoco la cumples porque no siempre haces con los demás como te gustaría que ellos hicieran contigo (Mt. 7:12). Quizá tu estándar es el mínimo común denominador de las relaciones humanas: el estándar del juego limpio. ¿Logras eso? No siempre. Por lo que hasta ese estándar ético mínimo te está condenando. Resulta claro que las personas morales deben aprender de una vez por todas que les es imposible ganar el cielo. Deben admitir que ellas también necesitan la justicia de Dios.

La tercera categoría, de la que nos habla Romanos 2:17-29, es la de las personas religiosas. En el contexto de la experiencia de Pablo, estas eran los judíos, los depositarios de la ley de Dios. Ellos estaban orgullosos de su herencia. En nuestros días el equivalente sería la persona que dice: "Sí, todo lo que se ha dicho sobre los hedonistas y las personas morales es cierto. También es cierto sobre mí. Tampoco yo puedo cumplir con los estándares de Dios. Pero yo no pongo mi confianza allí. Yo soy religioso, y por lo tanto confío en Dios. He sido bautizado y confirmado. Tomo la comunión. Ofrendo para el sostén de la iglesia". Pablo responde que estas personas también necesitan del evangelio porque todas estas cosas —aunque están bien en sí mismas— son inadecuadas. No modifican para nada la situación nuestra con respecto a Dios. Lo que se necesita es la aplicación de una justicia que no es la propia sino que proviene de Dios, seguida de una transformación interna progresiva.

¿Qué es lo que ve Dios cuando nos mira? ¿Ve obras, incluso hasta obras religiosas, que no están respaldadas por la vida divina dentro de nosotros? ¿O ve su propia justicia impartida por su propio acto soberano que ahora comienza a hacerse camino en nuestra conducta?

Consideremos la conversión de Pablo. Pablo no era un hedonista. Para nada. Era religioso y moral. Confiaba en lo que podría lograr en estas áreas para su salvación. Nos narra su experiencia en Filipenses 3:4-8. "Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo, en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable.

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganara Cristo".

Antes de encontrarse con Cristo su vida era como un estado de situación con el debe y el haber. Creía que ser salvo consistía en tener más en el debe que en el haber. ¡Y tenía bastante! Algunas cosas las había heredado, otras las había ganado. Entre los bienes heredados estaba el hecho de que Pablo había nacido en el seno de un familia judía, y había sido circuncidado al octavo día, según la ley judía. No era un prosélito, que había sido circuncidado más tarde en su vida, ni un ismaelita que era circuncidado a los trece años. Era un judío de pura cepa, nacido de padres judíos ("hebreo de hebreos"). También era un israelita, un miembro del pueblo del pacto de Dios. Además, pertenecía a la tribu de Benjamín. Cuando la guerra civil dividió a Judá del resto de Israel, después de la muerte de Salomón, Benjamín fue la única tribu que se mantuvo junto a Judá, en el sur. Las tribus del norte fueron apóstatas de la religión revelada de Dios y levantaron altares esquemáticos donde realizaban sacrificios de sangre en violación de Levítico 17. Pero Benjamín se mantuvo fiel, y Pablo pertenecía a esta tribu.

Pablo también tenía algunas ganancias propias. Con respecto a la ley era un fariseo, de todas las sectas judías la más fiel con respecto al cumplimiento de la ley. Había sido un fariseo celoso, prueba de ello era su persecución de la iglesia primitiva.

Desde el punto de vista humano todas estas cosas eran realmente valiosas. Pero llegó el día cuando Pablo vio lo que todas estas cosas representaban para el Dios de justicia. Fue el día cuando Jesús se le apareció en el camino a Damasco. Entonces comprendió que todas estas obras de justicia eran como trapos de inmundicia. Hasta ese momento había dicho: "En cuanto a la justicia que es en la ley, [soy] irreprochable". Ahora decía: "Yo soy el primero de los pecadores" (1 Ti. 1:15). Todo lo que había acumulado en el debe en realidad no tenía ningún valor. Eran todas pérdidas que lo distanciaban de Cristo. Ahora, en la columna del debe escribió: "Sólo Jesucristo".

Esta magnífica verdad ha sido incorporada en muchos himnos, incluyendo uno por Augustos M. Toplady.

Aunque sea siempre fiel, Aunque llore sin cesar, Del pecado no podré Justificación lograr;
Sólo en ti teniendo fe Deuda tal podré pagar. Mientras haya de vivir, Y al instante de expirar,
Cuando vaya a responder En tu augusto tribunal, Sé mi escondedero fiel, Roca de la eternidad.

El evangelio dice que cuando aquella persona a quien Dios ha vivificado se vuelve de sus propias obras, que sólo la pueden condenar, y por la fe abraza al Señor Jesucristo como su Salvador, Dios declara que sus pecados han sido castigados en el Calvario y deposita la justicia de Dios en su cuenta.

CAPITULO 43: JUSTIFICACIÓN POR LA FE: EL LUGAR DE LAS OBRAS

EN EL ULTIMO CAPITULO SEÑALAMOS QUE LA JUSTIFICACIÓN ES un acto de Dios totalmente desligado de cualquier cambio interno en el individuo. Es decir, la justificación no depende de las buenas obras ni de ninguna otra forma humana de mejoramiento o de nada que el hombre pueda emprender. Dicho capítulo presentaba el argumento desde el punto de vista de una persona que todavía no es cristiana. Sin embargo, ahora debemos encarar el tema desde la perspectiva de alguien que ya ha creído en Cristo y ha sido justificado. Su justificación ha tenido lugar por la gracia de Dios por la fe, no por obras. ¿Pero esto significa acaso que ya no hay lugar para las obras en el cristianismo? Si así fuera, el cristianismo parecería estar promoviendo una conducta inmoral. Por otro lado, si necesitamos de las obras, ¿entonces no resulta cierto que después de todo no somos salvos exclusivamente por la obra de Cristo?

Este es el punto donde la teología católica y la teología protestante difieren más radicalmente. Si bien muchos católicos estarían dispuestos a afirmar junto con los protestantes que la justificación es por la gracia de Dios por la fe, dirían que las obras también intervienen en la justificación en el sentido de que Dios nos justifica en parte produciendo buenas obras dentro de nosotros, para que seamos justificados por la fe y por esas obras.

Los protestantes responden que somos justificados exclusivamente por la fe en Cristo. No hay obras que intervengan, ni siquiera la fe es una obra. Pero agregan (o deberían agregar —ya que hay mucha teología protestante deficiente—) que si hemos sido justificados realmente, las buenas obras necesariamente deben seguir a la fe, aunque no intervengan en la justificación propiamente dicha.

La diferencia puede expresarse en dos fórmulas. La teología católica dice:

Fe + Obras = Justificación

Los protestantes responden:

Fe = Justificación + Obras
Calvino expresa el punto de vista protestante con respecto a la relación que debe existir entre la fe, la justificación y las obras en estas palabras:

¿Por qué, entonces, somos justificados por la fe? Porque sólo por la fe nos apropiamos de la justicia de Cristo, la única forma cómo podemos ser reconciliados con Dios. Sin embargo, no podríamos apropiarnos de la justicia de Dios sin apropiarnos al mismo tiempo de la santificación. Porque él "nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Co. 1:30). Por lo tanto, Cristo no justifica a nadie sin santificarlo al mismo tiempo. Estos beneficios se hallan ligados por una cadena eterna e indisoluble, de manera que a quienes ilumina en su sabiduría, redime; a quienes redime, justifica; a quienes justifica, santifica... Resulta claro entonces que lo cierto es que somos justificados no sin obras pero no por obras, ya que en nuestra comunión en Cristo, que nos justifica, la santificación está tan incluida como la justicia.²¹⁷

EL LUGAR DE LAS OBRAS

Esta es la enseñanza de Pablo, el gran defensor de la justificación sólo por la fe, en Efesios 2:8-10. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas".

Ya ha sido señalado por más de un comentarista que en los versículos 9 y 10 la palabra obras está repetida, lo que llama poderosamente la atención. La primera mención a las obras es negativa. Nos dice que como hemos sido salvos por gracia por medio de la fe, entonces no somos salvos "por obras", de lo contrario, una persona salva tendría la posibilidad de jactarse frente a otra persona que no ha realizado estas obras y que por lo tanto no es salva. Este versículo está repudiando completamente la idea que las obras contribuyan en alguna medida a nuestra justificación. Si creemos que las obras juegan un papel en nuestra justificación, estamos confiando en esas obras en lugar de confiar en la obra completa y suficiente de Cristo, y por lo tanto no somos justificados. No somos salvos. No podemos ser salvos por gracia y salvos por gracia más obras al mismo tiempo.

Por otro lado, tan pronto como Pablo ha acabado de rechazar el papel de las obras en la justificación, inmediatamente retorna al tema de las obras, diciendo que Dios nos ha creado "para buenas obras". Esto está expresando en un lenguaje tan fuerte. —"obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"— que podemos decir que si no hay obras, la persona involucrada no ha sido justificada.

¿Resulta esto una contradicción? De ningún modo. Es simplemente una manera vivida de decir que si bien la justificación describe un aspecto importante de lo que significa ser salvo,

no constituye el todo de la salvación. Dios justifica, pero eso no es lo único que hace. También regenera. No hay justificación sin regeneración, del mismo modo que no hay regeneración sin justificación.

La regeneración es el término teológico para lo que Jesús estaba diciendo cuando le dijo a Nicodemo: "Es necesario nacer de nuevo" (Jn. 3:7). Le estaba diciendo que necesitaba comenzar de nuevo como resultado de la nueva vida de Dios puesta dentro de él. Se trata de lo que Pablo estaba hablando un poco antes en este mismo capítulo de Efesios, cuando describe a "Dios... aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo" (2:4-5). Se trata también de lo que Pablo está señalando en el versículo 10. Porque ese versículo no sólo nos dice que Dios nos ordena hacer buenas obras o que nos amonesta a hacerlas, si bien esto también es cierto, sino que nos "ha creado" para buenas obras; y todavía más, agrega que estas obras han sido "preparadas de antemano" por Dios. Resulta evidente que si una persona ha sido creada por Dios específicamente para hacer buenas obras, él o ella harán esas buenas obras —aunque no tengan nada que ver con el cómo esa persona ha sido salvado en primer lugar.

Según mi entender, esta es hoy una de las enseñanzas más descuidadas (pero sin embargo una de las más esenciales) en la iglesia evangélica de los Estados Unidos de América. En el comienzo de este capítulo contrasté la teología protestante con la teología tradicional católica, mostrando cómo los protestantes enseñan que "Fe = Justificación + Obras" —el punto de vista que estoy desarrollando— mientras que los católicos enseñan que "Fe + Obras = Justificación". No estoy de acuerdo con la teología católica en este punto. ¿Pero qué hemos de decir de una teología, como la que predomina en el mundo evangélico en la actualidad, que no tiene ningún lugar para las buenas obras? ¿Qué hemos de decir de una enseñanza que postula la justificación desligada de la santificación, el perdón sin una transformación de vida? ¿Qué pensaría Jesús mismo sobre esa teología?

Cuanto estudiamos las enseñanzas de Cristo no demoramos en descubrir que nunca titubeó en insistir sobre la conducta transformada. Enseñó que la salvación sería por medio de su obra en la cruz. Dijo: "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mr. 10:45).

Pero también dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Le. 9:23).

Dijo: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su

casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa" (Le. 6:46-49).

Le dijo a sus discípulos: "El que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22).

Le dijo a los judíos de su tiempo: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20). Estos versículos nos están enseñando que una persona salva debe hacer buenas obras y seguir haciéndolas hasta el fin de sus días.

Además, como resulta evidente hasta de esta selección elemental de los dichos de Cristo, no se trata sólo de demostrar una conducta genuinamente transformada y hacer buenas obras si somos justificados. También tiene que ser cierto que nuestras buenas obras son superiores a las buenas obras de los demás, lo que es obvio si consideramos que las buenas obras del cristiano brotan del carácter de Dios dentro del cristiano. "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" significa que "si ustedes que dicen llamarse cristianos, que profesan haber sido justificados sólo por la fe y por lo tanto confiesan que no tienen nada que contribuir a su justificación —si no se comportan, sin embargo, de una manera superior al comportamiento de las mejores personas, que esperan salvarse por sus obras, no entrarán en el reino de Dios—. En realidad, no son cristianos".

John H. Gerstner ha llamado a esto acertadamente, creo, "una apología inherente". Se debe a que nadie excepto Dios podría concebir una religión como esta.

Siempre que encontramos una persona a quien le importa mucho la moralidad y su conducta, y espera que esta sea irreprochable, invariablemente esta persona supone que puede justificarse por sus obras. Por otro lado, cuando encontramos una persona que se deleita en la gracia, que conoce la futilidad de intentar lograrlo por sí misma y que no le alcanzan las palabras para hablar sobre la sangre de Jesús y la salvación, completa y gratuita, esta persona tiene una tendencia inherente a no tener nada que ver con las obras de ningún tipo. Cuando vemos una persona que le importa mucho la moralidad, inevitablemente cae dentro del foso de la salvación meritosa. Y, por otro lado, cuando una persona entiende el principio de la gracia, tiene una tentación inherente de caer en una antinomia. Pero la religión cristiana, si bien postula la gracia en toda su pureza, la gracia no adulterada por ninguna contribución meritosa que nosotros podamos hacer, al mismo tiempo requiere de nuestra parte la conducta más ejemplar que sea posible concebir....

Ni por un solo instante se puede decir otra cosa que no sea: "Nada en mis manos traigo, me aferré sólo a tu cruz". Somos justificados sólo por la fe. Pero no somos justificados por una fe solitaria. Por lo tanto, si realmente nos aferramos a esa cruz, si realmente hacemos lo que

decimos que hacemos, estaremos llenos de las obras del Señor y llevaremos vidas con conductas excepcionales.²¹⁸

EL DIOS QUE OBRA

Sé que esto puede sonar confuso y hasta contradictorio. Pero el problema desaparece tan pronto como tomamos conciencia que las buenas obras que los cristianos son llamados a hacer (y que deben hacer) son el resultado de la obra que Dios efectuó de antemano en ellos. Por este motivo es que Pablo en Efesios 2:10 escribe un prefacio antes de su exigencia de buenas obras. "Porque somos hechura suya". Es por el mismo motivo que, siguiendo esta misma línea de pensamiento, en la siguiente epístola, dice: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12-13). Es porque Dios está obrando en nosotros que haremos y hacemos estas obras que le agradan.

En Efesios 2:10, Pablo llama a esta obra de Dios una nueva creación, diciendo que "somos... creados en Cristo Jesús para buenas obras". No cabe duda que Pablo tiene un contraste en mente, entre nuestra nueva creación en Cristo y nuestra vieja creación en Adán, del mismo modo que en Romanos 5:12-21. Cuando Dios hizo al primer hombre, lo hizo perfecto para toda buena obra. Pero Adán cayó, como ya sabemos. Desde ese entonces, según la perspectiva de Dios, la mejor de las buenas obras de Adán y su descendencia han sido "buenas obras" malas. Están contaminadas por el pecado, porque no brotan de un amor puro de Dios sino que surgen de un deseo de enriquecer nuestra reputación o nuestra posición en la sociedad.

Pero ahora, Dios recrea a esos hombres y esas mujeres que unió al Señor Jesucristo. Hace nacer una existencia que hasta ese momento no existía y que por lo tanto ahora tiene posibilidades nuevas y excitantes. Antes, la persona que sin Cristo era, para usar la frase de San Agustín, non posse non peccare ("incapaz de no pecar"). Ahora, esta persona es posse non peccare ("capaz de no pecar") y tiene la posibilidad de hacer buenas obras.

En esta recreación espiritual Dios nos da un nuevo conjunto de sentidos. Antes, veíamos con nuestros ojos físicos, pero éramos espiritualmente ciegos. Ahora, vemos con ojos espirituales, y todo parece nuevo.

Antes, éramos espiritualmente sordos. La palabra de Dios nos hablaba, pero no tenía ningún sentido para nosotros. Y si lo tenía, rechazábamos esa palabra y la resistíamos. Ahora, nos

han sido dados oídos para escuchar lo que el Espíritu de Dios dice, y podemos oír y responder a las enseñanzas bíblicas.

Antes, nuestro pensamiento estaba obnubilado. A lo que era bueno, lo llamábamos malo; a lo que era malo, lo llamábamos bueno. En realidad, nos gozábamos en lo malo, y no podíamos comprender qué era lo que estaba mal cuando "la buena racha" se convertía de pronto en malos momentos y quedábamos sintiéndonos miserables. Las cosas del Espíritu de Dios eran "locura" para nosotros (2 Co. 2:14). Pero ahora nuestro pensamiento ha sido transformado; evaluamos las cosas de distinta manera, y nuestras mentes son renovadas día a día (Ro. 12:1-2).

Antes, nuestro corazón estaba endurecido. Odiábamos a Dios, y no nos importaban tampoco demasiado las demás personas. Ahora, nuestros corazones se han enternecido. Dios es amoroso, y lo que él ama, nosotros también amamos. "Amamos porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:19). Como nuestros corazones han sido rehechos, ahora le damos alimento al hambriento, agua a los que están sedientos, hogar a los extraños, abrigo a los desnudos, cuidado a los enfermos y consuelo a los que están en las cárceles —como Jesús dijo que debíamos hacer si habíamos de sentarnos con él en la gloria.

UN DOCTRINA PRÁCTICA

La enseñanza acerca del lugar y la necesidad de las buenas obras en las vidas de los cristianos tiene un número de consecuencias prácticas.

Primero, le da sentido a varios pasajes bíblicos, en particular a aquellos que registran la propia enseñanza del Señor, que hacen hincapié en las obras y que por lo tanto parecen sugerir una salvación por obras. Estos versículos, a los que ya he hecho referencia (tomados del capítulo 25 de Mateo), sobre el alimentar a los hambrientos, dar agua a los sedientos, hogar a los extraños, y así sucesivamente, constituyen un ejemplo. También son un ejemplo las otras dos parábolas que encontramos en ese mismo capítulo. En la primera de estas parábolas, las cinco vírgenes insensatas quedan excluidas de la fiesta por haber descuidado algo tan insignificante como el proveer suficiente aceite para sus lámparas. El hecho de que se haya agotado el aceite ni siquiera era responsabilidad de ellas, ya que el esposo se demoró (vs. 5). Lo conocían y estaban esperándolo. Sin embargo, no eran salvas.

De manera similar, el tercer siervo en la segunda parábola no gozó del favor de su señor porque no utilizó el talento que le había sido dado. No lo había robado. Por el contrario, lo había cuidado y lo había enterrado, y se lo había devuelto a su señor cuando este regresó de su viaje. Sin embargo, el siervo fue rechazado. En realidad, fue echado "en las tinieblas de afuera" donde es "el lloro y el crujir de dientes" (vs. 30).

En la tercera parábola, las ovejas son separadas de los cabritos en base a sus buenas obras. Estas historias y otros dichos de Jesús parecen estar enseñando que las personas son salvas de acuerdo a su perseverancia, su visión, su espíritu de empresa o su caridad. Pero este problema desaparece cuando tomamos conciencia de que Jesús no se está contradiciendo sino que está mostrando las consecuencias de lo que significa haber creído realmente en él como Salvador. En otra oportunidad dijo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado" (Jn. 17:3). Esta afirmación es verdadera. Pero la persona que conozca a Dios y a Jesús como su Salvador, y que por lo tanto posea la vida eterna, estará esperando al Señor cuando él vuelva; es decir, perseverará hasta el fin de sus días. Estará utilizando los talentos que Dios le dio de la mejor manera. Será una fuente de bendición a los hambrientos, los sedientos, los desamparados, los desnudos, los enfermos y los encarcelados. Estas enseñanzas están todas ligadas.

Segundo, un entendimiento de lo que Dios hace cuando produce buenas obras en las vidas transformadas de los cristianos constituye una base maravillosa para alabar a Dios por su sabiduría y su gracia sin par. El doctor Paul Brand, jefe del Departamento de Rehabilitación del Hospital de Salud Pública de los Estados Unidos, en Carville, Luisiana, ha escrito un libro titulado *Fearfully and Wonderfully Made* ("Una criatura maravillosa y temerosa"). En dicho libro, el doctor Brand examina los complicados mecanismos del cuerpo humano y se deleita en la grandeza de Dios que es capaz de crear tales maravillas. Habla sobre las células, los huesos, la piel y las complejidades de los movimientos humanos. Su descripción hace que nos maravillemos junto con él. Pero a pesar de lo maravillosa que es la creación del cuerpo humano, está ampliamente superada por la maravilla de la recreación que Dios hace del hombre o la mujer que antes estaban espiritualmente muertos y que por lo tanto eran totalmente incapaces de hacer algo que pudiera satisfacer a Dios, pero que ahora, como resultado de la obra de Dios, son capaces de ser buenos y de hacer verdaderamente buenas "buenas obras".

Tercero, un entendimiento de la obra que Dios realiza en aquellos a quienes trae a la fe en Cristo para que hagan buenas obras sienta una base para juzgar si hemos realmente nacido de nuevo. La mente humana es extremadamente sutil y, en su estado caído, perversa. Si las vírgenes insensatas creyeron que el esposo las dejaría entrar cuando golpearan a la puerta, si el tercer siervo creyó que su señor iba a considerar su rendimiento de cero crecimiento aceptable, si los cabritos eran completamente inconscientes de su fracaso para cuidar de los necesitados — ¿cómo podemos nosotros tener la certeza de que realmente hemos sido salvos, aun si (al menos en lo que a nosotros respecta) creemos lo correcto?

La respuesta es que debe haber una diferencia en nuestras vidas. Debemos realmente ser "nuevas criaturas" intelectualmente, moralmente, y desde el punto de vista de nuestras relaciones con los demás. Pero este es el punto de partida del siguiente capítulo.

CAPITULO 44: LAS PRUEBAS DE LA FE

CUALQUIERA QUE HAYA TRABAJADO CON JÓVENES CRISTIANOS sabe que las dudas aparecen al poco tiempo de haberse convertido a Cristo. La experiencia inicial del cristiano es una experiencia de gran gozo. La persona que estaba perdida en la oscuridad del pecado y la ignorancia, ahora ha llegado a la luz de Dios. Antes alienada de Dios, ahora él la ha encontrado. Pero entonces, a medida que transcurre el tiempo, con mucha frecuencia el nuevo cristiano comienza a preguntarse si en realidad algo ha cambiado efectivamente. La persona creía que era una nueva criatura en Cristo; pero, para ser francos, sigue siendo muy igual a lo que era antes. Las mismas tentaciones están presentes; y hasta pueden ser peores. Su carácter sigue teniendo los mismos defectos que tenía con anterioridad. Hasta el gozo que llegó a sentir parece estar evaporándose. Es en ese instante que el cristiano se pregunta cómo es posible saber que Dios lo ha salvado. Puede preguntarse: "¿Cómo puedo tener la certeza que soy justificado?"

Este problema también puede afectar a los cristianos más maduros. Puede surgir como una etapa perfectamente normal en su crecimiento en el cristianismo, o como resultado de alguna dificultad muy grande que tengan que afrontar en sus vidas —una enfermedad, la pérdida de su trabajo, la pérdida de un ser querido que muere o que recae en el pecado—. Desde el fondo de una depresión nacida de estas circunstancias, los cristianos bien pueden preguntarse si verdaderamente son hijos de Dios o si estuvieron equivocados en creer eso.

Estas preguntas son más que una fuente de preocupación. Pueden afectar la vida de un cristiano, y mucho. Como cristianos hemos sido llamados para servir a otros tanto como a Dios. ¿Cuan efectivos podemos ser en nuestro servicio a otros si nosotros no estamos seguros de nuestra propia salvación? Antes de la Reforma, cuando Martín Lutero estaba luchando con estas preguntas, era un monje encerrado en un monasterio. Luego, una vez que supo que había sido salvado por la muerte de Cristo y que Dios lo había justificado, dejó atrás el monasterio para comenzar la Reforma. ¿Cómo podemos lanzar algo que proviene de Dios mientras permanezcamos encerrados en el monasterio de las dudas?

LA SEGURIDAD DEL CRISTIANO

Toda la primera epístola de Juan fue escrita para contestar esta pregunta. Las iglesias a las que Juan les estaba escribiendo habían recibido las enseñanzas apostólicas, pero en alguna oportunidad, antes de la composición de 1 Juan, algunos miembros de las congregaciones se habían retirado para formar nuevas comunidades (1 Jn. 2:19), sin duda afirmando que sus creencias representaban algo mejor que lo que habían creído hasta ese entonces. No se sabe

mucho sobre esta defeción, nada más que lo que Juan nos da a entender en su epístola. Pero posiblemente se tratara de una forma temprana de lo que más tarde se conoció con el nombre de gnosticismo.

Los gnósticos se presentaban como "los que saben", el significado principal de la palabra gnóstico, e insistían, al mismo tiempo, en que la salvación provenía fundamentalmente por el conocimiento; o sea, por la iniciación en un conocimiento místico y supuestamente superior que ellos poseían. En las formas más comunes de gnosticismo esto implicaba que se negaba la importancia de la conducta moral. Los gnósticos eran capaces de decir que no tenían pecado, que lo que hacían no era pecado, o que podían tener comunión con Dios aunque continuaran pecando.

Los gnósticos también creían que la materia era inherentemente mala, solamente el espíritu era bueno, y que no había forma de unir ambas cosas. Por este motivo es que negaban la importancia de la vida moral, ya que según ellos la salvación estaba en el reino del espíritu o de la mente que era lo único bueno. También produjo una religión filosófica desligada de la historia concreta. Según los gnósticos, una Encarnación real del Hijo de Dios resultaba imposible. Si la materia es el mal, Dios nunca podría asumir un cuerpo humano sobre sí mismo. La Encarnación debería haber sido simplemente una aparición.

Aparentemente, muchos cristianos estaban confundidos con esta enseñanza. Los nuevos maestros parecían ser brillantes. ¿Estaban los gnósticos en lo cierto? ¿Había que abandonar las viejas enseñanzas? ¿Los creyentes siempre habían sido cristianos, o sus creencias eran meramente una preparación para esta forma de cristianismo más elevada y más auténtica? Juan responde a estas preguntas; en primer lugar, con una afirmación categórica que los cristianos pueden y deben saber que tienen vida eterna y, en segundo lugar, con la presentación de tres pruebas prácticas para dilucidar este tema.

EL CAMINO CRISTIANO DEL CONOCIMIENTO

En su carta, Juan dice con claridad que su propósito es escribirles a los cristianos para mostrarles cómo pueden estar seguros de que han sido regenerados. "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (5:13). Y en otros lugares dice que "por esto sabemos que estamos en él" (2:5); "Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre" (2:13); "Pero vosotros tenéis la unción del Espíritu Santo, y conocéis todas las cosas" (2:20); "No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis" (2:21); "Amados, ahora somos hijos de Dios" (3:2); "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida" (3:14); "Y en esto conocemos que somos de la verdad" (3:19); "Y en esto sabemos que él permanece en nosotros" (3:24);

"Hijitos, vosotros sois de Dios" (4:4); "En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros" (4:13); "En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios" (5:2); "Sabemos... sabemos... sabemos..." (5:18-20).

El mundo de la actualidad le da mucha importancia al conocimiento y la confianza que supuestamente trae consigo. Pero el conocimiento ha superado la capacidad que la mayoría de las personas tienen para absorberlo, excepto en algunas áreas especializadas. ¿Es posible que alguien realmente conozca algo en estas circunstancias? ¿Es posible la certeza? La respuesta de Juan es que en los asuntos espirituales la certeza es posible. Es posible de dos maneras. Una manera, desarrollada justo antes de la afirmación de propósito de Juan, es mostrar que Dios ha prometido la justificación y la vida eterna a todos lo que creen en su Hijo. Podemos tener la seguridad simplemente porque podemos confiar en Dios.

Para demostrar este punto, Juan muestra las diferencias que existen entre el testimonio humano y el divino. "Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (5:9-12). Evidentemente, Juan está intentando aclarar este tema de la mejor manera posible. Todos aceptamos el testimonio humano. De lo contrario, nos resultaría imposible firmar un contrato, librar un cheque, comprar una entrada, tomar un autobús, o hacer cualquier otra de las miles de cosas que constituyen nuestro diario vivir. "Muy bien, entonces", dice Juan, "¿por qué no hemos de creerle a Dios, que es el único cuya palabra es completamente digna de confianza? Dios nos dice que si creemos en Jesús como nuestro Salvador somos justificados".

Pero hay una segunda manera como Juan nos demuestra esta seguridad. Quienes creen en Dios tienen una certeza interior que lo que han creído es digno de confianza. Los reformadores llamaron a esta obra del Espíritu de Dios el testimonium Spiritus Sancti internum. Por otro lado, quienes no creen en Dios lo convierten en mentiroso; ya que están diciendo que no es posible confiar en Dios. Aquí, resulta evidente la naturaleza nefasta de no creer. "No creer no es una mala fortuna por la que se debe sentir lástima; es un pecado que debe ser deplorado. Su pecaminosidad radica en el hecho que contradice la palabra del único Dios verdadero y por lo tanto le atribuye falsedad".²¹⁹

Pero para ser justos con los que dudan de su salvación, debemos decir que no todas las faltas de seguridad son pecado precisamente en este sentido. Creer en Cristo y, sin embargo, pensar

²¹⁹ John R. W. Stott, *The Epistles of John* en la serie del Comentario del Nuevo Testamento de Tyndale (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964), p. 182.

que Dios puede arrepentirse de su palabra y no salvarnos constituye pecado. Pero algunos saben que la fe que salva no es simplemente una conformidad intelectual con determinadas doctrinas, sino que involucra un compromiso y una confianza, y saben que en cierto sentido han creído en Cristo. Pero no están seguros que han creído de la manera adecuada. "¿He confiado en Cristo realmente? ¿He dejado de lado todos mis intentos por lograr mi propia salvación por medio de mi propia justicia para aceptar la justicia de Cristo? ¿He sido verdaderamente justificado?".

Como respuesta a estas interrogantes, Juan ofrece tres pruebas, como ya hemos mencionado. Estas pruebas son repetidas de distinta manera a lo largo de toda la epístola: la prueba doctrinal (la prueba de la creencia en Jesucristo), la prueba moral (la prueba de la justicia o la obediencia) y la prueba social (la prueba del amor).

LA PRUEBA DOCTRINAL

Una de las características de nuestra época, con frecuencia observada por los apologistas cristianos contemporáneos, es que las personas ya no creen en la verdad, en un sentido estricto. Utilizan este término en un sentido coloquial, para referirse a lo contrario de algo que es falso. Pero, en el siglo veinte, cuando se dice que algo es verdad la mayoría de las personas no creen que eso sea verdad absolutamente y para siempre. Lo que quieren decir es que es verdad para algunas personas, si bien posiblemente no sea verdad para otras, o que es verdad hoy, pero no necesariamente será verdad mañana o en el futuro. El resultado de esta actitud es una gran inseguridad y una sensación de pérdida.

El cristianismo se mueve, en cambio, en un conjunto de presuposiciones completamente diferente. En la prueba doctrinal, la primera de las pruebas de la presencia de una vida nueva, las personas comienzan a apreciar las cosas desde otra perspectiva. Antes, hasta dudaban que existiera algo que podía ser verdad. Ahora, ven que Dios es "verdad", que Cristo es "la verdad", y que la Biblia contiene afirmaciones "verdaderas". No pueden comprender todo, por supuesto. Pero su perspectiva es otra. Un autor, escribiendo sobre el curso normal de la experiencia religiosa, lo plantea de la siguiente manera: "Todo hombre que ha experimentado esta operación divina ahora tiene una nueva perspectiva de la verdad divina. El alma puede apreciar en estas cosas lo que antes nunca había visto. Discierne en la verdad de Dios una belleza y una excelencia de la que antes no tenía ninguna idea. No importa cuál sea la diversidad de la claridad de estas perspectivas en las distintas personas, o las verdades en particular que vienen a su mente, de lo que no cabe duda es que existe una nueva percepción

de la verdad... Es una realidad bendita, y hay miles de testigos, inteligentes y de una veracidad incuestionable, que están prontos a testificar sobre esto".²²⁰

Juan desarrolla la prueba doctrinal en 2:18-27, y luego retorna al tema en 4:1-6. Naturalmente, hace hincapié en los errores de los gnósticos, principalmente en su negación que Jesús es el Cristo. Pero al plantearlos, muestra que es un error que cualquiera puede cometer. Juan lo llama la mentira, y a quien lo comente, mentiroso: "¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo" (Jn. 2:22).

Cuando Juan afirma que "Jesús es el Cristo" no quiere sólo significar que Jesús es el Mesías anunciado en el Antiguo Testamento. Si así fuera, sería difícil comprender por qué los gnósticos se oponían a esto. Tomado en su contexto, Juan continúa hablando sobre Jesús como el Hijo, o sea, como el Hijo de Dios, y sobre el conocer al Hijo en el Padre y al Padre en el Hijo. En otras palabras, Juan está haciendo una confesión que implica la plena divinidad de Cristo: Dios se encarnó en Jesús como el Cristo. Los gnósticos, por el contrario, creían que el Cristo divino, concebido como una emanación del Dios superior y más elevado, descendió sobre el hombre Jesús en oportunidad de su bautismo y lo dejó poco antes de su crucifixión. Esta clase de pensamiento no es extraña a alguna forma de crítica bíblica moderna que separa al Jesús histórico del Cristo de la fe.

La confesión básica del apóstol Juan, también incluye todo lo que el Padre ha dicho sobre Jesús en la Biblia. Calvino escribe:

Estoy totalmente de acuerdo con los antiguos, que creían que es una referencia a Cerintio y Carpócrates. Pero la negación de Cristo es todavía mayor; porque no es suficiente confesar en una palabra que Jesús es el Cristo, sino que debe ser reconocido tal como el Padre nos lo ofrece en el Evangelio. Los dos que acabo de mencionar le daban el título de Cristo al Hijo de Dios, pero lo concebían como un simple hombre. Siguiéron otros, como Arrio, quienes lo adornaron con el nombre de Dios, pero lo despojaron de su eterna divinidad. Marcio soñó que era simplemente un fantasma. Sabelio imaginó que no tenía ninguna diferencia con el Padre. Todos estaban negando al Hijo de Dios, porque ninguno reconocía al Cristo en su totalidad, sino que adulteraban la verdad sobre él tanto como podían y se creaban un ídolo en lugar de Cristo...

Ahora podemos ver que Cristo es negado siempre que se le retira lo que le pertenece. Y como Cristo es el fin de la Ley y del Evangelio, y lleva en sí todos los tesoros de la sabiduría y el entendimiento, también es el blanco al que apuntan todos los dardos de los herejes. Por lo

²²⁰ Archibald Alexander, *Thoughts on Religious Experience* (1844; reedición ed., London: Banner of Truth Trust, 1967), p. 64.

tanto, el apóstol tiene razones de sobra para tildar a quienes luchan contra Cristo como los principales mentirosos, ya que la plena verdad se nos manifiesta en él.²²¹ Confesar que Jesús es el Cristo es confesar al Cristo de las Escrituras. Negar ese Cristo, de cualquier manera, es una herejía —una herejía con terribles consecuencias.

Por un lado, negar al Hijo es negar al Padre. No cabe duda que los falsos maestros habrían pretendido estar adorando al mismo Dios que los cristianos. "Solamente nos diferenciamos de ustedes en la concepción de Jesús" podrían haber dicho. Pero Juan dice que esto es imposible. Si Jesús es Dios, negar a Jesús como Dios es negar a Dios. En segundo lugar, negar al Hijo es rechazarla presencia de Dios en nuestras vidas o, como también podríamos decirlo, no tener parte con él ni él con nosotros. Juan utiliza la expresión "tiene al Padre" (2:23). En el lenguaje bíblico esto es equivalente a decir que dichas personas no han sido regeneradas y todavía están bajo la justa condenación de Dios. Quienes confiesan a Cristo han encontrado al Padre y han sido justificados por él.

LA PRUEBA MORAL

La prueba moral está citada en 1 Juan 2:3-6 y 3:4-10 y se hace referencia a ella en otras partes de la carta. Para plantearla en pocas palabras, aquellas personas que conocen a Dios llevarán vidas cada vez más justas. Esto no significa que estarán libres de pecado; pero estarán caminando en la dirección señalada por la justicia de Dios. Si esto no ocurre, si no están cada vez más incómodas e insatisfechas con su pecado, entonces no son hijos de Dios. "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él" (2:4-5).

En estos versículos, Juan introduce dos tipos de personas, las que dicen conocer a Dios pero no guardan sus mandamientos y las que obedecen a Dios como consecuencia del amor genuino que sienten hacia él. Juan tiene palabras rudas hacia las del primer grupo. Las llama mentirosas, ya que no han sido engañadas por otros ni confundidas por los hechos. Por el contrario, abiertamente profesan algo que saben que no es verdad. Cuando Juan continúa diciendo "La verdad no está en él", bien puede estar agregando un consejo hacia las demás personas para que no busquen la verdad en esta clase de personas sino que acudan a otra fuente. Si fuera así, la expresión se aplicaría a los maestros falsos (quienes deberían ser evitados por los que verdaderamente buscan a Dios) que existían tanto en los días de Juan como en los nuestros. La verdad debería ser buscada no en quienes sólo tienen calificaciones

²²¹ Juan Calvino, *The Gospel According to St. John 11-21 and The First Epistle of John*, trad. T. H. L. Parker (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1961), pp. 259-60.

intelectuales, sino en quienes afirman tener un conocimiento espiritual respaldado por una conducta piadosa.

En el segundo grupo, aquellos que obedecen a Dios, el amor de Dios se perfecciona en ellos. Si bien pueden no afirmar enfáticamente que conocen a Dios, como lo hacían los gnósticos, Juan nos dice que también conocen a Dios.

Hace unos años, cuando la nueva moralidad estaba en auge, un número de teólogos se reunió en el Seminario Teológico de Princeton para discutir sobre el tema. La mayoría de los presentes estaba en su favor. Por lo que la discusión se centró en el valor de estar libre de cualquier norma y regulación. "Pero deben existir ciertas pautas", alguien dijo. Esto se discutió. Por último, se decidió que la única pauta era el amor. Todo lo que proviniera del amor estaba permitido, siempre que no lastimara a nadie. Mientras la discusión se estaba desarrollando, un sacerdote católico se mantuvo en silencio, hasta que su silencio se hizo notorio. Los demás se volvieron a él y le preguntaron su opinión: "¿Acaso no estáis de acuerdo que el único factor limitante en una decisión ética es el amor?". El sacerdote respondió: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Jn. 14:15).

¿Decimos que somos cristianos? Entonces, "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6). El llamado es a imitar al Señor Jesucristo en nuestra conducta. Andar como él anduvo es vivir no según las reglas sino por el ejemplo. Es seguirlo, ser su discípulo. Un discípulo entendido de esa manera es personal, activo y costoso.

Es personal porque no puede ser transmitido a otra persona. En realidad, debemos encontrarnos con Cristo, como Pedro después de la resurrección. Jesús le preguntó a Pedro: "¿Me amas?". Cuando Pedro le contestó que "sí", le dijo: "Apacienta mis ovejas". Esto se repitió dos veces más, y la repetición terminó por irritar a Pedro. Para eludir a Cristo, señaló al discípulo amado, que aparentemente estaba a unos pasos, y le preguntó: "Señor, ¿y qué de éste?". Jesús le respondió: "Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sigúeme tú". Pedro no tenía forma de eludir el llamado a un discipulado personal. Andar como Cristo anduvo es también ser activo, porque el Señor mismo es activo. Ser inactivo es quedarse atrás. Por último, es costoso, porque la senda por la que Jesús anduvo, si bien conduce a la gloria es también la senda que pasa primero por la crucifixión. Dicha senda sólo puede ser caminada por quienes se han negado a sí mismos y han tomado la cruz de Cristo para seguirlo.

Dichas personas, hayan vivido en los días de Juan como en los nuestros, siempre tendrán su confianza puesta en Dios y estarán seguras de que lo conocen. C. H. Dodd, que fuera profesor de Nuevo Testamento en Cambridge, concluye:

En este pasaje, el autor no está sólo rebatiendo las tendencias peligrosas que había en la iglesia en su tiempo, sino que está analizando un problema cuya importancia es perenne, el de la validez de la experiencia religiosa. Podemos tener el sentimiento de la conciencia de Dios, de la unión con él, pero, ¿cómo sabremos que dicha experiencia se corresponde con la realidad? Resulta evidente que la claridad o la fuerza de la experiencia no pueden garantizar su validez, de la misma manera que un sueño puede ser muy vivido pero nunca será más que un sueño. Sin embargo, si aceptamos la revelación de Dios en Cristo, entonces debemos creer que cualquier experiencia de Dios que sea válida tiene una calidad ética definida por lo que conocemos sobre Cristo. Conllevará una fidelidad renovada a sus enseñanzas y su ejemplo. El escritor no quiere significar que sólo podemos decir que únicamente quienes obedecen a Cristo y siguen su ejemplo perfectamente han tenido una experiencia de Dios. Esto implicaría afirmar la no pecaminosidad de los cristianos en un sentido que él repudió. Pero, si la experiencia no implica que los afectos y la voluntad apunten ahora en dirección de los principios morales del Evangelio, entonces no se trata de una experiencia verdadera de Dios, en un sentido cristiano.²²²

Todavía podemos decir más, por supuesto, pero ya es suficiente para ver que la prueba de la experiencia personal es válida. La prueba de la justicia nos permite saber que conocemos a Dios y podemos tener nuestros corazones seguros delante de él.

LA PRUEBA SOCIAL

En medio de su discurso final antes de su crucifixión, Jesús impartió un nuevo mandamiento, el mandamiento a amar. "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:34-35). El amor es la señal por medio de la cual el mundo puede saber que los cristianos verdaderamente son cristianos. En 1 Juan el mandamiento se repite, pero con una diferencia: por el amor los cristianos (como el mundo) pueden saber que son cristianos. Es decir, cuando los cristianos se encuentran a sí mismos amando y amando realmente a aquellos para quienes Cristo murió, pueden estar seguros que conocen a Dios. Juan desarrolla esta prueba en 2:7-11 y la repite luego en 3:11-18 y 4:7-21. La afirmación más clara de esta prueba la encontramos en 2:9-10: "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo".

Como en el caso de la prueba moral, estos versículos también contienen dos grupos específicos para hacer de esta prueba una prueba concreta. El primer grupo está tipificado por

la persona que "dice que está en la luz, y aborrece a su hermano". Estas personas están en la oscuridad. Es obvio que Juan está pensando en sus oponentes gnósticos que decían ser "iluminados". Pero lo mismo es cierto de cualquiera que profese ser regenerado sin este cambio. Pablo dice esencialmente lo mismo: "Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy" (1 Co. 13:2).

El segundo grupo está constituido por los que muestran que están en la luz amando a sus hermanos cristianos. Juan dice que en su conducta "no hay tropiezo". Esta idea de tropiezo podría ser aplicada a aquellos que no sólo están caminando en la luz sino que tampoco hacen que otros tropiecen en las tinieblas. O, el tropiezo se podría aplicar a quienes caminan en la luz y por lo tanto no tropiezan. El contexto de este pasaje casi requiere esta segunda explicación, porque el propósito de los versículos no es mostrar lo que le ocurre a los demás sino mostrar el efecto del amor y el odio sobre los propios individuos. El equivalente negativo de esta afirmación aparece un versículo más adelante. "Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos" (1 Jn. 2:11).

Este último versículo introduce el término caminar que puede aplicarse a la vida de amor. Sugiere pasos prácticos. El amor no es un sentimiento benigno ni una sonrisa. Es la actitud que determina lo que hacemos. Es imposible hablar significativamente del amor en un sentido cristiano sin hablar de las acciones que brotan de él, de la misma manera que es imposible hablar significativamente del amor de Dios sin mencionar cosas tales como la creación, la revelación del Antiguo Testamento, la venida de Cristo, la cruz y el derramamiento del Espíritu Santo.

¿Qué sucederá cuando los que profesan la vida de Cristo realmente se amen unos a otros? Francis Schaeffer tiene varias sugerencias. Primero, cuando un cristiano no ha amado a otro cristiano sino que se ha comportado de mala manera hacia esa persona, el creyente debe acercarse a esa persona y pedir perdón. Así estará expresando amor y restaurando la unidad que Jesús dijo que brotaría cuando los cristianos se amaran unos a otros. Verifica su cristianismo en el mundo.

Segundo, cuando alguien nos lastima, debemos mostrar nuestro amor perdonándolo. Esto es muy difícil, y más aún cuando la otra persona no nos pide perdón. Schaeffer escribe: "Constantemente debemos reconocer que no practicamos el perdonar como debíamos. Y sin embargo, la oración es: 'Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores'. Debemos tener un espíritu perdonador aun antes de que la otra persona exprese su arrepentimiento. La oración del Señor no sugiere que cuando la otra persona muestre que está arrepentida, entonces nosotros debemos mostrar la unidad perdonándola. Se

nos llama a tener un espíritu perdonador antes que el otro haya dado el primer paso. Podemos decir que está equivocado, pero al mismo tiempo tenemos que estar perdonándolo".²²³

Juan era conocido como uno de los "hijos del trueno". En cierta oportunidad le había pedido a Jesús que mandara fuego del cielo para que consumiera a los que lo rechazaban (Le. 9:54). Pero en la medida que llegó a conocer más sobre Dios, hizo un llamado al amor entre los hermanos.

Tercero, debemos mostrar nuestro amor aun cuando nos resulte costoso. El amor le costó al samaritano en la parábola de Cristo. Le costó tiempo y dinero. El amor le costó al pastor que soportó dificultades para rescatar la oveja que se había perdido. El amor le costó a María de Betania quien, por amor, rompió el unguento valioso sobre los pies de Jesús. El amor siempre le costará a quienes lo practiquen. Pero lo que compremos con dicho amor será de gran valor. Será la prueba de la presencia de la vida de Dios para el cristiano individual y para el mundo que está mirando.

CAPITULO 45: UNA FAMILIA NUEVA

EN LAS PRIMERA PAGINAS DE SU LIBRO A PLACE FOR YOU ("un lugar para ti"), el notable psicólogo suizo Paul Tournier nos habla sobre un joven a quien trató. Había sido criado en un hogar religioso, pero no era feliz. Eventualmente hubo un divorcio. Este produjo unos síntomas psicológicos desafortunados en la vida del joven. Desarrolló un agudo sentido de fracaso, primero al no poder reconciliar a sus padres, luego en sus estudios, después en una incapacidad que le impedía establecerse y realizarse en cualquier área de su vida. Por último, vino a ver a Tournier. Hablaron, y en determinada ocasión, a modo de resumen de su pensamiento, el joven explicó: 'Básicamente, lo que siempre estoy haciendo es buscando un lugar —algún lugar donde quedarme'.²²⁴

La necesidad de un lugar es universal. A nivel humano el principio es fácil de discernir. "El niño que ha sido capaz de crecer en armonía en un hogar saludable se encuentra bienvenido en cualquier lugar. En la infancia todo lo que necesita es una tabla colocada sobre dos sillas para hacerse una casa, donde se sienta en su hogar. Más adelante, a dondequiera que vaya, será capaz de convertir cualquier lugar en su propio lugar, sin ningún esfuerzo por su parte. Para él no será cuestión de buscar sino de elegir". Por otro lado, "cuando la familia es tal que ese niño no se adapta a ella, busca en todos lados algún lugar, llevando una existencia errante,

²²³ Francis A. Schaeffer, *The Church at the End of the 20th Century* (Downers Grove, 111.: InterVarsity Press, 1970), p. 145.

²²⁴ Paul Tournier, *A Place for You* (New York: Harper and Row, 1968), p. 9. La historia está narrada completamente en las páginas siguientes.

incapaz de asentarse en ningún lugar. Su tragedia es que lleva consigo esa incapacidad fundamental que le impide entablar un apego real".²²⁵ A nivel espiritual, el problema se detecta en la alienación de Dios que sentimos como resultado de la Caída y de nuestros propios pecados deliberados. San Agustín escribió: "Nos has formado para ti..." Este es nuestro verdadero lugar. Pero agregó, en franco reconocimiento de nuestro dilema y nuestro pecado: "Y nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran reposo en ti".²²⁶

Dios ha tratado este problema de alienación mediante la adopción, tomando una persona de una familia (o sin familia) y colocándolo o colocándola en una nueva familia —la familia de Dios—. La adopción ha sido a veces considerada como un aspecto de la justificación o simplemente como otra manera de afirmar lo que tiene lugar en la regeneración. Pero la adopción, sin embargo, es mucho más que cualquiera de estos otros dos actos de gracia. John Murray distingue la adopción de la justificación y la regeneración de esta manera: "La justificación significa nuestra aceptación de Dios como justo, y el otorgamiento del título a la vida eterna. La regeneración es la renovación de nuestros corazones a la imagen de Dios. Pero estas bendiciones en sí mismas, si bien preciosas, no indican lo que el acto de la adopción confiere. Por medio de la adopción los redimidos se convierten en hijos e hijas del Señor Dios Todopoderoso; son introducidos a la familia de Dios y se les otorga los privilegios correspondientes"²²⁷

Sólo la adopción sugiere la nueva relación familiar que es nuestra en Cristo y señala los privilegios concedidos por esta relación. "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de Adopción, por el cual clamamos: ¡ Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados" (Ro. 8:14-17).

Estos versículos hablan de la adopción como una obra distinta del Espíritu de Dios, por medio de la cual: (1) somos librados de la sumisión a la ley y del temor; (2) se nos asegura nuestra nueva relación con Dios; y (3) nos convertimos en los herederos de Dios con Cristo.

Murray también escribe lo siguiente:

1. Aunque la adopción es distinta no es posible separarla de la justificación y la regeneración. La persona que ha sido justificada es siempre la depositaria de la adopción. Y aquellos a quienes se les da el derecho de ser hijos de Dios son quienes,

²²⁵ Ibid., p. 12.

²²⁶ Agustín, *The Confessions*, I, 1 en *Basic Writings of Saint Augustine*, ed. Whitney J. Oates New York: Random House, 1948), vol. 1, p. 3.

²²⁷ Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 132.

como señala Juan 1:13, "no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios".

2. La adopción, como la justificación, es un acto judicial. En otras palabras, es la concesión de un nuevo estado, o posición, aunque no implica la generación dentro nuestro de una nueva naturaleza o carácter. Se refiere a una relación y no a la actitud o disposición que nos permite reconocer y cultivar esa relación.
3. Quienes han sido adoptados por la familia de Dios reciben el Espíritu de adopción que les permite reconocer su estado de hijos y ejercitar los privilegios correspondientes. "Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6; comparar con Ro. 8:15,16). El Espíritu de adopción es la consecuencia, pero no constituye en sí mismo la adopción. 4. Existe una relación estrecha entre la adopción y la regeneración.²²⁸

La relación se hace explícita mediante la manera como un padre en los tiempos antiguos adoptaba oficialmente a su propio hijo como su representante legal y como su heredero. Era una ocasión muy importante en la madurez de un niño judío, griego o romano. Antes, era un hijo por nacimiento. Ahora, se convertía legalmente en un hijo y dejaba de estar a cargo de un tutor y pasaba al estado adulto. Aunque en el cristianismo la experiencia de la regeneración y la adopción tienen lugar simultáneamente, la adopción hace hincapié en el nuevo estado del cristiano, mientras la regeneración hace hincapié en la novedad de vida.

NUEVAS RELACIONES

Quizá la expresión nuevo estado no sea la más feliz. Lo que en realidad está implícito en la adopción son nuevas relaciones: una nueva relación con Dios y una nueva relación con las demás personas dentro de la comunidad de la fe.

La nueva relación con Dios no necesariamente ha de ser automática. Habiéndonos justificado, Dios nos podría haber mantenido en un estado y con privilegios inferiores. En lugar de éstos, nos incorporó a su propia familia, y nos otorgó el estado y los privilegios de ser hijos e hijas. Tanto ha condescendido Dios en este acto de adopción que estaríamos inclinados a dejarla de lado, creyéndola una presunción, si no fuera que Dios ha hecho un esfuerzo especial para sellar estas verdades en nuestros corazones. Como escribió Pablo: "Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Co. 2:9-10).

Hay un cierto sentido en el que se puede decir que Dios es el Padre de todos. Dios es el creador de todo. Él sostiene nuestras vidas en todo momento, porque "en él vivimos, y nos movemos, y somos" (Hch. 17:28; comparar con los vs. 24-28). Debido a esto es posible decir que somos "linaje de Dios" (vs. 29). Pero esta "paternidad" general no tiene más privilegios que estos. La relación que la palabra describe propiamente está ausente.

Jesús enseñó que algunos que creían que eran hijos de Dios eran en realidad, de acuerdo con su enseñanza, hijos del demonio. Después de decir: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres", los judíos le respondieron: "Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?". Jesús les respondió: "Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme... Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais". A esta altura, la gente se enojó y lo acusaron de ser ilegítimo. Y con enojo justificado el Señor les respondió: "Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer" (Jn. 8:32-33, 37, 39,42-44). En este intercambio, Jesús puso fin a la doctrina según la cual Dios es el Padre de todos y todos somos sus hijos.

Pero como resultado de su acto de adopción los cristianos no solamente tienen una nueva relación con Dios. También tienen una nueva relación entre sí que requiere que nos amemos unos a otros y trabajemos juntos como hermanos y hermanas. Antes, no pertenecíamos a la familia de Dios, cada uno seguía su propio camino en oposición abierta o con una hostilidad apenas velada hacia los demás. Ahora somos diferentes. "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios" (EL 2:19).

Las actitudes que deberían brotar de estas relaciones nuevas no siempre fluyen naturalmente y fácilmente. Pero esto mismo resulta ser razón suficiente para que comprendamos esta verdad con firmeza y cultivemos estas relaciones. John White ha señalado la tarea por delante en estos términos:

Hemos sido limpiados por la misma sangre, regenerados por el mismo Espíritu. Somos ciudadanos de la misma ciudad, esclavos del mismo amo, lectores de las mismas Escrituras, adoradores del mismo Dios. La misma presencia mora silenciosamente en nosotros como en los demás. Por lo tanto, nuestro compromiso es con los otros, y el de los otros con nosotros. Son nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestros padres, nuestras madres y nuestros hijos en Dios. Ya sea que nos guste o nos disguste, les pertenecemos. Tenemos responsabilidades hacia ellos que deben ser cumplidas en amor. Mientras vivamos en este mundo, estamos en

deuda con ellos. Ya sea que hayan hecho mucho o poco por nosotros, Cristo ha hecho todo. Cristo requiere que la deuda contraída con él sea transferida a nuestra nueva familia.²²⁹

Pertenecer a la familia de Dios no significa que nos convertiremos en insensibles a sus deficiencias. Por el contrario, debemos ser sensibles a ellas si no hemos de perder la esperanza de eliminarlas y mejorar la calidad de nuestras relaciones familiares. Pero no hemos de ser demasiado sensibles a las deficiencias de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Y mucho menos deberíamos ser demasiado críticos. Deberíamos estar comprometidos unos con otros con una lealtad propia de una familia y trabajar juntos para ayudarnos mutuamente a vivir una vida cristiana. Deberíamos orar por cada uno de nosotros y servirnos mutuamente.

LOS PRIVILEGIOS DE ESTA FAMILIA

Estas nuevas relaciones implican nuevos privilegios. Algunos ya los disfrutamos ahora. Otros corresponden a la vida que disfrutaremos en el cielo. Estos últimos, según las Escrituras, constituyen nuestra herencia. No se nos dice específicamente de qué se trata, si bien involucran la vida en el cielo y otras bendiciones. Se describe nuestra herencia como las "riquezas" espirituales (Ef. 1:18), y como un "premio" al servicio fiel (Col. 3:24). Se nos dice que es "eterna" (He. 9:15). Pedro declara que por la misericordia de Dios "nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 P. 1:3-4). Pablo describe al Espíritu Santo como siendo nuestra "garantía" de lo que nos espera (Ef. 1:14).

El mayor privilegio que gozamos ahora es la oración. Por un lado, la oración es una consecuencia de nuestra justificación. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Ro. 5:1-2). Tener entrada significa tener acceso a Dios. Por otro lado, este acceso está basado en nuestra adopción. Por medio de ella podemos aproximarnos a Dios como "Padre". Y solamente por medio del Espíritu de adopción podemos tener la seguridad de que Dios es nuestro Padre y que él escucha realmente nuestras oraciones. Esto es a lo que Pablo se refiere en el pasaje ya citado, cuando dice: "por el cual clamamos: ¡ Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:15-16).

El derecho a llamar a Dios "Padre" se remonta al propio Jesucristo y a una afirmación tan importante como el inicio del Padrenuestro: "Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos..." (Mt. 6:9). Ningún judío del Antiguo Testamento se dirigía a Dios llamándolo directamente "mi Padre". La invocación en la oración del Señor era algo novedoso y original para los coetáneos de Cristo. Esto ha sido documentado por el académico alemán, ya fallecido, Ernst Lohmeyer, en un libro llamado "Nuestro Padre ", como también por el académico bíblico contemporáneo Joachim Jeremías, en un ensayo titulado "Abba" y en un pequeño libro llamado *The Lord's Prayer* ("La oración del Señor").²³⁰ De acuerdo con estos académicos hay tres cosas sobre las que no cabe ninguna disputa:

- (1) el título era nuevo con respecto a Jesús;
- (2) Jesús siempre utilizó esta forma cuando oró; y
- (3) Jesús autorizó a sus discípulos a utilizar la misma palabra que él usó.

Es cierto, por supuesto, que en un sentido el título padre para dirigirse a Dios es tan antiguo como la religión. Homero escribió: "El padre Zeus, que rige sobre los dioses y los mortales". Aristóteles explicó que Homero estaba en lo correcto porque "el gobierno paternal sobre los hijos es como el de un rey sobre sus sujetos" y "Zeus es el rey de todos nosotros". En este caso, la palabra padre significa "Señor". El punto que nos debe llamar la atención, sin embargo, es que en este caso siempre se trata de una forma impersonal de dirigirse a alguien. En el pensamiento griego, Dios era llamado padre en el mismo sentido que un rey puede ser llamado el padre de su reino.

El Antiguo Testamento utiliza la palabra padre para designar la relación de Dios con Israel, pero aun en este caso no se trata de algo personal. Tampoco es muy frecuente. En realidad, ocurre sólo catorce veces en todo el Antiguo Testamento. Israel es llamado "el primogénito" de Dios (Ex. 4:22). David dice: "Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen" (Sal. 103:13). Isaías escribe: "Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre" (Is. 64:8). Pero en ninguno de estos pasajes ningún israelita se dirige a Dios llamándolo "mi Padre". En la mayoría, el propósito es mostrar que Israel no ha vivido de acuerdo con las relaciones familiares. Es así, como Jeremías pone en boca del Señor estas palabras: "Yo preguntaba: ¿Cómo os pondré por hijos, y os daré la tierra deseable, la rica heredad de las naciones? Y dije: Me llamaréis: Padre mío, y no os apartaréis de en pos de mí. Pero como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra mí, oh casa de Israel, dice Jehová" (Jer. 3:19-20).

²³⁰ Ernst Lohmeyer, "Our Father", trad. John Bowden (New York: Harper and Row, 1965); Joachim Jeremías, "Abba", en *The Central Message of the New Testament* (London: SCM Press, 1965), pp. 9-30; e idem, *The Lord's Prayer*, trad. John Reumann (Philadelphia: Fortress, 1964).

En los tiempos de Jesús, la distancia entre el pueblo y Dios se estaba ensanchando. Los nombres de Dios cada vez más eran retirados de la conversación en público y de las oraciones. Esta tendencia fue completamente revertida por Jesús. Él siempre llamó a Dios Padre, y este hecho debe haber dejado una huella indeleble sobre los corazones de sus discípulos. No sólo los cuatro evangelios registran que Jesús utilizó esta forma, sino que registran que la utilizó en todas sus oraciones (Mt. 11:25; 26:39,42; Mr. 14:36; Le. 23:34; Jn. 11:41; 12:27; 17:1, 5, 11, 21,24-25). La única excepción está mostrando su importancia, el grito desde la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46; Mr. 15:34). Esta oración brotó de los labios de Cristo en el momento en que fue hecho pecado por la humanidad y cuando la relación que mantenía con su Padre se interrumpió. En todas las demás oportunidades, Jesús entabló una relación con Dios que era considerada irreverente y blasfema por la mayoría de sus contemporáneos.

Esto es de gran importancia para nuestras oraciones. Jesús era el Hijo de Dios en un sentido único, y Dios era singularmente su Padre. Venía a Dios en oración como el único Hijo de Dios. Ahora nos revela que esta misma relación puede establecerse entre los que creen en él, cuyos pecados han sido quitados de en medio por su sufrimiento. Pueden venir a Dios como los hijos de Dios. Dios puede ser su propio Padre personal.

Pero esto no es todo. Cuando Jesús se dirigía a Dios como Padre, no utilizaba la palabra normal para padre. Usaba la palabra aramea Abba. Evidentemente esto les resultó tan llamativo a sus discípulos que recordaron la forma aramea y la repitieron en arameo aún en los evangelios escritos en griego y en otros escritos. Marcos la usó en su relato de la oración de Cristo en Getsemaní. "Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti" (Mr. 14:36). Pablo también toma nota de ella en los versículos que hemos citado con anterioridad (Ro. 8:15; Gá. 4:6).

¿Qué es lo que significa específicamente Abba? Los padres de la iglesia —Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia y Teodoro de Cirrio, que provenían de Antioquía (donde se hablaba arameo y quienes posiblemente hayan tenido amas que hablaban el arameo) — testifican unánimemente que Abba era la forma como los niños pequeños se dirigían a sus padres.²³¹ El Talmud confirma éstos cuando dice que cuando un niño es destetado "aprende a decir Abba e imma" (o sea, "papá" y "mamá").²³² Esto es lo que significa Abba: papá. Para una mente judía una oración que se dirigiera a Dios llamándolo papá no sólo hubiera resultado fuera de lugar sino que habría sido irreverente. Sin embargo, esto fue lo que dijo Jesús, y naturalmente quedó grabado en las mentes de sus discípulos, como he señalado. Cuando Jesús les instruyó a sus discípulos para que se dirigieran a Dios llamándolo papá, estaba haciendo algo completamente nuevo y singular.

²³¹ Jeremías, *The Lord's Prayer*, p. 19.

²³² Berakoth 40a; Sanhedrin 70b.

LA CONFIANZA EN NUESTRO PADRE

Esto nos está dando una gran seguridad cuando nos paramos delante de la presencia de Dios. Cuando nos llegamos a Dios como Padre, como nos enseñó y nos guía el Espíritu mismo de Dios, sabemos que mantenemos una relación segura.

¿Dios es nuestro Padre? Si lo es, entonces nos ayudará en los días de nuestra infancia, enseñándonos a caminar espiritualmente y levantándonos cada vez que nos caemos. Por eso es que Oseas escribe que Dios dice: "Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos... Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor... ¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? (Os. 11:3-4,8). Un Dios como este nos cuidará de no caer y nos presentará "sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24).

¿Dios es nuestro Padre? Entonces él nos cuidará durante los días en esta vida y nos bendecirá abundantemente. Las leyes de los Estados Unidos reconocen que son los padres quienes deben velar por sus hijos. Lo mismo sucede con Dios. Él ha sentado la norma que "no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos" (2 Co. 12:14). Si esto es cierto en el nivel humano, también es cierto de las relaciones de una persona con Dios. El Señor Jesucristo dijo: "No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir... No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y sus justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mt. 6:25,31-33).

¿Dios es nuestro Padre? Entonces él irá delante nuestro para señalarnos el camino en esta vida. Pablo hace referencia a esto cuando escribe: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados" (EL 5:1).

¿Dios es nuestro Padre? Entonces sabremos que le pertenecemos para siempre. Sabremos que mientras nos guía, nos enseña y nos educa para las tareas de la vida, nada se interpondrá con su propósito para nosotros en Cristo. Esperaremos el momento en que le veremos y seremos como él es, porque le veremos como él es.

CAPITULO 46: LA HUMANIDAD DE CRISTO

SI BIEN EXISTEN EN HOY EN DÍA, COMO TAMBIÉN HAN EXISTIDO EN todas las épocas, quienes niegan la deidad de Cristo, también están los que afirman su Deidad pero

terminan allí su descripción. Esto también constituye un error. Una segunda faceta, tan importante como la primera, es el hecho de que él es plenamente hombre también. No ha sido hombre desde la eternidad pasada, como es cierto en el caso de la Divinidad. Se convirtió en hombre mediante la Encarnación en determinado momento en el tiempo. Pero ahora, habiéndose convertido en hombre, es el Dios-hombre de quien exclusivamente depende nuestra salvación. Esta verdad es aparente a través de toda la Biblia, incluso en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, en esa profecía de Isaías, tan a menudo leída cuando se acerca la Navidad, se describe la naturaleza doble del Cristo venidero. "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz" (Is. 9:6). En este versículo se utilizan dos verbos muy importantes con respecto a la venida de Cristo: "nos es nacido" y "nos es dado". Como un niño, él es nacido, pero como un Hijo, él es dado. Esta misma distinción aparece en los escritos de Pablo. Ahí leemos: "...acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Ro. 1:3-4). Jesús descendía de David según la carne, pero también había sido declarado ser el Hijo de Dios. También leemos: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gá. 4:4-5). Como Hijo, Jesucristo fue enviado, porque siempre fue el Hijo de Dios, Sin embargo, fue nacido de mujer bajo la ley, y por lo tanto se convirtió en hombre. La Biblia nunca titubea cuando coloca ambas verdades paralelas juntas, su plena deidad y su verdadera humanidad. Estas verdades también aparecen ilustradas en diversos acontecimientos que tuvieron lugar durante el ministerio de Cristo. Por ejemplo, en el segundo capítulo del evangelio de Juan, el Señor está presente en un casamiento (Jn. 2:1-11). Pocas cosas pueden ser más humanas que esta. Sin embargo, cuando el vino se acabó y el esposo estuvo a punto de pasar un momento embarazoso, Jesús transformó el agua para las purificaciones judías, que se encontraba en unas grandes tinajas de piedra, en un vino nuevo y mejor. En otra oportunidad los discípulos estaban cruzando el Mar de Galilea desde Capernaum a la tierra de los gadarenos. Jesús, agotado, luego de todas las actividades desarrolladas durante todo el día, estaba dormido en la barca. Se levantó una tormenta tan intensa que estaban asustados, si bien eran pescadores curtidos. Lo despertaron diciéndole: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" y Jesús calmó a la tormenta. ¿Qué podría ser más humano que el agotamiento total que sintió Jesús en la barca? ¿Qué podría ser más divino que el milagro de calmar el viento y las olas? Los discípulos exclamaron: "¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?" (Mt. 8:23-27). Nada podría haber más humano que la muerte de Jesús por crucifixión. Nada podría haber más divino que el oscurecimiento del cielo, el velo del templo que se partió en dos, las tumbas de los santos sepultados cerca de Jerusalén que se abrieron, y la tumba abierta, triunfante, en aquella primera mañana de Pascuas.

LA HEREJÍA GNÓSTICA

Estas verdades paralelas no siempre han sido reconocidas por todos en todos los períodos de la historia de la iglesia. Prácticamente no hay ninguna doctrina centro del cristianismo que no haya sido negada por alguien en alguna ocasión. A la herejía que niega la deidad de Cristo se la suele conocer como arrianismo (por Arrio de Alejandría; que murió en el año 335). Arrio enseñaba que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo eran seres que Dios en su voluntad había traído en existencia con el propósito de la redención. Por lo tanto, no eran eternos, como Dios es eterno. Había un tiempo "antes del cual ellos no eran". El error opuesto era la herejía que negaba la verdadera humanidad de Cristo, conocida con el nombre de docetismo. El docetismo surgió a partir de un movimiento conocido como gnosticismo, que fue más o menos contemporáneo en los primeros años del cristianismo. Tenía dos características principales. En primer lugar, se basaba sobre un principio que un comentarista ha llamado la supremacía del intelecto y la superioridad de la ilustración mental frente a la fe y la conducta". Los gnósticos se consideraban a sí mismos como "los que sabían", y esto es lo que la palabra gnóstico significa; creían que la salvación produce en primer lugar por el conocimiento, es decir, por una iniciación en conocimiento místico y supuestamente superior que ellos poseían. Por supuesto, en dicho sistema, la Encarnación literal del Hijo de Dios no tiene ningún sentido. Lo que importaba era la "idea de Cristo" y las verdades que Cristo había anunciado. Una segunda característica del sistema gnóstico era su creencia en la separación radical e infranqueable que existía entre el espíritu y la materia, unida a la convicción de que la materia es inherentemente mala y sólo el espíritu es bueno. Este punto de vista era común a otras corrientes de pensamiento predominantes en ese tiempo. Por un lado, conducía a una negación de la importancia de la vida moral; la salvación estaba en el ámbito de la mente o el espíritu, que es lo único bueno, y por lo tanto no tenía ninguna importancia lo que pudiera hacer el cuerpo. Por otro lado, producía un tipo de religión filosófica completamente divorciada de la historia concreta. Obviamente, el gnosticismo entró en conflicto con el auténtico cristianismo. Según este sistema, cualquier Encarnación real del Hijo de Dios resultaba imposible. Si la materia es mala, entonces Dios no podría haber tomado un cuerpo humano sobre sí mismo. Y si esto es así, entonces la Encarnación de Dios en Cristo debe haber sido una cuestión sólo de apariencias. La palabra docetismo proviene del verbo griego *dokeó* que significa "aparecer". En algunas variantes de un supuesto gnosticismo cristiano, la Encarnación fue por lo tanto expresada diciendo que el Espíritu de Dios meramente había venido sobre el hombre Jesús en ocasión de su bautismo, había permanecido en él durante su ministerio, y luego lo había abandonado justo antes de su crucifixión. En otras variantes, se suponía que Jesús sólo tenía la apariencia de un hombre, pero que no se trataba realmente de un hombre. Por lo tanto, en realidad no poseía un cuerpo material, en realidad no había muerto, y así sucesivamente. Por supuesto, el docetismo fue anatema para el cristianismo,

por lo que fue rechazado de plano. La primera respuesta escrita a dichos puntos de vista la encontramos conservada principalmente en las epístolas del apóstol Juan. Juan insiste en la verdadera Encarnación del Hijo de Dios. Es así como en su primera epístola comienza resaltando la propia experiencia física que los apóstoles tuvieron de Jesús. "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros" (1 Jn. 1:1-3). Estos versículos hacen referencia a tres de nuestros cinco sentidos físicos. Más adelante, Juan presenta lo que constituye la prueba del verdadero cristianismo: "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (1 Jn. 4:2-3). Un tiempo más tarde, Marció de Ponto, quien enseñó en Roma alrededor del segundo siglo, también popularizó el punto de vista docetista. Se lo recuerda en especial por su rechazo a porciones del Antiguo Testamento como a partes del Nuevo. Pero también constituía una amenaza a la iglesia debido a su rechazo de la materialidad del cuerpo de Cristo. Otra herejía temprana fue el maniqueísmo que tuvo bastante influencia sobre Agustín en sus primeros años. Incluía una creencia que el cuerpo de Cristo estaba compuesto de una carne "celestial" pero no verdaderamente material. Estos errores fueron inteligentemente rechazados en una serie de concilios eclesiásticos. El Credo de Calcedonia (451 d.C.) declara que el Señor Jesucristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, con un cuerpo y un alma razonable (racional); consustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Divinidad, y consustancial con nosotros de acuerdo a la humanidad; en todo como nosotros pero sin pecado; concebido antes de todas las edades del Padre según la Divinidad, y en estos postreros días, para nosotros, para nuestra salvación, nacido de la Virgen María, la Madre de Dios, de acuerdo a la humanidad; uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, a ser reconocido en sus dos naturalezas, sin confusión, ni mutación, indivisible, inseparable; la distinción entre las dos naturalezas que no es retirada por la unión, sino que es en cambio conservada por las propiedades de cada naturaleza, y concurrentes en una Persona y en una Subsistencia, no partida ni dividida en dos personas, sino una y la misma, el Hijo, el Unigénito, Dios, el Verbo, el Señor Jesucristo. El Credo de Atanasio, que se le atribuye a Atanasio, un gran defensor de la ortodoxia que vivió en el siglo tercero, si bien es posible que haya sido compuesto con posterioridad al de Calcedonia, lo expresa en términos más sencillos: "Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre... perfectamente Dios y perfectamente hombre... quien aunque [es] Dios y hombre, no es dos sino un Cristo; uno, no por la conversión de la Divinidad en la carne: sino por haber [asumido] la humanidad en Dios". Estos credos y las Escrituras en las que se basan nos enseñan que Jesús, el Hijo de

Dios, fue como nosotros en todos los aspectos (excepto con respecto al pecado) para que nosotros pudiésemos ser como él.

LAS EMOCIONES DE CRISTO

Hay un área en la que Jesús mediante la Encarnación se hizo semejante a nosotros y es la vida emocional, como B. B. Warfield bien lo señala en un ensayo sobre ese tema, en los albores de este siglo.' Algunas personas en la iglesia han tratado de aislar a Cristo de cualquier emoción, como si las emociones no le correspondieran, no fueran debidas. Otros han exagerado sus emociones al grado tal que difícilmente podemos reverenciarlo. El verdadero retrato, tal como se nos presenta en el Nuevo Testamento, está a mitad de camino entre estos dos extremos. La emoción que más frecuentemente se le atribuye a Cristo es la compasión o la misericordia. Es la expresión del profundo amor que siente frente a la necesidad desesperada de los hombres y las mujeres caídos. A veces es despertada por una necesidad física. Es así como en una ocasión, cuando vio el hambre de una muchedumbre que lo había seguido, Jesús dijo: "Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarían en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos" (Mr. 8:2-3). También se nos dice que al ver a un leproso tuvo "misericordia de él, extendió la mano" y le sanó (Mr. 1:41); que "compadecido" sanó a dos ciegos (Mt. 20:34); que resucitó al hijo de la viuda de Naín porque "se compadeció de ella" (Le. 7:13). Las necesidades espirituales también despertaron su compasión. Vez tras vez se nos dice que tuvo compasión de las multitudes porque "eran como ovejas sin pastor" (Mr. 6:34; ver además Mt. 9:36; 14:14). Y en otras ocasiones lloró sobre la incredulidad de la ciudad de Jerusalén (Le. 19:41) y frente a la tumba de Lázaro (Jn. 11:35). El hacer mención a las lágrimas de Cristo nos conduce a otra área de la vida emocional de Cristo, el área de la aflicción, que hasta lo podía conducir a la indignación y el enojo. Un ejemplo muy importante de su aflicción, si bien difícil de interpretar, es cuando lloró frente a la tumba de Lázaro. Una palabra poco común, *embrimaomai*, es utilizada para denotar que Jesús estaba "enojado" por lo que estaba teniendo lugar o bien estaba "profundamente conmovido". En el Nuevo Testamento aparece sólo en otros tres pasajes (Mt. 9:30; Mr. 1:43; 14:5); en dos de éstos se traduce como "encargar rigurosamente", y en el otro como "reprochar". Ninguno de estos significados, sin embargo, parece ajustarse al contexto que rodeó la respuesta de Cristo frente a la tumba de Lázaro. Sin embargo, William Barclay cree que cada una de estas instancias contiene "una cierta indignación, casi un enojo". Por este motivo es que algunos comentaristas han colocado la idea de indignación y hasta enojo en el pasaje de Juan. Traducirían el versículo del siguiente modo: "Jesús fue movido a indignación en su espíritu". Si preguntamos qué fue lo que hizo enojar a Jesús, la respuesta sería que estaba enojado por la supuesta incredulidad e hipocresía de los que estaban llorando la muerte de Lázaro, o

porque estaba enojado con la muerte, que él habría visto como una herramienta de Satanás y una gran enemiga. La falta de sinceridad no se menciona ni explícita ni implícitamente en este pasaje, sin embargo, y sin considerar cuál fuera el verdadero estado de ánimo de la multitud, no cabe duda que María y Marta no estaban fingiendo su congoja. La otra posibilidad, que consiste en traducir la palabra para sugerir una profunda emoción, descansa sobre el hecho que en el idioma griego el otro uso conocido de la palabra *embrimaomai* es para describir el relincho de un caballo, en el fragor de una batalla o bajo una carga pesada. Podríamos interpretarlo entonces como significando que Jesús gimió con las hermanas por su profunda emoción, emoción que hizo surgir un grito involuntario de su corazón. Esta es la opinión de J. B. Phillips, quien tradujo este pasaje del siguiente modo: "Estaba profundamente conmovido y visiblemente angustiado", y de los traductores de la New International Versión (la Nueva Versión Internacional) que dicen: "Estaba profundamente conmovido y preocupado". Algunos cristianos han encontrado esta interpretación inaceptable, ya que consideran que no es propia de Jesús, que Jesús no puede haber sido conmovido de tal manera, particularmente por la congoja de otros. Pero, ¿cómo es posible leer el pasaje sin ver que Jesús lloró conjuntamente con las hermanas? "La expresión utilizada... implica que ahora él voluntaria y deliberadamente acepta y hace suya la emoción y la experiencia de la que es su propósito librar a los hombres".²³³ "Él... recogió en su propia personalidad toda la miseria que resulta del pecado, representada en la muerte de un hombre y en los corazones rotos de las personas que lo rodean".²³⁴ En ocasiones, sin embargo, la aflicción que demostró se convirtió luego en enojo, corno cuando denunció a los líderes religiosos de su día. Los llamó "hipócritas" (Mt. 15:7), "sepulcros blanqueados" (Mt. 23:27), "víboras" (Mt. 23:33), "guías ciegos" (Mt. 15:14), y "de [su] padre el diablo" (Jn. 8:44). En ocasiones, su enojo se encendió hasta contra sus propios discípulos. Cuando los discípulos creyéndose demasiado importantes trataron de evitar que los niños se acercaran a Jesús, leemos que "viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios" (Mn 10:14). El Nuevo Testamento no nos presenta un Cristo impasible, insensible e inmovible. En su lugar tenemos alguien que ha compartido nuestras aflicciones y comprende nuestras tristezas, alguien que en ocasiones fue llevado a una justa indignación e irritado por el pecado. Una tercera área en la vida emocional de Cristo es la del gozo o la felicidad. Varfield escribió a ese respecto: Llamamos a nuestro Señor "un Hombre de Tristezas", y esta designación es bien apropiada para uno que vino a este mundo para llevar los pecados de los hombres y dar su vida en rescate de muchos. Sin embargo, no es una designación que se le aplique en el Nuevo Testamento, y aun en los Profetas (Is. 53:3) bien puede referirse a las aflicciones objetivas del ciervo justo y no a sus angustias subjetivas. De cualquier modo no debemos olvidar que nuestro Señor no vino a

²³³ R. H. Lightfoot, *St. John's Gospel: A Commentary* (Oxford: The University Press, 1963), p. 229.

²³⁴ G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John* (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, n. d.), p. 197.

este mundo para ser quebrantado por el poder del pecado y la muerte, sino para vencer a este poder. Vino como un conquistador con la alegría propia de una inminente victoria en su corazón; por el gozo puesto delante de él pudo soportar la cruz, menospreciando el oprobio (He. 12:2). Y del mismo modo que no siguió con su obra dudando de la cuestión de fondo, tampoco se desenvolvió titubeando con respecto a los métodos. Más bien (así se nos dice, Lucas 10:21) "se regocijó en el Espíritu" mientras contemplaba las maneras como Dios traía muchos hijos a la glorias. A veces Jesús habló de su propio gozo y su deseo de que también sus seguidores fuesen llenos del mismo gozo. "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 15:11). Y, nuevamente, en su oración sacerdotal en el capítulo 17 de Juan, dice: "Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos" (Jn. 17:13).

COMO NOSOTROS EN LA TENTACIÓN Y EL SUFRIMIENTO

Hay dos áreas más en las que Cristo claramente se asemejó a nosotros en su Encarnación, y que son de gran importancia para relacionarlo como nuestro guía al vivir la vida cristiana. La primera de estas áreas es que él fue sujeto a la tentación. "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He. 4:15). Tenemos una ilustración dramática de lo que este pasaje significa en la historia de la tentación de Cristo por parte de Satanás, como está registrada en Mateo 4:1-11 (y en el pasaje paralelo de Lucas 4:1-13). Luego de su bautismo en manos de Juan, Jesús fue llevado al desierto para ser tentado por el diablo. Permaneció cuarenta días ayunando y entonces comenzaron las tentaciones. La primera tentación fue física, que convirtiera las piedras en pan. Aprendemos de su significado por la respuesta que Jesús le dio a Satanás: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt. 4:4). Era la tentación de poner las cosas físicas por encima de las cosas espirituales. La segunda tentación fue espiritual. El diablo llevó a Jesús al pináculo del templo en Jerusalén y lo desafió a echarse hacia abajo, bajo la suposición que Dios lo rescataría. El diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra" (4:6). Jesús le respondió que estaría mal hacer tal cosa porque también está escrito que no se debe tentar a Dios. Por último, el diablo produjo una tentación vocacional. Sabía que Jesús había de recibir los reinos de este mundo para su gloria; así había sido profetizado en el Antiguo Testamento. "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Sal. 2:8). Pero el camino para esa herencia era la cruz, y Satanás ahora está argumentando que podría recibirla sin sufrimiento. Él mismo le ayudaría. Le dijo: "Todo esto te daré, si postrado me adores" (Mt. 4:9). Jesús rechazó el ofrecimiento de Satanás, y en lugar de aceptarlo se encaminó en la

dirección que Dios había puesto por delante de él. Una última área en la que Jesús fue como nosotros para que nosotros pudiésemos ser como él fue el sufrimiento. En parte fue un sufrimiento emocional y espiritual; y en parte fue físico. Leemos que Cristo experimentó el hambre. Sin duda que lo sufrió en varias oportunidades, pero se nos dice explícitamente en relación a la tentación en el desierto (Mt. 4:2). También experimentó sed. En una oportunidad, cansado de su viaje, se sentó en el pozo de Jacob y le pidió a una samaritana que le diera de beber. En la cruz, exclamó: "Tengo sed", y le dieron de beber vinagre (Jn. 19:28-29). Cierta vez cuando se durmió en una barca, estaba tan cansado que ni las olas ni el viento pudieron despertarlo. El ejemplo más grande de su sufrimiento fue la angustia que su alma y su cuerpo tuvieron que sobre llevar en la cruz, antes que su alma se encogiera (Le. 22:39-46; comparar con Mt. 26:36-46; Mr. 14:32-42). Jesús, por medio de la Encarnación, pudo conocer todas las vicisitudes de la vida: las pruebas, los gozos, los sufrimientos, las pérdidas, las ganancias, las tentaciones, las aflicciones. Pudo entrar en ellas, comprenderlas, y así convertirse en el modelo para nosotros, para que podamos atravesar estas experiencias como él lo hizo, y para animarnos a venir a él en la oración, sabiendo que él comprende lo que estamos atravesando. Pablo habla sobre el valor que Cristo tiene como modelo cuando animó a los cristianos en su día a soportar el sufrimiento del mismo modo que lo hizo Cristo. "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21). El autor de la carta a los Hebreos nos anima en la oración cuando dice: "Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:16-18).

CAPITULO 47: PORQUE CRISTO SE HIZO HOMBRE

HA SIDO DICHO QUE "EL CRISTIANISMO ES CRISTO" Y QUE LA teología cristiana es por lo tanto una explicación sobre quién Cristo es y lo que significa tener fe en él. Esto no es tan simple como parecería ser a primera vista, sin embargo. En primer lugar, la afirmación más importante que puede hacerse sobre Jesús, que es tanto Dios como hombre, es muy difícil de captar. Por otro lado, las doctrinas sobre la persona de Cristo nos conducen rápidamente e inevitablemente a consideraciones sobre la obra de Cristo. Todo esto hace que resulte imposible hablar significativamente sobre quién es Jesús sin hablar al mismo tiempo sobre lo que hizo y sobre la importancia de lo que esto representa para nosotros. ¿Por qué Jesús se hizo hombre? La respuesta a esta pregunta, como habremos de ver, es que Jesús se hizo hombre para poder morir por los que habrían de creer en él. Esta respuesta está tratando la obra de Cristo y por lo tanto bien podría ser considerada más adelante, en la sección sobre

la obra de Cristo. Pero también es relevante aquí, porque la obra desarrollada por Cristo está íntimamente relacionada con quién él es, y la pregunta "¿Qué hizo?" requiere inevitablemente una explicación sobre su singular naturaleza como Dios-hombre. Podríamos decir que la naturaleza de Cristo le otorga significado a su obra. Y su obra, que gira en torno a la expiación, constituye el fundamento apropiado para una doctrina sobre su persona. James Denney, un profesor del United Free Church College en Glasgow, Escocia, trató este tema a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Necesitamos una expiación. Pero, como escribe Denney, Cristo es la única persona que puede realizar esta obra por nosotros. Esta es la cosa más profunda y decisiva que podemos conocer sobre él, y al responder a las preguntas que derivan de ella, estamos comenzando sobre una base en la experiencia. En un cierto sentido Cristo se nos aparece como el reconciliador. Está cumpliendo la voluntad de Dios en nuestro lugar, y a nosotros sólo nos cabe observar. Vemos como se derrama sobre él el juicio y la misericordia de Dios en relación a nuestros pecados. Su presencia y su obra sobre la tierra son un regalo divino, una visita divina. Él es el regalo que Dios le hace a los hombres, no es el ofrecimiento de los hombres a Dios. Dios se nos entrega a sí mismo en y con él. Le debemos todo lo que llamamos vida divina. Por otro lado, esta visita divina se hace, y esta vida divina es impartida, mediante una vida y una obra que son verdaderamente humanas. La presencia y la obra de Jesús en el mundo, incluso la obra de llevar el pecado, no nos obliga a definir lo humano y lo divino por oposición: no hay ninguna sugerencia de incongruencia entre ambos. Sin embargo, ambos están presentes, y el hecho de que ambos estén presentes justifica que nos preguntemos acerca de la relación de Jesús con Dios por un lado, y de su relación con los hombres por otro.²³⁵ Es por ese motivo que debemos ocuparnos aquí sobre la obra de Cristo, en particular como una explicación de la Encarnación. Solamente después de haber hecho esto podremos estar en libertad de considerar la obra de Cristo en su totalidad.

EL MOTIVO DE LA ENCARNACIÓN

En las obras de Anselmo de Canterbury (que murió en 1109) encontramos una afirmación clásica con respecto a la pregunta sobre por qué Jesucristo se hizo hombre. La obra teológica maestra que escribió Anselmo, *Cur Deus Homo* (que literalmente significa "¿Por qué Dios hombre?", y expresada en términos más coloquiales, "¿Por qué Dios se hizo hombre?") trata la cuestión de la Encarnación. La respuesta es una afirmación cuidadosamente pensada sobre la expiación. Anselmo respondía que Dios se hizo hombre en Cristo porque sólo una persona que fuera Dios y hombre al mismo tiempo podía lograr nuestra salvación. Al aproximarnos a este tema desde la perspectiva de Anselmo, no queremos decir que no haya otras razones para la Encarnación. Ya hemos señalado que nos revela el valor que Dios asigna a la vida humana. La creación declara que la vida es valiosa, pero que el pecado la ha desvalorizado. La

Encarnación, en el centro de la historia del pecado humano, nos señala que Dios no nos ha abandonado sino que nos ama y nos estima aunque estamos en un estado caído. La Encarnación además hace dos cosas adicionales. Nos muestra que Dios es capaz de entendernos y simpatizar con nosotros, lo que sirve de impulso para acercarnos a él en oración (como lo sugerimos en el último capítulo). La Encarnación, también, constituye un ejemplo sobre cómo debería vivir una persona en este mundo. Pedro habla incluso de la crucifixión en estos términos: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21). Pero la expiación es la causa real de la Encarnación. El autor de la epístola a los Hebreos afirma esto con claridad. "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí" (He. 10:4-7). Y el autor luego agrega a continuación que cuando Jesús dice que ha venido a cumplir con la voluntad de Dios, esa voluntad debe ser entendida como proporcionando un mejor sacrificio. "En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (10:10). Encontramos este mismo énfasis en otros lugares. En sus denotaciones el nombre Jesús ("Jehová salva") está apuntando hacia la expiación. "Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). Jesús mismo hizo referencia a su próximo sufrimiento (Mr. 8:31, 9:31), ligando el éxito de su misión a la crucifixión: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32). En varios otros lugares en el evangelio de Juan se habla de la crucifixión como la "hora" para la cual Cristo vino (Jn. 2:4; 7:30; 8:20; 12:23,27; 13:1; 17:1). Además, la muerte de Jesús es también el tema del Antiguo Testamento, primero con respecto al significado cabal de los sacrificios (el significado es el centro de la ley) y luego con respecto a las profecías, que cada vez más ponían su mira sobre la promesa de un redentor venidero. En el capítulo 53 de Isaías, y en otros textos del Antiguo Testamento, se nos habla del sufrimiento del libertador que había de venir. En Gálatas, el apóstol Pablo nos enseña que incluso Abraham, que vivió antes de la ley y los profetas, fue salvo por la fe en Jesús (Gá. 3:8,16). Jesús les enseñó a los discípulos apesadumbrados que iban camino a Emaús que el Antiguo Testamento predecía su muerte y su resurrección. "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, le declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Le. 24:25-27). A la luz de estos textos y de muchos otros, se hace necesario decir que la expiación de Cristo constituye la razón de la Encarnación. Es la explicación de su naturaleza doble y el punto focal del mundo y de la historia bíblica.

LA SALVACIÓN MEDIANTE EL DIOS-HOMBRE

¿Por qué la doctrina de la expiación es central en las Escrituras? ¿Por qué debe haber un sacrificio? O, si aceptamos que la expiación es necesaria, ¿por qué Jesús, el Dios-hombre, debe ser quien la provea? Una respuesta, dada por Calvino en su *Institución de la Religión Cristiana*, es que así es como Dios lo ha dispuesto y que entonces es impertinencia de nuestra parte preguntar si habría alguna otra manera. Pero esto no es una respuesta completa, como tanto Calvino y Anselmo lo reconocen. Es posible preguntar sin ninguna impertinencia, en un esfuerzo por entender, ¿por qué la salvación debía de lograrse de esta manera?²³⁶ Anselmo (y luego Calvino) proponía dos respuestas posibles. La primera es que la salvación debía alcanzarse por medio de Dios, ningún otro podía lograrla. Resulta evidente que ningún hombre o mujer podían alcanzarla, ya que somos nosotros los que estamos en problemas en primer lugar. Estamos en esta situación debido a nuestra rebelión contra las justas leyes y decretos de Dios. Además, hemos sufrido los efectos del pecado a tal extremo que nuestra voluntad está sometida, y por lo tanto ni siquiera podemos optar por agradar a Dios, y mucho menos agradar a Dios efectivamente. Si hemos de ser salvos, solo Dios, quien tiene tanto el poder y la voluntad de salvarnos, debe ser quien nos salve. La segunda respuesta de Anselmo es que, si bien aparentemente es una contradicción, la salvación debe ser también alcanzada por el hombre. El hombre es quien le ha fallado a Dios y debe ser por lo tanto quien arregle el mal que ha hecho. Dada esta situación, la salvación sólo puede ser lograda por aquel que es al mismo tiempo Dios y hombre, o sea, por Cristo. No habría estado bien que la restauración de la naturaleza humana quedara sin realizar, y... no podría haber sido realizada a no ser que el hombre pagara lo que le debía a Dios por su pecado. Pero la deuda era tan grande que, si bien sólo el hombre era deudor, únicamente Dios podía saldarla, por lo que la misma persona debía ser al mismo tiempo hombre y Dios. Se hacía así necesario que Dios tomara la humanidad en la unidad de su Persona, para que quien por su naturaleza debía pagar, y no podía, estuviera en una persona que sí podía pagar... La vida de este hombre fue tan sublime, tan preciosa, que fue suficiente para pagar todo lo que se debía por los pecados de todo el mundo, e infinitamente mucho más.²³⁷ Si la explicación de Anselmo sobre la Encarnación no ha de ser mal interpretada es necesario que se tengan presentes tres puntos. Primero, es Dios quien inicia y lleva a cabo la acción. Si no recordamos este punto, se hace necesario concebir a Dios como algo remoto y ajeno a la expiación y por lo tanto meramente requiriéndola como

²³⁶ Uno de los temas más importantes en la obra de Anselmo lo constituye esta área, como justificación de su investigación en las razones de ciertas verdades reveladas. La frase que él utiliza para esto es *fides quaerens intellectum* ("la fe en busca de entendimiento"). Ha sido objeto de un valioso estudio por Karl Barth, *Anselm: Fides Quaerens Intellectum* (Richmond: John Knox Press, 1958).

²³⁷ Eugene R. Fairweather, ed. y trad., *A Scholastic Miscellany: Anselm to Ockham*, "The Library of Christian Classics", X (Philadelphia: The Westminster Press, 1956), p. 176.

un precio abstracto que había de ser pagado para satisfacer su justicia. Según este punto de vista, Dios aparece desinteresado, legalista y cruel. En realidad, la naturaleza de Dios está caracterizada por el amor, y fue por amor que planificó y llevó a cabo la expiación. En Cristo, Dios mismo estaba satisfaciendo su propia justicia. Es fácil comprender entonces por qué la Encarnación y la expiación deben ser consideradas conjuntamente para evitar que no sean distorsionadas. Segundo, en la explicación de Anselmo no hay ninguna sugerencia, de ningún tipo, de que los seres humanos puedan de algún modo aplacar la ira de Dios. La propiciación sí se refiere al aplacamiento de la ira, como veremos en el estudio sobre ese concepto en el Capítulo trece. Pero no es el hombre quien logra aplacar a Dios. Más bien se trata de Dios que aplaca su propia ira para que su amor pueda seguir abrazando y salvando al pecador. Tercero, no se trata de una cuestión de sustitución en un sentido superficial donde una víctima inocente toma el lugar de otra persona quien debe ser castigada. Se está hablando de sustitución en un sentido más profundo. Quien toma el lugar del hombre para poder satisfacer la justicia de Dios es en realidad uno que se ha hecho hombre a sí mismo y que por lo tanto podemos considerarlo como nuestro representante. Un entendimiento adecuado sobre la conexión que existe entre la Encarnación y la expiación hacen que la Encarnación sea comprensible. Al mismo tiempo elimina los malentendidos más comunes y las objeciones que se hace sobre el sacrificio que Cristo hizo de sí mismo por nuestra salvación. Un escrito resume esta cuestión en las siguientes palabras: Dios no es sólo perfectamente santo, sino que es la fuente y el modelo de la santidad: Es el origen y el sustentador del orden moral del universo. Debe ser justo. El Juez de, toda la tierra, debe hacer lo que está bien. Es por eso que, resultaba imposible, por los requisitos de su propio ser, que tratara ligeramente al pecado, y comprometiera su santidad. Si el pecado había de ser perdonado debía ser sobre alguna base que reivindicara toda la santa ley de Dios que no es un mero código, sino el orden moral de toda la creación. Pero dicha reivindicación debía ser extremadamente costosa. ¿Costosa para quién? No para el pecador perdonado, porque no había ningún precio que fuera posible pedirle para su perdón; tanto porque el costo quedaba demasiado fuera de su alcance como porque Dios ama dar y no vender. Por lo tanto, Dios mismo se propuso pagar el precio, ofrecer un sacrificio, tan tremendo que no quedara duda sobre la gravedad de su condena del pecado que estaba perdonando pero que al mismo tiempo demostrara el Amor que lo impulsaba a pagar el precio, que sería la maravilla de los ángeles, y produciría la gratitud en adoración del pecador redimido. El precio se pagó en el Calvario, Dios lo pagó: el Hijo se dio a sí mismo, llevó nuestro pecado y nuestra maldición; el Padre entregó a su Hijo, su unigénito Hijo, a quien amaba. Pero se pagó por Dios hecho hombre, quien no sólo tomó el lugar del hombre culpable, sino que también fue su representante.... El Hijo divino, una de las tres personas del único Dios, a través de quien desde el comienzo de la creación Dios se ha revelado a sí mismo al hombre (Jn. 1:18), tomó la naturaleza de hombre sobre sí, y así se convirtió en nuestro representante. Se ofreció como un sacrificio en nuestro lugar, llevando nuestro pecado sobre su cuerpo en la cruz. Sufrió, no solamente la angustia física, sino

también el horror espiritual e inconmensurable de ser identificado con el pecado, al que tanto se oponía. Fue así que quedó bajo la maldición del pecado, por lo que por un tiempo su comunión con Dios se quebró. Dios proclamó así su infinita abominación del pecado, haciéndose sufrir todo eso, en lugar de los culpables, para poder perdonar con justicia. El amor de Dios encontró entonces su perfecto cumplimiento porque no se echó atrás frente al más grande de los sacrificios, para que nosotros pudiésemos ser salvos de la muerte eterna mediante lo que él padeció. Fue así posible que él fuera justo, y que justificara al creyente, porque como el Dador de la Ley y como el Sustituto de la raza rebelde del hombre, él mismo sufrió el castigo de la ley quebrada.²³⁸

EL CARÁCTER CENTRAL DE LA CRUZ

Podemos arribar a varias conclusiones a partir de esta explicación de la Encarnación. Primero, de acuerdo con las Escrituras, el Calvario y no Belén constituye el centro del cristianismo. En algunos círculos teológicos existe la idea popular que la Encarnación es lo más importante, o sea, Dios identificándose a mismo con el hombre, y que la expiación es algo casi secundario. Pero de acuerdo con las enseñanzas bíblicas, la razón de un Dios-hombre es que un Dios-hombre era quien debía morir por nuestra salvación. Por lo tanto, "el significado crucial del pesebre de Belén radica en el lugar que ocupa en una serie de pasos que conducen al Hijo de Dios en la cruz del Calvario, y no es posible entenderlo hasta que se considere en este contexto".²³⁹ Enfocar el tema la Encarnación sin considerar la cruz conduce a una falsa sentimentalidad y negligencia del horror y la magnitud del pecado humano. Segundo, si la muerte de Cristo en la cruz es el verdadero significado de la Encarnación, entonces no puede haber ningún evangelio sin la cruz. La Navidad por sí sola no es el evangelio. La vida de Cristo no es el evangelio. Ni siquiera la resurrección, con toda la importancia que tiene en el esquema final de toda obra, es el evangelio por sí sola. Porque las buenas noticias no son sólo que Dios se hizo hombre, ni que Dios habló para revelarnos la vida que deberíamos seguir, ni siquiera que la muerte, esa gran enemiga, ha sido conquistada. Las .buenas noticias son que se ha conquistado al pecado (la resurrección es prueba ello); que Jesús ha sufrido su castigo como nuestro representante, para que nosotros nunca tengamos que sufrirlo; y que por lo tanto todos los que creen en Él pueden esperar el cielo. Además, los demás temas bíblicos deben ser vistos en este contexto, como ya hemos visto en el caso de la Encarnación. Emular la vida de Cristo y sus enseñanzas sólo es posible para aquellas personas que han entrado en una nueva relación con Dios mediante la fe en Jesús como su sustituto. La resurrección no es simplemente la victoria sobre la muerte (si bien trata de esto también) sino la prueba que la expiación fue una expiación satisfactoria a la vista del Padre

²³⁸ H. E. Guillebaud, *Why the Cross?* (Chicago: InterVarsity Christian Fellowship, 1947), pp. 130, 185.

²³⁹ Packer, *Knowing God*, p. 51.

(Ro. 4:25), y que la muerte, el resultado del pecado, ha sido abolida sobre esa base. Cualquier evangelio que sólo hable del acontecimiento de Cristo, entendiendo por esto la Encarnación sin la expiación, es un evangelio falso. Cualquier evangelio que hable sobre el amor de Dios sin señalar que su amor lo llevó a pagar el precio más caro por el pecado, en la persona de su Hijo sobre la cruz es un evangelio falso. El único evangelio verdadero es el de "un mediador" (1 Tim. 2:5-6), quien se dio a sí mismo por nosotros. Por último, del mismo modo que no puede haber un evangelio sin la expiación como razón de la Encarnación, tampoco puede darse una vida cristiana sin ella. Sin la expiación el tema de la Encarnación se torna fácilmente en una especie de deificación de lo humano y conduce a la arrogancia y al provecho propio. Con la expiación, el verdadero mensaje de la vida de Cristo, y por ende también el significado de la vida de los hombres y mujeres cristianos, es la humildad y el sacrificarse para suplir las necesidades de otros. La vida cristiana no consiste en la indiferencia frente a aquellos que padecen hambre, o están enfermos, o están sufriendo alguna limitación. No es el contentamiento con la propia abundancia, ni la abundancia de una clase media con casas y automóviles y ropa y vacaciones, ni la abundancia de una buena educación, ni siquiera la abundancia de buenas iglesias, Biblias, enseñanza bíblica o amigos y conocidos Cristianos. Se trata de tomar conciencia de que no todos tienen estas cosas y que por lo tanto nosotros debemos sacrificar muchos de nuestros propios intereses para poder identificarnos con estas personas y así traerlas paulatinamente a la misma abundancia que disfrutamos. Pablo escribió con respecto a la Encarnación: "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). Esta es también una afirmación sobre la expiación y la vida cristiana. En realidad ocurre en un capítulo en el que Pablo está hablando sobre las obligaciones que los cristianos de Corinto tenían de dar dinero para suplir las necesidades de los menos afortunados que vivían en Judea. Sólo podremos vivir plenamente para Cristo cuando estemos dispuestos a ser empobrecidos, si así fuese necesario para que otros puedan ser ayudados.

CAPITULO 48: PROFETA, SACERDOTE & REY

HA SIDO UNA COSTUMBRE EN LOS CÍRCULOS PROTESTANTES desde la Reforma, hablar de la obra de Cristo bajo tres títulos generales: como profeta, sacerdote y rey. Estos títulos se refieren a sus papeles como maestro. Salvador y gobernador de todo el universo y la iglesia. Esta clasificación a veces ha sido criticada por algunos que señalan que no siempre es fácil diferenciar estos papeles entre sí, caso del propio ministerio de Cristo, como en los cargos del Antiguo Testamento sobre los que están basados. Tanto los sacerdotes como los profetas en ocasiones también: son maestros. Muchos reyes fueron receptores de la revelación inspirada de Dios, del mismo modo que los profetas. A pesar de ello, esta división

tripartita de la obra de Cristo tiene una firme base en las Escrituras. Cristo es reconocido como un profeta en Lucas 24:19. En dicho pasaje Jesús está interrogando a los discípulos que se dirigían a Emaús, preguntándoles acerca de los acontecimientos que habían tenido lugar durante los últimos días tumultuosos en Jerusalén. Ellos le responden: "Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo". En todo el libro de Hebreos, Jesús es presentado como un sacerdote, como por ejemplo en Hebreos 2:17. "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo". De manera similar, el versículo de Apocalipsis 19:16 reza: "Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores". Esta noción del carácter triple del ministerio de Cristo también puede ser aplicada a la necesidad espiritual del ser humano. Una de esas necesidades es la necesidad de conocimiento; no conocemos a Dios naturalmente, ni podemos entender las cosas espirituales sin una iluminación de nuestras mentes, especial y de origen divino. Jesús puede suplir nuestra necesidad cuando nos revela a Dios. El es nuestro profeta y maestro. Suple nuestra necesidad a través de su propia persona en quien el Padre se revela enteramente; por medio del regalo que nos ha hecho de la Palabra escrita de Dios, y por la iluminación particular de nuestras mentes que realiza el Espíritu Santo. También tenemos necesidad de salvación. Además de ser ignorantes de Dios y de las cosas espirituales, somos pecadores. Nos hemos rebelado contra Dios y como ovejas nos hemos descarriado. Jesús puede suplir esta necesidad en su función de sacerdote. Actúa como sacerdote en dos niveles: primero, se ofrece a sí mismo como sacrificio, proveyendo así la perfecta expiación por nuestros pecados; y segundo, intercede por nosotros a la diestra de Dios Padre en los cielos, garantizando así nuestro derecho a ser escuchados. Por último, necesitamos disciplina espiritual, guía y gobierno. No somos autónomos, ni siquiera después de nuestra conversión. No tenemos ningún derecho a gobernarnos a nosotros mismos, ni podríamos gobernarnos exitosamente. Cristo suple esta necesidad por medio del dominio que con amor ejerce sobre nosotros dentro de la iglesia. Él es nuestro patrón, nuestro rey. También es el gobernador de este mundo. Por eso es que el futuro triunfo y reino de Cristo sobre todo el mundo es también un aspecto de este tema. Para resumir este tema, podemos citar el resumen que Charles Hodge hace:

Somos iluminados en el conocimiento de la verdad; somos reconciliados con Dios por la muerte sacrificial de su Hijo; y somos librados del poder de Satanás e introducidos en el reino de Dios; todo lo cual supone que nuestro Redentor nos es a la vez un profeta, un sacerdote y un rey. No se trata aquí de una simple y conveniente clasificación de los contenidos de su

misión y su obra, sino que se introduce en su misma naturaleza y debe ser retenida en nuestra teología si hemos de captar la verdad como se nos revela en la Palabra de Dios.²⁴⁰

Por lo tanto, si bien nuestra discusión sobre la obra de Cristo necesariamente trascenderá estas tres categorías sugeridas, resultará de todos modos de valor conservarlas en mente mientras las desarrollamos.

EL LOGOS DE DIOS: PROFETA

Cuando señalamos la función profética de Cristo nos estamos remontando en el Antiguo Testamento a una veta muy rica de pensamiento. Abraham, el padre del pueblo judío, fue llamado un profeta (Gn. 20:7). Moisés fue un profeta, posiblemente el más grande de todos los profetas (Dt. 34:10). El rey Saúl profetizó (1 S. 10:11, 19:20). David y Salomón fueron profetas en el sentido que recibieron parte de la revelación inspirada de Dios y contribuyeron así a nuestro Antiguo Testamento. Comenzando por Elías y Elíseo se lanza el gran movimiento profético, con nombres de la talla de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y los profetas conocidos como los profetas menores. En una ocasión Moisés aparece diciendo: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta" (Nm. 11:29). Sin embargo, en medio de este enfoque sobre el papel desempeñado por los profetas surge una sensación creciente que ningún profeta humano podía ser de todo apropiado para poder suplir la necesidad humana. Aparece, por lo tanto una expectativa cada vez más intensa que habría de venir un "gran profeta". La primera afirmación clara de esta expectativa la encontramos en el capítulo 18 de Deuteronomio, donde tenemos una profecía sobre una futura figura profética como Moisés, alguien a quien todos atenderían. Moisés mismo hace este anuncio: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Dt. 18:15). Este anuncio es luego conservado en las palabras de Dios: "Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare (Dt. 18:18). Una lectura superficial podría hacernos interpretar este pasaje como

²⁴⁰ Charles Hodge, *Systematic Theology*, II (London: James Clarke & Co., 1960), p. 461. Martín Lutero fue quizá el primero en enseñar explícitamente que Cristo fue un profeta, un sacerdote y un rey, aunque nunca habló de una "función tripartita". Esta diferenciación corresponde a Juan Calvino quien, con el gran don que tenía para la sistematización, la desarrolla en toda su extensión en el Libro 2 de la Institución de la Religión Cristiana (capítulo 15). Este punto de vista fue el seguido por muchos escritores protestantes, en particular por los puritanos ingleses y norteamericanos. La Confesión de Fe de Westminster menciona estas tres funciones en el capítulo "Sobre Cristo el Mediador". El Catecismo Abreviado pregunta de qué manera Cristo "ejecuta" estas funciones, y responde: "Cristo desempeña la función de profeta cuando nos revela, por su Palabra y el Espíritu, la voluntad de Dios para nuestra salvación... Cristo desempeña la función de sacerdote cuando por única vez se ofrece a sí mismo como sacrificio para satisfacer la justicia divina, y así reconciliarnos con Dios, y al hacer una intercesión continua por nosotros... Cristo desempeña la función de rey cuando nos sujeta a sí, gobernándonos y defendiéndonos, y reprimiendo y conquistando a todos sus, y nuestros, enemigos" (Pregunta 24, 25, 26).

refiriéndose a alguna figura humana futura, tal como Isaías o algún otro de los grandes profetas. Podría hasta ser aplicado al profeta tan especial que vino justo antes que el Mesías (Mal 4:5; Jn. 1:25). Sin embargo, en el Nuevo Testamento esta cita de Deuteronomio se aplica particularmente a Jesús, como en uno de los sermones de Pedro (Hch. 3:22) o en la defensa de Esteban frente al concilio (Hch. 7:37). Hay otros pasajes que desarrollan el mismo tema. En varias ocasiones el pueblo, que había sido testigo de una obra maravillosa por parte de Cristo respondió identificándolo con un profeta o el profeta que había de venir en los postreros tiempos (Mt. 21:46; Le. 7:16; Jn. 6:14). Los discípulos que iban camino de Emaús lo identificaron como tal (Le. 24:19). Y en cierta ocasión Jesús dijo hablando sobre sí mismo: "No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa" (Mr. 6:4). Pero quizá el pasaje más importante, desde un punto de vista teológico, sea la introducción al libro de Hebreos: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He. 1:1-2). Un profeta es alguien que habla en nombre de otra persona. En estos versículos, Jesús es presentado como alguien que, del mismo modo que los profetas del Antiguo Testamento, habla de parte de Dios. Se trata, por lo tanto de alguien que habla con autoridad. El tema de la autoridad era particularmente evidente para los escuchas de Cristo. Al final del Sermón del Monte se nos dice que cuando Jesús terminó de hablar "la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mt. 7:28-29). Podríamos pensar que tendrían que haber sido impresionados por el contenido de sus palabras, o por la necesidad de arrepentimiento, o por alguna cosa similar. Pero se nos dice que la gente comparó a Cristo con los escribas, quienes eran los maestros más importantes en esa época, y que concluyó que enseñaba con una autoridad que los escribas no poseían. Otra característica de relevancia de la enseñanza de Cristo es lo que podríamos llamar su carácter egocéntrico. El tema de su enseñanza es él mismo. Ya en el comienzo del Sermón del Monte, en sus primeras palabras, Jesús presupone que quienes le están escuchando habrán de sufrir no meramente por causa de la verdad o por alguna otra causa sino "por mi causa" (Mt. 5:11). Más adelante en su Sermón dice: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mt. 5:17): En otras palabras, se estaba identificando con el Mesías sobre quien el Antiguo Testamento había sido escrito. En la última sección, nos advierte sobre el peligro que encierra el dejar de atenderlo a él, peligro que puede conducir a la persona involucrada al juicio. Concluye con estas palabras: "Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca" (Mt. 7:24-25). Estas afirmaciones, y muchas otras a lo largo de los evangelios, inmediatamente destacan a Jesús por encima de todos los demás maestros religiosos. Como ha señalado John R. W. Stott: "Ellos se borran a sí mismos; él se coloca en el centro de su enseñanza. Ellos no se señalaban a sí mismos; decían: "Esta es la verdad como

nosotros la entendemos; síganla'. Jesús decía: 'Yo soy la verdad; síganme'²⁴¹. El cuarto evangelista, Juan, aparentemente estaba bastante consciente de este aspecto de la enseñanza de Cristo cuando comenzó a escribir su evangelio. En las páginas iniciales utiliza una palabra con referencia a Cristo que sugiere, tanto para los judíos como para los griegos, que Cristo mismo era el punto focal de la revelación de Dios a los hombres. La palabra es *logos*, que significa "palabra", o "verbo", si bien entendidos en un sentido más amplio que el común de nuestra lengua. Ocurre en el versículo 1, donde Juan dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios", y en el versículo 14: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad". ¿Qué habría significado dicho término para un lector judío contemporáneo al evangelio de Juan? Los primeros versículos de su libro, incluyendo el término *logos*, habrían hecho que un judío recordara las primeras palabras del Antiguo Testamento donde se nos dice que en el principio Dios habló y que como resultado todas las cosas vinieron a tener existencia. En otras palabras, Jesús habría sido inmediatamente asociado con el poder creativo de Dios y con la revelación que Dios hace de sí mismo en la creación. Podemos sentir como podría haber operado esto si nos imaginamos a nosotros mismos leyendo un libro que comienza con una clara referencia al "curso de los acontecimientos humanos" y en los primeros párrafos aparecen las palabras "derechos inalienables" y "evidentes". Resulta claro que el autor está intentando recordarnos la Declaratoria de la Independencia y los principios fundacionales de la república de los Estados Unidos de América. Pero esto no es todo lo que estas palabras provocarían en un lector judío. Para la mentalidad judía la idea de un "verbo" significaría más que lo que significa para nosotros hoy en día. El motivo es que para la manera de pensar judía, un verbo era algo concreto, más cercano a lo que hoy llamaríamos un acontecimiento o un hecho. Nosotros decimos "a las palabras se las lleva el viento". Podemos decir: "Los palos y las piedras me pueden lastimar, pero las palabras nunca me lastimarán". Pero las palabras sí pueden herir, y los judíos sin duda estaban más cercanos a la verdad cuando consideraban que una palabra dicha era lo mismo que un hecho realizado. Según su mentalidad, las palabras no debían ser utilizadas con ligereza. Además, existían implicancias teológicas. ¿Qué ocurre cuando Dios habla? El objeto tiene lugar inmediatamente. "Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz" (Gn. 1:3). Dios también dijo: "Así será mi palabra que sale de mis boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para qué la envié" (Is. 55:11). Por este motivo es que los judíos estarían más preparados que nosotros para pensar en el "Verbo" de Dios como en algo que podía ser visto y tocado, y no les resultaría extraño aprender, como dijo el autor de la epístola a los Hebreos escribiendo en primer lugar a los lectores judíos, que: "En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He. 1:2). ¿Qué podría haber significado la palabra *logos* a un lector griego o gentil? Para el griego la respuesta la encontraremos no en la religión sino en la filosofía. Hace

aproximadamente dos mil seiscientos años, en el siglo sexto a.C, un filósofo llamado Heráclito vivió en la ciudad de Éfeso. Fue el hombre que dijo que era imposible nadar dos veces en el mismo río. Quería decir que toda la vida es un transcurrir. Por lo tanto, si bien uno puede entrar al río una vez, salir, y luego volver a entrar una segunda vez, cuando demos este segundo paso el río ya habrá fluido y estaremos entrando en un río distinto. Para Heráclito y los filósofos que le siguieron, toda vida se asemejaba a esto. Pero se preguntaban, ¿si esto es así, cómo es posible que todo lo que existe no esté en un estado de perpetuo caos? Heráclito contestaba que la vida no es un caos porque los cambios que observamos no son cambios al azar. Es un cambio en orden. Esto significa que debe existir alguna "razón" o "palabra" divina que lo controla. Esto es el logos, la palabra que Juan utiliza en los versículos iniciales de su evangelio. Sin embargo, logos también significaba algo más para Heráclito. Una vez que había descubierto que el principio controlador de la materia era el logos divino, estaba a sólo un paso de aplicar dicho concepto a todos los acontecimientos de la historia y al orden mental que gobierna la mente de los seres humanos. Para Heráclito el logos era, ni más ni menos, que la mente de Dios que todo lo controla. Cuando Juan escribió su evangelio, las ideas de Heráclito ya tenían unos setecientos años. Pero sus ideas habían sido tan formativas del pensamiento griego que habían sobrevivido no sólo en la filosofía de Heráclito sino también en la filosofía de Platón y de Sócrates, de los estoicos y de muchos otros que se basaban en ellas. Además, eran el tema de conversación de muchas personas. Los griegos sabían todo sobre el logos. Para ellos el logos era la mente creativa y controladora de Dios; que sustentaba el universo. Fue realmente un destello de genio divino que hizo que Juan utilizara esta palabra, que era tan significativa tanto para los judíos como para los griegos. "Escuchen, ustedes los griegos, esto mismo que tanto les ha preocupado, que ha ocupado su pensamiento filosófico, y de lo que tanto han escrito por tantos siglos —el Logos de Dios, esta palabra, este poder controlador del universo y la mente del hombre— ha venido a la tierra como hombre, y lo hemos visto, lleno de gracia y de verdad". Se dice que cierta vez Platón se dirigió a un pequeño grupo de filósofos y estudiantes que se habían congregado a su alrededor, durante la era dorada de Atenas, y les dijo: "Podría suceder que algún día viniera de parte de Dios una Palabra, un Logos, que nos revelara todos los misterios y aclarara todas las cosas". Juan está diciendo: "Efectivamente, Platón, el Logos ha venido; ahora Dios nos ha sido revelado perfectamente".²⁴² Este es el ministerio profético de Jesucristo. Tiene autoridad, y está envuelto en su propia persona de manera tal que cuando miramos a Jesús vemos no un simple hombre, sino el Dios-hombre que así nos revela a Dios. En estos tiempos Jesús lleva a cabo su ministerio por medio del Espíritu Santo quien nos comunica la persona de Cristo a nuestras mentes y nuestros corazones mediante las Escrituras y así nos provee para nuestra salvación y nuestra santificación.

²⁴² He discutido el concepto de Logos con mayor detalle en *The Gospel of John, I* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1975), pp. 37-42, y en *Witness and Revelation in the Gospel of John* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1970), pp. 159-63.

EL MEDIADOR DE DIOS: SACERDOTE

La segunda de las tres divisiones principales de la obra de Cristo es su sacerdocio, un tema cuidadosamente preparado en el Antiguo Testamento y desarrollado detalladamente en el libro de Hebreos. Un sacerdote es un hombre nombrado para actuar en lugar de otros en las cosas relacionadas con Dios. Es decir, es un mediador. En Cristo, esta función sacerdotal o de intermediario se logra de dos maneras: en primer lugar, al ofrecerse a sí mismo como sacrificio por el pecado (algo que los sacerdotes del Antiguo Testamento no podían hacer) y, en segundo lugar, al interceder por su pueblo en los cielos. El Nuevo Testamento representa esta última actividad al mostrar la suficiencia del sacrificio de Cristo como la base sobre la cual sus oraciones y las nuestras deben ser respondidas. El hecho de que Jesús mismo sea el sacrificio por los pecados ya debería dejar claro que su sacerdocio es distinto y superior a las funciones sacerdotales del Antiguo Testamento. Pero no solamente en este sentido Cristo es superior. En primer lugar, según el sistema del Antiguo Testamento los sacerdotes de Israel debían ofrecer un sacrificio no sólo para quienes representaban sino también para sí mismos, ya que ellos también eran pecadores. Por ejemplo, antes que el sumo sacerdote pudiera entrar al Lugar Santísimo en el día de la expiación, lo que hacía una vez al año, primero tenía que ofrecer un becerro como expiación por sí y por su casa (Lv. 16:6). Sólo después de haber realizado dicho sacrificio podía continuar con las ceremonias de los machos cabríos y el sacrificio, cuya sangre luego era rociada sobre el propiciatorio dentro del Lugar Santísimo. Nuevamente, los sacrificios que ofrecían los sacerdotes de Israel eran inadecuados. Enseñaban que el camino de salvación era por medio de la muerte de una víctima inocente. Pero la sangre de los corderos y las cabras no podía retirar los pecados, como se reconoce tanto en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento (Miq. 6:6-7; He. 10:4-7). Por último, los sacrificios de los sacerdotes terrenales eran incompletos, como lo atestigua el hecho que tenían que ser ofrecidos vez tras vez. En Jerusalén, por ejemplo, el fuego sobre el principal altar de sacrificio nunca se apagaba; y en algunos días de reposo importantes, como el de la Pascua, se ofrecían literalmente cientos de miles de corderos. En oposición a ese sacerdocio terrenal, el sacrificio de Jesús fue realizado por uno que es perfecto y que por lo tanto no necesitaba de ningún sacrificio para sí. Como lo expresa el autor a los Hebreos: "Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo" (He. 7:26-27). Segundo, siendo él perfecto y al mismo tiempo el sacrificio, el sacrificio realizado por Jesús fue perfecto. Por lo tanto, podía pagar el precio por el pecado y quitarlo de en medio, algo que los sacrificios de Israel no podían hacer. Eran una sombra de lo que había de venir, pero no eran la realidad. La muerte de Cristo fue la real expiación sólo en base a la cual

Dios declara justo al pecador. El autor de los Hebreos prueba esto: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros... entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerro rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (He. 9:11-14). Por último, a diferencia de los sacrificios de los sacerdotes del Antiguo Testamento, que tenían que ser repetidos diariamente, el sacrificio de Jesús fue completo y eterno —y como evidencia de eso ahora está sentado a la diestra de Dios—. En el templo judío no había sillas, lo que significaba que la tarea de los sacerdotes nunca se terminaba. "Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:12-14). Cualquier enseñanza sobre los sacerdotes y los sacrificios resulta hoy muy difícil de comprender para la mayoría de las personas, porque en la mayor parte de nuestro mundo civilizado no ofrecemos sacrificios, y no entendemos su terminología. Tampoco era muy fácil de entender en la antigüedad. El autor de los Hebreos, en realidad, está reconociendo esto en un comentario entre paréntesis: "Acercas de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír" (He. 5:11). Por otro lado, las instrucciones tan elaboradas sobre cómo debían ser realizados los sacrificios fueron dadas para enseñar tanto la naturaleza grave del pecado como asimismo la manera que Dios había provisto para tratarlo. Los sacrificios estaban dictando dos lecciones. Primero, que el pecado significa la muerte. Es una lección sobre el juicio de Dios. Significa que el pecado es algo muy serio. "El alma que pecare, esa morirá" (Ez. 18:4). Segundo, que hay un mensaje de gracia. El sacrificio es significativo porque por la gracia de Dios un sustituto inocente puede ser ofrecido en el lugar del pecador. El macho cabrío o el cordero no era ese sustituto, meramente lo estaba señalando. Jesús fue y es el sustituto de todos quienes lo reconozcan como su Salvador. Él es el único, perfecto y todo suficiente sacrificio por el pecado, en base al cual Dios puede justificar al pecador. Este aspecto de la obra de Cristo será considerado con mayor detalle en los capítulos sobre la propiciación y la redención. Una segunda forma como Jesús cumple con su función sacerdotal y mediadora es al interceder por nosotros ahora. No se trata de una tarea suplementaria al sacrificio que hizo de sí mismo sobre la cruz, sino más bien de una tarea que es consecuencia de su entrega. En el Nuevo Testamento tenemos varios ejemplos de la intercesión de Cristo por los demás. Hay un ejemplo interesante en su intercesión por Pedro. El relato es que Satanás vino a Dios en cierta ocasión y le dio su opinión sobre Pedro, diciendo: "No sé qué es lo que tu Hijo espera lograr con esa bolsa de viento llamada Pedro. Si me dieras permiso para zarandearlo, volaría como la paja en tiempo de la siega". Dios le da permiso a Satanás para zarandearlo, del mismo modo que le había otorgado permiso para probar a Job (Job 1:12; 2:6). Pero Jesús

intercedió por Pedro, rogando que la experiencia fuera edificante y no debilitadora. Pidió que la paja volara para que quedara visible el grano verdadero, que él había colocado allí. Sus propias palabras a Pedro fueron: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Le. 22:31-32). Conocemos el desarrollo de la historia y cómo prevaleció la intercesión de Cristo por Pedro. Más tarde en la noche, si bien Pedro había negado al Señor en tres distintas ocasiones, la última vez hasta con maldiciones y juramentos, su fe no había flaqueado. Por el contrario, cuando se dio cuenta de lo que había hecho, estaba lleno de remordimiento y salió y lloró amargamente. A este Pedro que había sido tan humillado vino el Señor con la misión del servicio (Jn. 21:15-19). Otro ejemplo del Nuevo Testamento lo encontramos en la intercesión que Cristo realiza en su oración por su iglesia (Juan 17). Jesús no ora que sus discípulos puedan ser ricos y obtener posiciones de respeto y poder en el imperio romano, ni siquiera que sean librados de la persecución y el sufrimiento por causa de ser sus testigos. Su oración, por el contrario, es que sean convertidos en la clase de hombres y mujeres que él desea que sean; o sea, hombres y mujeres en los que las marcas de la iglesia son evidentes: el "gozo, la santidad, la verdad, la misión, la unidad y el amor. Su preocupación por ellos (y por nosotros) es espiritual. Hay una palabra maravillosa usada con respecto a la función mediadora del Señor Jesucristo, doblemente maravillosa porque también es utilizada con respecto al ministerio terrenal del Espíritu Santo. En el idioma griego la palabra es *paracletos*. Esta palabra suele ser traducida como "Consolador" (si bien esta no es la mejor traducción), "Consejero" o "Abogado". Cristo la usa en sus discursos finales para referirse al Espíritu Santo, cuando habla de "otro Consolador" (Jn. 14:16; comparar con 14:26; 15:26; 16:7). Está también usada con respecto a Jesús mismo (1 Jn. 2:1). El verdadero sentido de esta palabra proviene de sus connotaciones legales o forenses. Literalmente *paracletos* proviene de dos palabras griegas: *para*, que significa "junto con" (la encontramos en las palabras *parábola*, *paradoja*, *paralelo*, y otras), y *klétos*, que significa "llamado" (también es la raíz de la palabra griega usada para la iglesia, *ekklésia*, que significa "los llamados"). Un *paracletos*, por lo tanto, es alguien que ha sido llamado para estar junto a otro para ayudarlo, en otras palabras, un abogado. Es interesante notar que la palabra abogado en castellano antiguo era *advocada*. La palabra *advocado* está compuesta por dos palabras, *ad*, que significa "a" o "hacia", y *vocare*, que significa "llamar". Por lo cual un *advocado*, o un abogado como diríamos hoy en día, es alguien que ha sido llamado para ayudar a otro.

El cuadro que tenemos delante de nosotros por lo tanto, es de algo semejante a lo que podríamos llamar un estudio celestial de abogados donde nosotros somos los clientes. Hay una rama celestial presidida por el Señor Jesucristo y una rama terrenal presidida por el Espíritu Santo. Cada uno de ellos ruega por nosotros. El papel que juega el Espíritu Santo es impulsarnos a orar e intensificar esa oración aun grado tal que nosotros no somos capaces.

Pablo escribe: "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Ro. 8:26). De manera similar, el ministerio del Señor en los cielos consiste en interpretar nuestras oraciones de manera correcta y presentar como prueba la eficacia de su sacrificio como la base para nuestro acercamiento a Dios. La consecuencia de todo esto es que podemos ser osados en nuestra oración. ¿Cómo podríamos tener osadía si la respuesta a nuestras oraciones dependiera de la fuerza con que oramos o de lo correcta que sean nuestras peticiones? Nuestras oraciones son débiles, como Pablo confiesa, y muchas veces oramos incorrectamente. Pero, de todos modos, somos osados, porque tenemos al Espíritu Santo que reafirma nuestras peticiones, y tenemos al Señor Jesucristo que las reinterpreta correctamente.

EL REINO DE DIOS: REY

El tercer aspecto de la obra de Cristo es su reinado. A diferencia de las otras dos funciones que tienen una base textual explícita y limitada, el material bíblico sobre el reinado de Cristo es voluminoso. Primero, tenemos el tema de la soberanía de Dios por sobre toda su creación. Como Jesús mismo es Dios, esto claramente se refleja sobre su propio gobierno o soberanía. Existen profecías mesiánicas en particular sobre el reinado del Mesías, como Dios le prometió al rey David: "Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente" (2 S. 7:16). Más adelante, cuando la casa de David estaba en clara decadencia, el profeta Isaías intensificó las promesas y señaló al Mesías que había de venir. "Y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto" (Is. 9:6-7). Existen numerosos salmos cuyo tema también es este (por ejemplo, Sal. 45; 72; 110). Miqueas 5:2 nos habla del lugar de nacimiento de este futuro rey: "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad". En el libro de Daniel tenemos una visión de alguien a quien "le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lengua le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido" (Dn. 7:13-14). Cuando Jesús nació su nacimiento fue anunciado en estas categorías, y cuando comenzó su ministerio sobre esta tierra él también barajó estos temas. El ángel que anunció su nacimiento a María dijo: "Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin" (Le. 1:32->33). Más adelante, Juan el Bautista habló sobre la inminencia del reino de Dios en la venida de Cristo. Y luego, Jesús mismo

comenzó su ministerio con la sorprendente proclamación: "Arrepentios, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 4:17). Al final del Nuevo Testamento encontramos la culminación de este tema: el Señor sentado sobre un trono, sus enemigos sujetos a él y un nombre nuevo: "Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores" (Ap. 19:16). Y sin embargo nos enfrentamos aquí con un problema. Si este tema es tal prominente como parece serlo y si Jesús realmente es el Rey de reyes y Señor de señores, ¿por qué el mundo ha cambiado tan poco y su reino casi no es reconocido? ¿Se trata de un reino futuro? Esta sería una manera de encarar este problema, pero ¿cómo entenderíamos entonces la afirmación del propio Cristo que dijo que el reino de Dios "está entre vosotros" (Le. 17:21). ¿Es un reino espiritual? Si fuera así, ¿cómo debemos interpretar las profecías explícitas sobre la continuación del trono de David y las promesas sobre una justicia y una paz utópicas que acompañarían el reinado del Mesías? Observamos, por ejemplo que la falta de justicia y de paz en el mundo es uno de los motivos que la comunidad judía aduce para negarse a creer que Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías. ¿Podemos eliminar estos elementos de nuestro entendimiento sobre el gobierno de Cristo? ¿O hemos de limitar el reinado de Jesús exclusivamente, la iglesia? Las respuestas a cada una de estas preguntas son complejas, pero he sólo en la medida en que nos las planteamos y comenzamos a buscar las respuestas en la Biblia que podemos llegar paulatinamente a entender realmente el concepto del reinado de Cristo. En determinada oportunidad me formularon una pregunta sobre si el reino de Dios era pasado, presente, o futuro. Quien me hizo esa pregunta tenía en mente el debate que ya hacía unos años estaba teniendo lugar sobre ese tema en los círculos teológicos, entre personas de la talla de T. W. Manson y C. H. Dodd de Inglaterra, Rudolf Bultmann y Martin Dibelius de Alemania, y Albert Schweitzer. Le respondí con un breve resumen del debate y luego con la afirmación que el punto de vista bíblico no podía ser expresado de manera adecuada por ninguno de esos tres términos. En un sentido el reino de Dios era pasado, porque Dios siempre había reinado sobre su pueblo y la historia. Pero al mismo tiempo era presente y futuro. Es así como Dios reina en la actualidad y continuará reinando. Cuanto más estudiamos las afirmaciones de la Biblia sobre su reino más sentimos que trasciende estos conceptos temporales. Quizá lo más importante que deba decirse sobre el reino de Dios es que es el reino de Dios. Lo que esto significa es que está por encima de cualquier reino humano y es infinitamente superior a estos reinos. Al hojear las páginas de la historia vemos que los reinos de este mundo prosperan y luego se desintegran a través de los siglos. Los historiadores no dicen que el mundo ha conocido veintiuna grandes civilizaciones, todas las cuales han sobrevivido por un tiempo y luego han desaparecido sin ninguna ceremonia. Egipto fue una fuerza muy poderosa en el mundo, pero hoy es débil. No es capaz ni siquiera de contender con el pequeño estado de Israel. Babilonia fue poderosa. Hoy no existe, su territorio está dividido. Siria, otrora poderosa se ha convertido en una curiosidad arqueológica. Grecia y Roma han caído. Además, sabemos que los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, si bien hoy ocupan el pináculo del poder en esta

tierra, no podrán escapar a esta inexorable ley de Dios para la historia: "La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones" (Pr. 14:34). El orgullo las puede hacer caer. En el libro de Daniel tenemos una maravillosa descripción sobre el curso normal de los reinos de este mundo. Belsasar, rey de Babilonia, había hecho un gran banquete en el curso del cual había profanado los vasos del templo de Dios en Jerusalén. En el medio del banquete, apareció una escritura sobre la pared del palacio, y Belsasar estaba asustado. La escritura decía: "MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN. Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas" (Dn. 5:25-28). Daniel le dijo al rey:

"El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad... Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y despojado de su gloria. Y fue echado de entre los hijos de los hombres, y su mente se hizo semejante a la de las bestias, y con los asnos monteses fue su morada. Hierba le hicieron comer como a buey, y su cuerpo fue mojado con el rocío del cielo, hasta que reconoció que el Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hombres, y que pone sobre él al que le place. Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto." (Dn. 5:18,20-22) Esa misma noche Belsasar fue muerto y Darío reinó en su lugar. Este es el curso de los reinos humanos. Dios permite que una persona o un grupo se levante por encima de sus pares en poder, su triunfo los enorgullece y Dios los separa del lugar de poder. Los poderes humanos crecen y decaen, pero Dios reina por encima de estos vaivenes de la historia humana. Dios es el soberano de la historia humana, aun sobre los reinos que están en rebelión contra él. Este aspecto del "reino de Dios" nos sirve de consuelo para quienes de lo contrario estaríamos trastornados por los acontecimientos tan alborotados de este mundo. Jesús dijo: "No os afanéis por vuestra vida" (Mt...6:25-34), y agregó que si bien siempre habrían "guerras y rumores de guerras" sus seguidores no deberían estar preocupados por ello (Mt. 24:6). Un segundo hecho importante sobre el gobierno de Cristo es que también tiene una dimensión presente. Jesús comienza ejerciendo su gobierno sobre el alma del individuo, trayéndola a la fe y dirigiéndola de ahí en adelante y, luego, gobernando y dirigiendo a su iglesia para que los principios del reino puedan ser vistos en la iglesia y de allí puedan salir y tener injerencia sobre un mundo no creyente. Cuando oramos "Venga tu reino", como lo hacemos en el Padre Nuestro, tenemos en mente este reino presente (y no simplemente una futura venida). Pablo define el reino de Dios como una realidad de tiempo presente: "porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro. 14:17). Desgraciadamente, algunos han extrapolado esta conciencia de la expansión del gobierno de Dios sobre su iglesia y el mundo y han hecho la presuposición errónea que como el reino de Dios viene dondequiera que las personas creen en Cristo y responden al evangelio, el reino inevitablemente continuará expandiéndose hasta que todo o

casi todo el mundo crea. Este punto de vista fue muy popular durante el siglo diecinueve. Hoy, luego de la realidad de dos guerras mundiales, una guerra fría, y la evidente decadencia de la influencia del cristianismo sobre el mundo occidental, ha decaído el entusiasmo de este tipo de razonamiento. De todos modos es sorprendente que esta línea de pensamiento haya sido alguna vez seguida. El mismo Señor había advertido sobre esto en las parábola del reino (Mt. 13), enseñando que vastas porciones del mundo nunca sería convertidas, que los hijos del demonio estarían presentes hasta el final, incluso dentro de la iglesia, que su reino sería total sólo en los tiempos finales, y que incluso entonces sería establecido sólo por su poder y a pesar de una animosidad continua e intransigente. En ese capítulo hay siete parábolas, comenzando con la del sembrador que salió a sembrar y terminando con la historia de la red. Han sido diseñadas para mostrar los últimos diecinueve siglos de historia de la iglesia. La primera de las parábolas es la parábola del sembrador. Jesús dijo que un hombre salió a sembrar. Parte de la semilla cayó sobre una superficie dura donde fue rápidamente devorada por las aves; otra parte cayó sobre tierra pobre, por lo que brotó rápidamente pero fue consumida por el sol; otra parte cayó sobre malezas y espinos que la ahogaron; y otra parte cayó sobre tierra buena donde produjo a ciento, a sesenta y a treinta. Luego explicó esta parábola, mostrando que la semilla era la palabra de su reino y que la palabra habría de tener diferentes resultados sobre las vidas de quienes la escuchaban. Algunos corazones estarían tan duros que no la podrían recibir, y los compinches del diablo prontamente la harían desaparecer. Otros la recibirían como una novedad, como lo hicieron los atenienses en la época de Pablo, pero pronto perderían el interés en particular cuando viniera la persecución. El tercer tipo serían aquellos que permitirían que la palabra fuera ahogada por las preocupaciones mundanas y se disfrute de las riquezas. Sólo la cuarta clase serían aquellos en los que El evangelio podría tomar raíz. La parábola significa que sólo una parte de la predicación del reino de Dios llevará fruto. Esta parábola no permite seguir sosteniendo la idea que la predicación del evangelio será cada vez más y más efectiva y que inevitablemente significará un triunfo total para la iglesia a medida que la historia progrese. La segunda parábola es aun más explícita para demostrar este punto. Es la historia del trigo y la cizaña. Jesús nos dice que un hombre nuevamente salió a sembrar grano pero que después que lo había sembrado vino el enemigo y sembró cizaña. Las dos plantas crecieron juntas, el trigo verdadero y las otras plantas que parecían trigo pero que no servían de alimento. En la narración los siervos querían arrancar la cizaña, pero el dueño les dijo que no lo hicieran ya que al arrancarla era posible que también arrancaran el trigo. En vez de arrancar la cizaña les dijo que ambas debían crecer juntas hasta el tiempo de la siega, cuando el trigo se recogería y se guardaría y la cizaña se ataría en manojos y se quemaría. Cuando Jesús estuvo a solas con sus discípulos les explicó que el campo era el mundo, que el trigo representaba aquellas personas que le pertenecían, y que la cizaña eran los hijos del malo. Esto significa que en el mundo siempre habrá los que son los hijos verdaderos de Dios y los que son hijos del maligno. Esto será cierto a través de toda la historia de la iglesia. Además, como muchos de

sus hijos se parecen tanto a los hijos que el maligno ha falsificado, nadie ha de intentar diferenciarlos y separarlos en este mundo porque algunos cristianos podrían perecer con los otros. El propósito de esta parábola es mostrar que estas condiciones insatisfactorias permanecerán hasta el fin de estos tiempos. El propósito de las demás parábolas es semejante; o sea, mostrar que la expansión del reino de Dios estará acompañada por la influencia del maligno y que siempre será imperfecto. Debería ser evidente a partir de la naturaleza imperfecta del reino de Dios, como lo vemos hoy en día, que todavía ha de venir un reino donde el gobierno del Señor Jesucristo haya de ser plenamente reconocido. Este es el tercer punto que debemos hacer sobre el gobierno de Cristo. Cristo les dijo a sus discípulos que había de existir un reino espiritual a través de todo el "tiempo de la iglesia". Pero enseñó que habría de haber también un reino futuro, literal. En una parábola se comparó a un hombre noble que se fue a un país lejano, para recibir un reino, y luego volver. Mientras, dejó unas minas en manos de sus siervos, encargándolos que le fueran fieles y que estuvieran prontos a rendirle cuenta cuando regresara (Le. 19:11-27). En otra ocasión, después de su resurrección, los discípulos le preguntaron a Jesús: "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?" (Hch. 1:6). Y él les respondió: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las razones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría, y hasta lo último de la tierra" (vs. 7-8).²⁴³

IMITADORES DE CRISTO

Para nosotros, la obra del reino de Dios descansa en la última de estas afirmaciones. Somos los testigos de Cristo. Debemos llevar el mensaje de su dominio por todas las ciudades, estados, naciones y por todo el mundo. Al hacerlo hemos de saber que, por el mismo ejercicio de la autoridad de Cristo en su iglesia, estamos singularmente equipados para nuestra tarea. Él es nuestro profeta, nuestro sacerdote y nuestro rey —y en menor medida, nosotros también somos profetas, sacerdotes y reyes. Somos profetas en el sentido que somos voceros de Dios en este mundo. En los días de Moisés parecía un deseo utópico decir: "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta" (Nm. 11:29). Pero en nuestros días, como resultado de haberse derramado el Espíritu Santo sobre la iglesia en Pentecostés, es una realidad. Ahora, como sostenía Pedro, se han cumplido las palabras del profeta Joel referidas a los postreros días. "Mas este es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán: vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán" (Hch. 2:16-18). Cómo profetas, le hablamos la Palabra de Dios, a nuestros contemporáneos. También somos

Parte de este material sobre el reino de Dios lo he tomado de mi obra, *The Sermon on the Mount*, pp. 205-11.

sacerdotes. Es cierto, nunca habrá un sacerdocio como el sacerdocio del Antiguo Testamento. Cristo ha perfeccionado ese sacerdocio para siempre. Pero en cierto sentido todo el pueblo de Dios es como un sacerdote. Todos tienen el mismo acceso a Dios sobre la base del sacrificio de Cristo y todos somos llamados a ofrecernos a Dios en consagración, alabanza y servicio. Pedro habla de esto explícitamente, cuando nos recuerda que somos un "sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 P. 2:5). Pablo tiene esta misma idea en mente cuando escribe: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Ro. 12:1). También, hemos de ejercer nuestro sacerdocio en la oración mediadora por los demás y por el mundo. Por último, hay un sentido en el cual también somos reyes con Cristo. El libro de Apocalipsis dice de los santos de Dios: "Y nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra" (Ap. 5:10). ¿Cómo hemos de reinar? No enseñoreándonos unos sobre los demás, porque no es así como Jesús ejerce su reino sobre nosotros. Más bien es, como bien lo expresa el himno:

No con el batir de las espadas, ni el redoblar de los tambores, sino con hechos de amor y misericordia, se aproxima el reino celestial. Nuestro reino se expresa no por privilegios sino en responsabilidad.

CAPITULO 49: APLACANDO LA IRA DE DIOS

EL APROXIMARNOS A LA OBRA DEL SEÑOR JESUCRISTO COMO profeta, sacerdote y rey tiene la ventaja de cubrir su obra en un solo capítulo. La desventaja es que no describe de manera adecuada cómo las distintas funciones se relacionan una con otra ni señala cuál de las funciones es la más importante. De acuerdo con la Biblia, el propósito de Jesús fue morir (Mr. 10:45). Esto nos conduce a una discusión más a fondo sobre el significado de su muerte. Cuando nos concentramos en su muerte, el problema de aceptarla como el aspecto central de su obra se hace más crucial para la gente contemporánea. Los conceptos bíblicos centrales para entender el significado de la muerte de Cristo son la "propiciación" y la "redención", pero cada uno de estos conceptos son muy difíciles de comprender, cuando no resultan ofensivos para muchos. El concepto de propiciación está relacionado con la idea de sacrificio, por medio del cual se evita la ira de Dios contra el pecado. La redención se refiere a redimir un esclavo de la esclavitud. Ninguno de estos conceptos parece compatible con la concepción moderna de lo que Dios hace o debería hacer. ¿Podemos creer que la salvación se alcanza al pagar Dios el precio de nuestra redención? ¿Esto no nos conduce a aquellas ideas medievales tan grotescas que presentaban a Cristo como siendo el precio del rescate que Dios le pagaba al diablo? Con respecto a la

propiciación, ¿el marco de pensamiento en que se desarrolló este concepto no ha sido ya superado? ¿Podemos realmente creer que la ira interviene en el tema de la salvación? Y si podemos, ¿cómo puede ser que la muerte de un hombre, no importa lo significativa que haya sido, pueda evitar dicha ira? Estas son las preguntas que debemos tener en mente mientras comenzamos a explorar el tema de la muerte de Cristo. Pero también queremos preguntarnos: ¿Cuál fue exactamente el logro de la muerte de Cristo? ¿Cómo fue que lo logró? Al contestar estas preguntas hemos de analizar la idea de la propiciación en este capítulo, y la idea de la redención en el capítulo siguiente.

LA PROPICIACIÓN: DIOS CALMANDO SU PROPIA IRA

La propiciación es un concepto poco entendido en la interpretación bíblica de la muerte de Cristo. Tiene que ver con sacrificios, y se refiere a lo que Jesús por medio de su muerte logró con relación a Dios. La redención se refiere a lo que Jesús logró con relación a nosotros. Al redimirnos, Jesús nos liberó de la esclavitud del pecado. La propiciación, por el contrario, se refiere a Dios, para que podamos decir: Por medio de su muerte, Jesús propició la ira de su Padre contra el pecado e hizo entonces posible que Dios fuera propicio para con su pueblo. Pero se hace necesaria una explicación. En primer lugar, debemos observar que la idea de la propiciación presupone la idea de la ira de Dios. Si la ira de Dios no se ha encendido contra el pecado, no hay necesidad de propiciarlo y el significado de la muerte de Dios deberá ser, por lo tanto, expresado en otras categorías. Es aquí donde muchos pensadores modernos se quedarían, y argumentarían que es precisamente por este motivo que este término no debiera ser utilizado, y si lo fuera, se le debería dar otro significado. "Podemos comprender", diría una de estas personas, "cómo la idea de la propiciación era apropiada en el paganismo donde Dios era visto como caprichoso, que se ofendía fácilmente y, por ende, muchas veces se enojaba. Pero este no es el cuadro que la Biblia nos presenta sobre Dios. De acuerdo a la revelación cristiana, Dios no está enojado. Por el contrario, está lleno de gracia y de amor. No se trata de que Dios se haya apartado de nosotros por el pecado, sino que hemos sido nosotros quienes nos hemos apartado de Dios. Por lo tanto, somos nosotros quienes hemos de ser propiciados y no Dios". Quienes argumentan de este modo han rechazado de plano la idea de la propiciación, considerando que su presencia en la Biblia es una marca dejada por la forma imperfecta de pensamiento pagano sobre Dios —o han interpretado la palabra griega básica para propiciación como queriendo significar, no la propiciación que Cristo hizo de la ira de Dios sino, el recubrimiento o la expiación de nuestra culpa por su sacrificio—. En otras palabras, han considerado su obra como dirigida hacia el hombre en lugar de hacia Dios. Un académico que ha señalado el camino en esta dirección ha sido el fallecido C. H. Dodd de Cambridge, Inglaterra, cuya influencia ha conducido a que la palabra "propiciación" fuera traducida como "expiación" en los textos relevantes de la Revised Standard Versión (una

versión en inglés) de la Biblia (Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10).²⁴⁴ A esta altura de la discusión debemos considerar la obra de aquellos que han marcado las diferencias entre la idea pagana de la propiciación y la idea cristiana. Porque es bien cierto que Dios no es caprichoso ni se enoja fácilmente, y que por lo tanto debemos propiciarlo para mantenernos dentro de su favor. La posición cristiana es todo lo contrario, porque Dios es visto correctamente como un Dios de gracia y de amor. Pero esto no es todo el asunto, no importa cuánto podamos simpatizar con las preocupaciones de dichos académicos. Primero, no podemos olvidarnos lo que la Biblia nos dice sobre la ira de Dios contra el pecado, según la cual el pecado habrá de ser castigado en la persona de Cristo o en la persona del pecado. Podemos sentir, debido a nuestros prejuicios culturales, que la ira de Dios y el amor de Dios son incompatibles. Pero la Biblia nos enseña que Dios es ira y amor al mismo tiempo. Además, su ira no es sólo un elemento pequeño e insignificante que de algún modo aparece allí junto con su amor, más significativo y avasallante. En realidad, la ira de Dios es el elemento mayor, que puede ser rastreado desde el juicio de Dios contra el pecado en el huerto de Edén hasta los juicios finales de cataclismo registrados en el libro de Apocalipsis. (Este énfasis ya ha sido analizado en detalle en el Capítulo siete). Segundo, si bien el vocablo propiciación es utilizado en los escritos bíblicos, no es utilizado de la misma manera en los escritos paganos. En los rituales paganos, el sacrificio era el medio por el cual el pueblo apaciguaba a una deidad ofendida. En el cristianismo, nunca es el pueblo quien toma la iniciativa o hace el sacrificio, sino que es Dios mismo quien por su gran amor hacia los pecadores provee el camino por el cual su ira contra el pecado puede ser aplacada. Además. Él mismo es el camino —Jesús—. Esta es la verdadera explicación de por qué Dios nunca es el objeto explícito de la propiciación en los escritos bíblicos. No es mencionado como el objeto porque él también es el sujeto, lo que es mucho más importante. En otras palabras, Dios mismo aplaca su propia ira contra el pecado para que su amor pueda aflorar y abrazar y salvar a los pecadores. La idea de la propiciación está claramente observada en el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, porque a través de este sistema de sacrificios Dios enseñó el camino por medio del cual los hombres y las mujeres podían llegar a él. El pecado significa la muerte, como señalamos anteriormente. Pero los sacrificios nos enseñan que hay una salida de escape y de aproximarnos a Dios. Otro puede morir en lugar del pecador. Esto puede parecer asombroso y hasta (como algunos han sugerido) inmoral, pero es lo que el sistema de sacrificios nos enseña. De ese modo, el israelita era instruido a traer un animal para el sacrificio cada vez que se acercaba a Dios; la familia debía matar y consumir un animal cada año durante la celebración de la Pascua; la nación debía ser representada por el

²⁴⁴ La posición de Dodd es que no existe en Dios algo similar a la ira provocada por el pecado humano. Por lo tanto, como no existe la ira, el significado de "propiciación" es incorrecto en el Nuevo Testamento, aunque la palabra así traducida (hilasmos, hilastérion) bien puede haber sido la idea de propiciación en la religión pagana. Dodd cree que la Biblia sólo trata de la remisión de pecados y que por lo tanto "expiación" es una mejor traducción.

sumo sacerdote cada año en el día de la expiación, cuando la sangre de la ofrenda era rociada sobre el propiciatorio en el arca del pacto dentro del Lugar Santísimo en el templo judío. Al final de este proceso de instrucción, Jesús se presentó como el sacrificio que había de llevar "los pecados del mundo" (Jn. 1:29). La progresión es la siguiente: un sacrificio para un individuo, un sacrificio para una familia, un sacrificio para una nación, un sacrificio para el mundo. El camino a la presencia de Dios ahora está abierto para todo aquel que quiera venir, un hecho simbolizado por el velo del templo (el velo que separaba el Lugar Santísimo del resto del templo) que se partió en dos cuando Cristo murió.

CUATRO PASAJES DEL NUEVO TESTAMENTO

Hay sólo cuatro pasajes en el Nuevo Testamento que usan la palabra propiciación, si bien la idea de sacrificio (con la que está relacionada) es prominente. El pasaje crítico es el de Romanos 3:23-26: "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". ¿Cómo debemos entender la propiciación en la afirmación de Pablo sobre la naturaleza de la obra de expiación de Cristo? ¿Significa propiciación en el sentido de acallar la ira de Dios contra el pecado o significa el cubrir la culpa, que es el significado de la versión RSV que usa la palabra 'expiación' en lugar de propiciación? Si no tuviéramos más que este pasaje para contestar, estas preguntas posiblemente quedarían sin contestación. Pero tenemos todo el contexto de la primera sección de la carta de Pablo. Es un texto muy razonado y que tiene una relevancia directa sobre la naturaleza de la obra de Cristo como se nos presenta en este pasaje. El principio de este contexto lo encontramos en el primer capítulo, en el versículo 18, donde Pablo introduce su argumento formal afirmando: "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad". El pasaje continúa mostrando cómo se les ha dado a los hombres y las mujeres un conocimiento de Dios en la creación, pero voluntariamente no han considerado este conocimiento para poder rechazar a Dios y crearse una forma falsa y rebajada de dios en lugar del Dios verdadero. En esto consiste la "infidelidad" y la "maldad". Es por esto que la ira de Dios se dirige contra ellos. En el resto del capítulo Pablo nos muestra cómo esto tiene lugar. Dios ha decretado que si lo rechazan, deben cargar con los resultados de su propio pensamiento y manera de vivir depravadas. En consecuencia, son entregados a la mentira (porque sus mentes han sido oscurecidas) y a la inmundicia, cuyo resultado es la envidia, los homicidios, las contiendas, los engaños, las malignidades, las murmuraciones, las detracciones, los odios y todos los demás vicios. En el segundo capítulo, Pablo pasa de

una discusión sobre la forma en que la ira de Dios se desarrolla en la historia a una discusión sobre su alcance. Él sabe que las mujeres y los hombres están siempre prontos a culpar a los demás mientras que ellos siempre tienen pronta una excusa. Por lo que pregunta: "¿Hay alguien excusable?" La respuesta es "No". Entonces, luego de haber mostrado cómo la ira de Dios afecta al mundo pagano (en el capítulo 1), ahora muestra que el pueblo conocido como moral y religioso también se ve afectado. Los individuos morales están afectados porque, no importa lo que ellos se imaginen sobre sus logros morales en particular, nunca estarán, sin embargo, a la altura de los estándares de Dios. Además, hasta se jactan de sus supuestos logros y ni se arrepienten. No pueden darse cuenta que la gracia y la paciencia de Dios hacia ellos lo que pretende es conducirlos al arrepentimiento (2:4). Las personas religiosas también son afectadas, porque son incapaces de ver que sus prácticas religiosas tan valoradas son limpias sólo exteriormente, dejando intacta la corrupción grave que existe dentro (2:28-29). La conclusión a la que llega Pablo en el capítulo 3 es que todos estamos bajo la ira de Dios, porque todos hemos pecado. Sin embargo, en este momento es cuando la justicia y la gracia de Dios se revelan, porque en la persona de su Hijo, el Señor Jesucristo, Dios el Padre ha provisto un camino por el cual los que creen en él pueden ser salvos. Aunque hemos pecado, somos de todos modos "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Ro. 3:24-25). Esto significa que la ira de Dios que estaba dirigida hacia nosotros por causa de nuestro pecado ahora ha sido aplacada o evitada por la acción de Dios mediante la muerte de Cristo. "La 'sangre' —es decir, la muerte del sacrificio— de Jesucristo abolió el enojo de Dios contra nosotros, y nos aseguró un trato para siempre propicio y favorable. De ahora en más, en lugar de mostrarse enfrentado a nosotros, se nos mostrará en nuestra vida y nuestra experiencia a favor nuestro. ¿Qué es lo que expresa entonces la frase "como propiciación... en su sangre"? Expresa, en el contexto del argumento de Pablo, precisamente este pensamiento: que por la muerte de sacrificio por nuestros pecados Cristo ha pacificado la ira de Dios".²⁴⁵ El pasaje nos muestra que la ira de Dios, lejos de ser semejante a los enojos, caprichosos y engreídos, característicos de los dioses paganos, y que por lo tanto no necesitan ser tomados en serio en la actualidad, es en realidad la oposición tenaz e insoslayable del santo Dios hacia todo lo que se oponga a su santidad. Está dirigida hacia nosotros porque nosotros no somos santos. Al mismo tiempo, el pasaje nos muestra cómo Dios, por su gran amor, que también constituye una parte fundamental de su naturaleza, ha actuado él mismo para propiciar su ira y salvar así a la humanidad. El segundo pasaje del Nuevo Testamento que utiliza la palabra propiciación, se encuentra en Hebreos 2:17. No tiene el mismo énfasis que el texto en Romanos, ya que en Romanos Pablo está hablando explícitamente de la obra de Cristo como propiciación de la ira de Dios, mientras que en Hebreos el autor está ocupándose más con el cómo de la propiciación, es decir, con el tipo de naturaleza que Cristo necesitaba tener para

²⁴⁵ Packer, *Knowing God*, p. 165.

que la propiciación fuese posible. Lo que intenta mostrar es que Jesús se hizo uno con la humanidad para poder representarla como un fiel sumo sacerdote. "Por lo cual debía ser en toda semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar [propiciar] los pecados del pueblo". Este texto no menciona explícitamente la ira de Dios. Pero no dice nada que contradiga la idea de una propiciación de la ira de Dios contra el pecado y, en realidad, podemos decir que la sugiere, si bien indirectamente. Por ejemplo, el texto nos habla de Cristo como siendo un sacerdote "misericordioso". La misericordia muestra el favor hacia uno que no se lo merece. Por lo tanto, si aquellos hacia los que Cristo es un misericordioso sacerdote no merecen misericordia, lo que claramente están mereciendo es la ira de Dios, la cual sin embargo ha sido evitada por el sacrificio de Cristo. El versículo habla de Cristo como siendo un sacerdote "al servicio de Dios" (literalmente, "en lo que respecta a aquellas cosas que le corresponden a Dios"). Es evidente que se trata de una obra dirigida a Dios y no hacia la humanidad. Por último, el pasaje también se está refiriendo al sistema de sacrificios de la antigüedad. La referencia del autor a un "fiel sumo sacerdote" más adelante es explicada en las categorías de los sacerdocios de Aarón y Melquisedec. Jesús es superior a estos sacerdotes porque él ofrece el sacrificio perfecto y, por lo tanto, el último y el más completo. Los dos últimos usos de la palabra propiciación en el Nuevo Testamento están en la primera epístola de Juan. "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (2:1-2) y "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (4:10). ¿Cuál es el punto central de estos versículos? Nuevamente, ninguno habla directamente sobre la ira de Dios, pero en el primer versículo el dilema humano se transmite al menos indirectamente, del mismo modo que en el versículo de Hebreos. En este caso, la necesidad está sugerida por la referencia a Jesús como nuestro "abogado". ¿Por qué necesitamos de un abogado o de alguien que nos ayude si, en realidad, no estamos en ninguna situación de dificultad delante de Dios? La razón es, por supuesto, que sí estamos en grandes dificultades. Somos pecadores, algo que Juan ya ha estado señalando en los versículos anteriores (1:5-10), y por lo tanto hemos sido condenados y necesitamos un abogado. En este contexto, es comprensible que Juan elija una palabra que habla sobre la obra que un sacerdote realiza cuando revierte la ira de Dios, y presenta esta obra como el suelo firme que podemos pisar para acercarnos a Dios y estar seguros de su favor. Otra indicación que esto es lo que Juan está pensando la encontramos cuando afirma que la muerte de Jesús fue por nuestros pecados "y no solamente los nuestros sino por los de todo el mundo". Es posible que Juan estuviera pensando sobre el hecho que en el judaísmo el sacrificio propiciatorio, ofrecido por el sumo sacerdote el día de la expiación, era únicamente para los judíos; ahora, a partir de la muerte de Jesús, el sacrificio sirve tanto para los judíos como para los gentiles. La mención final (1 Jn. 4:10) no aclara

mucho el significado de la propiciación, pero lo que sí hace es vincularla a la idea del amor de Dios, a partir de cual surge el acto de propiciación, proveyéndonos así de "una de esas paradojas tan resonantes, que tanto significan para nuestro entendimiento del concepto cristiano de sacrificio".²⁴⁶ La muerte de Cristo es una propiciación genuina de la ira de Dios. Pero, paradójicamente, es el amor de Dios que realiza la propiciación. Llegamos, así, al corazón del evangelio. En el acto de la propiciación tenemos las buenas nuevas que el que es nuestro Creador, de quien nos hemos apartado (por nuestro pecado, es también nuestro redentor. Packer resume esto en los siguientes términos: En la Biblia, la descripción básica sobre la muerte salvadora de Cristo es la propiciación, o sea, eso que ha aplacado la ira de Dios contra nosotros apartando nuestros pecados de su vista. La ira de Dios es su justicia que reacciona contra nuestra injusticia; y que se manifiesta por una justicia retributiva. Pero Jesucristo nos ha protegido con un escudo de la pesadilla de su justicia retributiva convirtiéndose en nuestro sustituto representativo, era obediencia a la voluntad de su Padre, y recibiendo sobre sí mismo la paga del pecado. De este modo se ha hecho justicia, porque los pecados de todos los que habrán de ser perdonados han sido juzgados y el castigo ha recaído sobre la persona de Dios el Hijo, y es sobre esta base que el perdón ahora puede ser ofrecido a nosotros los ofensores. En el Calvario, el amor redentor y la justicia retributiva han unido sus manos, para expresarlo de alguna manera, porque allí Dios mostró que él es "justo, y quien justifica a los que tienen fe en Jesús".²⁴⁷

LUZ SOBRE OTRAS VERDADES

La doctrina sobre el sacrificio de Cristo, concebida como la propiciación verdadera de la ira de Dios, sirve también para iluminar otras doctrinas. Podemos cerrar este capítulo considerando algunas de ellas. Primero, la naturaleza del sacrificio de Cristo sirve para iluminar los atributos de Dios. Se ha convertido en una costumbre en muchos círculos teológicos contemporáneos enfatizar el amor de Dios a expensas de sus otros atributos. No debemos minimizar el amor de Dios, pero debemos sostener que, sobre la base de la revelación bíblica, el amor no es el único atributo de Dios y ni siquiera el primero, si estamos considerando el asunto en una secuencia lógica. Si seguimos una secuencia lógica, los primeros atributos de Dios deben ser aquellos que lo presentan como el Creador y el sustentador de este mundo: su auto-existencia, su autosuficiencia, su eternidad, su soberanía, su santidad y su omnisciencia. Después de estos vienen los atributos develados por la Caída y

²⁴⁶ Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, p. 179.

²⁴⁷ Packer, *Knowing God*, p. 170. El significado de la propiciación es analizado por Packer en detalle (pp. 161-80). También lo analiza Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, pp. 125-85; Warfield, *The Person and Work of Christ*, pp. 351-426; T. C. Hammond, *In Understanding Be Men* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1968), pp. 116-27; Guillebaud; y Denney.

la rebelión de la raza humana: la ira. Sólo después podemos hablar apropiadamente sobre su amor. Dios era amor aun antes de la Caída, o también podemos decir desde toda la eternidad, pero la plena medida de este amor se ve únicamente en Cristo quien se dio a sí mismo por nosotros "cuando aún éramos pecadores" (Ro. 5:8). El acto de propiciación nos está recordando, por lo tanto, antes que nada que Dios verdaderamente manifiesta su ira contra el pecado además de manifestar su amor por el pecador. Además, esto sirve para resaltar nuestro aprecio por su amor. Dentro de este marco de referencia, el amor de Dios no es simplemente un sentimiento indulgente de buena voluntad (que es lo que el amor humano muchas veces es). Consiste más bien en un amor intenso, con demandas, y santo; un amor que está dispuesto a pagar el más alto precio para salvar al ser amado. Segundo, la naturaleza del sacrificio de Cristo está además iluminando la naturaleza del dilema humano. Sí la venida de Cristo es sólo una declaración abierta del favor de Dios hacia los hombres y las mujeres, una demostración por medio de la cual Dios busca atraer nuestra atención y ganar nuestro amor, entonces nuestra condición, alienados de Dios, no es tan grave. Dios nos ama, no importa lo que hayamos hecho, y podemos suponer que todo acabará bien al final, hagamos lo que hagamos con respecto a Cristo. No tenemos que enfrentarnos con la ira de Dios. Sin embargo, si la muerte de Cristo es una propiciación de la ira de Dios, entonces la situación del humano es bastante diferente. La ira es real, y podemos esperar sentir toda la fuerza de esa ira si no nos hacemos partícipes de la salvación de Cristo. La cruz de Cristo significa, entre otras cosas, que nuestro estado es desesperado, tan desesperado que no tenemos ninguna esperanza. Estamos, como lo expresa Pablo, "muertos en... delitos y pecados", prisioneros del "príncipe de la potestad del aire" y "por naturaleza hijos de ira" (Ef. 2:1-3). Estas verdades nos han sido enseñadas para que los hombres y las mujeres, por un sentido del aterrador peligro espiritual que encierran, puedan volverse al Salvador.

Tercero, también ilumina la persona y la obra de Jesucristo. Sólo en la medida que es Dios y hombre al mismo tiempo, puede hacer la propiciación. Su obra resulta iluminada en que esta misión, da sentido a lo que encontramos registrado sobre él en los evangelios. Para dar sólo un ejemplo, observamos que aun en las situaciones más peligrosas que atravesó —la hostilidad de las multitudes enfurecidas, la tentación de Satanás, los intentos que los líderes de Israel que le eran antagonistas hicieron para atraparlo— Jesús siempre mantuvo un control total y evidente sobre todas las circunstancias. Sin embargo, a medida que se acercaba la hora de su muerte, cada uno de los evangelistas nos dice que comenzó a estar más angustiado y entristecido (Mt. 26:37-38; Mr. 14:33-34; Le. 22:44; Jn. 12:27), y tres de ellos (Mateo, Marcos y Lucas) nos dicen que oró en el huerto de Getsemaní para que la copa que había de beber pasara de él. ¿Qué era esa copa? ; .Era su muerte física? Si así fuera, entonces Jesús tenía menos coraje que Sócrates quien se enfrentó a su muerte con perfecto dominio de sí mismo disertando sobre la inmortalidad. La única explicación posible es que Jesús no era un cobarde cuya fe le fallaba sino que su muerte era muy distinta a la del filósofo ateniense o a la

nuestra. Él no sólo habría de morir físicamente sino espiritualmente, y habría de quedar separado de Dios por causa del pecado cargando así la ira de Dios contra el pecado en nuestro lugar. La característica singular de su muerte fue que en el Calvario experimentó el horror de la ira de Dios mientras efectuaba la propiciación. Cuarto, la verdadera naturaleza del evangelio también surge de este entendimiento de la muerte de Jesús. El evangelio no es sólo una nueva posibilidad, para alcanzar el gozo y la realización en esta vida, como algunos parecen sugerir. No es sólo una solución a unos problemas irritantes y frustrantes. Se requiere hacer algo mucho más profundo, algo relacionado con Dios, en base a lo cual, y exclusivamente en base a lo cual, son posibles las otras bendiciones de la salvación. Packer dice: "El evangelio soluciona estos problemas, pero sólo después de haber resuelto... el problema más profundo de los humanos, el problema de la relación del hombre con su Hacedor; y si no dejamos en claro que la solución a estos problemas depende de haber solucionado primero el problema más profundo, estamos mal interpretando el mensaje y nos estamos convirtiendo en testigos falsos de Dios".²⁴⁸ Por último, la naturaleza de la muerte de Cristo como propiciación también se manifiesta en la ética cristiana. Pablo dice: "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co. 5:14-15). Y otra vez, para referirnos a un texto que ya nos introduce al tema del próximo capítulo, "...no sois vuestros.. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Co. 6:19-20; comparar con 7:23). Que ese Dios nos haya amado tanto que envió a su Hijo para cargar su justa ira contra el pecado en nuestro lugar es la base exclusiva y más importante para la ética cristiana. Nosotros le amamos por su gran amor hacia nosotros, y por eso deseamos servirle.

CAPITULO 50: SIN CUENTAS PENDIENTES

LA REDENCIÓN Y LA OBRA DEL SEÑOR COMO EL REDENTOR SON dos de las palabras más preciosas del vocabulario cristiano. No son sin embargo los términos más utilizados cuando hablamos de la obra de Cristo. Más a menudo hablamos de él como el Salvador. Con mucha frecuencia nos referimos a él como el Señor. Pero estas palabras nos hablan directamente sobre lo que Jesucristo hizo por nuestra salvación y de lo que le costó hacerlo. En el principio de este siglo, B. B. Warfield hizo un discurso a los estudiantes que recién ingresaban y les hizo notar que el título redentor transmite una íntima revelación. Escribió: Expresa no sólo el hecho que hemos recibido la salvación de parte suya, sino también lo que le costó procurarnos esta salvación. Es el nombre específico de Cristo sobre la cruz.

Cuando lo pronunciamos, la cruz es como una pancarta delante de nuestros ojos y nuestros corazones se llenan de un recuerdo cariñoso hacia Cristo que se dio a sí mismo por nuestra salvación, y del precio tan caro que tuvo que pagar por ella.²⁴⁹ Warfield probó esta afirmación con una extensa serie de citas de himnos de la iglesia donde aparece la palabra redentor. Que todo nuestro ser una ofrenda sea al nombre de nuestro Redentor. Mientras oramos por la gracia perdonadora, en el nombre de nuestro Redentor. Hijo Todopoderoso, Palabra Encarnada, nuestro profeta, Sacerdote, Redentor, Señor. Oh si tuviera miles de lenguas para cantar las alabanzas a mi Redentor. El nombre glorioso de nuestro Redentor levantemos la canción sagrada. Ave Redentor, Ave, porque tú has muerto por mí. Guía donde nuestro Redentor infantil yace.

Mi querido Redentor y mi Señor. Toda la gloria, loas y honor A ti el Redentor y Rey. Nuestro bendito Redentor, antes de suspirar su tierno, último adiós. Warfield citó al menos el doble de este número de himnos, y luego hizo lo mismo con los himnos que utilizaban la palabra rescate, la cual señaló que es casi sinónimo de redención. Hoy en día, por supuesto, estas palabras no son tan queridas como entonces. Pero esto se debe a que son menos comprendidas y apreciadas, no a que la idea detrás de estas palabras sea menos atractiva para los cristianos. Además, incluso si admitimos que han perdido al menos algo de su popularidad, son más adecuadas que muchas otras palabras para describir lo que ha sido hecho por nosotros para nuestra salvación.

EL TRIÁNGULO DE LA SALVACIÓN

Podemos ver lo apto de este título cuando consideremos las tres principales palabras relacionadas con la salvación: la propiciación, la justificación, y la redención. Cada una de estas aparece en los versículos clave que introducen la obra de Cristo en la presentación del evangelio que Pablo hace en el libro a los Romanos: "siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Ro. 3:24-25). Podemos hacer la comparación fácilmente por medio de un triángulo como el de la Figura 1. La propiciación está representada por la flecha que vincula a Cristo con Dios el Padre. La flecha señala hacia arriba, porque Cristo propició al Padre mediante su muerte en nuestro lugar. La línea que vincula a Dios el Padre con los cristianos es la justificación.

La flecha señala hacia abajo, porque la justificación se refiere a algo que Dios hace con nosotros. Somos justificados por gracia sobre la base del sacrificio de Cristo. El tercer lado,

²⁴⁹ Warfield, "Redeemer and Redemption", *The Person and Work of Christ*, p. 325. Este discurso de apertura del año lectivo fue dado en Miller Chapel, el 17 de setiembre de 1915, y apareció por primera vez en *The Princeton Theological Review*, XIV, 1916, pp. 177-201.

la base del triángulo, es la flecha que vincula a Jesús con nosotros, es la redención. Señala hacia nosotros, porque la redención es algo que Jesús hace con su pueblo. El nos redime y nos hace libres.

DIOS EL PADRE

En este diagrama, Dios el Padre tiene la iniciativa de una de estas acciones: la justificación. Jesús tiene la iniciativa de dos acciones: la propiciación, dirigida hacia el Padre y la redención, dirigida hacia su pueblo. Nosotros, que no tenemos la iniciativa de nada, recibimos la justificación y la redención. Pero —y este es el tema de la ilustración— de estas tres palabras clave sólo la redención describe lo que el Salvador hace por nosotros en la salvación. ¡Nos redime! Por lo tanto, es natural que esta palabra (o la idea que representa) sea la máspreciada. La palabra griega en la raíz de este grupo de palabras que significa "redimir", "redentor" y "redención" es *lyó*, que significa "aflojarse" o "aflojar". Se la utilizaba para describir el aflojarse la ropa o quitarse la armadura. Aplicada a los seres humanos, significaba el aflojar las ataduras para que, por ejemplo, un prisionero pudiera ser libre.

A veces se la utilizaba con respecto al procurar la liberación de un prisionero por medio de un rescate; en esos casos significaba "liberar por el pago de un rescate". De este último uso del verbo derivó el sustantivo *lutron*. Se refería a los medios por los cuales se lograba la redención del prisionero. Significaba propiamente el "precio del rescate". A partir de esta palabra se desarrolló otro verbo nuevo, *lutroó*. A diferencia del primer verbo, *luó*, que era simplemente un término cuyo significado general era "aflojarse" y que sólo en pocas ocasiones significaba "rescatar", este verbo parece siempre significar "rescatar por medio del pago de un precio". A partir de allí se derivó la palabra *lutrosis* ("redención", "liberación"), *apoluó* ("liberar", "dejar en libertad", "divorcio", "perdonar") y otros términos relacionados. Como los prisioneros en su mayoría eran esclavos y los esclavos eran, en efecto, prisioneros, estas palabras también estaban relacionadas con la compra de un esclavo con la intención de dejarlo libre después de haberlo comprado.

Algo del significado básico de estas ideas está conservado en la idea de rescatar algo de una casa de empeños; el objeto es liberado cuando se paga el precio del rescate. Hasta aquí todo parece ser bastante simple y directo, ya que cuando la palabra redención se usa con respecto a la obra de Cristo, es obvio que significa la obra por medio de la cual Jesús nos liberó del pecado. Pero es aquí donde comienzan a surgir los problemas. Del mismo modo que algunos académicos se han opuesto al verdadero significado de la propiciación, creyendo que la idea del aplacamiento de la ira de Dios no es digna de un Dios cristiano, algunos también se han opuesto a este significado básico de la palabra redención. La idea de liberación está bien para

estas personas, pero la idea de un precio de rescate está mal. "¿Cómo puede Dios pedir un precio por la salvación?", se preguntan.

"Si Jesús tuvo que pagar el precio de su muerte para nuestra liberación, ¿no significa eso que Dios en realidad está vendiendo sus favores y que la salvación por lo tanto no es por gracia?" Para desarrollar esta objeción, recientemente los académicos bíblicos han hecho un intento serio de considerar la palabra redención bajo otra óptica, como si fuera una palabra que significara "liberación" pero sin las connotaciones de un rescate. Parte de esta tarea ha sido realizada por los académicos alemanes en cuyo idioma la palabra para redención (Erloesung, pero no Loskaufung) significa sólo liberación. Los académicos ingleses también señalan que el grupo de palabras relacionadas con la redención no siempre implica la idea de un precio de rescate. Por ejemplo, los discípulos que iban camino de Emaús hablaban de sus expectativas mesiánicas con respecto a Jesús, las que no habían sido colmadas, diciendo: "Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (Le. 24:21).

Señalan que los discípulos no estaban pensando en ningún rescate del pecado y ni siquiera en nada espiritual. Lo que querían decir es que habían tenido la esperanza de que Jesús fuera quien los habría de liberar de Roma. Dichos pensadores también señalan otros versículos que hablan de la redención final de nuestros cuerpos. Lucas 21:28 —"Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca"—. Romanos 8:23 —" y no sólo por (la creación), sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo"—. Efesios 4:30 —"Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención"—

¿Qué puede decirse de esta objeción? Una respuesta inmediata es que los discípulos que iban camino de Emaús obviamente no habían entendido el tipo de redención que Jesús había venido a traer. Otra es que, como en el caso de la propiciación, el precio pagado no es en realidad el precio pagado por otro a Dios, sino que es el precio que Dios se paga a sí mismo. Es Dios quien está saldando nuestra cuenta para que la salvación nos resulte completamente gratuita. Una Tercera respuesta es que, también, en un cierto sentido, habrá una redención final que será una liberación de este mundo pecaminoso. Una respuesta completa. Sin embargo, involucra un estudio cabal de toda la información lexicográfica. Abarca cuatro áreas. Primero, las ideas de redención contenidas en el Nuevo Testamento están necesariamente condicionadas por las formas del Antiguo Testamento; en el Antiguo Testamento la idea de un rescate o de un precio por el rescate ocupa un lugar prominente.

En el marco de fondo del Antiguo Testamento hay tres palabras que son particularmente significativas. La primera de ellas es gaal ("dejar en libertad") o goel (que suele traducirse

como "redentor filial"). Se refiere a la obligación que una persona tiene hacia otro miembro de su familia para preservar el honor o las posesiones de la familia. Por ejemplo, si un hombre perdía sus propiedades por causa de una deuda, como fue el caso del marido de Noemí narrado en el libro de Rut, era la obligación del redentor filial (en este caso Booz) volver a comprar la propiedad —para que así volviera a quedar con el nombre de la familia—. Esta obligación también se extendía a comprar un miembro de la familia que hubiera sido hecho esclavo (Lv. 25:47-55). La segunda palabra es padah. Significa "rescatar pagando un precio", como en el caso de la redención del primogénito, que de lo contrario pertenecía a Jehová (Ex 13:11-14; Nm. 18:15-16).

Difiere de la palabra gaal en que la redención a que se refiere es voluntaria y no tiene el carácter obligatorio que tiene la redención filial. La tercera palabra es kopher que significa un "precio por el rescate". Supongamos, por ejemplo, que un buey había matado a alguien de una cornada. Este era un crimen que debía pagarse con la muerte del buey y en algunas circunstancias (si hubiera habido negligencia) el dueño del buey debía morir. Tenía que pagar con su vida la vida de aquel que su buey había matado. Pero podía-redimir su vida por kopher. Esto significa que se podía negociar un precio con los parientes del que había muerto, el precio pactado podía pagar el precio de su propia vida (Ex 21:28-32). Estas tres palabras, cada una con sus connotaciones y sus leyes, nos indican que la idea de la redención por el pago de un precio no sólo era una práctica común sino que también era en realidad un principio fundamental de la vida social y religiosa de Israel.

Por lo tanto, a no ser que se pruebe lo contrario, la redención y no la idea más limitada de liberación debería ser el concepto subyacente en el Nuevo Testamento. Segundo, las palabras relacionadas con la redención también ocurren junto con la idea del pago de un precio por el rescate en la lengua griega secular del período del Nuevo Testamento, fundamentalmente con referencia a la redención de los prisioneros de guerra o los esclavos. En ese caso, el precio es tan importante que está expresado en fórmulas estándar de manumisión. Por ejemplo, "_____ le vendió al Apolo Pitión un esclavo masculino llamado _____ al precio de _____ minas, con la condición que fuera dejado libre".²⁵⁰ Tercero, los pasajes más importantes en el Nuevo Testamento que usan el vocabulario relacionado con la redención, con respecto a la obra de Cristo, casi siempre enfatizan el precio pagado por nuestra liberación.

Mateo 20:28 dice: "como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". En este pasaje el precio de la redención ha sido expresado por el Señor mismo; es su vida. Tito 2:14 nos habla de Jesús que "se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de

²⁵⁰ Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, p.22. Este y otros ejemplos han sido sacados de *Light from the Ancient East* por Adolf Deissman.

buenas obras". La utilización que se hace en este versículo de la terminología relacionada con los sacrificios ("iniquidad" y "purificar") nos está señalando que el autor no está pensando en la entrega que Jesús hace de sí mismo como una entrega viva simplemente, por ejemplo en el servicio, sino en el hecho que se entregó a sí mismo en la muerte. Nuevamente, resalta el precio de la vida de Cristo. Por último, en 1 Pedro 1:18-19 encontramos el lenguaje más claro, "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación".

En cada uno de estos pasajes (y en muchos otros, además) la redención se logra por el pago del más alto precio que era posible imaginar, la muerte o la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios. La cuarta área que sirve de apoyo al significado tradicional de la redención es que las palabras más comunes para la redención, las que hemos analizado hasta aquí, no son las únicas que ocurren en el Nuevo Testamento. Hay otras dos, cada una de las cuales también incluye la idea de una liberación luego del pago de un precio. La idea está inherente en las palabras mismas. La primera es *agorazó*. Significa "comprar" y ocurre en versículos tales como 1 Corintios 6:19-20; 7:22-23; 2 Pedro 2:1; Apocalipsis 5:9-10; todos hablan de los elegidos como habiendo sido comprados por la muerte de Cristo. La segunda palabra es *exagorazó*, que se basa en la anterior y significa "comprar la parte de un socio".

Como ambas están relacionadas con la palabra *agora* que significa el mercado o el lugar de negocios, estas palabras en realidad significan "comprar la parte de un socio en el mercado" de modo que uno cuya parte ha sido comprada no puede volver allí nunca más.

REDIMIR: COMPRAR LA LIBERTAD DE LA ESCLAVITUD

Un estudio del léxico de la palabra redimir no nos brinda realmente todo el significado teológico que encierra esta palabra; es necesario que consideremos entonces tres doctrinas cruciales relacionadas con este término. La primera doctrina es la del estado original del hombre, que era sin pecado. En ese estado el primer hombre y la primera mujer eran libres, con la libertad propia de unos seres creados. Estaban en comunión con Dios. La redención implica que uno debe ser comprado nuevamente para disfrutar ese estado que había disfrutado con anterioridad. En este punto, por supuesto, el cristianismo va en contra de la corriente de pensamiento sobre el hombre dominante en la actualidad: que el hombre paulatinamente se está perfeccionando. Según la creencia contemporánea popular, la culpa no existe.

Por el contrario, la raza humana debería ser alabada y es en realidad su propia salvadora. Por eso es que esta creencia es tan popular. Según la perspectiva bíblica, que gira en torno a la

palabra redención y otras similares, en realidad estamos caídos, hemos caído de un estado mejor, y por lo tanto somos culpables y necesitamos un Salvador. En realidad, nuestra culpa es tan enorme y tan profunda ha sido nuestra Caída que sólo Dios puede salvarnos. La segunda doctrina relacionada con la idea de la redención es la Caída, como ya hemos sugerido. Existe un paralelismo entre la manera en que una persona podía convertirse en esclavo en la antigüedad y la forma como la Biblia nos dice que una persona queda sujeta al pecado. En el mundo de la antigüedad, una persona podía convertirse en esclavo de tres maneras.

Primero, podía haber nacido en esclavitud. Es decir, si su padre o su madre eran esclavos, esa persona también era un esclavo. Segundo, la persona podía quedar en esclavitud por una conquista. Si en una guerra una ciudad o un estado conquistaban a otra ciudad u otro estado, los habitantes derrotados eran llevados cautivos. Tercero, una persona podía convertirse en esclava por causa de una deuda. Si él o ella debían más de lo que podía pagar, cabía la posibilidad que esa persona fuese vendida como esclava para poder saldar la deuda. Estas maneras de caer en la esclavitud se corresponden con las distintas maneras en que la Biblia habla sobre el pecado como teniendo control sobre el individuo. En la antigüedad, uno podía haber nacido esclavo. David escribió: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:5).

David no quiere decir que su madre estuviera viviendo en pecado cuando lo concibió o que hubiera algo pecaminoso o malo con el acto mismo de la concepción. Lo que significa es que nunca hubo en su existencia un momento cuando estuviera libre del pecado y que había heredado la naturaleza pecaminosa de sus padres, del mismo modo que ellos la habían heredado antes de los suyos. Ya vimos como alguien podía convertirse en esclavo mediante una conquista, y la Biblia nos habla del pecado que gobierna a las personas. David escribió acerca de "las soberbias" y oró pidiendo que no se "enseñoreen" de él (Sal. 19:13). La otra posibilidad, que era la de convertirse en esclavo por causa de una deuda, está sugerida en Romanos 6:23, que dice que "la paga del pecado" es la muerte. Esta expresión no significa que el pecado es premiado, excepto en un sentido irónico.

Significa que el pecado es una deuda y que sólo la muerte del pecador puede saldar la cuenta. Estas ideas de un estado perfecto y original y la subsiguiente Caída son importantes para el concepto de la redención, pero no constituyen todavía la idea central. Esta la hallamos en la tercera doctrina clave relacionada con la redención. Si bien hemos caído en una esclavitud desesperada por causa del pecado y estamos bajo el dominio de un cruel tirano, Cristo, sin embargo, con su sangre ha comprado nuestra libertad del pecado. Ha pagado el precio para que podamos ser dejados en libertad. Quizá la más grande ilustración bíblica sobre la salvación (y lo que significa la redención en particular) sea la historia de Oseas. Oseas fue un

profeta menor —menor con respecto a la extensión de sus profecías, pero no con respecto a su importancia— cuyos escritos se basan en la historia de su matrimonio.

Desde el punto de vista humano, su matrimonio fue desgraciado, porque su esposa le fue infiel. Pero desde el punto de vista de Dios fue un matrimonio especial. Dios le dijo a Oseas que eso iba a pasar en su matrimonio pero que sin embargo tenía que seguir adelante porque Dios quería proveer una ilustración de su amor. Dios amaba al pueblo que había tomado para sí mismo aunque este pueblo le fuera infiel y cometiera adulterio espiritual con el mundo y sus valores. El matrimonio debía ser como un espectáculo en un teatro. Oseas estaba desempeñando el papel de Dios. Su esposa estaba haciendo el papel de Israel que era infiel. Ella sería infiel, pero cuanto más infiel fuera, más la amaría Oseas. Esta es la manera como Dios nos ama aun cuando hemos huido de él y lo deshonramos. Oseas describe su comisión diciendo: "El principio de la palabra de Jehová por medio de Oseas.

Dijo Jehová a Oseas: Ve, tómate una mujer fornicaria, e hijos de fornicación; porque la tierra fornicaba apartándose de Jehová. Fue, pues, y tomó a Gomer hija de Dibaim, la cual concibió y le dio a luz un hijo" (Os 1:2-3). Hay lecciones significativas en las primeras etapas de este drama —en el nombre de los hijos que nacieron de Oseas y Gomer y en el cuidado de Oseas hacia su mujer después que ella lo había dejado— pero el climax se da cuando Gomer es hecha esclava, posiblemente por causa de deudas. Oseas debe librarla, como una demostración de la manera en que el Dios fiel ama y salva a su pueblo. Los esclavos eran vendidos desnudos en la antigüedad y esto debe haber sido también cierto en el caso de Gomer cuando estuvo parada en la subasta en la ciudad capital. Aparentemente había sido una mujer hermosa.

Todavía era hermosa a pesar de su estado caído. Cuando comenzaron las ofertas, estas eran altas, mientras los hombres de la ciudad ofrecían comprar el cuerpo de la esclava. "Doce piezas de plata", dijo uno. "Trece", dijo Oseas. "Catorce". "Quince", dijo Oseas. Los postores que ofrecían menos se habían retirado. Pero alguien agregó: "Quince piezas de plata y un homer de cebada". "Quince piezas de plata y un homer y medio de cebada", dijo Oseas. El rematador debe haber recorrido con su mirada el público y no recibiendo otra oferta dijo: "Vendida a Oseas por quince piezas de plata y un homer y medio de cebada". Ahora Oseas era dueño de su esposa. Podría haberla matado si hubiere querido. La podría haber humillado delante de todos de la manera que él hubiere elegido. Pero en lugar de hacer eso, la vistió, y la condujo dentro de la multitud anónima, y le demandó su amor prometiéndole al mismo tiempo que él la amaría.

Así es como lo narra: "Me dijo otra vez Jehová: Ve, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel, los cuales miran a dioses ajenos, y aman tortas de pasas. La compre entonces para mí por quince siclos

de plata y un homer y medio de cebada. Y le dije: Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás, ni tomarás otro varón lo mismo haré yo contigo" (Os 3:1-3). Oseas estaba en todo su derecho de demandarle lo que antes ella no le había dado, pero junto con la demanda él también promete amarla. La enseñanza de esta historia es que Dios ama a todo; los que son verdaderamente sus hijos espirituales. Esto es lo que significa la redención: comprar la libertad de la esclavitud. Si entendemos la historia de Oseas, entendemos que nosotros somos los esclavos en la subasta pública del pecado.

Fuimos creados para tener una comunión íntima con Dios y para la libertad, pero nuestra infidelidad nos ha deshonrado. Primero, hemos flirteado y luego hemos cometido adulterio con el mundo pecador y sus valores. El mundo también ha ofertado por nuestra alma, ofreciendo sexo, dinero, fama, poder y tantas otras cosas en las que trafica. Pero Jesús nuestro esposo fiel y amante, participó de este remate y nos compró. Ofreció su propia sangre. No hay oferta mayor que esa. Y fuimos hechos suyos. Nos volvió a vestir, no con los harapos sucios de nuestra vieja injusticia, sino con vestidos nuevos de justicia. Nos dijo: "Me perteneceréis... no tomaréis otro...; lo mismo haré yo".

LIBRES PARA SERVIR

La redención tiene dos consecuencias. En primer lugar significa que ahora somos libres. Si bien puede parecer paradójico, el haber sido comprado por Jesús significa haber sido dejados en libertad, libres de la culpa y la tiranía de la ley y el poder del pecado—. Pablo habla de esta libertad en la epístola a los Gálatas, donde en el punto más alto de esta carta desafía a quienes le está escribiendo: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libre: y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud" (Gá. 5:1). Pero esta es una libertad de un tipo especial. No significa que estamos libres y podemos hacer lo que nos plazca, pecar con impunidad o nuevamente queda sujeto a la rebeldía y la infidelidad. Hemos sido liberados para servir a Dios. Hemos sido hechos libres para desear el bien. Hemos sido liberados para que podamos obedecer y amar a Jesús.

Como escribe Pablo: "¿O ignoráis... que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Co. 6:19-20). La redención es algo glorioso. Cuando pensamos en ella nuestros corazones se deberían derretir y hacer brotar alabanzas hacia aquel que se dio a sí mismo para que pudiésemos ser libres. Pero no sólo eso. También nos está llamando al nivel más alto posible de entrega. De la misma manera que Jesús se entregó a sí mismo por nosotros, así deberíamos entregarnos nosotros a él. Debemos tener la voluntad de servirle y estar prontos y dispuestos. El murió por nosotros por su gran amor. Ese amor, ese amor tan asombroso, "requiere mi alma, mi vida, mi todo".

CAPITULO 51: DIOS HABLÁNDONOS A NOSOTROS

DWIGHT L. MOODY EN CIERTA OPORTUNIDAD DIJO: EN LA ORACIÓN hablamos con Dios. En el estudio bíblico Dios nos habla a nosotros, y conviene que dejemos que Dios hable lo más posible".²⁵¹ La Biblia también enfatiza la importancia del estudio bíblico. En el primer salmo, David habla del estudio bíblico y observa que es la fuente esencial de bendición en la vida religiosa: "Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prosperará" (Sal. 1:1-3). En el Salmo 119, el autor habla sobre el estudio bíblico como siendo el secreto de la vida en santidad: "¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra... En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:9,11). En el Nuevo Testamento, Pablo habla del estudio bíblico señalando que es la clave para estar equipados para el servicio cristiano: "Toda Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Ti. 3:16->17).

LA MALA UTILIZACIÓN DE LA BIBLIA

Desgraciadamente los seres humanos tienen el don de abusar de los regalos de Dios. El Obispo John C. Ryle de Liverpool dice que el cristianismo como un todo ha descuidado y abusado de la Biblia. Observó que en su día nunca había habido tantas Biblias y nunca se había estado vendiendo y distribuyendo tantas Biblias, más que en ningún otro período previo de la historia del cristianismo. Sin embargo muchos, si no todos los que poseían una Biblia, no la leían.²⁵² Esto no es algo singularmente característico de Inglaterra a fines del siglo diecinueve, sin embargo. Es una característica también de nuestros días. Tenemos miles de millones de Biblias y diversas traducciones. Sin embargo, hay millones que apenas leen la Palabra de Dios. En cambio, permiten que otras actividades empachen sus vidas y paralicen sus almas.

La Biblia también es mal utilizada de otras maneras. Una manera en la que es mal utilizada es cuando se la considera como un fin en sí misma y así se le impide que logre su propósito primario —conducirnos a un conocimiento de Dios mediante la fe en Jesucristo—. A veces esto ocurre en la erudición bíblica. El movimiento del "Jesús histórico" en el siglo diecinueve

²⁵¹ Citado por Reuben A. Torrey, quien conoció a Moody personalmente, en *How to Succeed in the Christian Life* (Westwood, N. J.: Revell, 1975), p. 49.

²⁵² John Charles Ryle, *Practical Religion* (1879; reedición ed., Cambridge: James Clarke & Co., 1959), p. 70.

constituye un ejemplo. Este movimiento fue un intento de un siglo de duración por ir más allá del Jesús del Nuevo Testamento, a quien se lo consideraba el producto de la fe de la iglesia primitiva, hasta llegar al Jesús histórico real, despojado de todo elemento sobrenatural "no histórico". Este esfuerzo fue prodigioso, pero no produjo nada duradero. Al no dejarse conducir por la Biblia hasta llegar al Jesús del Nuevo Testamento, los académicos solo lograron producir un Jesús a su propia imagen. Los racionalistas descubrieron en él un gran maestro de ética. Los socialistas lo vieron como un revolucionario. Los radicales, como Bruno Bauer, negaron hasta su misma existencia. Por último, Albert Schweitzer puso fin a la búsqueda con su devastadora crítica *La Búsqueda del Jesús Histórico*.²⁵³ La erudición había convertido a los Evangelios en un fin en sí mismos. La Biblia había llegado a ser un libro para ser analizado y manipulado en lugar de ser creída y obedecida.

Podemos encontrar algo similar en el uso evangélico de las traducciones. Es obvio que las traducciones son necesarias (pocos cristianos saben griego y hebreo, los idiomas originales de la Biblia), y una traducción buena, exacta y contemporánea es de incalculable valor para cualquier programa serio de estudio bíblico. Pero en ocasiones existe una preocupación desafortunada y poco saludable sobre cual sea "la mejor" o "la última" y "la más contemporánea" de las traducciones, que hace titilar nuestro interés pero que poco contribuye para que nos adentremos en los principios de la Palabra de Dios y que los obedezcamos. Las variaciones insignificantes que existen entre las distintas versiones se tornan más interesantes que la propia enseñanza. De esta manera la obediencia a Cristo y un deseo por conocerle son dejados de lado.

Creo que hoy en día no hay necesidad de ninguna otra traducción al inglés o al castellano. Tenemos varias versiones. Todos los gustos pueden ser satisfechos. Creo que parte de nuestro actual interés en las traducciones es posible rastrearlo a los distribuidores que fomentan este interés por razones puramente comerciales. Los inmensos esfuerzos volcados en la producción de dichas traducciones deberían volcarse en hacer que la Biblia llegue a los hombres y las mujeres que nunca han visto ni siquiera una versión de las Escrituras.

A la luz de estos problemas, la advertencia que Jesús dirigió a los judíos de su época es muy relevante. Les dijo: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Jn. 5:39-40).

Nadie podría decir que los judíos no estudiaban meticulosamente las Escrituras. Los escribas, que eran los encargados de copiar los rollos, sometían las páginas de la Biblia al escrutinio

²⁵³ Este movimiento es analizado con más detalle en el Tomo I, pp. 78-79. En años recientes ha surgido un nuevo interés en el Jesús histórico, pero en líneas más sobrias. Ver Boice, "New Vistas in Historical Jesús Research", pp. 3-6.

más severo. Prestaban atención a cada sílaba. Hasta contaban las palabras y las letras para saber cuál estaba en la mitad de la página y cuántas debía haber en cada página. En cierto sentido debemos estarles agradecidos, ya que la exactitud de los textos actuales del Antiguo Testamento es un resultado de su esfuerzo. Sin embargo, en muchos casos la reacción de los escribas frente a la Palabra de Dios acababa con el copiado. Y aquellos que utilizaban sus textos, poseídos de la misma mentalidad, se concentraban en los detalles más finos y el mensaje de la Biblia se les escapaba. Las palabras eran exactas, ¿pero qué valor tenían sin significado? ¿Qué valor pueden tener las letras si no están inscritas en un corazón obediente?

Muchos de los que leen este libro tienen un alto grado de conocimiento bíblico. Pueden nombrar a los doce apóstoles, las ciudades que Pablo visitó y quizá hasta los reyes hebreos. ¿Pero no habrán pasado por alto lo que las Escrituras enseñan sobre el pecado (su pecado), la justificación (su justificación), la vida cristiana (su vida cristiana) y la obediencia (su obediencia)?

ESTUDIANDO LA BIBLIA

La importancia de la Biblia y el enfoque apropiado para el estudio bíblico surgen de lo que la Biblia es: la propia Palabra de Dios. El hecho que la Biblia sea "inspirada por Dios" (2 Ti. 3:16) la convierte en algo distinto a cualquier otro libro que haya sido escrito por un hombre o una mujer. Si bien la Biblia es un producto humano, Dios les enseñó a los escritores lo que habían de decir y los guió mientras lo escribían. ¿Cuál fue el resultado? Precisamente lo que Dios deseaba que fuese escrito.

Cuando leemos la Biblia no estamos leyendo los pensamientos de hombres y mujeres como nosotros, que bien pueden ser ciertos o bien pueden ser errados. En cambio, estamos leyendo la Palabra de Dios para nosotros. Y justamente por eso, porque se trata de la Palabra de Dios, es que no la podemos leer y permanecer indiferentes o sin experimentar ningún cambio. Ryle escribe: "Cuando leemos [la Biblia] no estamos leyendo las composiciones de unos pobres hombres imperfectos como nosotros que se enseñaron a sí mismos, sino que estamos leyendo las palabras del Dios eterno. Cuando la escuchamos, no estamos escuchando las opiniones equívocas de mortales sino que estamos escuchando la mente inmutable del Rey de reyes. Los hombres empleados para confeccionar la Biblia no hablaban de sí mismos, sino que 'hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo' (2 P. 1:21). Todos los demás libros que hay en el mundo, no importa qué buenos o útiles sean a su manera, son más o menos defectuosos.

Cuanto más los observamos, más nos damos cuenta de sus imperfecciones y defectos. Sólo la Biblia es absolutamente perfecta. Desde principio a fin es la Palabra de Dios'.²⁵⁴

Pero la Biblia no es información remota e impersonal caída desde el espacio sideral. El Dios vivo todavía le habla a su pueblo por su intermedio. Por eso es que nos acercamos a la Biblia con devoción, como si se tratara de un lugar santo donde nos reunimos y tenemos comunión con Dios.

Dios habla en las Escrituras a través del Espíritu Santo. Por eso es que el tema del estudio bíblico es recurrente en el Tomo III de este volumen y no fue tratado en su totalidad en el Tomo I. En el Tomo I, consideré el papel del Espíritu en la inspiración de la Biblia. Aquí, analizaré su papel cuando nos enseña acerca de lo que inspiró. Pablo escribe en la primera epístola a los Corintios que nosotros mismos somos incapaces de entender las verdades espirituales aun cuando han sido registradas en las páginas de la Palabra de Dios. Pero el Espíritu de verdad nos habla a través de sus páginas para abrir nuestro entendimiento.

Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual" (ICo. 2:9-13).

"¿Cuál es la manera correcta de estudiar la Biblia?" Están quienes confiesan que la Biblia es la Palabra de Dios y que quieren encontrar al Dios vivo en sus páginas pero que quizá no están muy seguros cómo hacerlo. A continuación presento cinco respuestas a sus preguntas tan importantes.

1. Estudiar la Biblia todos los días (Hch. 17:11).

Sin duda que podemos acudir a la Biblia más de una vez por día o, de manera similar, podrá haber ocasiones en que preocupaciones legítimas ocupen el tiempo diario que le dedicamos a su estudio. Pero deberíamos disciplinar nuestras vidas para que incluyan un período diario de

²⁵⁴ Ryle, Practical Religión, p. 71. He analizado la naturaleza de la Biblia, las afirmaciones que hace sobre sí misma y sus efectos sobre quienes la leen, así como la evidencia que prueba que es la Palabra de Dios, en el Tomo I, pp. 35-63. Los capítulos subsiguientes analizarán la infalibilidad, la crítica bíblica moderna y los principios básicos en base a los cuales la Biblia debería ser estudiada.

estudio bíblico, del mismo modo que nos disciplinamos para tener períodos regulares de sueño, para cepillamos los dientes, para las comidas y otros menesteres.

En realidad, la comparación con las comidas regulares es un buen ejemplo, ya que la comida es necesaria para el cuerpo si este ha de estar saludable y ser capaz de realizar esfuerzos. En algunas oportunidades podremos no realizar una de las comidas, pero esto no debería ser lo normal. De la misma manera, debemos alimentarnos regularmente de la Palabra de Dios si hemos de convertirnos y mantenernos espiritualmente vigorosos.

¿Qué sucederá si descuidamos la lectura bíblica diaria? Nos volveremos indiferentes a Dios y flojos en las cosas espirituales. Quedaremos expuestos a la tentación y al pecado que fácilmente puede sobrevenir. El tiempo regular apartado para el estudio bíblico puede ser largo —para quienes son maduros en la fe y tienen tiempo para dedicarle al estudio, una hora o dos—.

Puede ser más corto —para quienes son nuevos en la fe o llevan agendas muy apretadas, quizá unos diez o quince minutos—. Independientemente del tiempo asignado, este debería ser fijo y a la misma hora todos los días. ¿Cuándo debería realizarse el estudio bíblico? Nuevamente, esto puede variar de persona a persona. Muchos han encontrado que la mejor hora es al comienzo de cada día.

Torrey escribe: "Siempre que sea posible, la mejor hora para el estudio es inmediatamente después de levantarse cada mañana. La peor hora es dejarlo para lo último cada noche. Por supuesto, no está mal leer un rato la Biblia justo antes de acostarnos, para que la voz de Dios sea la última que escuchemos, pero la mayor parte de nuestro estudio bíblico debería realizarse en una hora en que nuestras mentes estén despejadas y despiertas.

Sea cual sea la hora apartada para el estudio bíblico debería ser guardada de manera sagrada para ese propósito".²⁵⁵

2. Estudiar la Biblia sistemáticamente

Algunas personas leen la Biblia al azar, leyendo un poco por aquí y un poco por allá. Esto puede ser característico de la manera en que realizan las otras cosas en su vida, pero es un error encarar el estudio bíblico (y la mayoría de las demás cosas) de esta manera. Conduce inevitablemente a una escasez de proporción y de profundidad, tan característica de los cristianos de la actualidad.

Un sistema mucho mejor es un estudio disciplinado y regular de determinados libros de la Biblia, o incluso de la Biblia en su totalidad. Los nuevos creyentes deberían comenzar por los

evangelios, quizá por el evangelio de Juan o de Marcos. Después, deberían continuar con los Hechos, las cartas a los Efesios, Gálatas, Romanos o algún libro del Antiguo Testamento como el Génesis.

Siempre resulta de mucho valor leer y meditar sobre los salmos. Hay algunos pasos que deberían seguirse durante el estudio:

- a. **Primero, el libro en cuestión debe leerse de principio a fin unas cuatro o cinco veces, una de esas veces, en voz alta.**

Cada vez que lo leamos, algo nuevo nos llamará la atención.

- b. **Segundo, el libro se debe dividir en sus secciones principales, del mismo modo que los libros modernos se dividen en capítulos (no necesariamente los mismos capítulos que encontramos en nuestras Biblias), en subsectores y en párrafos.**

El objetivo en esta etapa será ver cuáles versículos están relacionados, qué temas son cubiertos y cuál es la secuencia de estos temas.

- c. **Tercero, estas secciones deberán estar relacionadas unas con otras.**

¿Cuáles son las principales secciones o temas? ¿Cuáles son introductorias? ¿Cuáles son digresiones? ¿Cuáles son aplicaciones prácticas? En esta etapa, la persona debe estar desarrollando un esquema del libro y debería ser capaz de contestar preguntas tales como: ¿Qué es lo que dice este libro? ¿Para quién fue escrito? ¿Por qué fue escrito? Por ejemplo, si estuviésemos estudiando la epístola a los Romanos, ya podríamos decir: "Este libro fue escrito a la iglesia de Roma, pero también está dirigido a las iglesias en todo otro lugar y tiempo.

Dice que la raza humana está perdida en el pecado y que la respuesta a ese pecado es la justicia de Dios revelada en Jesucristo. Su propósito es explicar este evangelio. Un propósito secundario es avisar a los romanos del deseo de Pablo de visitarlos camino a un futuro ministerio en España". Ahora se puede proceder a un estudio más detallado de las secciones individuales.

¿Cuál es el tema principal de cada sección? ¿Qué se nos dice sobre este tema? ¿Por qué se nos lo dice? ¿A quién? ¿Qué conclusiones podemos sacar al respecto? En esta etapa del estudio es conveniente prestar atención a las conjunciones como, pero, porque, entonces, y, desde y por lo tanto. Por último, se pueden estudiar las palabras claves. ¿Cómo se hace esto? Se comienza mirando otros pasajes en el mismo libro en que ocurre la palabra. Es posible

encontrarlas uno mismo o utilizar una concordancia en la que figuran los versículos más importantes que contienen esa palabra.

Hay concordancias sencillas al final de muchas Biblias. Supongamos que estamos estudiando Romanos 3:21-26 y deseamos aprender más sobre la palabra tan importante justicia, con la que comienza esta sección. Un versículo clave lo constituye 10:3, en la que la justicia de Dios se distingue de nuestra justicia. Además, Romanos 1:17 dice que la justicia de Dios se nos muestra en el evangelio.

La palabra justicia es utilizada treinta y cinco veces sólo en esta carta, y cada uno de estos usos sirve para iluminar la utilización en otro lado. A esta altura podemos observar el uso de esta palabra en otros libros de la Biblia, quizá utilizando el sistema de referencia en cadena provisto por algunas Biblias. También es posible utilizar el diccionario. Algunos diccionarios contienen la etimología de la palabra, lo que sirve para aclarar el significado de la palabra.

Normalmente será sólo después de un sistema inductivo y personal de estudio de la Biblia tal como éste que tomaremos en consideración los comentarios de otros. Cuando utilicemos estos comentarios, los buenos comentarios sobre libros individuales de la Biblia serán de más ayuda que los comentarios de un solo volumen de todo el Antiguo o el Nuevo Testamento.

3. Estudiar la Biblia exhaustivamente.

Junto con el estudio sobrio y profundo de un libro o una sección de la Biblia debería haber un intento por familiarizarse con la Biblia en su totalidad. Esto implica leerla de principio a fin. Es cierto, quizá haya partes de la Biblia que no nos resulten interesantes al principio. Esto es natural. Pero si nunca hacemos el esfuerzo por familiarizarnos con ellas, limitamos nuestro crecimiento y hasta tergiversamos nuestro entendimiento.

Pablo le dijo a Timoteo, "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Ti. 3:16, mi énfasis). El testimonio de Ryle en este punto es el siguiente: "el mejor plan es comenzar simultáneamente con el Antiguo y el Nuevo Testamento —leerlos de corrido hasta el final, y luego comenzar nuevamente—".

Reconoce que esto es un punto de preferencia personal, pero agrega: "Sólo puedo decir que este ha sido el plan que he seguido por casi cuarenta años, y nunca he encontrado razón suficiente para modificarlo".²⁵⁶

4. Estudiar la Biblia en oración.

Estudiar la Biblia en oración constituye el remedio para evitar estudiar la Biblia por sí misma, que ya analizamos con anterioridad en este capítulo. Por medio de la oración podemos evitar el simple formalismo de los escribas. En el verdadero estudio bíblico lo primero que hacemos es pedirle al Espíritu Santo que abra nuestras mentes para poder entender su verdad y luego obedecerle cuando la aplique en nuestras vidas.

El autor del Salmo 119 indica la actitud que debemos tener cuando escribe: "Haz bien a tu siervo; que viva, y guarde tu palabra. Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley" (vs. 17-18). ¿Qué logrará una oración de este tipo? Nos hará tomar conciencia que en realidad nos estamos encontrando con Dios en nuestra lectura y no simplemente siguiendo un ritual religioso que debe ser cumplido.

Después de orar debemos decirnos a nosotros mismos: "Dios ahora me va a hablar", y luego debemos leer para escuchar lo que él tenga para decirnos. Posiblemente no haya nada que haga del estudio bíblico más excitante que esto —saber que mientras leemos Dios nos está hablando personalmente y nos está enseñando—. Esto convierte al estudio bíblico y la oración que lo acompaña en un momento de comunión personal con él.

5. Por ultimo, estudiar la Biblia en obediencia

Ya he sugerido un número de preguntas que deberíamos formularnos si queremos comprender un pasaje determinado de las Escrituras. Pero en dicha lista hay algunas preguntas fundamentales que no fueron hechas. ¿Cómo se aplica este pasaje y sus enseñanzas en mí? ¿Me instruye en algo que debería hacer? ¿En algo que no debería hacer? ¿Qué me dice sobre la voluntad de Dios y cómo puedo agradar a Dios y servirle mejor?

Santiago tenía estas preguntas en mente cuando le instruyó a quienes le escribía: "Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos" (Stg. 1:22). Dios requiere obediencia. Si nos instruye es para que le obedezcamos y podamos crecer. ¿Qué deberíamos hacer? "Cultivar una obediencia rápida, exacta, sin cuestionamientos y gozosa a cada mandamiento que por su contexto evidentemente esté dirigido a nosotros.

Estar alertas para recibir nuevas órdenes de nuestro Rey. Muchas bendiciones hay para quienes obedecen. Los mandamientos de Dios son sólo carteles señalizadores que nos indican el camino para el éxito y las bendiciones presentes y para la gloria eterna".²⁵⁷ Si no estamos dispuestos a obedecer a Dios, ni siquiera seremos capaces de entender lo que leemos (Jn. 7:17) y el estudio bíblico se convertirá en algo aburrido, opresivo y carente de significado.

Hasta nos dejaremos arrastrar lejos de Dios y nos encontraremos criticando su Palabra. Nos encontraremos susceptibles a teorías críticas que la tergiversan. Pero si estamos dispuestos a obedecer su Palabra, Dios nos ayudará a entender sus verdades y además nos conducirá a otras verdades. Un escritor ha observado: "El estudio bíblico serio no consiste simplemente en escarbar en la Palabra, sino que requiere que esa Palabra sea traducida en nuestras vidas al mundo.

Debemos ser las epístolas de Dios para que todos los hombres la lean... Si tomamos nuestro estudio bíblico con seriedad, al extremo que le obedeceremos, entonces descubriremos el camino de la verdadera bendición espiritual, y seremos exitosos hombres de Dios para nuestro Señor Jesucristo".²⁵⁸

CAPITULO 52: SIRVIENDO

UN JOVEN EN CIERTA OCASIÓN ME ESCRIBIÓ PIDIÉNDOME CONSEJO sobre cómo seguir siendo un cristiano vigoroso durante sus años en la facultad. Estaba en su primer año en la universidad de Harvard y venía del Medio este. Estaba preocupado que las presiones del estudio y los puntos de vista seculares que dominaban la mayoría de las asignaturas pudieran minar su fe. Mientras pensaba, tres cosas vinieron a mi mente. Por lo que le escribí diciéndole que organizara su tiempo para proveer los siguientes elementos: (1) un período de oración y estudio bíblico todos los días; (2) adoración y comunión regular con otros cristianos, con sus compañeros de estudio [ya sea un estudio bíblico en las habitaciones o en alguna reunión de estudiantes cristianos] y en un culto semanal en una iglesia; y (3) alguna forma regular de servicio a otros. Le sugerí que este último punto podía tomar diversas formas: una extensión a los no creyentes, o un proyecto de tutoría para los discapacitados, o alguna obra de servicio social, por ejemplo. Sólo esas actividades permiten que nuestras mentes no se ocupen sólo de sí mismas y se concentren en otros y en su problemática, como Cristo señaló que deberíamos hacer si habíamos de ser sus discípulos (Fil. 2:4).

Si descuidamos estas tareas, inevitablemente quedaremos empobrecidos. Rubén A. Torrey lo dijo en estas palabras: "Si deseas ser un cristiano feliz, si deseas ser un cristiano vigoroso, si deseas ser un cristiano fuerte en la oración, debes comenzar ya mismo a trabajar para tu Señor y no dejar que pase ningún día sin hacer una obra específica para él".²⁵⁹

²⁵⁸ Ralph L. Keiper, "The Rewards of Bible Study", en *How to Study the Scriptures* por James Montgomery Boice y Ralph L. Keiper (Philadelphia: Evangelical Ministries, 1977), p. 29.

Torrey, *How to Succeed*, p. 83.

ELUDIENDO UNA OBLIGACIÓN

Efesios 2:10 ocurre al final de una serie de versículos muy conocidos que explican cómo hemos sido salvos por la gracia de Dios por medio de la fe y no por obras. Pero este pasaje inmediatamente continúa diciendo de manera muy práctica: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó [versiones anteriores dicen 'ordenó'] de antemano para que anduviésemos en ellas". Dios tiene un plan para la vida de cada cristiano individual, y las buenas obras están dentro de ese plan. Sin embargo, nuestra insensibilidad al plan de Dios y nuestra pereza son tan grandes que estamos constantemente intentando eludir esta obligación.

Algunos la tratan de eludir teológicamente. Enfatizan la justificación por gracia por medio de la fe sin obras a tal extremo que nuestra obligación de realizar buenas obras desaparece por completo. Por ejemplo, uno de los tratamientos más exhaustivos del capítulo 2 de Efesios, impreso hoy en día, es un análisis de cuatrocientas páginas, en las que se dedican veinticuatro páginas al examen de los versículos 8-10. Pero esta frase clave con respecto a nuestro mandamiento de realizar buenas obras recibe sólo la exposición de un párrafo.

Si bien la justificación por la fe sin obras es sin duda la enseñanza bíblica, como vimos en el Capítulo siete, no significa que no hay cabida para las buenas obras después que una persona ha sido justificada. Efesios 2:8-10 resalta este hecho con claridad porque la palabra obras ocurre dos veces —una como las que Dios maldice y otra como la que Dios bendice—. En el versículo 9 se nos habla de la salvación "no por obras, para que nadie se gloríe". Estas son obras que afloran de nuestra propia naturaleza y en las que podríamos confiar para nuestra salvación. Pero inmediatamente después de decir esto Pablo habla de aquellas "obras" que Dios ha provisto para que sean hechas por aquellos que han sido justificados.

Otro intento de eludir nuestra obligación de realizar buenas obras es espiritual. Algunos interpretan que se trata de las cosas espirituales y buenas que sabemos que debemos realizar como cristianos —orar, leer la Biblia, testificar—. Si bien estos aspectos de la vida cristiana son sin duda valiosos, no son "buenas obras" en el sentido que Pablo está hablando. Si Pablo estuviera pensando sobre el testimonio, por ejemplo, habría escrito que Dios nos ha ordenado ser sus testigos.

La tercer manera en que se elude lo implícito de Efesios 2:10 es organizacional. ¡Con cuánta frecuencia resaltamos nuestros inmensos programas sociales y planes de acción social! Puede resultar extraño decir que un énfasis en la acción social evangélica, que tanto se necesita y con la que nuestra generación está en deuda desde hace tanto tiempo, pueda sofocar las buenas obras. Pero esto tiene lugar de una manera muy sencilla. Las personas escuchan hablar sobre estos problemas, están impresionadas por su alcance, y concluyen que

la única manera como pueden ser tratados adecuadamente es mediante esfuerzos organizacionales masivos y, entonces, descuidan el bien que podrían hacer como individuos.

Necesitamos buena teología. Necesitamos la oración, el estudio bíblico y otros elementos para tener una vida y un ministerio cristiano saludable. Debemos establecer y sostener programas de acción social efectivos. Pero todas estas cosas no pueden sustituir el que seamos hacedores individuales de buenas obras. Fuera de la vida y el ministerio de Jesús mismo, los cristianos deberíamos ser la mejor cosa que le ha ocurrido a este mundo. Deberíamos ser fuentes constantes de bien, de compartir, de amor y de servicio para que el mundo sea bendecido y (no debemos perder de vista esto) para que algunos puedan llegar a la fe en nuestro Salvador.

El Señor señaló esta necesidad en el Sermón del Monte cuando llamó a sus seguidores a ser "la sal de la tierra" y "la luz del mundo". La sal es buena y la luz es valorada. Debemos dejar que nuestra sal sea saboreada y nuestra luz vista, argumentó. Y esto para que el mundo "vea vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:13-16).

LA COMPASIÓN DE CRISTO

Lo que Cristo prescribió para otros él mismo no lo dejó de hacer. Hoy en día tendemos a meditar en su enseñanza y maravillarnos de ella, como las personas también lo hicieron en su época (Mt. 7:28-29). Pero cuando leemos los evangelios, con el tema de las buenas obras en mente, inmediatamente quedamos impresionados por el hecho de qué parte considerable el hacer el bien integraba el ministerio de Cristo.

Esta fue la nota con la que Jesús comenzó su ministerio cuando leyó del rollo de Isaías en la sinagoga de Nazaret. Se le había pedido que tuviera a su cargo el servicio leyendo una lección para el día. Abrió la profecía de Isaías en la parte relativa a la venida del Mesías que dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Le. 4:18-19; citando Is. 61:1-2). Este pasaje tenía connotaciones de un ministerio espiritual, por supuesto, porque los ojos fueron abiertos a la verdad y los cautivos del pecado recuperaron su libertad. Pero esto no es todo el asunto, como lo muestra el resto del capítulo. La segunda mitad del capítulo 4 de Lucas registra los primeros milagros de Cristo: el echar fuera demonios y la curación de la suegra de Pedro. Y luego dice: "Al ponerse el sol, todos lo que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba" (vs. 40).

Otra vez, cuando Juan el Bautista estaba en prisión y comenzó a dudar sobre si Jesús era realmente el Mesías, envió a sus discípulos para que le preguntaran a Jesús al respecto. Jesús hizo referencia a este mismo pasaje y le encargó a Juan que considerara como prueba del cumplimiento de esta profecía las curaciones de los ciegos, de los paralíticos, de los sordos y de los leprosos que Jesús había realizado.

Estas obras no eran simplemente realizadas para que las personas creyeran en él. Él simplemente tenía compasión por aquellos que estaban enfermos, hambrientos o necesitados. No todos a quienes sanó creyeron, al menos no se nos dice que hayan creído. No todos ni siquiera eran amigos. Sanó la oreja del ciervo del sumo sacerdote que había venido a arrestarlo en el jardín de Getsemaní y a quien Pedro había atacado en un intento por salvar a Jesús (Le. 22:50-51).

Nos enseñó que deberíamos hacer el bien incluso hacia nuestros enemigos al recordarnos que Dios "hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos" (Mt. 5:45). En la parábola del Buen Samaritano nos enseñó que el bien debería hacerse incluso hacia aquellos que son culturalmente despreciados (Le. 10:30-37).

Tampoco fueron sólo obras milagrosas las que Jesús realizó. Si eso fuera cierto, podríamos concluir que las buenas obras verdaderas están más allá de nuestras capacidades. Aparentemente, el Señor y sus discípulos tenían un fondo del que repartían a los necesitados (Jn. 13:29).

Jesús también animó a otros a hacer buenas obras. Observó a una viuda pobre que estaba poniendo dos monedas de cobre, que juntas sumaban sólo unos céntimos, en el arca para los pobres en el templo. "De cierto os digo", les dijo. "Esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento" (Mr. 12:43-44). Por otro lado, María de Betania rompió una caja con un unguento muy caro para ungir sus pies antes de su arresto y crucifixión. Judas y posiblemente otros no estaban de acuerdo, pero él les respondió: "Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis" (Mr. 14:6-7). Y cuando Zaqueo se convirtió y prometió dar la mitad de sus bienes a los pobres y pagar cuatro veces más lo que había estafado, Jesús le respondió: "Hoy ha venido la salvación a esta casa" (Le. 19:9).

LA SAL DE LA TIERRA

Las comunidades cristianas primitivas se caracterizaban por la generosidad y el cuidado que tenían entre sí y hacia los pobres. Después que unos tres mil fueron salvos como resultado de

la predicación de Pedro en Pentecostés, se nos dice que "todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno" (Hch. 2:44-45). Cuando la iglesia había aumentado más aún, la Biblia registra que "no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad" (Hch. 4:34-35).

El vender todos los bienes y tener todas las cosas en común no es contrario a la propiedad privada. Este derecho está reconocido en Hechos 5:4. Pero de todos modos se trataba de una iglesia generosa. Otras iglesias eran generosas de otras maneras.

En Hechos 6 se nos describe la elección de los primeros encargados de la iglesia (aparte de los apóstoles que habían sido elegidos y comisionados por Cristo). Las obligaciones de estos diáconos, como eran llamados, eran las de velar por los enfermos y los pobres, y distribuir entre ellos los bienes según su necesidad (Hch. 6:1-6). Entre ellos se encontraba Esteban, el primer mártir.

En un capítulo posterior del libro de Hechos se nos habla sobre Dorcas que "abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía" (Hch. 9:36). Cuando murió hubo gran lamento y todas las viudas a quienes había ayudado vinieron "llorando, mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas" (vs. 39). Pedro resucitó a Dorcas de entre los muertos. Otra persona que resalta por sus buenas obras la encontramos en el capítulo 9 de Hechos, era Simón el curtidor, un residente de Jope (vs. 43). Él puso su casa a disposición de Pedro mientras Pedro visitaba la ciudad. En el siguiente capítulo, Cornelio, el centurión romano, es alabado por ser "piadoso y temeroso de Dios... y hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre" (Hch. 10:2) aun antes de su conversión. En el capítulo 12 de Hechos, se nos introduce a María, la madre de Juan Marcos, que puso su casa a disposición para la celebración de reuniones cristianas, en este caso reuniones de oración nocturnas (vs. 12).

En varias oportunidades en el libro de Hechos leemos de colectas que se levantaban para ayudar a los pobres. En una ocasión esto fue hecho como respuesta a una hambruna en Jerusalén (Hch. 11:27-30). En otra ocasión, fue una ofrenda de las iglesias gentiles para los pobres de Jerusalén (Hch. 24:17; comparar con 1 Co. 16:1-4; 2 Co. 8:1-9:5).

Aparentemente, los instintos caritativos de la iglesia primitiva continuaron en el período de los apologistas, ya que éstos señalaron con frecuencia la bondad de los cristianos como parte de su defensa de la fe. El filósofo ateniense Aristides escribió a Adriano sobre los cristianos:

No cometen adulterio ni ninguna inmoralidad: no dan falso testimonio, ni estafan, ni codician lo que no les pertenece. Honran a sus padres y a sus madres, y hacen el bien a quienes son sus vecinos. Cuando son jueces, juzgan con rectitud. No adoran a los ídolos hechos según semejanza de hombre. Todo lo que no desean que otros hagan con ellos, ellos no lo hacen; y no comen la comida sacrificada a los ídolos. A quienes los oprimen les exhortan y se convierten en sus amigos. Hacen el bien a sus enemigos. Sus esposas, O rey, son puros como vírgenes, y sus hijas son modestas. Sus hombres se abstienen de todo contacto sexual ilegítimo y de toda impureza, con la esperanza de una recompensa por venir en un mundo futuro... Se aman unos a otros, las necesidades de las viudas no son ignoradas, y rescatan al huérfano de la persona que lo trata con violencia. El que tiene le da al que no tiene, sin quejarse y sin enorgullecerse. Cuando los cristianos se encuentran con un extraño, lo invitan a sus casas y se regocijan con él como si fuera un hermano verdadero. No llaman hermanos sólo a los unidos por lazos sanguíneos, sino a quienes son hermanos por el Espíritu y en Dios. Cuando uno de sus pobres muere, cada uno provee para su funeral según su capacidad. Si tienen noticias que alguno de ellos ha sido hecho prisionero o está oprimido por el nombre del Mesías, todos proveen para su necesidad, y si es posible redimirlo, lo dejan libre. Si hallan pobreza en medio de ellos, y no tienen comida suficiente, ayunan durante dos o tres días para que los necesitados puedan ver sus necesidades suplidas.²⁶⁰

A medida que el cristianismo se desarrolló en el mundo romano, el impacto de su compasión fue sentido. Los deportes crueles que se hacían en las arenas romanas fueron prohibidos. Se promulgaron leyes para proteger a los esclavos, los prisioneros y las mujeres. Se prohibió la exhibición de los menores. Se fundaron hospitales y orfanatorios. Se elevó el estándar de las personas poco privilegiadas. El progreso no siempre fue constante. Pero esta fue la tendencia.

Las mismas preocupaciones fueron particularmente evidentes durante la Reforma y en el movimiento misionero moderno. El movimiento misionero estableció hospitales y escuelas literalmente en todo el mundo. Todavía hoy muchos líderes en casi todas las naciones independientes de África reconocen haber recibido su entrenamiento temprano y su motivación inicial para servir a sus países en las escuelas misioneras.

¿Y qué sucede hoy en día? La situación es confusa debido a la proliferación de servicios estatales. La seguridad social, "Medicare", los programas sociales para el desempleo y varios otros proyectos están cumpliendo con lo que antes hacían los cristianos, haciéndolo mejor en cuanto a la cantidad de recursos asignados, pero no necesariamente mejor en cuanto a servicio compasivo y personalizado. Sin embargo, todavía hay muchas oportunidades para aquellos que están alertas a la necesidad de hacer buenas obras. Hay grupos de cristianos

²⁶⁰ Helen H. Harris, *The Newly Recovered Apology of Aristides* (London: Hodder and Stoughton, 1893); citado en Sherwood Eliot Wirt, *The Social Conscience of the Evangelical* (New York: Harper and Row, 1968), pp. 29-30.

particularmente efectivos, como los que se reúnen semanalmente en las casas para el estudio bíblico. He observado como grupos de estudio bíblico en mi propia iglesia ayudan a personas a mudarse de un departamento a otro o de un departamento a un hogar para ancianos. Algunas personas hicieron turnos para quedarse la noche acompañando a alguien que estaba enfermo o necesitaba de cuidados. Han recolectado comida para aquellos en necesidad, incluyendo algunos trabajadores cristianos de barrios pobres. Han juntado ropa, donado sangre, limpiado los departamentos, transportado a los enfermos a los hospitales para su cuidado o tratamiento y hecho otras cosas similares. Muchos simplemente han trabajado arduamente en empleos para que otros se beneficiaran.

A través de toda la historia los cristianos han sido verdaderamente "la sal de la tierra" de la manera como su Señor los imaginó que serían cuando les instruyó que hicieran buenas obras. Sin embargo, esto no siempre ha sido el caso. Si hemos de ser sinceros, posiblemente nuestra generación sea una de las que más en falta esté. Los cristianos no son conocidos como los que hacen el bien a los demás. Algunos de nosotros muy pocas veces hacemos algo que sea particularmente bueno para alguien.

Resulta mucho más fácil servirnos a nosotros mismo. Pero no debemos hacer esto. Primero, la presencia de buenas obras en la vida cristiana es evidencia de la salvación. Ahora pensamos de manera distinta a la manera de pensar que teníamos antes de nuestra conversión y buscamos servir a otros de maneras que antes nunca se nos hubiese ocurrido. Esta es una evidencia de que somos nuevas criaturas en Cristo. En el Capítulo ocho dije que una expresión de amor hacia los demás es una prueba de la nueva vida, presentada por el apóstol Juan. "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos" (1 Jn. 3:14).

Segundo, el hacer buenas obras es un medio de crecimiento de la vida cristiana. Si deseamos crecer, deberíamos servir a otros fielmente. ¿Qué sucede cuando no lo hacemos? Nos convertimos en introvertidos, egoístas, insensibles y avaros. Cuando hacemos el bien a otros, nuestros horizontes se amplían, crecemos en el alma y nos convertimos más y más semejantes a Jesús.

Tercero (y qué evidente que debería ser este punto), las buenas obras son una bendición para quienes servimos. Es muy difícil ponernos en el lugar de otros, particularmente cuando están necesitados y nosotros tenemos bienestar. Pero en este punto puede servirnos de ayuda recordar que el servicio a los otros es servicio a Dios... "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me

visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí" (Mt. 25:34-36). Jesús es bendecido por nuestro servicio a otros; y si él es bendecido, entonces los demás lo son también.

Finalmente, Dios es glorificado por nuestras obras. Sólo por medio de su vida dentro de nosotros y por su gracia es que es posible que las llevemos a cabo. Algunos pueden preguntarse: "Si la justificación no es por obras, ¿qué valor pueden tener las obras? ¿Y por qué la Biblia a veces habla sobre 'premios' para las buenas obras que no son meritorias?" Cal vino responde:

No hay duda de que cualquier cosa meritoria que haya en las obras es por gracia de Dios; no hay ni una gota de ellas que nos corresponda a nosotros. Si verdaderamente reconocemos esto, no sólo desaparecerá cualquier confianza que tengamos en los méritos, sino la noción misma de ellos. No estamos dividiendo los créditos para las buenas obras entre Dios y el hombre, como hacen los sofistas, sino que estamos reservándolos en su totalidad, y su plenitud, y sin desmedro para el Señor. Al hombre sólo es posible asignarle esto: que con su impureza contamina esas mismas cosas que son el bien. Porque no hay nada que proceda del hombre, no importa lo perfecto que sea, que no haya sido de alguna manera manchado en algún lugar. Que el Señor, entonces, llame ajuicio lo mejor en obras humanas: ¡sin duda reconocerá su propia justicia y el deshonor y la vergüenza del hombre! Las buenas obras, entonces, agradan a Dios y no son sino fruto para sus hacedores. Pero a modo de premio reciben los beneficios más amplios de Dios, no porque los merezcan sino porque la bondad de Dios les ha dado valor?

Si nuestra meta principal es "glorificar a Dios, y disfrutarlo por siempre", como lo sugiere el Catecismo Abreviado de Westminster, el hacer buenas obras es una manera importante para cumplir la primera parte.

CAPITULO 53: LLAMADO POR DIOS

SE HA SEÑALADO EN VARIAS OPORTUNIDADES QUE CAL VINO NO discute la doctrina de la elección, por la que es famoso, al principio de su Institución sino hacia el final del libro tercero, o sea, en el último cuarto de su libro. Calvino no comenzó con unos preconceptos rígidos sobre cómo Dios debe haber operado en la salvación de la raza humana. Por el contrario, comenzó como un teólogo bíblico, enseñando lo que Dios efectivamente había hecho. Únicamente después de haber hecho eso volvió a considerar el asunto desde una perspectiva más amplia: que por un lado, la salvación comienza en la eternidad pasada con la determinación de Dios para salvar un pueblo para sí mismo y que, por otro lado, continúa

hasta la eternidad futura, con la perseverancia final de Dios para con sus santos. He de seguir este mismo procedimiento en este capítulo y en el siguiente.

UN DIOS DE COMIENZOS

En el libro de Jonás, al final de la gran oración de liberación que realiza el profeta, encontramos la afirmación: "La salvación es de Jehová" (2:9). Es una oración sencilla y profunda. Dios es el origen, el fin y, en realidad, la única fuente posible de la salvación. La salvación comienza con Dios haciendo nuestra elección y no con nosotros eligiéndolo a él, y continúa hasta una conclusión exitosa porque Dios persevera con nosotros. El caso de Jonás es un ejemplo perfecto. Dios lo eligió para llevar a cabo una tarea que no deseaba hacer: la evangelización de Nínive. Dios perseveró con Jonás a pesar de los intentos del profeta rebelde por escaparse.

Aunque el llamado de Jonás fue para un ministerio en particular y no para la salvación, el principio es el mismo. Porque nada puede tener lugar espiritualmente en la vida de una persona hasta que Dios por su propia determinación llame a esa persona. No tendría ningún sentido que un predicador entrara en una funeraria para animar a los cadáveres a llevar una vida de rectitud. Los cadáveres están muertos. Si las palabras han de tener algún propósito, los cadáveres deben ser primeramente resucitados. Sólo entonces serán capaces de responder. De la misma manera, el llamado al discipulado debe comenzar con la acción de Dios resucitando a la persona que está espiritualmente muerta. La elección de hacer esto no descansa en la persona que está espiritualmente muerta sino que depende de Dios que es el único capaz de dar vida.

Este es el significado del nuevo nacimiento. Antes de la conversión, Dios dice que estamos muertos en nuestros delitos y pecados. Física e intelectualmente estamos vivos, pero espiritualmente estamos muertos. No podemos responder a los estímulos espirituales. La Palabra de Dios es un libro oculto; el evangelio no tiene ningún sentido. Pero entonces Dios nos toca. Hace que brote la vida de la muerte. Creemos, entonces, en Jesucristo y comenzamos a entender la Biblia. Este es el significado de haber sido llamados por Dios, y esto debe ocurrir antes que pueda haber cualquier tipo de verdadero discipulado. Jesús dijo: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé" (Jn. 15:16).

Abraham fue llamado. Él no eligió a Dios. Parecía ser que estaba perfectamente satisfecho estando donde estaba, en un valle fluvial de la Mesopotamia, en una cultura pagana. Pero Dios lo llamó y lo puso en camino hacia Palestina.

Moisés fue llamado incluso antes de ser un bebé flotando en un canasto en el Nilo. Dios dijo: "Voy a liberar a mi pueblo de Egipto, y lo voy a hacer por medio de este bebé. Lo voy a proteger de Faraón. Le voy a dar la mejor educación y el mejor entrenamiento del mundo, y luego lo voy a enviar a Faraón para que le diga: 'Deja ir a mi pueblo'.

Lo mismo sucedió con David. Dios puso su sello sobre el rey futuro mientras David estaba afuera protegiendo algunas ovejas. Dios envió a su profeta Samuel a la casa de David para ungir a uno de los hijos en la familia como el futuro rey, pero cuando Samuel llegó David estaba ausente. El padre trajo a todos sus hijos con excepción de David. Estaban allí en orden. Samuel miró a los varones y pensó qué buen rey podría ser el hijo mayor. Se llamaba Eliab. Pero antes de que Samuel pudiera ungirlo Dios le señaló que no era la persona indicada. Luego venía Abinadab, que tampoco era el elegido para ser el futuro rey. Luego estaba Sama, y así sucesivamente hasta que Isaí había hecho pasar a siete de sus hijos.

Samuel dijo: "Jehová no ha elegido a éstos". Y, entonces, preguntó: "¿Son éstos todos tus hijos?" Isaí respondió: "Queda aún el menor, que apacienta las ovejas". Samuel dijo: "Envía por él, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga aquí". Cuando llegó David, Jehová dijo: "Levántate y úngelo, porque éste es". La Biblia continúa con la narración diciendo: "Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David" (1 S. 16:10-13). Fue Dios quien llamó a David.

En el Nuevo Testamento, Dios eligió a Juan el Bautista —aun antes de haber nacido—. Jesús llamó a sus discípulos mientras todavía eran pescadores. Dios llamó a Pablo cuando estaba persiguiendo a los cristianos. En todos los casos, el llamado de Dios fue primario, y a su vez se basaba sobre la propia determinación de Dios para salvar y utilizar a esa persona.

EL PROPÓSITO DE DIOS

Pero no sólo los ejemplos nos ayudan a entender esta doctrina. También tenemos la enseñanza específica de las Escrituras. Un pasaje clave, en realidad uno de los pasajes más importantes, es Romanos 8:28-30 donde la elección y el llamado de Dios se expresa cuidadosamente en una secuencia de actos. "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó".

Estos versículos no contienen todos los pasos que sería posible enumerar en las acciones de Dios con el individuo. No se nos dice nada sobre la regeneración, la adopción o la santificación. Sin embargo, aunque se trata de una lista trunca, es una lista ordenada que presenta una secuencia de las acciones de Dios.

En la segunda parte de este tomo, consideré la aplicación de la salvación por el Espíritu Santo. Pero esta es sólo la segunda mitad de la obra de Dios. Nuestro despertar y crecimiento espiritual son precedidos por la determinación previa de Dios. Esto está expresado en las palabras su propósito, conocimiento previo y predestinación. El siguiente término en la secuencia, el llamado, es el punto donde esta determinación eterna se transmite a la experiencia del individuo. El término general es propósito, un propósito eterno que se expresa en primer lugar en el conocimiento previo y la predestinación (vs. 29) y luego, como una secuela, en el llamado, la justificación y la glorificación. El resto del pasaje muestra que esta obra de Dios será sin duda terminada. Porque nada "nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (vs. 39).

El uso de la idea de un conocimiento previo ha llevado a algunos a argumentar que la elección se basa en el conocimiento previo en el sentido que Dios sabía de antemano que ciertas personas serían más responsivas que otras al evangelio y que por lo tanto se rendirían al Espíritu Santo mientras que otras no lo harían. Como consecuencia predestinó que esas personas aceptarían la salvación. Esta manera de pensar es equivocada si no fuera por el simple hecho que el pasaje no comienza con la idea de un conocimiento previo sino con una afirmación del propósito de Dios para salvar. Arthur W. Pink, además, escribe que esta manera errónea de pensar "repudia la verdad de la depravación total, ya que está suponiendo que hay algo bueno en algunos hombres. Quita la independencia de Dios, porque hace que sus decretos descansen sobre lo que descubrió en la criatura. Hace que todo quede completamente de cabeza, ya que el decir que Dios sabía de antemano que algunos pecadores habrían de creer en Cristo, y que en consecuencia les había predestinado la salvación, es el mismo reverso de la verdad. Las Escrituras afirman que Dios, en su soberanía, escogió a determinadas personas para que fueran depositarias de sus favores (Hch. 13:48), y por lo tanto se propuso otorgarles el don de la fe."²⁶¹

El debate puede concluirse si respondemos a la siguiente pregunta: ¿Qué se entiende por conocimiento previo en las Escrituras? Si yo dijera que tengo conocimiento previo de algo, querría decir que tengo información de antemano sobre algo que va a ocurrir. Al contar con dicha información podría ser capaz de tomar algún curso de acción en particular. Pero Dios no es una criatura ligada al tiempo como lo somos nosotros. Dios puede ver el final desde el

principio, y la razón por la que ve las cosas como son es que él las ha determinado. Toda la historia está eternamente presente para Dios.

Además, debemos tomar en cuenta que la palabra conocer es utilizada en el Antiguo y el Nuevo Testamento para significar "mirar favorablemente" o, incluso, "amar". "Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre" (Ex. 33:17). "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por lo tanto, os castigaré por todas vuestras maldades" (Amos 3:2). "Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:23). "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen" (Jn. 10:14). "Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él" (1 Co. 8:3). "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Ti. 2:19).

La expresión conocimiento previo como tal nunca es utilizada con referencia a acontecimientos o acciones —es decir, un conocimiento de antemano sobre lo que alguien haría o pudiera hacer— sino siempre sobre personas, cuyas vidas son afectadas por ese conocimiento previo, y no en el sentido inverso.

Aparte del pasaje de Romanos, hay solamente otros tres pasajes en las Escrituras donde se utiliza la expresión conocimiento previo, y la idea de la elección siempre está presente. El primero de estos pasajes es Hechos 2:23. "A éste [Jesús], entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole". En este versículo no es la crucifixión lo que Dios conocía de antemano (si bien, por supuesto, también sabía de antemano en el sentido en que nosotros utilizamos esta expresión), sino a Jesús mismo. El versículo nos enseña que Dios había determinado un plan, como resultado del cual nosotros habíamos de ser salvos, y que Jesús fue elegido para implementar dicho plan.

El segundo pasaje es Romanos 11:2: "No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció". Nuevamente, son las personas y no sus acciones el objeto del conocimiento previo de Dios. A pesar de lo que en algunas instancias pueda aparentemente ser el caso, ninguna de las personas elegidas por Dios se perderá.

El tercer texto es 1 Pedro 1:2. "Elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo". Los elegidos son los "expatriados de la Dispersión" mencionados en el versículo anterior. Dios los ha elegido para ser salvos.

Lo mismo sucede en Romanos 8:28-30. Las personas son conocidas por anticipado, y el resultado es su predestinación para un llamado, una justificación y una glorificación efectivos. Pink pregunta:

Basado en estos pasajes (y no hay ninguno más), ¿qué base bíblica hay para el que dice que Dios "conocía de antemano" las acciones de algunos, es decir, su "arrepentimiento y el creer", y que por estas acciones los eligió para la salvación? La respuesta es que no hay ninguna base. Las Escrituras nunca hablan sobre el arrepentimiento y la fe como habiendo sido previstas o conocidas de antemano por Dios. Es cierto, él sabía también desde la eternidad que algunas personas se arrepentirían y creerían, pero esto no es a lo que las Escrituras se refieren como el objeto del "conocimiento previo" de Dios... Dios conoce de antemano lo que sucederá porque ha determinado lo que sucederá. Es revertir el orden de las Escrituras, es poner el carro delante de los bueyes, afirmar que Dios elige porque él conoce de antemano a las personas. La verdad es que las "conoce de antemano" porque las ha elegido.²⁶²

EL LLAMADO DE DIOS

El propósito electivo y eterno de Dios de salvarse un pueblo escogido de entre las naciones no permanece en la eternidad pasada. Tiene también una expresión presente, como se nos describe en Romanos 8:30. "Y a los que predestinó, a éstos también llamó". En la teología el llamado de Dios suele denominarse un "llamado eficaz" para diferenciarlo del llamado humano que puede, o no, ser eficaz. La situación aquí es bastante paralela a la involucrada con la expresión conocimiento previo. En un sentido humano, el conocimiento previo significa el conocimiento por anticipado, mientras que en el caso de Dios, donde la referencia temporal no cabe, significa la elección o el favor electivo. Similarmente, en un sentido humano llamar puede hacer que algo sea posible, pero no hace que realmente tenga lugar. En cambio, en el caso de Dios sí lo hace.

Tomemos, por ejemplo, una citación para comparecer frente a una corte de justicia. Una citación es una forma de llamado, un llamado muy serio. Conlleva la autoridad de la ley y el poder del Estado que la respalda. Pero, sin embargo, este llamado tan serio no tiene suficiente poder para traer a la persona citada a la corte. Él o ella pueden ocultarse de la ley, negarse a comparecer, escaparse del país o eludir la intención de la corte. Esto no sucede con Dios. En el caso de Dios, el llamado hace que la persona citada responda eficazmente.

Hay muchos versículos que muestran este significado de la palabra, pero posiblemente el ejemplo más claro lo encontramos en el capítulo 8 de Romanos. John Murray escribe: "No hay nada más claro que la enseñanza de Romanos 8:28-30 como remache al argumento que defiende esta característica del llamado. Ahí se nos afirma que el llamado es de acuerdo al propósito de Dios y encuentra su lugar en el centro de esa cadena irrompible de

acontecimientos que comienza con el conocimiento previo divino y su consumación en la glorificación. Es lo mismo que decir que el llamado eficaz asegura la perseverancia porque está fundado en la seguridad del propósito de Dios y su gracia."²⁶³ Quienes han sido escogidos por Dios y han sido traídos a la fe en Cristo por el poder de esta citación son quienes han sido "llamados a ser de Jesucristo" (Ro. 1:6). Han sido "llamados a ser santos" (Ro. 1:7), es decir, para ser apartados para Dios por su llamado. Han de vivir vidas en santidad. Este es el punto de la exhortación de Pablo a los creyentes efesios: "Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (EL 4:1).

Lázaro ya estaba muerto cuando Cristo lo llamó para salir de la tumba. Era inmune a cualquier llamado. Si alguno de nosotros hubiéramos estado presentes, podríamos haberlo llamado a gritos, con persuasión y elocuentemente, pero Lázaro no habría respondido. Cuando Jesús lo llamó, el resultado fue distinto. Su llamado tenía poder para resucitar a los muertos. De la misma manera su llamado mueve a quienes han sido escogidos por Dios para ser su pueblo. ¡Y nadie permanece inmovible! Como lo dijo Jesús mismo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen" (Jn. 10:27).

LOS BENEFICIOS DE ESTA DOCTRINA

Algunas personas creen que la elección es una doctrina inservible y quizás hasta perniciosa. Dicen que promueve la irresponsabilidad y hasta el pecado. En realidad no hace nada de esto. Las personas son responsables delante de Dios por lo que hagan, independientemente de si Dios las ha elegido para la salvación o no. No son juzgadas por Dios por no haber hecho lo que no pueden hacer sino por no haber hecho el bien que pueden hacer y por haber hecho el mal que no necesitan hacer. Dios prohíbe esta conducta y ha establecido leyes de causa y efecto para obstaculizarla (Ro. 1:24-32). La elección no afecta estos hechos de ninguna manera. Desde el punto de vista positivo, hay grandes beneficios para los cristianos:

Primero, la elección elimina los motivos para jactarse dentro de las filas cristianas. Los no cristianos y aquellos que no entienden la elección muchas veces creen lo contrario, y quienes creen en la elección a veces parecen presumidos. Pero se trata de un 'travestido'. Dios nos dice explícitamente que él ha optado por salvarse un pueblo enteramente por gracia, sin ningún mérito o receptividad en ellos, para que precisamente el orgullo sea eliminado: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9). La salvación es por gracia para que la gloria le corresponda a Dios.

Segundo, esta doctrina promueve el amor a Dios. Si jugamos una parte en la salvación, entonces nuestro amor para Dios se verá disminuido en esa misma medida. Si todo depende de Dios, entonces nuestro amor para él no tendrá límites. No lo buscamos nosotros a él; él nos buscó a nosotros. Cuando nos buscó, nosotros huimos de él. Cuando vino a nosotros en la persona de su Hijo, lo matamos. Sin embargo, todavía vino; todavía escogió un gran número de rebeldes recalcitrantes para la salvación. "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Ro. 5:8).

Por último, la doctrina de la elección tiene también este beneficio: nos anima en la evangelización. Con frecuencia se piensa en lo contrario. Si Dios va a salvar a determinados individuos, entonces los salvará, y no hay por qué hacer nada al respecto. Pero esta no es la manera como funciona esto. La elección de Dios no excluye el uso de los instrumentos por medio de los que él llama, y la Biblia nos dice explícitamente que este instrumento es la proclamación del evangelio por parte de los creyentes (1 Co. 1:21; véase Ro. 1:16-17). Además, es únicamente esto que nos da la esperanza del éxito cuando proclamamos el evangelio. Si el corazón de un pecador es tan duro y tan contrario a Dios y sus caminos como la Biblia declara que lo es, y si Dios no elige a los individuos, entonces, ¿qué esperanza podríamos tener cuando testificamos? Si Dios no puede llamar eficazmente, entonces nosotros mucho menos podremos hacerlo. Pero si él está llevando a cabo dicha obra en el mundo, entonces nosotros podemos ir de frente, sabiendo que todos a quienes Dios ha determinado salvar vendrán a él. No sabemos quiénes son. La única manera cómo podemos conocer a los elegidos es mediante su respuesta al evangelio y cuando vivan las vidas cristianas que siguen a ese llamado. Pero podemos llamarlos con fuerza, sabiendo que aquellas personas que han sido llamadas por Dios sin duda acudirán.

CAPITULO 54: LA PERSEVERANCIA DE DIOS

"HAY DOS PUNTOS EN LA RELIGIÓN EN LOS QUE LA ENSEÑANZA de la Biblia es muy simple y clara. Uno de estos puntos es el peligro inminente de los impíos; el otro es la perfecta seguridad de los justos. Uno es la felicidad de quienes son convertidos; el otro es la miseria de los no convertidos. Uno es la bendición de estar camino al cielo; el otro es la desgracia de estar camino al infierno".²⁶⁴

Estas palabras, por el obispo inglés Ryle, nos introducen al tema de la perseverancia de Dios con sus santos, y ligan a este capítulo con el anterior. La doctrina de la perseverancia significa que Dios, que ha comenzado la buena obra al elegir y luego llamar a una persona para la salvación, de acuerdo con su propio buen propósito, ciertamente seguirá firme en dicho propósito hasta que la persona elegida y llamada acepte la bendición que ha sido preparada para él o ella. Si una persona pudiera ser salvada y luego pudiera perderse, entonces no habría ninguna bendición en la salvación, sólo habría ansiedad. No habría ninguna seguridad o felicidad. Pero como es Dios quien está llevando a cabo la obra y porque está dentro de la naturaleza de Dios el completar lo que comienza, puede haber cabida para un gozo perfecto en la persona que confía en él. La perseverancia es el quinto punto distintivo del calvinismo. Está relacionada con los otros puntos y toma su fuerza a partir de ellos. En el idioma inglés han sido a veces expresados por un acróstico, TULIP, aunque las palabras sugeridas por estas iniciales no son necesariamente las mejores expresiones para hacer referencia a estas doctrinas. La T significa la total depravación, la doctrina según la cual los no regenerados nunca pueden hacer nada para satisfacer los estándares de justicia divinos y, en realidad, ni siquiera lo intentan. La U significa la elección incondicional (unconditional en inglés), la doctrina que consideramos en el capítulo anterior. Significa que la salvación comienza con la elección nuestra por parte de Dios y no con la elección que nosotros hacemos de Dios. La L significa la expiación limitada, la doctrina según la cual la muerte de Cristo fue una expiación real para los pecados específicos de su pueblo y como resultado de la cual ha sido verdaderamente salvado. No se trataba simplemente de una expiación general que hacía la salvación posible pero que en realidad no salvaba a nadie. La I representa la gracia irresistible, la doctrina a la que hemos hecho referencia en el capítulo anterior bajo el nombre del llamado eficaz. Por último, la P representa la perseverancia de los santos. Ninguna persona que ha sido llamada por Dios y redimida por el Señor Jesucristo se perderá. Como Dios está al principio y en el medio de su plan de salvación, también está en el final.

Estas doctrinas no fueron inventadas por Calvino, ni fueron características sólo propias de su pensamiento durante el período de la Reforma. Son verdades bíblicas, enseñadas por Jesús y confirmadas por Pablo, Pedro y todos los demás escritores del Antiguo y Nuevo Testamentos. Agustín defendió estas doctrinas frente a las negaciones de Pelagio. Lutero creyó en ellas. También Zuinglio las creyó. Es decir, creyeron lo mismo que creía Calvino, y que luego sistematizó en su influyente Institución de la Religión Cristiana. Los puritanos eran calvinistas; por medio de ellos y sus enseñanzas tuvieron lugar en Inglaterra y Escocia los avivamientos nacionales más grandes y más completos que el mundo haya conocido. En este número se encuentran los herederos de John Knox: Thomas Cartwright, Richard Sibbes, Richard Baxter, Mathew Henry, John Owen y otros. En los Estados Unidos de América otras personas fueron influenciadas por hombres como Jonathan Edwards, Cotton Mather y, más adelante, George Whitefield.

En tiempos más recientes el movimiento misionero moderno recibió casi todo los ímpetus y direcciones iniciales de quienes estaban dentro de la tradición calvinista. La lista incluye a William Carey, John Ryland, Henry Martyn, Robert Moffat, David Livingstone, John G. Patón, John R. Mott y otros. Para todos ellos las doctrinas de la gracia no eran un apéndice al pensamiento cristiano sino que eran, en cambio, centrales, que avivaban y conformaban su predicación y sus esfuerzos misioneros.

LO QUE LA PERSEVERANCIA NO ES

Antes de adentrarnos en la enseñanza bíblica con respecto a la perseverancia, hemos de considerar lo que esta doctrina no es. En primer lugar, la perseverancia no significa que los cristianos están libres de cualquier peligro espiritual sólo porque son cristianos. Por el contrario, el peligro es todavía mayor, porque el mundo y el diablo serán opositores activos. Consideremos la oración de Cristo por sus discípulos, antes de su crucifixión. "Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros... Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Jn. 17:11, 14-15). Estas palabras son ominosas en el contexto del evangelio de Juan, porque "el mal" ya entonces estaba ingresando en Judas, y "el mundo" había de condenar a Cristo a muerte antes de la mañana. Este era el entorno de muerte en que los discípulos iban a quedar. Dejados a su suerte, sin duda perecerían. Pero Cristo ora por ellos. Porque aunque el peligro que los rodeaba era enorme, el poder de Dios los había de guardar.

En segundo lugar, la perseverancia no significa que los cristianos están libres de caer en el pecado por la sencilla razón que son cristianos. Podríamos razonar de esta manera en base a la oración de Cristo en el capítulo 17 de Juan, pero sería equivocado; porque aquellos por quienes Cristo está orando pecan, aunque no pecan tanto como para caer de la gracia de Cristo para siempre. El Señor le dijo a Pedro, tomándolo como un ejemplo, que habría de pecar hasta el punto de negar a Cristo y que lo haría repetidas veces (Jn. 13:38). "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo". Pero Cristo agregó: "Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Le. 22:31-32). En este incidente, Jesús predijo la negación de Pedro, pero también predijo su recuperación. Le aseguró a Pedro de su intercesión para que su fe no faltara.

Noé se emborrachó. Abraham mintió en dos ocasiones sobre su esposa Sara diciendo que era su hermana y poniendo en riesgo el honor de ella para salvar su pellejo. Lot escogió a Sodoma. Jacob estafó a su hermano y engañó a su padre Isaac. David cometió adulterio con Betsabé y luego trató de ocultar su acción haciendo matar a su marido, Urías. En Getsemaní

los discípulos abandonaron a Jesús para proteger sus propias vidas. Pablo y Bernabé discutieron sobre Juan Marcos y siguieron rumbos distintos. Pablo persistió en regresar a Jerusalén con la ofrenda de los gentiles incluso cuando el Señor mismo se le había aparecido y le había prohibido que lo hiciera. Todos éstos pecaron. Pero no se perdieron. En realidad, no hay en toda la Biblia una historia de alguien que fuera verdaderamente un hijo de Dios que se haya perdido. Muchos fueron atrapados por el pecado, pero ninguno pereció. En tercer lugar, la perseverancia no significa que quienes simplemente han profesado a Cristo sin haber nacido de nuevo están seguros. Hay advertencias específicas para quienes escuchan el evangelio y aparentan confiar en Cristo, pero que sin embargo no han sido verdaderamente salvos. Por ejemplo, Jesús dice: "Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos" (Jn. 8:31). Aparentemente, la perseverancia por parte del creyente es la prueba final sobre si ha sido verdaderamente nacido o nacida de nuevo. Y otra vez, nuestro Señor dice: "El que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22). Pedro escribió: "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás" (2 P 1:10). Es posible estar muy cerca de las cosas cristianas y no ser verdaderamente regenerados.

El guardador de Israel La perseverancia en la gracia significa, en cambio, como lo expresa Thomas Watson, que "la herencia celestial es guardada para los santos, y que éstos son guardados para la herencia... Aunque puede suceder que los santos lleguen a tener muy poca fe, si bien nunca ninguna. Aunque su gracia se marchite, sin embargo nunca se secará; aunque la gracia sea abatida, no será abolida; aunque las vírgenes sabias se adormecieron, sus lámparas nunca se apagaron".²⁶⁵ La perseverancia significa que una vez que alguien pasa a formar parte de la familia de Dios él o ella siempre pertenecerá a esa familia.

La Biblia es clara al señalar que quienes han sido justificados del pecado no se pueden perder. David escribió en el Salmo 138: "Jehová cumplirá su propósito en mí; tu misericordia, oh Jehová, es para siempre" (vs. 8). El autor de la epístola a los Hebreos declara: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:14). Pablo escribió: "Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; ...sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros" (2 Co. 4:8-9,14). La perseverancia está sugerida por las imágenes que la Biblia aplica a los creyentes: los árboles que no se secan (Sal. 1:3); los cedros del Líbano que brotan todos los años como las coníferas de California (Sal. 92:12); una casa construida sobre una roca (Mt. 7:24); el monte de Sion que no se puede mover (Sal. 125:1).

El Antiguo Testamento habla en varias oportunidades sobre la perseverancia de Dios. En el Salmo 121, el Señor es comparado con un atalaya divino que cuida de su pueblo durante su vida terrenal. Las palabras guardar y guardador son utilizadas seis veces. "No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; El guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre" (Sal. 121:3-8). Otro pasaje muy importante lo constituye el de Ezequiel 34:11-16. Dios ha estado hablando en contra de quienes habían sido los pastores de Israel, que no habían llevado a cabo su tarea. Tenían que guardar las ovejas pero las habían abandonado. Dios dice que ahora él hará lo que estos líderes infieles no hicieron.

Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad. Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras; las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas, y en todos los lugares habitados del país. En buenos pastos las apacentaré, y en los altos montes de Israel estará su aprisco; allí dormirán en buen redil, y en pastos succulentos serán apacentadas sobre los montes de Israel. Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice Jehová el Señor. Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil; mas a la engordada y a la fuerte destruiré; las apacentaré con justicia.

En Isaías 27 Dios es comparado con el cuidador de la viña. "En aquel día cantad acerca de la viña del vino rojo. Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe" (vs. 2-3).

Cristo hizo referencia a estas imágenes en su enseñanza. Para animar a sus discípulos, se comparó y comparó a su Padre con un atalaya, con un pastor y con el cuidador de una viña. El peligro exterior era grande y el peligro interior también era grande. Los discípulos poseían una vieja naturaleza que con toda seguridad los arrastraría vez tras vez al pecado. Pero él proclamó que había Uno que era incluso más grande que el peligro y que ciertamente los guardaría de la misma manera que había cuidado y guardado a Israel.

CUATRO TEXTOS CLAVES SOBRE LA SEGURIDAD DEL CREYENTE

En el Nuevo Testamento hay cuatro grandes pasajes que, más que ningún otro, enseñan sobre la seguridad del creyente. Dos provienen de labios de Jesús. Los dos restantes provienen de Pablo.

El primero de ellos es Juan 6:37-40. "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero". Habiendo declarado que todos a quien el Padre le dio vendrían a él, el Señor sigue a continuación enfatizando que él ciertamente guardará a quienes vengan a él. En griego esta oración contiene una doble negativa que podría traducirse como "y el que viene a mí nunca, nunca será echado fuera". Si el pasaje terminara en este punto, podría argumentarse que la doble negativa se refiere sólo al hecho de que Cristo recibe a quien viene a él inicialmente -que nunca, nunca rechazará a alguien que viene a él- pero que dicha persona puede, sin embargo, decidir dejar a Cristo por su propia iniciativa. Pero esto no es posible. Como Cristo lo deja claro en los siguientes versículos, todos a quienes el Padre le ha dado y que por lo tanto han venido a él y han sido recibidos por él serán resucitados en el día postrero. No perderá nada de lo que Dios le ha dado.

El segundo pasaje fundamental sobre la perseverancia lo constituye Juan 10:27-30, que sigue el mismo esquema que los versículos del capítulo 6 de Juan. Pero en este caso el Señor está respondiendo a un pedido que le hicieron sus oyentes para que hablara "de manera sencilla". Por supuesto, la dificultad no estaba en lo que él decía sino en los que escuchaban. Sin embargo, les respondió: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (vs. 27-29). ¡La elección, el llamado eficaz y la perseverancia!

"Yo ya sé que nadie nos quitará de la mano de Dios", dice alguien. "Pero supongamos que ellos decidan soltarse por iniciativa propia". "No perecerán jamás", dice Jesús. "¿Nunca?". "Nunca", dice Jesús. "No perecerán jamás, y nadie los arrebatará de mi mano".

A veces he pensado que lo que Jesús estaba haciendo al pronunciar estas palabras era similar a lo que suele hacer el carpintero. En ocasiones, cuando se trabaja en un trabajo de carpintería no muy fino, el obrero clava los clavos a través de unas maderas muy delgadas de manera que la punta sobresalga un poco por uno de los lados. Luego, con un golpe de su martillo, dobla esa punta del clavo, enterrándola en la madera. Se llama a esto remachar el clavo. El propósito es hacer que la junta quede un poco más firme ya que no hay forma que el clavo se suelte de la posición en que está.

Esto es lo que Jesús hizo en estos versículos. Estaba tan interesado en hacer que esta doctrina quedara grabada en las mentes de sus discípulos que no sólo la clavó con un clavo, sino con dos, y remachó a ambos.

Primero, les enseñó que quienes son de él tienen vida eterna. "Yo les doy vida eterna" -ese es el clavo-. Por sí solo ya sería suficiente para que esta verdad se mantuviera firme; ya que la vida eterna es una vida que nunca se puede perder. Si se pudiera perder al cabo de unos años o luego de varios años, dejaría de ser eterna. Sin embargo, Jesús sabía que muchos intentarían buscarle alguna otra explicación. Entonces dijo: "No perecerán jamás" —este es el remache que hace que la doctrina de la perseverancia permanezca firme.

Un clavo, no importa lo bien clavado que haya sido, no siempre hace que la junta sea buena, sin embargo. Por lo que Jesús clavó un segundo clavo y también lo remachó. El segundo clavo: "Ni nadie las arrebatará de mi mano". El remache: "Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de su mano".

Podemos imaginarnos como siendo una moneda que sostiene entre sus dedos. Es una posición bastante segura para cualquier objeto pero muy especialmente para nosotros, si tenemos en cuenta qué mano nos está sosteniendo. Pero Jesús agrega que la mano de Dios está sobre su mano. Estamos apretados por dos manos. Estamos doblemente seguros. Si nos sentimos inseguros, podemos recordar que aunque estamos sostenidos de esa manera, el Padre y el Hijo todavía tienen dos manos libres para defendernos.

El tercer pasaje importante con respecto a la perseverancia pertenece a Pablo, en Romanos 8:33-39. Es una secuela a los versículos que estudiamos en el capítulo anterior y es parte de la misma secuencia de los actos de Dios en la salvación, los cuales introduce.

¿Quién nos acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién nos condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo: somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro".

Pablo enumera en estos versículos tres causas posibles de separación del amor de Dios pero luego las descarta. Primero, el pecado (vs. 33-34). Los cristianos saben que si bien han sido justificados por Dios, todavía son pecadores y que pecan diariamente de pensamiento, palabra y hecho. "Pues bien, ¿y qué entonces?", pregunta Pablo. "Cristo ha muerto por el

pecado (tiempo verbal pretérito); por lo tanto, en lo que a Dios respecta nuestro pecado se ha ido para siempre". Supongamos que alguien nos acusara. "Dios es el juez", responde Pablo. Los cristianos han sido absueltos por la corte más alta, y nadie está autorizado para reabrir el caso.

Segundo, en los versículos 35-37, Pablo habla sobre el sufrimiento; el sufrimiento exterior (las tribulaciones, el hambre, la desnudez, los peligros) y el sufrimiento interior (la angustia del alma de quienes deben enfrentarse a la persecución por causa de su testimonio). Este sufrimiento es real. Debería anticiparse, como Pablo lo indica cuando cita el Salmo 44:22 en el versículo 8:36. Pero el sufrimiento no triunfará. No nos puede separar del amor de Dios.

La tercer causa potencial de separación del amor de Cristo es la existencia de poderes sobrenaturales (vs. 38->39), pero Pablo dice que tampoco estos pueden triunfar. Pablo conocía los extremos a los que la maldad de este mundo puede llegar y había luchado personalmente contra la misma. En la epístola a los Efesios había escrito: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (6:12). Pero aunque sean muy terroríficas, no pueden triunfar por la sencilla razón que Jesús ya las ha vencido. A los Colosenses, Pablo les escribió "Y despojando a los principados y las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (2:15).

El texto final lo constituye Filipenses 1:6, que dice: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo". Es una afirmación condensada del principio desarrollado con más amplitud en otros lugares —Dios acaba lo que comienza— pero sugiere también otro pensamiento. Literalmente, el griego dice que Dios "continuará perfeccionando su obra hasta el día de Cristo". Para expresarlo en un lenguaje llano, lo hará ya sea que nosotros lo queramos o no.

El versículo habla sobre la "buena obra" que Dios continuará hasta que esté acabada. ¿De qué buena obra está hablando? El texto de Filipenses 1:6 no lo expresa con claridad, pero ese no es el caso de Romanos 8:29. "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo". ¿Es esto algo que tendrá lugar sólo en el cielo? ¿De ningún modo! Se trata también del plan de Dios para nosotros ahora. Filipenses 1:6 está diciendo que Dios no abandonará sus esfuerzos por hacernos semejantes a Cristo aun ahora, ni aunque lo deseemos. Cristo es el Santo de Dios, por lo que este plan involucra nuestro crecimiento en santidad. Sabemos que como cristianos pecamos. ¿Qué sucede cuando pecamos? ¿Acaso Dios lo ignora? Podría interesarnos que lo ignorara, porque a veces disfrutamos del pecado —al menos por un momento—. Pero Dios no nos permite que continuemos en nuestro camino despreocupadamente. Nos disciplina. Nos empuja, nos

seduce, y en ocasiones hasta hace que nuestras vidas sean miserables para que dejemos la senda de destrucción y volvamos al camino que nos ha señalado. A veces, Dios puede hacer que una vida cristiana quede hecha pedazos si eso es necesario para que él o ella abandonen el pecado y regresen a la comunión.

Por eso es que la doctrina de perseverancia no es una doctrina peligrosa como algunos la han imaginado. "La perseverancia puede ser cierta", dice alguien, "pero con toda seguridad que enseñarla es peligroso. Si las personas creen que nadie las puede arrebatar de la mano de Dios, sin duda se sentirán libres para pecar. La doctrina promoverá vidas licenciosas". Sin embargo, el conocimiento de la grandeza del amor de Dios que persevera con nosotros en realidad nos mantiene fieles. Conocer dicho amor es desear, por sobre todas las cosas, no hacer nada que le sea contrario. Pero además de esto, el conocimiento de la perseverancia de Dios nos enseña a perseverar. Nuestro trabajo muchas veces nos desanima. Vemos pocos resultados. Pero continuaremos trabajando porque Dios nos lo ha dado, y debemos ser semejantes a él, fielmente cumpliendo con esta responsabilidad. Muchas veces encontramos que el testificar nos descorazona. Las personas no quieren escuchar el evangelio. Odian a Dios que lo entregó. Pero, con todo, seguiremos con perseverancia, sabiendo que el mismo Dios que nos guarda en el mundo es capaz de salvar a otros del mundo. Nuestras familias son un área especial de responsabilidad. Con frecuencia estamos deprimidos cuando un hijo o una hija o un hermano o una hermana o esposa o esposo no siguen por el camino de Dios. La situación parece no tener esperanza. Pero Dios no nos permitirá que sea desesperada para nosotros. No nos daremos por vencidos. No claudicaremos. Dios es fiel. Es nuestro guardador. Con Dios todas las cosas son posibles.

Vivimos en una época en que la proclamación de la doctrina cristiana es tan débil que hasta muchos cristianos no pueden entender por qué dichas verdades deberían ser predicadas o cómo pueden ser usadas por el Señor para salvar a los pecadores. Este no fue siempre el caso. Dios usó la doctrina de la perseverancia para salvar a Charles Spurgeon, uno de los más grandes predicadores que haya vivido. Cuando sólo tenía quince años había notado cómo algunos de sus amigos, que habían comenzado bien su vida, las habían arruinado al caer en los vicios. Spurgeon temía que él también cayera en estos vicios. "Sea cual sea la resolución que tome", pensó, "las probabilidades son que no me servirán de nada cuando la tentación me aceche. Seré como esas personas de quienes se dice 'Ven el anzuelo del diablo y no pueden evitar mordisquear su carnada'. Caeré en desgracia, y me perderé". Fue entonces cuando escuchó que Dios guardaría a sus santos de caer. Tuvo un encanto especial para él escuchar esto, y se encontró diciéndose a sí mismo: "Me voy a volver a Jesús y recibir de él un nuevo corazón y un espíritu recto; y entonces estaré seguro frente a esas tentaciones en las que otros han caído. Él me sostendrá". Fue esta verdad, junto con otras, la que trajo a Spurgeon al Salvador.

El cristianismo no tiene cimientos endebles. No se trata de un evangelio de porcentajes y posibilidades. Es un evangelio de certidumbre. Es el mensaje de nuestra completa ruina en el pecado pero del remedio seguro y perfecto de Dios en Cristo.

INDICE

CAPITULO 1: CONOCER A DIOS.....	2
LA CRISIS CONTEMPORÁNEA.....	2
UN TERCER CAMINO.....	4
¿POR QUÉ CONOCER A DIOS?.....	6
LA CIENCIA MÁS ELEVADA.....	9
CAPITULO 2: EL DIOS DESCONOCIDO.....	10
SER CONSCIENTES DE DIOS.....	11
LOS DOS ASPECTOS DE LA REVELACIÓN.....	12
EL RECHAZO DE DIOS.....	13
RECHAZANDO EL CONOCIMIENTO DE DIOS.....	15
LA IRA DE DIOS.....	16
CAPITULO 3: LA BIBLIA.....	16
DIOS HA HABLADO.....	17
"DICETDIOS DICE".....	19
IMPULSADOS POR DIOS.....	20
EL TESTIMONIO DE JESUCRISTO.....	22
CREYENDO EN LA BIBLIA.....	25
CAPITULO 4: LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS.....	25
SOLA SCRIPTURA.....	26
EL LIBRO QUE ME COMPRENDE.....	28
UN ÚNICO TEMA.....	31
PALABRA Y ESPÍRITU.....	34
CAPITULO 5: LA PRUEBA DE LAS ESCRITURAS.....	35
LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD.....	36
UNA EXACTITUD INUSUAL.....	36
LA PROFECÍA.....	39

LA CONSERVACIÓN DE LA BIBLIA.....	41
VIDAS TRANSFORMADAS.....	41
CAPITULO 6: LA BIBLIA ES VERDADERA.....	44
LA PERSPECTIVA DE LOS PRIMEROS DIECISÉIS SIGLOS.....	44
LAS PERSPECTIVAS LUEGO DE LA REFORMA.....	47
LA FILOSOFÍA DE LA CRÍTICA MODERNA.....	48
EN DEFENSA DE LA INERRANCIA.....	50
EN CONTRA DE LA INERRANCIA.....	51
LA CUESTIÓN DE LOS ERRORES.....	53
CAPITULO 7: LA CRÍTICA BÍBLICA MODERNA.....	55
LAS RAÍCES DEL CRITICISMO.....	56
EL JESÚS DE LA HISTORIA.....	57
BULTMANN Y LA MITOLOGÍA.....	59
LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS.....	60
UNA RESPUESTA AL CRITICISMO.....	62
CAPITULO 8: CÓMO INTERPRETAR LA BIBLIA.....	65
UN LIBRO, UN AUTOR, UN TEMA.....	66
EL FACTOR HUMANO.....	68
RESPONDIENDO A LA PALABRA.....	71
EL TESTIMONIO INTERIOR DEL ESPÍRITU.....	72
CAPITULO 9: EL DIOS VERDADERO.....	73
AUTO EXISTENTE.....	74
AUTOSUFICIENTE.....	76
ETERNO.....	78
NO HAY OTROS DIOSES.....	79
LA ADORACIÓN DE DIOS.....	81
CAPITULO 10: DIOS EN TRES PERSONAS.....	81
TRES PERSONAS.....	82
LA LUZ, EL CALOR, EL AIRE.....	84

LA ENSEÑANZA DE LA BIBLIA.....	85
UNA TRIPLE REDENCIÓN.....	89
CAPITULO 11: NUESTRO DIOS SOBERANO.....	89
LAS INTERROGANTES INTELECTUALES.....	90
LAS INTERROGANTES HUMANAS.....	92
LAS BENDICIONES DE LA SOBERANÍA.....	94
PARA DIOS ES POSIBLE.....	96
CAPITULO 12: SANTO, SANTO, SANTO.....	97
SEPARADOS.....	98
EL TABERNÁCULO.....	101
ATRACCIÓN Y TEMOR.....	102
UN PUEBLO SANTO.....	104
CAPITULO 13: EL DIOS QUE CONOCE.....	106
LA AMENAZA DE LA OMNISCENCIA.....	107
CUBIERTOS CON UN MANTO DE JUSTICIA.....	109
MOTIVOS PARA EL GOZO.....	110
CAPITULO 14: EL DIOS QUE NO CAMBIA.....	112
NO CAMBIA.....	113
UNA VERDAD PERTURBADORA Y CONSOLADORA.....	114
SUS PLANES NO CAMBIAN.....	116
CAPITULO 15: LA CREACIÓN DEL HOMBRE.....	118
A IMAGEN DE DIOS.....	119
AGENTES MORALES.....	123
UNA IMAGEN HECHA AÑICOS.....	126
CAPITULO 16: LA NATURALEZA.....	127
EL ORIGEN DEL UNIVERSO.....	128
EN EL PRINCIPIO.....	130
LA RESPUESTA A LA NATURALEZA.....	133
CAPITULO 17: EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS.....	135

LOS ÁNGELES.....	136
EL MINISTERIO DE LOS ÁNGELES.....	137
LOS ÁNGELES CAÍDOS.....	139
UN SER CAÍDO.....	141
UN SER LIMITADO.....	142
CAPITULO 18: LA PROVIDENCIA DE DIOS.....	143
EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LA NATURALEZA.....	144
EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LAS PERSONAS.....	146
EL FLUJO DE LA HISTORIA.....	148
LA RESPONSABILIDAD HUMANA.....	150
CAPITULO 19: LA CAÍDA.....	151
CONCEPCIONES SOBRE LA HUMANIDAD.....	152
LA INFIDELIDAD.....	155
LA REBELDÍA.....	157
EL ORGULLO.....	159
CAPITULO 20: LOS RESULTADOS DE LA CAÍDA.....	160
EL GRADO Y EL ALCANCE DEL PECADO.....	161
LA MUERTE DEL ESPÍRITU, EL ALMA Y EL CUERPO.....	162
EL PECADO ORIGINAL.....	166
UNA CONDENA Y UNA JUSTIFICACIÓN REPRESENTATIVA.....	168
CAPITULO 21: LA SUMISIÓN DE LA VOLUNTAD.....	169
LA HISTORIA DEL DEBATE.....	170
EL "LIBRE ALBEDRÍO" DE EDWARDS.....	173
NINGUNA DOCTRINA NUEVA.....	177
CAPITULO 22: EL PROPÓSITO DE LA LEY DE DIOS.....	178
DEFINIENDO LA LEY.....	178
LIMITANDO AL MAL.....	180
EN ESTE SENTIDO ES QUE EL PROPÓSITO DE LA LEY ES LIMITAR EL MAL.....	180
REVELANDO EL MAL.....	181

EL EVANGELIO EN LA LEY.....	183
CAPITULO 23: LOS DIEZ MANDAMIENTOS: EL AMOR DE DIOS.....	184
EL PRIMER MANDAMIENTO: NO TENDRÁS DIOSES AJENOS.....	186
EL SEGUNDO MANDAMIENTO: NO TE HARÁS IMAGEN.....	188
EL TERCER MANDAMIENTO: SANTIFICARÁS MI NOMBRE.....	190
EL CUARTO MANDAMIENTO: SANTIFICARÁS MI DÍA.....	192
CAPITULO 24: LOS DIEZ MANDAMIENTOS: EL AMOR A LOS DEMÁS.....	194
EL QUINTO MANDAMIENTO: HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE.....	195
EL SEXTO MANDAMIENTO: NO MATARÁS.....	196
EL SÉPTIMO MANDAMIENTO: NO COMETERÁS ADULTERIO.....	197
EL OCTAVO MANDAMIENTO: NO HURTARÁS.....	200
EL NOVENO MANDAMIENTO: NO MENTIRÁS.....	202
EL DÉCIMO MANDAMIENTO: NO CODICIARÁS.....	202
LA PAGA DEL PECADO Y LA DÁDIVA DE DIOS.....	203
CAPITULO 25: LA IRA DE DIOS.....	204
LA IRA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	205
LA IRA EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	208
LA IRA DE DIOS SATISFECHA.....	210
CAPITULO 26: LA SALVACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	213
EL CASO DE ABRAHAM.....	214
MIRANDO HACIA EL FUTURO REDENTOR.....	216
CAPITULO 27: LA DEIDAD DE JESUCRISTO.....	221
LA ENSEÑANZA DE PABLO.....	221
LA ENSEÑANZA DE JUAN.....	225
LAS PRETENSIONES DE CRISTO.....	227
¿UN HOMBRE BUENO? ¿UN LOCO? ¿UN IMPOSTOR? ¿O EL HIJO DEL HOMBRE?....	229
CAPITULO 28: LA HUMANIDAD DE CRISTO.....	231
LA HEREJÍA GNÓSTICA.....	232
LAS EMOCIONES DE CRISTO.....	234

COMO NOSOTROS EN LA TENTACIÓN Y EL SUFRIMIENTO.....	237
CAPITULO 29: PORQUE CRISTO SE HIZO HOMBRE.....	238
EL MOTIVO DE LA ENCARNACIÓN.....	239
LA SALVACIÓN MEDIANTE EL DIOS-HOMBRE.....	240
EL CARÁCTER CENTRAL DE LA CRUZ.....	243
CAPITULO 30: PROFETA, SACERDOTE Y REY.....	244
EL LOGOS DE DIOS: PROFETA.....	246
EL MEDIADOR DE DIOS: SACERDOTE.....	249
EL REINO DE DIOS: REY.....	253
IMITADORES DE CRISTO.....	257
CAPITULO 31: APLACANDO LA IRA DE DIOS.....	258
LA PROPICIACIÓN: DIOS CALMANDO SU PROPIA IRA.....	259
CUATRO PASAJES DEL NUEVO TESTAMENTO.....	261
LUZ SOBRE OTRAS VERDADES.....	264
CAPITULO 32: SIN CUENTAS PENDIENTES.....	266
EL TRIÁNGULO DE LA SALVACIÓN.....	267
DIOS EL PADRE.....	268
REDIMIR: COMPRAR LA LIBERTAD DE LA ESCLAVITUD.....	271
LIBRES PARA SERVIR.....	273
CAPITULO 33: LA GRANDEZA DEL AMOR DE DIOS.....	274
EL AMOR: LA MOTIVACIÓN DE DIOS.....	275
UN GRAN AMOR.....	276
UN AMOR INAGOTABLE.....	277
UN AMOR-ENTREGA.....	278
UN AMOR SOBERANO.....	279
UN AMOR ETERNO.....	280
CAPITULO 34: DOCTRINA FUNDAMENTAL.....	281
LA RESURRECCIÓN.....	281
EL SELLO SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.....	282

EL SELLO SOBRE LA DEIDAD DE CRISTO.....	283
EL SELLO SOBRE LA JUSTIFICACIÓN.....	284
EL SELLO SOBRE LA SANTIFICACIÓN.....	285
EL SELLO SOBRE LA VIDA ETERNA.....	286
EL SELLO SOBRE EL JUICIO.....	287
CAPITULO 35: VERIFICANDO LA RESURRECCIÓN.....	288
LOS RELATOS DE LA RESURRECCIÓN.....	289
LA TUMBA VACÍA.....	291
UNA TUMBA NO TAN VACÍA.....	292
LAS APARICIONES DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN.....	294
LOS DISCÍPULOS TRANSFORMADOS.....	296
UN NUEVO DÍA PARA LA ADORACIÓN CRISTIANA.....	297
CAPITULO 36: ASCENDIÓ AL CIELO.....	298
ASCENDIÓ AL CIELO.....	299
SENTADO A LA DIESTRA.....	300
PARA JUZGAR A LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.....	302
CAPITULO 37: EL CRISTIANISMO PERSONAL.....	304
¿PERSONA O PODER?.....	305
¿ES DIOS?.....	309
CAPITULO 38: LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO.....	311
GLORIFICAR A CRISTO.....	311
ENSEÑANDO SOBRE CRISTO.....	312
ATRAYENDO A LAS PERSONAS A CRISTO.....	314
REPRODUCIENDO EL CARÁCTER DE CRISTO.....	315
GUIANDO A LOS CRISTIANOS AL SERVICIO.....	318
CAPITULO 39: LA UNIÓN CON CRISTO.....	319
LA UNIÓN PASADA, PRESENTE Y FUTURA.....	319
EL MISTERIO DE LA UNIÓN.....	323
EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU.....	325

CAPITULO 40: EL NUEVO NACIMIENTO.....	328
LA SECUENCIA EN LA SALVACIÓN.....	329
LA INICIATIVA DIVINA.....	330
EL VIENTO Y EL AGUA.....	332
LA CONCEPCIÓN ESPIRITUAL.....	334
CAPITULO 41: LA FE Y EL ARREPENTIMIENTO.....	335
LO QUE NO ES LA FE.....	335
LA FE: EL TÍTULO DE PROPIEDAD.....	337
EL CONOCIMIENTO DE LA FE.....	338
EL AMOR Y EL COMPROMISO.....	340
LA FE DE ABRAHAM.....	341
CAPITULO 42: JUSTIFICACIÓN POR LA FE: LA BISAGRA DE LA SALVACIÓN.....	342
EL VEREDICTO SOBRE LO QUE DIOS HA HECHO.....	343
LA REIVINDICACIÓN DE DIOS.....	346
NO HAY OTRA SALVACIÓN.....	347
CAPITULO 43: JUSTIFICACIÓN POR LA FE: EL LUGAR DE LAS OBRAS.....	350
EL LUGAR DE LAS OBRAS.....	351
EL DIOS QUE OBRA.....	354
UN DOCTRINA PRÁCTICA.....	355
CAPITULO 44: LAS PRUEBAS DE LA FE.....	357
LA SEGURIDAD DEL CRISTIANO.....	357
EL CAMINO CRISTIANO DEL CONOCIMIENTO.....	358
LA PRUEBA DOCTRINAL.....	360
LA PRUEBA MORAL.....	362
LA PRUEBA SOCIAL.....	364
CAPITULO 45: UNA FAMILIA NUEVA.....	366
NUEVAS RELACIONES.....	368
LOS PRIVILEGIOS DE ESTA FAMILIA.....	370
LA CONFIANZA EN NUESTRO PADRE.....	373

CAPITULO 46: LA HUMANIDAD DE CRISTO.....	373
LA HEREJÍA GNÓSTICA.....	375
LAS EMOCIONES DE CRISTO.....	377
COMO NOSOTROS EN LA TENTACIÓN Y EL SUFRIMIENTO.....	379
CAPITULO 47: PORQUE CRISTO SE HIZO HOMBRE.....	380
EL MOTIVO DE LA ENCARNACIÓN.....	381
LA SALVACIÓN MEDIANTE EL DIOS-HOMBRE.....	383
EL CARÁCTER CENTRAL DE LA CRUZ.....	385
CAPITULO 48: PROFETA, SACERDOTE & REY.....	386
EL LOGOS DE DIOS: PROFETA.....	388
EL MEDIADOR DE DIOS: SACERDOTE.....	392
EL REINO DE DIOS: REY.....	395
IMITADORES DE CRISTO.....	399
CAPITULO 49: APLACANDO LA IRA DE DIOS.....	400
LA PROPICIACIÓN: DIOS CALMANDO SU PROPIA IRA.....	401
CUATRO PASAJES DEL NUEVO TESTAMENTO.....	403
LUZ SOBRE OTRAS VERDADES.....	406
CAPITULO 50: SIN CUENTAS PENDIENTES.....	408
EL TRIÁNGULO DE LA SALVACIÓN.....	409
DIOS EL PADRE.....	410
REDIMIR: COMPRAR LA LIBERTAD DE LA ESCLAVITUD.....	413
LIBRES PARA SERVIR.....	416
CAPITULO 51: DIOS HABLÁNDONOS A NOSOTROS.....	417
LA MALA UTILIZACIÓN DE LA BIBLIA.....	417
ESTUDIANDO LA BIBLIA.....	419
CAPITULO 52: SIRVIENDO.....	425
ELUDIENDO UNA OBLIGACIÓN.....	426
LA COMPASIÓN DE CRISTO.....	427
LA SAL DE LA TIERRA.....	428

CAPITULO 53: LLAMADO POR DIOS.....	432
UN DIOS DE COMIENZOS.....	433
EL PROPÓSITO DE DIOS.....	434
EL LLAMADO DE DIOS.....	437
LOS BENEFICIOS DE ESTA DOCTRINA.....	438
CAPITULO 54: LA PERSEVERANCIA DE DIOS.....	439
LO QUE LA PERSEVERANCIA NO ES.....	441
CUATRO TEXTOS CLAVES SOBRE LA SEGURIDAD DEL CREYENTE.....	443
ÍNDICE.....	449

ESCANEADO POR: ABEL RAUL TEC KUMUL.
EL SABADO 07 DE JUNIO DE 2008 EN MERIDA
YUCATAN MEXICO. SOFTWARE USADO:
OMNIPAGE 15.0

Dedicado



“El amor que Dios nos da debe ser reflejado en el trato que tenemos con los